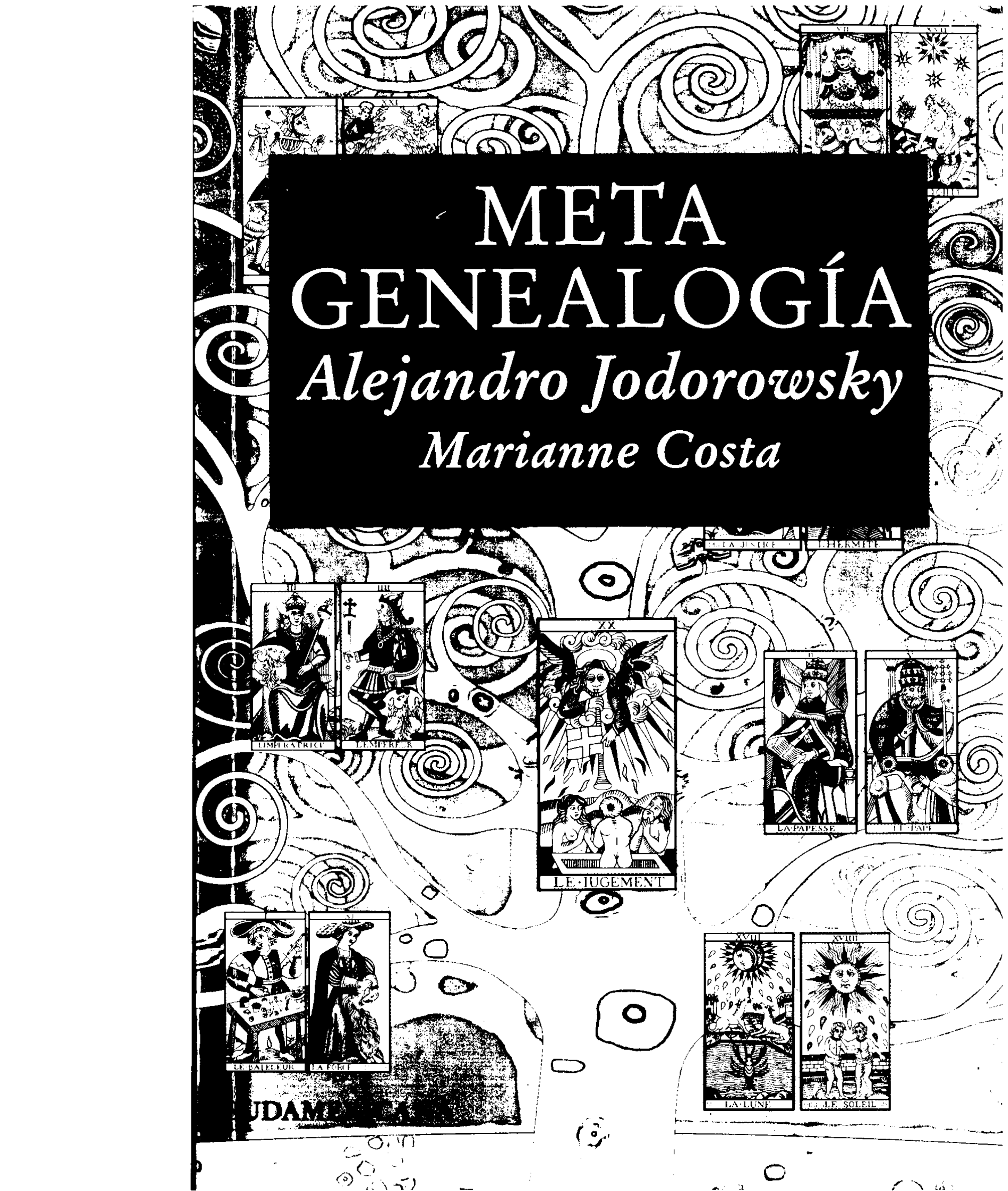

META
GENEALOGÍA
Alejandro Jodorowsky
Marianne Costa
XX
LE JUGEMENT
L'IMPERATRICE
L'EMPEREUR
LA PAPESSE
LE PAPE
LE BATELEUR
LA FORCE
LA LUNE
LE SOLEIL
L'HERMITE

Alejandro Jodorowsky
Marianne Costa

Metagenealogía

El árbol genealógico como arte, terapia
y búsqueda del Yo esencial

Traducción del francés de
Ernesto Junquera

SUDAMERICANA

Jodorowsky, Alejandro
Metagenealogía : el árbol genealógico como arte, terapia y búsqueda del Yo esencial - 1ª ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2011.
704 p. ; 23x16 cm. (Obras diversas)

ISBN 978-950-07-3621-3

1. Esoterismo. I. Título
CDD 133

Primera edición en la Argentina bajo este sello: agosto de 2011

Las cartas reproducidas en esta obra pertenecen al Tarot de Marsella restaurado por Alejandro Jodorowsky y Philippe Camoin, y se reproducen con la amable autorización de la Sociedad Camoin Éditions (www.camoin.com)

Título original: *Métagénéalogie. L'arbre généalogique comme art, thérapie et quê de Soi*
En cubierta: Imagen de Volker Straeter, Agencia bdmdesign
Diseño gráfico: Gloria Gauger

c/Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: +34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com

Humberto I 555, Buenos Aires, Argentina
www.megustaleer.com.ar

Impreso en la Argentina

ISBN: 978-950-07-3621-3
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Esta edición de 6.000 ejemplares se terminó de imprimir en Printing Books S.A., Mario Bravo 835, Avellaneda, Bs. As., en el mes de julio de 2011.

Índice

Introducción (Marianne Costa) 9
Glosario 13

Metagenealogía

1. Metagenealogía: en la confluencia del arte, la psicología y la metafísica
Del arte a la terapia (Alejandro Jodorowsky) 21
Para orientarse en este trabajo: fundamentos de la teoría jodorowskyana 37

2. Hacer el árbol propio: el individuo frente al linaje
La alfombra mágica (Alejandro Jodorowsky) 75
Clarificar el árbol genealógico: recopilar y organizar la información 87

3. El rol del futuro: objetivo personal y proyecto de Conciencia
La llamada del futuro (Alejandro Jodorowsky) 127
El trabajo en el objetivo: repeticiones, creación y nivel de Conciencia 135

4. La pareja: el origen del linaje
La magia del encuentro (Alejandro Jodorowsky) 183
La pareja en mi árbol: encuentro y fecundación, conflictos y cooperación 193

5. Nacer: cuando el niño aparece
Dar a la luz (Alejandro Jodorowsky) 225
Del nacimiento a la natividad: gestación, parto, nacer y renacer 237

6. De la tríada a la hermandad: dinámicas familiares
Conflictos entre hermanos (Alejandro Jodorowsky) 283
Ser único y saber convivir 295

7. Del vínculo al nudo: una «anatomía funcional» de las relaciones. La psicomagia en ayuda del núcleo
El nudo gordiano (Alejandro Jodorowsky) 393
Vínculos y nudos 405

8. Abuso e identidad adquirida: «Yo soy así», o la última trampa del árbol
Los fantasmas del abuso y el cuerpo fantasma (Alejandro Jodorowsky) 495
Del error al abuso: emerger de los condicionamientos del árbol genealógico 509

9. Cuerpo familiar y cuerpo esencial: el árbol genealógico y la memoria del cuerpo. Las bases de la sanación
Del cuerpo al alma (Alejandro Jodorowsky) 559
Del cuerpo familiar al cuerpo esencial: masaje iniciático, psicorritual y psicochamanismo 567

10. Sanación del árbol: donde el heredero rebelde se convierte en redentor del linaje
Del delirio de filiación a la Conciencia realizada (Alejandro Jodorowsky) 613
El árbol sanado: el rol de la imaginación creativa 625

Epílogo (Alejandro Jodorowsky) 677
Índice de materias 687

Introducción

El título de esta obra es un neologismo. ¿Qué es la Metagenealogía? ¿Por qué no hablar más bien de «Psicogenealogía», ya que este término está más de moda?

El vocablo *psicogenealogía* fue acuñado por Alejandro Jodorowsky al final de la década de 1970. Desde entonces su uso ha ido paulatinamente degradándose hasta el punto de llegar a servir de tapadera a prácticas extraordinariamente variadas, de una manera tal que esa misma diversidad ha acabado por perjudicar al propio término que las designa. Algunas de ellas relevando a la psicología pura y dura, y otras, al espiritismo menos verificable.

Lo que tienen en común todos estos enfoques es que dichas disciplinas proceden de una misma toma de conciencia, emergente desde hace ya algunos decenios: la influencia del linaje sobre el individuo.

El interés de los terapeutas, como de la gente en general, por el árbol genealógico no ha cesado de crecer desde los años 1970, época en la que los psicoanalistas abordaron, por vez primera, la cuestión del vínculo transgeneracional. Occidente está en pleno proceso de redescubrimiento de algo que muchas otras culturas afirman, incluso después de haber estado desde siempre sometidas a formas religiosas, mágicas o chamánicas: que el inconsciente familiar interactúa con el inconsciente personal, tanto para lo mejor como para lo peor.

Hoy en día, si alguien concierta una cita para asistir a una sesión de psicogenealogía, se podría encontrar enfrente a un terapeuta diplomado, a un médium o a un *energetista.* ¿Y qué es lo que lograría de esta sesión? Probablemente un esquema que vendría a hacer

fríamente un mero inventario de los dones vitales de cinco generaciones de sus ancestros, acaso algunos mensajes intuitivos provenientes de sus «recuerdos energéticos» o quizá una insinuación de que desciende de Carlomagno. En todos y cada uno de los casos, es muy posible que quede absolutamente maravillado por la pertinencia de las informaciones recibidas. Y es muy probable asimismo que llegue a descubrir ciertas repeticiones de las que no era consciente, acaso ciertos secretos de familia o bien el origen de alguna obsesión o quizá también de alguna fobia. En el peor de los casos, se verá tremendamente frustrado por su exceso de intelectualidad y por un diagnóstico frío e inútil. O por el contrario, se sentirá sumamente escéptico ante todo el torrente de desvaríos irracionales habidos en una sesión rica en clichés *new age* o en necedades sentimentales.

La Metagenealogía sin embargo se propone reconciliar los aparentes contrarios situándose, precisamente, en su punto de conjunción: allí donde lo racional colabora con lo irracional, donde la ciencia danza con el arte, donde la «clarividencia» significa más bien intuición que lucidez. En el lenguaje actual, en el que los conceptos propios de la neurología serán, a partir de ahora, moneda corriente, se podría decir que de lo que se trata es de equilibrar el hemisferio cerebral derecho con el izquierdo.

Pero ¿cómo dar cuenta de una disciplina que está tan sólidamente enraizada en la psicología como en el arte, en la ciencia como en las tradiciones espirituales y esotéricas? Esta obra se propone resumir y presentar, de manera accesible, los treinta y cinco años de investigación y descubrimientos sobre el árbol genealógico llevados a cabo por Alejandro Jodorowsky. Sin embargo, un mismo problema nos anima a ambos desde hace más de diez años: ¿cómo poder transmitir estas teorías y prácticas que su creador mantiene en constante desarrollo?

Firmemente anclada en las teorías psicológicas y científicas de su tiempo, la metagenealogía refleja el trayecto artístico de toda una vida y la insaciable búsqueda de sentido que anima a su creador.

Esta disciplina sugiere que toda «enfermedad» puede ser entendida como una carencia de belleza y de conciencia, y que «curar» consiste en convertirse, auténticamente, en uno mismo.

Lo que nosotros nos proponemos escribir es el relato de una doble iniciación, más que un manual: una, ya realizada, la del creador de la metagenealogía; y otra, que aún está por suceder, la de quien quiera prestarse al juego y emprender con nosotros el camino de la reconquista de su verdadera identidad. Los dos juntos hemos organizado esta narración como si se tratara de un cuento iniciático; y dado que sigue una cronología pedagógica y ejemplar, servirá de hilo conductor a todo lector que desee estudiar su árbol y reflexionar sobre su propio destino. Y queremos agradecer aquí la colaboración desinteresada de Montserrat Tubau, que hizo una última lectura de nuestro libro.

Antes de cada capítulo, una introducción escrita en primera persona reconstruye los momentos clave del periplo vital de Alejandro Jodorowsky. A cada uno de estos fragmentos de la vida del autor le sigue un capítulo teórico, apoyado por ejercicios o referencias al Tarot (nuestro modelo fundador del trabajo sobre el Yo) que sin duda permitirá al lector avanzar un poco más allá en la comprensión y la curación de su árbol genealógico. Asimismo, se completa con otra serie de ejercicios que pondrán en marcha los recursos de atención, creatividad y fantasía, cualidades que nos parecen esenciales en la empresa de re-invención de las raíces, a lo cual se te invita desde aquí.

Nosotros esperamos, de todo corazón, que este doble viaje te sirva, al igual que a los héroes antiguos, para triunfar sobre todos los obstáculos y para conseguir ese elixir capaz de transformar perdurablemente tu existencia y la de tu entorno. Dicho elixir, en la teoría jodorowskyana, lleva el nombre de «Conciencia».

Marianne Costa

Glosario

Conciencia/conciencia Se confunden ambos términos, pues «Conciencia» se interpreta como «aquello de lo que soy consciente», es decir, aquello de lo que me doy cuenta en la vigilia. Pero en realidad lo que es «consciente» es aquello que erróneamente llamamos «Inconsciente». Somos más el inconsciente que la conciencia. Si nos liberamos del concepto de «ser conscientes de», la Conciencia es lo que realmente somos, una naturaleza indefinible, a la que a veces llamamos *alma* y otras *espíritu.* En cambio, lo que llamamos «conciencia» es la individualidad en la vigilia, una cárcel racional que nos hace creer que sólo somos aquello de lo que nos damos cuenta.

Fuerza de creación o creadora Fuerza que proviene de la Conciencia cósmica o universal y que nos permite entrar en la Conciencia pura sin que nada se oponga a nuestro proyecto de futuro.

Fuerza de repetición o imitadora Fuerza dirigida por el grupo familiar y que nos influye con sus creencias, hábitos, tradiciones, restricciones, etc.

Inconsciente Frente a la actitud psicoanalítica de transformar el lenguaje del inconsciente (sueños, actos fallidos, sincronicidades) en lenguaje articulado y explicaciones racionales, en la Psicomagia se trata de enseñar al intelecto el lenguaje del inconsciente, compuesto en su mayor parte de imágenes y acciones que desafían a la lógica. El Inconsciente contiene todas las informaciones (imágenes, experiencias, etc.) que en esencia se oponen a toda lógica, pero en la forma en que Alejandro Jodorowsky concibe el Inconsciente, éste no es un enemigo sino un aliado cuando se le obedece.

Introyección (término del psicoanálisis) El proceso de introyec-

ción es aquel por el cual los padres y otros miembros de la familia penetran como arquetipos en nuestro inconsciente. El psicoanálisis define la *introyección* como la absorción por parte del Yo de una característica o un rasgo que ha percibido en el exterior. Se trata, pues, de una *apropiación*.

Metagenealogía **1.** No es estrictamente una «terapia», sino un trabajo de toma de conciencia que supone la comprensión de los elementos del pasado que nos han formado, así como el inicio de un impulso futuro al cual nosotros damos forma. **2.** Los individuos, al mismo tiempo, pueden tener de sus bisabuelos, abuelos y padres una visión positiva y una negativa, convirtiéndose de este modo cada familiar en una entidad doble: una luminosa y otra oscura. Dos campos de energía que a pesar de oponerse son complementarios. En el tiempo presente, el espíritu que se materializa colinda con la materia que se espiritualiza, el supraconsciente con el inconsciente, el intento de realizar el futuro con el intento de repetir el pasado, el ser esencial con el ser socio-cultural, el deseo de crear con el deseo de imitar. Al estudio del árbol genealógico bajo sus aspectos simultáneos y complementarios (tesoro-trampa), es lo que aquí llamamos «Metagenealogía».

Núcleo Impulso infantil aún por desarrollar hacia la psique adulta. Potencialidad rica en energía vital, energía de la libido y energías afectiva e intelectual, pero también muy frágil, que se expresa de una manera a la vez cándida e irreprimible, sin ninguna clase de autocensura y con una fuerza imperiosa. Si en vez de acompañar el desarrollo de ese núcleo los adultos lo paralizan estableciendo nudos relacionales, el núcleo persistirá hasta más allá de la infancia, convirtiéndose entonces en una restricción para las cuatro energías, en una fijación hacia el pasado y en una vitalidad estancada o calcificada que impedirá a la persona vivir plenamente su destino como adulto. La mayor parte de estos núcleos persistentes proceden directamente de un nudo transmitido por un pariente cercano de la familia, aquejado él mismo a su vez por otro núcleo persistente e irresoluto. *Véase también, Nudo.*

Nudo Persistencia patológica del núcleo en la edad adulta, que crea una fijación hacia el pasado. Se forma cuando los padres u otros miembros de la familia son incapaces de acompañar el crecimiento del niño/-a de una manera equilibrada, y obedece a dos mecanismos principales: la carencia y el exceso. *Véase también, Núcleo.*

Proyección (término del psicoanálisis) Atribuir a otra persona sentimientos que emergen de dentro de nosotros con el fin de protegernos de una situación emocional que no se consigue dominar. Se confieren así a una persona unos defectos o unas cualidades que no existen, pero que sirven para moldearla de conformidad con el modelo familiar preexistente.

Psicomagia Técnica terapéutica desarrollada por Alejandro Jodorowsky que consiste en escenificar en la vida cotidiana un acto curativo, semejante a un sueño, para liberarse de un bloqueo inconsciente.

Ser esencial o Yo esencial Es la individualidad sublime y creativa independiente de nuestra herencia. Es el Ser esencial, el Uno Mismo, el dios interior.

Ser personal o Yo personal Es el ego individual, y hasta cierto punto enfermo, creado por la influencia de la sociedad, la cultura y la familia pero que puede volver a descubrir su Yo esencial gracias al trabajo en su árbol.

Supraconsciente El espíritu humano aspira ante todo a dos cosas: al conocimiento y a la inmortalidad. El inconsciente, entonces, debería concebirse compuesto de dos zonas: aquella que es producto de las experiencias del pasado –incluyendo en ella nuestros vestigios animales, y a la que se podría seguir llamando «Inconsciente»– y esa otra que encierra en potencia las posibilidades de mutación tendientes a desarrollar seres con Conciencia cósmica –para nada compuesta por experiencias pasadas sino por posibilidades futuras, a las que se capta en estados poéticos y proféticos, que podría recibir el nombre de «Supraconsciente».

Trabajo en el árbol genealógico Más que una simple búsqueda

sobre la responsabilidad de nuestros familiares en nuestra vida, es una proposición para cambiar de nivel de Conciencia.

Yo Imagen artificial de uno mismo creada por la familia, la sociedad y la cultura.

Yo social o familiar La personalidad adquirida, formada por la familia, la sociedad y la cultura, desde la cual nos comunicamos habitualmente con los demás, sintiéndonos limitados.

Yo transpersonal El Yo adulto, consciente de la existencia de los demás, capaz de identificarse con el Ser esencial.

METAGENEALOGÍA

El árbol genealógico como arte, terapia y búsqueda del Yo esencial

1
Metagenealogía:
en la confluencia del arte, la psicología y la metafísica

Del arte a la terapia

En la primavera de 1979 comenzó una de las más intensas aventuras de mi vida, aventura que me llevó a crear un sistema terapéutico y artístico basado en el estudio del árbol genealógico. En esa época yo tenía 50 años. Es necesario que regrese brevemente a mi pasado, anterior a esa fecha. Mi formación juvenil fue rica y compleja, libresca y autodidacta. Los maestros y la intuición personal se sucedieron, así como los periodos de estudio y los periodos de experimentación. Sobre esta suma de actividades basé las teorías y las prácticas que serán presentadas en este libro.

En 1947, después del bachillerato, decidí inscribirme en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Me atraían la filosofía y la psicología. Asistí a diferentes cursos durante dos años, logrando obtener un diploma en Filosofía de las Matemáticas y otro en Historia de la Cultura. Participando en un curso en el que un profesor norteamericano nos incitaba a aprender cómo adaptar a los hombres a la conducta de las máquinas, abandoné escandalizado la universidad para dedicarme a los títeres... Convertí mis representaciones en un psicodrama: creé muñecos que representaban a mi padre, a mi madre, a mi hermana y a gran parte de mi familia. Después de presentar varias obras, comencé a interesarme por la expresión corporal. Pensé que si los sentimientos provocaban posturas corporales, una postura corporal podría provocar emociones. Creé un método de expresión que se iniciaba con una angustiada posición fetal (deseos de morir) y que terminaba con un ser humano realizado, con los brazos abiertos y unido al cosmos (alegría de vivir). Al comienzo, mi finalidad era encontrar un lenguaje físico que me permitiera contar historias. Pero a medida que me centré en descubrir los me-

canismos de la expresión corporal –practicando danzas, meditaciones y masajes–, me di cuenta de que en nuestro cuerpo se anidan recuerdos de la infancia –incluso del periodo fetal–, aceptaciones, rechazos, residuos psíquicos de diferentes miembros de nuestra familia... Me apoyé para esto en un texto descubierto en el tratado de René Descartes *Las pasiones del alma*, publicado en París en 1649:

> ...es fácil imaginar que las extrañas aversiones de algunos, que les impiden soportar el olor de las rosas o la presencia de un gato, y otras cosas parecidas, provienen solamente de que, en los comienzos de su vida, han sido molestados en gran manera por alguno de estos objetos, o bien porque han participado en el sentimiento de su madre, que ha sido molestada por ellos estando embarazada. Porque es cierto que hay relación entre los movimientos de la madre y del niño que está en su vientre, de modo que lo que le es contrario al uno daña al otro. Y el olor de las rosas puede haberle producido dolor de cabeza a un niño estando aún en la cuna; o bien, un gato le puede haber asustado mucho, sin que nadie se haya dado cuenta de ello, ni él mismo haya vuelto después a acordarse, aunque la idea de la aversión que experimentó entonces hacia esas rosas o ese gato quede impresa en su cerebro hasta el fin de su vida (parte II, art. CXXXVI, trad. Eugenio Frutos, Planeta, Barcelona 1989).

Ciertos movimientos despertaban mi rabia contra el padre, la pena de la emigración legada por mis abuelos, la angustia de haber querido ser eliminado mientras estaba en el vientre materno, y muchas otras cosas. Los ensayos de los mimodramas se convirtieron en terapias colectivas. El contraste era tan fuerte entre estas prácticas en las se revelaba el auténtico ser de cada uno y el mundo exterior estructurado por los prejuicios y las apariencias, que no tardó en abrirse paso en mi conciencia una constatación: los límites y las enfermedades sociales nos sumergen en una jaula mental. Desde aquel momento (yo no tenía más de veinte años) el arte se me convirtió en una actividad orientada hacia mi liberación espiritual.

Esa búsqueda, a pesar del éxito que coronaba las representaciones de mi compañía de mimo, me hizo irme de Chile. Abandoné el taller donde ensayábamos, los trajes, los decorados, los objetos, los libros, todo. Llegué a París decidido a trabajar con el mimo Marcel Marceau, a participar activamente en el grupo surrealista que dirigía André Breton y a asistir como alumno libre a los cursos que el filósofo Gaston Bachelard impartía en la Universidad de la Sorbona.

Practicar pantomima con Marceau me incitó a investigar en el yoga tántrico y sus chakras, en la medicina china y sus meridianos, en la Cábala y sus sefirots aplicados al cuerpo. Aunque probablemente esas biologías son imaginarias, a quien tiene fe en ellas le permiten sanar y desarrollar su conciencia. Con los surrealistas, el practicar innumerables «cadáveres exquisitos», dejando de lado la racionalidad para escribir dictados automáticos sin pensar, permitió que me familiarizase con mi inconsciente y dejara de considerarlo un peligro, para darme cuenta de que era un eficaz aliado. Como consecuencia de esto comencé a leer fervientemente las obras de Sigmund Freud, lo que me condujo a estudiar a Sándor Ferenczi, Melanie Klein, Wilhelm Stekel, Georg Groddeck y Wilhelm Reich. Los cursos de Bachelard, por sus análisis de los elementos primordiales como el agua, el fuego, el aire, la tierra y el espacio, me condujeron a la Alquimia. En el libro *Metamorfosis del alma y sus símbolos*, de Carl Gustav Jung, encontré un buen guía. En esta época juvenil, aunque de forma primaria, mi mente comenzó a comprender la estrecha relación que existía entre arte y terapia. Veía por un lado a los artistas, enfrascados en la exaltación de su ego, considerado como isla aparte de la humanidad y buscando ante todo ser reconocidos y admirados, y por otro la devoción del terapeuta poniéndose como meta el servicio a la salud mental y física de los otros.

Realizado mi aprendizaje en Europa, emigré a México para crear una escuela de pantomima. Muy pronto derivé hacia la dirección teatral. Puse en escena, en diez años, un centenar de espectáculos, principalmente teatro del absurdo. Di a conocer obras de Samuel

Beckett, Eugène Ionesco, Jean Tardieu, Fernando Arrabal, August Strindberg, Leonora Carrington, Michel de Ghelderode, Federico García Lorca, Franz Kafka, Nikolái Gógol y mías. Cansado de crear espectáculos con actores recitando delante de espectadores pasivos, decidí eliminar las obras escritas para el teatro y suplantarlas con libros filosóficos o psicoanalíticos. Comencé adaptando en 1970 para la escena *Así habló Zaratustra*, de Friedrich Nietzsche, con actores a los que hice intervenir desnudos. Tratando de ir aún más lejos en mis búsquedas experimentales, ese mismo año realicé una adaptación de *Juegos en que participamos. La psicología de las relaciones humanas* de Eric Berne, libro fundador del análisis transaccional, que quería simplificar el argot psiquiátrico para permitir que paciente y analista tuvieran un lenguaje común, junto con *Escucha, hombrecito* de Wilhelm Reich. Fue mi primer intento de teatro terapéutico. Por sus predicciones advirtiendo de los peligros ecológicos y por sus juegos de roles entre niños, padres y «adultos» (el estado del ser sano, que ha elegido vivir plenamente en el presente) mi obra, *El juego que todos jugamos*, tuvo un éxito inmediato y desde su estreno –hace casi cuarenta años– hasta hoy nunca ha dejado de ser representada por diferentes grupos de estudiantes.

Este deseo de encontrar métodos de sanación artísticos me hizo abandonar los teatros para dar espectáculos improvisados en cualquier sitio: academias de pintura, cementerios, asilos de ancianos, autobuses en marcha, plazas públicas, etc., ya no con actores queriendo disolverse en un personaje, sino con seres humanos sintiéndose desviados de su esencia real por la familia, la sociedad y la cultura, buscando dejar de ser personajes para encontrar su verdadera personalidad, su ser esencial. Para ello, con sorprendentes improvisaciones, mostraban a los atónitos espectadores sus obsesiones mentales, emocionales, sexuales y sus terrores materiales. Creé una veintena de efímeros pánicos, destacando los de la Academia de Artes Plásticas de San Carlos (México, 1963) y el del II Festival de Expresión Libre (París, 1965), que dieron origen a la Psicomagia: técnica terapéutica que consiste en escenificar en la vida cotidiana un acto

curativo, semejante a un sueño, para liberarse de un bloqueo inconsciente.

Con estos actos me opuse a esa actitud psicoanalítica de transformar el lenguaje del inconsciente (sueños, actos fallidos, sincronicidades) en lenguaje articulado y explicaciones racionales y opté por enseñar al intelecto el lenguaje del inconsciente, compuesto en su mayor parte de imágenes y acciones que desafían a la lógica. La palabra revela un problema, pero no lo cura. Las únicas palabras sanadoras que entiende el inconsciente son los rezos y los encantos. Para convertirlo en aliado protector es necesario seducirlo por medio de actos de naturaleza teatral o poética. Así como el inconsciente acepta los placebos, también acepta los actos metafóricos. Las pulsiones no se resuelven sublimándolas sino realizándolas de forma simbólica.

Me di cuenta de que debía enriquecer mi actividad artística no yendo a libar donde otros artistas, sino contactando con fuentes puramente espirituales. Por eso en 1968, con el deseo de practicar meditación zen, visité al monje japonés Ejo Takata, afincado en Ciudad de México desde hacía cuatro años. En su zendô, el lugar para la meditación, encontré practicando a médicos y psiquiatras. Ellos me condujeron al refugio del doctor Erich Fromm en Cuernavaca. Este eminente psicoanalista, autor de *El miedo a la libertad* y *Budismo zen y psicoanálisis* entre otros libros, vivía en ese pueblo porque su benigno clima le ayudaba a sanar una afección cardiaca. Después de un psicoanálisis que se resumió en largas conversaciones sobre la Biblia y el budismo, Fromm me pidió que impartiera clases de expresión corporal entre sus discípulos. Cosa que hice. Esto me permitió observar la separación entre el trabajo mental de los analistas y el escaso conocimiento de sus posibilidades corporales. Todo su trabajo de exploración del inconsciente hecho sólo a través de la palabra. Esta preciosa experiencia, así como el resultado de mi aprendizaje con Ejo Takata, la volqué en mi película *El Topo* (1970). En ella traté las relaciones conflictivo-amorosas entre un hijo y su padre.

El Topo se convirtió en un filme de culto, y el entusiasmo de John Lennon facilitó que, a través de su productor, Allen Klein, yo obtuviese el dinero necesario para realizar mi siguiente película: *La montaña sagrada* (1973). Volví a plantearme un arte capaz de enriquecer la conciencia del público: «Quiero que un espectador al ver este filme salga del cine cambiado para toda su vida». Estas esperanzas exageradas me invitaron a realizar estudios psicológicos, esotéricos, simbólicos, religiosos. Para ello recurrí al creador del método de desarrollo espiritual Arica, el maestro boliviano Óscar Ichazo. Con él realicé una serie de ejercicios, en especial sobre un esquema metafísico-psicológico de origen islámico: el eneagrama. Un sistema caracterológico compuesto de nueve aspectos distintos del Yo. La realización de este filme se convirtió en una experiencia, a la vez que artística, de desarrollo espiritual y de investigación psicológica.

Me interesé por las obras de René Guénon y sus análisis sobre simbología tradicional, al mismo tiempo que absorbí los trabajos del doctor Fritz Perls, uno de los creadores de la terapia Gestalt. La continuación de estas búsquedas se desarrolló a partir de 1974, época en la que cambié otra vez de continente para establecerme en Europa y comenzar un nuevo periodo de mi vida.

El productor francés Michel Seydoux me contrató para que realizara el filme *Dune*, inspirado en la novela del mismo nombre de Frank Herbert. Fue un proyecto grandioso donde, respaldado por un gran capital, pude contactar con los actores y artistas que yo admiraba. Entre los dibujantes, Moebius, H. R. Giger, Dan O'Bannon y Chris Foss. Entre las personas relacionadas con el cine, Salvador Dalí, Orson Welles, Gloria Swanson, David Carradine y Udo Kier. Entre los músicos, Pink Floyd, Tangerine Dream y Magma. A pesar de que elaboramos el guión durante dos años, la película, por motivos de distribución en Estados Unidos, no se pudo realizar. Sin embargo, esa labor inconclusa me permitió no sólo desarrollar mi creatividad artística, sino también contactar con el mundo esotérico que en esos años florecía en París. Entonces, me inicié en Cábala

con el sabio A. D. Grad, autor de tratados como *Libro de los principios cabalísticos*; en magia gitana, con el especialista Pierre Derlon; y también aprendí del físico matemático Jacques Ravatin, creador de una teoría sobre el poder de las ondas emitidas por las formas, no sólo las tridimensionales sino también las dibujadas; de Pierre Cartier, alquimista y prestidigitador de cien años de edad famoso entre los ilusionistas por sus trucos con cigarrillos; o del doctor Jean Valnet, médico pionero en la fitoterapia y en la curación con aceites esenciales (aromaterapia). Durante esos dos años, todas las mañanas muy temprano, guiado por estos iniciados, antes de ir a trabajar en mi proyecto cinematográfico y apenas abrían la Biblioteca Nacional, me sumergía en los viejos libros escritos desde 1700 sobre esa monumental máquina metafísica que es el Tarot de Marsella. El doctor Valnet me presentó a su mejor colaborador, el eminente fitoterapeuta Jean-Claude Lapraz, quien los fines de semana me enviaba a cuatro de sus pacientes para que investigara, a través de las cartas, las raíces psicológicas de sus enfermedades. Fue un periodo de aprendizaje intenso en el que se realizó en mi espíritu la unión entre arte, espiritualidad y terapia.

Para sanar una enfermedad no podemos limitarnos sólo a lo científico. La mirada de un artista equilibra la de un médico, capaz de comprender los problemas biológicos pero que carece de las técnicas necesarias para detectar los valores sublimes sepultados en cada individuo. Para que sane, es necesario que el paciente sea lo que en verdad es y se libere de la identidad adquirida: lo que los otros han querido que sea. Toda enfermedad proviene de una orden que hemos recibido en la infancia obligándonos a realizar lo que no queremos y una prohibición que nos obliga a no ser lo que en realidad somos. El mal, la depresión, los temores resultan de una falta de conciencia, de un olvido de la belleza, de una tiranía familiar, del peso de un mundo con tradiciones y religiones obsoletas.

Para sanar a un paciente, o sea ayudarlo a convertirse en lo que en verdad es, se le ha de hacer consciente de que no es un indivi-

duo aislado, sino el fruto de al menos cuatro generaciones de ancestros. Es imposible conocernos a nosotros mismos si no conocemos el legado material y espiritual de nuestro árbol genealógico. Pero las estructuras del clan familiar no deben ser el objeto de interpretaciones restrictivas que analizan al ser como si fuera una máquina biológica. Las grandes teorías psicológicas del siglo XX emanan de geniales médicos psiquiatras, como Freud, Groddeck o Reich. Pero en sus seguidores se desarrolló la creencia falsa, nociva, de que para conocer el alma humana toda búsqueda debe inspirarse en procesos de investigación científica. Carl Gustav Jung, en 1929, se hizo consciente de esta confusión intelectual:

> El intelecto es, efectivamente, un enemigo del alma, porque tiene la audacia de querer captar la herencia del espíritu, de lo cual no es capaz bajo ninguna circunstancia, porque el espíritu es bastante superior al intelecto, dado que aquél comprende no sólo a este último sino también al corazón [*Gemüt*, ánimo].

El ser humano consciente no puede ser analizado como un todo fijo, un cuerpo-objeto sin realidad espiritual. El Inconsciente, por esencia, se opone a toda lógica. Si es reducido a explicaciones científicas o a enseñanzas universitarias, se le convierte en cadáver. Jung agrega:

> Por eso sé que las universidades han dejado de actuar como portadoras de luz. La gente está saciada de la especialización científica y del intelectualismo racionalista. Quiere oír acerca de una verdad que no estreche sino que ensanche, que no oscurezca sino que ilumine, que no se escurra sobre uno como agua sino que penetre conmovedora hasta la médula de los huesos.

He aquí por qué ningún diploma puede garantizar la calidad de un psicoterapeuta: ayudar al otro a sanar supone no solamente comprender de qué sufre, sino también poner a su alcance los elementos

necesarios que le permitan cambiar. El médico o el cirujano establecen su diagnóstico y, a continuación, recurren a la prescripción de medicamentos o a la intervención quirúrgica. Pero a menudo el supuesto terapeuta no es capaz de establecer un diagnóstico, y después de haber revelado al paciente la causa de su trauma, y de que éste le pregunte «Ahora que conozco el origen de mis problemas ¿qué puedo hacer?», no es capaz de ayudarlo a encontrar la respuesta.

En las culturas primitivas, el chamán (generalmente un artista, experto también en plantas medicinales o alucinógenas que permiten «viajar» hacia otras realidades ejerciendo una acción terapéutica) es a la vez el curandero y el remedio, hombre-medicina o mujer-medicina, fuente de información viva que permite al ser que sufre redescubrir sus propios recursos.

Cuando uno deja de obedecer los dictados universitarios, todos los enfoques tienen algo que ofrecer. Por eso nunca dudé en estudiar las filosofías orientales, el mensaje de las religiones o el esoterismo, tratando de encontrar llaves de comprensión global del ser humano. Mi visión del árbol genealógico la guiaron unas palabras de Buda, cuando señala: ¡el mundo está en llamas, tu casa arde!, no te preguntas entonces cómo está hecho o creado el mundo, ¡piensas sólo en salvarte!

¿Cómo servir y ser útil? ¿Cómo hacer para entregar al otro las llaves de su sanación y no limitarnos únicamente a explicarle su mal? Constaté que, aquejados de dolores físicos y morales, la mayoría de mis consultantes vivía como si la humanidad no tuviera un valor que la diferenciara de las plantas o los animales y se multiplicase en un universo carente de finalidad que se expande por azar. Entonces, me sentí impulsado a pasar de la Psicogenealogía a la Metagenealogía.

Basándome en una hipótesis de trabajo esencialmente terapéutica («Verdad es lo que es útil en un momento dado, en un lugar dado y para un ser dado»), me dije: «Mejor que pensar que el universo existe por azar, es afirmar que tiene como finalidad crear Conciencia».

Si bien desde Freud se acepta la existencia de una zona mental no consciente (o sea no percibida por la conciencia de la vigilia), inadecuadamente llamada «Inconsciente» y a la que se atribuye la sede de las pulsiones primitivas, los traumas y los recuerdos tanto personales como colectivos (es decir, la presencia constante del pasado), no se tienen en cuenta los proyectos del futuro (anidados en la materia desde antes de la aparición de la vida) por considerar que el universo se desarrolla sin ninguna finalidad consciente.

El espíritu humano aspira ante todo a dos cosas: al conocimiento y a la inmortalidad. El Inconsciente, entonces, debería concebirse compuesto de dos zonas: aquella que es producto de las experiencias del pasado –incluyendo en ella nuestros vestigios animales, y a la que se podría seguir llamando «Inconsciente»– y esa otra que encierra en potencia las posibilidades de mutación tendientes a desarrollar seres con Conciencia cósmica –para nada compuesta por experiencias pasadas sino por posibilidades futuras, a las que se capta en estados poéticos y proféticos, que podría recibir el nombre de «Supraconsciente».

Evolucionamos sobre un planeta que participa en una danza cósmica donde todo va surgiendo, desapareciendo, transformándose. ¿Cómo entonces definirse? Para encontrar la raíz del «uno mismo», un Yo permanente en la impermanencia, debemos situarlo más allá de la materia universal para identificarnos con su centro creador, sabiendo que hemos nacido para participar activamente en la evolución del cosmos. El «yo» individual y el «nosotros» cósmico no pueden sino unirse en la Conciencia. Ideal que de forma simbólica se planteó la Alquimia, poniéndose como tarea espiritualizar la materia al mismo tiempo que materializar el espíritu. Traducido a un lenguaje psicológico, esto se transforma en: el Ego (el «yo») debe integrarse en el Inconsciente al mismo tiempo que el Inconsciente debe hacerlo en el Ego. Nuestra individualidad, establecida por la familia, la sociedad y la cultura, se emparenta con la materia bruta, la *nigredo*, la podredumbre o plomo que la Alquimia transforma en oro, en Ser esencial, en Conciencia.

Al preguntarme cómo realizar un trabajo que me condujera a la mutación, me pareció necesario moderar los deseos en pro de la salud; eliminar las cosas pasajeras y de poco valor, para tomar conciencia de mi inmortalidad como organismo colectivo, logrando la libertad; desprenderme de las amarras mentales para que nada subjetivo me separara de la energía creadora, llegando a la unión. Actuando como si estuviera vivo y al mismo tiempo, liberado de los intereses terrestres, como si estuviera muerto, cesar de «pertenecer», de «identificarme» o de «definirme».

Para desarrollar un alto nivel de Conciencia se requieren esfuerzos tenaces, continuos, intensos, implacables. En este proceso debemos morir a nosotros mismos y volver a nacer transfigurados, no definiéndonos como racionales o irracionales, jóvenes o viejos, mujeres u hombres. Ningún nombre ni ninguna nacionalidad debe limitar nuestro acontecer impersonal, para que, debajo de nuestra máscara individual, gocemos la paz del anonimato, no tengamos barreras entre lo humano y lo divino, seamos tanto lo que somos como lo que no somos.

Completamente entregado a estos esfuerzos comencé a comprender que, para sanarme a mí mismo y a los otros, la hipótesis más útil era la de considerar a cada ser humano como alguien capaz de desarrollar una Conciencia sin límites.

Si examinamos a través de un microscopio un huevo fecundado, podremos ver en la yema un diminuto punto rojo que palpita: es el comienzo de un corazón. El ritmo es anterior a la víscera. El corazón existe gracias a la voluntad de latir, que lo ha formado para servir de instrumento. Viendo esto, ¿cómo no comprender que el cerebro no engendra a la Conciencia sino que es su instrumento de recepción? La génesis de lo que somos comienza por esa Conciencia, a la que por impensable, todopoderosa y misterio insondable nos atrevemos a llamar «divina». Luego viene su transformación en energía y, por fin, en órganos materiales. Por esta razón, cuando se habla de los orígenes del árbol genealógico, se le deben dar también raíces cósmicas.

Nuestro cerebro, probablemente el objeto más complejo del universo, tiene más de cien mil millones de neuronas, células dotadas de un núcleo que funciona como un aparato receptor-emisor en miniatura y que se unen a otras formando redes de conexión que se transmiten la información bajo forma de corriente eléctrica. Venimos al mundo con un potencial neuronal que es el del hombre del futuro pero, sin embargo, con escasas conexiones. Una red se teje poco a poco, en contacto con nuestros familiares y los conocimientos que nos transmiten. Heredamos experiencias. Sin embargo, siendo estas experiencias limitadas, se traducen en idiomas «nacionales» produciendo estados mentales estancados, un mundo interior que abarca muy pocas conexiones, una celda cultural de la que difícilmente podemos escapar.

La energía que circula por las neuronas, que los científicos definen como eléctrica, muy bien puede ser pensada como una manifestación de la Conciencia universal que tiende a crear en nuestro cerebro una estructura formada por la totalidad de conexiones posibles entre sus células: la mente grandiosa del hombre futuro. Igualmente, podemos pensar que esta misteriosa energía tiende a unir a todas las conciencias que pueblan nuestro universo. La voluntad familiar-social-cultural lucha por que el individuo obedezca a la voluntad de los antepasados, que en la mayoría de los casos, por acumulación de ideas, sentimientos, deseos y necesidades heredados, contraría el proyecto espiritual y lo sumerge en bajos niveles de Conciencia.

El árbol genealógico actúa como una trampa, imponiendo a la perfección del proyecto cósmico de los descendientes sus límites materiales y psicológicos –mezclando temores, rencores, frustraciones, ilusiones–. Ya en el vientre de la madre el feto recibe la orden de imitar el modelo legado por sus ascendientes. La familia no acepta la creación pura y simple, venida de «nada» sin modelo exterior.

Todo individuo es el producto de dos fuerzas: la fuerza imitadora –dirigida por el grupo familiar, actuando desde el pasado– y la fuerza creadora –manejada por la Conciencia universal desde el futuro–. Cuando los padres limitan a sus hijos obligándolos a someterse

a planes, a consignas («serás esto o aquello», «te parecerás a Tal», «nos obedecerás y propagarás nuestras ideas y creencias»), desobedecen los proyectos evolutivos del futuro, sumiendo a la familia en toda clase de enfermedades físicas y mentales. La Conciencia, desde los primeros instantes de su individuación en el feto, padece este conflicto entre crear o imitar. Cuando el niño, al nacer, presenta pocos trazos psicológicos calcados de sus progenitores, podemos pensar que es la Conciencia quien fue capaz de vencer la influencia de los modelos que deseaban embutirle las generaciones precedentes de la familia. Si por el contrario el niño se convierte en la copia de sus padres o abuelos, la Conciencia fue derrotada. Las almas creadoras son escasas, las almas imitadoras forman legiones. Las primeras deben aprender a comunicar y sembrar sus valores, las segundas deben liberarse de sus moldes y aprender a crear, es decir, a llegar a ser ellas mismas y no lo que la familia, la sociedad y la cultura quieren que sean.

El clan actúa como un organismo. Cuando uno de sus miembros experimenta un cambio todo el conjunto reacciona, positiva o negativamente. Un árbol hermoso que da frutos ponzoñosos, es un mal árbol. Un árbol retorcido que da frutos saludables, es un buen árbol. El hecho de que un individuo expanda su Conciencia, al convertirse en el buen fruto, otorga a su árbol un nuevo significado. Los sufrimientos de los antepasados (heridas narcisistas, humillaciones, sentimientos de vergüenza o culpabilidad) adquieren una razón de ser. Cuando la familia reacciona, también reacciona la sociedad en la cual ella se desarrolla. Los árboles pertenecen a un bosque. Cada uno de ellos tiene dos principales deberes: cumplir sus necesidades biológicas (procreación de niños, cuidados que necesitan, etc.) e integrarse en el grupo social, obedeciendo a sus leyes. Si cada familia rehuyera el contacto con las otras entregándose a sus tendencias separatistas, la sociedad no podría existir. Es por esto que el árbol genealógico se desarrolla prisionero en una red de vetos y obligaciones, entre las cuales, por ejemplo, está el tabú del incesto, que impulsa al clan a mezclarse con el resto de la humani-

dad en lugar de encerrarse en sí mismo. Sin embargo estos vetos y obligaciones pueden en ciertos casos no corresponder a la naturaleza esencial del ser. Cada cultura impone, basada en sus mitos fundadores y creencias religiosas, diferentes modos de conducta. De una sociedad o cultura a otra puede cambiar la institución familiar, pues no sólo existe la monogamia: en algunas se permite al varón tener diferentes esposas, en otras se admite que las mujeres vivan simultáneamente con varios hombres, otras obligan al hermano del que murió sin hijos a casarse con la viuda, otras exigen que la hermana joven de la esposa fallecida la reemplace en el lecho del viudo. Nacemos en una cultura determinada, en una época dada, en un país particular. No seríamos los mismos si habláramos otro idioma, si hubiéramos nacido en otra civilización o en otra época histórica... Estas limitaciones, que dependen de la memoria, nos incitan a repetir esquemas, nos imprimen un ser cultural. Al mismo tiempo las posibilidades del futuro, que trabajan por conducir al hombre a su mutación, transformando el sufrimiento inicial en energía consciente, desarrollan al ser esencial.

El *ser cultural*, formado por quienes lo han educado, debe aceptar las proyecciones que sobre él han hecho sus familiares impulsados por el deseo de ser imitados, teniendo que ejercer tal o cual profesión, pertenecer a tal o cual religión o idea política, luchar contra tal o cual predicción negativa: «Si haces aquello, te destruirás; Si te entregas a tal actividad, terminarás como un pordiosero; Si tienes relaciones sexuales antes del matrimonio, te convertirás en una puta». Como el cerebro tiende a cumplir las predicciones, éstas, transformadas por el Inconsciente en órdenes, actúan sobre la vida del individuo como maldiciones que exigen ser realizadas.

En cambio, el *ser esencial*, programado por el Supraconsciente, despliega en la mente aspiraciones sublimes (casi siempre reducidas a simples ilusiones por la memoria del clan), utopías (casi siempre vividas con angustia) o deseos de mejorar el mundo (casi siempre vividos con desesperanza). En todo momento, el ser cultural y el ser esencial se entremezclan, a veces batallando, otras uniendo

sus fuerzas. Bisabuelos, abuelos y padres se funden en nosotros tanto para lo mejor como para lo peor. Las fuerzas de repetición y de creación en su dinámica sin fin nos impulsan a la vez hacia la repetición de lo mismo y a acceder a lo que somos auténticamente. Los individuos, al mismo tiempo, pueden tener de sus bisabuelos, abuelos y padres una visión positiva y otra negativa, convirtiéndose de este modo cada familiar en una entidad doble: una luminosa y otra oscura. Dos campos de energía que a pesar de oponerse son complementarios. En el tiempo presente, el espíritu que se materializa colinda con la materia que se espiritualiza, el supraconsciente con el inconsciente, el intento de realizar el futuro con el intento de repetir el pasado, el ser esencial con el ser socio-cultural, el deseo de crear con el deseo de imitar. Al estudio del árbol genealógico bajo sus aspectos simultáneos y complementarios, tesoro y trampa, lo he llamado «Metagenealogía».

Dado que el estudio de la genealogía es esencialmente una comprensión del significado esencial de la pareja humana, al igual que en el Tarot al Papa lo completa una Papisa, al Emperador una Emperatriz y al Sol una Luna, me pareció fundamental que este libro fuese escrito por una pareja. Ya en el libro *La vía del Tarot* (Siruela, 2004) tuve la suerte de colaborar con Marianne Costa. Me pareció que ella, por entender profundamente mi concepción del árbol genealógico y por haberlo practicado con consultantes durante más de diez años, era la colaborada ideal. Sin contar con su colaboración, esta obra nunca hubiera podido ser llevada a cabo.

PARA ORIENTARSE EN ESTE TRABAJO
Fundamentos de la teoría jodorowskyana

Antes de iniciar el viaje iniciático que supone la exploración del árbol genealógico, nos parece útil asentar algunos conceptos teóricos –no habituales en los dominios de la psicología clásica pero, sin duda, muy familiares para los investigadores espirituales– y definir también qué es lo que entendemos por «trabajo sobre el *yo*, sobre el *uno mismo*». Una de las bases en las que apoyaremos nuestra reflexión será la aportación esencial del Tarot de Marsella como «herramienta para pensar», razón por la cual veremos brevemente algunas de sus reglas fundamentales de orientación.

El presente como una sola realidad y la unidad como verdad última del ser

La Metagenealogía no es estrictamente una «terapia», sino un trabajo de toma de conciencia que supone la comprensión de los elementos del pasado que nos han formado, así como el inicio de un impulso futuro al cual nosotros damos forma.

En realidad, para analizar el árbol genealógico es indispensable cambiar nuestra concepción del tiempo y liberarnos de los conceptos propios del pasado (antes), del presente (ahora) y del futuro (después).

La realidad es comparable al chorro de agua que sale de una fuente: está ahí sin estar ahí, no se convierte en nada, no es la transformación de una forma previa. Surge de manera incesante. De igual modo el universo no tiene pasado ni futuro, sólo un eterno presente: él no cesa de surgir.

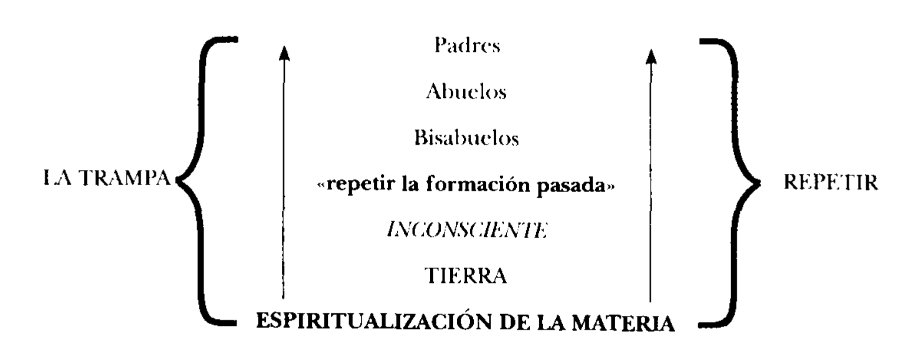
Cuando se analiza un árbol genealógico, la persona consultante está fluyendo también, y en ese fluir se engloban sus antepasados, abuelos, tíos, tías y padres, al igual que sus hijos, nietos y biznietos. El consultante se encuentra en un perpetuo surgimiento, siendo a la vez feto, bebé, niño, adolescente, adulto joven, adulto maduro y anciano. Nosotros vivimos en el presente, y somos fundamentalmente una unidad. Sin embargo la humanidad está organizada según un consenso en el que el Tiempo se divide en *antes*, *ahora* y *después*. Debemos ser capaces de pensarnos a nosotros mismos a la vez en esa visión dualística del tiempo y en la intemporalidad del presente.

En el esquema que aparece debajo hemos representado la concepción metagenealógica del individuo en el seno de su árbol:

FUTURO



YO/PRESENTE



PASADO

Este breve apunte nos permite aprehender a la persona tanto en su unidad como en el centro de la aparente dualidad de las fuerzas presentes. En los extremos nos encontramos con el principio alquímico del doble movimiento: el del espíritu que se materializa al mismo tiempo que se espiritualiza la materia. La alquimia deber ser entendida aquí como una referencia metafórica al trabajo sobre el yo, sobre el uno mismo: la transformación de las materias viles (neurosis, bloqueos y excesos) en materia preciosa: conciencia, presencia y libertad de ser. Si empleáramos una terminología más accesible para designar la materialización del espíritu y la espiritualización

de la materia, lo haríamos con estos conceptos: *intención* y *aten*

La práctica de la atención consiste en concentrar nuestra conciencia en acciones corporales, atendiendo a los movimientos o a las sensaciones que nos dan los sentidos (como se hace en las artes marciales, la ceremonia japonesa del té, ciertas terapias corporales, la Gestalt, etc.), espiritualizando la materia. Así, el cuerpo deja de ser un vehículo inerte, un servidor agotado, y se convierte en el lugar por excelencia de nuestra presencia en el mundo.

En cuanto a la intención, conviene dar una explicación neuromotriz de la misma: la intención de una acción física (una idea) es interpretada inmediamente por una transmisión nerviosa, que induce a una contracción muscular (una acción). El proceso intencional posibilita, por consiguiente, que el espíritu se materialice. De ahí derivan todas las prácticas de la intención (el pensamiento positivo, la recitación mística o *japa*, etc.), consistentes en imaginar activamente una realidad futura para permitir que ésta se manifieste en nuestra vida.

Para continuar con nuestro estudio del cuadro anterior, procede decir que si se observan las otras parejas de opuestos, se puede percibir que no son opuestas más que en apariencia. De hecho, y en todo momento:

–Universo y Tierra están unidos.
–Inconsciente y Supraconsciente actúan de común acuerdo.
–Nos movemos con la tendencia a repetir lo conocido, lo vivido por generaciones pasadas, y con la aspiración de realizar lo nuevo, lo inédito, el proyecto de futuro.
–Nuestro ser esencial (auténtico y único) coexiste con nuestro ser cultural (adquirido y colectivo).
–La capacidad de crear se articula con la habilidad de imitar.
–Nos inscribimos en una línea familiar que reconocemos como un tesoro, pero somos la presa de sus trampas más o menos conscientemente.

Desde el instante en que nos concentramos en el presente, experimentamos simultáneamente el sufrimiento de nuestra naturaleza efímera y la irresistible alegría de estar vivo. Se podría decir que el restablecimiento del árbol consiste, justo, en la aceptación de nuestra propia muerte, de la permanente impermanencia de las cosas. Ése es el precio que todos debemos pagar para poder descubrir la

inmensa dicha de vivir y la propia existencia como unidad y como unión sin taras. En consecuencia, nos vemos liberados de la angustia de perder cualquier cosa conocida que nos resulte muy valiosa: un ser querido, un territorio, la propia existencia, nuestra individualidad, los atributos psíquicos o físicos que vinculamos con nuestra identidad, etc. Se trata, pues, de que aceptemos, como hace el chorro de agua, esa transformación perpetua que es nuestra verdadera naturaleza y la del universo, aceptando el lema del surrealismo: «Dejar lo seguro por lo incierto».

He aquí la razón por la que el trabajo sobre el árbol genealógico es comparable a una práctica artística y no debe emprenderse forzosamente bajo la batuta de un terapeuta diplomado. Conviene, en efecto, elegir un «arbólogo» como elegiríamos un profesor de música o de artes marciales, según las afinidades que se tengan con esa persona y según el nivel de realización que manifieste ante nuestros ojos en el arte de ser ella misma.

Aportación del Tarot

Nos parece importante, aunque no entremos en todos los detalles de esta formidable arquitectura simbólica que es el Tarot de Marsella, recordar algunas de sus leyes de orientación pues, durante el estudio del árbol genealógico, van a servirnos como una valiosa herramienta para pensar. Las estructuras que ofrece el Tarot, que son cimientos de la simbología occidental, se presentan como un espejo de las realidades humana y cósmica, física y psíquica, así como de lo infinitamente pequeño a lo infinitamente grande. Sus estructuras nos permiten una concepción del ser humano muy válida para nuestro estudio.

Numerología evolutiva

Sin deseo de evolución, no se puede hacer trabajo alguno sobre el yo (sobre el uno mismo). Una persona que ha completado su crecimiento físico y ha llegado a su dimensión adulta, tendrá que decidir si desea o no continuar creciendo en sus planos psíquico y espiritual. Debido a esto, en el momento de solicitar la ayuda de un enseñante, de un guía o de un terapeuta, es normal caer en la trampa del «paciente inactivo» que desea ser tratado, cuidado, acariciado y calmado como si fuera un niño. Se podría decir que evolucionar consiste en ir crecientemente a mejor, en estar cada día menos angustiado que el anterior. Desde esta perspectiva, resulta extremadamente útil conocer la numerología dinámica del Tarot, que resume en diez grados los sucesivos ciclos de evolución.

¿Por qué 10? Todos tenemos 10 dedos con las dos manos, pero cada uno de esos dedos tiene una existencia individual. El número 10 representa una totalidad que se subdivide en varias etapas, al hilo de las cuales se puede reconstruir todo un proceso de crecimiento que va desde la potencialidad aún irrealizada (el 1) hasta la totalidad plenamente desplegada (el 10).

Todos y cada uno de estos niveles surgen del precedente y que-

dan realizados en el siguiente. En un estado de buena salud, recorremos cíclicamente esta serie de etapas dentro de una dinámica que se podría comparar con una espiral, en la que cada paso por un determinado grado de la numerología nos permitirá aprender siempre alguna cosa nueva. Pero bien por miedo o bien a causa de alguna herida, ya sea por pereza o por cualquier otro motivo, nos podemos encontrar eventualmente bloqueados en un estado determinado (estancamiento) o, lo que es todavía peor, experimentar un retroceso y oponernos a toda evolución, convencidos de que la solución consiste en volver hacia atrás (regresión). Este modelo dinámico nos permite aceptar todas y cada una de las etapas como algo necesario y comprender bien cuál es el siguiente paso que nos espera. Veamos brevemente estos niveles de la numerología tarológica:

El 1: Potencialidad, fuerza. Ninguna experiencia, una inmensa energía. El punto a partir del cual surge un universo (según la teoría del Big Bang). Es la semilla de la que emergerá el árbol futuro. Todo es posible.

Estancamiento o regresión: no se comienza nunca nada.

El 2: Gestación, detención. Etapa de acumulación (de fuerzas, de datos, etc.) en un espacio protegido, como es el caso de la semilla dentro de la tierra o el del feto en el seno de la madre. Un estado estable, incluso inmóvil, que prepara una eclosión.

Estancamiento o regresión: ahogado de raíz, no nace.

El 3: Explosión creativa o destructiva. Primera acción sin ninguna experiencia. Es igual a la semilla que emerge o a la pubertad que transforma el cuerpo, pero también igual a una gran limpieza o una erradicación de lo inútil. Se actúa sin saber adónde se va.

Estancamiento o regresión: estalla incesantemente en todos los sentidos, improductivo, agresivo, invasor.

El 4: Estabilidad, equilibrio. El mundo se consolida. Una familia, un gobierno, una casa, una economía estables, etc. Las condiciones de la vida están ahí, tranquilizadoras, protectoras, adultas.

Estancamiento o regresión: dictatorial, coercitivo, estrecho de espíritu, rígido de mente.

El 5: Tentación, mirada nueva. Todas las exploraciones comienzan en este nivel, en el cual nos podemos sentir tentados a abandonar lo conocido para descubrir otros horizontes (como hizo Cristóbal Colón).

Estancamiento o regresión: embustero, abocado a la nulidad, a la muerte o al engaño (como Tartufo, en la obra de Molière).

El 6: Belleza y alegría como principio de la realidad. En este nivel hemos sobrepasado ya el marco estricto de la supervivencia y de la seguridad para desembocar en una realidad que obedece a otros criterios. Se trata de una nueva concepción de la vida que se abre ante nosotros, centrada en la belleza. En el crecimiento vegetal, sería la floración: la flor, la belleza, el color y el perfume preparan la eclosión del fruto.

Estancamiento o regresión: narcisista y complaciente, se secará sin llegar a fructificar.

El 7: Acción en el mundo. La recopilación de toda la experiencia de los grados precedentes desemboca en una fuerte acción no solamente individual e inexperimentada, como en el grado 3, sino también colectiva y firmemente anclada en el mundo. La energía del nivel 7 es joven y poderosa, pero es madura por su experiencia. Actúa sabiendo a dónde va.

Estancamiento o regresión: la acción por la acción, ego desmesurado y destructor.

El 8: Perfección. Al igual que un feto, que a sus ocho meses está completamente formado y ya sólo le queda nacer, el nivel 8 representa una perfección que se despliega, horizonte de toda acción, sin tener ella misma necesidad de actuar. Nada que añadir, nada que ejecutar.

Estancamiento o regresión: perfeccionismo, inmovilismo.

El 9: Crisis de transición. Como el bebé que está a punto de nacer en el noveno mes del embarazo, o como la fruta madura a punto de caer, este grado evoca el abandono de la perfección para entrar en un nuevo mundo todavía desconocido. Es el momento en el que una crisis anuncia la llegada de un nuevo ciclo.

Estancamiento o regresión: crisis inútil, soledad, agonía.

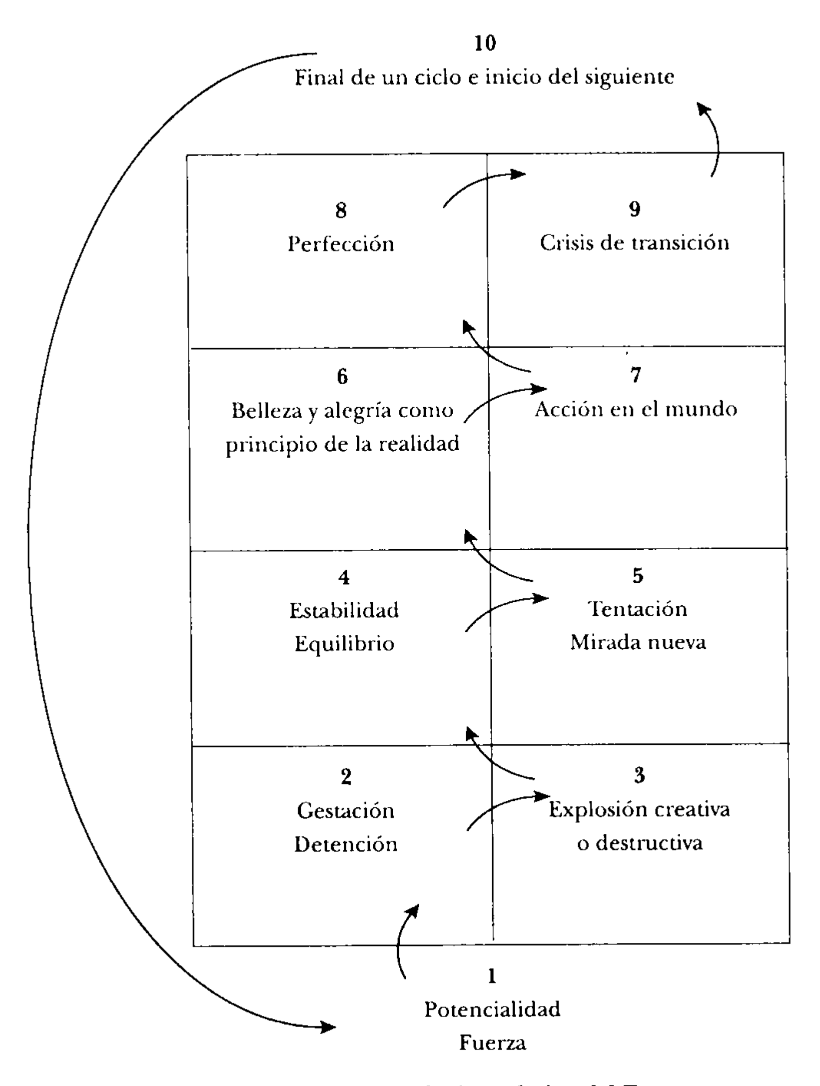
El 10: Final de un ciclo e inicio del siguiente. El número 10, la totalidad realizada, ya no tiene energía sino una inmensa experien-

cia. Simboliza el momento en el cual lo antiguo y lo nuevo coexisten: la crisálida ya desgarrada con la mariposa todavía naciente o el niño que aprende a respirar todavía unido a su madre por el cordón umbilical. Es el momento en el que todo finaliza y todo comienza. Es preciso, a veces, aceptar la ayuda exterior para poder pasar a un nuevo ciclo.

Estancamiento o regresión: ciclo bloqueado, incapacidad para situarse en una dinámica de evolución.

Como se aprecia en el esquema de la página siguiente, tras el 10 aparece un nuevo 1, es decir, un nuevo comienzo en un mundo nuevo. Por ejemplo: se podría haber completado todo un ciclo en el aspecto intelectual (hasta el 10, que representa el abandono de las ideas fijas y la apertura a escuchar al otro) y recomenzar como un auténtico principiante en el aspecto afectivo o emocional (con un nuevo eslabón o con una renovación amorosa debidos a ese aprendizaje de la escucha).

Esta estructura evolutiva nos sirve para contemplar al ser humano como un ser en constante evolución. Es una actitud esencial en el trabajo del árbol genealógico, donde la repetición del pasado corresponde a energías de estancamiento o regresividad, y la realización del futuro a la dinámica de la evolución.



La numerología evolutiva del Tarot

Ejercicio 1. ¿Dónde estoy?

–Mezcla los diez primeros arcanos mayores del Tarot y saca una carta al azar (de El Mago a La Rueda de Fortuna). Cualquiera que sea el grado de la numerología al que esta extracción «al azar» te remita, pregúntate: «En este momento, ¿en qué lugar me encuentro de esta etapa del ciclo numerológico?».

–«¿Estoy en una dinámica fluida (evolutiva) o regresiva (estancada)?»

Los cuatro elementos

Los arcanos menores del Tarot se dividen en cuatro palos (o símbolos) que nos ayudan a verlo no como una entidad monolítica sino como un ser provisto de cuatro energías, cada una de ellas dotada de un lenguaje distinto:

Intelectual (Espadas-Aire): nuestras ideas, nuestras creencias, nuestras concepciones, nuestra capacidad para pensar el mundo.
Su lenguaje: las ideas.
Su dinámica: concebir, creer, pensar, definir verbalmente lo que es.

Emocional (Copas-Agua): nuestros afectos y sentimientos, toda la variedad de emociones que nos vinculan y nos separan de los demás, nuestro aprendizaje individual de las relaciones.
Su lenguaje: los sentimientos.
Su dinámica: la del amor en todas sus formas y la de los sentimientos negativos que se apartan.

Sexual-creativa o libidinal (Bastos-Fuego): todas las posibilidades de la actividad sexual y creativa que consistan en engendrar un ser o un proyecto (un bebé, una obra artística o cualquier otra creación).
Su lenguaje: los deseos.
Su dinámica: crear, aunque también poder (el proceso creativo y sexual pasa por fases refractarias que nos enfrentan a la potencia y a la impotencia).

Material (Oros-Tierra): todo aquello que nos mantiene con vida, comenzando por nuestro cuerpo, su salud y su equilibrio, la circulación del dinero, el territorio donde actuamos y vivimos.

Su lenguaje: las necesidades.
Su dinámica: vivir, sobrevivir, obrar entre nuestros semejantes.

Esta división nos permite afrontar además otro aspecto del trabajo alquímico: «disolver y coagular», es decir, aislar los elementos específicos que nos componen para reconstruirnos a nosotros mismos como una unidad fluida, dejando así de concebirnos como una entidad sólida y monolítica movida por fuerzas «misteriosas».

Cuando nuestras concepciones entran en conflicto con nuestras emociones –y en ese mismo instante nuestra realidad material nos dicta seguir un camino que va justo hacia el opuesto a nuestro deseo–, los cuatro centros tiran cada uno de un lado como si fueran cuatro caballos de un mismo tiro pero sin un destino común. El primer paso para ajustar y orientar nuestras energías hacia un objetivo determinado, es identificar qué es lo que ha reemplazado a cada centro. Por ejemplo, desde hace tiempo la moral occidental, aterrada ante la energía sexual, asimiló esta energía a un sentimiento (generalmente, para las mujeres) o a una necesidad (generalmente, para los hombres). Dicho de otra manera: sucede frecuentemente que, por razones culturales, sociales o familiares, una energía se ve «colonizada» por otra. El intelecto, invadido por las emociones, ya no consigue razonar con claridad. La sexualidad, sobrecargada de creencias y prohibiciones, se convierte en una fuente de angustia (como sucedió en el siglo XIX, cuando de forma casi unánime el ámbito médico occidental inventó una serie de peligros, supuestamente mortales, derivados de la sana práctica de la masturbación). En algunas familias, el dinero o la manutención servían como un medio privilegiado o exclusivo para que los padres expresaran el afecto que sentían por sus hijos: así, estos últimos crecieron prisioneros de una gran confusión para diferenciar el centro material y el afectivo, pudiendo conducirlos a desarreglos alimentarios o a conductas autodestructivas con el dinero.

Con arreglo a lo anterior, se podrían establecer doce variaciones o desviaciones de la personalidad al ser invadido (o colonizado) cada uno de los centros por cualquiera de los otros tres. Cuando se emprende un trabajo sobre el yo, es muy útil preguntarse cuáles de estas desviaciones son dominantes en nosotros. De tal manera podremos estudiar cómo nuestro árbol genealógico las ha producido. La lista que aparece a continuación no pretende ser exhaustiva, sino más bien un punto de partida para que reflexionemos.

El centro intelectual es invadido por el centro...

...*emocional:* la afectividad hace al pensamiento demasiado subjetivo, se vuelve impreciso o inconstante, se entusiasma sin motivo o, contrariamente, se desalienta, se infravalora.

...*sexual-creativo:* intelecto competitivo, obsesiones sexuales, creatividad desbordante que hace que los pensamientos se desvíen en todos los sentidos.

...*material:* pensamiento ultramaterialista, incapacidad para la abstracción, incomprensión de todo lo que sea metafísico.

El centro emocional es invadido por el centro...

...*intelectual:* frialdad afectiva, cálculo, incapacidad para expresar las emociones, rodeos debido a las explicaciones racionales.

...*sexual-creativo:* afectos apasionados y posesivos, celos, dependencia afectiva, obsesión sexual.

...*material:* chantaje, cálculo, manipulaciones afectivas para obtener un beneficio propio, amor a una persona por lo que tiene y no por quien es.

El centro sexual-creativo es invadido por el centro...

...*intelectual:* enfriamiento, ritualización extrema de la sexualidad, frigidez, impotencia sexual o creativa: se sabe inventar, analizar, pero se es incapaz de crear.

...*emocional:* la ternura ocupa el lugar de la sexualidad y se resiste a entrar en la energía del deseo, la creatividad se vuelve sentimental, la libido y la creatividad se infantilizan.

...*material:* prostitución, sobrevaloración del cuerpo o del dinero en el ámbito de la atracción sexual, creatividad orientada a la rentabilidad o, por el contrario, inseguridad material extrema que bloquea el acceso a la energía creativa y sexual.

El centro material es invadido por el centro...

...*intelectual:* trastornos obsesivos, la persona vive según reglas rígidas sin hacer caso de las necesidades de su cuerpo.

...*emocional:* conductas alimentarias, corporales o financieras que ponen de manifiesto una necesidad afectiva: sobrealimentación o infraalimentación, gastos irreflexivos, apego excesivo por un lugar, por una casa o por un objeto, angustias económicas o corporales absorbentes.

...*sexual-creativo:* sexualización sistemática del cuerpo, obsesión por la seducción, desorden material por exceso de creatividad.

Una persona está preparada para evolucionar cuando conoce el lenguaje y la energía que corresponde a cada uno de los centros, es decir, cuando piensa con su intelecto, ama con su corazón, desea y crea con su centro sexual y vive de acuerdo con sus necesidades. Podríamos decir que las doce desviaciones del ego son los doce «apóstoles» de un «Yo crístico», que sería su soberano y enseñante y en el que todos los centros funcionan correctamente.

Todo esto viene a significar que la toma de conciencia de las desviaciones que existen en los cuatro centros, es un camino de aprendizaje. Por ejemplo, desde el instante en que se reconoce que «mi centro emocional está invadido por el intelectual, pues no consigo expresar mis emociones y me sobrecargo con explicaciones interminables que no me sirven más que para alejarme de lo que amo», se puede comenzar a restaurar el centro afectado (el emocional, en este caso) aprendiendo a expresarnos adecuadamente. Es decir, que el intelecto (la claridad de expresión) no vuelva a ser invasor, sino un aliado de lo emocional.

De nuevo, he aquí un cuadro indicativo de la forma en que este proceso puede ser emprendido:

El centro intelectual puede aceptar como aliado el centro...

...*emocional:* aprende a escuchar, se abre a la inteligencia emocional, toma en cuenta en sus razonamientos aspectos más sutiles.

...*sexual-creativo:* descubre la creatividad mental y el placer de emitir ideas con profusión sin tener, necesariamente, que concluirlas.

...*material:* el intelecto se ancla en el cuerpo y asume su presencia, que le lleva a un silencio regenerador.

El centro emocional puede aceptar como aliado el centro...

...*intelectual:* escoge sus afectos, comprende los de los demás, clarifica sus emociones.

...*sexual-creativo:* descubre el placer de actuar con sus sentimientos y de crear en sí mismo y de buen grado emociones bellas o sublimes.

...*material:* aprende a amar no solamente a sus semejantes sino a todo lo que existe: todo está vivo, luego todo es digno de ser amado.

El centro sexual-creativo puede aceptar como aliado el centro...

...*intelectual:* aprende a conocer sus propios procesos de deseo y gozo, y también los del otro.

...*emocional:* se abre a escuchar al otro, crea y desea por amor.
...*material:* aprende a desear apasionadamente todo cuanto ya poseía, es decir, a renovar su mirada sobre lo ya conocido. Aprende, asimismo, que el dinero o la salud no dan la dicha, sino que ayudan.

El centro material puede aceptar como aliado el centro...
...*intelectual:* la disciplina intelectual, moral o espiritual (el *dharma*, en las religiones orientales) le permite organizar su tiempo y su existencia, teniendo en cuenta nuestra mortalidad y sin perder nuestra vida.
...*emocional:* actúa por amor y con amor, conoce el valor de la caricia, de la delicadeza en la relación directa con los demás, esa atención afectuosa que da un sabor incomparable a la vida cotidiana.
...*sexual-creativo:* introduce la belleza en su cotidianeidad, se permite ser creativo y comprende que el mejor camino para ir de un punto a otro necesariamente no tiene por qué ser el que es más corto, sino el que es más bello.

Ejercicio 2. A la caza de ideas locas

Ya que todos estamos más o menos invadidos por creencias, frases hechas, ideologías u obsesiones que no tienen ninguna utilidad para nuestra vida diaria («La vida es muy dura», «Los hombres son unos cabrones», «Las mujeres son unas cursis», «El dinero es algo sucio», «Más vale morirse joven», etc.) conviene que nos planteemos:

–¿Cuáles son, de entre mis ideas, las creencias descabelladas que he heredado de mi árbol genealógico? (Una idea descabellada tiene como característica principal que constituye un impedimento, un sufrimiento, un motivo de freno o de no saber conceptualizar el mundo de una manera que nos resulte útil.)

–Hacer una lista con las ideas que, de forma habitual, llegan a mi mente pero con las que en realidad no me identifico, o no estoy de acuerdo. Después, y para cada una de esas ideas, deberé plantearme la siguiente pregunta: «¿Qué persona de mi árbol genealógico creía o cree en esa afirmación, y por qué?».

El papel que desempeñan los obstáculos

Como ya se vio en la introducción, cada individuo es el resultado de dos fuerzas: la imitadora (que está dirigida por el grupo familiar) y la creadora (que proviene de la Conciencia universal).

Esta doble influencia podremos verla, a continuación, en un esquema donde los inconscientes encajan de manera concéntrica:

–en el centro está el individuo y su inconsciente personal.

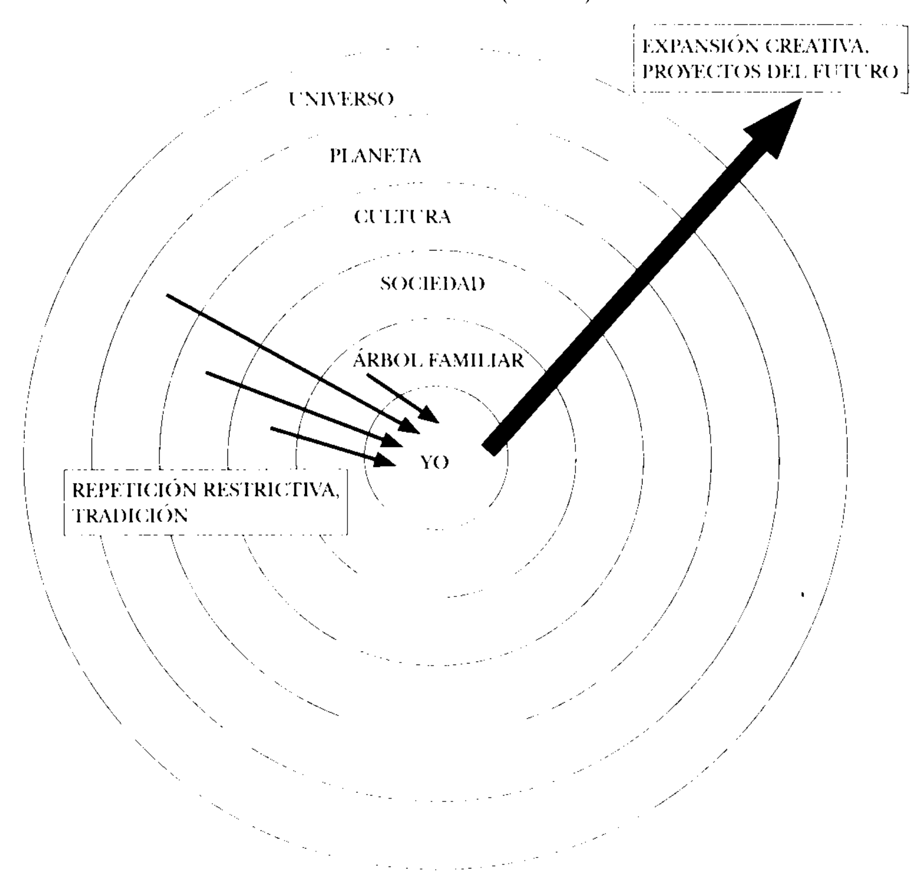
–alrededor de él, los miembros del árbol genealógico y el inconsciente familiar, que son objeto de nuestro estudio en este libro.

–a su vez, el árbol se inscribe en una sociedad que posee, asimismo, un inconsciente colectivo que es fruto de una cultura, que por su parte es fruto de la humanidad.

–más allá de los límites de la Tierra cabe imaginar la existencia de un inconsciente cósmico, que es reflejo de la conciencia del universo, y un inconsciente «divino» o total, que sería el origen de donde surge toda Conciencia.

Podemos, por lo tanto, visualizar a todo individuo como el centro de una serie de círculos concéntricos en el que se superponen diferentes estratos de conciencia. Hasta el nivel planetario (la humanidad entera tal y como existe actualmente) todos estamos sometidos a las fuerzas de imitación: tradiciones, hábitos, restricciones, creencias, etc. A partir del nivel cósmico o universal, entramos en la Conciencia pura y nada se opone al proyecto de futuro.

Podríamos esquematizar la dinámica entre las fuerzas de creación y de repetición de la siguiente manera:



Cualquier individuo se encuentra constreñido por una serie de influencias que lo modelan desde el exterior, mientras que el proyecto de la Conciencia (simbolizado en el esquema anterior por la flecha más gruesa) consiste en realizarse creativamente, de manera inédita y a pesar de los obstáculos puestos por nuestra educación repetitiva.

Nuestro árbol genealógico, sometido también a las presiones de la sociedad y la cultura, nos «esculpe» con las fuerzas de imitación, de repetición, de conformidad, de tradición. El trabajo de la Conciencia individual consiste en deshacernos de esos límites que no se correspondan con nuestra verdadera personalidad, para así poder realizar un proyecto inédito, original, nuevo.

Como se puede apreciar, el camino de la conciencia atraviesa el árbol, la sociedad y la cultura para integrarse en el plano universal. Es decir: si dejo de repetir las prescripciones de mi árbol, de la sociedad en la que vivo, de la cultura en la que me he educado e innovo de una manera significativa, aportaré un plus a mi árbol, a mi sociedad, a mi cultura. Por ejemplo, en una familia marcada por la ruina o el exilio, el éxito individual de uno de sus miembros, que disfruta ahora de una buena vida, puede aportar información sobre que *eso* es posible realizarlo: prosperar, acceder a la educación, etc. O en el caso de otra en la que los vínculos afectivos han sido cortados, si uno de sus componentes vuelve a descubrir el sentido del amor y de los valores humanos, podría convertirse en la luz que ilumine al resto de ellos.

Socialmente, las grandes revoluciones artísticas, científicas o culturales son percibidas, al principio, como una ofensa al orden establecido. De igual forma, a nivel planetario, las ideas sobre desarrollo sostenible y recursos naturales que resultaban utópicas hoy son percibidas como ideas realistas y salvadoras. Y es que los círculos de repetición siempre se resisten a la novedad, pues la tradición (la conservación de la identidad familiar, cultural o social) exige a los miembros de su clan la reproducción de los propios esquemas.

Como veremos en el capítulo 4 sobre la pareja, la dinámica entre las fuerzas de repetición y las de creación puede interpretarse de la siguiente manera: todos somos hijos de nuestros padres y a la vez una creación única del universo que sobrepasa la voluntad individual de los padres y en la que ellos son simples vectores, intermediarios. Por tanto, el árbol será el resultado del estudio de una serie de *formaciones* y *deformaciones* impuestas a ese ser esencial que todos somos.

En un segundo momento, vendrá el estudio de los obstáculos, tan necesarios como fecundos, permitiendo que nuestro proyecto logre alcanzar su objetivo: el pasado quiere dar un sentido al futuro, pero es en realidad el futuro el que da un sentido al pasado, otorgándole un significado nuevo. Este es, en resumidas cuentas, el sentido de nuestro trabajo.

El papel que el árbol asigna al heredero puede ser positivo o negativo:

–Por ejemplo, ese hijo o esa hija designados para continuar la tradición familiar, para realzar el nivel intelectual o social de la familia, para reparar una serie de muertes habidas dentro del clan o, incluso, para restablecer la reputación familiar teniendo un buen matrimonio o conservando una posición social dada.

–Inversamente, la «oveja negra» de la familia es portadora de todos los estigmas que el árbol genealógico necesita expulsar de sí pero han recaído sobre uno de sus miembros en particular, convertido en el heredero negativo del árbol: es el hijo que se convierte en alcohólico o drogadicto, la hija «prostituida» que ha elegido una vía que no es conforme con la ideología del clan, el ludópata empedernido que arruina a su mujer y a sus hijos o el fracasado que acaba en la miseria.

Todos estos casos, presentes de una forma u otra en todas las familias, son fruto de la herencia.

Desde el momento en que alguien intenta incorporar en su árbol información nueva, la resistencia de éste se va a manifestar bajo la forma de obstáculos de muy diversa naturaleza y, en un primer momento, estos obstáculos nos van a parecer insuperables. Como sucede en las leyendas y los mitos, deberemos enfrentarnos a ellos para, así, transformarlos en etapas de nuestra liberación. Hay un cuento iniciático que resume muy bien esta función esencial que tiene el obstáculo, que interfiere en nuestro camino a través de la Conciencia, de Dios o de la Naturaleza para permitirnos de esta forma fortalecer y asegurar nuestras creencias:

> Un campesino recibe la visita de su dios. Se arrodilla ante él y le agradece el haberle otorgado el don de la vida. «Todo te lo debo, pero sin embargo necesito presentarte mis quejas: trabajo para abonar mis terrenos y lograr que el trigo crezca lozano, pero tú me envías huracanes, sequías, pájaros hambrientos, ratones, lluvias torrenciales y plagas. ¿Puedes, por una vez, evitarme estos males?» El dios satisface los ruegos del campesino. Cuando planta la semilla, ningún viento huracanado remece la tierra, el clima es benigno durante todo el año, llueve justo lo necesario, no se asoma ningún pájaro, ningún insecto dañino... Y por falta de obstáculos que vencer, debilitadas, las semillas se pudren en su buena tierra y no llegan a germinar.

El ser humano avanza triunfando sobre sucesivos obstáculos. El monje zen, por ejemplo, logra alcanzar la iluminación como recompensa a los titánicos esfuerzos que ha hecho para conseguirlo y a haber desterrado de su espíritu todas las ideas parásitas. El santo encuentra la paz en su corazón al rehusar toda clase de discriminación. El héroe se realiza triunfando sobre su miedo a morir. El campeón triunfa sometiéndose a una férrea disciplina. Pero estos cuatro destinos no son una imitación de los de sus ancestros: son propios de esos hombres y mujeres que han sabido reconocer en sus espíritus, en sus deseos y en sus carnes la Conciencia universal, origen de múltiples universos.

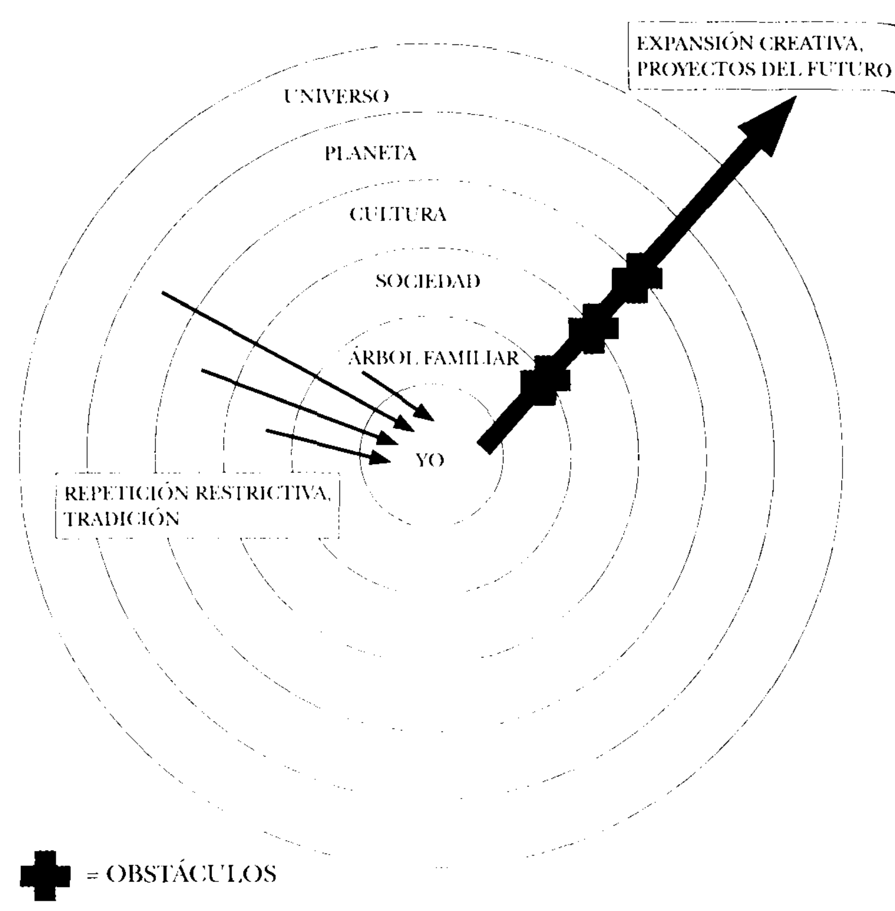
Estas personas han decidido habitar en la eternidad y el infinito, no actuar por medio de mecanismos o automatismos. No se guían por ideas fijas y son capaces de detener el diálogo interior, dominando así a la mente. Acogen cada éxito que alcanzan con la admiración y el candor propios de un niño y abren sus corazones a sentimientos sublimes. Soplan y esparcen las cenizas de todas las tradiciones estereotipadas para, a continuación, reavivar el fuego que produce luz y calor, aquí y ahora.

Pero en el camino de una realización de esa naturaleza, las fuerzas repetitivas del árbol, de la sociedad y de la cultura pondrán, a toda persona que se halle en pleno camino hacia sí misma, una multitud de obstáculos. El primero de los cuales será el «Yo» personal, la identidad adquirida bajo todas sus formas, desde las más seductoras hasta las más aterradoras. Y además: ideas recibidas, fobias, angustias, conflictos, accidentes, ruinas, etc. Una lista de obstáculos demasiado larga...

Pero, independientemente de nuestra formación y de nuestra identidad, la propia vida nos presenta sin cesar obstáculos y dificultades: un clima poco favorable, un golpe de mala suerte, una ruina económica, una catástrofe natural, una guerra, una epidemia... Aquí también la lista de calamidades que se pueden presentar a lo largo del camino es interminable.

Ante estos obstáculos, dificultades o «heridas» tenemos, como nuestros ancestros antes que nosotros, dos posibilidades de actuación: la primera, reaccionar adoptando una actitud *ya existente*, aplicando una receta más o menos eficaz elaborada en el pasado, y ello en el caso de que mantengamos fidelidad a las fuerzas de imitación y nos comportemos de una manera heredada. Y la segunda, siendo capaces de remitirnos a la Conciencia, a la creatividad, a todo aquello que hay en nosotros y que es más innovador y de una mayor altura, permitiendo simultáneamente que el obstáculo de que se trate se convierta en nuestro maestro, impulsándonos a producir, frente de él, una solución inédita cuyo origen será, en realidad, la Conciencia universal. Y, a continuación, actuaremos como un mutante que aporta a su árbol genealógico una información nueva.

Véase el esquema de la página siguiente.



Ejercicio 3. Los obstáculos y el héroe

–¿Cuáles son los tres principales obstáculos con los que te encuentras en tu vida actual?

–¿Son éstos de orden...

...material?

(problemas de dinero, de territorialidad, de salud...)

...creativo o sexual?

(frigidez o impotencia, dificultades para crear...)

...afectivo?

(sentimiento de inferioridad, conflictos recurrentes...)

...intelectual?

(incomprensión, carencia de educación, agresiones verbales...)

–¿Qué vínculos podrías establecer entre estos obstáculos y tu formación familiar?

–¿Y con la sociedad y la cultura en la que vives?

Para cada uno de estos obstáculos, propón la invención de al menos seis soluciones creativas que te permitan vencerlos, por muy inverosímiles o estrafalarias que, en principio, pudieran parecerte dichas soluciones (como por ejemplo imaginar la intervención de un personaje sobrenatural o bien asumir que tenemos poderes sobrehumanos). Pon a trabajar tu imaginación como si se tratara de un personaje de ficción y no de ti mismo.

Después, dispón entre esas soluciones cuáles te parecen más factibles y cuáles están absolutamente fuera de tu alcance.

Finalmente, superando tu propia historia, vuelve a tomar las soluciones «imposibles» e imagina a un personaje superior a ti (una suerte de héroe) que sí podría poner en práctica dichas soluciones. Visualiza, con todos sus detalles, su triunfo sobre esos obstáculos como si se tratara del argumento de una novela o del guión de una película. Este ejercicio te permitirá distanciarte de las limitaciones que tu árbol genealógico te impone.

Ejercicio 4. Llegar a mis propios límites: ejercicio de expansión de la conciencia

De la misma manera que para entrar en un país extranjero primero hay que llegar a la frontera, para traspasar nuestros propios límites es preciso llegar primero hasta ellos. Así pues, exploraremos nuestras propias fronteras de un modo simbólico.

–Siéntate relajadamente en un butacón y comienza a pensar dónde se encuentra tu centro energético: ¿en la cabeza, en el pecho, en el plexo solar (en la punta del esternón), en el *hara* (debajo del ombligo)? Cualquiera que sea la elección, será válida para el presente ejercicio.

–Ahora, sacraliza dicho centro y dale una existencia sólida imaginando una luz, una llama o un color dorado. (Para estabilizar un poco más tu punto de partida, puedes imaginarte a ti mismo sentado en un trono de luz.)

–A continuación, desde ese centro comenzarás a proyectar hacia el espacio, imaginaria y sucesivamente, seis puntos luminosos (rayos) tan lejos como te sea posible siguiendo las seis direcciones cardinales:

1. un rayo de luz que parte del centro y que va *hacia delante* tan lejos como te resulte posible.

2. un rayo de luz que parte del centro y que va *hacia atrás* tan lejos como te resulte posible.

3. un rayo de luz que parte del centro y que va *hacia la derecha* tan lejos como te resulte posible.

4. un rayo de luz que parte del centro y que va *hacia la izquierda* tan lejos como te resulte posible.

5. un rayo de luz que parte del centro y que va *hacia arriba* tan lejos como te resulte posible.

6. un rayo de luz que parte del centro y que va *hacia abajo* tan lejos como te resulte posible.

–Ve tú también tan lejos en cada una de estas direcciones como tu imaginación te lo permita, y cuando alcances tu límite (que es el obstáculo actual a tu expansión), agradécele que se te haya manifestado y luego dirige el rayo de luz hacia ti, ya enriquecido por ese conocimiento, por esa gratitud y esa conciencia.

–Una vez que hayas explorado una tras otra las seis direcciones, regresa al centro y haz que surjan juntos los seis rayos de luz imaginarios, creando en torno a ti un espacio en tres dimensiones que se extienda, asimismo, cuanto más te sea posible. (Este espacio será el que defina tu «burbuja», es decir, el espacio en el cual eres capaz de desplegarte en el momento presente.)

–Toma conciencia de esta burbuja que te rodea, regresa al centro y concédete algún tiempo para poder apreciar, antes de reemprender el curso de tu vida diaria, el tiempo que has consagrado a esta experiencia.

Es perfectamente posible hacer este ejercicio repetidas veces. A medida que vayas ejercitándote en él, comprobarás que los rayos de luz llegan cada vez más lejos.

La lección de las culturas llamadas «primitivas» y de la magia tradicional: árbol genealógico, posesión y deshechizamiento

Todo este estudio va a estar salpicado de referencias a prácticas religiosas, mágicas o rituales que forman parte del patrimonio de la humanidad y por consiguiente del nuestro, más allá de las eventuales diferencias culturales. En el momento de abordar la cuestión de los ancestros, será necesario que nos alejemos de ese enfoque estrictamente occidental y «civilizado» que sólo asume una posición racional, científica, médica y demostrable. De este manera, podremos aprovechar las enseñanzas de todas esas prácticas que usan, de un modo especial o no, el Inconsciente humano como una reserva de la posible curación y de la energía vital.

Si resumimos el discurso actual de la Neurología sobre el funcionamiento del cerebro humano, podríamos decir brevemente que utilizamos su lóbulo izquierdo para el pensamiento racional (el más frecuente en nuestra actividad consciente) y que sus directrices las trasladamos al lóbulo «intuitivo» derecho cuando dormimos. Una mitad del cerebro predomina, pues, cuando estamos en vela y la otra durante el sueño.

Pero tal división no es absoluta, y con mucha frecuencia nos ocurre que pasamos de un estado racional a uno emocional o intuitivo a causa de una conmoción, un accidente, etc. El cuerpo calloso del cerebro hace en cierta forma de «puente» y es, simbólicamente, el lugar donde se sitúa el ser de la Conciencia, que aprende a pensar y a vivir utilizando los dos lóbulos del cerebro a la vez. Un artista o un chamán funcionan de una forma creativa e intuitiva (se podría decir que abren la puerta al Inconsciente con la práctica del arte o de la intuición) aunque conservando una racionalidad sólidamente anclada en lo real, en la relación con el otro y en el marco social. Para entender esto podríamos usar la imagen del caduceo de Hermes, el báculo por el que dos serpientes entrelazadas trepan hacia lo más alto del mismo, donde las alas serán desplegadas. Las dos serpientes podrían ser los dos lóbulos del cerebro y esa cumbre alada la expansión de la conciencia. Pero una expansión tal no puede realizarse a través de un «paso» científico puro y duro que se base

exclusivamente en experiencias reproducibles. En la propia realidad existen experiencias únicas que no se repiten jamás y que no por ello son menos ciertas. Pertenecen a otro orden de acontecimientos –si es que se las quiere catalogar–, que deben ser sometidos al crédito de la gente de una manera artística, no científica. Al contrario, los enfoques mayoritariamente basados en la zona diestra del cerebro (como los éxtasis de tendencia mística o los experimentos surrealistas) pueden fácilmente, y a un mismo tiempo, caer en la superstición y encontrarse pervertidos tanto en relación con el conocimiento personal como con respecto a la relación humana, y ello por falta de vigilancia. Y podría decirse también que de sentido común.

Nuestra posición, en este sentido, es que no se puede comprender verdaderamente al ser humano y, por consiguiente el árbol genealógico, si no es estudiado desde un punto de vista que aúne lo artístico y lo científico.

Si aceptamos que *realidad* y *sueño*, esas dos instancias del cerebro humano, están en verdad íntimamente mezcladas podremos disponer de la posibilidad de utilizar una estrategia de comprensión y de resolución de problemas que consiste en *considerar racionalmente la realidad como un sueño*; es decir, preguntarse ante una situación traumatizante o que no podemos resolver: «¿Por qué estoy soñando esta situación?».

Este paso de una perspectiva a otra puede resultar formidablemente fructífero si la persona ha integrado los dos aspectos de sus capacidades cognitivas. Igualmente, desde esta misma perspectiva, se hace posible *soñar despierto* con una determinada situación; o sea imaginar un desenlace ideal o una solución inédita cuya influencia se hará sentir enseguida en la realidad.

Podemos también señalar que numerosas prácticas religiosas (como las de la tradición Bön del budismo tibetano) animan a trabajar sobre el *sueño lúcido*, es decir, sobre la capacidad que en estado de vigilia tiene la conciencia para penetrar en el universo de los sueños y controlar su desarrollo. El objetivo del sueño lúcido no es fabricar artificialmente sueños dignos de una película de gran presupuesto. Puede servir más bien para resolver angustias muy profundas. Por ejemplo, ante una pesadilla recurrente, podríamos proponernos enfrentar el objeto terrorífico que nos acosa (un monstruo, la perspectiva de un accidente, un agresor), el cual en realidad no es más que una instancia de nuestro Inconsciente, y dirigirnos a él por medio de una fórmula del tipo «¿Qué quieres de mí? Aquí estoy,

a tu disposición». Y este objeto aterrorizante se revela entonces como una fuerza de las profundidades que viene a entregarnos un mensaje muy valioso.

De igual manera, también nos podemos proponer, simbólicamente, experimentar el estado de ingravidez volando sobre un lugar, atravesar una pared o sobrepasar los límites de la atmósfera: es decir, practicar con ejercicios que tengan como objetivo desligarnos de nuestro espíritu estrictamente racional y unirnos así al Inconsciente profundo, el gran depósito de los saberes de la humanidad.

La aportación que las culturas llamadas «primitivas» hacen en este sentido, es particularmente pertinente si estamos interesados en un fenómeno como la posesión. La posesión clásica consiste (en el caso del poseído) en abandonar su propio ego, su personalidad, y plegarse ante un arquetipo que ha acudido a él para habitarle, haciéndose con el control de sus pensamientos, de sus palabras y de sus actos. En las religiones de posesión (como el culto a los *loa* del vudú afro-haitiano o a los *orisha* del culto cubano, que de él derivan) existe un panteón compuesto por diferentes dioses, cada uno de ellos determinado por una conducta, un atributo o un poder muy definidos y por un carácter, un aspecto o un ritmo singulares.

Barón Samedi, Azaca-Tonnerre, Ogu, Eleguá, Changó, Ogún Arere, Obatalá, Yemayá, Ochún, etc., son espíritus o divinidades con características que la persona que se presta a ser poseída (el oficiante) no tiene en su estado normal. Durante el ritual religioso, el oficiante adopta la configuración del arquetipo, se olvida de él mismo y de sus características personales y adopta las características de la divinidad o arquetipo que lo posee. La distancia entre la individualidad corriente de este poseído voluntario y la personalidad que asume durante el ritual puede ser tan grande que incluso cambie su sexo. Y si la persona es médium, podría hacer *pasar muertos* (es decir, que hablen a través de ella) y que éstos la posean para poder expresarse.

Las culturas chamánicas manifiestan también sus propios fenómenos de posesión, en los que una entidad se expresa a través de un sacerdote, el cual puede, por ejemplo, dejarse visitar por el espíritu de un animal, de una planta o de una deidad. En el chamanismo, esta posesión es elegida por una persona dotada de competencias muy refinadas, mientras que en el vudú no importa quién pueda ser el poseído, que en ocasiones lo es incluso en contra de su voluntad.

La diferencia entre un poseído y un actor es mínima: consiste esencialmente en que el actor sabe que encarna un personaje, mientras que el poseído *es* el personaje durante todo el tiempo de la posesión. Ha sido invadido.

Las familias actúan también con posesión. Es habitual ver cómo un niño adopta no sólo los gestos, la forma de caminar, las inflexiones de voz o las posturas corporales de sus padres sino, también, sus sentimientos y manera de pensar. Aunque estos parecidos puedan deberse a un componente genético innato, estarían reemplazando a la imitación o, más bien, a la posesión. En realidad la imitación suele ser voluntaria y consciente, en cambio estos mimetismos familiares resultan irresistibles, inconscientes e irreversibles –a menos que la persona lleve a cabo un arduo trabajo sobre su yo–, pues están emparentados con la posesión.

Si nuestros padres han sido «poseídos» por sus propios padres, que a su vez lo fueron por los suyos, se puede deducir fácilmente que un niño podría estar «poseído» por su abuelo o por su bisabuela sin haberlos conocido jamás.

Si una persona imita ciertos valores que la ayudan a progresar hacia una meta, un objetivo cualquiera, se puede hablar de la existencia de una transmisión sana, en la medida en que se tenga como referencia a un adulto en pleno control de sus opciones. Los valores imitados del árbol genealógico pueden, pues, ser considerados como aliados.

Pero si las características de quien posee priman sobre las del poseído, y lo conducen no a su realización personal sino hacia la propia del «personaje» que él está reproduciendo, lo que sucederá es una desposesión de él mismo en favor de los intereses del o de los personajes posesores. También es frecuente los consultantes que se quejan de una fuerte autodesvalorización y de una mala imagen de sí mismos cuando tal abuelo o abuela ocupan, en el árbol genealógico, el lugar del héroe. Es decir, el modelo queda por encima de la persona a la que ha poseído. Podría ser que una persona, condenada a llevar la identidad de un ancestro muerto trágicamente o que siempre estuvo enfermo, no llegue a salir nunca de su rol sacrificial.

La psique infantil tiende a integrar y «duplicar» los sentimientos, las ideas, los deseos y los actos de otras personas. Este proceso de duplicación está muy vinculado con la fascinación: cuando un ego más poderoso (el del adulto) se enfrenta a otro menos potente (el del niño), el más vulnerable de los dos copia al otro. Ese ego más poderoso bien podría ser el de un antepasado, en cuyo caso la mencionada fascinación durará varias generaciones. Este mismo proceso vuelve a ponerse luego en marcha cuando, ya en la edad adulta, se cae en las garras de personas que se dedican a apropiarse del ego de otras: estafadores, falsos «gurús» o jefes sedientos de poder. Según uno esté más o menos liberado de las posesiones de su árbol genealógico, uno será más o menos vulnerable a este tipo de posesión.

Es normal que, cuando una persona adulta se encuentra en una situación en la que no se reconoce a sí misma, se sienta totalmente bloqueada y no consiga llevar a cabo los cambios deseados. Es muy probable que una o varias posesiones transgeneracionales se hayan puesto en marcha, por lo cual le sería conveniente esclarecerlas y desactivarlas.

Un ejemplo: una mujer ha tenido un padre ausente y débil y una madre dominante que atendió todos los asuntos de la casa. Esta mujer acabó casándose con un hombre cuyo padre ejerció su poder pero cuya madre resultó fría y distante. Cada uno de ellos buscaba en la familia del otro el elemento que les faltaba: inconscientemente, la esposa proyectaba sobre su suegro al padre ideal, mientras que el marido quería ser «adoptado» por su suegra, más cercana y atenta que su propia madre. En el mismo momento en que se conocieron, ambos se enamoraron del arquetipo que poseía al otro. La esposa se enamoró del «padre fuerte» que poseía a su esposo (que, en realidad, estaba aplastado por ese padre tiránico), y el marido por la «madre dulce» que poseía a su mujer (que, en realidad, estaba resentida con su padre y con los hombres en general). Algunos años más tarde, aquella pareja, en plena crisis, vino a consulta al no poder comprender de qué manera el idilio que habían disfrutado en un principio había dado lugar a un verdadero infierno conyugal. El estudio de sus dos árboles genealógicos los ayudó a emerger de esa doble posesión y a encontrar una relación auténtica.

Esclarecer el árbol puede ser indispensable para desactivar esas «posesiones». A veces, tan sólo la toma de conciencia es capaz de favorecer e impulsar el desalojo de determinados hábitos emocionales, corporales, creativos o sexuales, e incluso creencias instaladas durante muchos años en el afectado.

El árbol genealógico se podría comparar con una «bañera» en la cual nos hubiéramos sumergido siendo niños y en la que determinadas cualidades y defectos habrían empapado, de manera aparentemente irreversible, todas las facetas de nuestra personalidad. Por ejemplo, sabemos que toda predicción se comporta igual que una

maldición: se apodera de nosotros y no podemos liberarnos de su existencia hasta que no nos percatamos de ello. Cuántas predicciones habremos recibido desde nuestro nacimiento hasta el momento en que nos convertimos ya en personas autónomas («Será un gran director de orquesta», «Con esas manos podrá construir buenas casa», «Pobre, tan feíta le costará ser feliz», etc.).

Frente a los rastros de estas posesiones infantiles, nosotros propondremos una serie de ejemplos inspirados en cuatro técnicas terapéuticas directamente inspiradas en formas de curación populares, chamánicas o mágicas:

–*el masaje iniciático*, en el que un cuerpo es considerado a la vez como depositario del pasado (por lo tanto de todo su árbol genealógico) y como vehículo de la Conciencia (por consiguiente como un cuerpo esencial o perfecto). Este masaje se propone dar al cuerpo, al tocarlo, la posibilidad de liberarse de informaciones inútiles o nefastas del pasado, así como de integrar las informaciones que le falten, lo que le permitirá realizarse como cuerpo de conciencia.

–*el psicorritual*, que consiste en «interpretar», como si fuera en un teatro y junto con personas de tu confianza, una situación destinada a sanar las marcas del pasado (como veremos más adelante, el psicorritual principalmente concierne a nuestra gestación y nuestro nacimiento). Esta puesta en escena, que se debe preparar y llevar a cabo con sumo cuidado, no tiene como finalidad repetir las informaciones negativas sino más bien integrar, en la medida de lo posible, los valores que nos faltan.

–*la psicomagia*, que propicia una situación individual de sanación en la que se alcanza, en la propia realidad de dicha situación, una suerte de «sueño despierto» consistente en cumplir de manera inofensiva una fijación irrealizable del inconsciente (deseos de muerte, de incesto, etc.), o reparar una situación traumatizante (revivir una situación en la que se produjeron abusos, para vencerla), o integrar informaciones y cualidades positivas que se pensaran como imposibles (encarnar a un personaje heroico, vivir una situación determinada, etc.).

–*el psicochamanismo*, que deber ser practicado por un oficiante competente, imita las intervenciones propias de los chamanes (purificación, operaciones, etc.) pero despojándolas de su carácter supersticioso o peligroso para actuar directamente sobre el inconsciente corporal o *cuerpo fantasma*.

¿Quién soy yo? De lo personal a lo transpersonal, de los cuatro egos al ego esencial

Al hablar del individuo como objeto de estudio, conviene matizar a qué aspecto de él nos estamos refiriendo, pues podríamos distinguir tres niveles: el Yo personal (ego), el Yo transpersonal (que tiene en cuenta al anterior) y el Yo esencial.

Todas las vías de desarrollo personal parten del ego, pasan por el yo transpersonal y desembocan en el yo esencial (al que podríamos también denominar Uno Mismo o dios interior), que es la instancia interna que hay en nosotros y que vive en la unidad.

Las cuatro energías (cuerpo, libido, centro emocional e intelecto) se manifiestan en el ego y en el Yo transpersonal: todos tenemos necesidades, deseos, sentimientos y pensamientos personales; pero también podemos *cultivar* necesidades, deseos, sentimientos y pensamientos transpersonales que –superando la esfera del egoísmo limitado– engloben no solamente al individuo sino también al grupo, incluso a la humanidad entera.

Esto se presenta, en la mayoría de las personas, de una manera desordenada e indiferenciada, y exige, para ponerlo todo en orden, un trabajo personal que pasa siempre por una determinada forma de dolor (disolución del caos, de ese desequilibrio indiferenciado, para reconstituir o «coagular» –como dice la Alquimia– la unidad del Uno Mismo).

Uno de los elementos esenciales para acometer esta tarea es la voluntad de «encontrarse» a sí mismo, de convertirse verdaderamente en uno mismo. Esta voluntad nos nace fomentada por el ejemplo que vemos en otras personas más avanzadas en el camino del yo auténtico y que manifiestan, a su vez, cualidades de generosidad, de apertura o de abnegación tangibles; de quienes, asimismo, emana un irresistible sentimiento de alegría de vivir, de paz; y que tienen además la cualidad tanto de saber permanecer en silencio como de escuchar. Más aún: tienen una energía muy poco común y una sabiduría que nos confunde...

El sufrimiento existe nada más que a nivel personal; y de igual manera se puede decir que todo lo que es personal, es sufrimiento.

Todo aquello que es «yo» hace volver, de una forma u otra, al apego, a la privación de la libertad, a la limitación de las percepciones, a la imposibilidad de una investigación verdaderamente independiente, y vuelve a plegarse a esquemas existenciales impuestos por la familia. Haciendo esto se niega, en todo o en parte, *lo que se es*, viviendo en consecuencia como un ser totalmente aislado. Este sufrimiento esencial sólo puede superarse en lo transpersonal, en eso que es válido para la humanidad entera. El ser humano es en realidad una humanidad. La noción del individuo solitario es una visión egoísta. El individuo solo no puede existir. En tanto que se permanece cautivo de esa ilusión (positiva o negativa) de vivir como un individuo aislado, se vive en un mundo artificial e imaginario.

Muy frecuentemente, el trabajo sobre uno mismo comienza por la toma de conciencia de un sufrimiento. Luego llegan las resistencias: nos resistimos a cambiar, y a menudo las necesidades personales entran en conflicto con las transpersonales. Y también sucede con los deseos, las emociones, los pensamientos. En el punto de partida todo ello se presenta como una integridad confusa e intrincada donde conviene clarificar los deseos, necesidades, sentimientos e ideas que nos animan. Algunos nos son propios, pero la mayoría de ellos son herencia del árbol genealógico.

Al término de un trabajo perseverante e intenso, es posible abrir todos y cada uno de estos centros para hacerles disfrutar la dimensión de la humanidad, y no solamente la de la individualidad. Pero es necesario tener la voluntad de crear una perspectiva objetiva, aislada de los cuatro elementos: una mirada que no sea únicamente la de mis necesidades, la del ser agitado por los deseos que por el momento soy, la de mis emociones y tampoco la de mi intelecto. Esta nueva mirada se divide en dos actitudes, una dirigida hacia el ego y la otra hacia el yo transpersonal, para disolver y conocer por separado el aspecto de cada una de ellas.

En un primer momento, la mirada sobre el ego es ciertamente dolorosa porque reconoce la pequeñez de nuestra identidad ilusoria: «Yo no soy esto». Es lo que les sucede a quienes se inician en la meditación zen cuando, sentados veinte minutos en absoluto silencio, descubren la gran multitud de ideas desordenadas que se agitan en su mente, o el océano de emociones caóticas que se suceden en su corazón, y sufren todavía la impaciencia e incomodidades de un cuerpo poco acostumbrado a la inmovilidad...

Es ahora cuando realmente resulta útil volver la mirada hacia el yo transpersonal: éste, cargado de emociones sublimes, no dice sólo «yo» sino que incluye el «nosotros».

Por regla general, el Yo personal aprende en este proceso a colaborar con el Inconsciente y el Supraconsciente. Y el Yo transpersonal se origina al descubrir el Inconsciente colectivo, y supera el sentido infantil de la posesión del «todo para mí», pasando al altruismo adulto del «nada para mí que no sea para todos». El Yo transpersonal considera que todo lo que disfruta la humanidad procede del universo y pasa por mí para ser transmitido. De un primer estado «sólido» y personal, blindado por fronteras y protegido con cerrojos, se pasa al estado de canal.

Esa mirada libre que la voluntad ha producido va a integrar, poco a poco, el Yo transpersonal en la vida cotidiana. Las acciones y las decisiones individuales se verán, de ahora en adelante, teñidas de intenciones impersonales (como, por ejemplo, cuidar y proteger nuestro ecosistema y el planeta, dar a quienes están en peor situación, resolver los conflictos reconociendo nuestra parte en ellos, promover la armonía, etc.). Esta mirada que separa y une a la vez se va a convertir en la base de la Conciencia del Ser esencial, y al final, aunque el Yo transpersonal sea maravilloso de vivir, se llegará a esta conclusión: «Yo tampoco soy esto».

Si nos basamos en la subdivisión en cuatro energías, podremos ver que existen cuatro egos: uno corporal, otro sexual y creativo, otro emocional y otro intelectual. Cada uno de estos cuatro egos tiene dos vertientes: una personal y otra transpersonal.

El ego corporal...

...*personal:* aspira a la inmortalidad, a la salud infalible, a la eterna juventud, a la invulnerabilidad, a la abundancia y a la riqueza.

...*transpersonal:* acepta la enfermedad, la vejez y la muerte, aunque dándose cuenta de que la humanidad, en sí misma, es inmortal. La edad es una aportación de cultura y sabiduría para la juventud de la humanidad. Cada enfermedad que nos aflige se convierte en una enseñanza que nos hace conscientes de la existencia de conflictos internos, incluso de problemas aún sin resolver (por ejemplo, ciertas epidemias como el cólera están directamente vinculadas a la pobreza extrema en la que vive parte del planeta). Se deshace de las absurdas necesidades inculcadas por la publicidad, la sociedad o la cultura.

El ego sexual y creativo…

…personal: desea poseerlo todo, crearlo todo. Aspira a ser el mejor amante, el artista más grande, el más formidable curandero y también a aplastar a todos sus competidores. Busca la satisfacción y la victoria.

…transpersonal: aprende a limitar sus apetitos y a colaborar en actos de creación colectiva, percibiendo claramente que nada de lo que él haya creado le pertenece y que él es un simple canal. Es el arte sagrado, la acción útil, la sexualidad sana, como medio de unión con lo divino.

El ego emocional…

…personal: desea amar en exclusiva y ser amado con exclusión de todos los demás. Confunde el amor con la posesión.

…transpersonal: comprende que el amor es universal y aprende a transmitir lo que recibe: lo que le dan, lo distribuye. Ha tenido la experiencia de un amor sin posesiones ni fronteras, donde todos los demás son lo mismo que él (el amor crístico). «Si coges arena y la pones en tu mano cerrada, no obtienes más que un puñado de arena. Pero si abres la mano, toda la arena del desierto podrá pasar por entre tus dedos» (proverbio árabe).

El ego intelectual…

…personal: desea explicarlo todo, controlarlo todo, desmenuzarlo todo. Se aferra a sus creencias y a sus opiniones y teme, por encima de cualquier otra cosa, a la locura.

…transpersonal: aprende a callarse y a escuchar. Renuncia a entenderlo todo para poder captar la noción de Todo, como se sugiere en ese proverbio africano que dice: «La verdad no está en una sola cabeza». Se pasa entonces de *creer* a *conocer*, como respondió el santo indio del siglo XIX Ramakrishna al ser preguntado por su fe: «Yo no creo en Dios, yo lo conozco».

Al final, el Yo transpersonal llega a un punto en el que se da cuenta de sus límites: «Yo no soy nada, yo no puedo nada, yo no sé nada». Es entonces cuando se reencuentra con su origen, el Uno Mismo, que dice: «Yo soy Todo, yo puedo Todo, yo sé Todo». En este centro unitario total, no existe la vejez: lo único que hay es una eterna juventud. Nada de ignorancia: es la sabiduría total. Nada de carencias: es la abundancia total. Nada de individualismo: es la totalidad unida.

Algunas personas, al aproximarse a este estado, cristalizan una nueva ilusión individual sobre el centro universal. Caen en la trampa del ego divinizado y se imaginan ser los «elegidos» o depositarios exclusivos de la Conciencia unificada, que en realidad es un tesoro universal. Es así como se crean ciertas desviaciones: santos, gurús, maestros ególatras, etcétera.

El Ser esencial no es un privilegio de nadie, sino un bien de todos. De idéntica manera que la fragancia de un rosal no pertenece en particular a ninguna de las flores que lo exhalan, sino que se debe a la esencia genérica de la totalidad del rosal.

Cuando una persona llega a disolverse en el ser esencial, se produce eso que en los Evangelios se llama Transfiguración. Su carne pierde el peso del sufrimiento, sus emociones se hacen sublimes, sus ideas son fluidas y sus deseos le otorgan la alegría de vivir. Esta transfiguración puede ser permanente o puntual; y si no durase lo suficiente, al menos deja tras de sí un sabor que permite volver a ella cada vez con mayor frecuencia. Cuando este estado se hace permanente, el ser esencial se pliega en torno a la personalidad como el brazo de una madre sosteniendo con una gran ternura los egos personal y transpersonal: «Esta persona que lleva mi nombre existe, esta persona que lleva mi nombre va a morir, pero en el fondo esta persona que lleva mi nombre y que es mortal, es una ilusión». Éste es el mensaje de todas las grandes tradiciones espirituales.

2
Hacer el árbol propio: el individuo frente al linaje

La alfombra mágica

En la primavera de 1979 yo no sabía aún que iba a crear todo un sistema terapéutico basado en el estudio del árbol genealógico. Siendo un director de cine que con mis películas *El Topo* (1970) y *La montaña sagrada* (1973) acababa de tener cierto éxito en Francia, el productor Éric Rochat me propuso viajar a la India para filmar la historia de un elefante que nace en un campo de trabajo como esclavo y que poco a poco se libera, desarolla su consciencia y se convierte en el dios-elefante Ganesha, venerado por todo un pueblo.

Viví tres meses en Bangalore, en la India, encerrado en un reducto de elefantes filmando un cuento para niños: *Tusk* (1980). Al regresar a París a comienzos del otoño, recibí la agobiante noticia de que mi productor se había declarado en quiebra y no iba a pagarme lo que estipulaba mi contrato. Con el poco dinero que me quedaba, me vi obligado a alquilar una casa pequeña en una zona alejada de París, en Joinville-le-Pont, y a leer el Tarot para poder alimentar a mi esposa e hijos. Esto, que muchos pueden considerar una desgracia, fue para mí algo beneficioso. Si mi productor no hubiera sido el estafador que era, yo nunca habría creado la tarología, la psicogenealogía, la psicomagia ni el psicochamanismo.

Para atender las consultas, pinté de blanco las paredes y el techo de un cuarto, pulí y barnicé las tablas del suelo, compré un tapiz violeta de un 1,60 x 0,80 metros y, en ese espacio limpio y sin muebles ni cuadros, lo extendí en medio del suelo. Frente al rectángulo violeta, el consultante –sentado como yo en un *zafu*, un cojín de meditación zen– escuchaba mi lectura del Tarot. ¿Por qué un rectángulo violeta?

En esa época yo mantenía una sincera amistad con un hombre

extraordinario, Pierre Derlon, autor del libro *Traditions occultes des gitans*, publicado por el editor Robert Laffont en 1975. Pierre, francés de origen, era un especialista en magia gitana. Sus conceptos fueron muy útiles para mí, a pesar de que a veces decía cosas difíciles de creer. Por ejemplo, aunque parecía tener 60 años y su esposa gitana, 30, él aseguraba que ella era de su misma edad. *¡Gracias al encanto de un anciano de su tribu, sólo envejecía un año cada dos!* Derlon me mostró, entre otras cosas, una almohada antiinsomnio violeta (color para los gitanos esencialmente receptivo), un calendario hecho con cerillas, una manera especial de cortar las manzanas con objeto de usarlas en un rito amoroso, un método para adivinar el porvenir mediante huesos de pollo... No me interesé mucho en esto porque desde el comienzo, en mi trabajo tarológico, había rechazado la dudosa actividad de leer el futuro, dedicándome más bien a leer el presente del consultante, o sea sus problemas actuales, frutos de un pasado conflictivo. Lo que sí despertó mi interés fue la *alfombra mágica*. Derlon me contó que cuando los gitanos se quieren concentrar, clavan cuatro estacas en la tierra, las unen con cordeles para formar un rectángulo de unos 80 cm de ancho por 1,60 m de largo, colocan dentro ciertos «acumuladores», como latas de conserva vacías, piedras, trozos de madera, etcétera, y los disponen formando figuras geométricas. Sentados frente a ese rectángulo fijan en él su mirada hasta que se salen del tiempo y del espacio. Viajan hacia otra realidad... Pierre estaba convencido de que esta práctica había dado origen a la leyenda de la alfombra voladora que aparece en algunos cuentos árabes. El día en que nos mudamos a Joinville-le-Pont, Pierre, sin haber anunciado su visita, llegó hasta nuestra casa y en su pequeño jardín clavó cuatro tenedores, los unió con un cordel formando un rectángulo y dentro de él ordenó algunas piedras, unas ramas secas, tres botellas de refresco, más media docena de patatas que sacó de sus bolsillos y me invitó a arrodillarme frente a esa *alfombra mágica* para meditar y salirme del cuerpo. Me interesó probar la experiencia. Acababa de leer en *Wittgenstein*, de William Warren Bartley III, un sueño que tuvo en 1919 el filósofo Ludwig

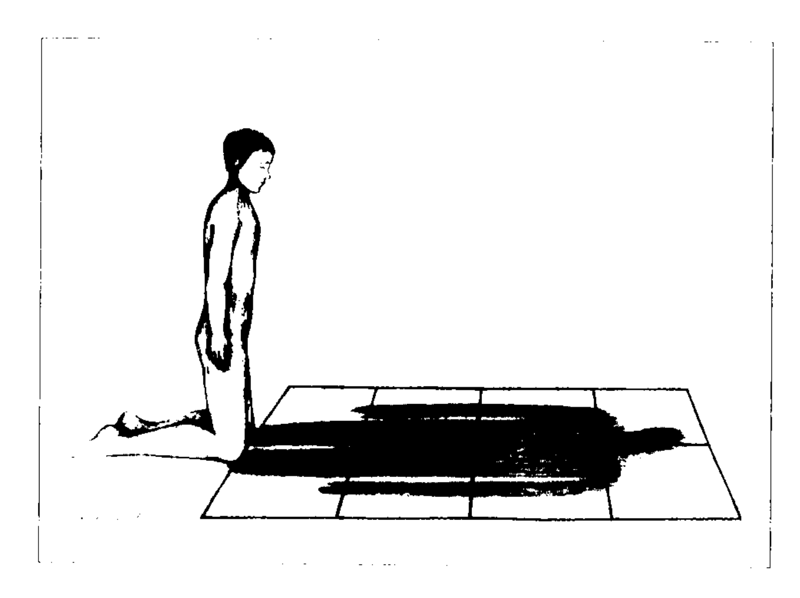
Wittgenstein. Sueño que había planteado un enigma que fue incapaz de resolver:

> Era de noche. Yo me encontraba fuera de una casa sobre la que resplandecía la luz. Me acerqué a una ventana para mirar adentro. Allí, en el suelo, advertí una alfombra mágica exquisitamente bella, de modo que me entraron ganas de examinarla inmediatamente. Traté de abrir la puerta de enfrente, pero una serpiente se me lanzó impidiéndome entrar. Intenté hacerlo por otra puerta, pero allí también una serpiente se lanzó bloqueándome el camino. También en las ventanas aparecieron serpientes bloqueando todo mi esfuerzo por alcanzar la alfombra mágica (trad. de Javier Sádaba).

Según este autor, Wittgenstein interpretó la alfombra como un pene erecto y las serpientes como barreras morales a su homosexualidad. ¿Una alfombra un falo? ¿Y por qué no un vientre materno que nos permite morir en él para ser paridos hacia otra dimensión? La alfombra del sueño le ofrecía al filósofo una posibilidad de sobrepasar su mente racional para entrar en la magia de la vida. Por eludir sus emociones y deseos, identificándose con su intelecto, mediante acusadoras serpientes se veta la entrada a un mundo que sobrepasa a las palabras. Los reptiles guardianes son sus límites racionales. Conceptos estancados que impiden el vuelo de su imaginación hacia las profundidades del Inconsciente. A esto último los monjes zen lo llaman *dar un paso en el vacío*. Decidido a no dejarme vencer por el terror de liberarme de la cárcel racional, me senté frente al rectángulo creado por Pierre Derlon con la firme intención de decapitar mis serpientes mentales y entregarme al viaje mágico. Permanecimos inmóviles, con la vista fija, hasta que anocheció. No me salí del cuerpo ni del tiempo ni del espacio, no *volé* como él quería. Pierre se despidió sin ocultar su decepción. Nunca más lo volví a ver: moriría en 1989.

Sin embargo, esa experiencia fue esencial para el futuro desarrollo de mis técnicas terapéuticas. Al ponerme de rodillas frente al

rectángulo para meditar, sentí proyectarse en él mi sombra psíquica. Un eje vertical lo dividía en lado izquierdo y lado derecho. Tres ejes horizontales lo dividían en cuatro partes. En la parte superior se reflejaba mi cabeza; en la siguiente, mi pecho; en la tercera, mis caderas, pelvis, sexo; y en la cuarta, la más próxima a mí, mis piernas hasta las rodillas. El eje vertical convertía a esas cuatro partes en ocho. Las de mi lado derecho, correspondían a mis energías activas. Las de mi lado izquierdo, a mis energías receptivas. Desde donde yo estaba, se reflejaban en el primer tramo mi vida material, mis necesidades, mi formación infantil. El siguiente tramo correspondía a mis deseos, sexuales y creativos. El tercero, a mi vida emocional. Y el cuarto, a mi vida intelectual.



Dibujo de Pascale Montandon

Esta manera de proyectarme en un rectángulo –que dio origen al uso del tapiz violeta– me abrió horizontes que cambiaron mi manera de leer el Tarot. Inventé en esa época la noción de «Tarología» para distinguir mi trabajo del de los cartománticos: mi ambición era interpretar el lenguaje gráfico del Tarot sin atribuirme dones de vi-

dente. Esta práctica daría más tarde nacimiento a una nueva disciplina que bauticé como «Psicogenealogía».

A partir de entonces, organicé mis lecturas de la siguiente manera: pedía al consultante que, de los 22 Arcanos mayores del Tarot, colocara cinco en cada uno de los cuatro tramos. Esto requería utilizar veinte cartas. Las dos restantes –colocadas fuera del tapiz– simbolizaban lo siguiente: la de abajo, lo que el consultante había sido en el pasado; la de arriba, lo que deseaba ser en el futuro. La persona me exponía sus dudas, sus problemas para elegir entre varias opciones, etcétera. Yo comenzaba por analizar sus necesidades materiales; luego, subiendo de tramo en tramo, sus conflictos creativos o sexuales; su vida emocional; y, por último, en la parte superior del tapiz, las ideas que regían su vida.

Pude constatar que, apenas comenzábamos a interrogar el área material (salud, trabajo, territorio), los consultantes se referían a su infancia, su ciudad natal o las relaciones con sus hermanas y hermanos para terminar hablando de las circunstancias en que fueron paridos.

En el segundo tramo aparecían los padres, como formadores de la capacidad de crear y de la actitud sexual del consultante. Por su parte, la creatividad y sexualidad de los padres dependía muchas veces de las relaciones que éstos habían tenido con sus hermanas y hermanos. Las tías y tíos maternos y paternos revelaron ser de vital importancia para el consultante, aunque éste nunca los hubiera conocido.

En el tercer tramo, después de escudriñar los sentimientos de los consultantes, me di cuenta de la importancia que tenían sus cuatro abuelos más sus tías y tíos abuelos. Ellos habían transmitido sus logros y fracasos sentimentales a los padres, y éstos a sus hijos.

Al llegar al último tramo, que aclara el área intelectual, observé que ésta estaba formada en un gran porcentaje por ideas absurdas y morales caducas transmitidas por los bisabuelos. Siempre imperaba un libro religioso dictando unas leyes de conducta mal interpretadas por sacerdotes misóginos con ambiciones de poder político.

Daba igual que fuese la Torá, el Nuevo Testamento, el Corán, textos budistas o libros sagrados de otras religiones.

Fue así, de tramo en tramo, como llegué a visualizar en mi tapiz el árbol genealógico del consultante. Entusiasmado por este descubrimiento, dejé de lado el tapiz violeta y las cartas del Tarot y me consagré a estudiar directamente el árbol genealógico de mis consultantes. Los interrogaba en detalle sobre su familia y apuntaba los datos obtenidos en una hoja rectangular. En general, la información solicitada era la siguiente: nombres, apellidos, fechas de nacimiento, fechas y causas de las muertes, casamientos, abortos, adulterios, divorcios, enfermedades, abusos, accidentes, pérdidas de territorio (o sea cambios de casa, exilios o guerras), ruinas económicas, injusticias, profesiones, premios y fracasos de cada miembro de la familia del consultante, etc. Así, hasta llegar a los bisabuelos.

Salvo excepciones, yo no buscaba en quintas, sextas o más lejanas generaciones, porque la memoria familiar se esfuma más allá de los bisabuelos, los datos se hacen borrosos, se transmiten fragmentos de personalidad, pocas imágenes, algunas palabras, y es prácticamente imposible encontrar datos seguros en ese tumulto de personalidades. Como tenemos 8 bisabuelos, en la anterior generación los antepasados son el doble, 16. Y así, de generación en generación, nuestros ancestros van aumentando: 32, 64, 128, 256, 512, etc. En treinta generaciones nuestros antepasados son 1.073.741.824, es decir, más de mil millones. Yéndonos tan lejos en el tiempo por esta multiplicación de ancestros, se abandona el dominio de la familia propiamente dicha para –entrando en la multitud de una sociedad– abarcar la humanidad entera. Después de numerosas consultas, comprobé que, salvo muy pocas excepciones, el Inconsciente se estructuraba sobre un terreno familiar que sólo abarcaba hasta cuatro generaciones. Luego, el árbol se sumergía en el inmenso océano de fantasmas anónimos.

Pude comprobar también que toda la familia, desde los bisabuelos hasta el consultante, formaba una unidad que era la base de los problemas y virtudes de cada individuo. No se podía curar a alguien si no se curaba también a la familia que anidaba en las tinieblas de su Inconsciente. Surgieron, como en un papel fotográfico que bajo la acción del ácido revela la imagen que contiene, asombrosas repeticiones. De la primera a la cuarta generación se reproducían los nombres, las enfermedades, los fracasos, los conflictos. Aparecían zonas oscuras: familiares expulsados del clan y de los cuales no se había transmitido nada, secretos guardados con celo, rivalidades entre hermanos y hermanas, rencores, neurosis de fracaso, vergüenzas, ruinas económicas, etc. Pero el árbol no era sólo un campo de batalla y un lugar de aflicción, también aparecían en él posibilidades de realización, valores morales y espirituales, capacidad para enfrentarse a las dificultades. Me di cuenta de que el árbol genealógico era, al mismo tiempo, una trampa y un tesoro.

Fue tal el impacto de esta visión entre mis consultantes que ellos me organizaron talleres de lo que llamé entonces «Psicogenealogía». Un pequeño grupo de voluntarios –entre los cuales había algunos terapeutas, psicólogos y psicoanalistas interesados por mis teorías– comenzó a reunirse desde 1980 para someterse a ejercicios experimentales donde comparábamos los árboles genealógicos de unos y otros. Esto nos permitió ver aspectos más profundos de la trampa familiar. Como, por ejemplo, las «programaciones».

Parto programado: «Mi madre tuvo su primer hijo a los 36 años, yo tengo 26. Me quedan 10 años para disfrutar de la vida».

Desamor programado: «Mi padre nunca me quiso. Tengo tan mala suerte que seguro que acabaré viviendo con un hombre egoísta e indiferente».

Muerte programada (hay un ejemplo en la correspondencia de Freud): «...no se sorprenda si yo, a los ochenta años y medio, rumio para saber si alcanzaré la edad de mi padre y de mi hermano o si los rebasaré y llegaré hasta la edad en que murió mi madre».

La familia es un clan al que deseamos pertenecer, quizá debido a nuestra naturaleza de mamíferos de sangre caliente que mueren si

son separados de la horda. Temerosos de ser excluidos si nos diferenciamos, repetimos los errores que manan de los ancestros. Si una abuela padeció una enfermedad hepática, sus nietos declaran tener un hígado débil, lo que afirma su pertenencia al grupo. Si un bisabuelo regresó de las trincheras de la Primera Guerra Mundial con los pulmones roídos por los gases, muchos de sus descendientes sufren enfermedades pulmonares. Un ascenso social que no entra en los planes conscientes o inconscientes de la familia puede conducir a una persona, en pleno éxito, a conductas autodestructivas. (Recuerdo el caso de unos padres obreros que criticaron a su hija por haberse licenciado como veterinaria y ganar mucho dinero: la muchacha acabó trabajando de cajera en un supermercado. O el de un abuelo minero que, en un accidente, murió con el cráneo destrozado: produjo un hijo y un nieto peluqueros.)

Durante más de un año impartí estos seminarios dos veces al mes. Al mismo tiempo comencé a dar conferencias gratuitas todos los miércoles, que muy pronto fueron conocidas como «Cabaret místico». Primero fue en una pequeña sala de danza en la calle Malebranche, después en la École des Mines (en los años 1980) y en la Universidad Jussieu (en 1992) y, finalmente, en el *dôjô* de karate-do de mi amigo Jean-Pierre Vigneau, todo esto en París.

Durante una visita al Museo Rodin, otra imagen determinó la continuación de mis elucubraciones y experimentos sobre el árbol genealógico: contemplando el monumental grupo de *Los burgueses de Calais*, tuve la intuición de que la familia (vivos y muertos) se organiza en el Inconsciente de cada uno de nosotros como un escultura de grupo.

Todos tenemos una percepción subjetiva del tiempo y del espacio que depende de nuestro árbol genealógico. Por ejemplo, muchas mujeres –sintiendo que ha llegado el momento– se casan a la misma edad que lo hicieron sus madres, o muchos hombres triunfan o se arruinan a la misma edad en que lo hicieron sus abuelos. Hay quienes se sienten viejos a los cuarenta años, otros creen que son jóvenes a los setenta. Algunos se conforman con vivir en veinte

metros cuadrados, otros se sienten ahogados en trescientos. Ciertos espíritus viven confinados en una pequeña isla mental; otros, en una dimensión amplia; y muy pocos –casi nadie–, en medio de la eternidad y del infinito. Los límites que le imponemos a nuestra imaginación temporal y espacial provienen de la moral, de la religión, de la situación social, del nivel de Conciencia de nuestros antepasados. Este espacio interior donde organizamos los recuerdos tiene un centro luminoso que se extiende oscureciéndose más y más. En él ordenamos a nuestra familia: a quienes fueron importantes los colocamos cerca (o en el centro) y a quienes lo fueron menos, en los oscuros bordes –como se refleja en la pintura medieval, donde aquellos que ejercieron el poder, u otorgaron el mejor amor, tienen un tamaño mayor–. Lo importante es descubrir en qué parte nos colocamos a nosotros mismos: ¿somos el centro de nuestro árbol, el fruto primordial o hemos sido desplazados hacia la secundaria tiniebla...?

En todos nosotros, en nuestro espacio interior, el grupo familiar anida ordenado de acuerdo a nuestros prejuicios, nuestras frustraciones, nuestros deseos y valores morales que nos han sido transmitidos. Así como en el tapiz violeta y las cartas del Tarot me fue posible simbolizar a la familia, imaginé que ésta podía también ser representada tridimensionalmente...

Mis conferencias semanales, que se desarrollaban ante unas doscientas o trescientas personas, me ofrecieron el contexto idóneo para llevar a cabo este experimento. Y entonces, a partir de 1980, creé la «teatralización del árbol»: seleccionaba al azar a un espectador y le pedía que eligiera de entre el público a quienes representarían a los miembros de su familia –hermanos y hermanas, padres, abuelos, bisabuelos– y que los organizara formando un todo. A los familiares ausentes o desconocidos debía situarlos lejos del grupo; a los importantes o dominantes, en una silla; a los humillados, en cuclillas; a aquellos que, despreciados, sólo habían transmitido su nombre, de espaldas; a los niños muertos al nacer, con personas echadas en el suelo en posición fetal; a los que se querían, muy jun-

tos; a los que se odiaban, separados o dándose la espalda; etc. Una vez formado el grupo, pedía a quien los había escogido que tomara su posición entre ellos, revelándose entonces los problemas de adaptación a la familia, el sentirse excluido, el ver que se prefería a una hermana o a un hermano rival, el tener que rendir culto a un abuelo erigido como único verdadero hombre de la familia, etc. Pedía al consultante que hablara con cada *actor*. Éstos le respondían casi siempre cosas justas, porque –misterio inexplicable– las personas elegidas tenían algo que ver –en su pasado o en su carácter– con el personaje que debían interpretar. Por ejemplo, si la abuela había muerto de cáncer, la persona escogida para encarnarla tenía una abuela que también había padecido un tumor. Llegué a la conclusión de que el Inconsciente capta de forma telepática la novela familiar de cada individuo...

Mi experiencia como director teatral me permitió moderar estas sesiones y tomar en cuenta a cada uno de los colaboradores presentes en el *escenario*. Comprendiendo también que toda representación debe desembocar en una conclusión, en lo posible positiva, una vez que había sido compuesto el árbol me esforzaba por darle una dirección que permitiera al consultante y a sus benévolos ayudantes no haber interpretado su rol en vano. Así fue como comencé a explorar un extenso campo: la sanación del árbol.

Durante estas teatralizaciones, pedía el consultante –después de darse cuenta del nivel de Conciencia de su familia y de haber visto los problemas– que otorgara a cada pariente lo que le había faltado: a los muertos jóvenes, darles una larga vida; a los fracasados, permitirles triunfar; a los enfermos, aportarles salud; a los pobres y no amados, concederles prosperidad y amor; a los excluidos y ausentes, devolverles un sitio en la familia (éste es el trabajo que realicé yo en 1992 en mi novela *Donde mejor canta un pájaro*, publicada por Siruela en 2002). Siempre atento al equilibrio de los personajes en ese espacio exterior que reflejaba el espacio interior del consultante, le pedía que equilibrase las posiciones de los *actores*: por ejemplo, bajar a los que estaban subidos en sillas y levantar a quienes estaban acuclillados o tendidos en el suelo, concediendo así una dignidad equitativa para todos. En seguida solicitaba al consultante que tomara en el grupo la posición que lo haría sentirse feliz. Siempre, después de buscar múltiples soluciones, el/la consultante se colocaba entre su padre y su madre. Luego agregaba a sus hermanas y hermanos, tías y tíos, abuelos y bisabuelos. Generalmente el trabajo concluía con el consultante rodeado por los actores que habían encarnado a sus parientes, formando un grupo compacto y unido por un abrazo general.

Pasados los años me di cuenta de que algunos antiguos asistentes a mis conferencias se habían autoinstituido como «terapeutas del árbol genealógico» o como «psicogenealogos». Sin deseo alguno de garantizar una pretendida «profesión» de lo que para mí era sólo una búsqueda, dejé de impartir conferencias y seminarios públicos sobre este tema para continuar con mis trabajos pero de manera privada, y decidí recibir cada día a un consultante para establecer su árbol genealógico y tratar de curarlo.

Me parece importante aclarar por qué opté por utilizar el término *consultante* al hablar de mis lecturas de Tarot o de mis análisis del árbol genealógico: rechazo el término *paciente* porque me parece reservado al dominio médico y porque, según lo que yo siento, en el marco de una relación de terapia psicológica infravalora a la persona deseosa de realizarse. Sanar –hablando en términos psicológicos– es encontrarse a uno mismo. Un «paciente» (por esencia, pasivo) no puede curarse, ya que espera que su salud le sea devuelta por un médico o por un charlatán. En cambio, un «consultante» es capaz de convertirse en su propio sanador; él/ella sabe que su realización (encontrar la paz) depende de sus propios esfuerzos. Un terapeuta no debe comportarse como un orgulloso Maestro, sino como un humilde guía.

Mis sesiones las comenzaba leyendo el Tarot al consultante, lo cual me permitía sacar a la luz con rapidez el problema central. Luego, en una hoja grande de papel, escribía la mayor cantidad de

datos sobre los familiares y los analizaba. Una vez ordenada la memoria, teatralizábamos el árbol en una mesa redonda empleando una serie de pequeños muñecos. A veces eran una veintena, y otras, en las familias numerosas, podían ser muchos más. El consultante, una vez organizado el grupo, debía, uno por uno, identificarse con sus antepasados, darles voz y mantener con ellos conversaciones, sacando a luz los problemas relacionales. Agregué pequeños objetos (por ejemplo una bolita negra, que simbolizaba el cáncer de mama transmitido de abuela a madre, a nieta; una pequeña espada rota, como símbolo del fracaso intelectual padecido durante tres o más generaciones por familiares que no lograban obtener el diploma ansiado; un tubito con tinta roja, representando el rechazo o el desprecio a la menstruación en árboles misóginos). El/la consultante debía identificarse también con esos objetos y, pasándolos de un muñeco a otro, ir dándoles voz.

Después pedía al consultante que, en una hoja de papel y sin recurrir al lenguaje oral, dibujara con cualquier tipo de formas –pero ninguna antropomórfica– el conjunto de su familia, él/ella incluido. Es frecuente que una prohibición tajante que le hicieron durante la infancia, impida luego al consultante poder expresar de forma oral ciertos deseos o ciertas aspiraciones. Pero al darle la autorización de sustituir las descripciones orales por dibujos, los consultantes dibujaban aquello que les estaba prohibido. Por ejemplo, podían trazar un círculo que abarcaba media hoja (la madre), un cuadrado pequeño alejado en una esquina (el padre débil o ausente) y colocarse ellos en el centro del gran círculo con una forma muy parecida a la de un feto, expresando así su sentimiento de no haber nacido aún. Al igual que se hacía para finalizar la teatralización del árbol, esta sesión de dibujo intuitivo se terminaba pidiendo al consultante que reequilibrara las formas para obtener un dibujo satisfactorio.

Estas experiencias me confirmaron la idea de que las estructuras del árbol genealógico deben ser observadas con un ojo de artista capaz de captar lo milagroso.

CLARIFICAR EL ÁRBOL GENEALÓGICO
Recopilar y organizar la información

En este capítulo se proponen diversas formas de recopilar y organizar la información con el fin de crear diferentes esquemas del árbol genealógico que permitan al consultante llevar a cabo el análisis que quiere realizar.

La recopilación de información es una etapa realmente importante. La cantidad de datos concretos recopilados, y por lo tanto disponibles, dependerá de múltiples factores: la edad (un árbol «joven» muestra más testigos vivos que muertos), el país o los países donde tu familia estuvo arraigada (los datos disponibles no son los mismos según las regiones, las sociedades y las culturas de que se trate) y las particularidades familiares del árbol (más o menos propenso a transmitir información, o marcado por las defunciones y la violencia, o cargado de secretos, etc.). Cualquiera que sea la situación, se trata de recopilar el máximo de información posible para, así, tener una idea muy clara de lo que se escapa –y siempre se escapará– de nuestro deseo de conocimientos objetivos.

Una vez que hayamos llevado a cabo esta constatación, podremos ya dejar que emerja la información inconsciente (algunos dirían imaginaria o ficticia), que, llegado el momento, encontrará también su propio lugar en esta tarea: esta serie de informaciones, recuerdos o invenciones subjetivas no debe intervenir hasta que no hayamos realizado y establecido el marco real y objetivo del árbol como se ha venido indicando hasta ahora. Finalmente, se trata de permitir el diálogo a las dos instancias de nuestro cerebro, la racional y la intuitiva, en buena armonía.

La etapa siguiente consistirá en organizar de varias formas el árbol, para así no ser tributarios de una representación determinada. Primero lo realizaremos en un esquema rectangular y racional que aclare la posición de cada uno en el linaje, antes de abordar representaciones más orgánicas e intuitivas que den cuenta de nuestra concepción de esta familia en el momento de iniciar el trabajo de la toma de conciencia. Así, nos encontraremos frente a diversas imágenes del árbol, que estarán destinadas a continuar evolucionando más aún en el curso de nuestro «viaje».

La recopilación de información

Las tres principales dificultades que es preciso aceptar y superar son:

–*Falta de información objetiva:* sea cual sea nuestro esfuerzo, no podremos jamás conocer «toda la verdad» pues numerosos rastros materiales objetivos pueden haber sido borrados por avatares de la vida. Esto es verdad en todas las familias y en todas las culturas.

–*Resistencia familiar:* los testigos aún vivos no pueden o no quieren contar cosas que saben por vergüenza, pudor, agotamiento, pérdida de memoria, negarse a colaborar, etc. En el caso contrario, ciertos miembros de la familia están tan deseosos de expresarse que su narración subjetiva, forzosamente sesgada, se convierte en *la* verdad oficial del árbol. Pero no necesariamente la verdad que recibimos nos permitirá tener una visión correcta del linaje. La memoria familiar se fundamenta sobre un cierto número de mitos y leyendas familiares que son, en realidad, mentiras más o menos deliberadamente urdidas y que están destinadas a reforzar la cohesión del clan. Por ejemplo, se puede haber dicho a alguien que su llegada al mundo «fue muy buena» cuando en verdad se necesitaron fórceps, dos días de parto y además nació prematuro. Otro hecho muy corriente es que, en el momento de preguntar a una persona sobre su infancia, responda que fue muy querido/-a y además componga un cuadro idílico de sus relaciones familiares aunque, en realidad, estuvieran marcadas por numerosas carencias o abusos. Los huérfanos o los hijos naturales frecuentemente se forjan el mito de un origen noble. Así, una mujer cuyo padre hubiera perdido todo su dinero por culpa del juego, podría inventar un mito según el cual este hombre fue un santo varón que donó toda su fortuna a los necesitados. Incluso una persona que hubiese colaborado durante una guerra con las fuerzas represoras podría ser presentado, una vez restablecida la paz, como un miembro de la Resistencia. Y así sucesivamente.

–*Nuestra propia resistencia:* de una manera u otra el árbol, desde el interior de nosotros mismos, rehúsa ceder ciertas informaciones. Si

descubrimos una verdad, un hecho desconocido que choca contra nuestra resistencia y omitimos anotarlo, puede que lo borremos como si hubiera sido sólo un sueño. En estos casos, «olvidamos» o «perdemos» detalles de un valor precioso. Ciertos enfoques nos parecen insuperables, rechazamos el hecho de plantearnos determinadas cuestiones, imaginamos que una indagación demasiado precisa pondría en peligro la salud física o mental de personas a las que debemos preguntar, etcétera.

En cierta medida, estos tres obstáculos estarán siempre presentes. Pero con calma y perseverancia podremos aprender muchas cosas sobre nuestro árbol genealógico. Y es precisamente en ese punto donde más útil nos resulta esta fase de recopilación de información, pues nos sirve para delimitar todo lo que humanamente es posible conocer: la prudencia, la lucidez y el método ante todo. En una segunda etapa, se podrá ya poner en juego la imaginación o los recuerdos inconscientes, pero no antes de haber aclarado toda la información objetiva disponible.

Tomemos de entrada un caso extremo: una persona huérfana piensa que no tiene medio alguno de crear su propio árbol genealógico, pero en realidad tiene más posibilidades que las que podríamos imaginar en un principio... Posee un *árbol educador,* y puede establecer la genealogía de quienes se han ocupado de ella. La genealogía de los padres adoptivos tiene mucho sentido con respecto al niño adoptado, porque él se ha convertido en un miembro más de la familia. Cuando la persona en cuestión ha sido educada por varias personas, o diversas instituciones, deberá preguntarse cosas como «¿Quiénes desempeñaron para mí el rol de madre, de padre, de hermano, de hermana? ¿Quiénes representaron a mis abuelos paternos y maternos?», etcétera.

Es muy frecuente que algunos secretos de familia o ciertos sufrimientos no explícitos en la genealogía desemboquen en la esterilidad de una pareja. La adopción se convierte, entonces, en un acto concebido como salvador, y tanto el niño como los padres podrían no querer profundizar en esta genealogía en la que los sufrimientos corren el riesgo de ser dados a conocer.

Cuando un niño es educado en una institución, queda marcado por las creencias y los hábitos culturales de los miembros de dicha institución y puede, por lo tanto, ser considerado, para bien

o para mal, para lo mejor y para lo peor, como heredero involuntario.

Por otro lado, toda persona tiene un *árbol genético,* tanto si dispone de poca o de ninguna información sobre su familia. El color de los ojos, el tipo étnico, la pelo, la altura y, eventualmente, ciertas particularidades o enfermedades genéticas pueden ser indicadores muy preciados. Si la persona ha sido adoptada en una época o en un lugar concreto, conviene ir a rebuscar en la historia, en la geografía o en la sociología indicios que nos permitan componer escenarios verosímiles. Por ejemplo, un niño abandonado en la Asistencia Pública durante la Segunda Guerra Mundial pudo haber sido el fruto de un adulterio que la madre quiso ocultar a su marido, que se encontraba en cautiverio. Si el niño fue adoptado en un país extranjero, hay que ver cuáles eran, en aquella época, los vínculos entre el país de nacimiento y el país de adopción.

En tal sentido, podemos citar, a título de ejemplo, el caso de un hombre que había sido adoptado en la Indochina francesa durante la época colonial y cuyo aspecto físico era manifiestamente euroasiático. Él sabía que su madre era vietnamita y que ella le había confiado a un orfelinato «porque no podía ocuparse de él». Pero el hombre en cuestión jamás se había planteado el problema de intentar saber quién era su padre, y ello a pesar de que en el dorso de las manos tenía abundante vellosidad, lo que le indicaba claramente que en él se mezclaban genes occidentales con genes asiáticos. Reconocer que, según todas las apariencias, su padre era un colono o un militar francés, le obligaba a enfrentarse a varias hipótesis dolorosas: que su padre había abandonado a su madre mientras estaba encinta o, incluso, que él podría ser hijo de un violador. Esta perspectiva le llevaba, acto seguido, a reconsiderar su propio rol como hombre y padre de familia, sus valores, su sentido de la responsabilidad y todo lo relacionado con su propia virilidad, afectada por una culpabilidad inconsciente: «Mi madre fue víctima de mi padre, yo no debo ser como ese hombre».

(Todo esto escondido tras una afirmación inicial: «Yo no sé nada, yo soy huérfano».)

Finalmente, una persona huérfana que dispone de escasa información sobre su familia de origen tiene, en ocasiones, un *árbol imaginario* con el que ha soñado durante toda su infancia: una genealogía parecida a un cuento de hadas en el que se puede imaginar a sí mis-

ma como un vástago de una familia adinerada, el hijo de un amor prohibido entre un noble y una plebeya o viceversa, etc. En realidad, todas ellas son muy a menudo versiones idealizadas de un drama presentido: violación, prostitución, incesto. En el imaginario corriente, el niño es abandonado por la madre y la madre, a su vez, por el padre. En ciertas ocasiones, estas fantasías recuperan, asimismo, recuerdos olvidados o informaciones reprimidas.

En cierta medida, y en el momento de abordar las lagunas de las que pudiera adolecer nuestro árbol, resulta muy útil que nos comportemos como si fuéramos huérfanos. Además, todos tenemos un árbol educador (que se confunde con la ideología dominante de la familia, con lo que ella desea decir sobre sí misma), un árbol genético (el que nos ha engendrado sexualmente y al que acompaña todo un séquito de secretos, entre los cuales los más frecuentes son abortos ocultos y paternidades ilegítimas) y un árbol imaginario, que es el que habita en nuestra fantasía individual: «Mi padre es el más fuerte del mundo», «Mi madre es la más guapa», «Me habría encantado ser hijo de tal personaje célebre», etcétera.

Puesta en práctica

He aquí los elementos que, idealmente, deberemos ser capaces de recopilar para estudiar el árbol genealógico. Datos que deberían estar disponibles de todos nuestros ascendientes en línea directa (bisabuelos, abuelos y sus hermanos, padres y tíos), así como de nosotros mismos y nuestros hermanos y hermanas:

1. Anotar los nombres y apellidos de todos los que componen el árbol

Básicamente, el nombre propio es una suma de sonidos por medio de la cual se nos identifica. Por consiguiente, el nombre es un elemento clave en nuestra identidad adquirida al que pueden ir asociadas diversas maldiciones (en el caso de que nos hubieran puesto el nombre de una persona enferma, muerta, loca, marginada) o proyecciones (cuando nuestro nombre coincide con el de alguien de quien habremos de recoger su antorcha para culminar esa tarea que no pudo finalizar, etc.).

Según la cultura de que se trate, a los niños se les se pone uno o

varios nombres propios al nacer. En muchas sociedades, a los hijos se les da el nombre de alguno de sus abuelos, el de su padrino o el de su madrina, además del de sus padres. En España, durante la época franquista, fue obligatorio agregar «María» al nombre de todas las niñas, de acuerdo con un sistema político y social que relegaba a la mujer al papel de esposa y madre dentro de la más estricta tradición católica. Estos elementos debemos tomarlos en cuenta, no minimizarlos: en todos los casos, los nombres propios revelan algo de la transmisión inconsciente al trabajo genealógico.

2. Precisar las fechas importantes (nacimiento, matrimonio, fallecimiento)

Podríamos interesarnos por la fecha o la época en que se formaron las parejas, las circunstancias en que lo hicieron, verificar si la fecha de matrimonio es anterior o posterior a la concepción del primer hijo de la pareja, etcétera.

En realidad se trata de circunscribir la existencia de cada persona para poder tener así una visión esquemática y concreta a la vez: ¿A qué edad murieron mis antepasados? ¿Qué edad tenían cuando contrajeron matrimonio? ¿Los nacimientos tuvieron lugar fuera del matrimonio? ¿Quién era el mayor de todos los hermanos y quién el benjamín? ¿A qué edad tal persona perdió a su madre? Etcétera.

Con bastante frecuencia, tendemos a considerar a los miembros de nuestra familia según la edad que tenían o el rol que desempeñaban en la época en que nosotros los conocimos, cuando éramos todavía unos niños. Y, sin embargo, es muy posible que a quien conocimos en su sesentena como una abuela gentil y apacible haya sido, para nuestro padre y nuestra madre, una madre dura, desbordante, estricta o histérica, cuya personalidad nada tuviera que ver con la «abuelita» que nosotros hemos conocido. De igual manera, las enemistades o rivalidades infantiles entre hermanos y hermanas se invierten a veces al llegar a la edad adulta, y aquel mismo hermano menor al que odiaban intensamente tanto nuestro padre como nuestro abuelo, puede llegar a convertirse en uno de esos miembros de la familia siempre bienvenido a la mesa familiar. Pero incluso aunque, ya en una edad adulta, la enemistad se hubiera resuelto, la huella de estos conflictos infantiles muy bien podría haber marcado al árbol genealógico de una forma que nos afecte directamente: por ejemplo, si el padre o la madre proyectan un hermano o una hermana (que les fueron rivales) sobre su propio hijo. Es también frecuente que el primogénito de los hermanos haya sido concebido

antes de que sus padres contrajeran matrimonio, y aunque no sea un secreto de familia, no se habla de esto nunca. La comparación de la fecha de matrimonio con la del nacimiento del niño a veces permite restablecer la realidad de los hechos.

3. Aclarar las causas o circunstancias de los fallecimientos (no limitarse a «por vejez», «por accidente»)

Sea con un diagnóstico médico preciso, sea por un caso de accidente, hay que tener una imagen lo más precisa posible de lo que ocurrió.

La muerte sigue siendo, en nuestra sociedad, un tabú muy importante. Y más aún si se trata de una muerte prematura o accidental. Cuando un miembro del árbol ha perdido la vida en un accidente de coche, conviene saber quién conducía y cuáles fueron las circunstancias que rodearon al accidente en cuestión. Si la muerte se produjo estando la víctima sentada al volante y sin que, por ejemplo, existiera colisión, es probable que su fallecimiento haya sido parcialmente vivido como un suicidio por sus allegados. Si, por el contrario, fue otra persona la responsable del accidente, esa muerte se parece más a un asesinato, haya quedado aclarado o no quién fue el causante.

En el caso de las personas de edad cuya vida nos resulta escasamente conocida, es muy frecuente que las circunstancias de sus fallecimientos nos puedan informar sobre sus caracteres, sus heridas secretas o su nivel de conciencia. Al igual que en la antigua China un hombre de bien, antes de exhalar su último aliento, procuraba recitar un poema con el que sus allegados lo recordaran, se puede decir que nuestra forma de morir es nuestro último poema, nuestro postrer mensaje a las generaciones siguientes.

4. Anotar el número de hijos que haya tenido cada pareja (si es posible, incluir también los hijos pequeños fallecidos, los embarazos malogrados y los abortos, pues podrían permanecer en la memoria inconsciente como hermanos o hermanas «fantasma»)

Como información a recopilar: ¿Cuántas veces ha estado encinta cada mujer? ¿Cuántos hijos de su descendencia quedan vivos? ¿Cuántos han fallecido? ¿Cuántos abortos o embarazos malogrados tuvo? Estos datos resultan a veces muy difíciles de obtener, y mucho más de mujeres que, en realidad, no están decididas a hablar de sus embarazos interrumpidos de forma voluntaria o no.

Todo hijo concebido existe en el inconsciente familiar como un

miembro más de esa familia, a pesar de que no haya pasado del estado fetal. Un hijo muerto o un aborto se transforman, con mucha frecuencia –bien en el espíritu de la madre, bien en el de otro miembro de la familia–, en un «ángel» o en un insuperable salvador potencial. De ahí por qué los abortos, los embarazos malogrados o las muertes prematuras de una o varias criaturas pueden pesar psíquicamente sobre el resto de la familia, sobre todo si la madre no tuvo el tiempo o los medios precisos para hacer, en su momento, el correspondiente duelo.

5. Apuntar las profesiones de todos

Las cuestiones sobre el nivel de vida, el reconocimiento social y la superación o reproducción de los modelos parentales encontrarán sus claves en esta información. Para las amas de casa es importante conocer las circunstancias de su vida como madre de familia (con/sin ayuda doméstica en la casa, por ejemplo). Puede igualmente resultar muy interesante investigar el desfase entre una vocación o los estudios realizados y la profesión con la cual la persona finalmente se gana la vida.

6. Preguntar sobre los acontecimientos más notables de la vida de nuestros ascendientes (viajes largos, exilios, accidentes, enfermedades, minusvalías, vocaciones religiosas, encarcelamientos, guerras, éxitos económicos, ruinas, historias de amor paralelas sexualmente consumadas o no, ideología política, etc.)

El árbol genealógico es, asimismo, un retrato socio-profesional de la familia: ¿Cuál era su concepción del mundo, del dinero? ¿Cuáles eran sus relaciones sociales? ¿Qué tareas nos han legado? ¿Qué concepción muestra nuestro árbol acerca de la suerte y la desgracia, la salud y la enfermedad, la fuerza y la debilidad? Una breve biografía de cada uno de sus miembros, como si se tratara de escribir una noticia periodística resumiendo los acontecimientos más destacados de su existencia, será sumamente útil a la hora de caracterizar las líneas de fuerza que manejan nuestro destino. ¿Somos herederos de una tradición profesional? ¿Somos, por el contario, los responsables de reparar alguna injusticia social? ¿Nos veremos amenazados por la repetición de una ruina o de una enfermedad producidas ya en el pasado? ¿Qué idea tenemos sobre el exilio, según nuestro árbol sea nómada o sedentario? Todas estas cuestiones encontrarán una respuesta tanto más clara cuanto más intensamente nos dediquemos a reconstruir la trayectoria de todos y cada uno de los

miembros del árbol, y no solamente de ciertos «héroes», positivos o negativos: como el tío que hizo fortuna en América, la tía abuela prostituta y muerta en la mayor de las decadencias, el notable y respetado abuelo que fue alcalde de su pueblo, etc. Éstos son, con mucha frecuencia, los personajes que más atraen la atención de la familia. Pero es bueno estar muy atentos para poder completar el cuadro.

7. Tener idea de las relaciones entre los diferentes miembros de la familia (en particular, las rivalidades y relaciones privilegiadas que se tuvieron entre hermanos y hermanas, padres e hijos, etc.)

Sean tabú o no, en algunas familias existen lazos predominantes de solidaridad, de complicidad, de conflicto entre padres e hijos o entre miembros de una misma estructura fraternal, etc. Es inevitable que las afinidades electivas se manifiesten en el seno de la familia, pues las redes de preferencias y conflictos conforman una dinámica de base en la célula familiar. En general, como todos somos conscientes en nuestra infancia de los vínculos y las oposiciones en relación con la obra familiar, resulta crucial poder conocer la infancia de nuestros padres y abuelos, y si fueron los «preferidos», los «marginados», los «bondadosos» o los «malvados» y cómo, cada uno, tuvo que desempeñar su rol en la economía familiar.

8. Conocer las circunstancias históricas (guerras, revoluciones, represiones, etc.)

Si ciertos acontecimientos de la Historia han marcado intensamente el árbol, será necesario tratar de comprender, aunque sea de forma rudimentaria, cómo la sociedad actuó en él. Por ejemplo, para los franceses, si su árbol tuvo que sufrir la Primera Guerra Mundial sería bueno tener una idea clara sobre las condiciones de vida en las trincheras, la práctica habitual de ataques con gases, la manera en que las familias –privadas de la figura paterna o de los hermanos mayores– tuvieron que organizarse la vida o bien sobre las desigualdades que hubo entre los diferentes departamentos en que Francia está dividida. Como ejemplo: en Córcega, los padres de familia con más de cinco hijos no estaban exentos de ser movilizados y sus soldados sólo tenían permiso una vez al año pero, sin embargo, el resto de los soldados franceses lo tenían cada tres meses: este trauma de desigualdad marcó doblemente a la sociedad corsa y desembocó, en cierto modo, en la reivindicación identitaria de los años 1970, que estuvo acompañada de actos violentos.

9. Saber qué personas ajenas a la familia fueron importantes (sacerdote, amigo/-a de la familia, amantes, segundos enlaces, etc.)

Puede haber personas que, aunque no estén relacionadas con nosotros por vínculos de sangre, hayan ejercido una influencia determinante en nuestro árbol, y es conveniente destacar su existencia. Es el caso también de padrinos y madrinas, si han tenido una influencia decisiva sobre el niño.

Si al final dispusiéramos de la totalidad de estos datos (lo cual no es muy habitual), podríamos llevar nuestro árbol a que lo examinara un documentalista o un novelista omnisciente que fuera capaz de observar a todos los personajes de la saga, bajo las condiciones reales de su infancia, de su adolescencia, de sus alegrías y de sus luchas de adulto, de su madurez y de su ancianidad triste o feliz, etc. Y es precisamente esta amplitud de perspectiva la que nosotros ambicionaremos a la hora de acercarnos al árbol para, así, lograr comprender definitivamente todos los elementos de nuestra formación.

Fuentes de las que podemos extraer una valiosa información pueden ser:

–documentos que hayamos encontrado: de identidad, libros de familia (con el estado civil), partidas de nacimiento, matrimoniales, de defunción, etcétera.

–cuadros, fotografías o vídeos que proporcionen datos sobre la corpulencia, el carácter, los parecidos físicos entre algunos parientes o la imagen de belleza o fealdad de quienes han desaparecido ya.

–documentación a la que hayamos tenido acceso: cartas, diplomas, boletines de notas escolares, cartillas de servicio militar, diarios íntimos, etcétera.

–información recibida por conversaciones con miembros de nuestra familia o personas allegadas.

–tumbas, donde suelen aparecer inscritos nombres y fechas.

–registros civiles y archivos parroquiales.

–hemerotecas con archivos de periódicos locales de la época.

–internet, donde se pueden encontrar redes de genealogistas de numerosos países, asociaciones con sus propios archivos, etcétera.

Los datos facilitados por nuestros padres, primos, tíos, amigos de la familia o vecinos son, con mucha frecuencia, el mejor de todos los recursos. Pero si nos encontramos con personas que tienen en

su poder determinada información, y que se muestran reticentes a la hora de proporcionarla, podemos plantearles cuestiones objetivas que estén al margen de cualquier connotación afectiva y que no les exija una respuesta de carácter personal. Por ejemplo:

«¿En qué fecha tuvo lugar ese acontecimiento?»

«¿Qué edad tenía esa persona cuando nacieron sus hijos?»

«¿Cómo era ese negocio?»

«¿La profesión de tu padre era muy absorbente o le dejaba tiempo libre?»

«¿Qué distribución tenía esa casa? ¿Había una habitación para cada hijo?»

Se pueden también reconsiderar o modificar las preguntas más personales para que no resulten inconvenientes. Por ejemplo:

«¿Alguno de vosotros tenía una afinidad especial con vuestra madre?» en vez de «¿Quién era el preferido de vuestra madre?».

«¿Qué cosas tenían en común? ¿Qué prototipo de pareja crearon? ¿Hacia qué aspecto enfocaron su unión?» en vez de «¿Qué tal se llevaban tus padres?».

Cuando ciertas personas no desean manifestarse sobre hechos pasados, es de estricta justicia respetar su pudor o silencio. Sin embargo, se puede obtener de ellas información objetiva (fechas, lugares...) así como datos de algunos acontecimientos relevantes (viajes, accidentes, hospitalizaciones...). Con frecuencia, los traumas del árbol se nombran de una manera muy vaga porque, en el momento de suceder el accidente, la ruina económica, el exilio, la agonía o el duelo, guardar silencio sobre el hecho en cuestión era una forma de sufrir menos. Pero diez, veinte o treinta años después resulta importante –por ejemplo, en una muerte por accidente de tráfico– saber cosas como quién conducía el coche, quién fue el responsable, si la persona murió en el acto, quién la vio primero, etc. El hecho de tener una imagen borrosa del acontecimiento supone, a su vez, prolongar un dolor que ya no nos incumbe, y que, si no se expresa debidamente de una vez por todas, actúa sobre nosotros de otra manera (como una fobia, una vergüenza, una creencia, etc.). Para el inconsciente, y particularmente para la parte infantil del ser, una muerte prematura, violenta o accidental es recordada como un suicidio («La persona en cuestión se habría podido salvar si...»), como un abandono («¿Cómo es posible que él/ella no haya tenido la fuerza necesaria de sobrevivir por mí?, ¿es que no me amaba lo suficiente?») o quizá también como un asesinato («Tiene que existir un responsable», que en el caso de una mujer muerta durante el parto lo sería el bebé, el padre que se lo engendró o la incompetencia del médico que la atendió).

Al fin y al cabo, incluso las lagunas que pudiera haber en el árbol acaban suministrando información: siempre revelarán una falta de transmisión (sea de conciencia, de información, de amor, etc.) entre alguno de nuestros padres o abuelos y sus antepasados.

En el antiguo Egipto, para castigar a un faraón tiránico o injusto, no se le mataba sino que se borraba su nombre de las estelas: es decir, le hacían desaparecer de la Historia. De forma similar, las familias «castigan» a quienes ven como culpables de un conflicto afectivo, no transmitiendo su nombre u otras informaciones sobre su persona a los descendientes.

El esquema rectangular: clarificar nuestra visión del árbol

Una vez recopilada toda la información, generalmente nos encontraremos ante un montón de hojas sueltas, a veces ilegibles, cartas, fotos amarillentas, documentos diversos, etc., cuya abundancia podría hacernos creer que es inmanejable. Por eso es preciso que creemos un esquema práctico que resuma y agrupe toda esa información, de manera que con un solo golpe de vista podamos abarcar todos los datos. Para esto, es útil que cada personaje de la familia tenga su propia casilla, en la cual podremos anotar con claridad lo más esencial de la información que le concierna, como por ejemplo:

–nombre y apellidos.

–fecha de nacimiento.

–profesión u ocupación y fuente de ingresos. Por ejemplo: una persona que tenga como anotación «ingeniero», lo más probable es que se haya ganado la vida ejerciendo su profesión. Por el contrario, si un hermano es «guitarrista» pero vive fundamentalmente del dinero que le pasan sus padres, es preciso anotarlo y diferenciarlo de cualquier actividad artística remunerada. Igual ocurre con las «amas de casa» que, acordado con sus maridos, no trabajan fuera: su ocupación se corresponde con un empleo. O una persona que sea beneficiaria de una pensión de invalidez estará, financieramente, sostenida por el Estado. Lo que debemos buscar es un modo de esquematizar con sencillez la manera en que una persona ocupa sus jornadas de trabajo y su forma de subsistir en el mundo material, no siendo preciso que ambas estén necesariamente ligadas entre sí.

–estatus marital: marcaremos con el signo ∞ las parejas casadas, con un ~ las que viven en unión libre, con ⚮ los divorcios, con ≁ las separaciones de parejas en unión libre y con †∞ o un †~ la viudedad.

–relaciones importantes: algunas de ellas merecen ser anotadas, como por ejemplo una ruptura que provoca un largo periodo de celibato, en el caso de un hombre casado la existencia de una amante, unas nuevas nupcias en alguien que hubiera enviudado, etcétera.

–para hermanos y hermanas, tíos y tías: se pueden anotar el nombre y los apellidos de sus parejas e hijos.

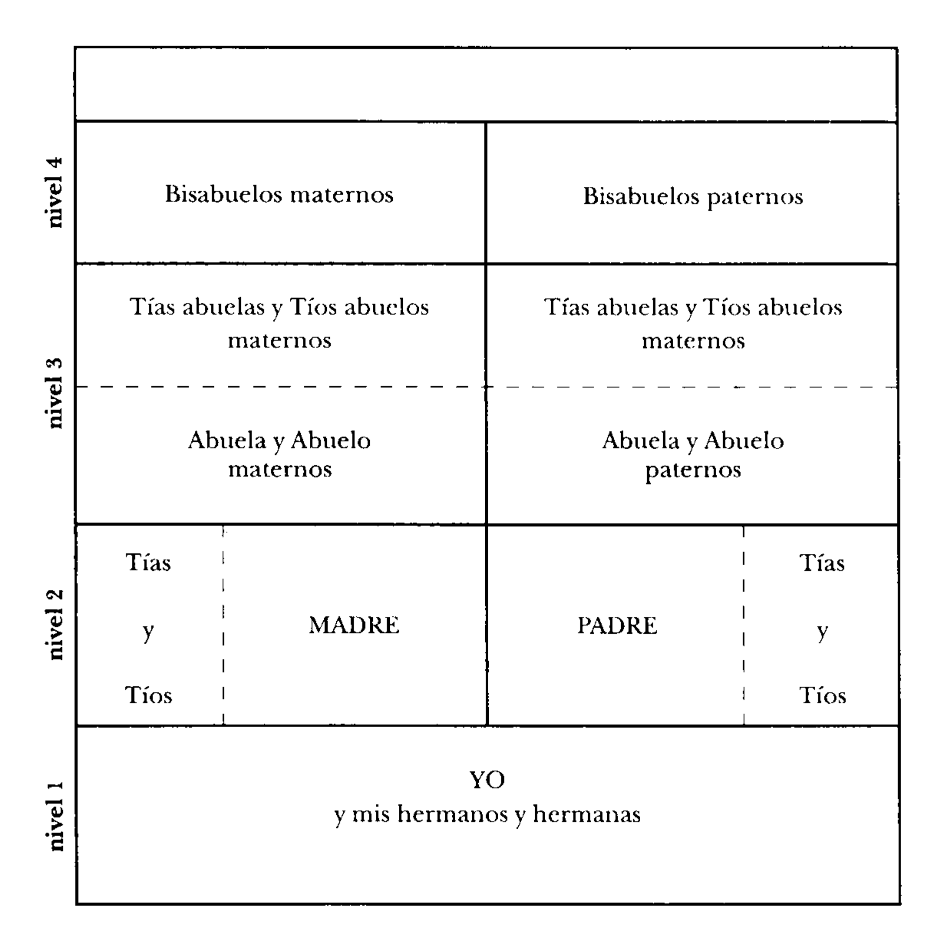
–para el resto del árbol: cada uno deberá estar anotado en la casilla que se le haya designado. Los abortos serán anotados con un ▼ y los embarazos malogrados con un †▼. Las personas sin descendencia llevarán el signo de un ■.

–enfermedades o accidentes relevantes.

–si la persona hubiera muerto, apuntar la causa y la fecha del fallecimiento. Puede marcarse con una cruz de tamaño normal si fue una muerte natural o por la edad, y de tamaño superior si ésta se hubiera producido de forma prematura o violenta.

(Los símbolos que sugerimos utilizar nos ayudarán luego a interpretar mejor los árboles genealógicos que aparecerán como ejemplo. Pero es verdad que, si se quiere, podemos emplear otros símbolos que puedan convenir más, particularmente si se pertenece a una cultura o religión en las cuales la cruz, por ejemplo, no es un símbolo pertinente.)

Para asignar a cada miembro de la familia su espacio correspondiente y crear un esquema en el que todos los miembros estén relacionados unos con otros, utilizamos un esquema rectangular inspirado en la «alfombra mágica» de los gitanos y en la forma rectangular de las cartas del Tarot:



Esquema de base para el árbol

Como podemos ver en el esquema, a partir del segundo nivel (los padres) las mujeres están siempre situadas *a la izquierda*: el árbol materno está a la izquierda; el árbol paterno, a la derecha; la abuela materna está encima y a la izquierda de la madre; la abuela paterna, encima y a la izquierda del padre, etc. Esta disposición respeta la orientación especular (o de espejo), sugerida por el Tarot (y por otras representaciones religiosas o simbólicas occidentales), que sitúa lo femenino-maternal a nuestra izquierda y lo masculino-paternal a nuestra derecha. El ejemplo más evidente está en el arcano XX, El Juicio, que representa un nacimiento o un renacimiento donde el nuevo ser emerge (en el centro de la carta) entre una mujer situada a la izquierda, y un hombre a la derecha. Los miem-

bros de nuestro árbol genealógico están colocados en la posición de este personaje central: entre su madre (a nuestra izquierda) y su padre (a nuestra derecha).



Lo ideal hubiera sido que los hermanos/-as de los abuelos estuviesen situados a su lado –como en el caso de las tías y los tíos–, pero por razones prácticas evidentes hemos tenido que colocar a las tías abuelas y los tíos abuelos justo encima de los abuelos. Es posible también trabajar con otro formato de la hoja de papel, donde podríamos crear una pestaña lateral pequeña para cada uno de los abuelos e inscribir ahí a sus hermanos. En tal caso, los bisabuelos sí que estarían directamente sobre los abuelos.

Cada generación encuentra su propio lugar en un nivel del rectángulo:

1.ª generación (nivel 1)

Mi hermandad y yo (hermanos/-as, pero también hermanastros/-as, hijos adoptados por la familia, embarazos malogrados, abortos, hermanos muertos tras nacer).

En este nivel situamos a los hermanos y a las hermanas por orden de rango en la comunidad fraterna (del mayor al más joven y colocados de izquierda a derecha), cada uno de ellos en una casilla del mismo tamaño. Por «comunidad fraterna», «fraternidad» o «hermandad» entendemos el conjunto de hermanos/-as por parte de madre y/o padre vivos o muertos, incluyendo tanto los hijos no nacidos (abortos, embarazos malogrados) como los hermanos/-as adoptados.

–abortos, embarazos malogrados y hermanos/-as muertos al nacer: se intercalan en los lugares que les corresponda, en una casilla más estrecha.

–hermano/-a muerto en la infancia: si ocupa un lugar destacado en el imaginario familiar, debe aparecer en una casilla entera con una cruz indicando su muerte, la edad, la fecha y si es posible la causa del fallecimiento.

–hermanastros/-as: se contemplan dos posibilidades, si hemos sido educados juntos, entonces deberán ser inscritos en una casilla del mismo tamaño que la del resto de la hermandad; y si hemos sido educados por separado (por razones psicológicas, geográficas o a causa de la diferencia de edad), convendrá mencionarlos también aunque inscribiéndolos en una casilla más pequeña.

–hermanos/-as adoptados: idéntico comentario que el caso anterior.

–hijo/-a único: dispone de todo el espacio para él, frente al caso de una hermandad numerosa en la que cada uno de sus miembros aparece en casillas más reducidas.

Desde el momento en que se representan de esta manera tan clara, saltan a la vista las diferencias entre estos tipos de hermandades.

EL NIVEL DE LA HERMANDAD VA A DETERMINAR EN GRAN MEDIDA NUESTRA CONCEPCIÓN DEL ESPACIO, DEL TERRITORIO Y DE LA PARTICIPACIÓN EN LA VIDA COTIDIANA: EN ESTE PRIMER ENTORNO ES DONDE APRENDEMOS A *VIVIR*, INCLUSO A SOBREVIVIR Y A LUCHAR POR CONSEGUIR UN LUGAR EN EL MUNDO.

Estos árboles genealógicos, que veremos y analizaremos como ejemplos más adelante, ilustran cuatro casos típicos:

–*árbol de María Jesús* (ver pág. 109): el de un hijo/-a único que tiene «todo el espacio» para sí solo.

–*árbol de Carmen* (pág. 110): el de una familia supernumerosa. La madre se volvió a casar tras enviudar y la diferencia de edad entre el primero y el último hijo es de veinte años: se puede decir que el primogénito y el más pequeño no han tenido los «mismos padres» por lo mucho que la situación había evolucionado entre la infancia de uno y la del otro. Además, Carmen ilustra el caso de «hijo de reemplazo», es decir, el que nació después de uno que murió y al que se le pone el mismo nombre que tuvo el muerto.

–*árbol de Roberto* (pág. 111): la madre ha tenido, antes de cada nacimiento, un embarazo malogrado, un aborto terapéutico o un embarazo extrauterino, es decir, todos los hijos han estado precedidos de «un fantasma»; en parte se podría explicar por el hecho de que la madre de Roberto proviene de una unión extraconyugal y no es, pues, «hija de su padre», cosa que ella ignoraba hasta el nacimiento de su tercer hijo.

–*árbol de Jean-Paul* (pág. 112): una hermandad de dos miembros con edades muy próximas en la que los hermanos se reparten «un lugar para los dos». Esta falsa gemelidad choca más por el hecho de que la abuela materna de Jean-Paul se había casado, sucesivamente, con dos hermanos: el primero de ellos murió de tuberculosis a los tres años de matrimonio y la dejó sin hijos; luego, ella se casó con el segundo hermano, con quien tuvo una hija.

2.ª generación (nivel 2)

Mis padres y sus hermanos/-as (es decir, mis tíos/-as, los haya conocido yo o no). Si tengo padre o madre de adopción que me haya educado, deberé investigar igualmente para conocer su hermandad y sus ascendientes.

A partir de este nivel el árbol se divide ya en dos mitades: el árbol materno aparecerá a la izquierda y el árbol paterno a la derecha. En las casillas que corresponden a cada uno de nuestros padres, conviene mencionar los acontecimientos que hayan marcado su existencia.

Por ejemplo, si mi padre y mi madre se separaron cuando yo tenía dos años y mi madre se volvió a casar, mi padrastro será anotado como matrimonio suplementario en la casilla de mi madre, aunque él haya resultado más importante para mí durante mi infancia que mi padre biológico. En los casos con dos padres, figurarán la fecha de matrimonio y la de divorcio (o separación).

(Ejemplo: consultar el árbol de Carmen.)

Por el contrario, cuando alguien ha crecido con un padre adoptivo o un padre putativo pero no ha descubierto hasta mucho después que ése no era su padre biológico sino alguien a quien tomó por padre –lo mismo da si ocurre con la madre–, conviene dividir la casilla con un trazo oblicuo que dé cuenta de este doble parentesco (excepcionalmente se podrá hacer lo mismo en la casilla de los abuelos). El padre educador estará en el triángulo inferior (en contacto con los hijos) y el padre biológico en el triángulo superior (en contacto con la madre, que ha guardado el secreto). Actuaremos de igual manera en el supuesto, bastante más raro, de que exista una madre educadora que no es la madre biológica.

(Ejemplo: consultar el árbol de Roberto.)

Cuando uno de los padres sea absolutamente desconocido, se anotará en la casilla la escasa información, real o supuesta, de la que dispongamos sobre él/ella (comentarios, recuerdos, hipótesis, etc.). Después, se puede adoptar un código de colores para diferenciar las informaciones objetivas de las hipotéticas.

(Ejemplo: consultar el árbol de María Jesús.)

Al lado de cada uno de los padres, una casilla longitudinal sirve para inscribir a los tíos y a las tías por orden de nacimiento (los mayores arriba y los menores debajo). No se debe volver a anotar al padre en ese listado, basta con indicar entre paréntesis al lado de su nombre de pila el lugar que ocupa entre sus hermanos/-as.

Si los padres hubieran tenido hermanastros/-as o hermanos/-as adoptivos y no hubieran sido educados juntos, se les deberá anotar en casillas separados por una línea de puntos del resto de miembros de la hermandad.

En el caso, a veces frecuente, de que un niño/-a descubra que esos que creía sus padres son en realidad sus abuelos, y por tanto que su hermana es su madre biológica, se establecerá un esquema previo y simplificado del árbol «oficial» en el que los abuelos ocuparán el lugar de los padres para, después, trabajar sobre el árbol real, del que el padre biológico habrá desaparecido. El trabajo consistirá, en gran parte, en recuperar la información sobre la familia paterna.

(Ejemplo: consultar el árbol de María Jesús.)

LA SEXUALIDAD DE MIS PADRES ES EL ACTO FUNDADOR QUE ME ENGENDRÓ. COMO FREUD Y LA TOTALIDAD DE LA CIENCIA DEL PSICOANÁLISIS HAN ESTABLECIDO, EL COMPLEJO DE EDIPO ES LA BASE DE TODA ATRACCIÓN. Y ES EN ESTE NIVEL, PRECISAMENTE, DONDE SE ENCUENTRAN LAS CLAVES SEXUALES Y CREATIVAS DEL ÁRBOL.

3.ª generación (nivel 3)

Mis abuelos y su hermandad (tías abuelas y tíos abuelos, incluso aunque yo no los haya conocido).

En este nivel, nuestros abuelos y la información que hayamos podido recopilar sobre ellos encuentran su lugar. Cuando se nos presenten hechos como adopciones, paternidad o maternidad ilegítima, etc., los trataremos igual que vimos en el caso anterior de los padres. Si por razones de claridad preferimos trabajar en la hoja de papel sin pestañas laterales, las tías abuelas y los tíos abuelos irán registrados en un rectángulo situado encima de cada uno de los abuelos. Lo normal es que ahora dispongamos de una información más reducida, pues muchos detalles de la vida de nuestros ancestros se pierden en el tiempo. Pero podemos apuntar la fecha y causa de la muerte de los abuelos, si ésta ya ha sucedido.

ES MUY IMPORTANTE TENER UNA IDEA DE LA HERMANDAD DE NUESTROS ABUELOS PORQUE NOS PERMITE IMAGINARLOS EN EL CONTEXTO DE SU PROPIA INFANCIA Y, POR LO TANTO, COMPRENDER MEJOR LOS LAZOS AFECTIVOS QUE MANTENÍAN CON NUESTROS PADRES. CON LOS ABUELOS, ABORDAMOS LA CLAVE EMOCIONAL DE NUESTRO ÁRBOL GENEALÓGICO.

(El árbol de Jean-Paul, en pág. 112, ilustra el caso de la abuela que, habiendo enviudado, se vuelve a casar con su propio cuñado. El árbol de María Jesús, el caso de abuelos –en su caso, las dos parejas de abuelos– que son primos hermanos.)

4.ª generación (nivel 4)

Mis bisabuelos (incluyendo el medio en el que vivieron, la región o el país de origen).

Es bastante frecuente que se disponga de muy poca información sobre los bisabuelos. Sin embargo, es deseable anotar, al menos, algunos datos en los siguientes casos: si no hemos podido encontrar sus nombres propios u otros hechos biográficos significativos, no

estaría mal incluir algún elemento cultural, social o ideológico relevante sobre sus vidas, como origen social, religión, hechos históricos vividos, etcétera.

En ciertos casos, en los que, por el contrario, dispongamos de una abundante información que nos permita reconstruir la historia de sus vidas, podremos evaluar la forma en que las circunstancias sociales, históricas y culturales de la época, así como la moral o las convicciones en vigor de esta rama de la familia, han podido forjar el destino de estos antepasados nuestros y de sus descendientes.

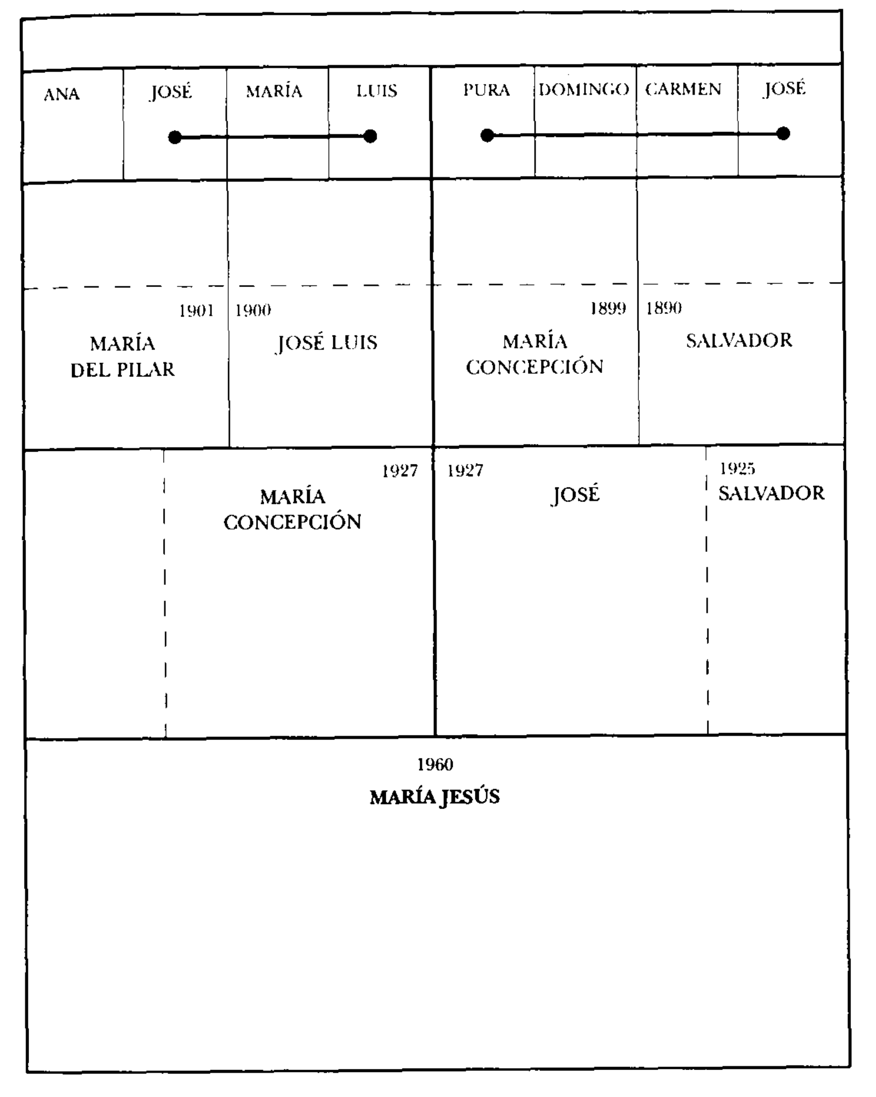
Si no tuvieramos absolutamente ninguna idea sobre quién fue tal o cual antepasado, se puede dejar la casilla en blanco o bien poner un signo de interrogación.

AUNQUE NOS CREAMOS MUY DESLIGADOS DE LAS CREENCIAS Y VALORES DE NUESTROS ANTEPASADOS, INCLUSO SI LA DISTANCIA EN EL TIEMPO HUBIERA PROVOCADO QUE SEAN CASI UNOS DESCONOCIDOS PARA NOSOTROS, TENEMOS QUE SER CONSCIENTES DE QUE SUS IDEAS, SU SENTIDO DE LA MORAL Y SU IDEOLOGÍA CONTINÚAN ACTUANDO SOBRE NOSOTROS MUCHO MÁS DE LO QUE PODAMOS PENSAR A PRIORI. LA MAYOR PARTE DE LAS IDEAS RECIBIDAS QUE NOS ESTORBAN Y NOS PERJUDICAN TIENEN SU ORIGEN EN EL MUNDO DE NUESTROS BISABUELOS.

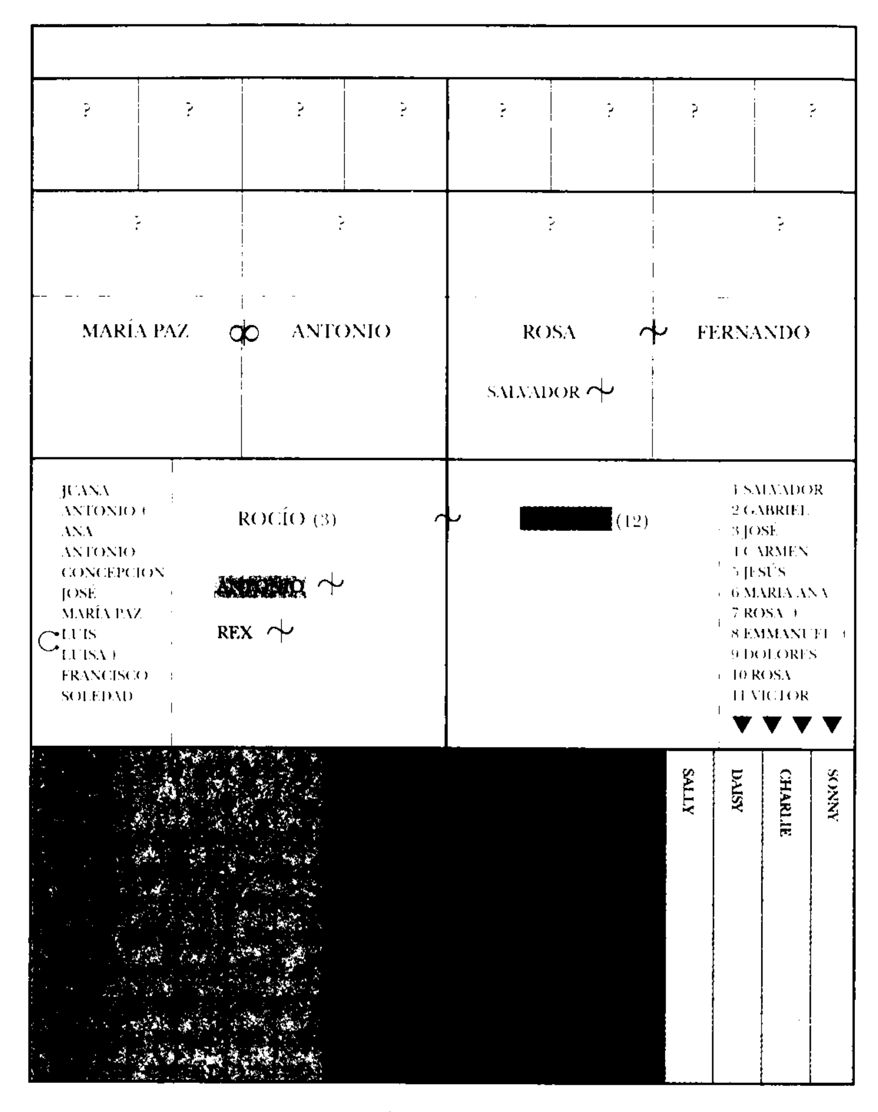
Este registro del árbol genealógico en un rectángulo (en una hoja de papel de formato DIN A3 o DIN A4) es una excelente manera de poner en claro el lugar que ocupa cada uno de nuestros familiares, cuáles son las relaciones existentes entre los protagonistas y cuál es nuestro rol en el linaje. Y no dudemos en recomponerlo más de una vez, pues así se irán aclarando poco a poco nuestros avances. Asimismo podemos crear varios árboles, con un mayor o menor detalle. Por ejemplo: uno que haga sólo un seguimiento de los nombres propios y de las fechas respectivas de nacimiento, matrimonio y muerte al que, además, se puedan ir añadiendo, paulatinamente también, otras «capas» de información (fechas detalladas de ciertos acontecimientos, profesiones, enfermedades, accidentes, éxitos, etc.), y entonces tendremos ocasión de resaltar elementos diferentes según el aspecto que elijamos.

Cuatro árboles a modo de ejemplo

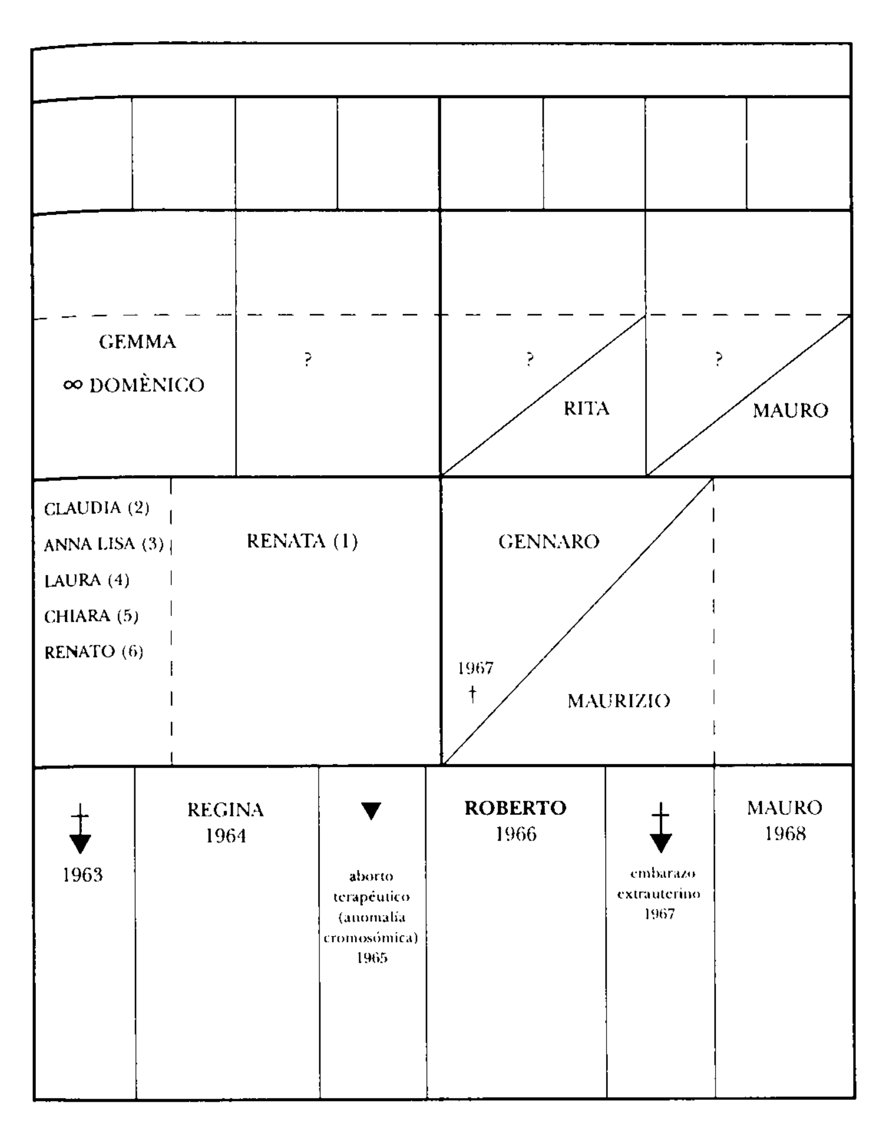
A continuación figuran los cuatro árboles genealógicos (de diferentes culturas: España, México, Italia y Francia) que hemos mencionado en el apartado anterior. Al final, se dedicará un breve comentario a cada uno de ellos.



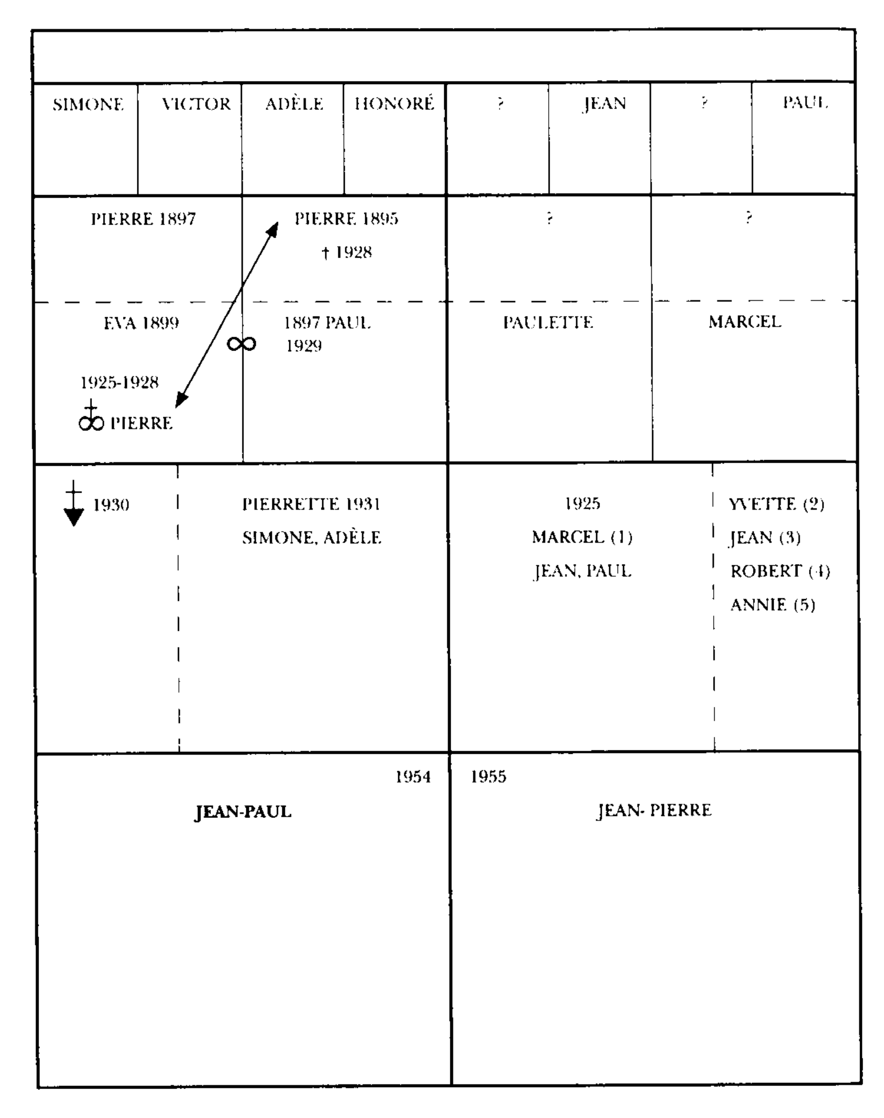
1. *Árbol de María Jesús*



2. *Árbol de Carmen*



3. *Árbol de Roberto*



4. *Árbol de Jean-Paul*

María Jesús (árbol 1)

Vino a consultar habiendo cumplido ya los 40 años. Ha vivido siempre con sus padres y declara «tener la impresión» de no vivir su vida. Jamás ha tenido relaciones sexuales. El estudio del árbol pone en evidencia una fuerte preponderancia de la religión católica en la atribución de nombres propios, que son todos variantes que giran en torno a la genealogía de Cristo. Salvo la bisabuela Ana (llamada como la madre de la Virgen María), las mujeres del árbol llevan un nombre representando a María. Los nombres masculinos, salvo Luis, remiten a Dios padre (Domingo), a Cristo (Salvador) o a José (en concreto, el padre de la consultante se llama así y ocupa el segundo lugar de su hermandad, el hermano mayor se llama precisamente Salvador).

Además, este árbol presenta un fuerte componente endogámico, puesto que las dos parejas de abuelos son primos hermanos: José y Luis son hermanos, y Pura y José también.

El estudio de todos estos elementos confirma la sensación de encarcelamiento de María Jesús, sobre quien, al ser hija única, recaen todas las ambiciones del árbol en el sentido de crear al niño perfecto, es decir, al Cristo.

Carmen (árbol 2)

Es una mujer de una energía muy notable, una verdadera amazona que dejó México por los Estados Unidos, donde con el tiempo pasó de ser una inmigrante ilegal a dirigir con autoridad una empresa de transportes. Ella se queja, sin embargo, de una profunda falta de confianza en sí misma y sueña con «eclosionar». El estudio de su árbol revela la escasez de espacio que tuvo para desarrollarse durante su infancia, en medio de una hermandad supernumeraria en la que ella vino a reemplazar a una muerta, siendo educada por una hermana doce años mayor que la maltrataba y creciendo con la envidia inconsciente de la suerte de los hombres, «con derecho a hacer lo que quieran y teniendo plena libertad». El árbol estaba, en efecto, marcado por la ausencia de los padres (los varones), quienes, simples progenitores sin conciencia, desaparecían dejando a las madres encargadas de los hijos que ellos les engendraban. Tres hombres se sucedieron en la vida de Rocío (madre de Carmen) y los tres habían finalmente desertado del domicilio conyugal. Para Carmen, su trabajo consistirá en revalorizar su feminidad y salir de ese destino de madre-ponedora sacrificada que caracterizó a las mujeres de su árbol, para evitar «virilizarse» en exceso, y que tiende a avivar su infravaloración.

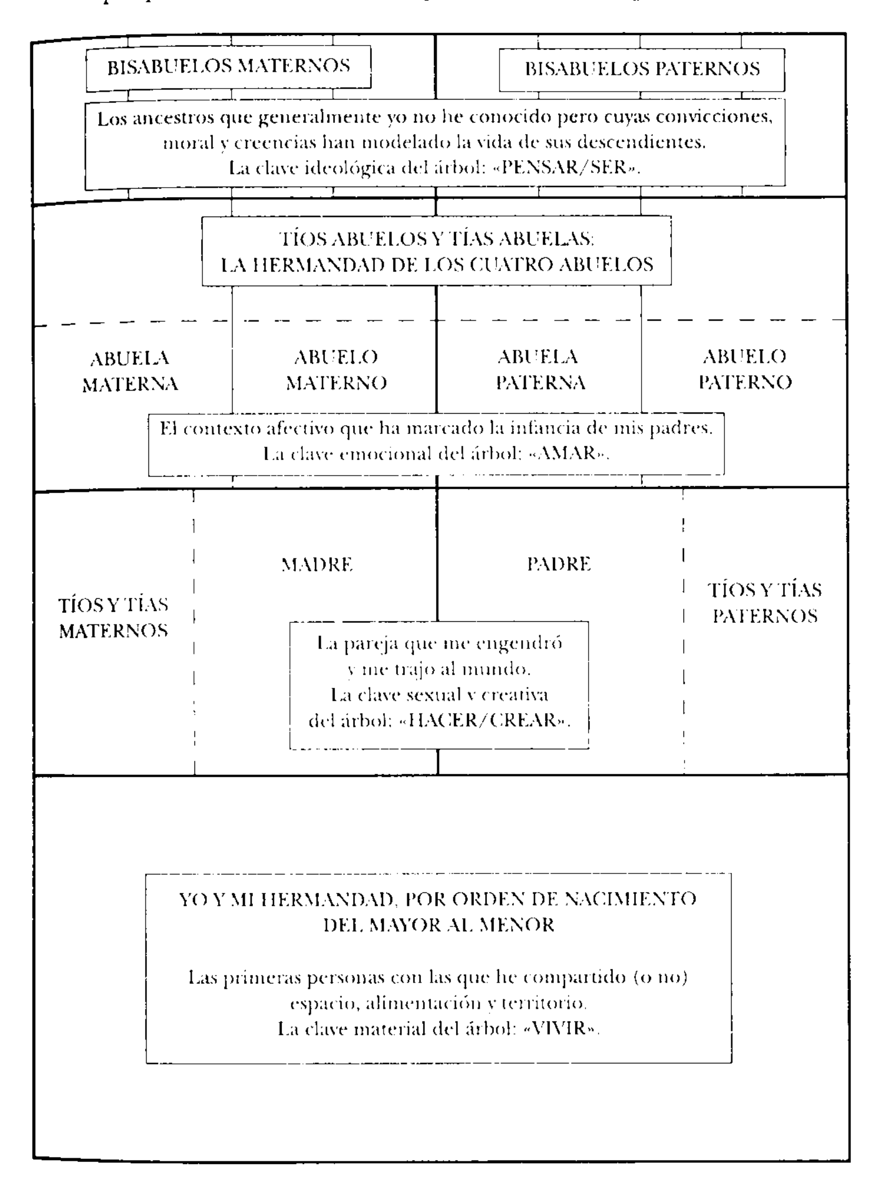
Roberto (árbol 3)

Es un terapeuta ya establecido que acude a estudiar su árbol para completar la larga evolución que le permitió salir de sus impulsos de muerte y que lo llevó a ejercer la profesión de terapeuta. El trabajo sobre el árbol le permitirá hacer de vínculo entre los dramas que afectan a cada generación: por una parte, Renata (su madre) era hija de padre desconocido, es decir, de una unión prematrimonial o de una violación (el secreto continúa y la identidad del padre permanece siendo desconocida). Ella fue adoptada siendo todavía un bebé por el marido de la abuela de Roberto, padre de los siguientes cinco hijos que hubo en el matrimonio. Renata, al igual que su madre (Gemma), se quedó encinta seis veces, pero cada hijo vivo estaba precedido por uno muerto (un aborto involuntario en el caso de Regina, la mayor; una aborto terapéutico en el de Roberto; y un embarazo extrauterino en el de Mauro, el hijo menor). Además, Roberto descubrió demasiado tarde que el marido (Maurizio) de su madre era en realidad impotente y que todos los hijos eran producto de una relación extraconyugal de Renata con un cura (Gennaro), fallecido poco antes del nacimiento del tercer hijo (Mauro).

Jean-Paul (árbol 4)

Vino a consultar, según sus propias palabras, para «hacer salir la rabia que llevaba en él» y que le había conducido a diversos hábitos autodestructivos con el alcohol, las drogas, el tabaco, etc. El estudio de su árbol revela que su hermano menor (Jean-Pierre), nacido apenas un año después que él, ocupó un lugar muy importante en el corazón de su madre, y él se vio privado de sus derechos de primogenitura. Los dos hermanos, en permanente conflicto, se estructuraron dentro de su rivalidad: Jean-Pierre era «el bueno» y Jean-Paul «el rebelde». El uno brillaba en los estudios y el otro con los trabajos manuales. El estudio del árbol muestra asimismo que Eva, la madre de Pierrette, se había casado sucesivamente con dos hermanos: Pierre (fallecido a los 33 años de tuberculosis, y primogénito) y después con Paul (el hermano menor, que se unió a la viuda). La primera criatura de la pareja había sido un aborto involuntario de cuatro meses (sobre el que Eva siempre fantaseaba diciendo que era un varón), a continuación del cual nació Pierrette, cuyo nombre se lo pusieron en memoria del difunto Pierre. Después del nacimiento de Pierrette, la pareja decidió dormir en habitaciones separadas. Estos problemas emocionales (dos hermanos reunidos en torno a una sola mujer más el posterior fracaso de la pareja formada con Paul, el superviviente) pesaban enormemente dos generaciones después sobre los hijos de Pierrette, quien favorecería siempre a Jean-Pierre: imagen idealizada de su tío abuelo difunto (Pierre).

Tu propio árbol, una vez completado, se asemejará a éste:



Ejercicio 5. Presentar el árbol a otra persona. La conversación metagenealógica

–Comienza construyendo el esquema rectangular de tu árbol, a solas, en calma.

–Una vez que hayas obtenido un nivel de anotaciones lo más completo y claro posible, pide a una persona de tu confianza que te sirva de «testigo». Esta persona deberá escucharte atentamente, sin hacer ningún tipo de comentario y en una actitud neutra mientras tú, durante 20 o 30 minutos, le «presentas» tu árbol genealógico, rellenando delante de ella la página de papel en blanco con el esquema rectangular.

–Concluida la presentación, y antes de que tu acompañante haga ningún comentario, compara el árbol obtenido con tus otros trabajos en solitario: ahora que el árbol está más completo, ¿ciertos elementos se han vuelto más claros o, por el contrario, más esquemáticos todavía? ¿Qué te ha aportado el hecho de haber compartido esta experiencia con alguien? Es frecuente que al describir tu árbol a otra persona consigas que determinados elementos, que no habían estado al comienzo muy destacados, ahora se clarifiquen por sí solos.

–A continuación, podéis invertir los papeles: cualquiera que sea la información que tu acompañante tenga de su propia familia, ayúdale para que establezca un primer contacto con su propio árbol genealógico.

–Después, y teniendo sumo cuidado en no hacer nada más que comentarios neutros o positivos (excluyendo cualquier emisión de juicio), cada uno de vosotros se tomará unos diez minutos para decir al otro qué es lo que ha retenido durante su presentación.

–Estos comentarios deben ser formulados con prudencia y compasión, permaneciendo muy atentos para adoptar un comportamiento físico neutro. Por lo que respecta al árbol genealógico, una serie de actitudes inconscientes provocadoras tenderán a manifestarse en nosotros sin darnos cuenta: en este sentido es muy importante recordarlas, pero sin darles rienda suelta.

Ejercicio 6. El árbol de mi padre, el árbol de mi madre

–Una vez que hayas dibujado tu propio árbol genealógico, te resultará muy útil, para clarificar la visión de su familia, trazar en dos hojas del mismo tamaño el árbol de tu padre y el de tu madre: la información plasmada en las casillas será la misma, pero estará colocada en otro lugar: padre y madre se encontrarán en el cuadro

de su propio árbol en el nivel de sus hermanos, pues ahora no actuarán como padres. Este simple ejercicio permite contemplar a nuestros propios padres siendo niños –entre su grupo familiar–, lo cual podría ampliar, aunque fuese un poco, nuestra visión de ellos.

–Si disponemos de información sobre los bisabuelos de nuestros padres, se podrá completar el cuarto nivel de su árbol genealógico. Si los padres viven, será muy instructivo preguntarles su meta en la vida (ver capítulo siguiente).

Métodos intuitivos y creativos

Representarnos el árbol bajo una forma intuitiva

Además del esquema rectangular nos hará falta tomar nota, desde el inicio del trabajo, de algunas representaciones imaginarias del árbol genealógico. Todo este proceso estará marcado por un doble esfuerzo: clarificar y racionalizar, por una parte; y permitir que la intuición se exprese, por otra. Es en la estrecha colaboración entre estas dos capacidades humanas (comprensión racional e imaginación creativa) donde toda realización y toda curación pueden tener lugar.

Así pues, vamos a comenzar nuestro trabajo practicando con varias representaciones intuitivas del árbol. Es probable que éstas cambien a medida que vayamos avanzando, que es justo lo que nos interesa. Después de interrogar a cientos de personas, la experiencia nos ha demostrado que las imágenes evocadas por el árbol genealógico, la familia, los ancestros y el linaje son siempre originales y diferentes unas de otras. Entramos aquí en un terreno en el que resulta imposible hacer «bien» o «mal» las cosas, porque de lo que realmente se trata es de exteriorizar esas imágenes que todos llevamos dentro de nosotros para permitir que nos hablen, como nos hablan los sueños.

Visualización básica

¿Cuál es la primera imagen que acude a ti, mentalmente, cuando piensas en tu árbol genealógico? Anota, describe o dibuja dicha imagen: ella misma irá evolucionando paulatinamente durante el curso de tu trabajo.

Representación de base

Toma varios lápices de colores, como si fueras un niño, y sin reflexionar previamente dibuja la primera cosa que se te pase por la cabeza para, por medio de ella, representar tu árbol genealógico.

Algo así como si tuvieras que mostrar tu dibujo a una persona de muy buena voluntad, pero procedente de un ámbito cultural muy lejano y que no comprendiera nada en absoluto tu idioma.

Una vez dado este primer paso, a continuación te damos algunas sugerencias sobre representación y visualización que te permitirán ir mucho más lejos, si es que esto te tienta. Más adelante, en el capítulo 10, podrás completar este trabajo.

Representaciones pictóricas

¿Y si tu árbol genealógico fuese un cuadro? Podrías imaginarlo o mejor aún pintarlo. Para esto último, es bueno intentar hacer un esbozo previo, aunque no sepamos dibujar. Su árbol sería más bien...

...un paisaje: ¿Cómo representarlo? ¿Con qué paleta de colores? ¿Qué elementos del paisaje estarían representados? ¿Con qué luz? ¿Durante qué época del año?

...un cuadro abstracto: ¿Qué formas, qué colores, que relación habrá entre los diferentes elementos que vamos a utilizar? ¿Cada forma representará un personaje en particular? ¿Quién estará presente y quién ausente en el cuadro?

...una naturaleza muerta: ¿Qué elementos estarán presentes? ¿Cuál será la atmósfera de este cuadro? ¿Y su «moraleja»?

...un retrato de familia o una escena de la vida cotidiana: ¿Quién estará representado, con qué ropa, en qué lugar? ¿En qué entorno? ¿Qué relaciones existen entre los personajes?

El camino: la rivalidad en el árbol

Por un largo camino, imagina a todos los personajes que conozcas del árbol, tú incluido, disputando una carrera a pie en la que cada uno trata de adelantar al otro. Intenta visualizar quién corre y en qué posición, cuál es la actitud de cada cual y qué sensación experimentas siendo testigo de excepción de una carrera semejante. ¿Pierdes siempre o estás en mitad del pelotón? ¿Puedes imaginarte a la cabeza de la carrera?

El baile: vínculos y colaboraciones en el árbol

Visualiza ahora una escena de un gran baile al que has invitado a todos los miembros de tu árbol genealógico. ¿Cómo es el decorado? ¿Qué música suena? ¿Quién baila, cómo y con quién? ¿Qué haría la atmósfera más festiva? ¿En qué lugar te encuentras?

Otras sugerencias artísticas

Según sea tu sensibilidad, no dudes en buscar en tu imaginación creativa cualquier forma artística en grupo que se te ocurra y empléala para representar tu árbol genealógico. Algunos ejemplos:

...si mi árbol fuera una orquesta: ¿Quién tocaría tal instrumento? ¿Qué clase de música sonaría?

...si mi árbol fuera un ballet: ¿Quién bailaría, y cómo? ¿Quién sería el coreógrafo? ¿A qué recordarían los movimientos del conjunto?

...si mi árbol fuera un museo de esculturas: ¿Quién sería tal escultura? ¿Habría grupos escultóricos? ¿Y esculturas mutiladas? ¿De qué época? ¿De qué estilo?

Ejercicios creativos para rellenar huecos

Como ya se ha comentado anteriormente, podría presentársenos una situación en la que dispongamos de muy escasa información sobre el árbol o alguna de sus ramas, incluso sobre alguna persona en particular. Las personas con numerosos huecos en sus árboles genealógicos tienden a creerse penalizadas en relación con aquellas otras que han logrado obtener mucha información. En realidad, las cosas no son tan tajantes. Lo que nosotros llamamos «el árbol», desde un punto de vista metagenealógico, no es la suma de las informaciones objetivas recopiladas sobre nuestros ascendientes, sino más bien la *huella* que las generaciones anteriores han dejado en nosotros. Dicho en otros términos: *Yo soy mi árbol genealógico,* en tanto que soy producto de mis ascendientes y a la vez un individuo soberano formado *en función* de dichas influencias y *a pesar* de ellas.

Una de las hipótesis más útiles en nuestro trabajo es la de considerar que el Inconsciente lo sabe todo, es decir, que nuestro inconsciente individual está íntimamente relacionado con el inconsciente familiar y puede tener acceso a informaciones que nosotros no hemos recibido en la realidad consciente. Esto no es, evidentemente, una verdad científica demostrada y nosotros no pretendemos imponerla como tal, pero sí es una base de trabajo que permite subsanar, por medio de lo que comúnmente se denomina «imaginación», las lagunas que hayan podido quedar después de llevar a cabo una primera encuesta racional.

Dicho con otras palabras, una vez que todos los datos disponibles en el exterior hayan sido recopilados, habrá llegado el momento de volverse hacia nuestro propio interior: lo que no se conoce, es lícito imaginárselo.

El trabajo puede entonces adoptar formas más intuitivas, destinadas no a hacer emerger *la* verdad, sino *nuestra* verdad.

De entre todas las posibles técnicas que existen para poder subsanar los silencios del árbol genealógico, citaremos algunas con el fin de que puedas experimentar según tus preferencias:

La visualización

Echado/-a sobre la espalda, en calma, concéntrate en una cuestión muy concreta que quieras conocer del árbol y deja pasar unos 20 minutos (puedes poner un despertador con un timbre suave), permitiendo que emerja así un escenario imaginativo. A continuación, podrás hacerte una serie de preguntas, como por ejemplo: «¿Quién era esa persona sobre la que yo no tenía información alguna?», «¿Qué pasó en aquella época?», «¿De qué forma se desarrolló aquella situación determinada?».

Si se nos dibuja un escenario determinado deberemos anotarlo, una vez concluida la meditación, como un sueño. Si no sucede nada, habremos al menos planteado la pregunta al Inconsciente. Así pues, se podrá anotar como una pregunta todavía sin respuesta, acompañada por una breve reseña sobre la experiencia. A veces, una pregunta abierta «trabaja» en nosotros con tanta fuerza como una respuesta.

Interrogar al cuerpo

Metafóricamente hablando, la memoria no está alojada únicamente en el cerebro, sino que se encarna en diversas partes del cuerpo desde las cuales puede prestar una función simbólica (la cabeza representa tradicionalmente al padre; la garganta, por donde ingerimos los primeros alimentos, evoca la relación inicial con la madre; las manos son nuestra herramienta para actuar en el mundo; etc.).

Si la imaginación pura no te aporta absolutamente nada, intenta concentrarte en diferentes partes de tu cuerpo y deja entrar (invita o permite que surjan) en ellas a determinados personajes de tu familia. Al igual que en los rituales de posesión del vudú, durante los cuales las divinidades del panteón se expresan por medio del cuerpo del médium, podrás percatarte de que algunos miembros de la familia se sienten más cómodos en determinadas partes del cuerpo, en unas energías concretas, en un cierto ritmo, etc. En esta situa-

ción, conviene darse un buen margen de tiempo (entre 15 y 30 minutos) para que el proceso de relajación y concentración nos permita abandonar el estado de vigilancia habitual, pero a la vez lo suficientemente corto como para poder regresar luego a nuestra conciencia cotidiana, tomar las notas correspondientes y proseguir el día normalmente. ¡No es cuestión de dejarnos absorber!

Método activo. Convocar voluntariamente a una persona en un lugar del cuerpo: «Invito a las manos de mi abuela a que vengan hasta mis propias manos: ¿Qué memoria habita en esas manos? ¿Cómo se sienten? ¿Qué saben hacer?», etcétera.

Método receptivo. Concentrarse en una parte del cuerpo y dejar venir a un personaje: «¿Quién habita en mis piernas, en mi sexo, en mi espalda? ¿Estoy yo, en cierta medida, poseído/-a por determinados acontecimientos de mi árbol?

Ejemplo de un caso: un hombre se queja de un problema de erección. Concentrándose en su sexo, se da cuenta de que éste está habitado por el sexo de su padre, y de una manera abrumadora. Cada vez que entra en erección, su sexo se convierte en el de su padre: un hombre aventurero y violento que había abandonado a su madre cuando él tenía tan sólo 8 años. Su madre, que no volvió a casarse, inculcó en su único hijo su propio odio hacia el hombre sexuado, al cual concebía como un verdugo. Nuestro consultante se da cuenta de que él se ha castrado voluntariamente a sí mismo para no perder el amor de su madre. Solicita un acto de psicomagia para poder liberarse de esa posesión: tendrá que enrollar alrededor de su pene una fotocopia de alguna fotografía de su padre, la pegará con miel a la carne del pene y dormirá con ella durante toda una noche, realizándose así metafóricamente la posesión de la que él ha tomado conciencia. A la mañana siguiente, el consultante metió la foto en un sobre que luego cerró y la depositó sobre la tumba de su madre (si ella hubiera estado viva, habría podido enviarla por correo). Lo que hacía, era «devolver» así a su madre la concepción negativa que ella tenía sobre la erección masculina.

La escritura automática

¿Por qué recurrir al espiritismo cuando los surrealistas nos han legado un método maravilloso para permitir que el Inconsciente nos hable? Aquí, una vez más, todo es cuestión de hacer un trato con uno mismo. Si deseas que un personaje del árbol se exprese por medio de la pluma o el bolígrafo con el que estás escribiendo,

siéntate ante una hoja de papel en blanco y, una vez decidido, di en voz alta: «Escribo en nombre de tal persona». Inmediatamente después, deja que tus ideas se encadenen unas con otras y discurran sobre la hoja de papel. Si te sintieras más cómodo haciéndolo de forma oral, puedes hacer exactamente lo mismo empleando cualquier aparato que te pueda grabar la voz, permitiendo «que hable el personaje» del que se trate.

Ejemplo de un caso: una persona esquizofrénica está poseída por varios personajes de su familia, más particularmente por su abuela. El psicólogo que la atiende en el hospital psiquiátrico conoce bien el Tarot de Marsella y decide pedir consejo a Alejandro Jodorowsky. Éste le recomienda que enseñe el Tarot a su paciente en compañía de cuatro supuestos alumnos, representando uno de ellos a la abuela, para que los personajes interiores de su familia aprendan el uso del Tarot a la vez que el paciente. Cada uno de ellos podrá hacer sus propios comentarios sobre las cartas, pedir que se le haga una lectura, etc. Esta puesta en acción de los personajes interiores, donde en lugar de escribir en nombre de una persona se sustituye por actuar en nombre de una persona, resultó muy beneficiosa para el paciente, que consiguió organizar con una mayor coherencia sus voces interiores.

El dibujo intuitivo

Para hacer un retrato de una persona desconocida, o de una escena que estemos intentando sacar a la memoria, el proceso sería el mismo que para la escritura automática: dejar que el lápiz (los pasteles o los pinceles) vaguen libremente sobre la hoja de papel y ver cuál es el resultado que emerge de ello.

Todos estos ejercicios tienen una meta común: tomar conciencia del hecho de que todos nosotros estamos habitados por la totalidad de los personajes de nuestras respectivas familias y que ellos pueden, a nuestra voluntad, hablar a través de nuestra propia voz, de la misma manera que en ciertas religiones, como el vudú, el espíritu habla en nombre de deidades del panteón.

Es muy posible que obtengas resultados verdaderamente asombrosos, o que, por el contrario, sean aparentemente decepcionantes. Cualesquiera que éstos sean, conserva siempre el resultado de tus investigaciones, tanto la información objetiva como el material intuitivo.

Asimismo, cabe que las eventuales resistencias que ofrezca el ár-

bol genealógico produzcan unos resultados que puedan parecerte planos, banales o, contrariamente, bastante confusos. Sin embargo, a medida que vayas progresando en el estudio del árbol, irás descubriendo algunos detalles que, posiblemente, te resulten sumamente reveladores. De igual manera, ciertas informaciones concretas que se te hayan podido escapar en un primer momento podrían asumir, repentinamente, una significación muy importante.

3
El rol del futuro: objetivo personal y proyecto de Conciencia

La llamada del futuro

En 1972, durante la filmación de mi película *La montaña sagrada*, comprendí por primera vez la importancia del futuro en nuestra salud psíquica y física. El rodaje, debido a unos rumores infundados, se convirtió en una pesadilla. Buscando lugares con arquitectura colonial en la ciudad de México, frente a la venerada Basílica de la Virgen de Guadalupe filmé un camión lleno de actores desnudos semejando cadáveres de estudiantes fusilados. Se corrió la voz de que yo había realizado una misa negra dentro del templo, infamando a la Virgen. Comenzó entonces en los periódicos amarillistas una campaña de insultos y amenazas. Fui convocado y amenazado por el Ministro de Gobierno, que me exigía que cortase de mi película esa escena de misa negra, sin que yo pudiera convencerlo de su inexistencia. En la noche de esta desagradable discusión, me vino a amenazar frente a mi casa un grupo de policías sin uniforme, los Halcones, gritando: «¡Jodorowsky, te vamos a matar!». Al día siguiente metí todos mis negativos en el maletero de mi coche y, vía Tijuana, acompañado por mi mujer, mis hijos y mi gato, partí hacia Nueva York, donde comencé el montaje de la película... Esta injusta persecución, agregada a la tristeza de haber perdido mi territorio y mis amigos, más las normales dudas sobre la calidad de lo que había filmado (con *La montaña sagrada* yo quería nada menos que revolucionar el cine), me provocaron un estado de inquietud angustiosa que me hacía sudar todas las noches. Empapaba cada vez al menos siete camisetas... Ninguna píldora recetada por los médicos que consulté pudo hacer que cesara tal fenómeno. Un día, comprando en una librería esotérica unos tratados taoístas, el dependiente al reconocerme entabló conversación conmigo. A la luz del

tema surgió el nombre de un sabio chino residente en Nueva York que, aparte de ser un famoso maestro de tai-chi chuan [taijiquan] y del arte de la caligrafía, ofrecía consultas gratuitas una vez por semana a las personas del barrio que estaban enfermas. Su nombre era Cheng Man-Ch'ing [Zheng Manqing] (1902-1975), y acudí a verlo. En la antesala de un gimnasio, sentado frente a una mesa en la que había un pequeño almohadón, y utilizando sus conocimientos en Medicina Tradicional China, tomaba en la muñeca de los enfermos los tres pulsos chinos mientras preguntaba por los síntomas. Después de hacer cola durante un par de horas –había al menos cincuenta personas esperando–, me senté frente al hermoso anciano. Emanaba de él una extraordinaria fuerza bondadosa. Me miró como si me conociera desde hacía mucho tiempo, palpó mi muñeca y me preguntó cuál era mi problema.

–Por las noches transpiro sin cesar –le dije.

Fijó sus ojos en los míos y pronunció esta inesperada pregunta:

–¿Cuál es tu finalidad en la vida?

Me turbé. Y, con una falta de respeto de la que muy pronto me arrepentí, contesté:

–He venido para que me dé un remedio contra el sudor, no a discutir de filosofía.

Con calma, me respondió:

–Si no tienes una finalidad en la vida, no te puedo curar.

Esto me produjo una gran conmoción psicológica. Lo primero que se me vino a la mente fue «Lograr terminar mi película», pero enseguida sentí muy circunstancial ese deseo y se me transformó en «Tener éxito y triunfar mundialmente», finalidad que también se desmoronó al hacerme instantáneamente consciente de mi neurosis social. «Encontrar una mujer que me ame y que yo ame y fundar una familia feliz.» En esos escasos segundos frente al sabio, me di cuenta de que las finalidades que me hacían actuar, consumiendo mi energía fisica y espiritual, eran la búsqueda de todo aquello de lo que mi familia me había privado: hijos de emigrantes judío-rusos mis padres, y también sus padres, nunca habían logrado realizar sus

sueños en Chile, tierra que los adoptó. Mi madre había deseado ser una famosa cantante de ópera, y mi padre se concebía como un posible gran filósofo. La miseria en que la emigración sumió a las dos familias, materna y paterna, les destrozó toda posibilidad de realizar sus talentos. Desde temprana edad tuvieron que trabajar hasta convertirse en modestos comerciantes encerrados desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche en una estrecha tienda de ropa. Cualquier artista o intelectual con éxito despertaba en ellos envidias tremendas... Por turbios motivos, referentes a la virginidad de mi madre durante la noche de bodas, las dos familias se odiaron a muerte. Desde que tuve uso de razón vi a mi padre y a mi madre pelearse vertiendo palabras colmadas de odio. Siendo yo el producto de dos clanes antagónicos, no fui bien tratado ni por el uno ni por el otro. De ahí que mi finalidad fuera realizar todo lo que ellos no habían podido. Pero al mismo tiempo impidiéndomelo, ya que en mi inconsciente estaba prohibido ser más que ellos, porque si lo lograba les causaría un inmenso dolor y una no menor inmensa envidia.

Si mi árbol genealógico me impedía realizar mis obras, triunfar socialmente, amar y ser amado, fundar una familia feliz, me pregunté: «Si todo esto se realizara, ¿cuál sería entonces mi verdadera finalidad?». Bajo la profunda mirada de Cheng Man-Ch'ing, en cuyos ojos creí entrever un universo completo, pleno de ternura y piedad por la vida de los otros, presto a ser útil de forma desinteresada a la humanidad entera, me di cuenta de que mi finalidad de vivir no era la de un individuo aislado sino la finalidad de toda la raza humana, la presente y la futura. Con timidez y vergüenza me atreví a decir:

–Quiero conocer todo el universo. Vivir tantos años como vive el universo. Convertirme en la Conciencia del universo. Crear eternamente.

Creí que el sabio se iba a burlar de mí acusándome de delirio de grandeza, pero fue todo lo contrario. Con una sonrisa bondadosa me dijo:

–Tienes una finalidad en la vida, te puedo curar.

Y anotó una lista de hierbas, semillas y cortezas vegetales que debía comprar en la farmacia del barrio chino para hacerlas hervir y luego beber la decocción. Así lo hice y dejé de transpirar, no sé si por los efectos del remedio o por la paz espiritual que el hombre-medicina me transmitió.

Su mensaje silencioso, comunicado a través de su ejemplo, me había hecho comprender que la realización del individuo es imposible si tiene sólo una meta personal, egoísta. Interpreté su actitud de exigirme una declaración de finalidad en la vida para curar una al parecer simple enfermedad, como una invitación a que me liberara de mis intereses puramente personales, cambiándolos por una meta que englobara no sólo a la raza humana sino también a todos los seres conscientes del universo. Para él no existían enfermedades sólo corporales, la raíz del mal se ubicaba en una consciencia maniatada por el intelecto.

Años más tarde, imitando a Cheng Man-Ch'ing –al que sus alumnos llamaban Whisker's Man–, hombre que con sólo mirarme y hacerme una pregunta capital se había convertido en mi maestro para toda la vida, decidí ofrecer consultas gratuitas de Tarot todos los miércoles en un café público y preguntar a mis consultantes al comienzo cuál era su finalidad en la vida. Los problemas corporales y mentales son respuestas a los traumas que el inconsciente guarda como secretos; y para sanar, es necesario saber qué deseamos verdaderamente. Esto lo simbolizarían dos cartas representando el camino de la vida respondiendo a las preguntas «¿De dónde vengo?» (mi formación, mi familia, mi personalidad adquirida) y «¿A dónde voy?» (mi meta real, a veces desconocida por mí mismo). Igualmente, para el análisis del árbol genealógico, me acostumbré a pedir al consultante que expresara su finalidad en la vida para, así, guiar nuestra búsqueda.

La medicina tradicional, como la psicología tradicional, se centran en el ser enfermo con sus síntomas, buscando «arreglar» lo que «no va», producto del pasado. La investigación psicológica es orien-

tada siempre hacia la memoria sepultada en el Inconsciente, en busca de los nudos traumáticos, origen de los problemas. La terapia Gestalt, originada y desarrollada por el doctor Fritz Perls (1893-1970) en Estados Unidos, y todas las teorías del Aquí y Ahora, inspiradas por las técnicas de meditación oriental, dieron un paso adelante comenzando a trabajar sobre el presente: cómo se siente el paciente y qué desea. Pero me parece que estas técnicas son incompletas, por negar la importancia del futuro.

¿Cómo sanar el árbol, llevándolo a su realización? Antes que nada cabe preguntarnos qué concepto tenemos de la salud mental. Sigmund Freud escribió sobre personas aquejadas de diferentes neurosis y construyó su imagen del hombre partiendo de la base de que la sociedad enferma era la realidad. Deseó aliviar el sufrimiento de sus pacientes, dándoles claves para adaptarse a un destino engendrado por la familia, la sociedad y la cultura. Nunca vislumbró el acto revolucionario de mutar.

Una breve historia sufí, escuchada en una conferencia sobre las enseñanzas de los místicos del Islam, corroboró lo que comprendí con Cheng Man-Ch'ing:

> Un turista que visita una cantera donde trabajan arduamente dos obreros dando cortes cada uno a un pedazo de roca, pregunta al primero de ellos: «¿Qué hace usted?». Recibe una respuesta airada: «¿Acaso no lo ve? ¡Me han ordenado tallar esta maldita roca para convertirla en un ridículo cubo!». Pregunta lo mismo al segundo obrero y éste, con una sonrisa plácida, le responde: «Me han contratado para que talle la primera piedra de una hermosa mezquita».

El primer obrero se desespera porque no ve la finalidad de lo que hace. El segundo sabe para qué va a servir su obra. Esta historia me hizo comprender que la piedra que se tallaba era el símbolo de nuestra propia vida. Si no concebimos su finalidad, enfermamos.

En el fondo, cada afección es el resultado de ignorar la mutación que nuestro ser esencial debe realizar en el futuro, o sea una falta de Conciencia.

Establezco una diferencia entre «Conciencia» y «conciencia». Se confunde el concepto Conciencia por «aquello de lo que soy consciente», es decir, aquello de lo que me doy cuenta en la vigilia. Sin embargo, el cerebro funciona –principalmente durante el sueño– de forma libre y constante sin que lo notemos. Somos un todo, semejantes a un iceberg en el que lo poco que se ve es menor que la inmensa parte sumergida. En realidad, lo que es «consciente» es aquello que erróneamente llamamos «inconsciente». Somos más el inconsciente que la conciencia. Si nos liberamos del concepto de «ser conscientes de», la Conciencia es lo que realmente somos, una naturaleza indefinible, a la que a veces llamamos *alma* y otras *espíritu*. Así lo entendió el surrealismo, el budismo y todas las enseñanzas de la filosofía hindú.

Sería un error limitarse a creer que liberándonos de los males físicos y materiales alcanzamos la felicidad. Sólo la evolución de la Conciencia es el final del sufrimiento: el dolor (físico o psíquico) que experimentamos, aceptado de forma consciente, permanece siendo dolor sin transformarse en sufrimiento. Sin que nos apoderemos del dolor, como si fuera un objeto, la Conciencia es un estado de unidad, de no-dualidad, donde no nos vemos sino que nos vivimos. Desde el momento en que nos vemos, nos consideramos, nos definimos, perdemos la Conciencia. El ego es sufrimiento por ser una limitación del ser esencial.

En realidad, lo que llamamos «conciencia» es la individualidad en la vigilia, una cárcel racional que nos hace creer que sólo somos aquello de lo que nos damos cuenta. Creemos ver lo que vemos, sin darnos cuenta de que los ojos nos comunican datos que sólo registra el Inconsciente. Lo mismo sucede con el resto de los sentidos. Vivimos colmados de multitud de pensamientos, sentimientos, deseos y sensaciones que se pegan como sombras a aquellos que llamamos conscientes.

La Conciencia no es conciencia de un objeto, ni deseo de un objeto, sino conciencia de sí misma. Se llega a ella cuando nos liberamos de cualquier deseo que no tenga por objeto la Conciencia en sí misma.

EL TRABAJO EN EL OBJETIVO
Repeticiones, creación y nivel de Conciencia

Antes que nada, incluso antes de leer lo que viene a continuación, formula en una sola frase cuál es tu objetivo, meta o finalidad en esta vida.

Es decir, si tuvieras la posibilidad de redactar el «menú» de tu existencia futura, ¿qué frase resumiría mejor la totalidad de cuanto aspiras en lo más profundo de ti mismo/-a? Entendiendo, por supuesto, que dicha frase no tiene por qué ser definitiva, pues podría evolucionar al mismo tiempo y en la misma medida que tú fueses avanzando en tu trabajo a lo largo de tu existencia. A estos efectos, recordemos la máxima del maestro Lao Tsé [Laozi] en el *Tao te king*: «La andanza de mil líes [más de quinientos kilómetros] empieza con una pisada». Y por lo que se refiere al árbol genealógico, ese primer paso consiste en formular, tan claramente como sea posible, una respuesta a las preguntas: «¿Cuál es mi finalidad, a lo largo de mi existencia?», «¿Hacia dónde me dirijo?», «Si yo pudiera definir en una palabra cuál es el porvenir que deseo, ¿qué diría?».

No hay que preocuparse, por el momento, de saber si ese objetivo que uno se plantea es lo suficientemente elevado o sublime. Lo que en realidad cuenta es que estés profundamente de acuerdo con la frase que resume tus aspiraciones.

Ciertas personas tienen a mal el hecho de formular sus respectivas metas, y dicen cosas tipo «Eso no sirve para nada» o «No tengo ningún objetivo», e incluso «Soy incapaz de proyectarme hacia el futuro». En general, eso es signo de que no fuimos muy bien acogidos tras nuestro nacimiento, que nuestros padres no supieron (o no pudieron) considerar a aquellos niños recién nacidos que éramos entonces como un objetivo en sí mismos. Es posible por tanto que la persona permanezca prisionera de esa carencia y se vea privada de proyectarse hacia el porvenir, porque inconscientemente desea ser el centro de la atención de sus padres, su objetivo principal. Y esto hará que siga tributaria de ese deseo en lugar de ofrecerse a sí misma la posibilidad de un objetivo propio. En otras palabras, si no

logras plantearte un objetivo es porque el árbol te mantiene encerrado en el pasado. Si fuera éste tu caso, en el capítulo que trata sobre el nacimiento veremos la forma en que se puede superar esta carencia, pero de momento podrías formular así la respuesta a tu objetivo: «Encontrar mi finalidad en la vida».

El objetivo: punto de arranque para elaborar el árbol

Esta simple frase que acabas de dar representa una etapa determinante para el estudio de tu árbol genealógico.

En la cima del esquema rectangular que presentábamos en el capítulo anterior, es muy posible que tengas alguna casilla que aún permanece vacía. Esa casilla nos puede venir muy bien para inscribir en ella el objetivo que nos habrá de servir como brújula en la tarea de diseñar el árbol genealógico. Tu objetivo consistirá, por un lado, en trabajar ese aspecto en el que tu árbol genealógico en su conjunto tiene mayor necesidad (sea el plano material, creativo, afectivo, intelectual o espiritual) y también ese otro en el que tu árbol te prohíbe o te impide hacer algo.

Si nuestro objetivo coincidiese precisamente con lo que el árbol genealógico nos prohíbe, no nos deja hacer o nos hace creer que es imposible de lograr, el estudio del árbol se nos convierte en un *conjunto de rastros, trabas y creaciones psíquicas que se oponen a la realización de nuestro verdadero proyecto.* Así pues, vuelve a la frase que antes habías formulado o escrito, pero ahora a la luz de esta propuesta: «Mi objetivo en la vida es todo aquello a lo que el árbol genealógico se opone y/o todo cuanto no es capaz de cumplir y/o todo cuanto me prohíbe realizar».

Nuestra finalidad será lograr algo que todavía no se nos ha cumplido (por ejemplo: «Realizarme en un trabajo que me interese») o bien la continuación de un proceso en el que ya estamos inmersos pero que, conscientemente o no, tememos que se interrumpa (por ejemplo: «Educar a mis hijos lo mejor posible y continuar formando una pareja unida»). Por lo tanto, se puede decir que este proyecto de futuro está ligado, en cierta medida, a una prohibición o a una amenaza. En ocasiones, tal amenaza o prohibición están tan plenamente integradas en nuestra educación que no somos capaces de detectarlas. Nos decimos por ejemplo «Sí, con toda seguridad siento miedo a perder lo que tengo. ¡La vida está hecha de pérdidas y accidentes!», «Me gustaría tener una profesión interesante, pero me rindo a la evidencia: la mayoría de la gente tiene un trabajo que le aburre».

Sin embargo, el hecho mismo de poder formular un deseo relacionado con nuestro porvenir es signo de una aspiración profunda a crear, primero durante nuestra vida y después en nuestro linaje, acciones e informaciones nuevas. Es justo a través de nuestra propia realización como el árbol genealógico evoluciona. Además, los obstáculos que presenta el propio árbol, una vez que hemos sido capaces de superarlos, constituyen nuestro camino iniciático: una victoria sobre la inercia.

El objetivo personal es, pues, lo que nos permite comenzar a ver las trampas que nos tiende el árbol, pero es también el tesoro potencial del que se nos hace depositarios si logramos alcanzar con éxito todo aquello a lo que aspiramos desde lo más profundo de nosotros mismos. Esto que acabamos de decir sirve de hilo conductor para orientarnos en el estudio del árbol genealógico. El trabajo en el árbol no puede convertirse en una psicoterapia en profundidad de todos y cada uno de los miembros del linaje de cuatro generaciones: una vida entera no sería suficiente para analizar los meandros de esa multiplicidad de vidas, y correríamos el riesgo de perdernos hasta el punto de no poder discernir nada. Bien al contrario, el trabajo metagenealógico debe desembocar en una toma de conciencia concreta –orientada hacia las soluciones– y en la posibilidad de un cambio real para la persona que interroga a su árbol. Se trata más de llegar a un esquema que resuma las fuerzas psíquicas presentes que de elaborar un cuadro minucioso en el que los detalles se superpongan hasta formar una amalgama ilegible. La historia iniciática que se relata a continuación (posiblemente de origen chino) ofrece una metáfora perfecta de este proceso de esencialización:

A un emperador que amaba la pintura, se le antojó un día tener en la sala del trono el retrato de un gallo de combate. Pidió que le enviaran al mejor pintor y llegó ante él un maestro de maestros.

–¿Cuánto tardarás en traerme el cuadro?

–¡Majestad, si deseáis el mejor retrato de tan noble animal, es necesario que me concedáis seis meses!

El emperador accedió y el pintor se encerró en su taller. Apenas cumplido el plazo, el soberano reclamó la obra. El maestro anunció que aún no la había terminado y solicitó otros seis meses más. El gobernante, después de un acceso de cólera, accedió al pedido. Esperó obsesionado durante las veinticuatro semanas, y él mismo, con un impresionante séquito, llegó al taller. El artista se excusó y pidió otros tres meses más. El mandatario, al verse sin su gallo, enrojeció de furia:

–¡Sea! Pero si para ese entonces no has terminado, ¡haré que te corten la cabeza!

Pasados los noventa días, el regente, seguido por sus verdugos, corrió hacia la casa del pintor. Éste los hizo pasar al taller, en donde sólo había una gran tela en blanco.

–¡Cómo! –vociferó el emperador–, ¿aún no has hecho nada? ¡Ordenaré que te corten la cabeza!

El pintor, sin hablar, tomó su pincel y, con velocidad vertiginosa, de un solo trazo, pintó el gallo más hermoso que se hubiera visto en el Imperio. La belleza del ave era tan intensa que el emperador, arrobado, cayó de rodillas ante la obra maestra. Cuando se repuso de la emoción, volvió a encolerizarse.

–Reconozco que eres el mejor, pero sin embargo... ¡haré que te degüellen! ¿Por qué me has hecho esperar tanto tiempo si podías haber cumplido mi encargo en unos minutos? ¡Te has burlado de mí!

El maestro invitó al mandatario a visitar su casa. ¡Había miles y miles de dibujos de gallos, estudios anatómicos, aves disecadas, huesos del animal guerrero, innumerables intentos de cuadros, apuntes, libros sobre su crianza y corrales llenos de gallos vivos!

La experiencia, la observación y el trabajo intenso conducen a la esencialización del gesto. Pero también nos sirve la orientación hacia un objetivo, que será la que remolque el trabajo en el árbol hacia una dirección vital para el consultante.

Ejemplo de un caso: Los abuelos, ganaderos, trabajaron muy duro para alimentar a sus ocho hijos. La dureza de su trabajo, el poco tiempo que dedicaban a las fiestas familiares y a las muestras de cariño en general, es decir, su no disposición afectiva, en aquella época esto no suponía más que la expresión de lo que era su preocupación principal: sobrevivir y criar a sus hijos. Según su propia lógica y las condiciones de su existencia, no hubo ningún «error» consciente por su parte: se puede alegar que ellos vivieron honestamente.

Su tercer hijo, que con el tiempo se convirtió en carnicero, amplificó el valor del trabajo hasta caer en el exceso. Nunca prestó atención a las relaciones familiares y conyugales, dedicándose a acumular lingotes de oro en el sótano de su casa obedeciendo, así, lo que más interesaba a sus padres: acumular riquezas en previsión de

que se hiciera realidad una potencial hambruna, y poder mantener a su familia al abrigo de cualquier calamidad.

En la tercera generación, la nieta es vegetariana, kinesióloga y masajista y se esfuerza en «curar» tales excesos de materialismo en su propia vida y en la de los demás, restaurando a tal fin el equilibrio afectivo, más en particular en el ámbito de las caricias táctiles que tanto había echado siempre de menos (jamás había estado en brazos de su padre y éste, a su vez, tampoco había sido acariciado por sus propios padres). Desde el punto de vista de ella –lo único que nos interesa, si estudiamos su árbol– en sus ancestros hubo «una falla», o digamos mejor «una falta» de información, de contacto, de afecto. Y es esta carencia la que ella se esfuerza en subsanar, tanto en su propia vida como en la de los demás. Ella compensa todo eso en su árbol genealógico desterrando la costumbre de comer carne con una forma de alimentación, según ella, más saludable y ofreciendo a sus clientes un contacto personal muy benevolente.

Su objetivo: «Realizarme en una relación de pareja apacible y cariñosa y fundar una familia».

Trampa: Su árbol genealógico no presenta ningún ejemplo de pareja cariñosa y afectiva: en tres generaciones, todas las uniones se han visto dictadas por la necesidad (continuar la explotación ganadera y de las tierras, administrar el negocio de la carnicería, etc.). La matanza de animales y el posterior troceado de la carne han ido a la par de un ambiente violento. Las relaciones de pareja y de familia son cualquier cosa menos apacibles. Las mujeres del árbol genealógico, agobiadas por los múltiples embarazos y obligadas, por otro lado, a seguir trabajando, han pasado el mensaje inconsciente de que se es mucho más feliz evitando el ser madre. La trampa que tiene este árbol es que reduce a esta consultante a la soledad, al presentarle la pareja como un espacio de conflicto y de ruptura y dejándole como única escapatoria la relación de asistencia y cuidado a sus pacientes (o de manera sublimada, tratando maternalmente a sus clientes).

Tesoro: Además del trabajo de conciencia ya cumplido por esta consultante, su demanda y su búsqueda de afecto revelan una necesidad vital (tanto para ella como para su árbol) de reinventar la célula familiar como un espacio de intercambios, de amor y de Conciencia. Si sus ancestros vivían dentro de una lógica de supervivencia material, nuestra consultante toma conciencia de otras necesidades más sutiles, pero también necesarias. Al todopoderoso miedo, que

prevalece en su árbol como valor clave, ella lo sustituye en su árbol por el todopoderoso amor.

Veamos otros ejemplos, más breves, entresacados de situaciones reales y que nos sirven para ilustrar la manera en que el objetivo formulado por el consultante nos puede orientar hacia la interpretación de su árbol en una doble vertiente: como trampa y como tesoro. Por supuesto, estas interpretaciones no pretenden tener un valor universal, y deberán ser debidamente matizadas en función de cada persona.

En todos y cada uno de estos ejemplos, el «tesoro» es una toma de conciencia que puede ser válida para cualquiera y cuya dimensión universal sobrepasa las limitaciones específicas del árbol.

Ejemplo 1

Objetivo: «Ser feliz».

Trampa: El árbol presenta una profunda tristeza, incluso varias depresiones bien escondidas en su interior. Es sin duda un terreno propicio para vínculos sadomasoquistas y su máxima favorita podría ser «La vida está llena de sufrimientos».

Tesoro: Al encontrar su propia manera de ser feliz (es decir, celebrando a cada instante el milagro de estar vivo), el consultante aporta a su árbol una información crucial: «La vida es alegría, no sufrimiento».

Ejemplo 2

Objetivo: «Ser rico».

Trampa: El árbol no transmite ningún valor espiritual y contempla la realización material como la realización suprema. Pero, al mismo tiempo, el tratar de hacerse multimillonario (algo que ningún miembro del árbol ha logrado) es una fuente de angustia y de culpabilidad porque supone una traición a la pobreza que aflige a la familia desde hace generaciones.

Tesoro: El dinero no es sino el símbolo concreto de un intercambio de energía. Con el hecho de restablecer el amor al dinero en su árbol genealógico, el consultante restaura, así mismo, el respeto a la energía vital y a la abundancia.

Ejemplo 3

Objetivo: «Vivir en santa pobreza» (como san Francisco de Asís o Buda, que procedían de familias ricas).

Trampa: La familia no ha transmitido nunca la alegría de la humildad, de la sencillez: el vástago que profesa un ideal de pobreza se opone a ese materialismo excesivo, instaurando la pobreza como un valor en sí, capaz de invocar lo divino en la existencia humana.

Tesoro: Llegando al estado de sencilla abundancia en el corazón de la pobreza, el consultante descubre un estado de prosperidad fundamental (la energía vital misma) que trasciende las nociones de riqueza y de pobreza y acepta la abundancia bajo todas sus formas.

Ejemplo 4

Objetivo: «Poder ganarme la vida haciendo alguna cosa que me guste».

Trampa: El árbol induce a una fuerte angustia económica. El trabajo es vivido como un deber y, quizá, como un sacrificio. «Los conceptos de dinero y de trabajo que me han inculcado me aterrorizan y me infantilizan en lugar de sostenerme.»

Tesoro: Al descubrir una manera de actuar que le satisfaga, el consultante superará la oposición limitativa existente entre trabajo y ocio y se entregará por completo a la alegría de actuar y de reposar, alternativamente.

Ejemplo 5

Objetivo: «Ser útil».

Trampa: «El árbol genealógico es egoísta. Me ha infravalorado. Me ha hecho fracasar a la hora de conseguir hasta la menor muestra de amor o de atención que pudiera servir para demostrar que yo valía algo. Por muchos esfuerzos que haga, siempre me siento vacío, porque el árbol no me ha proporcionado un lugar y tampoco el sentido de mi valor».

Tesoro: Al descubrir la alegría del servicio a los demás, la persona se verá inducida a comprender, desde otro punto de vista, la máxima cristiana de «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Además, entenderá que *también* es un deber sagrado amarse a uno mismo y ser útil para alcanzar tu propia plenitud. De tal manera, saldrá de su rol de víctima apta para el sacrificio y se sustraerá a su entorno, convirtiéndose en un ser espiritualmente maduro, alegre y luminoso.

Ejemplo 6

Objetivo: «Poder viajar y descubrir nuevos lugares».

Trampa: El árbol genera reclusión. La familia carece de horizontes y vive encerrada en su territorio. Aquellos ancestros que se fueron no regresaron jamás, todo distanciamiento es interpretado como una ruptura irremediable.

Tesoro: Habiendo superado ya las prohibiciones del árbol, nuestro «viajero» se convierte en un viajero consciente y no en un turista consumidor de tarjetas postales. Su trayectoria en el mundo viene marcada por encuentros significativos, hasta el punto de que incluso muy bien podría convertirse en un ecologista militante, porque él ha logrado comprender que la totalidad del planeta es su propia casa, y es necesario conservarlo.

Ejemplo 7

Objetivo: «Poder abandonar a mi marido, con quien ya no me entiendo, y llegar a ser independiente económicamente».

Trampa: El árbol no da a las mujeres más que un posible rol: el de esposa y madre, a costa de su plenitud personal. Es muy posible que todas las mujeres hayan desempeñado ese mismo rol. Pero también podría ser que hayan faltado demasiadas madres (fallecidas, enfermas o ausentes).

Tesoro: Al superar la prohibición cultural que la había reducido al rol de paciente esposa y de eterna víctima, esta mujer logra liberar a la vez a su marido –prisionero como ella de ese mismo esquema–, a sus hijos –que por fin tienen como madre a una persona adulta y liberada– y a ella misma –porque participa de una evolución necesaria para la humanidad: la del equilibrio alcanzado entre lo masculino y lo femenino.

Ejemplo 8

Objetivo: «Recuperar la salud».

Trampa: Es preciso preguntarse aquí cuáles son las ventajas, para el árbol, de que se caiga enfermo. ¿Es que existen personas para quienes la enfermedad es una manera de captar la atención de los demás y conseguir algo de amor? ¿Es la enfermedad el único medio conocido para crear vínculos entre los miembros de la familia?

Tesoro: La curación (física y completa en ciertos casos, psicológica y espiritual en otros) se convierte en una enseñanza que se puede compartir: el padecimiento de la enfermedad actuó como un verdadero maestro, fue una razón para evolucionar y no la calamidad que parecía ser inicialmente. A esta persona y sus allegados, que también algún día morirán, la prueba de la enfermedad y el sentido que le han encontrado les va a permitir enfocar su futura

muerte con una sabiduría nueva y disfrutar de la vida de una forma mucho más auténtica.

Ejemplo 9

Objetivo: «Ser famoso».

Trampa: El árbol sufre por su mediocridad y sus fracasos. Este sufrimiento se proyecta sobre los hijos, a quienes sus padres no les prestan la menor atención y tienen que convertirse en «su público». En ciertos árboles, el ser famoso se vive como una obligación por el hecho de que un padre o un abuelo llegaron a conocer la gloria pública, por lo que este éxito se presenta (sin razón) como el único medio de superar a tus predecesores. La celebridad se vive entonces como algo imposible de alcanzar y el consultante puede llegar a desear, conscientemente o no, la muerte de la persona célebre que le precede porque es la única solución que ve para poder, finalmente, convertirse en adulto.

Tesoro: Se convierta en alguien famoso o bien permanezca en el anonimato, el consultante ya no será nunca más víctima de ese frenesí por el reconocimiento público y se centrará en los valores más esenciales, como el talento o la creatividad (si se trata de un artista), o en sus valores más profundos, como la calidad de sus relaciones humanas. Por esta razón, el hecho de estar o no bajo los focos deja de ser tóxico para su entorno y él puede llegar a convertirse en una persona benéfica, de una manera u otra.

Es muy probable que no llegues a unas interpretaciones así de claras en un primer intento. Pero lo más importante de todo es comenzar a entender cómo el objetivo *(la llamada del futuro)* interactúa con las programaciones reiterativas *(la repetición del pasado)* que se pueden encontrar en esa obra que es el árbol.

Un sistema de repeticiones

El árbol genealógico es, ante todo, un sistema de repeticiones. Tradición, cultura, transmisión de un nombre, herencia, conservación del patrimonio, etc.: todos estos valores forman parte integral de la noción misma de «familia». El clan es, ante todo, un sistema jerarquizado de solidaridad y de pertenencia en el que sus miembros deben ser identificables como «miembros del grupo». Un mandato que está presente en todos los sistemas sociales y familiares: «Tienes que ser como nosotros».

Desde un punto de vista muy primitivo, si nos referimos a las condiciones de supervivencia de las sociedades primitivas, o a la extrema dependencia en la que se encuentra un niño que todavía es incapaz de atender sus propias necesidades, la pertenencia a un clan es una condición *sine qua non* para poder sobrevivir. Verse rechazado y expulsado del pueblo, de la tribu o del seno materno implica morir de hambre, de frío o sufrir el ataque de bestias salvajes. En numerosos contextos culturales de hoy, ser rechazado por la propia familia equivale a ponerse en peligro social y económicamente.

Esta condición primaria está grabada en nuestro inconsciente y determina un terror universal ante la perspectiva de ser excluido. El miedo a la exclusión camina a la par con el miedo al futuro: no hay porvenir alguno si no es en el interior del clan, y dicho porvenir no puede ser otra cosa que la repetición del pasado porque el clan me insta, antes que nada, a perpetuar sus valores, y ello a pesar de que pudieran ir en detrimento de los míos. El clan nos ata y no nos permite evolucionar nada más que en una dirección dada.

Son muchas las familias actuales en las que todavía se pueden encontrar ecos de una pertenencia forzada tipo:

–*Programaciones:* «Tú serás médico, como lo fueron tu padre y tu abuelo».

–*Prohibiciones:* «En esta familia no caben los homosexuales».

–*Predicciones:* «Si antes de los 30 años no te has casado, te convertirás en una vieja solterona».

–*Maldiciones:* «En nuestra familia nadie se ha ganado jamás la vida siendo artista; como sigas con tu vocación acabarás en la miseria».

Todas estas exhortaciones a mantener la integridad del clan son trampas que se nos tienden con el fin de retenernos en el pasado. En el fondo, el clan se mantiene en movimiento por miedo al Otro, entendiendo a éste como enemigo o agresor potencial. El que se arriesga a romper con la cultura del clan y a inventarse un nuevo destino es percibido, desde el primer momento, como un nuevo Otro, un enemigo, y la tendencia del clan será renegar de él. Este miedo a lo desconocido nos impele a permanecer siendo siempre el mismo o la misma.

En ciertos casos, esta prohibición o estas maldiciones no son formuladas en voz alta por padres y abuelos, sino que están muy integradas en la lógica familiar, al punto de que es la propia persona quien las experimenta, las reproduce y las rememora a partir de un pasado lejano. No es nada raro ver a algunas personas actuar en función de órdenes y prohibiciones dadas por sus padres ya fallecidos.

Partiendo de este punto, el trabajo que tendrás que llevar a cabo será el de desalojar las repeticiones que pudieran existir en el marco de tu árbol genealógico, donde el tipo de repeticiones es muy diverso:

–*La repetición pura y simple:* «Yo soy miembro de mi clan y por tanto reflejo directamente sus valores».

Ejemplo: «Llevo el nombre de pila de mi padre, de mi abuelo y de mi bisabuelo. He cursado los mismos estudios y ejerzo la misma profesión que ellos».

–*La repetición por interpretación:* «En mi infancia yo interpreté a mi manera los códigos de mi familia. Siendo ya adulto/-a los trasladé a mi propia realidad».

Ejemplo: «Mi abuelo fue hijo natural que no conoció a su padre. Mi padre, rechazado por él, siempre sintió que no era verdaderamente el hijo de su padre y que éste, incluso, dudaba de su paternidad. Yo, por mi parte, siendo ya adulto me casé con una mujer que quería quedarse embarazada de mí, al cabo de algunos años supe que en realidad se quedó encinta de otro hombre, que mi primer hijo es en realidad el hijo biológico de otro.

–*La repetición por oposición:* «Yo soy un miembro culpable o no querido en mi clan, una oveja descarriada, de ahí que exprese mis diferencias con una manifiesta oposición ante quien, paradójicamente, me identifique como miembro de mi propio clan».

Ejemplo: «En mi familia todo el mundo es pudiente y vive en un radio de veinte kilómetros alrededor de la casa de mis padres. Yo, la penúltima hija, siempre he sido considerada "la rebelde" y vivo como más me apetece en un país extranjero. Paradójicamente, no hago otra cosa que respetar el rol que se me ha asignado, así que todo está en orden. Pero tengo el secreto deseo, que probablemente se verá decepcionado, de heredar una parte de la casa de mis padres a su muerte».

–*La repetición por compensación:* «Soy miembro de mi clan y, como tal, mi deber es llevar a cabo aquello que mis ancestros no alcanzaron a realizar».

Ejemplo: «Tres generaciones de mi familia han intentado, sin éxito, ascender en la escala social y abandonar el pueblo de origen. Mi abuelo, que se había marchado a la ciudad, volvió para cuidar de su rebaño de ovejas. Mi padre trabajó durante algún tiempo en la ciudad antes de regresar para montar una tienda de comestibles en el pueblo. Ambos creían que los aires de nuestra región no valían para nada. Yo vivo en Estados Unidos, donde he creado un floreciente negocio, pero mis familiares se niegan a venir con el pretexto de que el viaje es demasiado agotador».

Volveremos más adelante sobre estas cuatro formas de repetición, que poco a poco se te irán haciendo más claras.

A continuación veremos cómo las repeticiones se inclinan hacia uno de los cuatro centros.

Repeticiones corporales y materiales

Desde el mismo momento en que nace un niño, se le buscan *parecidos* con otros miembros de la familia. La madre puede desear que se parezca a ella o que se parezca al padre, para confirmar así que es hijo de ambos. Del mismo modo, el padre puede desear verse reflejado en el recién nacido o encontrar en él los rasgos de su mujer, y también de su propia madre, de su padre, etc. En general, esta situación suele dar lugar a una suerte de retrato de familia fragmentado, donde siempre hay alguien que pretende que el niño tenga los ojos de uno, la nariz del otro, la forma de reír de un tercero...

Hay linajes enteros de personas delgadas y otros linajes de personas gruesas, familias que son más o menos rubias o morenas, más o menos hirsutas... Pero, cuando el niño crece, será en sus actitudes y en sus gestos donde se detecten los parecidos, reales o supuestos.

Cuando un retoño se pone enfermo, esa *enfermedad* es inmediatamente interpretada como una señal de pertenencia al clan («Todos nosotros tenemos delicada la garganta»), o bien por el contrario como una forma de establecer diferencias con él («Este niño se resfría con nada»). Desde nuestra más tierna infancia, todos recibimos ciertos mandatos inconscientes que nos obligan a considerar los elementos más básicos de nuestro ser como otros tantos signos de pertenencia.

Más adelante, será la relación con el dinero, incluso nuestra profesión o el lugar donde vivimos –el territorio en su sentido más amplio– los que se van a convertir en sujetos de repetición. Ciertas personas viven como un deber ineludible el continuar con el negocio familiar o el cursar los mismos estudios que el padre o la madre: una apuesta ineludible para salir con bien de donde ellos fracasaron. El pueblo natal, la región o el país de origen pueden representar una apuesta por la pertenencia a un clan, o al revés: un niño que se haya visto emocionalmente excluido dentro del mismo emigrará con mucho gusto al extranjero.

Repeticiones sexuales y creativas

Todas las psicologías que trabajan en el campo de los *abusos* sexuales ponen en clara evidencia el hecho de que las violaciones, los incestos y los actos de pedofilia tienden a repetirse. El trauma vivido por el niño o la niña del que se ha abusado sexualmente, y que muy a menudo permanece en secreto, puede convertirse cuando llegue a una edad adulta en una fijación sexual que impulse a la antigua víctima a cometer un acto del mismo tipo. Un padre que ha sufrido tocamientos en un colegio católico (habiendo sido, simbólicamente, violado por el «padre») puede, a su vez, verse irresistiblemente arrastrado a cometer esos mismos actos pedófilos con niños de su propia familia.

Se ha podido constatar, también, la existencia de una clara tendencia a que se repita la *manera de dar a luz*: la edad del primer embarazo, cesáreas repetidas, hijos prematuros en repetidas ocasiones, depresiones postparto, etc. Sin embargo, eso no es algo que se traslade de útero a útero forzosamente (es decir, el que una hija dé a luz como su madre). Pero sí se puede apreciar por ejemplo que el primer hijo varón de un linaje (primer heredero del patronímico) nace con fórceps «como lo hizo su abuelo paterno». Así pues, la forma de nacer refuerza la pertenencia al clan o al linaje de ese apellido en particular.

Una joven, primogénita e hija no deseada, puede muy bien hallarse a punto de abortar en su primer embarazo o creerse obligada a abandonar a su primer hijo: de tal manera cumple, simbólicamente, el deseo que tuvo su madre (y también su padre) de desembarazarse de ella. De igual manera, abortos y embarazos malogrados también se repiten: por ejemplo, una muchacha que tuvo cinco abortos más adelante descubrió que su abuela había tenido cinco hijos muertos cuando era aún muy joven.

Los problemas sexuales pueden repetirse porque las prohibiciones y frustraciones se transmiten de una generación a otra: frigidez, impotencia, esterilidad, etc. Resulta muchas veces difícil reconstruir la historia sexual de un árbol genealógico porque estamos ante el tema más tabú que pueda haber para una familia, aunque ciertos indicios permiten suponer cuál era el grado de satisfacción sexual de una pareja. Por ejemplo: ¿Existen amantes? ¿Hijos ilegítimos? ¿La pareja duerme en habitaciones separadas? ¿Cuál es, en líneas generales, la idea de él sobre «las mujeres» y de ella sobre «los hombres»?

En el ámbito de lo creativo, muy a menudo se ve una práctica artística que se repite de una generación a otra (o bien saltándose una generación). ¿Quién tocaba el piano o a quién le hubiera gustado tocarlo? ¿Quién pintaba? ¿Quién tenía una bonita voz? La cuestión del talento en el árbol genealógico forma parte de lo que nos preguntamos: ¿El talento es debidamente reconocido? ¿Y también alentado?

En las familias de artistas es muy frecuente que la energía creativa del miembro más activo de la misma (el artista oficial) pueda eclipsar las aspiraciones creativas de sus descendientes. A veces, el hijo de un artista se encuentra con todas las dificultades del mundo para desligarse del estilo de su padre o de su madre y, en consecuencia, durante toda su vida tan sólo produce pálidas copias de la obra del que le precedió. Existen sin embargo excepciones tan notables como inspiradoras: por ejemplo, las del pintor Pierre-Auguste Renoir y el cineasta Jean Renoir. Dando un gran salto, desde la pintura hasta el cine, este árbol genealógico ha engendrado dos gran-

des creadores, padre e hijo, ambos innovadores y plenamente realizados en sus respectivas prácticas artísticas.

En general, bajo el plano creativo, en su sentido más amplio, y más allá del caso específico en el que se haya podido crear una obra artística, se puede asistir, con bastante frecuencia, a la repetición de fracasos: si un ascendiente no ha sido capaz de superar esta caída (la quiebra de una empresa, por ejemplo), sus descendientes pueden encontrarse bloqueados en conductas que conducen al fracaso.

Repeticiones afectivas

Por definición, la manera de amar que se nos ha transmitido constituye nuestro aprendizaje afectivo. De igual forma, los traumas afectivos tienden a crear repeticiones que se despliegan sobre más de una generación. Entre las repeticiones más flagrantes, nos podemos encontrar con las que incumben a la *manera de expresar el afecto* (de forma desviada, por ejemplo por medio del dinero o de la manutención, o también por algunos tabúes ligados a la expresión afectiva, en familias en las que no se hablan entre sí o donde nadie toca al otro). Las emociones negativas se repiten: no es nada raro que se transmitan vergüenzas, accesos de ira, depresiones u odios que no nos pertenecen en absoluto.

El concepto de *pareja* depende asimismo del árbol: se repiten las relaciones conflictivas, los divorcios o los abandonos. A veces, un abandono sufrido siendo aún un niño (bien por orfandad o bien por haber sido confiado a terceras personas) se traducirá, una o dos generaciones después, en el abandono del cónyuge, de la familia, etcétera.

Las repeticiones afectivas están igualmente gobernadas por nuestras *proyecciones*: en lugar de establecer con un hijo relaciones puramente definidas por el amor que se le tiene, se proyecta sobre él a otro miembro de la familia y el niño se convierte, así, en el inocente campo de batalla de conflictos afectivos aún no resueltos. Ésta es una situación extremadamente frecuente en los árboles genealógicos.

Ciertos sentimientos infantiles, como las preferencias, los conflictos y las rivalidades entre hermanos, pueden llegar más adelante a marcar la vida adulta: en efecto, no es nada raro ver a un padre proyectar sobre un hijo o una hija a uno de sus hermanos o hermanas. Frecuentemente se dan casos en que el tío (o la tía) ha sido el

padrino (o la madrina) del niño. Este niño será tratado por su padre, más o menos conscientemente, como un «doble» de su hermano (o de su hermana) y el niño sufrirá, como un gran peso para él, esta relación con la cual nada tiene que ver, y ello aunque dicha relación fuese de una preferencia descarada. Un caso también frecuente es el del padre rival que proyecta sobre su hijo la figura de un hermano o una hermana menores a los que odia, y le hace sufrir esta rivalidad destructiva mientras mantiene las ventajas a su favor de la diferencia de edad y de su estatuto de progenitor, que le otorgan autoridad sobre el niño.

Puede darse la circunstancia de que un padre proyecte sobre su hijo un amor de juventud, hasta el punto de ponerle el nombre de aquella persona amada y perdida. La situación es la misma: el niño recibirá mensajes afectivos que no van destinados a él y toda la gama de sus emociones se verá perturbada.

Repeticiones intelectuales e ideológicas

La primera repetición que, tradicionalmente, se da en numerosas culturas es la de los *nombres propios*. El nombre propio es la palabra que nos designa, de la misma manera que el término «mesa» sirve para designar eso precisamente: una mesa. Si se reflexiona bien sobre ello, en el nombre propio se contiene, para nuestra forma de ver las cosas, toda nuestra identidad. Tradición o no, es desde luego evidente que, si se me pone el nombre propio de uno o varios miembros del árbol, se me está traspasando subrepticiamente alguna característica de la personalidad de dichos personajes. La experiencia nos demuestra que el nombre propio induce, en estos casos, a una serie de repeticiones tanto materiales como sexuales, creativas o afectivas.

Pero la repetición más poderosa en un árbol genealógico es la de las *creencias*. En tanto que tales se sustentan en el lenguaje, y plasmamos por medio de palabras, ideas y discursos todos esos elementos vitales que integran nuestra identidad. Si yo me he pasado toda mi infancia oyendo a mi madre afirmar que «Los hombres son unos cabrones», algo de esa creencia me perseguirá hasta la edad adulta. De la misma manera, se puede apreciar perfectamente cómo los miedos, las vergüenzas, las prohibiciones vehiculadas por las religiones y los sistemas morales y políticos continúan afectando a las personas y ello, sin embargo, a pesar de que en su momento hubieran

abandonado toda práctica religiosa o bien se hubieran exiliado a países bajo cualquier otro régimen político.

En un árbol genealógico, estas creencias tienen vocación asociativa: no somos esto o lo otro (es decir, no somos esa tendencia política, esa opinión o de ese otro pueblo distinto al nuestro) sino que, cada vez que la familia se define, ella misma cierra una posibilidad de que sus descendientes puedan abrirse al mundo. Y, así, se llega a que el fanatismo de las creencias se traslade de una generación a otra por medio de un mecanismo de oposición: si los abuelos eran fanáticamente religiosos, y en nombre de una determinada ideología han oprimido a sus hijos, es muy posible que el árbol produzca, una o dos generaciones más tarde, militantes políticos, anarquistas o anticlericales, todos ellos también fanáticos.

Otro elemento que se reproduce habitualmente es el de la *utilización del lenguaje*. Los dialectos, las jergas, las formas específicas de hablar en determinadas regiones o familias son también elementos de identificación del clan. En un hogar bilingüe, la elección de una lengua u otra puede convertirse en todo un reto y hacer de ello el objeto de un conflicto. Lo mismo ocurre, aunque sea más sutilmente, en relación con la agresión verbal: un niño que ha sido educado en un ambiente de violencia verbal ordinaria puede llegar a convertirse en un adulto totalmente inconsciente de la agresividad que pone en sus palabras y en sus declaraciones. En los países desarrollados, todas las cuestiones ligadas a la educación, tanto escolar como universitaria, se acaban convirtiendo en elementos de reproducción: ser o no ser «inteligente» es, en Francia, un elemento clave para pertenecer a un árbol instruido. De igual forma, los estudios que se hayan cursado (o no) e incluso el nivel alcanzado en unas oposiciones oficiales pueden determinar la pertenencia al clan. Y la desgracia recaerá sin duda sobre cualquier heredero de un linaje de ingenieros que, más dotado para los trabajos manuales como la jardinería o el violín, se ve forzado sin embargo a pasar por las mismas oposiciones que sus ascendientes y lamentablemente suspenderlas: su diferencia le hará vivir como si fuera una nulidad o un fracasado.

La tradición, el folklore y la religión son vínculos que tenemos con el pasado. Y también lo son los regionalismos y nacionalismos, con todo su lote de hábitos culinarios, costumbres y, acaso también, de chauvinismo.

En resumen:

Esencialmente, lo que se repite en los cuatro centros es el rechazo a todo lo novedoso: el árbol nos empuja a hacer de nuevo cosas que ya hayan sucedido y nos impide actuar a favor de la mutación del clan, que lo transformaría en una sociedad consciente y unida con la totalidad de la humanidad. Nos compromete para que reajustemos nuestras ideas y nuestros afectos hacia los ya conocidos.

El trabajo del árbol descansa sobre una comprensión cada vez más sutil de las repeticiones. Para comenzar a identificarlas, señalemos que las más flagrantes son en general:

–los nombres propios.

–las fechas señaladas, la edad o las desviaciones de tiempo: duración de un matrimonio, edad al sufrir un accidente de coche, diferencia de edad entre hermanos y hermanas, etcétera.

–las profesiones.

–las circunstancias de un fallecimiento, de un accidente o de una crisis vital.

–el número de hijos que se tienen.

–los lugares en los que vive o a los que se ha mudado el árbol.

Sin embargo, todas estas repeticiones pueden ser todavía más sutiles con uno o más elementos que evolucionan de una generación a otra:

–un nombre propio puede ser casi el anagrama de otro cuando todas las letras del nombre del hijo/-a están contenidas en el del padre o la madre: ALEjAnDro crea Adela y ANGUsTIaS crea Agustín; también puede comenzar por la misma inicial o tener el mismo número de sílabas: Verónica, Valeria, Vanesa, etc.; o en una misma familia se pueden encontrar grupos de letras o de sílabas que se repiten: eulALia, ALfredo, PascuAL, vALeria, vidAL, ALberto, etc.).

–la fecha en que un hijo/-a fue concebido es, en ocasiones, tan elocuente como la de su nacimiento (por ejemplo, un bebé nacido en abril había sido concebido en julio, exactamente en la misma fecha del aniversario de su abuelo materno: inconscientemente, la madre había incluido a su propio padre –del cual se celebraba entonces el aniversario– en el acto sexual en el que se engendró su hijo).

–la fecha de un fallecimiento puede resultar igualmente significativa: por ejemplo, un padre que ha muerto el día en que su hija se casa o da a luz.

–ciertos oficios son inversos unos de otros. Esta oposición puede

ser simbólicamente interesante: por ejemplo, en un linaje de zapateros surge repentinamente un peluquero, como si cabeza y pies buscaran unirse, o separarse.

–un opuesto que puede esconder una vinculación podría ser este caso: «Mi padre es alto, rubio, de ojos azules y europeo, pero a mí sólo me gustan los hombres menudos, morenos de piel y procedentes de otros continentes. Así, enamorándome de personas tan opuestas a él, no destrono a mi padre».

–el árbol actúa también por medio de transposiciones. Por ejemplo, si mis antepasados emigraron a España en una época en la que este país les parecía muy remoto, es posible que las generaciones siguientes escojan América Latina como nuevo horizonte a conquistar (la lengua que se habla es la misma).

Estos supuestos son muy numerosos, a imagen de la diversidad humana. Estamos apenas comenzando a explorar este sistema de semejanzas y oposiciones, de herencia y de compensación que es el árbol genealógico. Pero antes de involucrarnos en la búsqueda de repeticiones trabajando en tu propio árbol (véase el ejercicio que aparece al final del capítulo), hay que preguntarse cuál es el ingrediente que permite disolver esas poderosas repeticiones y superarlas para luego poder cumplir el propio destino.

Una clave al servicio del proyecto del futuro: los niveles de Conciencia

Para poder superar las repeticiones existentes en el árbol genealógico, el ingrediente clave es la Conciencia. Se podría resumir así el proceso en el trabajo del árbol genealógico: en una generación dada, unos padres se encuentran con un problema material, afectivo, sexual-creativo o moral; ante ese problema ellos reaccionan por medio de la *mejor solución que su nivel de conciencia, en ese preciso momento, les permite ofrecer*. Pero a menudo esa solución es una simple «repetición», están aplicando una receta ya conocida, probada y validada por su entorno familiar, social y cultural.

Veamos unos ejemplos: ante una vergüenza familiar (encarcelamiento, ingreso en un psiquiátrico, hijo ilegítimo, etc.) que produce desconcierto emocional (desavenencias en la pareja, traiciones, etc.), elegirán guardar dicha vergüenza en el mayor de los secretos. Ante una muerte, podrían escoger no volver a hablar más de la persona desaparecida, o por el contrario hacerla centro de atención familiar y transformarla de simple desaparecida en santa, en una especie de héroe o heroína. Ante dificultades materiales extremas, quizá se concentrasen en el trabajo y harían trabajar también a sus hijos, o el padre solo podría emigrar a un país extranjero que ve como un paraíso y desde el cual podrá enviar dinero a su familia. Ante una rebelión adolescente en conflictos surgidos con hermanos, optarían por la violencia y la represión. Una mujer abandonada por su marido, para compensar su frustrada vida afectiva, podría volcarse de lleno en su hijo/-a. Una pareja divorciada, cuyos dos integrantes dicen cosas abominables uno del otro, puede dar lugar a que sus hijos tengan que soportar el peso de sus conflictos.

Ejemplos con estas soluciones desencaminadas, que en su momento funcionaron bien a estos padres, se pueden encontrar en todos los árboles genealógicos. Pero es en la segunda generación cuando los estragos (violencia, secretismo, materialismo, rupturas, demandas emocionales imposibles de satisfacer, etc.) comienzan a hacerse sentir en unos hijos convertidos a su vez en padres: nuevas heridas para las que tendrán que buscar sus propias soluciones. Y si

estas soluciones son tan conformistas como las de su generación anterior, los nietos pagarán las consecuencias.

Estudiando nuestra historia familiar, no resulta difícil localizar esos hechos que han podido ser fuente de sufrimiento. Pero aun así, y de una forma refleja, nuestra primera reacción será justificar esa forma de actuar con comentarios de este tipo: «En aquella época es que las cosas se hacían así...», «Es que mi madre/padre/abuela no tenía otra opción...», o incluso «Son cosas que ocurren en todas las familias».

Por el contrario, y ante estos mismos acontecimientos, una persona más sensible o más rebelde se arriesga a enfermar, sumiéndose en una irritación permanente contra sus ascendientes, culpándolos de sus desgracias infantiles con un reproche perpetuo: «¿Cómo pudieron hacer algo así?».

Estas dos posturas distintas (la del perdón intelectual y la del rencor sin resultados) coexisten a menudo en una misma persona: por un lado la razón justifica los acontecimientos del árbol, pero por otro el corazón, la psique infantil sufren todavía sin poder superar el trauma. Con mucha frecuencia, es ésta precisamente la situación paradójica en la que se encuentra una persona en el momento de comenzar una terapia o un trabajo espiritual.

La actitud metagenealógica consiste en situarse mucho más allá tanto de la cólera sin resultados como del perdón intelectual. Nuestro fin es comprender por qué y cómo pudieron emerger esas falsas soluciones, qué repeticiones familiares, sociales y culturales están interviniendo y cuál podría ser, desde una perspectiva ideal, la actitud de un adulto enfrentado a los obstáculos que se manifiestan en su árbol genealógico.

Dicho en otros términos, lo que vamos a hacer es preguntarnos *cuál era el nivel de Conciencia* que tenían nuestros ascendientes en el momento en que sucedieron los hechos y cuál podrían haber tenido si hubieran actuado en un nivel de conciencia superior (independientemente de sus circunstancias sociales, económicas e históricas, que determinan en cierta medida los límites de la libertad individual). Recordemos que siempre se puede manifestar resistencia a la ideología cultural ambiental en el seno del grupo familiar, incluso si las acciones le son limitadas (por ejemplo, por un régimen autoritario).

Para un individuo, el hecho de tener cada vez más Conciencia significa, siempre y en todo momento, tener cada vez más libertad. Cuanto más consciente se es, mejor se acepta el no tener que definirse con estrechez de miras. Uno tiende a unirse con la totalidad del mundo, dejando de identificarse estrictamente con el clan. Toda autodefinición es, en realidad, un caso de sufrimiento, porque dicha identificación nos enferma: si yo soy estrictamente «español» (norteamericano, francés, británico o lo que sea) eso significa que yo no soy nada de todo el resto. Si yo me veo exclusivamente como «hombre» o «mujer», eso será una causa de sufrimiento porque le estoy dando la espalda a todo lo que hay en mí más allá de mi propio género. Toda definición nos hace entrar en serio conflicto con las demás posibilidades. En realidad, es posible reconocer de dónde viene uno sin identificarse con esa definición.

Por lo que respecta a la noción de *nivel* de Conciencia, ésta, a su vez, nos reenvía a una concepción evolutiva del ser humano: en efecto, y potencialmente, todos estamos en permanente evolución hasta el momento mismo de nuestra muerte. Es por lo tanto lógico deducir que, a partir de dicha circunstancia, el espíritu puede evolucionar hasta un punto supremo en el que, tras abandonar la vida física en plena lucidez y alegría de vivir, nuestra Conciencia individual se fusiona con la del universo. Las diversas tradiciones espirituales y religiosas tienen, cada una de ellas, su propio vocabulario para describir este proceso ideal, ilustrado con el relato de la muerte de grandes santos de todas las culturas.

Un bajo nivel de conciencia se manifiesta por una insatisfacción constante. Sea porque la persona pierde toda la alegría de vivir o porque lo que hace es compensar su insatisfacción profunda a través de adquisiciones ilusorias (acumulación de bienes materiales o inmateriales, de éxitos o de objetos, etc.). Pero sin desarrollo de la Conciencia, no hay satisfacción auténtica.

Para progresar es necesario proponerse un objetivo que nos permita unir el mundo interior (nuestra identidad verdadera) y el exterior (alcanzando ese destino que es verdaderamente el nuestro, actuando auténticamente en el mundo). Sin embargo, el árbol genealógico nos puede inocular algunos falsos objetivos, para los cuales nos veremos obligados a desplegar una energía inmensa (por ejemplo: hacerse millonario, encontrar un alma gemela, superar a todo el mundo en el plano creativo o sexual, etc.). Pero alcanzar un falso objetivo vuelve a producir, una vez más, una profunda insatisfacción. Por esa razón, vemos cómo personas repletas de dinero, de honor o de gloria se deprimen, se autodestruyen o se suicidan. Inconscientemente, la persona que repite los objetivos del árbol, e incluso aunque los alcance, siempre estará insatisfecha.

Ejemplo: El bisabuelo se arruina, provocando con ello la miseria y la vergüenza en toda su familia. Pero, más adelante, un descendiente suyo puede proponerse como objetivo inicial amasar una fortuna, abandonando otras finalidades o metas (como practicar algún arte, estudiar medicina o realizarse afectivamente). Y aun en el caso de que consiguiera amasar dicha fortuna, él siempre tendrá la sensación de haber fracasado, porque *el verdadero objetivo principal no era obtener una cosa en concreto, sino desarrollarse.*

No es necesario formular esta necesidad de forma abstracta (decir «Yo quiero desarrollar mi Conciencia» es una expresión que no significa gran cosa para la mayoría de nosotros). Simplemente, una actividad en particular puede ser el vehículo de dicho desarrollo. En los relatos zen es frecuente que el maestro moribundo designe al cocinero como su sucesor a la cabeza del monasterio. Por medio de una actividad humilde, concreta y cotidiana ese monje ha desarrollado, efectivamente, su propia Conciencia hasta el punto de igualar a su maestro. Y será elegido no porque sea cocinero, sino porque manifiesta cualidades interiores de voluntad, disciplina y de renuncia y no vive según valores ilusorios como son el poder, la nacionalidad, la edad, una determinada definición sexual o un sentimiento de pertenencia nacional o racial. Esa liberación de todas aquellas definiciones es señal de una Conciencia despierta.

Como suele decirse, «Todos los caminos conducen a Roma». De igual manera, todo camino de la vida (intelectual, artístico, material, financiero, de ayuda a los demás, de servicio, etc.) puede ser una vía para el desarrollo de la Conciencia, a condición de que se desarrolle el grado de concentración de atención, perseverancia, desapego (renuncia) y, sobre todo, de disciplina, eso que se llama *dharma* en las tradiciones orientales: el conjunto de acciones y reglas a las que uno se pliega para ponerse al servicio del ser esencial sin buscar la aprobación de los demás o de un maestro, sino cara a cara con uno mismo.

Está claro que el nivel de conciencia de una persona no se puede cuantificar, y que la manera en que lo vamos a esquematizar más adelante es algo que no debe servir nada más que para el propio trabajo que estás llevando a cabo con tu árbol. Para tales esquemas propondremos puntos de referencia que nunca más te permitirán contemplar tu árbol genealógico como un mero linaje que va de los mayores (los ancestros) a los menores (nosotros mismos), sino como un conjunto de seres humanos enfrentados, todos ellos de

igual manera, a sus destinos respectivos y desigualmente capacitados para hacerles frente de una forma madura.

Esta parte del trabajo es de un carácter esencial porque conmociona a la jerarquía tradicional, vigente en la familia, que quiere que los más jóvenes muestren el debido respeto a sus mayores. Sin embargo, imaginemos por un momento que el debido respeto fuese de los individuos menos conscientes (más inmaduros) a los más conscientes (más maduros)...

El poder convertirse en la Conciencia del árbol genealógico propio es una ambición legítima y una posibilidad abierta a todos. Pero, para cada uno de nosotros, este trabajo representa también una prueba de la verdad porque nos fuerza a salir, simultáneamente, tanto del lugar en el que nos encontrábamos como del orden establecido y plantearnos cuestiones mucho más fundamentales: «¿Soy capaz de reconocer en qué nivel de conciencia vivo habitualmente? ¿Estoy dispuesto/-a a inclinarme ante el superior nivel de conciencia de una persona más evolucionada que yo? ¿Soy yo mismo capaz de evolucionar?».

En este estado, y como veremos en el ejercicio propuesto al final del capítulo, el trabajo sobre tu objetivo puede haber comenzado ya: sin que te apartes de tu objetivo personal y material, puedes proponerte añadir otro objetivo, el más elevado que seas capaz de concebir desde el más alto nivel de Conciencia al que te sea posible acceder a día de hoy. La mayor parte de las personas tienen una finalidad individual. Otras tienen fines sociales, humanistas y de generosidad. Pero son muy pocas las capaces de concebir un objetivo que englobe a la humanidad entera.

Niveles de Conciencia

Todos y cada uno de estos niveles son respetables porque conciernen a un ser al cual es apropiado. Sería impensable pedir a un bebé de seis meses que tenga el nivel de conciencia de un adulto. A cada edad, a cada etapa de la vida, corresponde un nivel de conciencia sano y realizado. Un nivel de Conciencia se convierte en tóxico si uno continúa viviendo según dicho nivel en vez de alcanzar o procurar, gracias al propio crecimiento, el siguiente nivel. Es un drama tener que actuar, pensar, trabajar y administrar la información como un adulto cuando aún se es un niño: es algo sabido por los psicólogos. Pero algo de lo que se habla con menos frecuencia es del drama de actuar y pensar como un niño (o un adolescente) cuando se es adulto. En cada nivel de Conciencia supuesto hay un *centro unitario*, es decir, un punto de referencia que sirve a la persona para definir alrededor de qué gira su propio mundo.

Animal superviviente

Este nivel se corresponde con la vida primitiva: la de los animales, la de los bebés. Sus prioridades consisten fundamentalmente en alimentarse, defenderse y resguardarse. Para el rango de los animales de sangre caliente, en el cual nos encontramos, este primer nivel inscribe en nuestra historia la necesidad de un clan, de una familia.

Si una persona hubiera superado ya el estado de bebé y se encontrase aún en este nivel de Conciencia, esta situación significaría que vive exclusivamente como un depredador en busca o en lucha con sus presas. Éste es el caso de los mayores delincuentes y criminales, personas cuya educación o medio en el que viven los obliga a retornar hasta un estado de supervivencia y de violencia permanente. También, una persona muy depresiva, totalmente dependiente e incapaz de comunicarse con los demás, podría retrotraerse a un nivel de Conciencia animal.

Centro unitario de este nivel de conciencia: la boca, en el caso de un bebé; el estómago, en el de un animal. Como nivel de conciencia regresivo, podemos encontrarlo en la sexualidad de un delincuente sexual, en la identidad mental y en el cerebro de un fanático que se convierte en criminal en nombre de sus ideas, etc.

Infantil consumidor

Este nivel corresponde al niño por excelencia: el dependiente y consagrado a jugar para formarse y prepararse para la edad adulta. Consume sin producir nada, no trabaja sino que juega con el fin de estar preparado para crecer. Los sueños y la imaginación colindan con la realidad. El niño recibe sin preocuparse de dar. Su palabra fetiche podría ser «¡Dame!». A esta edad, uno tiene derecho a ser totalmente inútil para la sociedad y es vital ser aceptado por quienes están a cargo de nosotros (padres, profesores, etc.).

Todos estos ingredientes, en la edad adulta, definen a este tipo de *consumidor* que la sociedad industrial necesita para sobrevivir. Dependiente y materialista, se deja convencer de que éste o este otro producto le es absolutamente indispensable. Se trata, con mucha frecuencia, de un irresponsable que se absorbe por completo en juegos de vídeo, se nutre de ilusiones y de productos sin valor real y que, asimismo, encarna al *subalterno* soñado por la jerarquía de cualquier empresa... En el plano afectivo, es incapaz de dejar pasar los intereses de otra persona por delante de los suyos propios.

Centro unitario: el cabeza de familia (el amor de los padres) o su representante simbólico (un superior en la jerarquía, una persona de autoridad, etc.).

Adolescente romántico

La adolescencia es una edad marcada por tres preocupaciones: el amor –en general idealizado y concebido como algo eterno–, la muerte –un contrario al que procuramos desafiar– y la inclusión en un nuevo grupo –sea una pandilla, un círculo de amigos, un club de fans–. Esto servirá de filtro entre la familia (el mundo cerrado del niño) y la sociedad humana en su sentido más amplio, hacia la cual se dirige el ser adulto. Este nivel de conciencia se caracteriza por un romanticismo extremo, una atracción por el peligro o una estética

fuertemente mórbida (cráneos, moda gótica), además de por un fuerte deseo de identificarse con un clan (a través de la forma de vestir o los hábitos de vida). La reivindicación de libertad o de originalidad, fundamentada en la oposición al sistema educativo vigente, es igualmente sintomática de esta edad.

Una vez superada la adolescencia, el nivel de conciencia que le es propio nos impulsa hacia la tiranía de la moda y el culto a los valores juveniles, a la industria cinematográfica con su multitud de películas de amor o de acción, a todas las formas de idealismo o de fanatismo, a conductas autodestructivas y revolucionarias.

Centro unitario: el jefe de un nuevo clan (un cantante de rock, el líder de una banda, etc.), que permite ya abandonar a la familia.

Adulto egoísta

Este primer paso en la edad adulta no es negativo en sí mismo: en un momento dado hay que pensar ante todo en la propia seguridad, en construir un hogar y un patrimonio que tentará a este adulto a mantenerse en este nivel por una cuestión de seguridad. El primer acto de la vida adulta consiste en procurarse un lugar en la sociedad, incluso a expensas de un competidor.

Quien quede plenamente satisfecho en este nivel de conciencia tendrá como única preocupación el ahorro, el garantizar su propia seguridad (o la de los suyos) sin tener que compartir nada con nadie. La generosidad gratuita no existe en este nivel de conciencia. Se trata, más bien, de sacar provecho sin dar nada a cambio y de comprar barato para revender lo más caro posible. Este nivel de conciencia es la base del comercio y de la economía. Su máxima muy bien podría ser: «Todo para mí, nada para los demás». La colectividad está jerarquizada y se convierte, inevitablemente, en el campo de batalla de una fuerte competencia. Los valores clave son la estabilidad, la protección y la defensa de los intereses.

Centro unitario: el gobernador o el presidente de la sociedad a la cual se pertenece.

Estos cuatro primeros niveles son los más extendidos. Son el producto de la inercia del pasado: para ellos, les resulta suficiente con organizar una sociedad humana jerarquizada en la cual prevalezca la ley del más fuerte.

A partir del momento en el que la Conciencia entra en juego, comenzarán a explorarse los siguientes niveles:

Adulto altruista social

Este nivel de conciencia representa a toda persona adulta dotada de Conciencia social y que se preocupa por el bienestar colectivo. El Otro se convierte en el personaje central de nuestra vida. El adulto altruista y social tiene como finalidad aglutinar a la sociedad humana. Esta unión puede, en un primer momento, ser nacional o corporativista y desembocar en una sociedad más amplia. Los grandes principios de igualdad entre los pueblos, de pacifismo, de libertad de expresión, de abolición de la esclavitud se realizan en este nivel de Conciencia. Un héroe de la Resistencia que muere por sus ideales sin traicionar a sus camaradas, un hombre justo que protege a los perseguidos aun con riesgo de su vida, un trabajador social infatigable, etc., todos ellos son ejemplos de adultos altruistas y sociales. A este nivel, la generosidad deja de ser un lujo para convertirse en una necesidad, porque se llega a comprender que todo lo que uno da a los demás en realidad se lo está dando uno a sí mismo, y que todo aquello que retiene o rehúsa dar se convierte en privación para él.

Centro unitario: el ser ejemplar, el héroe, el genio o el santo que ilustran el principio de acción en el mundo (Gandhi, Nelson Mandela, Teresa de Calcuta, etc.).

Adulto planetario

En el siguiente nivel nos encontramos con un adulto dotado de una Conciencia planetaria: todo lo que vive sobre el planeta, y el propio planeta en sí, forma parte de él y cuida de ello como si de él mismo se tratara, viviendo en la más estrecha comprensión de su medio natural, cualquiera que éste sea. Este nivel de conciencia es del que se sirven los grandes sabios de las religiones primigenias, los chamanes y hombres y mujeres medicina. Es asimismo el propio de la auténtica Conciencia ecológica, que no se alcanza salvo bajo la condición de que esa estrecha unión con todo cuanto vive sobre el planeta, incluyendo incluso a las piedras, sea vivida cotidianamente, más allá de una simple postura teórica o estética. No despilfarrar,

compartir, encontrar soluciones perdurables y respetar a los seres vivos bajo todas sus formas son los imperativos de este nivel de conciencia. En numerosos monasterios zen, por ejemplo, los monjes viven de una manera en la que no desechan nada, afanándose en volver a aprovechar de una manera eficiente hasta los más mínimos residuos. En plan colectivo, todo esto nos remite al comercio justo (no sólo de quien lo organiza, sino también del consumidor) y a la forma de vida ecológica. La palabra maestra de este nivel de conciencia podría ser: Servicio.

Centro unitario: El centro del planeta, punto de anclaje de todo lo que vive sobre la Tierra.

Conciencia solar

Este nivel de conciencia se extiende hasta los límites del sistema solar. La persona, aquí, considera al sistema solar, y no a la Tierra, como su medio natural. Dicha persona supera el tiempo y el espacio terrestre y se propone actuar no solamente para su propia generación sino, de uno y otro lado, sobre las generaciones precedentes y siguientes. Este nivel está en paz con todos los acontecimientos que han marcado a la historia de la humanidad y con todas las energías pasadas, presentes y futuras que contribuyen a la aparición de la vida. Nos lleva a vivir en la frecuentación de los grandes arquetipos y la encarnación de los símbolos, que son entonces considerados (como en Carl G. Jung) como otros tantos aspectos de un mismo Todo, elementos de una sola unidad considerada un principio de vida semejante al sol, que ofrece luz y calor. Cualquiera que sea su espiritualidad o su religión, la persona que tenga este nivel de conciencia vive en estrecha relación con el principio creador, al que llama «Dios» o «fuerza vital».

Centro unitario: el Sol, como símbolo de la Conciencia alrededor del cual gira la Tierra.

Conciencia cósmica

Este nivel consiste en gobernar su existencia siendo absolutamente consciente de que existen, de manera cierta, otras formas de vida, otros planetas habitables y de que, incluso, la vida no es una prerrogativa exclusiva nuestra. Se vuelve capaz de abrazar la multiplicidad inconmensurable del universo y de considerar la existencia de vida más allá de los planetas, hasta en el vacío de la vida interestelar. Se rompe con todos los prejuicios y se puede concebir que la vida se aloje incluso en los agujeros negros. Este nivel de conciencia conoce la disolución de la individualidad en ese Todo del que hablan los grandes místicos.

Centro unitario: el centro del Universo (en todas partes y en ninguna).

Conciencia divina

Cuando la conciencia divina es vivida en la vida cotidiana, el principio de toda acción es el dios interior. Es difícil hablar de este nivel de conciencia porque entramos en lo indecible y en lo impensable. Es el diamante que reúne en sí mismo todas las caras posibles, la unidad absoluta de todo. Las fronteras son abolidas, nos transformamos en seres transpersonales y superamos los propios sentimientos, ideas, deseos y necesidades para crear a «Dios». La unidad impensable e inefable que se experimenta en el fondo de la conciencia está en todo. Este centro está construido no por lo mental, sino a través de un conocimiento totalmente intuitivo, por un sentimiento de unidad, de amor y de compasión por los seres limitados.

Este nivel de conciencia se manifiesta cuando el miedo desaparece y el ser se ve invadido por una alegría de vivir permanente y absoluta. Hasta entonces había vivido sumido en el terror del mundo, pero al descubrir que el mundo y él son una sola y misma cosa, el terror es eliminado por la alegría, por un estado de plena felicidad.

El centro unitario: se instala en el corazón (en sus dos sentidos: real y metafórico). Nacemos a partir del corazón, de ese latido que surge con el ritmo del universo. Es en la Conciencia divina donde todo se encuentra en sintonía con el universo y late como un corazón: todo el universo es un corazón que ama.

Estos últimos niveles no describen específicamente una realidad espiritual o religiosa: una persona que haya alcanzado un nivel muy alto de conciencia puede ser artista, agricultor, empleado..., cualquier cosa. No hay ninguna ley. Sin embargo, y acaso esto pueda sernos útil para comprender la influencia de la religión en nuestro árbol genealógico, la comprensión y puesta en práctica de los dog-

mas religiosos cambia radicalmente según los diferentes niveles de Conciencia.

Veamos aquí de forma resumida cómo los niveles de conciencia se expresan en la religión, el dogma y la mística:

El nivel animal es fruto de la superstición y la violencia en nombre de las creencias religiosas: «Quien no profesa mi fe es una amenaza para mí». La pertenencia religiosa se convierte en una lógica de supervivencia y se puede llegar a agredir a una persona por el simple hecho de pertener a otra religión.

El nivel infantil se encuentra en lo que se denomina «fe del carbonero», una fe ingenua, crédula, en la que se utilizan pequeñas tallas, estampas o ídolos. En este nivel, la oración o los ritos se utilizan para pedir ayuda a la divinidad, concebida como un padre benevolente que nos protege.

El nivel adolescente tiene la expresión de la fe exaltada y es partidista. En este nivel se puede ver aparecer el proselitismo bajo una forma no agresiva pero intensa, además de reivindicaciones de la propia fe como «la única» o «la mejor». Es también el nivel de las celebraciones colectivas que aumentan la intensidad de la fe y de todas las prácticas de automortificación: flagelaciones, reclusiones en la oscuridad, ayunos rigurosos, yogas dolorosos, maratones de meditación, etcétera.

El adulto egoísta es el que inventa la jerarquía religiosa, politiza la religión y la hace un fundamento del orden social. En su nombre, se dará pie a la aparición de la Inquisición, la colonización religiosa, las cruzadas o a la fundación de sociedades secretas como el Opus Dei. Estas sociedades no dudarán lo más mínimo a la hora de conseguir beneficios económicos en nombre de la religión o de adoptar actitudes partidistas. La construcción de templos, mezquitas, iglesias y beatificación de santos obedecen más a una lógica política y monetaria que a actos de fe pura.

El adulto altruista social funda misiones, obras sociales, orfanatos, hospitales, etc. La gurú india Amma y su obra benéfica, los sacerdotes obreros, los teólogos de la Liberación o Teresa de Calcuta son buenos representantes de este nivel. Es la acción social en nombre de la religión, que además muestra un gran espíritu de ecumenismo y tolerancia. La vida monástica, cuando se abre al exterior por medio de estas obras, se corresponde con este nivel.

Hasta llegar al adulto social, el milagro es considerado una manifestación extraordinaria que aparece fuera de lo que se piensa que

son las leyes del universo. Pero a partir de un nivel de Conciencia planetario, uno comienza a percibir que el milagro está por todas partes, empieza a verlo y a poder actuar con intención de producir milagros. A veces, con esta intención milagrosa, las uniones colectivas pueden producir resultados inexplicables: como por ejemplo, después de las plegarias de todo un pueblo, atraer la lluvia necesaria en un periodo de sequía.

El adulto planetario ya no siente que haya *una* religión opuesta a las otras. Es perfectamente consciente de la unidad de los planteamientos y de la fe a través de la diversidad de las formas. Se asiste por fin a la fusión de las religiones con los enfoques no religiosos y a la comprensión de la ciencia. Éste es el nivel donde lo científico y lo religioso pueden dialogar en paz porque ya no están sujetos a las palabras o a las ideologías, sino solamente al misterio de lo viviente. En el plano individual, el adulto planetario adopta la actitud de un bodhisattva, un santo o un chamán iluminados, y bendice todo lo que ve.

El adulto con conciencia solar entra ya en los grados del misticismo y del éxtasis: el Templo es el cuerpo y el Cuerpo es el templo. Se encuentra a Dios en el interior de uno mismo, se conoce el amor impersonal y la compasión universal. Todo ser humano es sacerdote, todo lugar es un altar, todo acto es sagrado, todo obstáculo o todo acontecimiento es una enseñanza en el camino.

El adulto con conciencia cósmica no sólo percibe los milagros sino que comienza a realizarlos: a algunos, después de la muerte, el cuerpo no se les corrompe, y otros exhalan perfumes (el del Padre Pío tenía el olor de la flor del tabaco, el de Santa Teresa de Ávila durante mucho tiempo exhaló olor a violeta, etc.).

El adulto con conciencia divina es, por propia esencia, el núcleo de toda religión.

Cuadro resumen de los niveles de Conciencia

Animal. Sobrevivir: «Comer y no ser comido».

Infantil. Consumidor por excelencia: «Recibirlo todo para poder vivir soñando y jugando».

Adolescente. Ser amado y admirado; desafiar a la muerte, concebida como algo lejano; e integrarse en el grupo: «Amor eterno/Vivir deprisa, morir joven».

Adulto egoísta. Preservar la seguridad y la propiedad privada; defender los propios intereses: «Todo para mí».

Adulto altruista social. Compartir: «Nada para mí que no sea también para los demás».

Adulto planetario. Conciencia ecológica, servicio y durabilidad: «Todo está vivo, todo forma parte de mí y yo formo parte de todo».

Conciencia solar. Actúa sobre las generaciones pasadas y futuras y comprende el principio de la vida: «Yo soy todo el tiempo y todo el espacio».

Conciencia cósmica. Nosotros no somos la única forma de vida: «Mi dolor no se convierte en sufrimiento: yo me disuelvo en el Todo».

Conciencia divina. «Yo soy el Amor.»

Ejercicio 7. Mis cinco árboles genealógicos y la tarea del objetivo

–Coge cinco folios DIN A4 y traza cinco veces el esquema de base del árbol. Luego, crea:

1. Un árbol para niveles de Conciencia.
2. Un árbol intelectual.
3. Un árbol afectivo (vínculos entre personas, mayores heridas y alegrías, emociones dominantes de cada uno...).
4. Un árbol sexual-creativo (roles creativos, sexualidad, dinámica frustración/placer del árbol...).
5. Un árbol material (dinero, viviendas, enfermedades, deportes, hábitos alimentarios...).

Para cada uno de estos cinco árboles, apunta la misma frase en la casilla superior (la de tu objetivo). Después, reflexiona y añade una frase suplementaria que precise dicho objetivo en los planos material (árbol 5), creativo y/o sexual (árbol 4), afectivo (árbol 3) e intelectual o ideológico, moral... (árbol 2). Es decir, observa cómo se debilita tu objetivo en cada energía.

Para el árbol 1 (nivel de conciencia), haz el esfuerzo de preguntarte: «Si yo me sitúo en el nivel de conciencia más alto que soy capaz de alcanzar a partir de adulto social, ¿qué objetivo colectivo puedo proponerme que consiga completar mi objetivo personal?».

Ejemplo:

Para una persona cuyo objetivo es «Realizarme»...

...*el árbol material (5) precisa:* «Vivir en el campo, en una gran mansión con jardín. Ganar tres veces mi salario actual».

...*el árbol sexual-creativo (4) precisa:* «Ejercer mi creatividad o mi sentido de la belleza, en mi trabajo. Me dedicaré a pintar».

...*el árbol afectivo (3) precisa:* «Mejorar mis relaciones con mi pareja y mis hijos. Ser más paciente y accesible».

...*el árbol intelectual (2) precisa:* «Tener más confianza en mis ideas. Recuperar mi curiosidad».

...*el árbol de la Conciencia (1) precisa:* «Promover la paz en el mundo por todos los medios a mi alcance».

Una vez precisado el objetivo centro a centro, inscribe en el árbol todos los personajes principales (ascendientes en línea directa y hermanos/-as que tuvieron cierta influencia sobre ti) y, a continuación, determina qué elementos dominantes se dan en cada uno de ellos para cada centro. A título indicativo, y aunque la lista de preguntas no pretende ser exhaustiva, pueden verse ahora algunas cuestiones que servirán para iniciar el estudio de todos los miembros de mi árbol:

Árbol 1 (conciencia)

–¿Cuál era el nivel de conciencia de esta persona? (ese nivel que determinaba la mayor parte de sus acciones).

–Ese nivel de conciencia, ¿cómo influyó en su vida y en la de sus descendientes?

–Según mi parecer, ¿cuál fue el objetivo de vida de esta persona?

–¿En qué nivel de conciencia vivo yo la mayor parte del tiempo?

–¿Cuál es el nivel de conciencia más elevado que he alcanzado en mi vida, y bajo qué circunstancias?

Árbol 2 (intelectual)

–¿Cuál era la religión y cuáles las opiniones políticas de esta persona?

–¿Cuál podría haber sido su máxima favorita?

–¿Qué ideas o ideologías me ha legado a mí o a alguno de mis padres?

–¿Cuál era su nivel de educación?

–¿Cuál era su lengua materna? ¿Cuántos idiomas hablaba?

–¿Cómo se comunicaba esta persona (con/sin violencia, de forma prolija/en silencio, con claridad/confusamente)?

–¿Era inteligente o instruido, estúpido o carente de educación?

Árbol 3 (afectivo)

–¿Cuáles eran las emociones dominantes de esta persona?

–¿Con quién estaba más ligado/a?

–¿Cuáles fueron las heridas más profundas en el curso de su vida?

–¿Cuáles fueron sus grandes alegrías?

–¿Cuál era su madurez afectiva: se comportaba como un adulto, como un adolescente o como un niño?

–¿Qué concepción tenía esta persona del amor, de los lazos afectivos?

–¿Resultó ser una persona «gentil y agradable» o «malvada»?

–¿Cómo expresa sus emociones y sentimientos?

–Afectivamente, ¿con quién se comunicaba?

Árbol 4 (sexual-creativo)

–La creatividad de los miembros de mi árbol, ¿está bien manifestada? Si la respuesta es afirmativa, ¿cómo lo fue? Si es negativa, ¿cómo podría haber sido?

–¿Cómo y cuáles son las relaciones sexuales en mi árbol?

–¿Cuáles son las vergüenzas, los tabúes, las prohibiciones?

–¿Cuáles son las mayores frustraciones en mi árbol?

–¿De qué forma conocieron el placer los miembros de mi árbol?

–¿Cuáles fueron sus éxitos y sus fracasos, cómo los vivieron?

–¿Cuál es la concepción sobre el arte y la belleza en mi árbol?

–¿Quién tenía talento y por qué?

–¿A quiénes se consideraba «bellos» y a quiénes «feos»?

–¿En qué condiciones y a qué edad fueron concebidos los hijos?

–¿En qué condiciones las mujeres dieron a luz o abortaron, si fuera el caso?

–¿En qué marco social, moral o cultural se produjo la pubertad y el inicio en la sexualidad de los miembros de mi árbol?

Árbol 5 (material)

–Realiza una lista de las enfermedades, accidentes y deformidades corporales que aparecen en tu árbol.

–¿Cuáles son los parecidos físicos, y cómo se han vivido? (un niño puede ser el preferido de uno de sus padres por el parecido con otro miembro de la familia, la ausencia de parecido podría poner en entredicho una paternidad, etc.).

–¿Cuál era la concepción sobre el dinero en mi árbol?

–¿Quién era fuerte y quién débil, grueso o delgado, rico o pobre?

–¿Qué lugar ocupan el deporte, el cuerpo, la actividad física?

–¿Cuáles han sido los lugares en los que han vivido? ¿Los climas? ¿Los viajes? ¿Los exilios?

–¿Cuál es la forma de comer en mi árbol? ¿Cuáles son los hábitos alimentarios?

–¿Qué miembros de mi árbol, con edad similar a la mía, murieron y por qué?

Si el resultado de estos árboles sigue pareciéndote incompleto, no te preocupes porque te servirá de referencia a lo largo del trabajo. El objetivo es permitirte abstraer y diferenciar, de entre tanta información sobre tu familia, asuntos que van a ser luego muy importantes y que te permitirán tomar una cierta distancia y plantearte las cuestiones de otra forma.

Esta subdivisión en cinco dominios distintos te permitirá clarificar la herencia de tu árbol y te servirá para comenzar a poner al descubierto las repeticiones que se producen en tu árbol.

Nivel de Conciencia y secretos de familia

Son numerosos los consultantes que abordan su árbol genealógico con la intención de hacer salir de él algún secreto de familia. Pero todavía nos falta comprender de qué estamos hablando cuando evocamos este tipo de secreto.

En el árbol genealógico pueden aparecer ciertas informaciones de carácter crucial que pueden, incluso, modificar el sentido mismo de la filiación. Como ejemplos: «Mi padre tuvo hijos ilegítimos», «Mi madre abandonó a un bebé antes de casarse», «Yo no soy hijo biológico de mis padres», «Mi abuela era judía y ocultó sus orígenes durante la ocupación y ha seguido así hasta hoy», «El apellido que llevamos procede de un bisabuelo que había sido abandonado en un orfanato», etcétera.

A menudo, los siguientes ejemplos son unos hechos que suscitan la vergüenza social o familiar, un tabú mayor, como pudieran serlo la muerte o el incesto: «Tal persona estuvo en la cárcel», «Mi tía estaba loca», «Un tío mío que era cura tuvo cuatro hijos», «Mi abuela era alcohólica y tuvo varios amantes», «Mi padre mató a un hombre», «Mi abuela fue testigo de un asesinato», «Mi bisabuelo violó a su hija y tuvieron un hijo», etcétera.

Pero un secreto de familia es, asimismo, una información disponible de la que nadie habla: «Mi madre era viuda cuando mi padre la conoció y yo no sé nada de su primer marido», «Mis padres adoptaron un cuarto hijo en Asia. Nosotros nunca hemos estado en su país de origen y él ni siquiera habla la lengua de allí. No sé por qué mis padres quisieron adoptarlo», «Mi abuelo soñaba con ser cura. No le dejaron y pasó toda su vida lamentando su vocación», «Mi padre estuvo enamorado de un hombre al que nunca dejó de amar. Se casó con mi madre para escapar de su homosexualidad, algo que ella le reprochaba siempre que tenían alguna pelea fuerte, llamándole *sucio maricón*», etcétera.

Es en *el tratamiento de esta información* y en *las consecuencias concretas, afectivas y físicas del secreto en las generaciones siguientes* en lo que deberemos centrarnos. A este respecto, todo lo que no se haya dicho sobre el árbol genealógico viene a constituir una especie de «secreto de familia», y nadie tiene la necesidad de remontarse hasta una bisabuela que fue madre soltera y violada por un noble para poder desentrañar sus sufrimientos... No cabe esperar del estudio del árbol la revelación de todos los secretos de familia, pero sí acordarnos de que es nuestro objetivo individual el que tira de todo el trabajo sobre el árbol. La cuestión fundamental es «¿Por qué no puedo vivir lo que realmente quiero, tener las experiencias que deseo, sentirme en paz con mi corazón, pensar libremente, realizarme?». Si hay algún secreto, éste estará vinculado a una problemática profunda, íntima y auténtica del consultante. Todo lo demás es mera anécdota.

Pero a fuerza de investigar, pueden emerger numerosos secretos, relacionados con algunos problemas y con la toma de conciencia. Sin embargo, hay ciertos secretos de familia que no se revelan hasta que llega su momento en la vida de la persona, ya sea por medio de sueños, encuentros o clarividencias espontáneas.

Cuando se sospecha de la existencia de un secreto de familia, y éste se resiste a nuestras investigaciones, la mejor actitud que se puede adoptar es la siguiente: estudiar el árbol tal cual, con todos sus matices afectivos, ideológicos, libidinales y materiales; abrir los ojos a las circunstancias sociales que rodean al árbol porque ellas, con mucha frecuencia, son determinantes en la creación de un secreto. Según sea lo que la sociedad repruebe o prohíba, y también según las trampas que pueda tender, los secretos serán más verosímiles. (Por ejemplo, cuando los niños son educados en una institución religiosa será necesario preguntarse cuáles eran sus condiciones de vida en aquel internado. Si la familia era muy pobre y los niños comenzaron a trabajar muy jóvenes, probablemente hayan sido sometidos a diversos abusos, etc.)

Muchos secretos no consisten en otra cosa que en el dolor de no poder expresar una verdad íntima. Por ejemplo, un amor reprobado por la sociedad de la época, una actividad o una orientación sexual en conflicto con la moral familiar, un abuso sufrido en un contexto en el que los abusos eran tan corrientes que podría considerarse como algo natural, etc. En estos casos, la persona guarda el secreto por obligación, y no busca otra cosa que encontrar una persona comprensiva a la cual poder abrirse. Dialogando serenamente con los miembros de la familia, a veces se tiene la sorpresa de escuchar cómo se revelan, por primera vez, estos secretos.

Desde la perspectiva metagenealógica, todo el trabajo que se lleve a cabo sobre los secretos de familia deberá estar orientado hacia la siguiente perspectiva: el árbol en su totalidad, al igual que el propio individuo, tiende a la Conciencia. Cuando en el árbol se suceden varias generaciones dotadas de un nivel de Conciencia muy bajo, el propio árbol tiende a autoeliminarse:

–no se reproduce más (los padres han tenido conductas patológicas y tóxicas, y sus hijos, una vez adultos, rehúsan procrear y se convierten en personas que tanto física como psicológicamente son incapaces de hacerlo).

–todos sus miembros abrazan la religión (bien sea para encontrar en ella una familia de sustitución o bien para recuperar el contacto con su espiritualidad).

–el árbol mismo se autodestruye (un árbol alcohólico, toxicómano...). Se puede decir que, cuando una sociedad cuenta con demasiadas familias enfermas, comienza a convertirse en una sociedad autodestructiva porque los árboles comienzan a destruirse entre sí. Estudios muy serios han demostrado la influencia de la educación alemana del siglo XIX, fundamentada en el castigo corporal y más parecida a un adiestramiento que a otra cosa, en la emergencia del nazismo. Pero este mismo esquema vale, también, para las guerras civiles: las llamadas «guerras fratricidas».

–el árbol mismo se exilia, cambiando de idioma, cultura y nacionalidad: las condiciones económicas desfavorables conducen a los miembros del árbol a la emigración con el fin de probar suerte en un país más rico. De tal manera, la familia continúa en un nuevo territorio y rompe con sus tradiciones.

Para contrarrestar esta tendencia a la autodestrucción, el árbol genealógico va a engendrar en su seno uno o varios descendientes conscientes para que le salven de sí mismo. Paradójicamente, estos «mutantes» del árbol genealógico son frecuentemente considerados como raros u ovejas negras por su familia. En tal caso, y si heredar del árbol consiste en perpetuar un nivel bajo de Conciencia, el descendiente en busca de sentido se verá en una primera instancia rechazado por su familia.

La Conciencia progresa cuando se encuentra con obstáculos. Inversamente, para que una determinada enfermedad no invada el organismo donde se ha manifestado será necesario el uso de anticuerpos. Así, existen ciertos aspectos del pasado que frenan el avance de la Conciencia y, recíprocamente, la Conciencia lucha contra la inercia del pasado. Esto produce en el árbol un equilibrio de

personalidades. Los descendientes, aparentemente «salidos de ninguna parte», vienen a corregir la tendencia masiva del árbol genealógico hacia una u otra forma de inercia. Así, un científico puede ser el salvador en un árbol de artistas o un financiero puede regenerar un árbol de bohemios irresponsables, o viceversa.

Cuando se observa un buen número de árboles genealógicos, se puede apreciar que éstos funcionan según un sistema de equilibrio que permite que emerjan en él personalidades contradictorias, incluso con varias generaciones de distancia, como si el destino de unos viniera a compensar el de otros. Se puede dar la circunstancia de encontrar un santo en una rama del árbol y un asesino en otra. E incluso un árbol aquejado de insatisfacción sexual puede llegar a producir en una generación siguiente alguna persona con una sexualidad sumamente enérgica, etcétera.

Para esa persona que es vista como la «oveja negra» de su árbol, puede resultarle muy tranquilizador el tomar conciencia de que ella encarna un potencial que falta en toda la genealogía y que el árbol necesita para equilibrarse.

Por otra parte, y volviendo a los secretos de familia, también nos podremos dar cuenta fácilmente de que, al cabo de cuatro generaciones, todo lo que ha estado oculto acaba por manifestarse en un momento dado, ya sea por medio de una repetición o por medio de una revelación de otros procesos. A esta circunstancia la podríamos denominar *confesión genealógica.* Al igual que el Inconsciente individual tiende a manifestarse en la conciencia (por medio de sueños, actos fallidos, repeticiones, encuentros o coincidencias), de la misma manera el Inconsciente familiar se va a expresar a través de los temas a los que es más sensible, ya sea a través del arte o la investigación individual (terapia o búsqueda espiritual, motivada o no por el sufrimiento) o incluso de actos compulsivos (orgías, fiestas, drogas o tantos otros estados secundarios que pueden producir, como en un soñar despierto o en un psicodrama, la repetición de un secreto del árbol).

Los principales secretos que pueden encontrarse en la historia familiar son:

–incestos.

–homosexualidad disimulada con un matrimonio clásico.

–crímenes y robos.

–abusos sexuales, pedofilia y violaciones.

–desviaciones sexuales (infidelidades, prostitución...).
–enfermedades consideradas vergonzosas.
–abortos, infanticidios.
–falsas paternidades.
–ruinas financieras.
–encarcelamientos.
–locura e internamientos en hospitales psiquiátricos.

Los secretos «menores» del árbol son esencialmente secretos afectivos, que pueden ejercer también una influencia considerable sobre el linaje. Entre ellos:
–los amores ocultos, incluso si no hubieran llegado a consumarse.
–la nacionalidad o la confesión religiosa real de un ascendiente.
–algún defecto físico oculto.
–alguna operación quirúrgica oculta (ya fuera estética o de cualquier otra naturaleza).
–algún fracaso profesional, escolar o artístico.
–alguna culpabilidad secreta o imaginaria (haber hecho mal a alguien o haberle maltratado justo antes de su muerte).
–los secretos sexuales secundarios: impotencia, frigidez, eyaculación precoz, violaciones conyugales, hastío... y también una sexualidad activa bajo una apariencia de santidad.

En general, siempre hay algo que se repite en la generación siguiente; o si el rechazo ha sido bien guardado durante una generación, será a la tercera. Entonces, los nietos revivirán los secretos de sus abuelos. El árbol actúa como si fuera un individuo que, incapaz de ocultar verdaderamente su secreto, lo confesara de diversas maneras. Esa revelación pasa por las personas que han tenido conocimiento del secreto y que lo dejan filtrar, o que compensan así alguna cosa en su vida, en sus hechos, en sus creencias, en su manera de amar y de relacionarse, etcétera.

Cualquier secreto afecta a la psique de las personas que lo conocen. Para disimular una vergüenza social, se procede generalmente por compensación (igual que los alcohólicos que hacen gala de un aspecto impecable o las personas que cargan con un abuso sexual y son de una limpieza escrupulosa).

Ejemplo 1
Una mujer que fue violada, sin saberlo conscientemente siempre se ponía vestidos inmaculados y bien almidonados, pero sin embargo no se cambiaba la ropa interior nada más que una vez al mes.

Un secreto de familia puede ocultar otro: la revelación de un hecho aparentemente chocante puede servir de pantalla para un secreto todavía más importante.

Ejemplo 2
Una madre, viuda y aparentemente ejemplar, educa a su hija con la intención de que no haya hombres en su vida jamás. La madre supervisa de cerca las relaciones de la pequeña, la cual crece hasta la edad de 14 años con la idea de que su madre es una auténtica santa. Un día, al salir del colegio y llegar a su casa antes de lo previsto, la niña encuentra a su madre en pleno acto sexual, a cuatro patas y en la propia cocina, con un «amigo de la familia» pequeño, feo y gordo, siendo la madre una señora alta y distinguida. El impacto psicológico es tan fuerte que aquella joven desarrolla una descompensación psicótica (delirios de persecución). Durante los diez años siguientes, la joven lucha contra una tenaz frigidez que finalmente cede ante la acción de varios enfoques terapéuticos combinados. Pero el verdadero secreto, que ella descubrirá gracias a una «indiscreción» muy saludable de un miembro de la familia, radica en que ella no es hija de su padre, desaparecido cuando ella tenía 7 años. La desenfrenada sexualidad de su madre, una mujer tan moderada en apariencia, se había iniciado mucho antes.

Las vergüenzas sin motivo, los crímenes imaginarios, los romances no consumados tienen tanto efecto sobre la generación siguiente como si se tratara de actos reales.

Ejemplo 3
Una niña pequeña se niega a dar un beso a su padre cuando éste va a salir de viaje. El avión se estrella y el padre muere. El sentimiento de omnipotencia, propio de los niños, la hizo creer firmemente que ella era la responsable de la muerte de su padre. Esta niña conservó, hasta llegar a la edad adulta, la silente certeza de haber matado a su padre. Hasta sus propios hijos se sentían amenazados por aquella madre que se creía una criminal. Con el tiempo, uno de ellos se convertiría en comisario de policía, mientras que el otro se inclinó por ser abogado penalista. Todo lo cual viene a significar que ambos vivían cotidianamente enfrentados a la muerte y a los asesinos.

La existencia del secreto de familia está motivada por la incapacidad de una persona a la hora de sobrepasar el nivel de conciencia de la sociedad y de la familia en la que vive. Su destino individual está reñido con los valores en los cuales ha evolucionado, por lo que se ve sumido en un conflicto con su árbol genealógico, su sociedad y su cultura. En una situación paralela, la única solución verdaderamente sana está en un progreso del nivel de conciencia. Si la persona asume su acto o lo que le haya podido suceder, encontrará una manera de comunicarse con su familia, de hacer circular la verdad entre adultos cueste lo que le cueste, por lo que el precio a pagar por sus descendientes será siempre mucho menor.

Ejemplo 4

Si en la familia ha tenido lugar un incesto, consentido o no, más vale abrirse honestamente a la comunidad familiar. A partir de ahí, todos y cada uno de sus miembros serán libres de pensar y de reaccionar en función de sus creencias y de su madurez personal. Pero también es muy posible que una persona que haya sido víctima de algo grave (de un abuso, de una situación frustrante, de una injusticia) no reciba el apoyo de su familia una vez haya compartido el secreto. Como ocurrió en el caso de una mujer que estaba casada desde hacía veinte años con un hombre absolutamente impotente y que había concebido un hijo con el esperma de un donante anónimo. Un hijo que, evidentemente, había sido reconocido por su marido. Cansada de vivir en una total y absoluta insatisfacción sexual, decidió informar a su familia de toda la verdad sobre su situación real. La familia, sin embargo, la condenó unánimemente poniéndose a favor del marido «perfecto». Dicho en otros términos, en la cultura familiar, la satisfacción sexual de una mujer era algo minúsculo y, por lo tanto, desdeñable. Sin embargo, ese mismo acto de rechazo permitió a la consultante divorciarse pacíficamente de su marido y elegir, con 40 años ya cumplidos, un camino de vida que era el suyo propio.

En este sentido, nuestra convicción es la siguiente: cualquiera que sea la situación, cualquiera que sea la gravedad aparente de un secreto, la verdad es siempre preferible al silencio. Y ello no en virtud de un determinado planteamiento moral, sino porque el inconsciente familiar está siempre informado del secreto en cuestión: en consecuencia, todos y cada uno de los miembros de la familia lo porta como si fuera su propio destino, e incluso sin saberlo.

Desde el punto de vista de la Conciencia, la vergüenza no es más que un artefacto social, es decir, el fracaso entre la experiencia personal y el juicio del otro. Si se le propusiera a un artista «Dibuja/escribe/interpreta lo que te da vergüenza», éste produciría una serie de dibujos eróticos de una calidad extraordinaria, un libro de una veracidad conmovedora o un espectáculo hilarante. Los creadores saben que la vergüenza es como una esclusa que conduce hasta las mismas puertas del inconsciente profundo.

Todo lo que se entiende por vergüenza se corresponde en nosotros con un tesoro oculto, que se rechaza por el deseo estar «bien visto», algo muy similar a ese afán infantil de ser querido. Una persona que siente vergüenza por sus actos o por sus deseos sexuales lo que tiene realmente es necesidad de asumir la pujanza de esa corriente de libido que le atraviesa y de darle una forma que sea justa para ella. Asimismo, una persona que siente vergüenza por su exclusión social, lo que tiene es necesidad de encontrar el lugar que le corresponde.

Y una persona que siente vergüenza por haber sido víctima de algo (abuso, injusticia...), lo que realmente tiene es necesidad de ser comprendida en su dolor y humillación y verse rehabilitada en su capacidad de ser amada por lo que ella es en sí.

El secreto de familia, motivado por la vergüenza, se corresponde con la distancia existente entre la verdad profunda de los seres y la presión social a la que han tenido que hacer frente.

4
La pareja:
el origen del linaje

La magia del encuentro

En el fondo, todo estudio del árbol genealógico se basa en el encuentro emocional (en el sentido ideal) y pasional (en el sentido sexual) de mujeres y hombres, casi siempre inesperado, algunas veces milagroso. Generación tras generación las parejas, impulsadas por un deseo inconsciente de realizar un amor que desean perfecto, se debaten contra la trampa de sus árboles genealógicos, tratando de lograrlo. Las circunstancias de estos encuentros son infinitas, y casi siempre tan extraordinarias que nos hacen dudar de ser individuos dotados de una razón sólida. «Porque, en el lujoso restaurante, para combatir su resfriado, ella se quitó los zapatos y se embadurnó la planta de los pies con la mostaza» (André Breton cuando es embrujado por Leonora Carrington). «Porque la vi llegar a mi clase de pantomima con unas gafas cuadradas» (Marcel Marceau cuando se fascina por Huguette Mallet, su futura esposa). «Porque en su exposición de pinturas vi una palabra grabada en un cuadro pequeño pegado en el techo y, para leerla, tuve que trepar por una escalera blanca: la palabra escrita era "Yes"» (John Lennon cuando se da cuenta de que Yoko Ono es la mujer de su vida). «Porque durante la representación de mi obra *El juego que todos jugamos* una mujer se reía lanzando tan atronadoras carcajadas que me vi obligado a conocerla» (yo cuando descubrí a Valerie, la madre de tres de mis hijos).

Después de mucho resistir, los amigos nos obligan a ir a una fiesta... Una bella desconocida nos embiste con su automóvil... Nos seduce la voz de un hombre que habla en la oficina de al lado... Encuentros que parecían imposibles, accidentes, coincidencias, detalles que nos fascinan. Francisco se enamora de Francisca, Luisa de

Luis, Claudio de Claudia. Podríamos pensar que los nombres están cargados de una fuerza magnética, que no son un hombre y una mujer los que se enamoran, sino nombres que buscan su reflejo... La mujer ideal puede caer del cielo: la famosa cantante de tangos Libertad Lamarque, en un momento de soledad depresiva, se lanzó por la ventana desde un cuarto piso y cayó sobre un hombre que, por primera vez, caminaba por esa calle. A ella no le pasó nada, pero a él le rompió varias costillas. Sintiéndose culpable lo acompañó al hospital y luego lo visitó hasta que pudo restablecerse. Se enamoraron y se casaron...

El doctor Arthur Janov, creador de la terapia del grito primal, en su libro *Sexualidad y subconsciente* (2006) afirma: «El universo es indiferente. Nuestra existencia, nuestro modo de vida, nuestro sufrimiento, nuestra personalidad no le interesa... El universo "se interesa" en una sola cosa: la perpetuación de la vida. En el plano cósmico, sólo el sexo es importante... Estamos aquí para hacer el amor, para ser "fecundos y prolíficos". Cada uno de nosotros es una máquina genética cuya finalidad fundamental es la de reproducirse... La sexualidad es vital y todo el resto es secundario».

Pensando que «verdad es lo que es útil» preferimos afirmar que si el universo es indiferente respecto al individuo egoísta, tiene proyectos para la raza humana. La finalidad de la humanidad no es sólo reproducirse sino ir mutando para crear Conciencia.

Cuando el doctor Janov afirma: «Adornamos nuestra sexualidad con grandes principios, como la moralidad y el amor, pero en definitiva sólo se trata de procrear. Sin duda, todo resulta mejor si la pareja está enamorada, pero lo que cuenta es que se acoplen y tengan hijos...». Habría que agregar una palabra: «tengan hijos *conscientes*».

En el encuentro de una futura pareja, el incidente más insignificante en apariencia tiene causas semejantes a raíces que atraviesan varias generaciones. Los seres humanos no se unen como animales, motivados por el celo: en su unión hay el deseo inconsciente de lograr una descendencia consciente capaz de alcanzar un día el amor impersonal y la compasión universal. De una generación a otra, con

torpeza a veces, con sufrimiento otras, se avanza hacia un desarrollo de la Conciencia. En muchas ocasiones triunfa la trampa genealógica y la evolución parece estancarse. Sin embargo, lentamente, el proceso evolutivo, a través de sucesivas generaciones, realiza los intentos del futuro.

Anne-Marie, una mujer de apariencia normal nos cuenta cómo conoció a su marido: «Durante el transcurso de una fiesta, con una torpeza increíble, tropezó y volcó su vaso de zumo de naranja sobre mi vestido blanco».

Pero ¿cómo es posible que un vaso de zumo de naranja pueda unir a dos seres? Y ese vínculo creado por aquel incidente ¿es tan absurdo como parece?

La señorita con su vestido blanco manchado de zumo de naranja, Anne-Marie, es hija de Christian, profesor de literatura y director de escuela en Marsella, cuyo padre había muerto durante la Primera Guerra Mundial. Desde su infancia, él vivió con su madre, Marie-Anne. Un padre ausente (metáfora de Dios) había engendrado con Marie-Anne (metáfora de la Santa Virgen) el hijo perfecto: Christian (metáfora de Jesucristo). Así, el profesor de literatura, guiado por una gran fuerza moral religiosa, contraerá matrimonio, a la edad de 33 años, con Marie-Madeleine (a este respecto, cualquier comentario resulta superfluo), quien, a su vez, es también profesora de literatura y muy beata. Esta pareja de padres, huyendo del pecado sexual, se refugian en sus cabezas como si éstas flotaran un metro por encima de sus cuerpos, reprimiendo todas las pulsiones naturales de su hija. Ella, envarada dentro de su vestido blanco almidonado, solitaria en medio de la fiesta, se siente prisionera dentro de un cuerpo frío y seco. El zumo de naranja derramado, fruto del calor, del fuerte sol, le revela la ardiente humedad enclaustrada en su vagina. Toma conciencia de que, a partir de la pubertad, ella siempre ha deseado ardientemente tener una relación con un extranjero proveniente de un país bañado por los rayos del sol...

Pero Octave es también francés. ¿Entonces? Músico fracasado, mal estudiante, pusilánime e infantil, es a su vez hijo de otro Octave, policía, también apocado e inmaduro que, en cambio, es hijo de otro Octave de carácter, esta vez intrépido y aventurero, fuerte y capaz de partir de su país para instalarse en Marruecos y, allí, amasar una fortuna vendiendo naranjas. Tras haber disfrutado de una vida fastuosa, muere asesinado sin que se pueda saber jamás ni a manos de quién ni por qué. El segundo Octave se escapó a Francia, dilapidó la fortuna y se hizo policía (acaso con el deseo inconsciente de continuar buscando al asesino). El tercer Octave –nuestro enamorado– creció sintiéndose tan poco hombre como su padre, elevando al rango de mito la virilidad de su abuelo. Es preciso añadir que la madre de nuestro joven había muerto de un cáncer de pulmón cuando él apenas contaba 5 años. Y para conseguir a aquella virgen vestida de blanco (metáfora de la madre convertida en ángel), se sirve del zumo de naranja (la fuerza mítica de su abuelo). Ella, por su parte, obtiene el calor de este extranjero que tanto deseaba por intermediación de un compatriota, para lo cual él le resulta muy útil.

Ésa es, en efecto, la condición por la que los abuelos, llenos de prejuicios, aceptan como su prometido a alguien que, por añadidura, puede enseñar literatura. Él, por su parte, acepta ejercer dicha enseñanza, la cual le eleva ante sus propios ojos por encima de su condición de «hijo de policía».

Alfred Richard Orage (1873-1934), discípulo inglés del ocultista Georges I. Gurdjieff, desarrolló en su obra *Del amor y otros ensayos* la idea de que somos varias personas en una sola (tres, según su maestro): «Los tres sistemas principales –cerebral, nervioso e instintivo– existen uno junto al otro, a veces aparentando cooperar, pero casi siempre sin lograrlo y, por lo general, con propósitos opuestos». El resultado de esta división interior es que tres personas totalmente diferentes se disputan en nosotros el gobierno de nuestras acciones y rehusando cooperar se obstaculizan las unas a las otras. «Rara vez

sucede que los tres pendencieros se enamoren al mismo tiempo o con el mismo objeto. Uno está enamorado, los otros no; o bien resisten o, cuando el amante se descuida, hacen infiel a su organismo. En tales circunstancias, ¿qué es un amante?»

Para responder a la pregunta de Orage hay que distinguir entre siete grados de amor: amor físico, amor sexual, amor emocional, amor intelectual, amor consciente, amor cósmico y amor mágico. Se pueden experimentar los cuatro primeros. El quinto y el sexto son raros y dependen tanto del esfuerzo como de la perseverancia. Y el amor mágico no depende de la voluntad, sólo se le conoce cuando se han realizado los seis amores precedentes.

El *amor físico* es básicamente el encuentro de dos cuerpos motivados sólo por la necesidad de compañía, un lazo físico que no incluye las otras dimensiones del ser humano. La pareja duerme, come, trabaja, fornica sin pasión, no es capaz de intercambiar ideas. Vive cada uno encerrado en la cárcel de su individualidad egoísta, concediendo sólo la presencia corporal. Es una forma de amor semejante al de los animales domésticos. Cualquier intento de uno de ellos de desarrollar sus capacidades, provoca en el otro angustia, rabia, enfermedad o reacciones encarnizadas para impedirle avanzar por un nuevo camino.

El *amor sexual* está basado en las atracciones e impulsos del instinto de reproducción. Los hombres buscan el poder (la satisfacción de poder), las mujeres buscan la satisfacción (el poder de satisfacerse). Atraídos por el señuelo del placer, la procreación es función particular del amor sexual: el universo desea la multiplicación de la especie. Después de cohabitar, satisfechos, se rechazan hasta que otra vez surge la necesidad sexual. Cualquier desarrollo espiritual de uno de ellos apaga esa pasión.

El *amor emocional* es a menudo la reproducción de la situación emocional que se tuvo en la infancia. Un padre ausente provoca la unión con un hombre que vive en otra ciudad. Una madre fría provoca la unión con una mujer incapaz de amar. Los que en la niñez fueron humillados, golpeados, víctimas de abusos, desilusionados,

más tarde buscan un tipo de relación que reproduzca tales sufrimientos. Esta afinidad descontrolada tarde o temprano naufraga en los celos y la posesión. La persona amada se vuelve objeto de indiferencia o de odio.

El *amor intelectual* descuida el cuerpo, las emociones y la sexualidad en pro de la comunión mental. El hombre ama a una mujer ideal, imposible, lejana. La mujer necesita que el hombre le entregue todo, hasta la vida, para poder amarlo. Un antiguo cuento árabe narra cómo un poeta se enamora de una princesa viendo su retrato. Le dedica versos sublimes que ella, al conocerlos, toma como una ofensa: un miserable poeta no puede albergar tales sentimientos por una persona de su rango. Él sin embargo decide atravesar el océano en una pequeña barca, para encontrar a su bienamada. Durante la travesía, azotado por tormentas, pierde la esperanza de llegar. Se enferma de amor. Los vientos lo depositan, agonizante, en la playa, incapaz de ir más lejos. La princesa, enterándose de la llegada de quien ella desdeña, decide ir a su encuentro para castigarlo por su arrogancia. Cuando lo ve a punto de morir, se enamora de él. Estos hechos podría decirse que pertenecen sólo al mundo de los cuentos, pero en cambio se pueden producir en la vida real, como en el caso de la poetisa de origen aristocrático Teresa Wilms Montt (1893-1921), una de las mujeres más bellas de Chile. Horacio, un poeta de 19 años, se enamora perdidamente de ella. Teresa lo rechaza. Él no entiende de razones. Durante un año la llama, la sigue, le dedica poemas. Ella, con su altiva frialdad (le dirá a una amiga «el amor de los vivos no me interesa»), le repite que no lo ama. Horacio se suicida cortándose las venas. Ante esa muerte, la frialdad de Teresa se derrite, guarda riguroso luto y escribe ardientes poemas para Horacio: «¿Por qué te fuiste, amor? ¿Por qué, me pregunto mil, dos mil veces al día? Y no acierto a hallar respuesta alguna que alivie el feroz dolor de mi alma».

Estos cuatro grados de amor pueden asociarse de forma incompleta, uniéndose dos o tres aspectos. El amor intelectual puede sumarse al emocional, careciendo de intereses pasionales y materiales. O bien unirse sólo al amor sexual, produciéndose una carencia de bondad y seguridad material. Si se une sólo al amor físico carecerá de calor humano, sumergiéndose en la crueldad. La suma del amor emocional y el amor sexual, carecerá de organización mental y material, conduciendo a excesos pasionales como los celos. El amor emocional unido sólo al amor físico, desembocará en la posesividad. El amor sexual unido al amor físico, conducirá a relaciones sin alma. Aun cuando se unan tres de estas formas de amar, si falta una cuarta, la pareja vivirá sintiéndose incompleta. La ausencia de amor físico produce abandono. La ausencia de amor sexual conduce a la insatisfacción. La ausencia de amor emocional provoca indiferencia. Y la ausencia de amor intelectual sume a la pareja en la incomprensión.

Es posible lograr un equilibrio material y una paz espiritual si los cuatro amores, al comienzo disociados, se unen. Para lo cual hay que desarrollarlos hacia una entrega carente de egoísmo. El amor físico debe abandonar los deseos de posesión. Ambos compartirán con placer el espacio pero siempre guardando un territorio personal. Nunca invadirán el sitio privado del otro, respetando su necesidad de soledad. El amor sexual debe experimentar una complicidad basada en la confianza y el dominio de los celos. El placer de ambos será mutuo y sin límites. Se permitirán expresar sus deseos, aceptando satisfacer las fantasías del otro, pero también con el derecho a negarse. En este caso el «No» será un compromiso que les permita buscar la satisfacción en quien se la pueda dar. La sublimación y la abstinencia serán sinceras y no disfraces de la frustración. El amor emocional debe abandonar el deseo de desaparecer disolviéndose en el otro; la simbiosis termina siempre en una lucha por devorarse. Se amarán sin aspirar a una quimérica fusión, deseando serlo todo el uno para el otro. No se encerrarán en una relación exclusiva. Agregarán a su cariño, el cariño por sus familiares, amigos, colaboradores, por la humanidad entera. Reconocerán que el amor no es la búsqueda de la igualdad sino de la diferencia complementaria.

No serán dueños ni propiedad el uno del otro. Se atarán con nudos que siempre sabrán deshacer. Se protegerán mutuamente sin nunca privarse de su libertad. Avanzarán juntos bendiciendo cada uno de sus pasos, pero si sus caminos se separan, lo aceptarán deseando lo mejor para el otro en su nueva vida. El amor intelectual debe abandonar la búsqueda narcisista del alma-espejo. Ambos, mediante una comprensión exenta de dudas, fuera de toda invención literaria, deben llegar al goce mutuo del silencio esencial, respetando siempre lo que son, con derecho a expresar su propia visión del mundo, aunque no estén de acuerdo el uno con el otro, teniendo derecho a desarrollar sus pensamientos en la dirección que les convenga.

Todo esto podemos realizarlo mediante un trabajo consciente que nos permita vivir en armonía, primero con nosotros mismos y luego con el otro, desprendiéndonos de actitudes infantiles, aprendiendo a perdonar, a amarnos tal como somos, obedeciendo más a la intuición que a la razón, viviendo el momento presente, aceptando lo que viene y no intentando retener lo que se va, dando sin esperar nada a cambio, siendo sinceros, no mintiéndonos ni mintiendo al otro.

Se puede entonces lograr el *amor consciente*. Poniéndonos como meta el perfeccionarnos a nosotros mismos nos esforzamos para que el ser amado llegue a alcanzar su propia perfección, sean cuales fueren las consecuencias para nosotros. Con humildad y tolerancia estudiamos qué es y qué puede llegar a ser siguiendo sus propias inclinaciones, previendo hoy sus necesidades de mañana; sin pensar nunca en lo que esas necesidades puedan quitarnos a nosotros.

Si la pareja realiza el amor consciente, que engloba los cuatro precedentes amores, puede luego descubrir el *amor cósmico*. Los amantes sobrepasan las fronteras de sus personalidades, sienten la unidad de todo lo que existe, la inconmensurable fuerza que dirige la danza universal; sienten por debajo del tiempo que incesante se escurre otro tiempo donde ni el espacio ni el movimiento pueden existir; sienten la conciencia impensable que anima la totalidad. No

aman sólo el cuerpo del otro sino también la energía misteriosa que lo anima; no aman sólo los sentimientos del otro sino también el amor infinito que crea a la materia y a la Conciencia; obedecen a la atracción sexual por el otro sabiendo que la meta no es sólo la creación de hijos sino la captación a través del orgasmo de la alegría creadora del cosmos; no aman solamente la mente del otro sino el infinito que ella es capaz de transmitir, sobrepasando la angustia de la muerte. Pueden decirse: «En el silencio central de la mente, jardín invisible donde nada es, acojo tu silencio, lo respeto y lo comprendo. Nuestras palabras adquieren dignidad y con la purificación de ellas intercambiamos el placer de crecer juntos, ofrendándonos los frutos de la vacuidad. Somos cómplices aspirando al tesoro de la unidad universal, abriendo paso a la luz, sin intentar poseerla. Somos libres de expandirnos hasta sobrepasar el último límite aceptando con humildad el cambio continuo, abriendo puertas y ventanas, armarios y cofres, ofreciendo todo al festín de los otros, conservando sin embargo aquello que es imposible dar: el ojo de la Conciencia, capaz de verse a sí mismo».

Ambos, que en ninguna parte son algo de alguien y en ninguna parte tienen algo que sea de ellos, unidos por el *amor mágico* realizan el andrógino espiritual. El deseo más profundo de la especie humana es lograr la unión complementaria de una mujer y un hombre ideales capaces, por su interacción interna y externa, de aportar a la humanidad un desarrollo material y espiritual. Este amor supremo, que no puede ser descrito con palabras, ha sido deseado por místicos, alquimistas, magos y poetas. En cada civilización se le retrata con personajes o símbolos. La mítica pareja imperial china Fu-Hsi (o Fuxi) y su hermana Nu-Kua (o Nugua); el patriarca hebreo Abraham y su esposa Sara; Jesucristo y su madre María; el dios Shiva y su compañera Shakti; Manco Cápac y Mama Ocllo en Perú; el yin y el yang taoístas; el doble triángulo cabalístico formando una estrella de seis puntas; la unión de la escuadra y el compás masónicos; el Rebis o hermafrodita alquímico; el matrimonio de las deidades egipcias Nut (madre-cielo) y Geb (padre-tierra); etcétera.

Sin pensar que este sentimiento es mítico, imposible de realizar, los amantes conocen el amor mágico cuando, con absoluta certeza, desarrollan entre ellos una completa confianza, cesan de pedir y en cambio invierten, aceptan con felicidad al otro tal como es sin tratar de cambiarlo para usarlo como espejo o como público, cuando cada momento juntos es fuente de una tranquila felicidad, cuando realizan una obra donde la competición no tiene cabida, cuando se ponen de acuerdo naturalmente sin necesidad de discusiones, cuando ambos viajan hacia una misma meta, cuando consideran un deber primordial ayudar a los necesitados, cuando desarrollan una responsabilidad impecable, cuando el contacto entre sus cuerpos y de sus almas es un placer paradisíaco, cuando realizan el amor impersonal y transidos de compasión infinita trabajan para que todos los seres existentes lleguen a la Conciencia.

Cada uno de estos siete grados de amor, si la pareja se reproduce, ofrece a los hijos un destino diferente.

LA PAREJA EN MI ÁRBOL

Encuentro y fecundación, conflictos y cooperación

El árbol genealógico es esencialmente el producto de siete parejas: cuatro parejas de bisabuelos, dos parejas de abuelos y una pareja de padres. Por supuesto, si vamos remontando el árbol progresivamente, el número de parejas se multiplica a cada generación hasta llegar a alcanzar una cifra fantástica, que sobrepasaría ampliamente la población del planeta. Esta extrapolación nos devuelve a los orígenes de la humanidad e indica que todos somos hijos de una misma fuente, como así lo atestiguan los muy numerosos mitos fundadores o religiosos cuya figura central es una pareja original, divina o humana (Adán y Eva, Marduk y Sarpanit en Mesopotamia, Isis y Osiris en Egipto, Shiva y Parvati en la India, etc.). Como ya hemos visto anteriormente, el árbol genealógico se disuelve en la memoria colectiva al cabo de cuatro o cinco generaciones.

Las siete parejas de las que debemos hablar aquí son nuestras parejas más personales, únicas en nuestro árbol, que representan el linaje por el cual nosotros hemos venido al mundo. Cualquiera que haya sido la relación entre estos hombres y estas mujeres, desde el caso ideal de «...fueron muy felices y tuvieron muchos hijos» hasta situaciones con tintes trágicos (violaciones, abandonos, viudedad, etc.), nosotros somos el producto de estos siete encuentros sexuados entre una mujer y un hombre. Así pues, en la base del árbol siempre está la pareja.

¿Y en qué aspectos de estas parejas debemos fijar la mirada? Aquí, de nuevo, vamos a distinguir y unir dos visiones opuestas y complementarias:

Si nos referimos a las fuerzas de repetición del pasado, *nosotros somos hijos de nuestros padres.* A este respecto se pueden dar dos casos posibles: que yo sea «un hijo/-a deseado» o que yo sea «un accidente». El hijo deseado tiene como misión cumplir con el proyecto que sus padres han desarrollado para él; mientras que el hijo accidental debe, de una manera u otra, hacerse perdonar su venida al mundo desarrollando cualidades lo más convincentes posibles, como en el caso tan frecuente de los «niños-adultos», que desde sus años más

jóvenes toman a su cargo a padres adolescentes o infantiles que se sintieron sobrepasados por un nacimiento que no habían previsto.

Pero si nos referimos a las fuerzas creativas del universo, también podemos tener en consideración que *nosotros no hemos sido engendrados por nuestros padres, sino a través de ellos.* En vez de decir que la madre «hizo» un hijo, habría que decir que el hijo «se hizo» en la madre. Nuestra venida al mundo sobrepasa la voluntad individual de los padres; ellos no son sino vectores transmisores o intermediarios. Así, cualquiera que llegue al mundo puede afirmar «Era necesario que yo naciera» o incluso «Yo he querido nacer». El encuentro de los padres, cualquiera que sea la naturaleza del mismo, es, pues, un acontecimiento que *habrá hecho posible* este nacimiento indispensable.

A largo del estudio del árbol, se van a ir entrecruzando dos mitos sobre nuestro origen. Uno de ellos participa en nuestra formación repetitiva y determina nuestro destino como herederos del árbol genealógico: «Mis padres me han hecho nacer, yo debo ahora devolverles la energía invertida cumpliendo el proyecto que ellos han formado para mí y reparando las faltas que yo haya podido cometer». El otro signo es nuestra capacidad creativa, que va a hacer de nosotros unos mutantes en nuestro árbol genealógico: «Yo debía nacer y mis padres me han permitido hacerlo. Mi misión es expresar, bajo la forma única que me ha sido concedida, el proyecto de la Conciencia tal y como se manifiesta a través de mí. Mis actos creativos serán una aportación vital para mi árbol genealógico, para la sociedad y para la humanidad entera».

Para poder emprender este trabajo, nos hace falta, pues, comprender los dos aspectos de la pareja en el seno de nuestro árbol: el aspecto heredado del pasado, embebido de ensoñaciones románticas, de tradiciones, de rencores, de conflictos y de repeticiones de todo género, y el aspecto correspondiente a la llamada del futuro, en el cual toda pareja lleva en ella el germen de una unión sagrada, haya sido o no realizada en la historia de las generaciones precedentes[1].

[1] Nos vamos a centrar en la pareja heterosexual, en la medida en que los árboles genealógicos son fruto de parejas compuestas por un hombre y una mujer. Pero este capítulo también puede aplicarse, absolutamente, a la relación en la pareja homosexual, que hoy en día y progresivamente está en pleno proceso de convertirse en pareja parental.

El mito de los orígenes: la fecundación

El destino del árbol genealógico se encuentra en la base de la concepción de que la familia se hace a partir del esperma y de un óvulo. Para superar la guerra de sexos y concebir el milagro que nos ha engendrado conviene, antes de cualquier otra cosa, revisar el concepto que tenemos sobre la fecundación. En efecto, la forma con la que los científicos describen la manera en que cada uno de nosotros viene al mundo se inspira, aún hoy, en la noción darwiniana de la supervivencia de los más aptos.

Esto da pie a la siguiente descripción, con algunas variantes: en cada eyaculación, un ejército de espermatozoides guerreros se lanza a la conquista de la fortaleza (el aparato genital femenino), donde el codiciado botín que es el óvulo yace tranquilamente en los recovecos de la trompa. Desde su entrada en esta plaza fuerte, la tropa se enfrenta a numerosos obstáculos –secreciones vaginales, mucosidad procedente del cérvix– así como a otras pruebas que servirán para seleccionar a los más vigorosos. Después vendrá la interminable progresión a través del útero durante la cual los asaltantes se irán agotando mientras lo atraviesan a grandes golpes de flagelo. Más tarde, finalmente, los que hayan hecho más méritos llegarán hasta la cara de aquel enorme óvulo, debiendo librar una dura y última batalla para penetrar en él, y que solamente logrará tras vencer las últimas resistencias, un único triunfador.

Esta metáfora guerrera y masculinista nos presenta la fecundación como una conquista, casi una violación, en la que los espermatozoides disputan sin piedad su competición mientras el óvulo, pasivo y atónito, espera a ser conquistado, incluso violado o profanado, como lo son siempre las mujeres de los vencidos en las guerras. Pero desde no hace mucho tiempo se tiene la información de que el orgasmo femenino podría, eventualmente, facilitar la progresión de los espermatozoides en su recorrido a través del útero y las trompas: una teoría que se encuentra entre las más progresistas de las conocidas últimamente.

Todos nosotros estamos marcados, conscientemente o no, por

este mito fundador salido de la ciencia del siglo XX, marcada a su vez por las concepciones sociales y culturales occidentales.

¿Y qué ocurriría si nos permitimos reescribir la historia de nuestra propia concepción según criterios más útiles y universalistas? Después de todo, ciertos científicos, como el ginecólogo y tocólogo sueco Lars Hamberger, se han interesado muy en detalle por esta aventura que es la concepción de un ser humano y que las técnicas in vitro permiten observar desde mucho más cerca. He aquí por qué se puede reescribir la historia a la luz de sus observaciones científicas[2]: imaginemos por unos instantes que la fecundación, lejos de ser una lucha encarnizada de los espermatozoides por la conquista del óvulo, sea producto de una fabulosa cooperación entre lo masculino y lo femenino al servicio de la Conciencia. Esta teoría está inspirada en el Tarot, donde el resto de los arcanos mayores se despliega entre El Loco (masculino) y El Mundo (femenino), los dos principios fundamentales.





[2] Lennart Nilsson y Lars Hamberger, *Nacer. La gran aventura*, Salvat, Barcelona 1990.

El Loco, ayudado por el impulso de su perro y con un pequeño hatillo, se lanza en busca del mundo. Por lo que respecta a El Mundo, éste vuelve su mirada hacia El Loco y parece apelar a todos sus deseos. El encuentro entre estos dos arquetipos tiene como consecuencia el nacimiento de la totalidad del Tarot. Uno y otro son, a la vez, activos y receptivos: El Loco, energía pura, obedece a la llamada de El Mundo; mientras que El Mundo, apaciblemente desplegado entre sus cuatro energías cósmicas (los cuatro símbolos en las cuatro esquinas de la carta), recibe activamente la energía de El Loco.

Pero ¿y si ocurriera lo mismo con los gametos que nos engendran? Se puede pensar, pues, que el óvulo elige y atrae hacia él a los espermatozoides más adaptados para hacer nacer a ese ser que debe venir al mundo. Obedientes ante la poderosa llamada, los espermatozoides colaboran unos con otros, como lo haría un equipo deportivo, con el fin de facilitar el avance de los individuos escogidos en dirección al óvulo. La realización de uno de ellos es el triunfo de todos.

En cada eyaculación se produce una descarga de líquido seminal con unos 500 millones de espermatozoides. Gran parte de los mismos, incluso en el caso de un individuo joven, contienen eso que los científicos describen como «defectos que les impiden fecundar el óvulo». Pero, en realidad, ¿en qué consisten tales defectos? Si dejamos a un lado los prejuicios de origen machista y darwinista, se hace evidente que no todos están destinados a consumar la fecundación. Millones de ellos se movilizan con el objetivo de neutralizar la acidez vaginal para pasar a continuación a través del cuello del útero. Los que continúan con su avance remontan, a contracorriente, los cilios vibrátiles que tapizan las paredes del útero y de las trompas. En realidad, los espermatozoides llevan en su interior, y desde su origen, una colección de mitocondrios (la «central energética» de la célula) que les permite resistir alrededor de 24 horas, aunque después de dicho plazo será necesario que se «recarguen» en la trompa.

Cuando por fin alcanzan su objetivo, apenas superan una centena: todos los demás se han sacrificado para facilitar el avance de un pequeño grupo. Durante este tiempo, el óvulo ha ido descendiendo por la trompa, donde se impregna de una capa viscosa de células nutritivas que, en su mayoría, no serán utilizadas aunque una parte de ellas sí ayudará a los espermatozoides a abrirse camino hacia esa otra capa más dura y elástica que uno de ellos acabará penetrando.

Para conseguirlo, los espermatozoides deben deshacerse del acrosoma, un revestimiento en el extremo de sus cabezas cuyas enzimas les permite disolver la pared del óvulo. Esta tarea supondrá, de nuevo, el sacrificio de la mayoría de los espermatozoides restantes. Los últimos (alrededor de una decena) consiguen atravesar la pared del óvulo y quedan allí implantados –removiendo rítmicamente sus flagelos– y hacen girar al óvulo en el sentido contrario al de las agujas de un reloj. Este movimiento, el mismo de los planetas, del sol y del universo, une al óvulo a la danza cósmica y le carga de una inmensa energía. Es en este preciso momento cuando el óvulo elige (por motivos que probablemente tengan que ver con el Inconsciente y el Supraconsciente de la madre) el espermatozoide que se convertirá en su aliado para la creación de un nuevo ser. El elegido, a cuyo éxito han colaborado todos los demás espermatozoides, es atraído hasta el interior del plasma celular y, a una velocidad vertiginosa, la composición de la envoltura del óvulo cambia, cerrando el paso al resto. El espermatozoide elegido pierde su flagelo, que ya ha cumplido su misión, y se aproxima al núcleo genético de la mujer: atraídos el uno hacia el otro por lo que se podría describir como un amor infinito, ambos se fusionan. Lo que les permite permanecer unidos es el movimiento vigoroso de los espermatozoides restantes, que continúan haciendo girar al óvulo durante unos días. Antes de morir, permiten que el óvulo fecundado se deslice a lo largo de la trompa y encuentre su camino hacia el útero. Quinientos millones de seres han colaborado para que sólo uno de ellos tenga el privilegio de engendrar un ser humano.

Si suscribimos esta interpretación, que se apoya en hechos científicamente probados y que tiene el mérito de ser bastante más reconfortante que el mito en vigor, muy bien se puede afirmar que en esta relación óvulo-espermatozoide no hay ni violación ni conquista, sino que, muy al contrario, se da una fabulosa atracción mutua alimentada por una colaboración sin descanso de los espermatozoides entre sí, así como de todo el aparato genital femenino con las células masculinas. De igual forma, podemos imaginar que se produce un orgasmo en el momento en que el óvulo se abre y el espermatozoide se deja absorber, en la nueva unidad que van a crear juntos.

Cualesquiera que sean las circunstancias de nuestra venida al mundo, lo que sí se puede afirmar es que, en todos los casos, lo que nos ha sucedido se debe a que cada uno de nosotros debíamos nacer. El mito fundador moderno, establecido a partir de la ciencia, puede servirnos para afirmar la necesidad milagrosa de nuestra propia existencia, en lugar de devaluarnos imaginando determinadas interpretaciones que se fundamentan en un azar ciego.

Masculino y femenino: ¿dos identidades adquiridas?

La concepción que haga nuestro árbol genealógico de lo masculino y lo femenino va a determinar nuestra idea sobre nosotros mismos en tanto que individuos sexuados y, por consiguiente, sobre nuestra visión de la pareja.

Serán dos las concepciones que esencialmente se opongan: por una parte, una concepción universal (o sagrada) de lo femenino y lo masculino, en la que las raíces se encontrarán por ejemplo en los arquetipos religiosos y en las parejas divinas; por otra, una concepción cultural, social y familiar más restrictiva de los roles respectivos del hombre y de la mujer en la sociedad y que varía según las familias o las culturas.

Lo masculino y lo femenino en mi árbol

La familia mantiene siempre una determinada postura –manifiesta o latente– sobre los signos y manifestaciones de la identidad sexual.

Dicho en otros términos: el concepto de lo masculino y lo femenino en nuestro árbol genealógico comienza, precisamente, por la concepción que se tenga tanto del óvulo y el espermatozoide como de las secreciones y los caracteres sexuales secundarios.

Las generaciones que nos han precedido no tenían, en general, acceso a la contracepción. La tensión sobre estos temas es tan diversa que, el amor, la sexualidad, la organización social del matrimonio y la incertidumbre del hecho de engendrar han creado, en todos los árboles genealógicos, cierto número de problemas –de tragedias, incluso– cuyas consecuencias padecemos nosotros; muy particularmente en nuestra propia concepción de lo masculino y lo femenino.

Es frecuente, por ejemplo, que el esperma sea considerado como algo «sucio», similar a una deyección o a una maldición: cuando las mujeres han tenido más embarazos de los que buenamente podían soportar, no es raro que ellas mismas maldijeran el esperma masculino. Si, por ejemplo, una antepasada falleció en el parto, tratando de traer al mundo a su primer hijo, el árbol genealógico puede formarse una idea del esperma como si fuese un asesino. El esperma es asimismo enemigo del amor, porque un embarazo no deseado o no aceptado socialmente puede dar lugar a auténticos daños: vergüenza, abortos que ponen en peligro la vida de la madre, expulsión de la familia, miseria, suicidio impuesto por la necesidad de restaurar el honor mancillado, abandono del hijo, etc. Por esta razón, no es raro que los hombres pertenecientes a estos árboles vivan con una concepción de su sexo infravalorada, tengan la impresión de guardar excrementos en los testículos o experimenten un gran rechazo hacia su propio esperma.

Ejemplo de un caso: un hombre, superviviente de un cáncer de testículos, acude a consulta. Viendo su árbol genealógico, descubrimos que su madre había concebido un hijo (él) a espaldas de su padre para poder retener a aquel hombre. El padre se sintió traicionado y atrapado a causa de este secuestro de su esperma, pero fiel a la moral social establecida jamás abandonó a aquella mujer, con la cual sólo tuvo otro hijo más, una niña. Este hombre vivió siempre con la impresión de que sus testículos portaban una materia susceptible de encarcelarlo en una mazmorra familiar. Nuestro consultante decidió a una temprana edad que él no tendría hijos, y se hizo practicar a los 30 años (la edad de su padre cuando lo engendró) una vasectomía que impidiera a cualquier mujer aprisionarlo como su madre había hecho con su padre. Una mujer que se queda encinta contra la voluntad de su compañero, no le hace padre, sino que por el contrario le priva de la paternidad. En el caso de nuestro consultante, la madre había trasladado sobre su hijo su demanda de afecto y su angustia por ser abandonada, reforzando aún más la angustia de encarcelamiento legada por su padre.

Inversamente, el esperma puede también ser una vía de agresión: durante las guerras civiles se producen violaciones en masa, como por ejemplo en la reciente guerra de los Balcanes, donde los soldados nacionalistas serbobosnios, llevados por una ideología fundamentada en la purificación étnica, tenían órdenes de violar a las mujeres musulmanas bosnias y «purificar» así sus vientres. La eyaculación se convierte entonces en una afirmación de poder, una venganza que se ejerce concretamente sobre mujeres extrañas al clan, pero cuyo origen se encuentra, en realidad, en un odio tenaz a la madre.

En virtud de estas mismas herencias, muchas mujeres viven con un concepto desvirtuado y negativo de «lo que tienen en el vientre». Cuando se pide a una mujer que padece esta idea que se concentre en las sensaciones e imágenes que le reenvía su aparato genital, es frecuente que tenga una visión mutilada del mismo: la conciencia de la totalidad de sus órganos (vulva con labios y clítoris, vagina, útero, trompas y ovarios), es muy a menudo tan fragmentaria como imprecisa. Son numerosas las mujeres que sienten que su sexo es algo sucio, sombrío, vulnerable, habitado por cuchillos o féretros, por zarzas y espinas. La menstruación, que es la manifestación concreta del periodo de fertilidad orgánica en la vida de una mujer, es dolorosa y descrita a menudo como maloliente, generadora de incomodidades, vergonzante, incapacitante, etc. Las prohibiciones y las repugnancias ligadas a la sangre menstrual en muchas culturas patriarcales no son, evidentemente, en absoluto extrañas a estas devaluaciones.

Las estadísticas de abortos clandestinos en el siglo XX, antes de que se legislara sobre la interrupción voluntaria del embarazo, son imprecisas. En el caso de Francia, las cifras varían entre los 90.000 y los 250.000 por año. La práctica nos muestra que, desde la generación de nuestros abuelos, estas experiencias son generalmente silenciadas en nuestros árboles genealógicos: si nos remitimos a la memoria familiar, en ella no hay abortos, en todo caso algún embarazo malogrado... En cambio, encontramos menciones sobre una abuela o una bisabuela que tuvieron una muerte prematura a causa de «un cáncer de matriz», «una hemorragia», «dolores de vientre». O sobre mujeres que «como consecuencia del embarazo» murieron a los ocho meses del nacimiento de su sexto hijo (en estos casos, conviene preguntarse si no se trataba más bien de un séptimo embarazo cuya interrupción voluntaria entrañó la muerte de la madre).

Estos secretos vinculados al hecho de engendrar pesan como una losa sobre la transmisión de lo femenino y lo masculino en el árbol genealógico. Desde una visión temporal, los órganos sexuales y la diferencia sexual nos confieren el poder de proyectarnos hacia la eternidad.

El encuentro esperma-óvulo puede llegar a frustrar tanto a un hombre como a una mujer, privándolos de su libertad o de su destino personal si se encuentran ante un embarazo no deseado. Por el contrario, dicho encuentro puede servir para realizar el poder creador de ambos si el embarazo es deseado, porque en el momento de la inseminación se realiza la totalidad del potencial del óvulo y del esperma. Igualmente, podría decirse que la famosa máxima sobre

«la envidia del pene» en la que reposa el psicoanálisis, quizá no es en realidad más que un deseo irresistible del óvulo de acoger a un espermatozoide; es decir, unir los poderes del esperma masculino y del óvulo femenino para engendrar. A este respecto, podemos aventurar que, por su parte, el hombre también desea irresistiblemente unirse al poder de gestación del aparato femenino.

De todo esto deriva, a veces muy deformado, el concepto sobre lo femenino y lo masculino. El peso de la ideología social es, igualmente, muy importante: ¿cuáles son los roles tradicionales dados a las niñas y los niños, al hombre y a la mujer en la cultura y la familia de la que proceden? Así, la forma en que las parejas del árbol genealógico han vivido en común o han gestionado sus inevitables tensiones o conflictos genera, por lo tanto, una determinada herencia. Éstos serían los elementos de base a considerar para que recapitulemos acerca de qué concepción del árbol nos han transmitido las dos polaridades sexuales. Unas cuantas preguntas pueden ayudarnos a aclarar esta concepción adquirida:

–¿Cuáles son los roles sociales asumidos por los hombres y las mujeres de mi árbol? ¿Los datos sobre el dinero, el trabajo y las labores domésticas son de carácter igualitario?

–En mi árbol, ¿en qué se distingue la educación recibida por las niñas de la recibida por los niños?

–Por lo que observo, ¿cuáles son las competencias de cada sexo?

–En el caso de las mujeres, ¿su feminidad está definida sólo por la maternidad u otros criterios específicamente «femeninos» (belleza, capacidad de seducción, dulzura, etc.) según la cultura vigente o por criterios más universales (elegancia, viveza, inteligencia, etc.)?

–En el caso de los hombres, ¿cuáles son los signos de virilidad destacados por el árbol (fuerza física, riqueza, habilidad, dotes intelectuales, etc.)?

–¿Hay en mi árbol genealógico personas que, en general, hayan manifestado durante toda su vida una particular animosidad contra un determinado sexo? ¿Puede ser mi árbol portador de máximas reductoras de lo femenino y/o masculino?

–¿Cómo reacciona mi árbol ante la adolescencia y la aparición de los caracteres sexuales secundarios? ¿Qué ocurre cuando llega el momento de las primeras menstruaciones, se tienen en consideración? ¿Han culpabilizado los padres a la masturbación o han respetado la necesidad de intimidad de los adolescentes?

La reacción de toda persona novel que observa su árbol genealógico es decirse «Sí, está claro, veo en mi linaje cosas que hoy en día encuentro aberrantes o inaceptables, pero en aquella época y dentro de aquel contexto eran algo normal: todo el mundo se comportaba o pensaba de la misma manera». Pero, en realidad, en todas las épocas han vivido seres conscientes, libres, generosos, visionarios, etc. En consecuencia, puede ser muy útil preguntarse: «¿Qué es lo que ha impedido a mis ancestros formar parte de esos pioneros y los ha mantenido encerrados en prácticas y creencias estancadas?».

Con el reciente auge de los *gender studies* (filosofía del género), se nos presentan hoy en día una serie de teorías extremas según las cuales el género (masculino o femenino) sería una pura construcción política y social. Alimentando a las niñas pequeñas con dietas pobres en proteínas y empujándolas a cuidar su apariencia física en detrimento de otras cualidades, y ofreciendo a los chicos automóviles o juguetes bélicos y afirmando que ellos no tienen derecho a llorar, los padres se hacen cómplices de un orden político y social que fabrica arbitrariamente un género masculino y otro femenino. En cuanto a nuestra propia educación, podemos tener una vigilancia más atenta de estas teorías ultracríticas: ¿Cómo han hecho de mí «una chica» o «un chico»? ¿Cuánto ha habido de mimetismo en la formación de mi identidad por querer ser aceptado/-a? ¿Qué aspectos de mí he descuidado, incluso rechazado, para poder convertirme en «un chico» o «una chica» aceptado/-a por mi familia, mi sociedad y mi cultura?

Por contra, otras teorías actuales sostienen que esta confirmación de la identidad («gentil» y receptiva en el caso de las mujeres, «agresiva» y activa en el de los hombres) es en realidad un bien que prepara a niños y niñas en sus roles sociales. Pero esta educación orientada obliga al individuo a adaptarse a una sociedad preestablecida que le fuerza a vivir su propio futuro como una mera reproducción y aplicación del pasado.

Complementariedad y conflicto: la pareja sagrada y la unión izquierda-derecha

La complementariedad de lo femenino con lo masculino es una cualidad afirmada por todos los grandes mitos religiosos no sólo de cara al engendramiento, sino también para la formación de una pareja que tenga una acción conjunta en el mundo: hacer un hijo no es la única manera de engendrar Conciencia. Toda pareja tiene como finalidad crear una Conciencia en común, encarnar un proyecto, un discurso, una obra, etcétera.

El episodio de las bodas de Caná en los Evangelios, es un ejemplo excelente de esto: Jesús y María no son una pareja en el sentido sexual y parental del término. Sin embargo es María quien se convierte, en este acontecimiento, en el motor de la acción. Cuando se acaba el vino, ella presiona a Jesús para que haga su primer milagro, no tanto como madre sino como energía femenina complementaria de su activo masculino. Él tiene la capacidad de transformar el agua en vino y ella ha entendido que ha llegado el momento de manifestar dicha capacidad. Pero Jesús le responde: «*Mujer*, aún no ha llegado mi hora». Él reconoce implícitamente su posición como igual femenino y se sitúa en un plano de igualdad. María insiste y consigue convencerlo, adoptando en ese momento una postura de esposa y no sólo de madre. El milagro tiene lugar: una nueva Conciencia aparece en el mundo.

De igual manera, Sherezade en *Las mil y una noches* consigue retrasar mil y una noches su decapitación ordenada por el sultán, que hacía cortar la cabeza a las mujeres después de haberlas poseído. Sherezade se convierte en esposa e igual femenino de este poderoso hombre, amansando su crueldad y odio con el arte y la imaginación. Una vez más, son éstas dos polaridades complementarias las que se encuentran y no para producir un hijo, sino para engendrar la Conciencia.

En el Tarot de Marsella, además de la pareja de poder Emperatriz-Emperador y la pareja mítica Luna-Sol, el Papa se ve flanqueado y precedido en orden numérico por una Papisa, función inexistente en la cristiandad de esa época. El Tarot colma así una carencia esen-

cial de la Iglesia: en efecto, aporta al Santo Padre un igual femenino, reconociendo así la capacidad de la mujer para tener su propio lugar como guía espiritual.

En el paraíso, Eva guía a Adán y despierta su inteligencia haciéndole comer la fruta del Árbol del Conocimiento. Contrariamente a las interpretaciones medievales del mito (Eva se convertía en el origen de la falta esencial de todas las mujeres, vistas después como culpables de la caída original), se podría decir que Eva –al despertar la inteligencia de Adán– sumerge a la pareja humana –hecha de esencia divina– en la realidad de la encarnación y de la reproducción, al dar a su compañero como objetivo hacer de la Tierra un jardín.

Finalmente, en las mitologías de religiones politeístas, como en la Grecia antigua o la India, las peripecias de las parejas divinas (Shiva mofándose de Parvati a causa del color de su piel, Zeus siendo incesantemente infiel a Hera, etc.) se escenifican con todo lujo de detalles, mostrando a la pareja en su vida cotidiana, repleta de conflictos y reconciliaciones: incluso la disputa es iniciática.

El sueño de una pareja sin conflictos revela niveles de conciencia infantil y adolescente. El niño tiene necesidad de imaginar a su padre y a su madre todopoderosos, indisolubles, sólidamente unidos el uno al otro como una entidad enteramente consagrada a su felicidad y a su seguridad. Ésa es la razón por la cual los cuentos de hadas terminan siempre con la reafirmante fórmula «...y vivieron felices y tuvieron muchos hijos». Esta visión no concierne nada más que a un nivel de conciencia infantil. En la adolescencia, con el descubrimiento del primer amor, el sueño se vuelve romántico: es una pasión que durará siempre y con el mismo nivel de intensidad; es decir, con el nivel energético de un adolescente en pleno crecimiento, en plena efervescencia hormonal y todavía libre de responsabilidad con el mundo que le rodea. Es la fórmula que aparece en las comedias románticas del cine occidental y oriental.

Se puede poner sobre la pareja una mirada más o menos luminosa o sombría, pero la actitud adulta consiste en aceptar que siempre hay un momento en el que el conflicto puede convertirse en algo fecundo.

Esta unión complementaria de elementos disímiles en que la colaboración produce una totalidad armoniosa, podemos encontrarla en la imagen del Tao, donde los símbolos del yin y del yang se interpenetran sin fin.

Como ya comentamos en otro capítulo, en el árbol genealógico la línea materna se despliega a nuestra izquierda y la paterna, a nuestra derecha. La izquierda (que es el lugar del corazón) es más receptiva, y, en una humanidad formada generalmente por personas diestras asume el rol materno de la estabilización; mientras que la derecha asume el de la acción, la destreza y la fuerza, que remiten al rol paterno.

La neurología moderna nos enseña que el *hemisferio derecho* del cerebro, que gobierna la parte izquierda del cuerpo, es también la sede de la conciencia del presente, del lenguaje en imágenes, de la música. Su cognición es la de la unión: se vive unido al todo, en unos estados que nos remiten al amor, al éxtasis, a la iluminación. Nos permite tener la experiencia de la globalidad, de la belleza y de la perfección. Aprende por medio de los cinco sentidos y de manera kinestésica. El hemisferio derecho no establece diferencia entre el «yo» y el «todo».

El *hemisferio izquierdo*, por el contrario, es el que gobierna el lado derecho del cuerpo y vive de la memorización del pasado y de la planificación del futuro, aprende y piensa con el lenguaje, domina el pensamiento lineal y metódico, además de categorizar y organizar los detalles: es el sitio de la inteligencia que calcula, que registra. El hemisferio izquierdo me permite pensarme en tanto que *yo* soy un individuo único, separado de todo: establece claramente la distinción entre «yo» y «el mundo», fijando todas las diferencias existentes.

En nuestra civilización, las experiencias relevantes del hemisferio derecho del cerebro pertenecen, en general, al dominio de la relación con la madre (aprendizaje sensorial y kinestésico, unión inicial en el útero y en la época de la lactancia, primeros aprendizajes estéticos, etc.), mientras que los valores de individualización, de aprendizaje, de pensamiento metódico remiten al mundo del padre (acción en el mundo, afirmación del yo, adquisición de lenguaje y dominio de la realidad).

Por este motivo, a la hora de representar el árbol genealógico hemos conservado las reglas de orientación tradicionales, aceptando que éstas son dependientes de un pasado cultural común y no unas reglas universales y eternas.

El cuerpo calloso del cerebro, situado entre los dos hemisferios, es el lugar donde ambos se unen, de la misma forma que ocurre con las dos partes del árbol genealógico (ver esquema en el capítulo 2), que marcan una línea que desemboca en nuestra propia exis-

tencia. Esta colaboración entre los dos hemisferios del cerebro, al igual que la colaboración entre nuestros padres, se revela como algo esencial para que nosotros podamos vivir como un ser unido, de la misma manera en que la unión de las competencias de los hemisferios cerebrales permite a un ser humano vivir una experiencia completa. Así, la aportación combinada del mundo paterno y del materno determina el equilibrio psíquico de cualquier niño.

En la práctica, el encuentro de la mano izquierda con la mano derecha representa gestualmente la unión de los complementarios: ambas son capaces de explorarse y acariciarse mutuamente y también de colaborar en una acción común; en el caso de pertenecer a una persona atenta y cultivada, cada una de ellas puede llevar a cabo su propia ocupación sin perturbar a la otra. Ésta es, sin duda, una excelente metáfora del amor y la pareja.

Cuando las dos manos se unen, la persona que las posee siente un gran placer. Y es fácil de imaginar que toda pareja representa «la mano derecha» y la «mano izquierda» de la Conciencia universal, y que su encuentro supone para ella una enorme alegría.

Las parejas de mi árbol genealógico: el encuentro y el después...

En el árbol genealógico, las parejas raramente están «unidas como las dos manos» y es muy excepcional que lleguen a un nivel de Conciencia de pareja sagrada.

El trabajo sobre las parejas de nuestro árbol consiste en explicar muchos de los momentos clave de su relación: las circunstancias en que se conocieron, además de la manera en que se concretaron como pareja y el equilibrio que tuvieron que alcanzar para ser estables. Y trabajaremos en los conflictos y en los opuestos, con el fin de comprender si las parejas de nuestro árbol han sabido aprender algo de sus diferencias o si, al contrario, han fracasado a la hora de afrontar el conflicto:

Los abuelos: origen de nuestra concepción del amor

En términos generales, de entre las siete parejas del árbol, la de nuestros padres es la que mejor conocemos.

Para comprender mejor las parejas de nuestros abuelos y bisabuelos, hay una pequeña argucia genealógica que nos puede ayudar mucho: por regla general, una persona escoge a su cónyuge según una dinámica más o menos consciente de *repetición, oposición* y *compensación* con respecto a la pareja parental. Esto, en el caso de un hombre, significa que el padre de su compañera (su suegro) será, en cierta medida, el marido ideal de su propia madre; y la madre de su compañera (su suegra), la mujer ideal de su propio padre. En nuestro árbol genealógico existe también un notable potencial de unión entre abuelo materno-abuela paterna y abuelo paterno-abuela materna.

Esta unión puede ser profunda o superficial y desarrollarse en cualquiera de los cuatro centros, sin que importe cuál.

Ejemplos: «Mi *abuela materna* habría deseado no tener hijos jamás, para haber podido viajar, leer, escribir y descubrir el mundo. Era una especie de Alexandra David-Néel frustrada que se encontró siendo madre de familia numerosa. Sin embargo, mi *abuelo paterno*, que no tenía ni el menor instinto paternal, se sentía tremendamen-

te agobiado por las demandas incesantes de su esposa en tal sentido, porque ella habría deseado tener muchos hijos. Él no pensaba en otra cosa que en marcharse a la montaña y evadirse con la lectura». En el caso de este consultante, podemos apreciar muy bien la forma en que se dibuja, simétricamente, el vínculo entre *abuelo materno* (un hombre de honor, buen padre y esposo, muy involucrado en la vida familiar, ambicioso, de una personalidad notable y muy feliz de ser todo ello) y la *abuela paterna* (una perfecta ama de casa, harta de las infidelidades y de la inmadurez de su marido y que soñaba con un lugar estable en la sociedad y con asistir a reuniones mundanas).

Pero la complementariedad puede ser más anecdótica: un *abuelo materno* peluquero con una *abuela paterna* muy coqueta, o bien un *abuelo paterno* gastrónomo y una *abuela materna* excelente cocinera.

Una vez descubiertas estas complementariedades entre los abuelos, podemos remontarnos, asimismo, hasta los bisabuelos, de los que generalmente se saben muy pocas cosas, y jugar a este mismo juego de la unión. Ello nos permitirá humanizar los retratos de nuestros bisabuelos, a menudo bastante estereotipados y condicionados por detalles clave.

Luna de miel y conflicto en la pareja

Ya hemos visto anteriormente que, de repetición en repetición, las trampas que nos tiende el árbol genealógico nos llevan a reproducir, una generación tras otra, los sufrimientos vividos en la infancia. Estas repeticiones pueden ser del orden de una *duplicación* pura y simple (por ejemplo, una niña marcada por la ausencia de su padre pasa toda su vida enamorándose de hombres ausentes; el hijo de una madre fría e indiferente se empareja con mujeres incapaces de amar); de *oposición* (el hijo de una madre invasora y absorbente se enamora de mujeres tímidas y huidizas que no se atreven a corresponderle; una joven con un fuerte complejo de Electra, que tiene un padre brillante, empresario, rubio y de ojos azules, se casa con un hombre totalmente opuesto a éste, de otra raza, analfabeto y jardinero); y, por último, de *compensación* (la hija de una padre con una minusvalía física, con quien jamás pudo tener contacto o vivir aventuras en persona, se casa con un gran deportista reconvertido en kinesioterapeuta; el hijo de una madre amante de su familia pero muy absorbida por su trabajo y casi siempre ausente, contrae matrimonio con una mujer cuya mayor ambición es la de ser madre y sentarse al lado de la chimenea).

Cuando el otro no se corresponde con la proyección que nos motiva, pasamos por su lado sin reparar en él/ella. Si por el contrario los esquemas concuerdan, nos sentimos inmediatamente atraídos como por una fuerza misteriosa...

Cuando se estudia el árbol genealógico de una pareja, no es raro encontrar en él sorprendentes similitudes: ella sufre psoriasis y él tiene granos en la espalda; en la familia de ella, la abuela murió de un cáncer de piel, en la familia de él, la abuela tuvo una relación con un africano después de asistir a un baile estudiantil, y de dicha relación nació un niño mestizo que, para la familia, fue la prueba de su «pecado». Esta cuestión de la piel afecta al hijo del mestizo mencionado, nacido blanco, y se expresa en esos granos que tanto le molestan. La mujer, por su parte, siente vergüenza de su psoriasis de la misma manera que su abuela sentía vergüenza de su cáncer de piel... La mujer con psoriasis y el hombre con granos en la espalda buscan solucionar sus respectivas neurosis infantiles formando una pareja en la que las dos dificultades o trampas se ensamblen perfectamente. Y así, de un solo flechazo, se unen los problemas de veintiocho ascendientes.

En virtud de este proceso de ensamblaje, y con bastante frecuencia además, la pareja parece haber encontrado, en el momento mismo del encuentro, una solución milagrosa para todos sus problemas. Es la fase llamada «luna de miel», en la cual se idealiza al otro y se le convierte inconscientemente en nuestro salvador o en nuestra alma gemela. Un cierto número de procesos biológicos, modificaciones hormonales y alteraciones de la química cerebral acaba por poner a los dos tortolitos en un estado de disponibilidad máxima del uno para con el otro. Pero una vez disipada esta euforia psico-física, el árbol genealógico no tarda en llamarnos al orden.

Si los padres se reprodujeron en el pasado sin desarrollar su nivel de Conciencia, la pareja se convertirá muy pronto en un lugar apto para la reproducción de conflictos aún no resueltos. Entonces, asistiremos a una disputa continua entre los egos intelectual, emocional, sexual y material. En el momento de la ostentación amorosa, cada uno de ellos había aceptado interpretar el rol con que el otro le había revestido para mostrarse mutuamente deseables. Pero llegado el momento, las diferencias explotan e, incapaces de soportarlas, ambas partes entran en conflicto. ¿Qué es lo que ha pasado? Cada uno de ellos deseaba encontrar en el otro el complemento de lo que personalmente le faltaba.

Ejemplo: El hombre de este caso tiene una cierta tendencia intelectual y una sexualidad vigorosa, pero es incapaz de expresar sus emociones y no sabe desenvolverse en la vida cotidiana. Ella, por el contrario, puede organizar fácilmente la vida cotidiana y expresar sus sentimientos, pero está sexualmente bastante bloqueada y tiene un desarrollo intelectual bastante precario. Uniendo sus dos egos realizados (intelectual y sexual en el caso de él, material y emocional en el de ella), ambos se complementan. Pero sus complejos respectivos entran en colisión: él se siente inferior material y emocionalmente; ella, sexual e intelectualmente. Es entonces cuando emergen los conflictos, en el momento en que cada uno de ellos se ve obligado a complementar cualquier cosa del otro, mientras espera a que el otro le complemente a su vez. Y así es imposible alcanzar la satisfacción: la pareja ha caído en la trampa de una situación similar a las propias de la infancia, es decir que, habiendo lugar de sobra para los dos, las luchas de rivalidad pueden convertirse en peleas tan feroces como las que enfrentaban a un hermano y a una hermana.

Esencialmente se pueden distinguir cuatro tipos de conflictos, que resumimos aquí de una manera no exhaustiva y a título de ejemplos:

La lucha por existir

El presupuesto infantil de este conflicto puede resumirse de la forma siguiente: «Mis padres no me prestaron la suficiente atención como para poder formarme un Yo. No sé quién soy verdaderamente ni tampoco cómo soy. Me siento vacío. No soy capaz de encontrar sentido a la vida. Me doy al otro sin poseerme a mí mismo y no me siento digno ni de valorarme. Mi felicidad está en tus manos». La persona que se involucra con una pareja de semejante actitud lo hará con una trampa ambulante, un adulto vacío que alimenta demandas de bebé abandonado y que sólo espera escuchar a su pareja decir «¡Tú existes!».

Pero una persona vacía y devaluada encontrará en el otro un vacío y una devaluación simétricas. Si uno es pasivo («¡Yo me entrego a ti! ¡Tú serás mi Yo!»), el otro es activo («Acepto que vienes a llenar mi existencia porque para ti yo soy alguien. Seré tu guía y tu modelo»). En un principio, uno adora y el otro se deja adorar. Gradualmente, el «débil» de la pareja comenzará a manipular al «fuerte» hasta acabar por dirigirlo. Un día, habiendo adquirido ya la confianza en sí mismo necesaria, demolerá el pedestal del ídolo para hacerle caer. E incluso no le dejará espacio suficiente para crecer.

La guerra de sexos

Este tipo de conflicto es herencia de concepciones sociales y culturales, de las que hablaremos con mayor detenimiento: cada uno de ellos se siente insatisfecho con su identidad sexuada y, si desde un primer momento el uno se entrega al otro para sentirse mejor, la guerra no tarda en estallar.

Como regla general, un hombre consciente satisface el deseo de mostrar su lado femenino y una mujer consciente, su parte masculina. Pero es también necesario que su identidad de base sea equilibrada.

Ejemplo: Una mujer infravalorada (porque el padre no la aceptaba o porque tuvo una madre viril y envidiosa de las prerrogativas sociales masculinas) simulará una feminidad que ella no experimenta en absoluto. Un hombre castrado por un padre todopoderoso o bien que sufre la ausencia psíquica o física de su padre y que ha sido educado fundamentalmente por su madre o su abuela, simulará una virilidad que ni siquiera conoce. Pero llegado el momento las máscaras caen. Ella retoma el papel viril que ha visto desempeñar a su madre y él, pasivo, infantil o deprimido, se hunde en una actitud neuróticamente femenina. Es posible que el conflicto afecte a la vida sexual de ambos (frigidez en el caso de ella, impotencia en el del hombre), que pierdan el deseo o que estén siempre criticándose mutuamente, por parte de él porque la encuentra agotadora por su exceso de energía y por la de ella porque le reprocha su incapacidad para entrar en acción. La relación puede devenir muy violenta si entre ambos se pierden el debido respeto.

La satisfacción imposible

Tanto uno como otra, en el momento del encuentro amoroso, confundieron la fusión con el amor: «No deseamos ser nada más que una sola persona». En realidad, lo que hicieron fue proyectar el uno sobre el otro una insatisfacción primitiva que bien podría, por ejemplo, datar de la infancia más temprana: no fueron amamantados, o no lo suficiente, no fueron bien alimentados o bien no recibieron la atención que necesitaban en un momento crucial de sus vidas.

Los dos están hambrientos y ninguno de ellos conoce la saciedad. Son adultos en apariencia, pero, en realidad, son niños que

piden que alguien se haga cargo de ellos, material y afectivamente. Ambos formaron una pareja, pero no con un hombre o una mujer, sino con un padre o una madre. A menudo, el bebé frustrado adopta la actitud de un adulto que se sacrifica: «Yo no tengo necesidad de mamar y, para demostrarlo, me voy a sacrificar por ti y me voy a convertir en tu padre o en tu madre ideal. Y, así, tú me amarás. Yo te daré todo lo que me pidas a condición de que no crezcas; te protegeré, pero si te haces independiente caeré en una depresión, porque habré perdido mi función. Yo no existo si no me ocupo de ti».

El conflicto puede estallar cuando quien asume el rol infantil decide convertirse, a su vez, en padre/madre. El otro, destronado/-a, se debilita o cae enfermo, es víctima de un grave accidente o se arruina. A medida que uno de los dos crece, el otro se va empequeñeciendo. Las personas que buscan esta quimérica satisfacción son un pozo sin fondo: sus demandas no tienen fin. Pidiendo sin cesar cualquier cosa, uno demuestra al otro que es incapaz de darle satisfacción. Y el otro lo sufre porque busca algo que agradecer, para probarse a sí mismo que alguien le ama. Y quien pide sin cesar, incapaz de quedar satisfecho/-a, es igualmente incapaz de agradecer nada.

La lucha por el poder

Esta relación se centra en saber quién domina a quién. Ninguno de los dos, durante la infancia, pudo vivir como realmente era, viéndose obligado/-a a satisfacer las exigencias de unos padres dominantes. Ambos crecieron con un inmenso deseo de triunfar sobre los demás (en ocasiones, los conflictos en el seno de las hermandades agravan el espíritu competitivo), pero, si su pareja cede y «pierde la partida», perderá en seguida el interés por él/ella. Dominante o dominado, la dinámica puede alternar en el interior de un mismo individuo.

Quien en un momento determinado podría decidir abandonar la lucha, destensar la situación y someterse al otro, puede ser la víctima: «Sé que si cedo, como siempre cedí con mis padres, tú me abandonarás. Así pues, me voy a obstinar en contradecirte, incluso si eso te enfurece. Puede que incluso llegue a amenazarte con suicidarme para que me dejes libertad. Pero, a pesar de todos tus insultos, no puedo separarme de ti. Estoy debatiéndome en un juego cruel al que me siento encadenado/-a.»

Por su parte, quien ocupa la posición dominante se justifica así: «Dado que en una pareja uno de los dos tiene que mandar, yo asumo ese rol. Cuando era niño/-a, siempre tuve que agachar la cabeza

y me vi forzado/-a a abandonar mis impulsos más auténticos para satisfacer el gusto de otras personas. Ya no quiero pasar por eso nunca más. Yo te trato como me han tratado a mí por miedo a que seas tú quien me impongas tu voluntad».

Si uno de los dos asume permanentemente el rol de dominado, será con la esperanza de vencer algún día; y el que asume permanentemente el rol de dominante, se verá corroído por una inseguridad no confesada. Cuando por miedo a la separación cada uno de ellos suelta lastre, no es raro ver cómo se invierten los roles.

Este estado de insuficiencia, de no sentirse completo, es el habitual en la mayoría de las parejas en sus árboles genealógicos. Y lo es de tal manera que podríamos creer que, fundamentándose en sus necesidades instintivas, la familia elemental (madre-padre-hijo/-a) obedece al consejo bíblico: «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se adherirá a su mujer, y vendrán los dos a ser una sola carne» (Génesis, 2:24). Pero esto significaría la explosión de dos árboles genealógicos, y no es así como pasan las cosas: el hombre y la mujer, marcados por el grupo familiar, llevan ese estado en ellos mismos. Son herederos de generaciones que, para bien o para mal, para la felicidad y para el sufrimiento, se enlazan. Pueden descender de clanes unidos por el amor a la Conciencia o, por el contrario, por el interés, el deber y la reproducción de modelos sociales y familiares. En este caso tan sólo viven en su ser cultural, separados de lo esencial. Y la unión con el otro no puede ser, por lo tanto, nada más que una tentativa marcada por escapar de una trampa.

En realidad, los conflictos deben ser considerados como los obstáculos necesarios que la pareja debe encontrarse para poder crecer. La unión con el otro es una de las situaciones más privilegiadas de cara a profundizar en el trabajo del Uno Mismo. Antes de exigir ser reconocidos, deseados, amados o tomados a cargo por el otro, podemos por medio del esfuerzo personal intenso tomar la decisión de reconocernos a nosotros mismos; es decir, liberarnos de los juicios formulados en nuestra contra por el árbol genealógico y desearnos a nosotros mismos, o sea aceptar de una vez por todas que nuestra venida al mundo es indispensable, al margen de lo que piensen nuestros padres, y que debemos reverenciar esta energía que nos mantiene con vida. Amarnos a nosotros mismos, aceptarnos sin reservas, e intentar ver con plena lucidez cuál es la parte de nosotros mismos que alimenta el conflicto. Y finalmente, aceptar

nuestra responsabilidad como seres conscientes y dejar de hacer responsable al otro de nuestra felicidad o desdicha.

El conflicto se convierte entonces en algo que nos impulsa a crecer en conciencia, por amor a nosotros mismos y por amor al otro. Se acaba reconociendo al otro tal como es, prohibiéndonos enjuiciarle y prohibiéndole que nos juzgue, mostrándonos los dos con la desnudez íntegra de un ser auténtico. Se acaba deseando verdaderamente al otro y reconociendo en el encuentro amoroso la energía de la vida puesta en marcha para juntos dar a luz una Conciencia encarnada, ya sea bajo la forma de un hijo o la de un proyecto realizado en común. Se acaba también amando verdaderamente al otro, agradeciéndole el hecho de existir, en una completa aceptación de su grandeza y de sus límites, sin entrar en maquinaciones o en chantajes afectivos. La pareja puede, entonces, salir vencedora de todos los conflictos y hacerse cargo de sí misma como una entidad adulta, sana e independiente, destinada a prolongarse en una nueva Conciencia.

Cada uno de los conflictos citados anteriormente puede acabar siendo iniciático e inducir a la pareja a colaborar. La lucha por la existencia se convierte, para cada uno de ellos, en una conciencia apacible de su propia existencia y del camino de la realización. La guerra de los sexos lleva a cada uno de los miembros de la pareja a aceptar su identidad sexuada y a comprender la androginia de su ser fundamental. La insatisfacción perpetua desemboca en una humilde comprensión del hambre y de la saciedad, tanto físicas como psíquicas: así se aprende a dar y a recibir. La lucha por el poder conduce a la experiencia extática de liberarse de ataduras y de la potestad incrementada de la que derivan: todo lo que se lleva a cabo a través de mí es obra de una voluntad superior.

Las parejas de mi árbol: ¿cómo aclarar su dinámica?

El lenguaje del árbol genealógico no sólo está hecho de repeticiones sino también de imágenes legendarias y hechos fundacionales. A este respecto, resulta muy útil poder imaginar, lo más concretamente posible, las circunstancias de los encuentros de las siete parejas en el árbol, porque ellas vienen a ser una suerte de mito fundador de nuestra existencia. Por lo tanto, para cada pareja vamos a preguntar lo siguiente:

–¿En qué circunstancias se conocieron estas dos personas?

–¿Qué edad tenían entonces cada uno de ellos?

–¿De qué nivel social provenían?

–¿Qué encontró uno en el otro, de lo que a sí mismo le faltaba, para poder solucionar sus propios problemas?

–¿Qué los unió: el interés, el deseo, el amor, un proyecto común, el deseo de vencer a la soledad, de reproducirse, la seguridad económica, el amor espiritual?

–¿En qué nivel de conciencia se encontraban?

–¿Se produjo un flechazo, un sentimiento amoroso, un contrato familiar y social o fue un acuerdo por falta de algo mejor?

–¿Qué obra han producido en común (una conciencia, un hijo, un proyecto)?

–¿Cómo evolucionó la pareja después del nacimiento del primer hijo? (Si yo no fuese el/la mayor: ¿Que ocurrió después de mi nacimiento? ¿Cómo fue evolucionando con el paso del tiempo?)

–¿A qué parejas del árbol he conocido personalmente?

–¿De qué tipo de relaciones he sentido testigo?

N. B.: Hablamos aquí de parejas progenitoras (padre y madre de familia), pero también hay que ser consciente de todas las uniones que han tenido lugar más adelante con el fin de solidificar la relación familiar. Entre ellas cabe incluir los conjuntos secundarios (segundas nupcias, suegros, suegras, etc.) y, también, las situaciones en las que se creó una pareja funcional no sexual entre madre-hija, madre-hijo, hermano-hermana o cualquier combinación entre dos personas de la misma familia que decidieron vivir bajo el mismo techo y compartir el día a día.

–¿Qué discurso me ha interesado más sobre las parejas que no he conocido? (generalmente, los bisabuelos).

–¿Qué opinión sobre la relación se filtra a través de estos relatos?

–¿Hay en mi árbol parejas ejemplares?, y ¿parejas malditas?

–¿Cuáles son los rituales y los hábitos transmitidos de generación en generación que definen a la pareja? (servir al otro el desayuno en la cama, respetar el silencio del padre mientras se come, no invadir la cocina si es el territorio exclusivo de la madre y además quien manda en casa, etc.).

Con la pareja comienza el trabajo sobre las relaciones en el árbol genealógico. La relación humana es compleja, pero en el árbol buscaremos el sistematizarla para poder, más adelante, aclarar las cadenas relacionales que afectan al equilibrio del propio árbol, un poco como las cadenas de tensión muscular condicionan la postura de un individuo. Para ello, proponemos reducir las relaciones a cuatro dinámicas fundamentales, simbolizándolas así:

La unión: •———•
El conflicto: ——►◄——
La separación: ——┤ ├——
La dominación o protección: •————C•

Para cada pareja, conviene preguntarse cuál es el trazo relacional dominante en cada centro. Para ciertas parejas, la tonalidad es la misma en casi todos los centros: separación mental, afectiva y sexual, aunque sí unión material. Ocurre asimismo que las cuatro formas de relación se reparten entre los cuatro centros. Por ejemplo, una misma pareja puede estar unida desde un punto de vista ideológico, tener conflictos emocionales, estar sexualmente separada y, en la vida material, uno ganar todo el dinero que ingresa la pareja y proteger al otro.

Se puede representar de la siguiente manera:

I (intelecto): •———•
E (emociones): ——►◄——
S (sexualidad): ——┤ ├——
M (vida material): •————C•

Ejercicio 8. Las parejas en mi árbol

–Incluso aunque te falten algunos elementos, puedes clarificar el estado de las parejas en el árbol poniendo en un esquema los elementos siguientes (para cada una de ellas):

1. Circunstancias y fecha de su encuentro.
2. Duración de la relación de pareja. (Si se hubiera producido una separación: ¿Quién decidió romper? Si se hubiera producido viudedad: ¿Quién falleció primero?)
3. Esquema simplificado de su relación en los cuatro centros.

La relación dentro de una pareja puede cambiar considerablemente con el paso del tiempo. De ahí que propongamos realizar, para cada pareja, una especie de semblanza de su relación en la época en que sus hijos eran aún dependientes (hasta los 6-8 años) de ellos y, si fuese necesario, corregir dicho bosquejo en función del devenir de la pareja. Por ejemplo, para unos padres que se separaron cuando sus hijos tenían 12 años será preciso determinar si la relación era ya conflictiva o no y si la separación se había producido bastante antes de formalizarse como tal.

Este esquema no es nada fácil de establecer porque representa una visión sin ninguna clase de maquillaje de las parejas que hay en el árbol. Pero es bueno que te lo propongas porque eso te permitirá identificar qué relaciones están más claras para nosotros y cuáles permanecen en el misterio. Las relaciones que nos resultan muy conocidas frecuentemente responden a modelos oficiales (positivos o negativos), mientras que las relaciones más imprecisas influyen en el Inconsciente en profundidad.

Por ejemplo: Unos abuelos maternos que se entendían «de maravilla» dan al árbol un modelo idealizado e insuperable de pareja «perfecta»; sin embargo, su hija (la madre del consultante) habría vivido una relación muy conflictiva con su pareja (el padre del consultante).

Es preciso preguntarse ahora, para la pareja unida, en qué centro/-os (intelectual, emocional, sexual o material) se hizo realidad y en qué otro/-os la relación fue más problemática. A continuación, es preciso mirar hacia la pareja de abuelos paternos para tratar de comprender cuál era el esquema de su relación. Finalmente, y si ello es posible, sería muy conveniente revisitar la historia de los bisabuelos para comprender mejor la formación infantil de los abuelos.

Ejercicio 9. La pareja alquímica

El sueño de los alquimistas era alcanzar la pareja perfecta: el alineamiento armonioso del intelecto, del corazón, de la sexualidad creativa y de la vida material que permite la unión de dos Conciencias en un proyecto común.

Ninguna unión de dos puede eternizarse con el único proyecto de vivir en pareja, quedarse tan sólo en ser pareja no es un proyecto viable: los dos miembros de ésta acabarán por destruirse. Una pareja debe tener como vocación prolongarse en una Conciencia común, bien sea dando origen a una familia siendo unos padres con la misión común de acompañar el crecimiento de sus hijos o bien, si la pareja no puede o no quiere procrear, proyectándose en una obra o tarea en común artística, económica, política, práctica o espiritual. Esta tarea se habrá de convertir en el anclaje de la familia. Quede entendido que la pareja puede llegar a tener comportamientos neuróticos ante dicha obra en común, exactamente igual que las parejas del árbol genealógico pueden tenerlos con respecto a sus hijos. Y podrá verse entonces el nacimiento de la competencia, de la autodestrucción, de la tendencia a hacer al otro responsable de nuestra falta de realización, etcétera.

La *pareja alquímica* es la que consigue la unión de los cuatro centros para ponerla al servicio de esta Conciencia que va a nacer. En diferentes ocasiones hemos podido contemplar que, en general, esta clase de unión no ha aparecido nunca en el árbol genealógico. Marcados como estamos por la repetición de modelos, todos tenemos unas limitaciones que no nos permiten imaginar espontáneamente una relación de pareja ideal.

El ejercicio consiste en que anotes, sobre una hoja de papel aparte y dedicando un mínimo de 15 líneas a cada centro, una descripción sobre qué significaría para ti que, entre los miembros de la pareja, pudiera haber:

–Una unión intelectual ideal (ideología, libertad de pensamiento, curiosidad, lenguaje, comunicación, aprendizaje mutuo, unión mental más allá de las palabras, etc.).

–Una unión afectiva ideal (señales y pruebas de afecto mutuo, exclusiva o no en el amor, relaciones familiares y amistosas, amar y ser amado, dar y recibir, indulgencia para con el mundo, etc.).

–Una unión sexual y creativa ideal (compromiso sexual entre las dos personas, libertad o exclusiva creativa, cooperación, creación conjunta, sentido de la belleza, etc.).

–Una unión material ideal (alimentación, reparto del territorio, gestión del dinero, cuidado del cuerpo, dependencia e independencia, etc.).

Este proyecto, que puede adquirir forma de contrato, o de los tradicionales votos matrimoniales, debe parecer válido para ti como para cualquier otra pareja, incluyendo a las propias parejas de tu árbol genealógico. Sin lugar a dudas, te vas a topar con serias dificultades a la hora de imaginar una unión en tal o en cual centro: con toda probabilidad, dichas dificultades te remitirán a lo que haya pasado en tu familia, es decir, a ciertas normas que tú no has conseguido superar o bien a ciertos traumas que han llegado a afectarte a ti también.

Para cada persona, la visión de la pareja ideal varía en función de su propia personalidad, de sus necesidades, de sus ideas, de sus deseos y de sus sentimientos. Por ejemplo, ciertas personas sienten necesidad de una mayor exclusividad en un centro determinado que en otro. Así, ciertas parejas funcionan muy bien en dos casas separadas; otras, con una independencia total en sus opiniones políticas, religiosas o filosóficas; otras más, con una gran tolerancia hacia la infidelidad sexual; otras, incluso, tienen múltiples objetos de su amor en el seno mismo de su casa (hijos biológicos o adoptivos, animales, la propia comunidad, etc.) y no buscan necesariamente la exclusividad afectiva.

Lo esencial para que este ejercicio te resulte útil, es que busques honestamente cuáles serían, para ti personalmente, las condiciones de una relación vivida en Conciencia y hasta qué punto su concepción individual difiere de los modelos de tu árbol genealógico.

El fracaso de las parejas en el árbol genealógico nos marca individualmente y marca a la sociedad en su conjunto. En numerosos árboles, la relación de pareja es más un sinónimo de sufrimiento, de conflicto o de separación que de realización. Y en el momento de intentar formar pareja con un compañero/-a para toda nuestra vida, nos vemos asaltados por todas estas representaciones negativas. Nuestro entorno no es una excepción: la formación de una nueva pareja puede despertar, tanto en la familia como en nuestro círculo de amistades, reacciones hostiles más o menos conscientes. Si en nuestra historia familiar no se ha conocido el caso de una pareja auténticamente feliz y realizada, nos será muy difícil considerar que algo así pueda ser posible, más allá de una relación de corte infantil o romántico. He ahí por qué, si se aspira a formar una pareja adulta y consciente, conviene protegerse razonablemente de influencias exteriores, de consejos «bienintencionados», aparte de aclarar debidamente las influencias que nos afectan. Por eso, el ejercicio que acabamos de hacer para concebir la relación perfecta, ésa que nos parece en los cuatro centros la más realizada, es un trabajo realmente útil tanto para uno mismo como para la sociedad.

Las personas, incluyendo a los terapeutas, que no han pasado por la experiencia de una pareja realizada, tienen una clara tendencia a sospechar de la pareja, hasta tal punto que inconscientemente buscan destruirla, incitadas por los celos o simplemente por la ignorancia: lo que yo no conozco no puede existir. Por consiguiente, una pareja debería construir, para poder enfrentarse a este tipo de agresiones, un sistema psíquico de defensa basado en la solidaridad y la complicidad.

5
Nacer:
cuando el niño aparece

Dar a la luz

Los problemas de las generaciones precedentes influyen en la gestación del niño desde el instante en que el espermatozoide penetra en el óvulo. En ese momento estelar no sólo está presente la psique de la madre sino también la del padre, la de los abuelos y los bisabuelos, mezcladas con las conmociones sociales. En mi caso, la influencia más indeleble quizá fuera el antisemitismo del emperador Alejandro III que, entre 1881 y 1884, eligiendo al pueblo judío como chivo expiatorio para calmar el descontento de su pueblo, lo acusó de degollar niños para fabricar con su sangre el pan de sus misas negras. Se desató una ola de pogromos. En uno de ellos Jashe, mi abuela materna, sefardita, morena, fue violada por un cosaco. Encinta, huyendo de Rusia, desembarcó en Argentina, donde parió una niña de piel marmórea y grandes ojos azules. El cuerpo de Sara, mi madre, proclamaba a grito limpio la vergonzosa violación. Jashe, para justificar la anormal belleza de su hija, inventó un bailarín clásico que abandonó por ella su prometedora carrera artística, huyendo ambos a Sudamérica. Desgraciadamente pereció quemado al subirse –para encender una lámpara– en un barril de alcohol, cuya tapa se hundió a causa de su peso. Jashe, se casó con un buen hombre: Moisés; tuvo con él dos hijas más, morenas y feas pero bienamadas, y desdeñó a mi madre. Se instalaron en Iquique, Chile, puerto que nadaba en la abundancia por ser ahí donde se embarcaba el precioso salitre. Moisés y Jashe, con la compraventa de oro, se enriquecieron. Cuando Sara se hizo mujer, cometió un desliz amoroso con un no judío, un *goy* (repetición del contacto del falo cosaco con la vagina judía de su madre). Para evitar el escándalo, la casaron con Jaime, un muchacho pobre que aceptó, a cambio de la instala-

ción de un negocio de ropa, el himen partido (como lo hizo Moisés con Jashe). Por desgracia Teresa, la madre de mi padre, después de la noche de bodas, fue al cuarto nupcial a examinar las sábanas. Al no encontrar ninguna mancha de sangre, se asomó a la ventana y a gritos acusó a Sara de puta. Jaime, para eludir la vergüenza pública, amenazó con proclamar haber sido engañado. Un nuevo montón de dinero le cerró la boca. Ambos, Sara y Jaime, atados por el qué dirán, fueron a instalarse a Tocopilla, lejos del chismorreo de la colonia judía. Oprimidos por ese estrecho pueblo, vivieron odiándose. Mi madre, humillada, se negaba cada vez que mi padre trataba de poseerla. Eso lo ponía furioso. Cada coito se transformó en violación. Jashe había sido violada. Sara fue violada. Y tal como le ocurrió a ella, yo fui engendrado por un esperma agresivo y un óvulo víctima. En mi memoria celular quedó grabado el terror hacia el hombre brutal. Lo había sentido mi abuela, luego mi madre y después yo; aunque este sentimiento no era mío sino de ellas. Nací temiendo a mi padre. Cuando él se acercaba a la cuna, yo lanzaba alaridos de terror. Nunca cesé de temerle y también de imitarlo. En mi película *El Topo* (1970) filmé una escena donde mi personaje, un bandido brutal, viola a una mujer. Más adelante el bandido se rasura la barba y la cabellera, rompe su revólver y se convierte en santo. Inconscientemente quise demostrar a mi madre que no todos los hombres eran canallas, y con aquello me di el permiso de salir de la infancia y convertirme en adulto.

Un espermatozoide agresivo y un óvulo víctima no pueden dar al individuo que está por nacer la misma energía vital que un óvulo generosamente abierto unido a un espermatozoide pleno de amor. En las células todo está inscrito, el sufrimiento y el éxtasis. El pasado repetitivo y el futuro creador lucharán durante el transcurso de nuestra existencia, reproduciendo constantemente el momento en el que la vida se instaló en la primera célula.

Nuestra labor consiste en hacernos conscientes y liberarnos de las emociones, ideas, deseos, sensaciones que no nos pertenecen.

«Familia mía, os devuelvo las angustias, los miedos, los fracasos, la violencia, la intolerancia, las insatisfacciones, la creencia de que usar anteojeras mentales para no ver el sufrimiento es la felicidad.»

El proyecto de la Conciencia de crear un ser perfecto, armonioso, longevo, pleno de alegría de vivir, puede ser coartado de innumerables maneras por el Inconsciente familiar durante la formación del embrión.

Sara, para vencer la angustia de ser hija de un cosaco violador, se engañó a sí misma convenciéndose de haber sido engendrada por el mítico bailarín. No me gestó entonces a mí, sino a su imaginario padre: nací blanco como la leche y con una frondosa cabellera rubia, que ella se opuso a que me la cortaran hasta que cumplí 4 años. Un día mi padre, rabioso de que yo pareciera una mujercita y le recordara a su hermano menor homosexual, me llevó a escondidas al peluquero. Cuando llegué a casa con el cráneo pelado, Sara lanzó un aullido y se encerró en la cocina para llorar. Al ver que me crecían cabellos oscuros, dejó de interesarse en mí. Nunca más me besó o acarició... Al cumplir yo 18 años, y después de cortarse mi madre en un dedo con el cuchillo del pan, me contó sin darle importancia que al quinto día de su embarazo había perdido un poco de sangre. Ni ella ni yo caímos en la cuenta –yo me percaté más tarde– de que esa pequeña hemorragia indicaba la expulsión de un óvulo: el de mi hermano mellizo. Comprendí entonces por qué, cuando yo era niño, mi cuento preferido era *El medio pollo*:

Érase una vez un medio pollo. Tenía un ala, una pata, un ojo, media cola, medio pico, medio cuerpo, media cabeza. Siempre andaba hambriento, porque no podía retener nada de lo que comía. Por su medio estómago se le escurría todo. Por donde pasaba, sembraba la desolación. El medio pollo devoraba las plantaciones de trigo, de maíz, de arroz y también las lechugas, las legumbres, lo que fuera. Además, a pesar de tragarse un lago, un río, un mar con sus peces, su sed no se calmaba... Después de recorrer desesperado el

mundo entero, al regresar a su pueblo se encontró con otro medio pollo, tan muerto de hambre y de sed como él. Al instante se amaron como buenos hermanos. Se juntaron y compartieron felices cada día una gota de agua y un grano de arroz.

Me gustaba llamarme a mí mismo «Medio pollo». Con ese apodo, sintiéndome incompleto, buscaba un hermano. Junto a la tienda de mi padre se levantaba el cuartel de bomberos. El modesto cuidador del edificio tenía un hijo de mi edad, Orlando. Entablé con él una profunda amistad, que me permitió por primera vez en mi vida sentirme completo. Gracias a él recorrí la mina abandonada del cerro Don Pancho, trepé por las cuerdas de veinte metros donde se colgaban las mangueras mojadas, entré por un agujero del muro trasero del cine Municipal para ver películas de terror, y por último, me masturbé en un círculo de niños en el cual Orlando era el ídolo. Esta simbiosis duró cinco años. A los 10, cuando mis padres bruscamente me desgajaron de Tocopilla para llevarme a la capital, Santiago, sentí lo que debe de haber sentido mi óvulo generador al perder a su mellizo: un frío que pareció congelarme la médula de los huesos. A los 19 años dejé de sentirme incompleto cuando conocí a Enrique Lihn (1929-1988), que también tenía mi edad. Mis aventuras con este amigo, genial poeta y maestro, las he narrado en mi libro *La danza de la realidad* (Siruela, 2001). Fuimos hermanos inseparables durante cinco años. Luego, volví a sentirme mutilado y corté mi comunicación con Chile. Hoy pienso que lo que provocó mi partida, aparte de mi necesidad de explorar el mundo, fue la vertiginosa caída de Enrique en el alcoholismo. Las personas que viven embriagadas se encierran en una isla emocional que no tiene puentes. En París, encontré otra vez a mi mellizo: fue el escultor canadiense Jean Benoit (1922-2010). Surrealista auténtico, antes que nadie presentó un happening, homenaje al Marqués de Sade, donde, frente al espanto fascinado de André Breton, con un hierro calentado al rojo se grabó en el pecho un gran SADE. Durante cinco años nos divertimos como hermanos, creando escándalos liberadores en

las fiestas burguesas: una vez Benoit, ante la indignación de los comensales, sodomizó un pollo asado. De pronto, movido por un proyecto irracional, emigré a México, sintiendo el conocido frío en mis huesos. En la gran capital mexicana, como un milagro, encontré a un auténtico maestro zen, Ejo Takata (1928-1997), de mi misma edad. Nunca proyecté a mi padre en él, como hacían los demás discípulos, sino a mi misterioso hermano mellizo. Ayudado por este santo japonés aprendí a sobrepasar mis límites mentales y dar, como decía él, «pasos en el vacío». La aventura espiritual que viví con él la he relatado en mi libro *El maestro y las magas* (Siruela, 2005).

Emigré con la brusquedad acostumbrada a Nueva York. Fue entonces cuando, estudiando la memoria celular, se me hizo evidente que mi madre había expulsado mi óvulo mellizo. Ausencia tan dolorosa que me obligaba a cortar con mis amigos: no eran ellos los que desaparecían, sino yo, el constante emigrante. Temiendo no poder soportar el dolor de la muerte de mis amigos, prefería eliminarme a mí mismo... Mi madre, no pudiendo borrar de su inconsciente al cosaco violador, imaginaba que su madre había sido inseminada por dos hombres: el bandido y el bailarín sublime. Por el deseo que en general tienen las niñas pequeñas de engendrar un hijo con su padre, al tener ella dos, se embarazó de mellizos. Su organismo eligió entre las dos opciones: o generaba la reencarnación del cosaco violador o la del bailarín mítico. Eligió la segunda opción, eliminó la primera. Yo crecí sintiéndome incompleto, por un lado idealizando mis actividades artísticas pero, por el otro, desconfiando de mí mismo por mis oscuras tentaciones hacia la violencia.

Antes del nacimiento de mi hijo Adán, siendo yo en aquella época un artista egocéntrico y por lo tanto «bárbaro psicológico», no me preocupé mucho de los partos de sus hermanos mayores.

El primero en llegar fue Brontis... A las seis de la mañana recibí una llamada de la clínica anunciándome que Bernadette, su madre, estaba pariendo. Conduje el automóvil lo más rápido posible. Al llegar me llevaron a una especie de mirador cuadrado donde una

enfermera con mascarilla levantó a mi hijo y lo acercó al cristal. Eso fue todo. La madre estaba dormida. Cuando más tarde la vi, debido a la anestesia no tenía ningún recuerdo del nacimiento. ¿Qué efecto produjo en Brontis y en mí esta monstruosidad? Durante años tuve que hacer esfuerzos para llegar a una verdadera intimidad con mi hijo. En él se creó un carácter con tendencia a la soledad emocional. Actor genial, santo y humilde, acepta, como el monje de una poderosa religión, los papeles que le son ofrecidos, sin pretender ser sistemáticamente el actor principal de la obra.

Del nacimiento de Cristóbal, mi segundo hijo, no puedo hablar porque sucedió en México, mientras yo estaba presentando un gran efímero pánico en París. Al no poder hablar del nacimiento de un hijo mío, significa que fui un padre ausente, lo cual es una catástrofe psicológica. Él tuvo que suplir ese vacío recreándome en él mismo de una manera que, con gran diferencia, es mucho más sublime de lo que yo soy.

Muy distinto al de Brontis fue el nacimiento de Teo. Un poco más consciente de la importancia de un parto, pedí presenciar el acontecimiento. En esos momentos, a causa de mis controvertidas obras de teatro y el escandaloso estreno de mi película *Fando y Lis* (1968), me había convertido en un artista famoso. El médico partero, que por suerte admiraba mis obras, o bien por deseos de publicidad, consintió en que yo presenciara el parto, con la condición de que éste fuera filmado, para incluirlo en sus archivos. Así se hizo. Me hicieron tomar un baño con jabón desinfectante, me vistieron con una bata, zapatos, gorro y máscara de cirujano. Me otorgaron un rincón, para que no dificultara con mi cuerpo la acción del médico, de las enfermeras y la del cámara. Me impresionó desagradablemente ver que el abundante vello púbico de Valérie había sido rasurado. Mientras la incitaban a pujar, una enfermera trataba de introducirle una aguja en una vena de la mano izquierda. La vena buscada era tan fina que la enfermera, nerviosa, comenzó a clavarle la mano dolorosamente. Vi cómo el médico cortaba con un bisturí la base del sexo para unirlo al ano. Esto convirtió de golpe el sagrado don de dar la vida en un acto de excreción, donde mi nene podía ser comparado a un excremento. La madre sufría más por esta intervención médica que por las naturales contracciones. La estaban tratando como si fuera una enferma grave. Por supuesto que Teo nació protestando. Le metieron un tubo por las narices y la boca para absorberle el líquido amniótico que había tragado. La clínica apestaba a desinfectante. La luz fluorescente le hería los ojos. El partero lo tomó por un tobillo y poniéndolo cabeza abajo le dio unas palmadas en las nalgas. El niño se puso a llorar con rabia. Una rabia que le duró 24 años hasta que un accidente, quizá inconscientemente provocado, lo sacó de la vida que tanta rabia le daba. Después de su nacimiento, su madre y yo nos juramos que si un día ella quedaba otra vez encinta, le procuraríamos al nuevo ser un parto consciente.

Pasaron los años: yo cumplí 50 años y Valérie 33. Estábamos instalados en Francia. Nuestra unión se había desgastado. Para reforzar los lazos emocionales decidimos engendrar un nuevo hijo. Después de un examen muy doloroso, el ginecólogo le reveló a Valérie que sus trompas estaban tapadas. Decidimos confiar en el poder del Tarot de Marsella. Colocamos en la pared de nuestro dormitorio una reproducción de 90 x 45 cm del As de Bastos (símbolo sexual activo) junto al As de Copas (símbolo emocional receptivo). Elegimos una fecha precisa, guiados por el calendario azteca. Esa fecha nos indicó en qué posición debíamos realizar el coito sagrado. Prendimos incienso, nos alumbramos con tres velas (negra, blanca y roja: los colores de los trabajos alquímicos) y después de acariciarnos un largo rato, comenzamos el rito. A medianoche, estábamos concentrados con todo el cuerpo y el alma en este acto de amor cuando sentimos un pequeño ruido detrás de la ventana que daba al balcón. Miramos con disimulo y vimos las siluetas de Brontis, Cristóbal y Teo que nos estaban espiando. ¿Qué hacer? Nos dijimos: «Ya nos vieron. Estamos realizando un acto sagrado, por lo tanto bello. No tenemos que avergonzarnos ni culpabilizarnos. No nos demos por enterados de su presencia. Continuemos». Es así como, con nuestros tres ni-

ños de testigos, podría decir que milagrosamente engendramos a Adán.

Durante los nueve meses de su gestación, me preocupé de estar siempre presente, de hablar con el feto acariciando el vientre de mi esposa, viviendo con ella el proceso desde el punto de vista del bebé, convirtiéndolo en protagonista del parto. Leímos con gran interés en *Por un nacimiento sin violencia* (1976), un libro del doctor Frédérick Leboyer: «Desde el instante en que el espermatozoide entra en el óvulo, donde se produce la mitosis, todo esto está vivo, se mueve, se transforma. El nacimiento es un cambio de nivel. Y es por ello que hay que dejar de verlo como un problema médico, biológico, fisiológico. No hay que mirarlo con nuestros ojos de médicos, ni de seres humanos. Es otro lenguaje, otra dimensión, como la muerte». Leboyer fue el primer médico, jefe de servicio hospitalario, que se interrogó sobre el trauma del nacimiento y las condiciones insensibles en que éste se practicaba en los hospitales del mundo.

En la clínica de Neuilly encontramos un médico, el doctor Paul Bertrand, que admiraba fervientemente las teorías de Leboyer y las aplicaba. Nos pusimos de acuerdo para el instante del parto: no se apresuraría el nacimiento, ninguna enfermera rompería la bolsa del líquido amniótico, el niño mismo sería quien decidiría el momento de su entrada en el mundo, el cuarto tendría luces suaves, indirectas; no se usaría anestesia; al niño no se le golpearía para hacerlo llorar sino que se le daría un masaje suave y amoroso; al salir se le depositaría sobre el pecho de la madre y luego se le colocaría en una bañera con agua entibiada a la temperatura de su cuerpo y, por fin, habiendo recuperado su propio ritmo cardíaco, se procedería a cortar el cordón umbilical.

A pesar de que todas estas proposiciones me parecieron acertadas, discutí con el doctor Bertrand ciertas declaraciones de su maestro. (Lo que yo pensaba en estos años no estaba basado en certezas científicas sino en creencias.) Leboyer declaraba: «Lo esencial de la angustia vivida durante el embarazo es la angustia del hombre que la mujer absorbe inconscientemente. Esta angustia es mucho mayor

en el hombre que en la mujer porque la vida pasa a través de la mujer y no a través del hombre. Esto es algo para él inadmisible, inaceptable, un misterio absoluto. De pronto, aparece un intruso en su pareja. Tiene la impresión de ser engañado o relegado. El hombre, porque no tiene otra opción, debería tener la sabiduría de dejar que su mujer se fuera con ese amante perfecto, absoluto, que se encuentra en su vientre. Los hombres intentan revivir lo que le sucede naturalmente a la mujer. No pueden lograrlo más que volviendo a su propio nacimiento puesto que ellos son incapaces de dar a luz. Todos los caminos iniciáticos son retornos al seno de la madre para revivir este estado de fusión total».

Le dije al doctor Bertrand: «Leboyer infravalora al padre, al que sólo le otorga la calidad de sembrador y luego de testigo impotente y muchas veces celoso. A pesar de su buena intención, como todos los otros médicos, usurpa el sitio del padre dándose un rol comparable al de un supremo sacerdote... Nadie puede negar que en una semilla está en potencia el árbol futuro, por qué entonces negar que el niño ya está completamente encarnado desde el momento en que el espermatozoide se une al óvulo. Quienes separan el alma del cuerpo pueden sostener que en sus primeras semanas de vida el feto es sólo materia y que luego, desde una dimensión inmaterial, desciende el ser hacia la palpitante masa de carne. El espermatozoide al explotar dentro del óvulo no se esfuma sino que da nacimiento a células masculinas que se unen a las células femeninas engendradas por el óvulo. El crecimiento del feto es producto de un coito continuo de células femeninas y masculinas. Psíquicamente el padre está gestando al nuevo ser al mismo tiempo que la madre. Este alimento espiritual es tan necesario como el alimento maternal. Si el padre, durante la gestación, se ausenta, reniega de su mujer o se niega a sí mismo, el nuevo ser crece angustiado... En este caso el doctor Leboyer tiene razón al declarar que "El parto es como atravesar una tempestad. Para el niño, el hecho de nacer es hasta tal punto intolerable que se niega a ver la luz de todas las formas posibles. Lo niega con su cuerpo, cierra los puños, los ojos. No está ahí.

Simbólicamente sigue siendo un feto. ¿Cómo vencer su miedo al mundo?". Esta pregunta encuentra su respuesta cuando se valora el aporte del padre a la gestación. Si éste participa con todo su espíritu, durante los nueve meses y el parto, el niño para nacer no atraviesa ninguna tempestad y no lo posee miedo alguno. Muy por el contrario, llega al mundo en medio de un placer comparado a un orgasmo, deseando con toda su energía nacer en un mundo que presiente como un edén. Apenas surge de la vagina deja de ser un feto, y no desea volver nunca más al vientre que lo parió, de la misma forma que una mariposa no desea volver a hundirse en el capullo dentro del cual se gestó. Si el padre está ausente durante el desarrollo y el parto, la madre, en complicidad con el médico, se hace invasora, erigiéndose en dueña absoluta de su hijo, quien a causa de esta posesión permanecerá en la infancia toda su vida, deseando retornar al seno materno, no por considerarlo un lugar feliz sino para recibir ahí lo que se le debe: el aporte paterno que le permitirá dejar de ser un feto persistente».

Estas creencias mías, aunque no científicas, tuvieron el mérito de hacer que el doctor Bertrand me permitiera asistir al parto de mi esposa acompañado de mis tres hijos: Brontis de 15 años, Cristóbal de 12 y Teo de 8. Nadie nos disfrazó de cirujanos, como desinfectante simplemente nos dimos una ducha, luego pudimos colocarnos junto a Valérie, vestidos con la ropa de diario, los niños a un lado de ella y yo frente a sus piernas abiertas (por imposición de la clínica tuvimos que aceptar que pariese en la humillante mesa de metal). El doctor y la comadrona se colocaron discretamente detrás de nosotros, para intervenir en caso de una complicación. Valérie, así rodeada por su familia y sin ninguna angustia, con un dolor mezclado a un goce sexual, empujó con fuerza cuatro veces. Vi surgir la cabeza de mi hijo mirando hacia el suelo. De inmediato, armoniosamente, comenzó a girar. Sacó al exterior su brazo derecho, luego el izquierdo, y así en cruz con la cara hacia arriba, pareció esperar que lo tomara entre mis manos y terminara de extraerlo. Y eso hice. Habíamos decido aceptar lo que el universo nos diera. Toda la ropa

que preparamos era de color violeta pálido, ni rosada ni celeste, para que cualquiera que fuera su sexo, le sirviera. Al ver sus testículos, que a todos nos parecieron enormes, exclamé sin haberlo pensado antes: «¡Adán!». Más tarde me di cuenta de que Adán era el primer hombre nacido con felicidad tanto en el árbol genealógico de Valérie como en el mío. Coloqué al pequeño y sonriente Adán sobre el pecho de su no menos sonriente madre. También sonreíamos Brontis, Cristóbal, Teo y yo. Después de haber sido sumergido en una pequeña bañera con agua tibia, donde hizo gestos de nadar, vino el momento de cortar el cordón umbilical. Me ofrecieron una tijera. Comencé a rebanar ese sólido tubo, pero me detuve. Sentí que no era a mí al que le correspondía tan importante acto, sino a la madre. En el reino animal, las hembras cortan su cordón umbilical con los dientes. La madre, asumiendo este corte, reconoció que el niño ya no era ni una víscera ni un órgano suyo, sino un individuo completo que, gracias a sus cuidados, los míos y los de sus hermanos, alcanzaría la independencia, convirtiéndose en adulto responsable de su propio destino, no encerrado en un capullo familiar, sino abierto al mundo. Hoy en día Adán se acuerda con agradable emoción de su nacimiento. Nacer no es una dolorosa pérdida del paraíso intrauterino. Es el mismo placer que experimenta una flor al abrirse.

DEL NACIMIENTO A LA NATIVIDAD
Gestación, parto, nacer y renacer

Desde el inicio del embarazo, la vida llega como una explosión de júbilo. Si no hay nada que se oponga a su desarrollo, el óvulo fecundado se transforma en embrión, después en un feto, que crece durante nueve meses hasta nacer en plena alegría en un acto de cooperación total con la madre. Éste sería el desarrollo ideal de nuestra aparición en el mundo.

La esencia de nuestro organismo no es la materia que lo compone ni la energía que lo produce, sino algo a lo que podríamos denominar quizá: *voluntad de la Conciencia*, que precede tanto a la materia como a la energía. Dicha voluntad existe desde antes de la gestación del feto y sin ella nuestro nacimiento no sería posible. Si el padre y la madre no han adquirido previamente un nivel de conciencia elevado, lo que hacen es engendrar hijos motivados, meramente, por un instinto de propagación de la especie y movidos por un deseo inconsciente de ser imitados: antes del niño de carne y hueso, lo que existe es un niño imaginario, sin una verdadera individualidad, del que se espera que realice los proyectos que más satisfagan las necesidades familiares. El niño entonces no se tiene para que él se realice a sí mismo, sino para que sus padres se realicen a través de él.

Pero si el nivel de conciencia de los padres es elevado, ellos respetarán la individualidad del ser que viene al mundo, sin sobrecargarle con proyectos previos, con un destino ya trazado o con sus propias proyecciones y repeticiones, y esto no sólo de palabra sino también de hecho, incluso aunque les cueste. En la práctica, gestación y nacimiento se ven a menudo afectados por una serie de accidentes y de traumas más o menos graves, cuyas consecuencias serán un lastre más o menos pesado durante nuestra vida futura. Para comprender debidamente el árbol genealógico, una de las etapas esenciales por las que hay que pasar consiste en la revisión, por una parte, de las circunstancias de nuestra concepción, gestación y nacimiento; y, por otro, en interesarnos en la forma en que el resto de miembros de nuestro árbol fueron, asimismo, concebidos, espera-

dos y traídos al mundo. Pues el impacto de traumas prenatales resulta esencial y duradero en el linaje.

Como en el resto de temas que se tratan en este libro, lo primero que veremos aquí es cómo esta losa del pasado ha deformado todo este desarrollo, y cómo podremos reparar nuestro propio nacimiento gracias a una toma de conciencia adecuada y a través de medios simbólicos que nos permitan integrar las informaciones de las que carecemos: el recuerdo de un nacimiento traumático puede verse completado por nuevos elementos que nos permitan «renacer» metafóricamente, liberados ya de esas mortíferas huellas.

Fecundación, gestación y nacimiento: el peso del linaje

Al cabo de ocho semanas, el óvulo fecundado se transforma en embrión y, después, en feto. Durante este breve periodo de tiempo, la célula inicial, a una velocidad constante, se divide y se multiplica por sí misma ocho mil millones de veces. Poco a poco, se van desarrollando los receptores sensoriales y afectivos, gracias a los cuales el feto comienza a interactuar con su madre y con su entorno líquido. Estos estímulos, a su vez, van a modelarle los sistemas nervioso y endocrino: las áreas sensoriales y motrices, el hipotálamo, la hipófisis y todos esos lugares, todavía misteriosos, donde residen el Inconsciente y el Supraconsciente.

La energía que propulsa el crecimiento del sistema nervioso durante las primeras ocho semanas de la gestación es de una pujanza tal que, si llegara a continuar con su inercia, en el espacio de nueve meses de gestación el cerebro alcanzaría las dimensiones del planeta Tierra. Se podría decir que es la misma fuerza que ha hecho nacer los soles, las galaxias y el universo entero.

Pero si los padres son prisioneros del pasado, de los requerimientos del árbol genealógico y de un nivel de Conciencia limitado, opondrán ante este júbilo vital sus frenos corporales y espirituales: y será un sufrimiento que el feto padecerá, a su vez, de una forma u otra. Esta clase de frenos pueden ser de una naturaleza muy concreta: desgracias y aflicciones, una alimentación tóxica, consumo de drogas, abuso del alcohol, etc. Pero se puede asegurar que los pensamientos, los sentimientos y los deseos, metabolizados como crispaciones musculares y como información química por el cuerpo de la madre, podrían influir en el crecimiento del embrión.

Todos los científicos se muestran de acuerdo a la hora de afirmar que los comportamientos de la madre tienen una influencia determinante sobre el niño que va a nacer. Hace treinta años, nadie habría ni siquiera soñado con prohibir a una mujer encinta que fumara, hecho que, según se sabe hoy, puede tener una influencia sumamente negativa en el desarrollo del bebé. Algún día se demostrará probablemente la forma en la que ciertos pensamientos,

sentimientos o deseos pueden ir asociados igualmente al desarrollo armonioso del niño, o por el contrario servir de obstáculos para el mismo.

La fuerza de vida que preside el desarrollo del niño que está a punto de nacer es ya la de una persona de pleno derecho. Al igual que un grano de cereal contiene potencialmente la planta futura en toda su perfección, de la misma manera, desde que se unen el óvulo y el espermatozoide, una persona comienza a tomar forma, potencialmente completa, con su parte correspondiente de Conciencia cósmica. Es el Universo entero el que toma cuerpo.

Sin embargo, un embarazo de cada seis (o de cuatro, según las estadísticas) no llegará a su término. La mayor parte de los abortos naturales tienen lugar dentro de las ocho primeras semanas de embarazo, y los médicos se muestran de acuerdo al pensar que ésta es una circunstancia que se produce para bien porque el ser que ha desaparecido no era viable, por ejemplo por ser portador de alguna anomalía cromosómica. La naturaleza, al parecer, procede mediante «percances». ¿Debemos, por consiguiente, deducir de ello que tales óvulos fecundados no estaban, ya de entrada, destinados a vivir? En todo caso, se puede postular que el vientre de la madre, mientras el hijo se desarrolla en él, no es únicamente un lugar individual, sino que asimismo es una especie de nido familiar y social. Y junto con el ADN de su progenitor, es todo el árbol genealógico paterno el que se asienta en el útero donde el óvulo se está desarrollando. Cualesquiera que hayan sido los deseos del padre o de la madre a la hora de concebir un hijo, es muy posible que subsista en la memoria celular de ambos algún conflicto pasado que impida o deforme la propia concepción. En tal caso, la lucha entre la Conciencia, en pleno desarrollo, de dos adultos que desean convertirse en padres y las contradictorias consignas del pasado (en el árbol genealógico de ambos progenitores pueden existir diversos conflictos vinculados con la concepción de un niño) pueden dar lugar a alguna clase de percance, desde el momento mismo de la fecundación, que sentencie al óvulo a no ser viable a largo plazo. Mas cualquiera que sea el dolor que provoque esa interrupción de un embarazo deseado, esa pequeña vida a corto plazo es, también, potencialmente portadora de Conciencia. En efecto, el organismo de la madre (re)aprende a crear un lugar de acogida, mientras que, en el plano espiritual, los padres deben comprender que, en esta ocasión, el alumbramiento de un niño es independiente de sus planes o de su voluntad personal y que ellos

son, simplemente, unos intermediarios a través de los cuales se encarna la Conciencia.

De cualquier forma es indispensable dejar bien claro que nunca y en ningún caso *se crea a un niño*, sino que *se le permite crearse a través de nosotros*. Los padres deben aceptar convertirse en un canal de la Conciencia cósmica aunque, también y en cierta medida, permanecer siendo el receptáculo de las tradiciones y de los requerimientos del linaje.

La dinámica entre las fuerzas del pasado y las del futuro actúa en los cuatro centros. Corporalmente, dicha dinámica puede dar lugar a ciertas deformaciones en el feto, a embarazos malogrados y a toda suerte de problemas que aparecen después de la gestación y del propio nacimiento: apertura del cuello del útero, flebitis, placenta previa, nacimientos prematuros, cordón umbilical enrollado alrededor del cuello del feto, etcétera.

En los otros centros, la mencionada dinámica provocará diversos tipos de conflictos internos, o bien conflictos entre la pareja, ya sean afectivos, ideológicos o sexuales. Uno de los más frecuentes es el padecimiento de una intensa angustia, que afecta a numerosos padres. En efecto, cuando alguien se dispone a dar vida a un niño, le inscribe en la condición humana, lo cual quiere decir que se le da como destino morir. Pero también se puede afirmar que si bien el ser humano es individualmente mortal, la especie humana, en sí misma, es perenne. Pensando únicamente como individuo, éste va a vivir la perspectiva de su propia muerte con angustia, pero si se inscribe dicha perspectiva en la humanidad en su conjunto, la propia muerte se puede considerar como un sacrificio jubilosamente consentido en aras de la humanidad futura. Esta posición transpersonal no es sólo una visión del espíritu, es una convicción esencial que, una vez alcanzada, permite afrontar la propia desaparición con una serenidad mucho mayor.

Pero los padres que no han alcanzado este grado de conciencia transpersonal pueden verse asaltados por una angustia irresistible, porque la llegada de un niño les recuerda con enorme fuerza su propia mortalidad. Efectivamente, el nacimiento está estrechamente asociado con la muerte y despierta en ellos toda clase de temores. Ciertos varones, que no tienen la preparación espiritual necesaria para comprender que la vida va unida a la muerte, se ven afectados por un sentimiento de culpa, para ellos inexplicable, por haber dejado encinta a su mujer. Y esta angustia la manifiestan, por ejemplo, sintiendo un gran temor a que el parto resulte mortal tanto para la

madre como para el hijo. La angustia del padre y la angustia de la madre se unen y se multiplican la una a la otra.

La única manera de salir de esta ansiedad es comprender que el niño que está a punto de nacer está inscrito en una pujanza de vida que sobrepasa su propia generación y se dirige hacia una sucesión de generaciones. Dentro de esta lógica, la muerte es también una aportación, porque permite la continuación de otras vidas. La única forma de llegar a esta actitud es la de desarrollar un sentimiento de amor por la humanidad, es decir, pasar del árbol genealógico al «bosque genealógico».

Toda la gestación será el campo de batalla (el terreno de juego, en el mejor de los casos) donde se enfrenten las fuerzas del pasado, que desean hacer del niño una prolongación de su linaje, y las del futuro, que entienden al niño como un ser destinado a su propia realización.

Desde el mismo momento de la concepción, la memoria del árbol impulsa al padre y a la madre a proyectar sobre su criatura tanto sus propios miedos como sus esperanzas. Y, según los casos, prefieren tener un hijo o una hija. La madre desea dar a su celoso y desconfiado marido un hijo que se parezca a él, para así convencerle de que es indiscutiblemente suyo. Y el padre, por su parte, lo que desea ver nacer es una niña con los ojos del color de los de su madre, muerta cuando él era todavía un niño. Ambos sueñan con traer al mundo unos seres que obtengan de la vida todo lo que ellos no han podido conseguir... Los padres, atrapados en la trampa del árbol genealógico, se pierden entre sus fantasmas en lugar de proponerse traer a este mundo un ser lo más libre posible.

Cuanto más conscientes sean los padres, más podrán hacer por ayudar a su hijo a desarrollar su ser esencial, aceptando el hecho de que no es a ellos a quienes pertenece sino que el niño pertenece al mundo. Muy a menudo, y a pesar de que los padres tengan inicialmente las mejores intenciones, quien triunfa es la trampa que les tiende el árbol genealógico, de forma tal que los adultos se encuentran de nuevo utilizando a su propio hijo como un instrumento de compensación para encontrar soluciones a sus problemas no resueltos.

¿Y qué entendemos nosotros por «la trampa del árbol genealógico»? «La trampa del árbol» es la no realización profunda de los padres, quienes, en lugar de realizar el proyecto de vida que portan en sí, se dejan arrastrar hacia atrás por la costumbre, la mediocridad, el

pesimismo y el sufrimiento. Si, en el momento en que se unieron, su visión sobre su propio porvenir estaba fundamentada, sobre todo y ante todo, en «fundar una familia», es decir, en repetir un modo de vida recibida de generaciones anteriores, la familia en cuestión estaría deformada desde el mismo momento de la inseminación, enteramente estigmatizada por la repetición del pasado. Si el hecho de tener un hijo tiene como fin perpetuar su linaje, salvar a la pareja de la separación, dotar a la mujer que no sabe qué hacer con su vida de un rol a desempeñar, salvaguardar el patrimonio familiar y que éste pase a un heredero, colmar el vacío dejado por un niño muerto, servir de «recipiente» al alma de un ancestro difunto, etc., en tales casos, la concepción del bebé tiene lugar en una atmósfera patológica. Desde el instante de la fecundación, el nuevo ser cae en la trampa que le ha tendido el árbol genealógico. Son muchas las neurosis que comienzan en el momento mismo en que el óvulo es fecundado por el espermatozoide.

Si observamos nuestro árbol genealógico con la debida lucidez, podremos comenzar a imaginar las respectivas atmósferas en que todos y cada uno de sus miembros fueron engendrados, gestados y traídos a este mundo.

Los hijos del deber no son como los hijos del placer. Un niño engendrado en un acto sexual con carácter violento o incómodo puede verse privado de su natural alegría de vivir. Un hijo no deseado puede pasarse la vida sintiéndose un intruso, buscando un amor que jamás logrará encontrar o encontrándose inmerso en unas relaciones en las que no se quiere saber nada de él. Igualmente, todo intento que hubiera podido haber para eliminar al feto permanece grabado en la memoria celular como una más de las programaciones para morir. Son muchos los adultos que, habiendo recibido la orden de desaparecer del vientre de su madre, arrastran a lo largo de una vida exitosa, en apariencia, la impresión lacerante de que ellos no tienen derecho a vivir. En los casos en que la madre es toxicómana, fumadora empedernida o alcohólica, el embrión se desarrolla nutriéndose de sustancias tóxicas, que absorbe como si fueran su energía legítima. En consecuencia, después de nacer puede convertirse en una persona inquieta, angustiada o que busca mantener relaciones con personas autodestructivas.

Cuando unos padres no han celebrado duelo por un hijo anterior fallecido, o por un embarazo malogrado, y engendran después un nuevo niño con el deseo de reemplazar al ausente, este nuevo hijo vivirá durante toda su vida bajo la sombra del fantasma inicial,

como si fuera una especie de muerto viviente. Las personas que se hallan en semejante situación describen frecuentemente la existencia en ellas de un sentimiento de parálisis ante ciertas actuaciones que, sin embargo, desean llevar a cabo: algo así como un malestar generalizado y difuso, como la impresión de vivir nada más la mitad de su vida o la de haber sido vampirizadas por una fuerza desconocida. Cuando la madre «olvida» –durante esas primeras semanas tan determinantes– que está encinta, puede ser debido a que alguien de su entorno reclama toda su atención (debido a un accidente, una enfermedad) o a que su trabajo o su actuación en el mundo acapara toda su energía. En tal caso, el niño corre el riesgo de no sentirse amado o de verse incapaz de retener la atención de sus padres. Posteriormente, podría desarrollar enfermedades crónicas (por ejemplo, un eczema imposible de tratar o cualquier otra dolencia que obligue a la madre a fijar toda su atención en él).

Los conflictos emocionales ejercen también una notable influencia sobre el embrión. El hecho de que los padres se detesten da lugar a que el niño nazca siendo incapaz de quererse a sí mismo y tenga una inmensa dificultad a la hora de mantener una relación íntima durante un tiempo prolongado, e incluso que sea capaz de permanecer mucho tiempo en un mismo empleo. Si la madre está secretamente enamorada de otro hombre distinto del padre oficial, este secreto pasará al hijo de diferentes maneras, como por ejemplo impulsándole a justificarse sin cesar, sintiéndose culpable sin razón o incluso despreciándose a sí mismo.

Sería imposible elaborar una lista de todas las circunstancias que, desde los dos primeros meses de embarazo, pueden deformar el impulso vital que el niño a punto de nacer lleva dentro de sí.

Y, sin embargo, sí que podemos considerar cuál sería la situación ideal: esa en que ambos padres, profundamente enamorados el uno del otro, se sienten liberados de los dictados de su árbol genealógico, son conscientes de su proyecto de futuro y se muestran deseosos de traer al mundo a un ser que pueda realizar plenamente su propio potencial. Este niño será engendrado en el seno de un gran placer tanto erótico como amoroso, gestado con un alto nivel de consciencia y protegido después por sus padres, quienes navegan con soltura sobre las difíciles aguas políticas, económicas y sociales de su época. Pero hay que decir también que en la mayoría de los árboles genealógicos estas circunstancias no se dan. Por esto es necesario tener muy en cuenta la calidad de la relación de la pareja, la intención que preside la propia concepción del niño y las condiciones de vida de los adultos en el momento del embarazo y del nacimiento.

Durante los nueve meses que dura la gestación, todas las fuerzas físicas que se hallen presentes van a continuar actuando sobre el feto. En numerosos casos, el vientre materno no es el paraíso mítico que se suele describir en algunas ocasiones, sino más bien una prisión agresiva donde el niño va a recibir informaciones sumamente contradictorias. El líquido amniótico, la placenta y el útero transmiten al feto el estado de la madre. Y si ésta, conscientemente o no, considera al feto como un intruso, su organismo reaccionará de la misma forma que lo haría ante una enfermedad o un tumor, y agredirá al feto tratando de eliminarlo. Protegido, hasta una cierta medida, por la placenta, el feto protestará a su manera, aunque seguirá siendo incomprendido. Por otra parte, es posible que esta alianza prenatal con la placenta, que asume entonces el papel de verdadero defensor del feto, pueda quedar grabada en la psique del niño como una relación integral. Éste tendrá después la impresión inexplicable de haber perdido a un hermano gemelo o a su doble: en el momento del nacimiento, la separación de la placenta –su protectora contra las agresiones del árbol genealógico– la vivirá como una pérdida.

Cuando un parto es difícil, el comentario habitual es atribuir al bebé la responsabilidad de esa adversidad: «¡Eras demasiado grande, y además tardaste un día entero en nacer! Tu madre sufrió muchísimo», «Estabas colocado de nalgas y han tenido que practicar a tu madre una cesárea», «Tenías el cordón umbilical enrollado, te daba tres vueltas alrededor del cuello», «Estabas tan ansioso de nacer que naciste en el séptimo mes», «No querías salir y te tuvieron que sacar con fórceps», etcétera.

Todas estas expresiones son falsas y culpabilizan inútilmente al niño (o al adulto), cometiendo además con él la injusticia de ignorar los sufrimientos que ha tenido que pasar al tener que abandonar su único mundo conocido (el vientre materno) por ese otro desconocido (el de sus semejantes).

En realidad, se debería formular –y siempre en primera persona del plural– qué es lo que se oculta tras la pareja parental y tras todas las nefastas influencias del árbol genealógico sobre la madre y el bebé. Y en vez de las expresiones anteriores, emplear estas otras sobre este mismo nacimiento, en el que el niño ha sido, ante todo, una víctima: «Nosotros te hemos hecho crecer más allá de lo razonable. Has debido de sufrir mucho durante este día entero en el

que te has estado esforzando para poder nacer», «Nosotros te habíamos dado la vuelta, impidiéndote nacer como tú querías, con la cabeza por delante», «Nosotros enrollamos el cordón umbilical en tu cuello. Perdónanos por haberte estrangulado», «Nosotros te hemos expulsado al séptimo mes, a pesar de que tú tenías derecho a permanecer aún ahí dos meses más para, así, poder desarrollarte plenamente», «Nosotros somos quienes te hemos impedido salir, y después te hemos lesionado en el cráneo con los fórceps».

Y es que todas estas deformaciones en la gestación y en el nacimiento se pueden encontrar, luego, en el impulso vital del bebé, que lo único que pretende es desarrollarse armoniosamente y nacer con toda felicidad. Ciertas teorías psicoanalíticas, así como algunas corrientes budistas, sostienen que la desgracia inicial de un ser humano se encuentra en el mismo hecho de haber nacido. Nosotros, por nuestra parte, sostenemos todo lo contrario: es decir, que esa desgracia inicial radica en no haber podido experimentar, a causa de las repeticiones neuróticas del árbol genealógico, la inmensa felicidad que es nacer.

Todos los nacimientos deformados generan, además, una angustia suplementaria: la de no saber abandonar un mundo determinado para ir a otro. La persona que nace prematuramente o con retraso, por medio de una cesárea o con la ayuda de fórceps, o prácticamente estrangulada por el cordón umbilical, se encontrará con que, en ciertos momentos clave de su vida en los que hay que *nacer* a una situación nueva, padecerá la misma angustia que aquel bebé que, nacido en condiciones deficientes, no sabe pasar de una realidad a otra sin sufrir. Una persona que esté en esta situación, para evitar reproducir las circunstancias de su nacimiento, cabe que organice toda su vida de manera que no tenga que vivir nunca más una mutación, eliminando así el riesgo de revivir la insufrible angustia que lleva asociada a la noción de nacimiento. Esta fijación puede localizarse en uno o en varios centros: se puede no evolucionar nunca afectivamente y quedarse en la infancia permanentemente; o fijar las ideas de una manera rígida, inflexible; o incluso vivir una sexualidad que no alcanza nunca su forma adulta. También, ciertas personas quedan fosilizadas en su cuerpo y fijadas a conductas alimentarias de las que no pueden liberarse nunca.

Por otra parte, sin embargo, el árbol genealógico no es el único que puede influir sobre el nacimiento. La sociedad y la cultura pueden intervenir en él y de una manera extremadamente nociva. La

imposibilidad, y quizá la envidia, de los varones ante el hecho esencial femenino de poder gestar y parir ha provocado, especialmente en Occidente, una excesiva medicalización del nacimiento a lo largo del siglo XX, que ha experimentado sus efectos nocivos y que causan estragos incluso hoy en día, a pesar de la concienciación sanitaria existente a partir de los años 1970. ¿Cuántas mujeres se quejan, en la actualidad, de haber sufrido tratamientos aberrantes, entre los que destacan la cesárea de conveniencia o el parto provocado para adaptarse a la disponibilidad de tiempo del médico? Todos los primeros cuidados que se dan al niño (corte del cordón umbilical, baño, lactancia) son gestos de una importancia crucial que se grabarán para siempre en la memoria celular. A este respecto, la institución médica ha venido cometiendo a lo largo de todo el siglo pasado, una serie de errores extravagantes, cuyas huellas padecen aún la mayoría de las personas: cordón umbilical cortado demasiado pronto, sufrimientos inútiles infligidos a los neonatos, ideologías delirantes relacionadas con la lactancia (la menor de ellas era la desinfección de los pezones; durante la década 1960-1970, muchos médicos prohibían a las madres amamantar a sus hijos durante las primeras veinticuatro horas y pedían que los alimentaran sólo con agua azucarada; mientras que otros, al servicio de la industria alimentaria, pretendían convencer a las mujeres de que las leches maternizadas eran mejores para el niño que la propia leche de la madre).

Asimismo, se pueden citar aberraciones culturales como, por ejemplo, las que llevan a los padres a matar o a abandonar a su bebé si éste es una niña, hecho que ocurre en algún país oriental, donde el nacimiento de una hembra resulta completamente despreciable. Pero, incluso en Occidente, ¿cuántas niñas pequeñas nacen percibiendo, desde sus primeros minutos de vida, la decepción que se produce en sus padres al verla porque esperaban un varón? Esta decepción es tan tangible que, cuando se hacen adultas, muchas consultantes dicen guardar en su memoria un recuerdo muy vívido de este hecho.

Estos traumas que se producen durante la gestación y el nacimiento dejan severas huellas en las vidas de las personas afectadas. Sin pretender elaborar un cuadro de correspondencias exhaustivo, se pueden dar algunas pistas:

–*una gestación peligrosa para el feto,* cuando activa o inconscientemente la madre ha intentado eliminarlo, engendra en él depresión, falta de autoestima e impulsos autodestructivos.

–*un estrangulamiento con el cordón umbilical*, según algunas culturas, produce niños artistas, pero también es un vector de angustia creadora y de fracaso nervioso pues, en el momento en que se produce, el niño se ve retenido por un vínculo con el pasado (el cordón simbólico) que le produce una angustia de muerte inminente. Posteriormente, la persona afectada por dicha circunstancia podría vivir con un miedo a la realidad, que de hecho es miedo a la madre. El suicidio por ahorcamiento es, asimismo, un eco de dicho estrangulamiento inicial.

–*un nacimiento con carencia respiratoria* produce una inmensa rabia. El niño que traga líquido amniótico vivirá como una traición la acción de la madre, que no ha colaborado con él. Ciertos estudios científicos demuestran que una merma respiratoria de más de una hora de duración durante el nacimiento provoca el riesgo de suicidio, que se verá incrementado durante la adolescencia.

–*los nacimientos de nalgas* devuelven al bebé al pasado e inscriben en su memoria miedo al porvenir o un sentimiento de impotencia de cara al futuro. A partir de entonces, pueden conducir al niño (o al adulto en su caso) a un estancamiento en su progresión. A este respecto, determinados estudios científicos han demostrado que el nacimiento de nalgas está directamente relacionado con el retraso escolar y las repeticiones de curso y que, por regla general, se pueden relacionar un cierto número de enfermedades y determinadas inclinaciones hacia actos criminales con un nacimiento traumático[3].

–*el nacimiento prematuro* puede llegar a engendrar una gran debilidad existencial, una impresión de no estar nunca preparado y de correr el riesgo, sin cesar, de verse expulsado de todos sitios. Al no llegar nunca a tiempo, estas personas tienen grandes dificultades para concluir su trabajo o su obra. Y eso, igualmente, puede dejar como secuela una insatisfacción crónica vinculada a una gran dependencia, un recuerdo de la época en la que el bebé, demasiado débil como para sobrevivir, habría tenido que recibir cuidados intensivos, aunque inadaptados a sus reales demandas existenciales.

–*un parto tardío* en el que el bebé, demasiado grande, ha visto desaparecer el líquido amniótico hasta el punto de nacer deshidratado y medio consumido, generará en él una persistente rabia, una manía a llegar siempre tarde y también la fobia a quedarse en algún

[3] Véase Arthur Janov, *Le corps se souvient*, Éditions du Rocher, París 1997, pág. 48-ss.

lugar que, como un útero materno, podría convertirseal final en una dolorosa prisión para él. Esta reclusión inicial en el seno materno puede engendrar un notable temor al compromiso, así como una serie de problemas físicos en los hombres, como dificultades de erección o eyaculación precoz vinculadas a un gran terror al vientre materno.

–*los nacimientos con fórceps* en los que el médico interviene como un sobrenatural e hiriente deus ex machina, pueden llegar a engendrar adultos incapaces de «pasar a otra cosa» sin una ayuda exterior, personas que se acantonarán en situaciones poco satisfactorias antes que arriesgarse a una mutación abocada al fracaso. Estas personas pueden llegar a sufrir una falta de voluntad crónica, y tener la impresión de que son incapaces de ayudarse a sí mismas.

–*el parto por cesárea* no es un nacimiento, es una extirpación. En efecto, el niño es extraído del vientre de la madre como si fuera un tumor, hecho que puede generar, en el futuro, una fuerte infravaloración de la persona. Un niño nacido por medio de cesárea vivirá con la impresión de no haber nacido nunca, de no pertenecer a este mundo, y no conocerá jamás esa caricia final de la vagina materna, algo que dejará en él una insatisfacción muy profunda. No habiendo podido experimentar esa colaboración inicial con su madre, el niño puede tener dificultades para colaborar en sus actividades futuras. Asimismo, se sabe (a partir de los trabajos de Arthur Janov) que las personas nacidas por medio de una cesárea tienen tendencia a padecer problemas respiratorios.

–*los traumas ligados a la lactancia* (por lactancias interrumpidas o por alimentación con biberón) pueden producir problemas de comportamiento alimentario, así como alcoholismo o tabaquismo, que buscan aportar una nutrición que siempre se rechaza o un néctar que se convierte en tóxico. La trampa que tiende el árbol genealógico en estos casos puede llegar a empujar al organismo de la madre a alterar la calidad de su leche y volverla ácida, inadecuada para su consumo. En consecuencia, el niño sufre diarreas, regurgitaciones u otra clase de problemas. Las personas mal amamantadas pueden manifestar una insatisfacción crónica y difusa, sin causa tangible y que es consecuencia de la carencia del alimento inicial. Se ha podido constatar, igualmente, que quienes no han sido amamantados al pecho materno presentan en la edad adulta, y con una mayor frecuencia que el resto de personas, problemas dentales o incluso de las propias encías.

Quienes hayan padecido este tipo de dificultades, mal traídos a este mundo y mal acogidos en él por parte de un equipo de técnicos desalmados, sentirán una serie de carencias que los perseguirá durante toda su vida. El porvenir les parecerá amenazante, dado que en cada etapa del nacimiento aumentaba su agonía, y depositarán todas sus esperanzas de realización en manos de otros antes que en ellos mismos, intentando desempeñar el rol de víctima sin que se les note, creyendo también que las cosas les suceden por causas al margen de su voluntad. Tras haber luchado mucho para poder salir del vientre materno, estas personas inconscientemente se organizarán para que todo en su vida se transforme en lucha, inventándose si es preciso dificultades que no existen. Un determinado número de ellas se atrincherará en un pequeño territorio, en unos cuantos metros cuadrados, pensando que este lugar exiguo las protegerá de las turbulencias de la vida. Son muy pocas las cosas que les pueden llegar a satisfacer. Se sentirán feas, frustradas, malas, inútiles o malqueridas, pensarán que resultan indiferentes al mundo y que, en el fondo, nadie siente la menor preocupación por saber si están vivos o muertos. Como por un impulso, a veces tendrán tentativas desesperadas, como hicieron antaño para salir del útero: se esforzarán en una actividad que no tiene final, se matarán a trabajar y, ello no obstante, sin poder liberarse de un sentimiento de soledad desalentador. Sintiéndose abandonadas, buscarán la ayuda del prójimo pero exigiendo un auxilio insensato, sin pensar jamás que podrían comenzar por ayudarse a sí mismas. Y exigentes e ingratas al mismo tiempo, perderán la capacidad de inspirar confianza a los demás. No creen en nada, aunque sobre todo no creen en sí mismas.

Al final de este capítulo veremos que nunca es demasiado tarde para curar las consecuencias del propio nacimiento. La comprensión de los acontecimientos es un primer paso, pero a continuación será necesario escenificar, en un acto terapéutico y psicorritual de renacimiento, un nuevo parto que permita a la persona afectada integrar debidamente, tanto en su cuerpo como en su memoria celular, todas las informaciones positivas de las que carece.

En un primer momento será bueno recoger el máximo de información que sea posible sobre el nacimiento, y si fuera posible, también sobre el de otros miembros del árbol genealógico. Esto nos suministrará una información preciosa sobre la formación de la persona y sobre los encadenamientos de nacimientos traumáticos que se hayan podido producir una generación tras otra.

El rol de los padres: convertirse en padre y madre

Conviene que nos detengamos un momento y observemos la figura de la mujer encinta desde una perspectiva metagenealógica. Una gestación, y muy particularmente si es la primera, constituye una conmoción enorme, un cambio radical en el plano hormonal, físico, emocional y mental. Por otro lado, la mujer encinta se convierte, a causa del hijo en formación, en el punto de referencia de toda suerte de padecimientos, creencias, frustraciones y amarguras, provenientes no sólo de su propio árbol genealógico, sino también del árbol del padre de su hijo.

Hemos visto ya que, si el peso del pasado es demasiado grande, el desarrollo del bebé se verá afectado. Es preciso, sobre todo, guardarse mucho de culpabilizar a la madre únicamente: en el momento de la gestación y del nacimiento, ella se encuentra en plena confluencia de dos linajes y, a veces, le resulta imposible encauzar, por sí sola, el oleaje neurótico que rompe sobre ella. El rol de una mujer que espera un hijo, y el de su entorno –comenzando por el hombre que la acompaña–, será, pues, e idealmente, el de hacer todo lo posible para permitir al niño desarrollarse y nacer, sin permitir que la trampa genealógica interfiera en todo este proceso.

En el ámbito de las medicinas energéticas como la homeopatía, quienes las practican señalan que, después de la gestación, la madre «integra las informaciones genéticas del padre», es decir, que ella misma está habitada por la energía dominante del progenitor de su hijo y que, como consecuencia, puede cambiar súbitamente de comportamiento, de carácter, etc. Las hormonas no son la única causa de esta situación, sino que también influye un grado de receptividad muy elevado que le permite hospedar a todo el árbol genealógico paterno de su hijo tanto en el interior de su cuerpo como en el de su psique durante los nueve meses que dura la gestación.

A este hecho, al que la mujer encinta es particularmente vulnerable, se suma el que hasta la década de 1970 en los árboles genealógicos occidentales, e incluso sucede a veces hoy en día, un elevado número de embarazos son accidentales y no deseados (es también

muy raro que la historia familiar mencione abiertamente hechos como éstos). Es preciso, pues, aprender a leer los árboles genealógicos en función de una enorme ocultación, por ejemplo la de los abortos clandestinos, a menudo convertidos en auténticas carnicerías y que en ocasiones podrían haber tenido un final trágico. En el árbol genealógico, en general, las mujeres que hayan muerto como consecuencia de una interrupción del embarazo esto no se reflejará como tal, y se dirá que la causa de su muerte fue: agotamiento, cáncer de matriz, una «inexplicable» hemorragia, indigestión (u otra patología digestiva), la coz de un caballo o cualquier accidente que pudiera afectar directamente a su zona ventral...

Sucede, asimismo, que se suelen encontrar en la historia familiar algunas mujeres fallecidas «a consecuencia de un parto», aunque seis u ocho meses después de que realmente dicho parto tuviese lugar. En tales casos, se puede suponer que se trata, en realidad, de las consecuencias trágicas de un aborto espontáneo tras haber quedado de nuevo encinta la mujer. En casos así, se puede llegar a culpabilizar al último hijo vivo, sin razones aceptables, de la muerte de su madre.

En el mismo orden de ideas se puede seguir el rastro, en varias generaciones, de las consecuencias de la muerte durante un parto de una abuela o de una bisabuela: descendientes que se casan con médicos, esterilidades, hombres culpabilizados en su sexualidad (porque el esperma del marido ha matado –simbólicamente– a la mujer, vía el niño), etcétera.

En fin, el infanticidio es un secreto más habitual de lo que cua quiera se podría imaginar: al igual que en cierta época se considera ba que los niños «no sentían nada» o que «no sufrían», la concep ción moral de que el feto o el recién nacido es una persona d pleno derecho es todavía muy reciente.

De lo que se trata, en realidad, es de medir en varias generaci nes el sufrimiento que las mujeres padecen tanto en su cuerp como en su psique, así como la distancia que existe entre su exp riencia individual y el rol pretendidamente «natural e innato» q se le ha adjudicado a la madre, sobre cuya ambivalencia toda la p cología del siglo XX ha estado investigando ampliamente: un inducido por la sociedad, la religión y la cultura, que inventan y s lidifican la idea de una Madre idílica, que es protectora del hog abastecedora de alimento, siempre pendiente de todo, infatigabl animosa, paciente, fuente surtidora de una inagotable dulzura, gante y digna. Es decir, exactamente el rol al que varias culturas

dican anualmente un día muy particular: el Día de la Madre, la Fête des Mères o el Mother's Day.

Pero también está el rol –social y culturalmente inducido– del Padre idílico que funciona como un modelo, un refugio y un valor de contraste para un gran número de hombres: guía valiente y seguro, proveedor financiero y garante de la seguridad, el Padre por excelencia infalible y generoso, inflexible y leal, rebosante de compasión a la vez que guardián de la ley, severo pero justo, etcétera.

A la sombra de estos arquetipos, nosotros querríamos mostrar aquí una lista de elementos que intervienen tanto en la maternidad como en la paternidad y que son las identidades construidas, a la vez por las experiencias del pasado (se es padre o madre como/a pesar de/contra los propios padres) y por la llegada de uno o varios hijos. Cuando varias personas pertenecientes a una misma hermandad llevan a cabo un estudio del árbol genealógico propio, pueden apreciar rápidamente que primogénitos, medianos y benjamines no han tenido «los mismos padres»: para cada niño/-a todos los entresijos concernientes a la maternidad y paternidad se ponen de nuevo sobre el tapete, en función del camino vital de los padres (y de la evolución de su nivel de Conciencia) y de la personalidad única de cada uno de los hijos, lo cual les provocará una evolución inédita.

Existen diferentes tipos de madres y de padres, o mejor dicho diferentes niveles de maternidad o de paternidad. Cada uno de dichos niveles es sano y formativo si conduce al nivel siguiente, pero en el árbol genealógico son muy numerosos los padres que se detienen (o que se ven bloqueados) en algún lugar del camino que seguían en tanto que padre o madre, y se quedan en una posición de estancamiento (1, 2, 3 o 4) y se vuelven tóxicos para sus hijos.

Nivel 1: la progenitora/el progenitor

Es el primer nivel de la maternidad y de la paternidad, el que se corresponde con la inseminación convertida en una realidad tangible. La mujer, encinta, se reconoce como tal y acepta con alegría sa mutación de su identidad personal. A partir de ese momento, la ujer llevará una vida dentro de sí que no es la suya propia y que sido engendrada por su unión con un hombre. Éste, a su vez, conoce que su sexualidad no se ha manifestado con el único obtivo de lograr el placer momentáneo que supone la eyaculación, o que su esperma, al encontrarse con el óvulo de la mujer con la ha hecho el amor, va a engendrar un ser vivo. También para él

comienzan a cambiar las cosas, aunque no en el interior de su cuerpo. El padre comienza a imaginar a su futuro hijo, sintiendo, generalmente, la tentación de hacer de él un retrato mejorado de sí mismo. Si el padre ha logrado ya convertirse en persona consciente, aceptará cualquier diferencia como una aportación y no como una carencia, aparte de no tener intención de apropiarse del niño futuro.

Pero si los padres se retraen y se estancan en este nivel darán lugar a la aparición de...

...una madre asesina/un padre rencoroso

Ella no tiene el menor deseo de ser madre. Ella lo que quiere únicamente es reafirmarse en que es una mujer. La razón de este deseo suyo podría estribar en que su árbol genealógico hubiera favorecido exageradamente a los varones, otorgando a las niñas un papel secundario. Desatendida por su padre, mantiene una gran rivalidad con su madre o con los hombres de la familia y, en el fondo, se siente carcomida por un sentimiento de impotencia y esterilidad. Pero una vez que ella se haya reafirmado en su propia capacidad para concebir un hijo, podría abortar despreocupadamente. Este hecho le habría servido únicamente para asegurarse de que *puede*, es decir, para reafirmar la vitalidad de su centro sexual-creativo. Si, en cambio, decidiera conservar al niño, estaría corriendo el riesgo de convertirse en una madre «asesina» sin ningún deseo de quedarse encinta, ni de traer un hijo al mundo, ni tampoco de ocuparse de él. De igual manera, hay padres asesinos a los que podríamos denominar «hedonistas sin futuro»: hombres que odian a su madre o a las mujeres en general y que se refugian en una huida inmadura o en un sadismo reivindicativo. En el primero de los casos, el hombre, atemorizado por la responsabilidad que implica fundar una familia, sentirá el impulso de huir a toda prisa. Si se ve forzado a quedarse a su pesar, cubrirá de sarcasmos y desprecios a esa mujer y a ese hijo que integran una familia que él nunca ha querido tener, o rehusará comunicarse con ellos encerrándose en un silencio agresivo. La segunda categoría esconde a todos esos seductores impenitentes de conductas sádicas, a los violadores, a todos aquellos hombres que utilizan su esperma como un arma. Un caso extremo, aunque muy representativo, es el de un escultor chileno de ascendencia germánica, fanático seguidor de las ideas nazis, que, a principios de los años 1950, seducía a jovencitas judías a las que conocía a la salida del liceo, las dejaba embarazadas y se presentaba

en la casa de sus padres vestido con un uniforme de las SS, proponía matrimonio a la desdichada o, previa suma de dinero considerable, la invitaba a salir de su vida para siempre.

Nivel 2: la madre clueca/el padre proveedor

En este nivel, la gestación se vive como un periodo sumamente dichoso. La mujer, encinta, pone toda su energía al servicio de esta incubación en la que el niño va creciendo, poco a poco, en el interior de su vientre. La mujer honra y protege esa vida que depende enteramente de ella, poniendo un cuidado muy particular en su ritmo de vida y en su forma de comer, pero también en sus ideas, sus sentimientos y sus deseos. Y, en tanto que tal, la mujer encinta demanda, legítimamente, ser protegida. El hombre, por su parte, se ocupa de construir un nido en torno a ella y atiende sus necesidades, sintiendo, acaso por primera vez en su vida, que todo cuanto da a esta mujer y a su hijo que va a nacer se lo está dando a sí mismo. Su generosidad le procura una parte preponderante en la aventura que está teniendo lugar. En efecto, satisfaciendo las necesidades físicas y psíquicas propias de la gestación, el hombre comienza a constituir la familia, incluso en el caso de que todavía no sea una realidad tangible para él.

Pero si los padres se retraen y se estancan en este nivel darán lugar a la aparición de...

...una madre devoradora/un padre ausente

La madre ama su vientre de mujer encinta, pero no al niño que lleva dentro de él. Para ella, el niño no es nada más que un objeto de poder y rehúsa aceptar que una vida, independiente de la suya, se desarrolla en su matriz. Acepta los cuidados que se le prodigan mientras niega la existencia individual del bebé, quien para ella no es más que un medio de existir ella misma, de ser centro de atención. Si el niño esperado es un varón, es posible que en su caso represente ese falo que ella nunca tuvo y que, por fin, lleva en su cuerpo. La madre corre el riesgo de desaprobar completamente al niño en el momento de su nacimiento o, por el contrario, hacer de él un tentáculo, creando una simbiosis en la que él será la prolongación de su propio cuerpo, de sus propios deseos y de su propia voluntad. Este tipo de madres pueden proceder de un árbol genealógico en el que varias generaciones de mujeres habrían sacrificado sus vidas por engendrar un elevado número de hijos, incluso falle-

ciendo algunas de ellas durante el parto. También es posible que tanto esta clase de madre como su compañero, quien puede estar movido por una neurosis complementaria y creerse portador de un esperma asesino, padezcan intensas angustias durante el embarazo, que podrían llegar a perturbar el buen desarrollo de éste produciendo una apertura del cuello del útero y, en consecuencia, obligar a la madre a permanecer en reposo durante todo el tiempo de la gestación. La madre, además, puede tener unas enormes dificultades a la hora de dar a luz, o bien padecer una fuerte depresión post parto dado que, en efecto, la llegada de su hijo la privará de todos esos cuidados que le han dado a lo largo del embarazo.

Podemos encontrarnos también con esa categoría de mujeres que sienten vergüenza de su preñez y temen el nacimiento de su hijo, concebido como producto del pecado o de la traición. Éste fue el caso de muchas «hijas-madres» (madres solteras) en épocas pasadas, como en nuestros días lo es de mujeres que engendran un hijo mestizo al que no asumen ante el árbol genealógico racista que tienen: «Si ellos se dan cuenta de que he engendrado un hijo de un hombre de otra raza, renegarán de mí». El embarazo como «pecado» pasa de ser una vergüenza sexual (la hija-madre del pasado) a una vergüenza social (la madre de un hijo mestizo).

Por su parte, el hombre que se ha quedado estancado en este nivel puede ser descrito como un «inseminador ausente». Es posible que, siendo niño, no hubiera recibido de su madre todos los cuidados que necesitaba. Como consecuencia de ello, este hombre se proyectará en el feto de su mujer encinta, aunque tendrá celos del bebé una vez que haya nacido, como si fuera un hermanito/-a suyo que ha venido al mundo para robarle la atención de la madre. Decepcionado en su deseo de ser adoptado por su esposa, se ausentará de su familia e invertirá su afectividad en otro lugar. Pertenece a esa clase de hombres que se saben indispensables pero que no son capaces de atarse a su familia: un hombre que continuará atendiendo las necesidades de su esposa y de sus hijos pero sin implicarse de una forma seria o concreta. Ingresar dinero en la cuenta o traer dinero a casa es la única forma de paternidad que él conoce, situación que a veces vive con rabia, como si ello fuera una forma de extorsión a la que se viera sometido, de la que eventualmente se podría vengar volviéndose violento o, por el contrario, comportándose de manera absolutamente ausente con su familia, en beneficio de sus amigos o de alguna amante a la que considere el verdadero amor de su vida. En esta categoría se pueden encontrar hombres

que, si están casados, lo hicieron únicamente por acceder a los deseos de sus progenitores o a determinadas instancias de la sociedad en la que viven (por haber dejado embarazada a una mujer joven o porque les resulta indispensable contraer matrimonio con una mujer de su mismo estatus social, dentro de lo que sería un matrimonio acordado).

Nivel 3: la madre biológica/el padre legal

Son los padres que la sociedad reconoce, es decir, los que figuran en el libro de familia. La madre trae al mundo a un bebé cuyo nacimiento, planteado idealmente, es el fruto de una prodigiosa colaboración entre el niño que quiere nacer y la mujer que quiere darle a luz, al igual que ocurre en el caso de un polluelo, en el que éste picaría la cáscara desde el interior del huevo y la gallina desde el exterior. Este acto de traer un niño al mundo se vive como una realización verdaderamente maravillosa y el bebé recién nacido es visto como el ser más bello que pueda haber en el mundo. Para el padre, es el primer encuentro serio con este Otro que va a llevar su apellido; finalmente, el niño quedará inscrito, de una manera tangible, en su linaje.

Por su parte, el proceso de adopción se puede poner de relieve en este nivel. En efecto, muy frecuentemente el «viaje» real o simbólico que une a los padres con su hijo adoptivo es vivido, simbólicamente también, como una prueba iniciática con desenlace feliz, un evento comparable al parto. El momento del *reconocimiento* entre padres e hijos, que sella su pertenencia a una misma familia, es narrado con frecuencia con una gran emoción: «Desde el instante en que lo/la vimos, supimos que era él/ella» o «Cuando puse mis ojos en los de aquel pequeñito/-a, comprendí que yo era su madre».

Pero si los padres se retraen y se estancan en este nivel darán lugar a la aparición de...

...una madre seca/un padre castrante

Una vez nacido el niño, la historia se acabó. Los padres no están, en ningún caso, dispuestos a ir más lejos de la satisfacción narcisista de haber «hecho eso». Pero ese pequeño ser que llora, grita, hace caca y quiere mamar en todo momento los incomoda enormemente. A ellos les gustaría haber tenido, de una vez y para siempre, un hijo que permaneciera quieto, sentado en su pequeño trono durante toda la vida, como si fuera un cuadro o un animal de compañía.

La madre se niega a darle el pecho o bien sufre patologías que se lo impiden, se adelanta para ir a su trabajo o sufre alguna enfermedad que le impide ocuparse del niño, razón por la cual encomienda la tarea a una cuidadora o a algún miembro de su familia. Pero esto no le impedirá sostener en una conversación que «Este niño *es lo mejor que he hecho* en toda mi vida». En ciertos casos, ella evocará del parto lo «maravillosamente bueno" que fue, recordando frases hechas del tipo «Saliste tú solito/-a» o «Saliste con una gran facilidad» o peor todavía «No duró más de lo que se necesita para ir al cuarto de baño», comparando la salida del bebé con la de una caca, con una obra esculpida por ella y posteriormente abandonada.

Ciertas mujeres expresan su rechazo a amamantar a su hijo asegurando que el hecho de tener a una criatura prendida a su pecho las hace sentirse *como un animal*, o también invocando el miedo que sienten a ver sus senos –adalides de su capacidad de seducción– totalmente deformados por culpa de la lactancia. El propósito de estas madres secas es el de recuperar lo más rápidamente posible su individualidad, en detrimento del niño concebido como estorbo inoportuno al cual, con determinada frecuencia, acusan también de haber deformado su cuerpo. En tales condiciones, al niño ya no le queda otro recurso para ser aceptado que ser un auténtico «sabio» o sumamente «amable»... Los padres pueden llegar también a instrumentalizar al niño, y lo convierten en su público, en su criado o en su asesor, impidiéndole vivir su infancia al haberlo transformado en un pequeño adulto, como si debiera pagar un precio por los cuidados que se le vienen ofreciendo.

El padre, por su parte, es cómplice de este rechazo. Se le puede considerar como un «anti-padre orgulloso», autoritario y duro, que no ve en el niño nada más que la continuación de su propio apellido. Lo que está en juego no es una simple relación de cariño, sino una transmisión jerarquizada en la que el niño es el subalterno del padre y, más adelante, su empleado o su clon. El padre someterá al niño a un auténtico proceso de doma, con el fin de moldear en él la imagen que más le convenga y sin tener en cuenta en lo más mínimo su auténtica identidad, debido a que el padre considera a este heredero de su apellido una prolongación pura y simple de él mismo. Son muy numerosas las dinastías en las que se puede encontrar ejemplos de estos niños, a quienes se abruma con el papel de herederos y se les niega su propia individualidad. Además, si el niño no cumple con las expectativas y exigencias de su padre, si es un «mal hijo» (por ejemplo, ser una niña en un linaje de hombres o un niño

sensible en un linaje de voluntariosos y conquistadores), puede verse convertido en víctima, ser golpeado, caer enfermo y verse humillado y tratado como si fuera un criminal por ese padre narcisista que, en lo más profundo, experimenta una insaciable sed de atención.

Nivel 4: la mamá/el papá

Una vez que nace el niño, los padres se dedican a alimentarlo, a educarlo y a ocuparse de él para permitirle crecer como es debido. Ellos le comprenden y le acompañan en todas y cada una de las etapas de su infancia, jugando con él, ofreciéndole un entorno estable, reafirmante, tierno y confortable.

Pero si los padres se retraen y se estancan en este nivel darán lugar a la aparición de...

...unos padres infantilizadores: madre posesiva/padre invisible

El estancamiento en este nivel, que parece el de unos padres perfectos, consiste en no permitir que su hijo se convierta en un adulto cuando llegue a la pubertad, cuando económicamente sea independiente, cuando encuentre a su pareja para toda la vida o cuando se convierta él/ella a su vez en padre/madre. Los padres infantilizadores, al no poder soportar la pérdida de su «pequeño», lo castigan con distintos métodos (culpabilizándolo de todo, sintiéndose ellos enfermos, etc.) o con conductas agresivas aparentemente inexplicables, llegando incluso a desheredarlos. En esta categoría se hallan padres que, por ejemplo, fallecen en el momento en que su hijo/-a se casa o cuando nace el primer nieto/-a. Asimismo, en esta categoría se pueden encontrar madres que han estado dando de mamar a sus hijos hasta los 4 o 5 años. Los padres infantilizan a sus hijos cuando se niegan a verlos crecer, como por ejemplo quienes llaman a su hijo de 19 años «mi bebé o mi niño» y todas las noches entran en su cuarto para remeterle la colcha...

En ciertas ocasiones, uno de los dos padres considera a su hijo como si fuera exclusivamente de su propiedad e intenta invadir su psiquismo presentándose como la madre perfecta o el padre que todo lo sabe; o, al revés, exagerando su aflición y exigiéndole que no le abandone bajo ningún concepto. Estos padres son verdaderas sanguijuelas, incapaces de dejar ir a su nutricio «tesoro», inculcando a tal fin a su hijo un auténtico terror o rechazo hacia el mundo exterior y haciendo de él, consecuentemente, un misántropo, una

persona antisocial o un inadaptado. En estos casos, los padres se niegan a ver que no han engendrado un niño para ellos, sino para que él se convierta en un miembro, a tiempo completo, de la sociedad humana.

Nivel 5: la Madre/el Padre

Estos adultos responsables y amantes de sus hijos han recorrido ya todo el camino de la paternidad y han logrado integrar los auténticos retos que están ligados al hecho de convertirse en padres. Han aceptado ser el canal de una vida que no les pertenece, han velado con sabiduría por que la gestación de su hijo fuese armónica y alegre, le han permitido nacer sanamente, han acompañado su crecimiento con una atención condescendiente, se esforzaron en todo instante para ayudarlo a desarrollar sus cualidades verdaderas y exclusivas pero sabiendo también que ese hijo/-a no les pertenecía, que ellos sólo lo preparaban para que pudiese volar un día con alas propias.

Una vez que su hijo/-a se hacía independiente, ellos continuaban amándolo con total desinterés y absoluta atención, sin exigirle nada a cambio y estableciendo, poco a poco, una relación con él/ella de adulto a adulto. Estos padres serán abuelos comprensivos y no invasores, conocerán bien su rol y los límites del mismo y jamás se permitirán criticar la forma en que su hijo/-a educa a sus propios hijos.

El pediatra y psicoanalista inglés Donald W. Winnicott solía hablar de madres «corrientes, capaces de una abnegación normal». Sanas de cuerpo y espíritu, satisfechas con su sexualidad, estas mujeres traen al mundo y educan a sus hijos de acuerdo y con la plena colaboración del padre. Estos padres, por su parte, no buscan introducir en sus hijos los modelos caducos del pasado, no se erigen en poseedores de la verdad y permiten a sus hijos que forjen su propia visión del mundo. Para ellos, ser padres consiste en sembrar la humanidad futura.

Cuando hablamos de «madres» y «padres» en nuestro árbol genealógico, es conveniente ver a qué niveles de maternidad y paternidad llegaron. Raros son los árboles genealógicos en los que todas las parejas parentales llegan a este quinto nivel que acabamos de describir.

Nacer, renacer: del nacimiento a la natividad

El nacimiento que cada uno de nosotros ha vivido, o sufrido, está estrechamente ligado al estado de consciencia en el que se encontraban nuestros padres, nuestro árbol genealógico y la sociedad con la que nos encontramos cuando vimos la luz del día por vez primera. De esta llegada nuestra al mundo dependerá la concepción que después tendremos de todo nacimiento, es decir, de todo cambio –real o simbólico– de estado, de identidad, de lugar, de situación y hasta del último tránsito que conocemos: la muerte.

El trabajo sobre el nacimiento es, por consiguiente, un elemento crucial para poder evolucionar, dado que gran parte de nuestras resistencias frente a nuestro propio progreso reside en la trampa del nacimiento tal cual está impreso en todos nosotros.

Si las investigaciones de Arthur Janov han sido fundamentales para poner en evidencia la influencia de los traumas del nacimiento sobre la vida adulta, por contra, la terapia primaria y todas las formas terapéuticas convencionales se inclinan, más o menos directamente, por continuar funcionando sobre unos presupuestos heredados del psicoanálisis. Así, al revivir el trauma (hasta entrar en el cerebro reptiliano) y al desactivar las inhibiciones (recuerdos olvidados de la memoria del cerebro reptiliano, sufrimientos padecidos), la persona adulta podría liberarse. Pero esta proposición sólo tiene en cuenta la relación con el pasado.

Del mismo modo, una parte muy importante de la psicología tradicional se basa en el nacimiento como corte, herida y separación. Pero si nos atenemos al sentido común, el hecho de nacer es una alegría, un regalo y un privilegio. En efecto, desde el momento en que nacemos, entramos en el mundo de la consciencia, en un estado de amor y de felicidad. Según todas las tradiciones filosóficas orientales, el universo está regido por una triple ley: crear, conservar y destruir (tres movimientos representados por los dioses Brahma, Vishnú y Shiva –*Trimurti* o «Gran Trinidad» del panteón hindú–). Estos tres tiempos del ser tienen lugar en la mayor de las alegrías. En efecto, el momento de su declive no es ningún drama

para la naturaleza porque del invierno nacerá la primavera, plena de nuevas posibilidades de vida y de creación.

El error del psicoanálisis ha estado en cambiar el orden de esta tríada, situando a la conservación en primer lugar: postula que para el Inconsciente humano las cosas no deberían cambiar, es decir, que el niño debería conservar la nostalgia de una fusión original y que nacer supone un trauma debido a la separación. Pero si nos situamos en un punto de vista transpersonal, la vida humana sigue a la vez una lógica lineal (yo nazco, vivo y muero) y una lógica cíclica (mi muerte individual permite la perennidad de la especie). Ciertamente, desde un punto de vista individual, todo final es trágico porque nos reenvía a la indiferencia del universo con respecto a nuestra destrucción. Pero, desde el punto de vista transpersonal, todo nacimiento y toda muerte son una auténtica alegría, una aportación a la Conciencia, un momento del ciclo.

Lo que el pasado no nos ha concedido es inútil buscarlo en la exploración del propio pasado. La verdadera razón para regresar a la matriz materna, forzosamente imperfecta, sería el deseo irresistible de vencer, por fin, todos aquellos obstáculos impuestos por una gestación y un nacimiento patológicos, de curar las neurosis del árbol genealógico y de obtener, finalmente, el nacimiento que nos era debido.

Igual que se puede observar a ciertos adultos ocupándose fielmente de los padres que los maltrataron durante su infancia, empecinándose en mendigar un afecto y una atención que jamás obtuvieron, igualmente el deseo de volver a acurrucarse en un vientre más o menos acogedor revela, en realidad, una necesidad más profunda: la de nacer a algo que sea verdadero. Únicamente el reconocimiento y la puesta en escena de un proyecto de futuro pueden retrotraernos a ese nacimiento tan deseado.

Todas las teorías, aunque sean críticas, sobre el paraíso intrauterino[4], muestran una comprensión limitada de esta necesidad fundamental: el ser esencial que anida en cada uno de nosotros, deseoso de emerger a plena luz y en plena libertad, nos puede llevar a repetir nuestro propio nacimiento, pero, en esta ocasión, a un nivel superior de Conciencia. Numerosas culturas, tildadas habitualmente de «primitivas», desde tiempos inmemoriales han venido poniendo en escena determinados rituales evocadores de la gestación y el nacimiento, que tenían por objetivo la purificación de los miembros de la sociedad, es decir, la finalidad de convertirlos en personas más humanas, más fuertes y más capacitadas. El ritual cristiano del bautismo era, en su origen, un ritual de re-nacimiento, como así se testimonia en la conversación que Jesús mantiene con Nicodemo el fariseo (Juan, 3:3-7):

> Respondió Jesús y le dijo: «De cierto, de cierto te digo que quien no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios». Dícele Nicodemo: «¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar otra vez en el vientre de su madre y volver a nacer?». Respondió Jesús: «De cierto, de cierto te digo que quien no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, Espíritu es».

Este nacimiento «del agua y del Espíritu» suponía una inmersión completa, símbolo del retorno al agua matricial, a la que se añadía la bendición del oficiante, símbolo del Espíritu paterno por excelencia, es decir, de la consciencia divina.

En este mismo sentido se puede interpretar la ceremonia de purificación amerindia *sweat lodge* (o tienda de la sudación). Fuera de dicha tienda, en un lugar sagrado, arde una gran hoguera durante varios días en medio de un círculo de piedras. El mineral, el elemento más antiguo de la existencia encarnada, absorbe la energía del fuego, lo que hace que las piedras renazcan a la vida. Y, una vez unidas al fuego, se convierten metafóricamente en magma y pueden transmitir su mensaje fundamental de amor. A continuación, las piedras candentes son transferidas al interior de la gran tienda circular, con un cierto parecido a una matriz, donde toda la comunidad ocupa su lugar mientras hacen una serie de movimientos en espiral. El calor, muy fuerte, incita poco a poco a los participantes a acurrucarse en posición fetal para respirar a nivel del suelo, donde el aire aún continúa estando fresco. Una pareja de oficiantes, hombre-medicina y mujer-medicina que representan a unos padres de un nivel de Conciencia muy elevado, presiden la ceremonia. Entre ambos purifican el aire e inscriben en los participantes informaciones olfativas no verbales haciendo arder una serie de plantas previa-

[4] Cf., por ejemplo, Jacques Lacan sobre «el complejo del destete»: «Espejismo metafísico de la armonía universal, abismo místico de la fusión afectiva, utopía social de una tutela totalitaria, todas salidas de las obsesiones sobre el paraíso perdido desde antes del nacimiento y de la más sombría aspiración a la muerte».

mente consagradas (muy en particular, la salvia), entonando cánticos rituales y relatando historias iniciáticas, muy útil todo ello tanto para los individuos como para la cohesión del grupo social. Al transpirar, los participantes se liberan del agua contaminada (líquido amniótico que contiene toda la neurosis del árbol). Al salir de la gran tienda, los participantes se lavan en las aguas de un cercano río (el cual, al recorrer un lugar sagrado, prodiga un baño de agua bendita que acaba por lavar las influencias pasadas). Este caudal de agua corre indómito a lo largo de su cauce, sin desviarse jamás de su corriente natural que lo conduce hasta el océano, es decir, hasta la totalidad. Durante la ceremonia, pueden sucederse muchos «viajes» hasta la gran tienda, completando cada uno de ellos la purificación e inscribiendo más profundamente en los participantes las informaciones positivas bajo la forma de cantos y relatos. Todo este ritual, vivido de una manera colectiva, devuelve al adulto al mismo tiempo a su necesidad de ser re-engendrado de forma sana, pero también a su dimensión transpersonal; ya no soy solamente «yo» como bebé mal traído al mundo del que formo parte, sino toda una sociedad que cuida colectivamente de mi nacimiento[5].

Ya hemos visto con anterioridad que, desde que el espermatozoide penetra en el óvulo, el futuro niño comienza a ser modelado, psíquica y corporalmente, por la trampa genealógica. Renovar ritualmente el nacimiento consiste en encontrar lo que todos somos verdaderamente en el vientre materno: esta información luminosa está inscrita en nosotros de idéntica forma que la personalidad heredada y la deformada. Esta búsqueda del ser auténtico, que va más allá de nuestra forma corporal y de nuestros límites espirituales, es el motor, evidente u oculto, de toda suerte de búsqueda, de toda clase de camino y de toda investigación. En los casos extremadamente neuróticos, esta investigación puede llegar incluso hasta lo que se denomina «delirio de filiación»: la persona cree haber sido traída a este mundo por dos seres excepcionales, y expresa a través

[5] El ritual descrito aquí es la transcripción del que practicaba Charlie Red Hawk Thom anualmente en Mount Shasta, al norte de California. Este hombre-medicina, inspirado y generoso, tenía la particularidad de acoger a personas procedentes de todas las comunidades, amerindias o no, a esta ceremonia. Ésta tenía, por consiguiente, elementos distintos a los arriba descritos, como la intención de cicatrizar las heridas del genocidio amerindio, reuniendo a tal efecto a colonos y colonizados en un mismo acto de re-nacimiento.

de esta certidumbre el anhelo profundo de que su ser esencial tenga un destino sublime.

Desde una perspectiva metagenealógica, se podría decir que todo el mundo es de naturaleza divina, «de sangre real», y que de lo que se trata es de reconocerse como tal para poder vivir como un agente de la evolución futura de la humanidad y nunca más como un producto forjado a imagen de unos modelos intercambiables ya conocidos. Una vez completado el trabajo sobre el nacimiento (es decir, sobre el pasado), es posible proponerse renacer en el futuro, para así reconocerse ya como un fragmento indispensable de la Conciencia cósmica, como un ser que participa de lo divino. El término «natividad» designa el nacimiento de un dios: si no se puede cambiar su nacimiento, cabe la posibilidad de inventar su natividad.

A tal fin, deberemos regresar hasta ciertos aspectos que caracterizan la natividad divina: una concepción precedida de una Anunciación, un parto extático o excepcional, un cuerpo perfecto y un Nombre sagrado son los atributos de la divinidad. El arcano XX del Tarot (El Juicio), ilustra perfectamente este nacimiento (o re-nacimiento, si se le considera como un cuadro del Juicio final):



Entre una mujer y un hombre, un ser sin determinación sexual, con el cuerpo de color azul claro (como el de algunas divinidades hindúes), emerge a la vida por la llamada irresistible de un ángel que representa la voluntad cósmica. Este nacimiento se efectúa bajo el impulso de una entidad espiritual y entre dos padres presentes en su autenticidad más pura (están desnudos y exactamente al mismo nivel), y la criatura que nace, antes que ser niño o niña, es ante todo un ser con el cuerpo de color celeste, igual que las nubes que rodean al ángel. Los tres protagonistas humanos oran cuando el ángel agita una bandera con una cruz grabada, símbolo de la unión entre la realidad horizontal humana y la realidad vertical espiritual.

La Anunciación

Un nacimiento ideal supone un acuerdo entre la voluntad de la Conciencia universal y la aceptación de quienes lo acogen en el plano terrestre. He ahí por qué la natividad mítica de los dioses está frecuentemente precedida, en las tradiciones religiosas, por una Anunciación, es decir, por un ser celeste que propone y un ser terrestre que acepta. El ejemplo más conocido en nuestra cultura es el de la Anunciación a María: el arcángel Gabriel anuncia el nacimiento de Jesús a María, que responde: «He aquí a la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lucas, 1:38). Pero, en este sentido, también se podría citar el ejemplo del nacimiento de Hatshepsut, reina de la XVIII dinastía egipcia, cuyo nacimiento se imputa a un coito habido entre la Gran Esposa Real y el dios Amón, que finalizada la cópula anunció a la reina que dentro de ella llevaba a su heredera: «Ella ejercerá esta ilustre y benefactora función real en este país entero; para ella será mi valor, para ella mi pujanza, para ella mi fuerza (...) y yo le aseguraré su protección mágica, detrás de ella, cada día».

Todo nacimiento implica dos hechos: una revelación de la Conciencia universal (la Anunciación) y el consentimiento de la voluntad humana (la recepción). Si María hubiera respondido al ángel: «Yo quiero ser libre, rehúso aceptar tu proposición», el Salvador no habría nacido jamás. Pero cuando María entona su *Magnificat*, ella está encarnando una verdad universal: no es la madre la que «hace» al hijo, sino que es el hijo el que «se hace dentro de ella». Este niño no va a «venir al mundo» porque él es ya el producto del universo, de la misma forma en que la fruta no «viene» de un árbol, sino que

es producida por él. Todo ser recién nacido tiene la misión de cambiar el mundo, comenzando por su madre. Cuando María acepta la anunciación, cuando los moldes del pasado y los proyectos de futuro se complementan, ella se muestra dispuesta a engendrar a un ser único y mutante. Se muestra carnalmente disponible para que esa encarnación tenga lugar. El cuerpo naciente, impregnado de espíritu, se libera de las intimidaciones de sus ancestros. Y después de una vida dichosa y generosa, él devolverá al Universo las energías que se le habían prestado. Su esencia impersonal sobrevivirá a la muerte individual.

Más adelante veremos, cuando evoquemos la curación del árbol genealógico, que puede ser sanador reinterpretar nuestro propio nacimiento, cumplir con un nacimiento adulto a la Conciencia, de manera autónoma y no religiosa. Este psicorritual, que veremos en el capítulo 9, supone recrear una Anunciación, eligiendo unos padres de sustitución que acepten poner, simbólicamente, su existencia al servicio de este nacimiento luminoso.

Nacimiento extático y parto orgásmico

Siglos de ideología masculinista han llegado a transformar el útero femenino en un nido pasivo e inerte, en el mejor de los casos, y en un lugar frecuentemente sufriente, incluso tóxico en muchos otros. La mayoría de las mujeres procedentes de culturas patriarcales, incluso en nuestros días, sólo conocen de su útero las dolorosas contracciones que se producen en el momento de la regla, y esto es consecuencia directa de una infravaloración secular del sexo femenino.

En el año 1982, la pediatra y psicoanalista francesa Françoise Dolto metió el lobo en el redil al describir la función de las contracciones uterinas durante un orgasmo completo (ese que designa bajo el curioso nombre de «orgasmo útero-anexial»)[6]. Toda mujer que haya reconquistado la integridad de su cuerpo ha experimentado –a veces en el mayor de los secretos– esta dimensión voluptuosa de la contracción uterina. Y, después, lo podrá experimentar en uno

[6] Françoise Dolto, *Sexualité féminine*, ed. Scarabée/M. Metaillié, París 1983, especialmente págs. 177-179 [*Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino*, Paidós, Barcelona 2001].

de esos partos orgásmicos que están siendo estudiados y que ya han comenzando a ser descritos en estos días, aunque generalmente se hayan tropezado con el mayor de los escepticismos y, en ocasiones, con reacciones escandalizadas: el impensable orgasmo de la madre, provocado por el nacimiento de su hijo llega a tocar el corazón mismo del tabú y del incesto...

El sentido común nos indica, por consiguiente que, dado que las contracciones uterinas armoniosas son la mejor garantía de la buena salud del aparato reproductor femenino, el colmo de la salud consistirá en parir en medio de un placer extático. Imaginemos, por unos instantes, lo que esta experiencia puede producir en el niño que está a punto de nacer: las contracciones comienzan en el fondo del útero y van progresando hacia delante, como si fueran olas de un movimiento muscular impregnado de felicidad. El niño, entonces, coloca sus pies y su pelvis en medio de esta corriente con el deseo de dejarse llevar sin oponer resistencia. Poco a poco, las contracciones aumentan y el niño se integra en ellas como si formaran parte de su propio esfuerzo. Las contracciones le impulsan hacia delante, incitándole a orientar su cráneo, todavía ovoidal, hacia los diámetros más holgados de la pelvis materna para, luego, ir deslizándose poco a poco hacia el canal uterino. En esta oscuridad total bañada en un extático esfuerzo, su memoria celular le recuerda la existencia de la luz, y por medio de un movimiento ondulatorio que gira todo su cuerpo y ayudado por las contracciones maternas, coloca su cabeza en dirección a esa luz que le espera. Una marea de oxitocina, la también llamada hormona del amor maternal, provoca una relajación de los ligamentos existentes entre las dos mitades del arco púbico, facilitando así el descenso. La boca del bebé roza, como en un beso, las paredes entre las cuales se mueve en espiral. El niño deja detrás de sí el líquido amniótico, que, del alimento que era, se convierte en un lubrificante que le permite deslizarse con más facilidad. Así, el bebé puede ya girar la cabeza, lo que le evita golpeársela con las protuberancias del hueso sacro. Este último giro le permite frotarse contra las paredes de la vagina, fricciones que estimulan, entre otros, su sistema urinario, gastrointestinal y respiratorio. Las últimas contracciones –que son las más fuertes– alrededor de su tórax le ayudan a vaciar el líquido contenido en su estómago y a comenzar a respirar. Con toda la alegría que genera el trabajo bien hecho, el niño entra en el mundo. Su primer contacto con el oxígeno no es doloroso y forzado, sino que se lo va aportando gradualmente el cordón umbilical que aún late y que algún médico o una enfermera no van a cortar antes del momento preciso.

Si el agua matricial y la oscuridad de la gestación nos unen a nuestra madre, la luz que el niño descubre al nacer y las primeras bocanadas de aire que respira tras salir del vientre materno le ligan al padre, que es el aliento y el sol.

«Entonces modeló Yavé Dios al hombre de la arcilla y sopló en su nariz aliento de vida, y fue así el hombre un ser animado» (Génesis, 2:7). Este primer contacto con el aire, en el que se puede aprender de una manera perfecta a respirar a pleno pulmón y sin coacción, determinará más adelante el sentido de la libertad: libertad de respirar, de ir y venir, de ser. Es la afirmación de la individualidad, el intercambio que se produce entre el aire –que es de todos– y un organismo único. En los mitos griegos, incluso si se produce el doloroso vagabundeo que con frecuencia precede al parto, el dios o el héroe nada más salir del vientre materno salta hacia la luz en una explosión de júbilo. Su nacimiento es sinónimo de libertad y de perfección (como en el caso de Atenea saliendo del cráneo de Zeus armada hasta los dientes y lanzado un victorioso grito de guerra). Nadie se atreve a golpearle las nalgas, tampoco a impedirle respirar.

Luego llega el momento de la lactancia, que viene a satisfacer otra necesidad fundamental: ser alimentado. Idealmente, la leche surge de las mamas maternas como una explosión de júbilo, como sucede en una de las versiones sobre el nacimiento del dios indio Ganesha: su madre Parvati, esposa del dios Shiva, había traído al mundo (o admitido, según otras versiones) a su primer hijo, Skanda (o Karttikeya). Este acontecimiento le produjo tal entusiasmo que una leche sagrada comenzó a fluir copiosamente de sus senos. Tras mezclar dicha leche con pasta de sándalo, Parvati esculpió a Ganesha. Esta leche sagrada, verdadero elixir de la vida, la puede producir únicamente una mujer equilibrada, liberada de las trampas de su árbol genealógico. Su pecho se adapta con perfección a la boca del niño, y la succión le provoca sensaciones voluptuosas que, directamente relacionadas con movimientos uterinos, permiten a la matriz recuperar su lugar y su tamaño iniciales. Ella conoce, espontáneamente, la mejor forma de mantener a su hijo entre sus brazos, mientras que éste recibe el alimento exacto que sus papilas gustativas y su organismo necesitan.

Estos nacimientos extáticos son característicos, según la mentalidad popular, de dioses, reyes, héroes y profetas. Y todo ritual de renacimiento se fundamenta en ese deseo de nacer en medio de una felicidad plena.

El cuerpo perfecto

Todos los mitos nos presentan a las divinidades con un cuerpo sin defecto ni merma alguna. El cuerpo perfecto de Jesús es el vehículo de su espíritu también perfecto. Las esculturas budistas asignan a Buda treinta y dos marcas corporales que revelan su perfección. Las divinidades hindúes, por su parte, presentan atributos sobrenaturales que se corresponden con sus capacidades milagrosas: brazos múltiples, un color azulado, un tercer ojo, un lugar del cuerpo en el que se puede engendrar una divinidad secundaria... Adán y Eva, en el monoteísmo judeocristiano, están hechos a imagen y semejanza de Dios y ambos representan el origen perfecto de todo cuerpo humano.

Ya hemos planteado antes la hipótesis de que, en el momento de nuestra concepción, se forma súbitamente el esquema de un ser humano con un cuerpo y un espíritu perfectos. Sin embargo, esos recuerdos de la memoria del árbol genealógico, a través del cuerpo y de la psique de la madre, vendrían a deformar este esquema inicial, imprimiendo en él, bajo alguna forma sutil u orgánica, la huella de sus repeticiones, órdenes, prohibiciones, castigos y sufrimientos, además de neurosis, traumas, etc. Podemos, pues, aceptar como base de trabajo la creencia de que, en todos y cada uno de nosotros, ese embrión que fuimos se vio desviado, en algún momento, de la perfección original. Y es que la mayoría de las personas se siente espiritualmente limitada y corporalmente imperfecta. Es fácil imaginar que dicho sentimiento tiene como base la intuición, alojada en el Supraconsciente, ese cuerpo-espíritu original en el que todos deberíamos convertirnos.

El árbol genealógico nos forja una personalidad en gran parte artificial, de conformidad con lo que la sociedad, la cultura y la familia quieren de nosotros. Pero nosotros vivimos, igualmente, en un cuerpo subjetivo heredado que no es únicamente nuestro cuerpo concreto objetivo (deformado o no) sino, también, la *imagen del uno mismo*, es decir, la forma en que el espíritu descansa en el cuerpo en conformidad con la conciencia limitada. Los cinco sentidos padecen de una imposición familiar y social sobre los actos fundamentales de ver, oír, oler, gustar y tocar. Todas nuestras posturas, nuestros movimientos o nuestra organización muscular se adaptan a todo aquello en lo que el árbol genealógico quiere que nosotros nos convirtamos.

Por ejemplo, una mujer cuyo origen sea una sociedad dominada por una ideología patriarcal desde hace varios siglos no podrá vivir su cuerpo real sin un intenso trabajo de limpieza de imposiciones. Está claro que, aunque dicho trabajo habrá de aplicarse a sus órganos genitales (hasta la percepción de sus contracciones uterinas, de las que hemos hablado), también deberá hacerlo en más aspectos, en el sentido de ser ella misma en la vida cotidiana. Un gran número de técnicas posturales y de artes marciales se emplean para dotar al cuerpo del hombre de una «independencia de nuestra herencia», como decía, muy acertadamente, Moshé Feldenkrais a propósito del judo[7].

Así pues, el cuerpo está ligado, al mismo tiempo, a nuestra personalidad artificial (que es nuestra imagen del uno mismo, el cuerpo imaginario en el que la mayor parte de las personas viven cotidianamente) y también nuestro cuerpo esencial (que es el cuerpo sublime, el cuerpo tal cual, enteramente humano y que nadie puede sentir o vivir en su totalidad; podemos aproximarnos a él, pero para encarnarlo puramente sería necesario eliminar todos los prejuicios familiares y sociales). Ciertas prácticas espirituales, como el *tantra*, proponen formas de meditación o ejercicios que permiten aproximarse a ese cuerpo «unido al espacio», en consonancia con el Todo.

El cuerpo esencial no puede ser modificado. Vivimos instalados en la percepción que tenemos de nuestro cuerpo, y dicha percepción depende, a su vez, de nuestro grado de Conciencia. A medida que el grado de consciencia se va elevando, percibimos cada vez mejor el cuerpo perfecto, que es una sensación interior y que viene a superponerse a nuestro cuerpo real (deformado). Y esa sensación del cuerpo perfecto se puede vivir incluso en el interior de un cuerpo mutilado, envejecido, enfermo, etcétera.

En la sensación del uno mismo, no se es ni feo ni guapo. El juicio estético sobre el cuerpo depende de la relación social, de la manera en que se es visto. La cultura occidental actual, fundada en el culto a la apariencia, ha sido testigo de un desarrollo desmesurado de la cirugía estética, claro signo de nuestra dependencia de la mirada del otro, es decir, de la mirada social. Y si la sociedad mira mi cuer-

[7] Moshé Feldenkrais, *Higher Judo*, Frederick Warne & Co., Nueva York-Londres 1952: «La cultura occidental, al imponer la silla como lugar de asiento privilegiado, ha desarraigado masivamente a sus miembros, por ejemplo, de su centro de gravedad real (el *hara* de las tradiciones orientales), privándolos así de la movilidad propia de las articulaciones de las caderas».

po de manera defectuosa, yo puedo sentirme obligado/-a a adaptar mi cuerpo a esa mirada limitada. Por esto, en ciertas épocas se producen oleadas de modificaciones corporales, como la moda actual de las prótesis mamarias o las rinoplastias, que no son más que el último ejemplo de transformación.

Las modificaciones corporales, presentes en la mayor parte de las sociedades ya sean éstas primitivas o no (desde los collares de las mujeres-jirafa al desarrollo y expansión de la cirugía estética, pasando por los corsés occidentales o los pies vendados de las mujeres en la cultura china), quizá no son otra cosa que la huella social y normativa –a menudo en detrimento de las mujeres, cuya autonomía representa una amenaza real o imaginaria– de esa nostalgia de un cuerpo perfecto, tan latente como deformada, en la que se busca encontrar la realidad, engordando o adelgazando, tiñéndose el cabello o la piel, depilándose, haciendo crecer tal o cual músculo o rebajando éste o aquel otro hueso según las exigencias de la época y la moda de un determinado momento.

Pero, sin embargo, el cuerpo perfecto es virtualmente capaz de llevar a cabo acciones que todavía resultan inimaginables para la humanidad actual. La humanidad se sueña colectivamente capaz de volar o de levitar, fenómenos a veces atribuidos a santos o a magos. Además, recientes descubrimientos de la ciencia han confirmado que el cerebro humano, cuando calcula un movimiento que se dispone a efectuar, jamás tiene en cuenta el peso, es decir, la gravedad. La neurofisiología y la fisiología de la acción nos confirman que el cerebro humano está organizado para que podamos vivir fuera de la gravedad, lo cual quiere decir que somos virtualmente independientes de la gravedad. Los cosmonautas que pasan varias semanas en plena ingravidez en el espacio, al regresar a la Tierra sólo tienen que efectuar una simple reeducación de la masa muscular, sin presentar lesión cerebral alguna ni tampoco desorientación. Este ejemplo ilustra muy bien el hecho de que el cuerpo perfecto es, también, un cuerpo humano total, virtual, pero al que es aconsejable acercarse lo más posible.

El nombre

En todas las culturas, la primera cosa que hace una familia cuando nace un niño es ponerle uno o varios nombres. En algunas, el nombre que recibe un niño al nacer puede evolucionar a

medida que va creciendo su persona, pero en nuestra sociedad, a pesar de dichas «evoluciones», tenemos generalmente un nombre de referencia para toda la vida. Ese nombre propio que repetimos y oímos repetir a lo largo del tiempo –desde nuestro primer aliento hasta el último– funciona, en cierta medida, como un *mantra* de la tradición oriental. Un sonido repetitivo que puede ser beneficioso si supone una llamada a las fuerzas de la vida y a la consciencia o, por el contrario, resultar terriblemente tóxico por su poder hipnótico. En la mayoría de los casos, el nombre consolida una identidad limitada; sin embargo, las deidades suelen tener varios nombres. Por ejemplo, Jesús-Cristo representa, a la vez, la encarnación (Jesús) y la naturaleza divina (Cristo). Los dioses indios tienen numerosos nombres, que los designan bajo diversos aspectos y fuerzas de sus diferentes cualidades. Son numerosos, igualmente, los dioses que están representados por alguna perífrasis que remite a su magnificencia, es decir, al carácter extraordinariamente sagrado de su nombre: Ra, dios egipcio del sol, es «El-que-es-en-su-disco». Como los judíos consideran una divinidad inefable a Yahveh (Yod-He-Vav-He), para evitar pronunciar el tetragrama sagrado de su nombre, emplean la expresión *Adonai* (el Eterno) o *Elohim* (el Poderoso).

De manera inversa, un objeto no tiene más que un solo nombre, que nos describe para qué es útil. Si un «echarpe» se transforma en «turbante», cambia su esencia, porque cambia de función. Pero, en el caso de un humano, todo cambio o añadido hecho con conciencia a su nombre, puede aproximarlo a su propia esencia. Es con esta intención por lo que los indios norteamericanos reciben un nuevo nombre en cada etapa importante de su vida: «El-que-nació-con-la-lluvia» se convierte una vez hecho adulto en «El-que-ha-escalado-la-alta-montaña», por ejemplo. Es decir, a las personas se las nombra en función de sus actos o de sus aptitudes y no en función de la mirada que el clan ha posado sobre nosotros, de forma tal que el nombre se nos queda para siempre.

Conviene, pues, que nos preguntemos si el nombre que hemos recibido hace justicia a lo que nosotros somos verdaderamente.

En el siguiente capítulo, desarrollaremos más ampliamente los mecanismos por los cuales el árbol genealógico modela la identidad del niño, atribuyéndole uno u otro nombre propio.

Por lo que se refiere a emprender el trabajo sobre el nacimiento,

es preciso preguntarse en primer lugar si se está o no –en tanto que ser realizado y autónomo– satisfecho con el nombre que en su día se nos puso. A la persona que sienta la necesidad de hacer un trabajo sobre su nombre propio, tiene tres posibilidades:

a) Puede purificarlo y exaltarlo: por ejemplo, un nombre que haga referencia a la religión predominante («María» o «José», en la cultura cristiana) puede muy bien ser también un factor de frustración y de limitación, si lo que el árbol genealógico ha absorbido es una comprensión limitada y encorsetada de tales arquetipos (es decir, «María» como una virgen frustrada y sufridora, y «José» como un viejo castrado e inexistente), en vez del factor de exaltación que realmente es si el que lleva su nombre trabaja de nuevo y en profundidad la propia comprensión del arquetipo («María» se convierte entonces en la Madre divina con todos sus aspectos y sus atributos, y «José» en el santo por excelencia, encarnación de la Fe, guía y protector, además de símbolo de una estabilidad constructiva por su oficio de carpintero).

b) Una vez exaltado, se puede añadir a ese nombre un segundo nombre propio (manifiesto o secreto) que lo complete: los discípulos occidentales de los gurús indios llevan, con mucha frecuencia, un segundo nombre sánscrito (o procedente de alguna otra lengua de la India) detrás de su nombre de nacimiento –aunque sería necesario preguntarse si el hecho de ser bautizado de nuevo por el maestro espiritual representa, verdaderamente, una liberación–. ¿No sería mejor encontrar por uno mismo un nombre sagrado que aceptar el hecho de tener que ver, de nuevo, cómo alguien nos asigna una determinada denominación…? Porque, al poner nombre a sus discípulos, el gurú corre el riesgo de infantilizarlos, asumiendo él, íntegramente, el lugar de una figura parental.

c) Y se puede simplemente cambiar el nombre de pila: bien cambiándolo sin más o bien tramitando el cambio oficial del nombre según establezca la ley del país. Más adelante, en el capítulo correspondiente a la curación psicomágica del árbol genealógico, veremos qué procedimientos simbólicos puede emprender una persona para este cambio de nombre.

El trabajo sobre el nombre propio debe ser pensado en profundidad y llevado a cabo sin precipitación: nada hay peor que encontrarse entre dos nombres (el antiguo y el nuevo) y que la persona afectada no se reconozca en ninguno de ellos. El nombre propio es la marca por excelencia de la pertenencia de un individuo a un

clan. A veces, es necesario hacer un duelo por el nombre de nacimiento, sobre todo cuando éste lleva una carga tan tóxica y mortífera que nos impide vivir plenamente: es éste un acto que, sin duda, exige un gran coraje y determinación.

Sanar el nacimiento: memoria del cuerpo y preparación para un psicorritual

Para curar el nacimiento hace falta comprender el siguiente presupuesto: el trabajo sobre el uno mismo no consiste sólo en revivir e identificar los traumas pasados sino, también, en hacer emerger el inmenso placer de vivir que se aloja en el interior de la médula de nuestros huesos... Igual que una planta para ir creciendo ahonda sus raíces en la tierra mientras su follaje se eleva hacia el sol, el trabajo sobre el uno mismo es a la vez una zambullida en las profundidades y una elevación.

Por lo que al nacimiento concierne, las informaciones negativas que llevamos inscritas en nosotros sobrepasan lo racional y la comprensión verbal, porque son los recuerdos celulares grabados en el cuerpo y en el espíritu.

Así que, para sanar el nacimiento, deberemos comenzar por entrar en contacto lo antes posible con su «cuerpo perfecto» e incluir en nuestra experiencia vivida nuevas informaciones psíquicas y corporales que produzcan a todo el individuo en sí el recuerdo de un nacimiento bien vivido, de manera verbal y no verbal.

A esta puesta en escena del nacimiento ideal la llamaremos «psicorritual», que no es sino un acto terapéutico, teatral y «religioso» (en su sentido etimológico, o sea «aquello que nos permite relacionarnos con una dimensión más elevada») que afianza una realidad nueva en la persona ya adulta proporcionándole –táctil, experimental y verbalmente– las informaciones que le faltaron en el momento de su nacimiento.

El ejercicio de recuperación del cuerpo perfecto y el psicorritual del nacimiento (detallado más adelante) tienen como objetivo permitir a cada uno recuperar, metafóricamente, las informaciones deterioradas y aún latentes o no tras los procesos de gestación y de nacimiento. A primera vista, este trabajo podría parecer superficial o fantasioso, pero en realidad el Inconsciente acepta la metáfora y se nutre de ella, y al llevar a cabo estos dos actos de curación voluntaria, se reconquista una parte de su potencial y de su integridad. Esto nos permite liberarnos un poco más de la trampa genealógica,

y tomando una cierta distancia frente al clan familiar, observarlo desde una posición más independiente. Esta toma de conciencia es indispensable para continuar con el estudio de las dinámicas familiares y poder mirar a la cara a los retos afectivos entretejidos sobre cuatro generaciones, como veremos en los capítulos siguientes.

Ejercicio 10. Sentir el cuerpo perfecto

(Si lo deseas, este ejercicio –que consiste en una visualización– puedes grabarlo: léelo en voz alta y después escúchalo si quieres con los ojos cerrados, pues te ayudará a realizarlo con todos los recursos de tu imaginación activa.)

–Sentado/-a o tumbado/-a en una posición simétrica y cómoda, preferentemente con los ojos cerrados y los pies descansando en el suelo, respira profundamente tres veces: la primera para que la mente se calme, la segunda para calmar el centro emocional y la tercera para calmar el centro sexual y creativo. Después, sumérgete en las sensaciones de tu cuerpo con la intención de dejar que se exprese «la memoria del cuerpo perfecto», esa forma original que estaba destinada a ser la tuya y que siempre está ahí en potencia, invariable y disponible.

–Permítete sentir, imaginar y visualizar: ¿Cuánto mides? ¿Qué forma tiene tu cuerpo? ¿Cómo sientes tus piernas, tus pies, tus uñas? ¿Tienes dos o más brazos? ¿Tus manos, de qué tamaño, de qué color, de qué forma son? ¿Cómo es el vello de tu cuerpo, y tus cabellos? ¿De qué color son tus ojos? ¿Cómo son tus orejas? ¿Puedes sentir tus órganos, los latidos de tu corazón, el trabajo incansable de los pulmones que inspiran y espiran el aire? ¿Qué sexo tienes, y su potencia sexual cómo es? ¿Eres un un hombre, una mujer, ambas cosas a la vez o puedes cambiar de sexo a voluntad? ¿Tienes algún atributo sobrehumano? ¿Cómo está tu energía vital? ¿Qué es lo que puedes hacer? ¿Cuál es tu alimento perfecto?

–Ahora que estás cómodamente instalado/-a en tu cuerpo perfecto, deja que acuda hasta ti ese personaje que se corresponde con tu «intelecto perfecto»: ¿Qué edad tiene? ¿Cuál es su apariencia? ¿Cómo se mueve? Deja que ese personaje se disuelva en tu interior (al nivel de la cabeza) sabiendo que está a tu servicio. ¿Cuánta energía intelectual emana de ti ahora? Visualiza su vivacidad, su color, su forma y en qué direcciones se despliega.

–Permite que se acerque a ti el personaje que representa a tu «energía emocional perfecta». Acógelo y obsérvalo: su edad, su

apariencia, su actitud. Acepta que ese personaje se funda en tu interior (al nivel del corazón) sabiendo que está también a tu servicio. ¿Cuánta energía emocional emana de ti en estos momentos? Visualiza su vivacidad, su color, su forma y en qué direcciones se despliega.

–Y por último, permite que llegue hasta ti el personaje que representa tu «energía sexual perfecta» y observa qué edad tiene, su apariencia, su forma de moverse en el espacio. Consiente que este personaje se funda en tu interior (al nivel del pubis) sabiendo que está a tu servicio. ¿Cuánta energía sexual emana de ti ahora? Visualiza su vivacidad, su color, su forma y en qué direcciones se despliega.

–Lentamente, con los ojos aún cerrados, comienza a mover los brazos: ¿Cómo reacciona el «cuerpo perfecto»? Poco a poco, levántate y siente cómo se despliega tu cuerpo perfecto, cuánto pesa, cómo se mantiene de pie sobre la tierra.

–Una vez ya en pie, haz que venga la pareja que puede corresponderte: un cuerpo no puede vivir solo. Imagina, visualiza y siente ese cuerpo perfecto que puede hacer pareja con el tuyo y que puede acompañarte.

–Como un cuerpo no puede tampoco vivir en el vacío, deja que se aproxime un animal para que te haga compañía. Luego, haz brotar una planta a tu lado y, después, haz surgir del suelo un mineral, que, como tú, es una creación perfecta del universo.

–Una vez que estés ya en el centro de tu mundo, puedes dar unos pasos o hacer algunos gestos antes de comenzar a abrir lentamente los ojos, disfrutando de los movimientos de tu cuerpo perfecto.

–Cuando hayas abierto los ojos, tómate un tiempo para percibir cómo ves lo que estás contemplando, cómo es tu mirada al mundo ahora que has vuelto a tomar posesión de tu cuerpo perfecto.

Ejercicio 11. Preparar el guión de tu propio psicorritual de nacimiento

Con vistas a la curación del árbol genealógico, que será el resultado de nuestro trabajo, este capítulo y los elementos que se citan a continuación serán de una gran ayuda para que puedas concebir tu propio psicorritual e imaginar con todo detalle la gestación y el nacimiento que te permitirán venir al mundo siendo un cuerpo perfecto.

He aquí los elementos y datos que te guiarán en el trabajo de preparación del futuro psicorritual del nacimiento:

–En *el primer trimestre*, el bebé no es perceptible todavía por sus padres. Durante este periodo, lo que se produce sobre todo es una transformación física de la mujer encinta. Las expectativas y la alegría de los padres son elementos clave. Durante el primer mes, en el que el óvulo pasa a ser un embrión, aparecen los latidos del corazón. En el segundo mes, el embrión se desarrolla hasta convertirse en feto y se forman los órganos principales. En el transcurso del tercer mes, se define el sexo. Todos estos acontecimientos se ven acompañados por los padres, que vigilan y cuidan el proceso de gestación.

–Durante *el segundo trimestre*, la madre puede sentirse llena de energía, mientras que el bebé comienza a manifestarse por medio de sus primeros movimientos. Su presencia se hace tangible. En el cuarto mes, el volumen de la cabeza diminuye en comparación con el cuerpo, los miembros se alargan y los huesos se solidifican. Al quinto mes, el bebé comienza a moverse y sus sentidos se desarrollan. Comienza también a percibir los sonidos y, entre ellos, las voces de sus padres. Sus manos se abren y se cierran. En el sexto mes, sus órganos sexuales están ya completamente desarrollados, mientras que el cerebro continúa formándose, preparando, entre otras, la capacidad de percibir los olores.

–En *el tercer trimestre*, el nacimiento comienza a ser cada vez más inminente, por lo cual se prepara la llegada del niño. ¿Está ya lista su habitación? ¿Cómo se encuentran los padres? ¿Se comunican bien con el bebé? La madre comienza a tener necesidad de reposo. Durante el séptimo mes, la piel del feto adquiere un mayor grosor, a la vez que se forman sus huellas digitales. En el octavo mes el niño está ya formado y listo para nacer, pero sigue creciendo y preparándose para dicho acontecimiento. Cuando llega el noveno mes, el espacio comienza ya a reducirse y el bebé apenas dispone del sitio suficiente para poder moverse, de hecho no puede estirar los brazos ni las piernas. Su aparato digestivo, sus pulmones y sus ojos están ya muy bien formados. Y él se ejercita en sonreír.

–En el momento del *nacimiento*, cuando el bebé está ya dispuesto a salir, éste se gira y sitúa su cabeza hacia abajo. La madre está a la espera. Es el niño quien habrá de decidir cuál es el mejor momento para nacer, y ella se dispone a colaborar con él. El bebé, cuando esté naciendo, lo hará entre las manos de su padre. Para permitirle comenzar a respirar sin estrés, el cordón umbilical no se cortará de inmediato. Incluso el bebé podrá ser llevado al pecho de

la madre sin que lo hayan lavado previamente. La capa protectora que le recubre expele un delicioso aroma.

Trabajo personal previo para completar el psicorritual:

–El *encuentro de mis padres*: ¿De qué información dispongo sobre este acontecimiento? Si no dispongo de ninguna, ¿cómo me lo imagino? ¿Cuál sería el guión ideal para el encuentro de mis padres y que desearía yo escenificar si tuviera que filmar dicha escena o describirla en una novela?

–¿Cómo ha sido mi gestación? A la vista de las informaciones recogidas en este capítulo, ¿qué me ha faltado? ¿Cuál sería el escenario ideal para mi gestación y en el que desearía vivir si tuviera que revivir estos nueve meses? Redactar el guión de mi gestación ideal, donde cada mes representa un crecimiento tanto para el feto, en el plano biológico, como para los padres, en el plano espiritual.

–¿Cómo he nacido? ¿Qué clase de nacimiento me habría gustado vivir? ¿Cómo habría deseado ser amamantado/-a? ¿Qué cuidados me habría gustado recibir durante mis primeras semanas o en el primer mes de mi vida?

Sobre la base de estos datos y de tus investigaciones personales, podrás confeccionar el sucinto escenario que represente tu gestación y nacimiento ideal.

6
De la tríada a la hermandad: dinámicas familiares

Conflictos entre hermanos

El deseo más profundo de los seres humanos es lograr la unión complementaria de una mujer y un hombre ideales, capaces por su interacción interna y externa de aportar a la sociedad un desarrollo material y espiritual. Este deseo de estar entre una pareja que se tiene confianza completa, aceptándose con felicidad sin intentar cambiar al otro, avanzando hacia una misma meta –unión sostenida por acuerdos logrados de forma natural, sin necesidad de discusiones, donde no tiene cabida la competición sino la emulación–, nace directamente de la necesidad del niño/-a de tener una madre y un padre perfectos. Es decir, una pareja de su exclusiva propiedad. Aunque sea el último de varios hermanos, considerará que sus padres son suyos exclusivamente, siendo él el centro de la tríada.

No contar con la adhesión total de los padres provoca una profunda angustia, y en la mayoría de las familias obtener esta adhesión es imposible. Desde que nace, el niño exige una atención intensa, la menor distracción de su madre le provoca llanto; vive en un presente absoluto y exige lo mismo de sus padres, pero éstos tienen lazos que los anudan al pasado y, por no haber resuelto aún las obsesiones con sus propios padres, puede que a sus propios hijos los vean como intrusos, los conviertan en la reencarnación de un abuelo, les proyecten un hermano muerto antes de que él naciera o bien un hermano rival. Mi padre, a quien su hermano menor Benjamín le «robó» a su madre, toda su vida me llamó «Benjamín» en vez de «Alejandro», y por esta proyección, celoso, se comportó conmigo como si yo fuera su rival, tratando de aplastarme psicológicamente.

Todo niño se vive como el centro del mundo y exige, si es necesario con gritos, llantos y enfermedades, ser tratado como tal. Esta intensa llamada de atención es porque necesita ser visto –sin ser

ocultado bajo ningún tipo de proyección– tal como es. Si no se le ve a él sino al niño imaginario que representa en la mente de sus progenitores, él –infravalorado– no se verá a sí mismo: siente que no vale nada, se cree vacío y vive padeciendo el peso del personaje imaginario que debe cargar para ser amado.

Cuando comencé a establecer árboles genealógicos me di cuenta de que la mayoría de mis consultantes, a pesar de ser adultos, vivían aún presos en problemas de papá-mamá... Por no ser lo que ellos son, sino lo que su familia y su entorno social quiere que sean, la mayor parte de los seres humanos vive con la angustia de llamar la atención, atados al deseo de ser protegidos por un padre y una madre que, unidos por un amor sublime y presentes al cien por cien, los tratan como a un ser único.

En las culturas con religiones adoradoras de un Dios-padre, esta inquietud por obtener la atención perfecta es más evidente en las mujeres. Los sacerdotes fundadores de las estructuras sociales las han despreciado, no sólo en el mundo judeocristiano («Con dolor darás a luz a tus hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti», Génesis, 3:16) sino también en las culturas budistas. En el antiguo texto sagrado *Les vies chinoises du Buddha*, traducido del chino al francés por el sinólogo jesuita Léon Wieger, se puede leer a propósito de una mujer que después de morir renace hombre: «El cambio de sexo es un paso hacia delante, hacia la liberación. Ninguna mujer estará salvada, siendo mujer. La última etapa es siempre masculina». Según Buda, las mujeres no se pueden iluminar. Para lograr esto, tienen que morir y reencarnar como hombre... La tradición masculinista más el narcisismo de los padres desea que el primer hijo sea un niño y no una niña. Si sucede lo contrario, el padre puede sufrir un desengaño y la madre sentirse culpable. La niña crecerá haciendo todos los esfuerzos posibles para adaptarse a la exigencia paterna, negando su cuerpo, refugiándose en el intelecto (atributo tradicional masculino, tal como las limitaciones culturales de la humanidad lo definen), imitando la conducta viril.

Esta ansiedad de ser visto puede durar la vida entera, mezclada con una desesperanza impotente («No soy nada, no sé nada, no puedo nada») o con una incesante actividad para lograr la celebridad, sea en el arte, el deporte, la política o el crimen.

Cuando nace un segundo niño, el primogénito siente amenazado su trío: un invasor viene a robarle el centro de atención. Incluso los mellizos y gemelos no aceptan un cuarteto: en el inconsciente, cada uno de ellos se vive como hijo único, sintiendo que merece ser el preferido. Frente a su rival (o rivales), para conservar su sitio privilegiado, el niño/-a opta por tener una conducta agresiva o elige inconscientemente enfermarse de gravedad, o se comporta como si el recién llegado no existiera o bien lo colma de cuidados haciéndose imprescindible y llamando la atención, de tal manera que roba –por su «amor fraterno» y «bondad»– el sitio principal del otro. Si quien nace primero es una mujer y unos años después llega el esperado varón, no es extraño que ella, aprovechando su mayor desarrollo intelectual debido a la edad, pueda crear al pequeño un complejo de inferioridad intelectual.

El estudio de la angustia e insatisfacción que aqueja a las tríadas y los conflictos que se generan en la hermandad a causa de la lucha por el centro de interés, es un importante primer paso en el camino de la toma de conciencia metagenealógica. Los problemas entre hermanos son principalmente causados por la repetición de los conflictos padecidos en la infancia entre el padre o la madre del consultante y sus propios hermanos y hermanas. De los diferentes peligros de la tríada, podríamos citar como uno de los más frecuentes la tendencia que pueden tener los padres de proyectarse más en el segundo hijo que en el primero si ellos nacieron los segundos (o sobre el mayor, el benjamín, etc., según sea el orden dentro de su hermandad).

Por lo que a mí respecta: cuatro varones, hijos de dos madres diferentes. Al pricipio yo vivía con dos de ellos y con Valérie, mi esposa mexicana; pero un día, después de leer una frase del ocul-

tista Maître Philippe de Lyon: «Las deudas que no pagas en esta vida, regresas para pagarlas en tu próxima vida», me di cuenta de que era padre ausente de otro pequeño. Decidí terminar con esta irresponsabilidad y escribí a su madre proponiéndole que me lo enviara, y por esos milagros que escapan a lo racional, ella consintió en hacerlo. Valérie y yo nos encontramos de pronto con el deber de educar a un grupo de pequeños varones a los cuales se unió muy pronto Adán, el último en nacer. Cada uno tenía un carácter explosivo. ¿Cómo eliminar entre ellos las disputas, la competencia, las comparaciones envidiosas o el odio y despertar el amor fraterno?

Después de ver la película *Sopa de ganso* de Leo McCarey, e interpretada por los Hermanos Marx, decidimos tomar de ejemplo a estos actores para educar a nuestros hijos... Los Marx, a pesar de ser de la misma familia, son bien diferentes entre sí: Groucho, el materialista agresivo; Harpo, el loco poético; Chico, el payaso humilde; y Zeppo, el típico seductor. Siempre me había escandalizado ver parejas rodeadas de niños vestidos igual. Comprendo que los uniformes sean necesarios en el ejército, pero son monstruosos si se les impone a una familia: marcan una igualdad obligatoria, lo cual equivale a castración. También, a lo largo de mi dilatada vida, me han acompañado muchos gatos: nunca vi dos con carácter parecido, cada uno nace y desarrolla una identidad felina que le es propia. Y eso mismo sucede con los seres humanos. Uniformar a los hijos es sumergir su espíritu creador en moldes que los limitan espiritualmente.

Valérie y yo acostumbramos a los nuestros a recibir algo de dinero para que se comprasen su ropa: «Aquí tienes tanto para un traje, tanto para ropa interior, tanto para zapatos». Cada cual elegía lo que su íntimo gusto le pedía, sin ninguna indicación previa. A Teo, por ejemplo, le gustaba llevar en el pie izquierdo un calcetín de color diferente al del pie derecho, Brontis elegía siempre ropa en tonos grises, Cristóbal de colores chillones y Adán se inclinó por lo elegante. Igual sucedió con sus personalidades, cada

uno desarrolló ideas y gustos propios. Uno se entusiasmó con el deporte, otro con la literatura, otro con la magia y el cuarto con la música.

A pesar de que nuestra situación económica no era holgada, nunca hicimos que el hermano mayor pasara su ropa al hermano menor. Nuestro deseo de afirmar sus individualidades –sin confundirlas con egoísmo– nos hizo comprarles los utensilios de mesa que desearan. Cada uno eligió su estilo de tenedor, cuchillo, cuchara, plato, taza, etc. Cristóbal se inclinó por una vajilla negra, Brontis por una japonesa, Teo por una metálica, Adán por cubiertos de plata y platos decorados con cabezas de gato.

Cada cual tuvo derecho a pintar su cuarto con su color preferido, elegir sus muebles, colgar en las paredes lo que se le antojara. Educados con tal libertad, desarrollaron un carácter fuerte que provocó entre ellos abundantes peleas. La mayor parte, motivada por los celos: en el momento del postre, en la cena, cuando dividíamos una tarta, ellos vigilaban a quién le tocaba el pedazo más grande, para ver cuál era el preferido. La solución fue ésta: cuando dos se peleaban, decidíamos que uno cortara la tarta y el otro eligiera a quién le tocaba cada uno de los trozos.

En un momento dado de su crecimiento, Cristóbal experimentó agresividad hacia Teo. Por aquel entonces, habíamos creado un teatro de marionetas en el que un muñeco representaba a Cristóbal y otro a Teo. Yo les había propuesto animar aquel teatro, en el que Cristóbal manipulaba la marioneta «Teo» y viceversa. En consecuencia cada uno de ellos podía entrar en el carácter del otro y llegar así a comprenderse mejor. De pronto, Teo imaginó un insulto que enfureció a Cristóbal, pues lo trataba de «enano mental». Cuando Cristóbal, muy enojado, me contó aquello, en vez de rechazar sus sentimientos negativos, le di a entender que comprendía su reacción: «Por supuesto que es un tipo de insulto que puede enfurecerte». Con una sonrisa, sintiendo que sus sentimientos eran comprendidos, me dijo: «Exacto».

En cierta ocasión, Brontis, en una pelea por ver una película que

él había elegido, comenzó a sacudir con furia a Teo, que se había apoderado del televisor. Me interpuse amablemente e hice que soltara a su hermano. En vez de echarle una bronca y acusarlo de «violento» o «malo», le propuse: «En lugar de pegar a tu hermano, ¿por qué no descargas tu rabia contra esta sandía? Te doy permiso para que la aplastes a patadas. Luego escribe a tu hermano una carta manifestándole lo enfadado que estás con él por acaparar el televisor. Él comprenderá mejor tus palabras que tus golpes».

Y sobre todo, evitamos hacer comparaciones tipo: «Mira cómo te ensucias la camisa cuando comes. Ni siquiera tu hermano pequeño lo hace. Él es más limpio que tú». Esto provocaría que quien se ha ensuciado piense: «Quieren más a mi hermano que a mí». En cambio le dijimos: «Mira, te cayó un poco de salsa en la camisa», y el niño se apresuró a limpiarla sin caer en la angustia de sentirse abandonado.

Los niños rivalizan por obtener el afecto y la atención de sus padres, los invade el despecho cuando ellos parecen preferir a otro, luchan por dominar en una constante competición. La presencia de cada hermano significa «menos»: menos tiempo a solas con los padres, menos atención en caso de heridas o decepciones, menos aplausos por los éxitos, etc. Cualquier gesto interpretado como una preferencia les hace pensar «Él es el mejor, yo valgo menos, no me quieren, estoy en peligro». La madre y el padre proporcionan todas las cosas que el niño necesita para sobrevivir y progresar (alimento, espacio habitable, ropa, calor, caricias, enseñanzas esenciales), pero como teme cualquier cosa que pueda amenazar su bienestar, preso de una constante y angustiosa comparación vive compitiendo y rivalizando para ser el mejor, el que reciba más. Es decir, el que reciba todo: todos los juguetes, todo el alimento, todo el espacio. Quiere sentirse seguro, ser el único amado...

Comprendiendo esto, hicimos lo humanamente posible para mejorar las relaciones entre nuestros hijos. Dando a cada uno la oportunidad de desarrollar una personalidad diferente y crear un entorno personal, pudimos eliminar la envidia que impulsa a desear lo que el otro tiene. Aprendieron a colaborar y compartir, considerando un placer la existencia de sus hermanos.

Ni a mí ni a Valérie se nos había dado una oportunidad semejante. En mi caso, que tuve sólo una hermana mayor, si bien no me trataron como si debiera ser el clon de un modelo ideal, el comportamiento de nuestros padres agravó la hostilidad entre mi hermana Raquel y yo. Por ser ella fruto de la pasión y yo el producto de un coito sumergido en el odio, la convirtieron en cúspide de la tríada, en tanto que a mí me trataron como si no existiera. Para mi hermana los muebles de calidad, innumerables zapatos y vestidos, cursos particulares de natación y piano, idas continuas con mi padre a la pista de patinaje, encierros con mi madre para escuchar sus confidencias, etc. Para mí un solo traje y un solo par de zapatos, una silla vieja y una cama desvencijada, nunca un paseo con mis padres ni tampoco una caricia. En busca de ternura no pude refugiarme en los brazos de mi hermana, porque lo que ella deseaba era que yo desapareciera. Lo menos cruel que me dijo fue: «Toma tu cepillo de dientes y vete lejos. Aquí nadie te quiere».

Con cada uno de sus insultos, menosprecios y garabatos en mis cuadernos del colegio yo lloraba, lo cual le provocaba la risa. Estas experiencias nocivas condicionaron mi manera de actuar, de pensar, de considerarme a mí mismo. A pesar de mis éxitos artísticos, hasta los cuarenta años sentí que lo que hacía valía muy poco. Con cada mujer que intenté formar una pareja, me sumergí en interminables rencillas y competencias. Trabajé sin cesar por tener más, sin que nada pudiera llenar mi vacío emocional. Dirigiendo obras de teatro obtuve el éxito para mis actrices, lo que en lugar de enorgullecerme me llenó de envidia: ellas eran bellas, con talento, amadas por el público, cosa que yo jamás obtendría...

Valérie, hija de una madre viril, tuvo la desgracia de nacer mujer. Su padre, un guitarrista mexicano, se acercó a su cuna de recién nacida, miró con disgusto entre sus piernas, y exclamó: «¡Que fea! ¡Yo sólo quiero ser padre de hombres!», y abandonó el hogar

para siempre. Evidentemente sus tres hermanos, mayores que ella de seis, cuatro y dos años, sumidos en disputas para establecer quién era el preferido de la madre abandonada, convirtieron a Valérie en chivo expiatorio: fue tratada de fea, tonta, hedionda e intrusa y no faltó un día sin que le asestaran sus burlas, golpes y desprecios.

Mi esposa y yo, incapaces de ser felices a causa de las heridas emocionales provocadas no sólo por los conflictos parentales sino también por las rivalidades entre hermanos, nos propusimos hacer sentir a cada hijo que era un ser distinto, merecedor de un amor particular. Convenciéndolos de que nuestros corazones eran amplios y capaces de amar de manera diferente, también a sus hermanos pero sin quitar nada a ninguno, en lugar de preocuparnos de sus incapacidades para preocuparnos mejor de sus capacidades, les mostramos la delicia de colaborar, intercambiar, ayudar, respetar. Tuvieron el gran privilegio de conocer el amor fraterno.

Al mismo tiempo de intentar esto, tuvimos que trabajar arduamente para sanar nuestro propio pasado. La incomprensión de nuestros padres, que se comportaron como sordos ante nuestros sentimientos; que nunca nos permitieron desahogar la hostilidad fraterna por medio de actos creativos; que no cesaron de establecer entre nosotros comparaciones, provocando desunión; que nos usaron como público y cómplices en sus disputas, nos obligaba a ser como ellos querían que fuéramos sin tener en cuenta nuestro auténtico ser... Todo esto me había convertido en un adulto que continuamente tenía la necesidad de dominar a los demás, agotándome para estar a la altura de quienes se comportaban como triunfadores. Mi esposa salió de la infancia transformada en una mujer que no podía soportar ser comparada con otras, sintiendo que daba la impresión de ser una mala bruja.

Innumerables personas, debido a la agresividad de sus hermanas y hermanos, no logran vivir en paz una vez que llegan a la edad adulta.

Con paciencia y perseverancia logramos transformar la competición entre nuestros hijos en una sana colaboración. Pero al enviarlos al colegio nos vimos obligados a veces a luchar contra la educación que les impartían por estar basada principalmente en la competición y en un adiestramiento no para encontrar la Verdad sino para obtener beneficios materiales. Para lograr la cohesión entre los cuatro hermanos desarrollé en ellos el sentimiento de ser un clan sagrado, exaltando nuestro apellido. Les hice ver que en «Jodorowsky» brilla cual un diamante la sílaba DO, que en japonés significa «la vía, el camino» (como en: karate-*do*, aiki-*do* o ken*do*).

Continué esta exaltación utilizando el idioma japonés, en el que *DOJO* es una sala reservada para los ejercicios espirituales y las artes marciales. El *JÔDO* es la escuela de la Tierra Pura, que aconseja como principal meditación, olvidándonos del nombre personal, recitar con sinceridad y fe profunda, sin interrupción, el nombre de Buda.

JÔ es «pureza». *KY*, al transformarlo en *CHI*, significa «conocimiento y sabiduría». En ciertas escuelas sintoístas, que otorgan significaciones esotéricas a los colores, el amarillo, *KI*, por recordar los rayos del sol, es símbolo del centro, de la unidad, del Creador. *SKY* en inglés significa «cielo».

La letra *W* que precede a SKY, en el ocultismo occidental es tomada como símbolo del agua celeste, mientras que al voltearse y convertirse en *M* simboliza el agua terrestre. Si la *V* representa numéricamente el 5, la doble V *(W)* representa el 10, número que reúne al macho con la hembra y al espíritu con la materia.

JOD (pronunciado «yod») es la décima letra del alfabeto hebreo. El 10 (número que se consigue sumando las letras de nuestro apellido) realiza el retorno a la unidad: 1 + 0 = 1. Sin embargo hay una diferencia entre el 1 y el 10: el 1 contiene el conjunto de las polaridades generatrices, inactivas mientras permanecen amalgamadas pero que, al fraccionarse la unidad, encontrándose separadas, engendran los mundos diversos. Es precisamente el 10 (formado por un germen masculino y una semilla femenina) el que representa

estas polaridades vueltas distintas: el espermatozoide y el óvulo, el falo y la vagina, lo lleno y lo vacío, la expansión y la constricción.

1 + 2 + 3 + 4 = 10.

1 y 3 son masculinos, 2 y 4 son femeninos.

En la civilización maya el número 10, *lahun* («El que es dos en uno»), no se pronunciaba nunca por ser extremadamente sagrado. Para evitar incluso el escribirlo, se le representaba por dos veces 5. En el budismo hindú, el camino de un bodhisattva (un futuro buda) tiene 10 *bhûmis* (niveles de realización espiritual). El décimo bhûmi, indica que la sabiduría realiza la no-identificación a la enseñanza, a la vía, a la técnica: el bodhisattva deja de identificarse con el camino porque él mismo se ha convertido ya en el camino, en la vía.

JOD es la primera letra, y la más sagrada, del impronunciable tetragrama «Yod-He-Vav-He»: YaHVeH (o Jehová); y a su vez es la letra más pequeña, tanto que se la compara con un punto. (Una ley esotérica afirma que un símbolo es más poderoso espiritualmente cuanto más simple sea. La fuerza suplanta a la forma. Cuanto más desaparece la forma, más aparece la fuerza. Si nuestro intelecto aprende a ser receptor, el ego se contrae y realiza la anulación del yo: desprecio de la conciencia de su propia importancia, disolución de la existencia personal en la impersonalidad sagrada.)

Tanto en árabe como en hebreo, la palabra *JOD* significa «mano». La mano derecha está considerada de buen augurio y la izquierda, de mal augurio. Una es «luminosa», la otra «oscura».

OR, que aparece en jodORowsky, significa «luz» en hebreo. Una mano iluminada, la derecha, que no excluye a la izquierda. En el cuerpo humano no hay órganos simples, por ejemplo el cerebro tiene dos hemisferios y el corazón dos ventrículos. Se le hace al hombre tomar partido por la derecha o la izquierda. Esto le marca e impregna su conciencia de una ambivalencia de comportamiento. Las manos, entrelazando sus diez dedos en la plegaria, tienen la facultad de unir simbólicamente lo que está separado, perdido o disperso.

La mayoría de los mitos mencionan la pérdida de algo precioso que se debe recuperar, reconstituir o reemplazar. Esta pérdida por

destrucción, desaparición u olvido evoca una integridad anterior que se refiere a un estado de perfección primordial, principalmente la lengua original, despedazada en una multiplicidad de lenguajes. La raíz de esta lengua original es el impronunciable Nombre Sagrado, cuya transmisión era secreta a causa de sus virtudes sobrenaturales. No hay una sola escuela esotérica que no haga alusión a un nombre supremo cuyo conocimiento es el Secreto de los Secretos. Secreto que, por cataclismos sociales, fue dispersado en multitud de pequeños seudosecretos. Las escuelas iniciáticas restablecen la unión con el Nombre Sagrado. En el Islam, por ejemplo, para enlazarlo con la raíz original, el Maestro toma la mano derecha del candidato entre las dos suyas, la derecha arriba y la izquierda debajo. Esta «unión de manos», que dura el tiempo de la recitación de fórmulas consagradas, realiza el trasvase –de Maestro a discípulo– del Secreto inefable.

En el *Zóhar* de los cabalistas judíos está escrito «De la mano derecha del santo –bendito sea– emanan todas las luces, las bendiciones y las libertades. De la mano izquierda emana el Rigor. Haciendo la unión de ellas, todo rigor desaparece». Por la imposición de manos, el sacerdote católico opera el misterio de la unión y del amor; y Dios amasa con las dos manos la arcilla con la que crea al hombre: juntas, al no oponerse sino complementarse, se convierten en una sola mano de bendición y de misericordia, transmitiendo el influjo divino. En el libro de Job (37:7), Dios pone un sello en la mano de cada hombre, «para que los hombres todos reconozcan su obra».

En simbología, la mano izquierda representa el poder temporal y real; la derecha, el poder espiritual y sacerdotal. La primera es la Vía de la Tierra; la segunda, la Vía del Cielo. Ambas vías se unen, a medida que el discípulo avanza simultáneamente por ellas. Una es la espiritualización de la materia; la otra, la materialización del espíritu. La mano izquierda representa el pasado; la mano derecha, el futuro. Al unirse en la plegaria, realizan el presente: JOD-OR, la mano de luz.

Habiendo exaltado nuestro apellido, conté a mis hijos que lo habíamos recuperado del oprobio en que lo había sumido mi padre. Él, que a toda costa quería ser considerado chileno, inscrito en el Partido Comunista como Juan Araucano, odiaba ese «Jodorowsky» que lo denunciaba como extranjero. Esta experiencia les fue muy útil: cada nuevo concepto al que trataban de identificarse, cambiaba su manera de ver el mundo y su actitud hacia los otros. Su apellido había mutado, convirtiéndose en un objeto precioso y secreto que los unía, que les hacía sentir que la vida, a pesar de todos sus obstáculos sociales merecía la pena ser vivida. Gracias a la recepción del significado sagrado de su apellido secreto, desarrollaron una férrea confianza en sí mismos y una continua alegría de vivir... Nadie que, interiormente, no se haya liberado de la neurótica identificación con un nombre y un apellido que no han sido exaltados puede considerarse liberado de la trampa genealógica. Ésta es la razón de que este trabajo sobre el nombre sea indispensable para cada uno de nosotros. Tomemos como ejemplo uno de los apellidos más comunes en Francia: «Dupont». Se puede descomponer en «DU PONT» y explorar el significado de *pont* (puente) como símbolo de unión entre la materia y el mundo inmaterial, lo que nos permitirá pasar de una orilla a la otra, de la Tierra al Cielo, del estado humano al estado sobrehumano, de la contingencia a la inmortalidad, etc. En español, un apellido tan común como «Sánchez» comienza por «SAN», que nos reenvía a la santidad; por su parte, «CHE» es la primera sílaba de *chela*, que en sánscrito significa «el discípulo de un maestro», y tiene que ver asimismo con la alquimia: Chemi era el antiguo nombre de la tierra de Egipto, y *cherio* es la quintaesencia, la cualidad esencial liberada de toda impureza.

Éstas no son más que indicaciones que pretenden mostrar que cualquier nombre, sin excepción, puede ser exaltado.

SER ÚNICO Y SABER CONVIVIR

La nueva familia se concreta a partir del primer nacimiento (también se podría decir que a partir del primer embarazo; incluso si éste llegara a interrumpirse, el niño/-a esperado puede, a partir de ese mismo momento, llegar a ocupar un lugar muy importante en la memoria familiar): dos árboles genealógicos se unen, con sus trampas y sus tesoros respectivos. En los cuentos de hadas, las influencias positivas y negativas de los dos árboles están representadas por las hadas y por las brujas, quienes suelen asomarse a las cunas de los recién nacidos para enunciar sus bendiciones y sus maldiciones.

Con la aparición de la familia comienza, para nosotros, el estudio de las relaciones intrafamiliares, en primer lugar en el seno de la tríada (madre-padre-hijo) y a continuación entre los hermanos, en su sentido más amplio: es decir, cómo se reparten los hijos la atención parental y cuáles son las consecuencias de las dinámicas familiares de una generación sobre la otra.

Entramos aquí en un estudio más complejo en el que se puede incluir a una gran multitud de individuos. Un árbol genealógico íntegramente compuesto por hijos únicos ya representaría a quince personas de la misma sangre a lo largo de cuatro generaciones. Sin embargo, y en el caso de que todas las hermandades sean muy numerosas, esa cifra puede llegar hasta la centena en árboles en los que las familias cuenten con un número de hijos que oscile entre ocho y doce.

Será necesario, por lo tanto, prepararse para comprender la dinámica padres/hijos generación por generación.

Veremos en primer lugar qué sucede cuando la pareja se convierte en tríada y todas las variantes de ésta con sus efectos futuros. Más adelante, nos interesaremos por la forma en la que nacen los conflictos en el seno de las hermandades y cómo se enquistan a causa de la incapacidad de los padres para tratar a cada uno de sus hijos como un ser único. Abordaremos también los fenómenos de proyección y de compensación que inducen a las personas de una ge-

neración a trasladar a la siguiente generación sus propios conflictos de infancia, como ocurre cuando los padres, conscientemente o no, castigan a sus hijos con el mismo daño que hermanos, hermanas u otros parientes pudieran haberles causado a ellos antes.

Además, este capítulo se basará en una serie de casos prácticos, pues la observación de hechos concretos permite comprender de una manera mucho más exacta las situaciones tipo que nos interesa ver.

De la pareja a la tríada

Como decíamos en la presentación de este nuevo capítulo, a partir del nacimiento de un hijo/-a la pareja se convierte en familia. Para el hombre, el encuentro con ese recién nacido es el que sella la realidad de su paternidad; mientras que, para la mujer, ese bebé ya era un ser muy concreto durante toda su gestación. La primera etapa con el niño suele ser un periodo crítico, descrito ya muchas veces, que puede vivirse como una fase paradisiaca o bien llena de angustia. El apego de la madre al bebé es al principio sostenido por la producción natural de oxitocina, que estimula las contracciones uterinas y que se inicia con el parto, alcanzando su punto más elevado en el momento en que nace el bebé (siempre que la mujer no esté expuesta al frío, al estrés, a una luz intensa o incómoda y su intimidad sea debidamente respetada). Se ha podido comprobar que una inyección de oxitocina en el cerebro de un mamífero produce en él una disminución de su agresividad, una mayor resistencia al dolor, un aumento del apetito y, en el caso de las hembras, un comportamiento maternal. Estos efectos duran más en las hembras que en los machos. La producción de esta «hormona del amor maternal», como se la denomina, se ve estimulada por la lactancia. En el mejor de los casos, pues, la madre estará enteramente volcada hacia su bebé recién nacido. Pero no todo es, sin embargo, tan agradable: para el hombre con el que comparte su vida esta situación puede resultar desconcertante cuanto él se percata de que la atención de su mujer se vuelca completamente hacia el recién nacido, que por consiguiente se convierte para él en un obstáculo o en un rival. Y otro problema que suele manifestarse es el tiempo de demora para recuperar la actividad sexual en pareja. Pero en una pareja sana y evolucionada esta situación no se convierte en ningún problema: el hombre acepta no tener durante algún tiempo la atención de su mujer, dedicada al placer nuevo (y sexual) de la lactancia, y esperará pacientemente a que el deseo regrese a su compañera. Sin embargo, en una pareja que no esté tan equilibrada esta misma circunstancia podría causar innumerables conflictos, como violación, agresión física o infidelidades.

Cuando el padre reemprende las relaciones íntimas con su mujer, ese momento es esencial porque marca el final de la fusión madre-bebé, que ha sido casi una segunda gestación. Al reivindicarse como compañero y amante de su mujer, además de padre de su hijo/-a, se puede decir que el progenitor pone en escena una tríada equilibrada en la que las tres relaciones que se producen (padre-madre, padre-hijo/-a y madre-hijo/-a) tienen la misma importancia. Pero son muy numerosos los elementos que pueden perturbar la constitución de este frágil trío.

Por una parte, los padres pueden entrar en conflicto; por otro lado, ambos pueden interpretar la llegada del hijo no como una aportación que les hace acceder a un nuevo estado en su vida adulta, sino como una amenaza, una invasión, una fuente de fatigas y frustraciones. Desde un punto de vista transpersonal, y como hemos visto con anterioridad, si bien el hecho de engendrar un hijo nos retrotrae a considerar nuestra propia muerte, también nos conduce a la inmortalidad de la especie aunque, en un plano individual y delimitado, la llegada de un pequeño ser podría convertirse también en fuente de angustia: el padre o la madre, reorientados hacia su propia mortalidad, pueden reprochar inconscientemente a su hijo/-a que estén destronándolos, expulsándolos del lugar que ocupaban como niños eternos, privándoles así de su inmortalidad ilusoria.

Estos padres incapaces de crecer en general tendrán comportamientos sumamente tóxicos hacia sus hijos. Por ejemplo, les harán sentir que molestan, se los confiarán sistemáticamente a los abuelos haciendo del niño algo así como un hermano o una hermana, los abandonarán o infravalorarán de diversas maneras para poder confirmar su propia posición de niño-rey o niña-reina.

La cuestión del sexo también interviene de forma notable: una madre sana que da a luz a un hijo tendrá siempre el placer de haber engendrado un ser humano, diferente de ella y perfecto tal cual es. Pero si esta mujer se ha visto infravalorada en su feminidad, el hijo puede convertirse en una suerte de trofeo, sobre el cual ella proyectará su masculinidad frustrada, o bien en un privilegiado investido de una perfección a la que ella no ha tenido nunca acceso, de la cual podría eventualmente sentir celos. De igual manera, cuando el primer hijo es una niña, un padre sano no se decepcionará desde un punto de vista narcisista sino que, muy al contrario, celebrará la femineidad de su hija y proyectará sobre ella su propia *anima*, es

decir, la parte femenina de su ser. Pero, si el padre es neurótico, podría despreciar a su hija, herido en su narcisismo por la llegada de esta niña que no se le parece y que le ha privado de la satisfacción de verse idénticamente reproducido.

En el caso de que el progenitor sea del mismo sexo que el recién nacido, una madre sana amará a su hija y un padre sano a su hijo como las personas completamente diferentes que son y no como unas meras copias en miniatura de ellos mismos. Los padres deberán estar preparados para dar todo lo que ellos no recibieron de sus propios progenitores y aceptar que ese niño/-a los supere en todo. Sin embargo, una madre neurótica negará la existencia individual de su hija y la tratará como si fuera una mera prolongación de ella misma, como un tentáculo o incluso como simple espectadora. Y además la madre pasará toda su vida compitiendo con ella y le impedirá crecer. Por su parte, un padre neurótico hará de su hijo una prolongación de su ego, un «heredero del nombre», lo disfrazará de réplica suya a tamaño reducido y hará todo lo que esté en su mano para castrarlo, incluso cubriéndole de dinero y regalos hasta una edad avanzada para demostrarse a sí mismo que el jefe de la familia sigue siendo él.

Los padres neuróticos son siempre muy inmaduros o infantiles, incluso bajo una apariencia de autoridad, de dignidad y de respetabilidad. Su forma de actuar se proyecta hacia dos direcciones distintas, pero con efectos igualmente devastadores. Por una parte, puede que se comporten de una forma muy inmadura y obliguen a sus hijos a jugar a ser pequeños adultos, exponiéndolos a serios peligros, o bien escudándose en ellos no les permitan vivir plenamente su infancia. Y por otra, puede que los mantengan indefinidamente en la infancia, creando una especie de aparente paraíso familiar que les impide crecer y convertirse en personas autónomas, además de culpabilizarlos si los abandonan.

Todos estos sufrimientos procedentes del árbol genealógico pueden ser interpretados –por parte de los padres– como un rechazo a su muerte individual (y por tanto de la inmortalidad de la especie humana), lo cual se convierte en una pequeña muerte impuesta al niño, que deberá llevar todo el peso de la paternidad en lugar del padre inmaduro, pagando como precio el desarrollo de su ser verdadero.

Toda apuesta por convertirse en padre o madre se enfrenta a la siguiente mutación: de repente, uno deja de ser para siempre «el hijo de» o «la hija de» para convertirse en «el padre de» o «la madre

de». Los padres se verán entonces obligados a sacrificar sus propias demandas infantiles y a soportar sus heridas abiertas y aspiraciones no resueltas para poder, así, consagrarse a un ser vulnerable y dependiente que expresa constante y claramente la imperiosa necesidad que tiene de crecer y ser amado. Son éstos unos retos que se manifiestan desde la misma aparición de la vida en el vientre materno: la negación de la muerte (por una preocupación individual) o la aceptación de la misma (es decir, del ser transpersonal). Convertirse en adulto, si uno continúa sintiéndose un niño y recurre todavía a sus padres, supondrá ser un adulto egoísta que no quiere morir; pero convertirse en adulto al mismo tiempo que uno se transforma auténticamente en padre, es conseguir ser un adulto transpersonal que acepta su propia desaparición como un elemento más de la continuación de la especie.

Conviene, por lo tanto, preguntarse sobre cuál era el objetivo en la vida de cada uno de los padres en el momento del nacimiento de su hijo. Desde el plano del ego y del Inconsciente, el niño puede ser considerado por sus padres como alguien que les impide realizar sus respectivos objetivos: esto es algo que demuestra un nivel de madurez muy poco elevado, los padres tienen entonces objetivos egoístas y el niño será considerado como un estorbo inoportuno que ha venido a interrumpir sus juegos o ensoñaciones infantiles. En numerosos casos, el niño es concebido como un continuador del árbol genealógico y se le pide que no sea nada más que un heredero al servicio del pasado. Pero, cualquiera que sea el nivel de Conciencia de los padres, nosotros podemos afirmar que desde el plano del Supraconsciente, el niño viene siempre a ejecutar la unión entre los padres y a incitarlos a desarrollar su verdadero objetivo, lo consigan o no. Es muy frecuente, además, que a su manera el hijo realice una síntesis de los objetivos de sus dos progenitores.

Caso 1. Ambos progenitores son huérfanos de padre

Esta carencia fundamental los unió inicialmente al encontrar cada uno de ellos en el desamparo del otro el reflejo del suyo propio; pero también para poder mantenerse los dos en un estado de inmadurez, dado que a ambos les ha faltado la estructura ética y existencial que les habría podido aportar el padre.

Ella, Ana, era fruto de una unión con un amante circunstancial que lanzó el mayor de los descréditos sobre su madre antes de que

ésta se suicidara. Ana era por lo tanto «la bastarda», «la ilegítima», despreciada por toda su familia. Como reacción ante este menosprecio, Ana alimentaba delirios de grandeza y soñaba con convertirse en una estrella de cine.

Él, Juan, que quedó huérfano a los 13 años, había trabajado muy duro para poder pagar la educación de sus hermanos. Todos ellos tuvieron éxito en sus respectivas profesiones intelectuales, mientras que Juan se quedó en un nivel inferior en la escala social. Para él, que no había logrado cursar estudios superiores, como sus hermanos, la finalidad de su vida era ser respetado igual que un hombre cultivado, algo que no fue posible.

La pareja se vio rápidamente sumida en la mayor de las insatisfacciones porque sus metas personales resultaban absolutamente irrealizables. Ambos rechazaron a su hijo, que tuvo que crecer solo, mientras el propio padre se sumía en lo que él mismo describió como «una suerte de esquizofrenia benigna entre el niño que habitaba en mí y el adulto que cuidaba de él».

Este padre ávido de respetabilidad acabó por afiliarse al Partido Comunista, mientras que la madre, ansiosa de reconocimiento, se embriagó con películas de Hollywood. Los dos, encerrados en sus objetivos egoístas, fracasaron a la hora de orientar su propia evolución hacia una actitud transpersonal. En cambio, el hijo, tras conseguir superar todos los sufrimientos afectivos de su infancia, logró reunir en sí mismo, sin embargo, los dos objetivos de sus padres y hoy día es un cineasta universalmente respetado.

Caso 2. El hijo «accidente»

Aquella joven madre de 23 años de edad habría deseado ser estilista de moda. El padre, de 24, había imaginado ser un gran reportero. Engendraron un niño «por accidente». Los dos jóvenes padres, obligados a casarse y a fundar una familia para poder ocuparse de aquel pequeño ser, se convirtieron, respectivamente, ella en ama de casa y él en redactor de una empresa de publicidad. Durante toda su infancia, ambos responsabilizaron al niño de su no realización artística y profesional. El niño, tras superar una serie de dificultades y llevar a cabo un prolongado trabajo sobre sí mismo, se convirtió en director comercial de una gran marca de lujo, viajando por todo el mundo por razones de su trabajo. En el momento de estudiar su árbol genealógico (a los 44 años), él estaba padeciendo, a pesar de todo, una fuerte crisis vocacional, poniendo en cuestión su pasión por la moda y los viajes, una pasión que se correspondía tan

sólo parcialmente con su ser verdadero. Él dijo haber «absorbido» literalmente los ideales frustrados de sus padres y que soñaba con tener una posición profesional que fuera, al mismo tiempo, más estable y menos mundana. Y todavía siente la necesidad de dedicar sus esfuerzos al comercio justo y al desarrollo sostenible.

Se podría afirmar que la primera parte de su vida había estado consagrada a la realización externa del objetivo de sus padres (es decir, la moda, el lujo, los viajes), mientras que al alcanzar la madurez realizaba, dentro del marco de su profesión, una misión de servicio y de autenticidad más próxima a la que necesitaba su árbol genealógico.

Nombre y apellido: identidad individual e identidad familiar

Todos y cada uno de nosotros recibimos al nacer al menos un nombre propio y un «nombre de familia» que, con frecuencia, es un patronímico. En las culturas patriarcales, el nombre de familia –que como si fuera un tatuaje integra al recién nacido en el clan– marca la pertenencia a la rama paterna del árbol genealógico. Este nombre de familia, o apellido, se deriva muy a menudo de algún lejano ancestro paterno. Así ocurre con los apellidos Domínguez o Martínez (la terminación indica que son descendientes de Domingo o de Martín), Vasilievic o Nikolic (descendientes de Vasili o Nikola), Paoli o Franceschi (descendientes de Paolo o Francesco), Adamson o Mendelssohn (descendientes de Adam o de Mendel), etc. En la mayor parte de los casos, los patronímicos eliminan la filiación por la parte de la madre, al igual que las diferentes génesis bíblicas no mencionan más que los nombres de los primogénitos[8]. En la actualidad, en algunos países se permite que el apellido de la madre anteceda al del padre, pero ese apellido que las madres modernas transmiten a sus hijos está impregnado totalmente de la cultura patriarcal. Se podría soñar con una revolución del apellido en la que las mujeres, a través de un «matronímico» inventado transmitieran una aportación cultural femenina (Raquélez, Natalievna, etc.).

Para elegir el nombre de pila sí que puede intervenir la madre. Este primer «regalo» ofrecido al recién nacido lo/la individualiza en el seno de la familia y, en cierta manera, le hace existir independientemente de su madre. Sin embargo, el nombre propio casi siempre está cargado de fantasmas narcisistas y proyecciones parentales. El niño o la niña, como haría cualquier animal doméstico, se habitúa a ese sonido con el que permanentemente se intenta atraer su atención y, así, acaba por incorporarlo a su existencia como si fuera un órgano más. La mayoría de las veces, desgraciadamente, el nombre propio resume aspiraciones propias de la trampa familiar,

[8] Cf. Génesis, 5, 1:32 (Descendencia de Adán) y Mateo, 1, 1:16 (Genealogía de Jesucristo).

que se manifiesta bien bajo la forma de una repetición (se asigna al recién nacido el mismo nombre, o sea la misma identidad, de un miembro de la familia) o bien bajo un rechazo (en cuyo caso, el nombre se correspondería con una maldición). Así, unos padres que habían concebido un hijo como consecuencia de la rotura de un preservativo, le pusieron «Pépin» refiriéndose conscientemente al nombre [Pepino el Breve] del padre de Carlomagno, pero también e inconscientemente al sentido que en el argot francés se da al término *pépin* (problema, accidente desagradable). De igual manera, el nombre femenino «Manon» se puede descomponer en «Ma» (la madre) seguido de «non» (no) y, bajo pretexto de evocar a Manon Lescaut, la heroína de la novela del abate Prévost, lo que en realidad se hace es tratar de disimular un odio persistente hacia el arquetipo materno.

Si la hija recibe el nombre de una amante secreta del padre o el hijo el de un antiguo novio de la madre, el nombre en cuestión los vinculará durante toda su vida con el secreto sexual del padre o con el afectivo de la madre, creando a la vez un lazo incestuoso del que en muchas ocasiones no serán concientes, dado que no conocen la existencia de la persona idealizada por la cual llevan el nombre.

La atribución de nombres en un árbol genealógico oculta, muy a menudo, el deseo de hacer revivir a los ancestros ya fallecidos o de volver a plantear las relaciones con los padres, todavía vivos. El nombre es un sello suplementario –manifiesto o encubierto– que tiene más la intención de señalar la pertenencia al clan que la de designar al ser que viene al mundo como una persona específica y singular. El inconsciente familiar manifestará esta repetición del nombre de una manera directa (como en las familias en las que la tradición exige que se ponga al primogénito el nombre de sus dos abuelos, o a la hija el nombre de su madre, etc.) o como ya vimos en otro capítulo bajo la forma de una variante o un anagrama. Así, Carola se convierte en Carolina, Coral o Cornelia; Elsa se transforma en Isabel, Elisa o Eloísa; María en Marina, Mireia o Mariona; Rolando en Orlando o Arnoldo; Noel en Joel o León. Todas las letras de Dorotea por ejemplo se transforman en Teodora y las de Julián en Jacqueline. Los nombres propios pueden cambiar de cultura, pero conservan un vínculo claro: Marcos es Mark o Marco; Jerónimo es Jerôme o Hieronymus; Tomás es Thomas o Tomaso; Ramón es Raymond o Raimunde. A veces, un nombre se enquista en otro: Ana se encuentra en Mariana, Tatiana, Diana, etc. Asimismo, podemos encontrarnos con numerosas repeticiones de letras iniciales, como

por ejemplo en una familia en la que sus miembros se llamen Albina, Alberto, Antonio, Anaïs, etc. En otros casos, es la sílaba inicial la que se repite: Jacobo, Jacinto, Jaime. O, por el contrario, familias en las que los nombres riman unos con otros: Patricia, Leticia, Lucrecia, Prudencio, Leoncio. Estas repeticiones de sílabas pueden moverse por la totalidad de un árbol genealógico, de manera que la madre de SAmuel es TereSA y su esposa se llama SAndra, o el abuelo se llamaba ArnALdo, el padre ALfonso y el hijo PascuAL. Los hijos a los que se les llama con un diminutivo casi hasta una edad adulta (Conchita, Chus, Juanito, Mari, etc.) se ven instados por sus propias familias a quedarse en niños, es decir, a no crecer, a no ocupar demasiado espacio.

Un nombre puede ser también una huella dejada por determinadas asociaciones o modas culturales, sociales o religiosas. Entonces, al niño/-a se le pondrá, por ejemplo, el nombre de alguna estrella de cine, de un héroe histórico o de una personalidad política. El nombre, en estos casos, puede ser abrumador si nos lleva a algún delirio de grandeza existente en el árbol genealógico... Pensemos en nombres imperiales o míticos como: César, Hércules, Adriano, Napoleón o Alejandro; en nombres que remiten a arquetipos más o menos empañados del eterno femenino, como: Eva, Venus, Casandra o Marilyn. El niño/-a, en tales casos, puede percibir que lo que se le exige es la genialidad, la celebridad u otras proezas semejantes que no están en su naturaleza. Al contrario, nombres más etéreos como Angélica, Rafael, Gabriel o Celestino pueden producir ciertas inhibiciones sexuales o alguna seria incapacidad a la hora de quedar encarnados en alguien. En la cultura cristiana, todos los nombres salidos de la vida de Cristo (Pascual, Domingo, Cristóbal, Jesús, Manuel, Christian...) pueden inducir, en quien los lleva, a una severa neurosis de perfeccionismo y, frecuentemente, a una cierta tendencia a enfermar, a sufrir accidentes o a morir a la edad de 33 años.

Por otro lado, también importa mucho saber quién ha puesto el nombre al niño/-a. Si no ha sido ni la madre ni el padre, eso significa que ambos han cedido su autoridad parental a otros o bien que dicha autoridad les ha sido sustraída. Evidentemente, ese niño o niña no es querido, incluso puede ser que haya sido captado por unos abuelos voraces que ni siquiera han permitido crecer a sus propios hijos. Poner nombre a un niño se corresponde simbólicamente con el hecho de apropiárselo, y esta filiación simbólica con unos abuelos, un padrino o una madrina, un tío o una tía puede

causar en el niño la impresión de ser poco querido o de haber sido rechazado.

Poner a un niño un nombre compuesto puede revelar alguna ambigüedad subyacente por parte de sus padres, sobre todo cuando los dos nombres son de sexo diferente (José María, María José, Luis María, María Jesús, Pedro María). Esto es algo que puede provocar un serio problema de identidad en el niño, quien, intuitivamente, percibe que sus padres esperaban un hijo de otro sexo. A veces, el nombre compuesto sirve para reconciliar a ambos padres, los cuales no eran capaces de llegar a un acuerdo sobre un solo nombre. Si el abuelo paterno se llama Carlos y el abuelo materno Enrique, al primer hijo se le pondrá el nombre de Carlos Enrique, aparentemente para unir a las dos ramas del árbol genealógico, aunque el niño será, en realidad, portador del conflicto por el poder existente entre los dos cabeza de familia. De igual manera, una joven llamada Marta Luisa, por los nombres de sus dos abuelas, incorporará en ella, además del deseo de sus padres de hacer revivir en su persona a una madre santificada (o insuficiente), un conflicto entre las personalidades de esas dos mujeres que se disputan su presencia en ella.

Los nombres pueden, asimismo, evocar alguna situación dolorosa o compleja que se haya buscado solucionar en la persona del niño: el nombre René (o Renato) puede evocar la memoria de un desaparecido al que gustaría ver renacer. En francés, el nombre Sylvie puede ser entendido o escuchado como «Si elle vit» [si ella viviera] y hacer referencia a una hija no nacida o desaparecida, mientras que el de Geneviève [Genoveva] es homónimo de «je ne vis Ève» [yo no vi a Eva], lo que puede indicar una infravaloración de lo femenino en el árbol genealógico, etc. Todo esto no debe hacernos caer en interpretar estas cosas como un simple juego de palabras (o «lenguaje de los pájaros» trovadoresco).

Es evidente que en cada cultura el árbol genealógico, como una persona, se expresa también a través de ciertos lapsus. Los nombres masculinos feminizados (Carlota, Manuela, Enriqueta, Josefa) son muy numerosos en las culturas patriarcales y todos ellos portan, de forma germinal, la decepción que ha sufrido el padre (o la madre) al no ver llegar a este mundo un heredero varón. Forzado a identificarse con su hija a pesar de su narcisismo, el padre le pondrá un nombre que suene como un reproche o la madre puede que muestre por medio de ese nombre su decepción por no «haber dado un hijo» a su esposo y quizá también a sus propios padres. Es más raro que un varón lleve un nombre femenino o ambiguo, pero en ciertas culturas muy católicas el añadido María, Marie o Mario se corresponde con una proyección femenina. Se puede citar el ejemplo del célebre poeta checo Rilke, cuyos nombres de pila eran René Karl Wilhelm Johann Josef Maria y cuya madre, tan devota como coqueta y sin duda muy narcisista, adquirió la costumbre durante la infancia del poeta de travestirle de niña, todo ello antes de, simple y llanamente, dejarlo abandonado. A los 22 años Rilke se enamoró de Lou Andreas Salomé, trece años mayor que él, que fue su amante y primera mentora. Ella consideraba que el nombre de «René» era un tanto femenino, por lo que le aconsejó adoptar el de «Rainer» como nombre artístico. Nosotros no podemos hacer otra cosa que sonreír al constatar que el poeta se decantó, sin embargo, por añadirle su último nombre, «Maria»: el último vínculo con su madre ausente, que había querido tener una niña.

Por otro lado, la práctica de usar un seudónimo (que consiste en convertirse en padre y madre de uno mismo imponiendo un nuevo nombre) con toda seguridad ha contribuido en la fuerza y en la gloria de numerosos artistas: como ejemplo, el celebérrimo Neftalí Reyes, que se convertió en «Pablo Neruda».

Numerosas sectas, movimientos religiosos e iglesias nombran o renombran a las personas que absorben en su seno. Además del propio ritual del bautismo, se puede citar la entronización de los monjes zen, quienes al entrar en el monasterio se rasuran la cabeza (un cráneo calvo, como el de un recién nacido) y pierden su nombre. Por su parte, los monjes benedictinos añaden la ablución de los pies a su cambio de nombre, acto que viene a simbolizar el hecho de liberarse de sus antiguos pasos, hechos y gestos (que lo son, en realidad, de su árbol genealógico), lo que les permite emprender una vida nueva en el seno de la Santa Madre Iglesia. Asimismo, gran número de maestros indios bautiza a sus discípulos, sea cual sea su nacionalidad, con nombres en hindi o en sánscrito, devolviéndoles al estado de un recién nacido que no habla con soltura la lengua madre de su progenitor simbólico.

Todos los nombres que se puedan dar a un niño/-a, reafirman las proyecciones e identificaciones del grupo familiar, que conviene descodificar para poder liberarse de ellas. Cuando las proyecciones agregadas a un nombre de pila se hacen excesivamente pesadas, incluso patológicas, existe la posibilidad de cambiarlas.

La introyección y la proyección

En el momento de estudiar la influencia que sobre el niño va a tener el contexto familiar en el que ha crecido, nos parece importante redefinir los conceptos simétricos de «proyección» y de «introyección», utilizados respectivamente por Sigmund Freud y Sándor Ferenczi, y después ampliamente utilizados por psicoanalistas y psicoterapeutas de todas partes.

Como «proceso de introyección» se conoce a aquel por el cual los padres y otros miembros de la familia penetran como arquetipos en nuestro inconsciente. El Psicoanálisis define la *introyección* como la absorción por parte del Yo de una característica o un rasgo que ha percibido en el exterior. Se trata, pues, de una *apropiación*. Durante la primera infancia, la única realidad que conocemos es la de nuestros padres (biológicos o adoptivos) y la de nuestra familia. Crecer es convertirnos en ellos. En efecto, imitamos su forma de caminar, sus gestos, sus sentimientos y su manera de pensar con objeto de ser reconocidos por el clan e integrarnos en él. No somos nada sin el amor de nuestros familiares más próximos, así pues hacemos todo cuanto nos es posible para satisfacerlos. Una parte de nuestra psique se transforma en espejo, e imitamos no sólo los rasgos más amables de los parientes más cercanos sino también sus irritaciones, sus alegrías y sus depresiones. Una vez convertidos en adultos, gran parte de nuestros sentimientos nos pertenecerán, pero también llevaremos la huella de algunos miembros de nuestra familia incrustada en nosotros, así como también algunas angustias parásitas[9].

[9] Como este caso de una célebre escultora que había conseguido todo cuanto había deseado en su vida (prosperidad, éxito, familia, equilibrio, etc.) pero que, sin embargo, padecía frecuentes crisis de melancolía inexplicables que la inducían a sentir deseos de suicidarse de un tiro en la cabeza. En realidad, esa melancolía y esa obsesión suicida no eran propiamente suyas, sino que provenían de su madre: una mujer con vocación artística frustrada. Una vez que tomó conciencia de ello, un acto de psicomagia le permitió liberarse definitivamente de esta herencia psi-

El necesario proceso de identificación comienza por una introyección de la proyección que nuestros padres hacen sobre nosotros. En efecto, si ellos nos ven como un hijo/-a «inteligente», «impulsivo», «flojo» o «torpe», asumiremos estas cualidades, estos defectos, estos calificativos como parte de nuestro repertorio y de nuestra personalidad y nos remitiremos a ellos con mucha frecuencia, pues marcan el rol que se nos ha adjudicado para ser reconocidos o, también, aceptados. Y si así sucediera, continuaríamos desarrollando todo cuanto nuestros padres esperan de nosotros (por ejemplo, seguir siendo buenos, no molestarles con rabietas o llantos escandalosos, ser aseados y afectuosos, obtener buenas calificaciones, etc.) y las cualidades preferidas de nuestros padres (el lado artístico si ellos son artistas; el aspecto deportivo, si son deportistas; la crueldad, si son personas crueles; etc.).

Si a pesar de todo esto nos sentimos aún excluidos, habremos de hacer esfuerzos sobrehumanos para convertirnos en lo que la familia habría deseado que fuéramos, aunque para ello tengamos que pagar el precio de nuestra propia vocación o despreciar nuestra identidad sexual: es así como una mujer se puede convertir en un «chicazo» o un excelente músico en un experto contable...

Un niño acepta todas las etiquetas que se le quieran imponer y se sirve de ellas para formarse una imagen de sí mismo. Si sus padres le niegan su amor, él siempre encontrará alguna excusa para justificarlo, diciéndose cosas como «Bueno, es que están enfadados porque les he desobedecido, porque yo no valgo nada. De todas maneras, aunque yo me porte mal, a pesar de que sea muy malo, ellos siempre estarán ahí para protegerme. Es necesario que yo conserve esta identidad defectuosa porque, si la cambio, ellos dejarán de reconocerme como un miembro más de la familia y me abandonarán».

Ésta es la manera en que se forja nuestra personalidad adquirida: sacrificando la soberanía de nuestros auténticos sentimientos. Si no nos interesan en absoluto los estudios que nos obligan a cursar, entonces seremos unos «vagos» o unos «estúpidos»; si repeti-

cológica: esculpió una pistola en mármol, la pintó de color negro y la colocó en bolso, llevándola permanentemente consigo durante un mes lunar. Cuando tuvo la menstruación, se la envió como regalo a su madre junto con una caja de bombones con forma de corazón. (Más adelante veremos cómo la psicomagia permite devolver estos sentimientos-espejo a la persona a la que pertenecen, bajo una forma artística no agresiva.)

mos como papagayos las opiniones del patriarca de la familia, nuestro abuelo, seremos muy «inteligentes»; si reprimimos nuestra energía y nos plegamos a las órdenes neuróticas de una madre obsesionada por los asuntos domésticos seremos «buenos» y «bonitos»; etcétera.

La familia espera de nosotros que nos parezcamos a alguno –o a más de uno– de sus miembros. Está mucho mejor visto ser una copia de alguien que ya existe que parecernos a nosotros mismos. No es poco frecuente ver a todo el clan inclinarse alrededor del niño/-a recién nacido y hacer de él o ella un retrato digno de un Frankenstein, como si fuera un collage hecho de retales de cadáver: «Tiene la nariz de su abuelo, los ojos de su madre, da chillidítos como su madre que para eso es cantante, es moreno como su abuelo, tiene las manos de su tío...».

Cuando los padres se encuentran en una situación de conflicto, los niños se «dividen» para poder realizar los contradictorios deseos de ambos.

Siendo ya adulto, es igualmente posible introyectar otros valores diferentes de los de la familia, otras situaciones, otras huellas. El éxito mundial de la gurú india Amma, cuyo *darshan* [contacto del discípulo con el maestro espiritual o la divinidad] consiste en tomar entre sus brazos a los fieles y arrullarlos mientras les transmite simbólicamente el amor incondicional y absoluto de la Madre cósmica, puede que se deba a que muchas de las personas que acuden a recibir ese abrazo lo que en realidad buscan es tener la experiencia de sentirse únicas entre la muchedumbre (los abrazos de Amma, que se comporta como una auténtica santa, los reciben miles de personas en cada una de sus jornadas de audiencia): una experiencia que no han podido vivir frecuentemente en el seno de su hermandad.

En cuanto a la *proyección*, ésta consiste en atribuir a otra persona sentimientos que emergen de dentro de nosotros con el fin de protegernos de una situación emocional que no se consigue dominar. Se confieren así a una persona unos defectos o unas cualidades que no existen, pero que sirven para moldearla de conformidad con el modelo familiar preexistente. La proyección reactiva en la vida adulta se manifiesta en interpretaciones de roles que pertenecen al pasado. En este sentido, es bastante frecuente encontrar personas que no fueron suficientemente escuchadas en su familia, cuando eran niños, acusar a allegados suyos de hablar demasiado o no entender lo que le está diciendo. También hay casos en que, personas

que han tenido conflictos con algún miembro de su familia, atribuyen o aplican a alguien ajeno la misma agresividad que su padre, madre o hermano/-a manifestaron hacia ellas.

La proyección no es solamente un mecanismo de defensa sino que, además, es una energía activa capaz de transformar la realidad, de igual manera que un colorante transforma el color de la materia en la que se aplica. Nuestras actitudes, nuestras creencias, nuestras acciones modifican significativamente la realidad. Si he tenido un conflicto con un hermano, voy a llevar hasta conflictos de la misma naturaleza toda relación significativa que yo pueda tener con alguien. En general, no solemos ser conscientes de estos procesos de identificación porque, estos mismos, ocultan heridas insufribles. Los descubrimientos más recientes en el campo de la neurología nos demuestran que el cerebro humano, en el marco de las competencias que tiene adjudicadas (tanto cognitivas como motrices o emocionales), siempre elige la solución que mejor se puede adaptar al instinto de supervivencia. Dicho en otros términos, y en el plano emocional: se tiende a reaccionar de la manera que ocasione el menor mal que sea posible. Así, pues, para un niño maltratado por su padre es mucho menos doloroso achacar dicha forma de actuar a todas las figuras masculinas representantes de la autoridad (profesores, superiores jerárquicos, policías, etc.) y de considerarlos en bloque como unos «cabronazos», prefiriendo soñar con la perfección de la que hacen gala figuras inaccesibles e idealizadas (Gandhi, Nelson Mandela, el Papa o el Dalai Lama) en vez de enfrentarse a los sufrimientos y carencias que ha sentido en su infancia por culpa de un padre injusto, ausente, violento o sádico. Conservar la rabia, el rechazo y, en el fondo, la agresividad que se suele proyectar sobre el otro, permite evitar entrar en el inmenso e irreparable dolor de un pasado al que nada puede modificar. Porque, de la misma manera que la rama talada de un árbol no podrá volver jamás a brotar en el mismo lugar, las carencias del pasado nunca serán plenamente colmadas. En cambio, y siguiendo con esta metáfora, el árbol sí que podrá seguir creciendo en todas direcciones y le podrán brotar innumerables ramas nuevas. Identificar nuestras proyecciones supone y permite celebrar un duelo por aquellas reparaciones que jamás tuvieron lugar, así como continuar creciendo en las múltiples direcciones que nos sean accesibles al día de hoy.

La tríada y el destino

Vamos a abordar aquí la forma en que la relación inicial del niño con sus padres modelará su destino futuro.

El pensamiento antiguo representaba al Destino como una divinidad ciega que determinaba por adelantado, de manera precisa e irrevocable, la evolución de los seres vivos. En latín, el verbo *destino* significa «fijar, decidir, decretar». Las tres Moiras de la mitología griega (las Parcas, para los romanos) eran sus implacables ejecutoras. En los orígenes, cada humano recibía su *moira* (literalmente, su «parte, porción») de vida, de felicidad, de pruebas a superar, de desgracia, etc. Cloto, la primera moira, hilaba la existencia de cada individuo. Láquesis la enrollaba, guiando y midiendo la longitud del hilo tejido por Cloto. Y la última de las tres, Átropo, era la encargada de cortar el hilo de la vida cuando Láquesis así se lo indicaba. Y no había nada que pudiera cambiar el curso de su acción.

A este respecto, conviene que nos preguntemos, desde una perspectiva metagenealógica, sobre el concepto «destino». Podemos asegurar que el destino de un individuo presenta tres posibilidades:

1. El destino básico, que se desarrolla sin intervención exterior: ante una semilla o un árbol joven, un jardinero experto puede predecir su «destino», es decir, sabiendo de qué especie se trata puede saber cuántos años tarda en desarrollarse, qué cuidados necesita, qué frutos podría dar, etc. Pues, de la misma manera, todos y cada uno de nosotros tenemos un determinado número de predisposiciones biológicas y psíquicas.

2. Nuestro libre albedrío. Si se previene a una persona de un peligro potencial, diciéndole por ejemplo «Si conduces a tal velocidad y en tales condiciones metereológicas, te arriesgas a tener un accidente mortal», esa persona puede cambiar el curso de su existencia por su propia voluntad o por la voluntad de alguien que interviene desde fuera. La Conciencia, ya se trate de la nuestra o la de otra persona, tiene la capacidad de crear, en cierta medida, un nuevo destino.

3. Influencia de elementos externos (familiares, sociales o culturales) sobre las predisposiciones psicológicas y biológicas de un individuo: tradición familiar, problemas diversos, epidemias, guerras, etcétera.

La resultante de todos estos factores conduce a cada uno hacia la vida y la muerte que le correspondan. Pero existe asimismo una fuerza mayor que no es «destino» sino «destinación» (meta, finalidad, punto de llegada). De cara a la adversidad siempre es posible tener diversas reacciones, y los obstáculos pueden anularnos o destruirnos o bien hacernos avanzar o evolucionar. Es precisamente la calidad de nuestras reacciones lo que determina en una buena parte la forma en que viviremos y moriremos. Dicho en otras palabras: el destino depende, en gran medida, de decisiones y actos estrictamente individuales.

Hemos comenzado a ver, en el capítulo dedicado al nacimiento, hasta qué punto la vida intrauterina y el parto pueden modelar el carácter de una persona. Toda la psicología moderna nos indica, igualmente, que las relaciones que el niño/-a mantiene con sus padres durante los primeros años de su vida modelan su destino futuro. Desde nuestra óptica, se puede decir que si los padres tienen como prioridad inducir a su hijo a que descubra su *tesoro interior*, sus propios valores, todo aquello que le hace único, dichos padres participarán en la creación de un destino muy positivo para él. Sin embargo, si las relaciones resultan negativas, si los progenitores rehúsan o son incapaces de convertirse plenamente en verdaderos padres, el destino del niño no será otra cosa que una caricatura de los peores aspectos del árbol genealógico. Será, pues, la víctima propiciatoria de *la trampa* que le pueda tender el pasado.

Si el niño que nace es considerado por la familia como un elemento más o menos singular de un todo al que él se incorpora, para el niño por el contrario sus padres son personas absolutamente únicas, irremplazables y garantes de su seguridad vital desde su primer aliento de vida. Cualquiera que fuera el número de hermanos que integren la hermandad, cualquiera que sea la calidad de los vínculos que unan a hermanos y hermanas, todos y cada uno de nosotros nos inclinamos, antes que nada, por nuestros padres, animados además por la necesidad fundamental de mantener también relaciones con los demás. Por consiguiente, el niño considera a sus padres como *los suyos propios*, lo que le lleva a vivir en cierta medida como un ser único, como un personaje central (héroe o víctima) de la saga familiar. Si en la oración cristiana el que ora dice «Padre *nuestro*» aceptando con estas sencillas palabras su pertenencia a la colec-

tividad humana y la necesidad de una posición transpersonal, en la vida cotidiana, cuando se evoca a los padres, generalmente decimos «*mi* padre» y «*mi* madre».

Por nuestra parte, llamamos «tríada» a esa relación primordial que existe entre madre-hijo/-a-padre. Aun cuando los padres hayan fallecido después del nacimiento del niño, esa misma tríada seguirá existiendo como referencia de base de la construcción familiar. Para poder estudiar las tríadas en el árbol genealógico es necesario empezar por comprender la dinámica de las relaciones en el seno de nuestra propia tríada (yo-mi padre-mi madre) y después ir ascendiendo una generación tras otra para, así, poder visualizar a nuestros padres y a nuestros abuelos en el seno de sus propias tríadas.

Las tríadas se organizan según una serie de relaciones, que vamos a estudiar un poco más adelante, y que incluyen todos los esquemas relacionales con dos límites extremos:

a) La situación ideal, jamás alcanzada, sería la unión perfecta entre los tres miembros de la tríada. Esta «santa familia» es el modelo último que podemos considerar como proyecto de futuro para la humanidad: los tres miembros de la tríada unidos en las cuatro energías (intelectual, afectiva, creativa-sexual y material).

b) En el nivel más doloroso, nos encontramos con una tríada en la que la desunión es total: no existe vínculo alguno entre el padre y la madre y tampoco hay vínculo entre el hijo y sus dos progenitores. Sin embargo, esta suerte de desunión total es realmente inimaginable, dado que todo niño acaba por ser educado por alguien, ya sea una institución anónima o una persona cualquiera, quienes en un momento dado acaban por establecer algún vínculo con dicho niño. Esta situación de orfandad viene a representar la suma de las repeticiones de todos los sufrimientos padecidos por la humanidad, y ello constituye una especie de modelo-límite que actúa como contrapunto, como un fantasma negativo.

Es cierto que la situación más habitual para cualquier persona se sitúa siempre entre estos dos extremos.

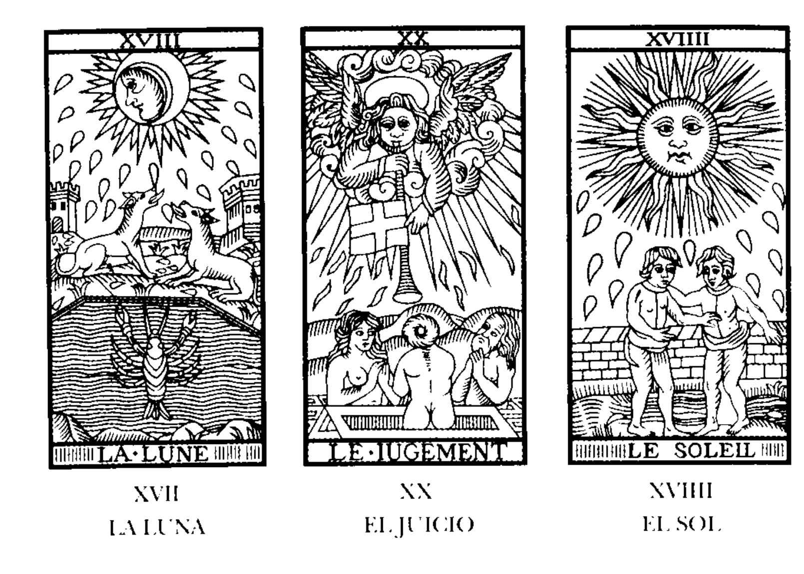
Cada tríada nos forja un destino en particular. El yo relacional es la sede de todas nuestras heridas, nuestras frustraciones y nuestras enfermedades psicológicas. Incluso si nuestro Ser esencial (Conciencia, amor, fuerza vital) se mantiene siempre sano, nos comunicamos con los demás vía el Ser social, porque nuestro ser esencial es incomunicable: es imposible describirlo con palabras y no se puede captar por medio de la conciencia ordinaria, él sostiene todo lo que

nosotros somos y se expresa –más o menos completamente– a través de nuestra personalidad.

Así pues, para existir socialmente, todo individuo debe crearse una personalidad ilusoria, que podrá conducirle a descubrir su ser esencial –si responde a su llamada– o por el contrario a negarlo –y por tanto construirse a sí mismo sobre un ego invasor, negativo y consagrado a repetir los modelos del pasado–. Angustias y sufrimientos no existen más que en el ser relacional, y acaban siendo como una especie de nudos neuróticos que nos entrelazan con nuestros semejantes, con todos los seres vivientes y con el mundo en general. Sin embargo, y a medida que nos vamos acercando al Ser esencial, las angustias desaparecen y se llega a conocer la alegría de vivir: lo que, en realidad, es nuestra naturaleza verdadera; y por lo que respecta al plano emocional, el camino de la realización nos conduce de la angustia de morir a la euforia de vivir.

Las ocho tríadas: desde la unión perfecta hasta la desunión total

La tríada de la unión perfecta podría representarse con estas tres cartas de Tarot:



XVII LA LUNA — XX EL JUICIO — XVIIII EL SOL

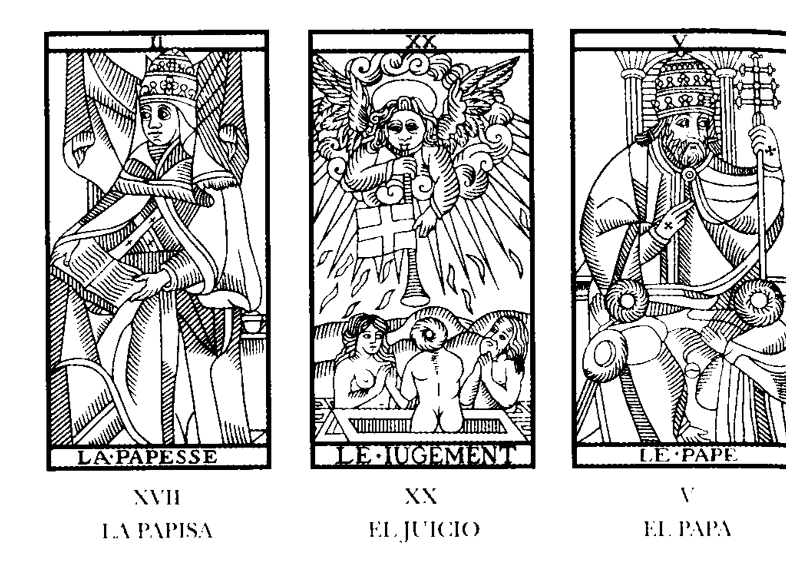
La carta del centro, El Juicio, nos muestra un ser que ha surgido del fondo de la tierra: aquel que estaba en gestación y que ha nacido. Este impulso hacia la Conciencia cósmica (representada por el ángel que lanza una llamada desde lo alto de los cielos) puede tener lugar porque los tres personajes están al mismo nivel. Padre y madre comparten una completa armonía, tanto intelectual como emocional, sexual y material. Al lado de la mujer (a la izquierda), que representa a la madre, podemos ver La Luna, arquetipo maternal cósmico. Al lado del hombre, que representa al padre, encontramos El Sol, arquetipo paternal cósmico. Entre estos dos astros nace el nuevo ser, que une en su psique los complementarios masculino-femenino.

Las demás parejas del Tarot representan aspectos necesarios de la unión para que la tríada de El Juicio pueda tener lugar:



III LA EMPERATRIZ — XX EL JUICIO — IIII EL EMPERADOR

La Emperatriz y El Emperador (imágenes de la pareja humana y pasional) se miran y se compenetran, reinando cada uno de ellos en sus propios dominios. El padre ha despertado en él la mujer interior, lo cual le permite relacionarse con la masculinidad de su compañera: El Emperador está sentado sobre un trono en el que un águila hembra está incubando un huevo, que aparece justo detrás de las plumas de su cola. Igualmente, la madre ha despertado su masculinidad interior (su blasón porta un águila macho), lo que le permite relacionarse con la femineidad de su compañero. Esta pareja está ciertamente unida, pero no encerrada en sí misma, y tienen un objetivo común: el amor consciente, lo cual supone el respeto al otro, a uno mismo y al mundo en general. Así pues, el niño está unido a sus progenitores en la alegría que todos transmiten y la familia –lejos de ser una fortaleza que se defiende de las influencias exteriores– se convierte en un templo abierto, donde todos los seres vivientes son bienvenidos.



XVII LA PAPISA — XX EL JUICIO — V EL PAPA

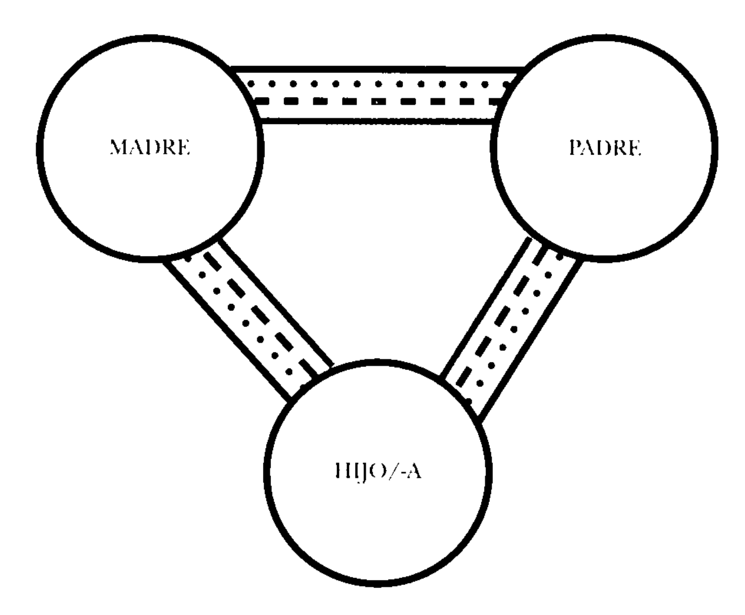
En esta tríada, la madre y el padre muestran, igualmente, una acción dirigida hacia el exterior. En efecto, habitados por un objetivo espiritual elevado, saben que la familia debe abrirse al mundo y que cada uno de ellos cumple con su cometido, guardando siempre una total y absoluta solidaridad con respecto a la célula familiar. Estos padres, representados por La Papisa (con un libro en las manos, que podría simbolizar la escritura, la enseñanza, la gestión de cuentas) y El Papa (flanqueado por dos discípulos que no pertenecen a su familia de sangre, pero que sí pueden ser sus alumnos, sus empleados, sus subcontratistas) no están frente a frente sino que, dándose la espalda, uno apoya *al* otro, causando en el niño la impresión de pertenecer a una comunidad que es, al mismo tiempo, solidaria y activa hacia el exterior.

En todos los casos, es el arcano El Juicio el que permanece en el centro, porque el niño que emerge entre los dos progenitores no cambia: él nace abierto a todas las posibilidades, presto a recibir la formación que sus padres le van a dar. Si esta formación se lleva a cabo óptimamente –en todos los centros y hacia un nivel de Conciencia elevado–, la tríada engendrará un hijo realizado, dotado de un destino positivo y pleno, que es precisamente a lo que aspira todo ser humano. Pero debido a la intensa inercia del pasado, y a las fuerzas de repetición actuantes en los planos familiar, social y cultural, que esta situación ideal se dé es bastante raro.

Tríada 1. La unión perfecta

Podemos representar las tríadas esquemáticamente con los siguientes símbolos:

Leyenda:
unión intelectual: ▬▬▬▬
unión afectiva o emocional: • • • • • • • •
unión creativa y/o sexual: ‒ ‒ ‒ ‒ ‒ ‒
unión material: ════



El niño está plenamente unido a sus padres, que por sí mismos han logrado una unión completa. Como se ha dicho antes, esta tríada no suele darse en la realidad, pero sí es una referencia necesaria para la forma de trabajar que proponemos aquí.

Pero si una de las cuatro relaciones necesarias (intelectual, emocional, sexual-creativa o material) fracasara, no se consideraría la unión como «perfecta». Veamos a continuación algunas de estas posibilidades.

Podría suceder que en una pareja faltara sólo uno de estos cuatro aspectos. Por ejemplo: padre y madre comparten un mismo territorio y una misma economía, se entienden bien sexualmente y

se aman profundamente, pero son incapaces de ponerse de acuerdo sobre sus ideas, sus creencias y su visión del mundo. O también: ambos comparten ideas comunes y se comunican de una forma satisfactoria, se entienden sexual y materialmente bien, pero no son capaces de amarse porque cada uno de ellos guarda, en un rincón secreto de su alma, el deseo de encontrar a su príncipe azul o a su mujer ideal. O incluso: ambos se comunican muy bien intelectualmente, se aman y viven en completa armonía, pero son incapaces de satisfacerse mutuamente en el plano sexual. Finalmente: la pareja comparte las mismas ideas y una idéntica visión del mundo, se aman, se satisfacen mutuamente en la cama, pero no son capaces de encontrar el necesario equilibrio en la vida diaria, donde es posible que uno explote al otro.

En otras parejas, dos aspectos funcionan y otros dos son un auténtico fracaso. Por ejemplo: ambos se aman y se desean, pero no dejan de pelearse y de transformar su vida en común en un infierno debido a problemas materiales.

En otras parejas podrían ser tres los aspectos que les faltan para que haya armonía, y ambos se verían reducidos tan sólo a un entendimiento intelectual (generalmente por sus ideas políticas o religiosas), el amor para ellos es una ilusión despreciable, la sexualidad no les interesa y la vida material no les procura alegría alguna.

De manera similar, otras parejas pueden amarse sin conversar jamás porque sus opiniones son sistemáticamente contrarias; o carecen de deseo y permanecen juntos por una cuestión de simple lástima hacia el otro; o se habitúan a soportar cada uno de ellos la incapacidad del otro.

Ciertas parejas no están unidas más que por un deseo pasional y el resto de su interacción no es armónica sino discrepante; otras parejas lo que hacen es basar su vida material en un contrato, permaneciendo unidos bien por una sólida prosperidad o bien por una sabia organización de la pobreza.

Todas estas parejas citadas como ejemplo, en un plano u otro, sufren a causa de su unión. Sus hijos, educados en el seno de una unión defectuosa, heredan un destino negativo contra el cual deberán luchar durante muchos años para poder realizar su auténtico proyecto.

Ejercicio 12. La tríada de la unión perfecta

No nos vamos a aventurar a hacer aquí una descripción exhaustiva de lo que podría ser la tríada perfecta porque esta concepción puede variar según cada caso, incluso aunque ciertos elementos sean universales. En realidad, corresponde a cada cual imaginar, bajo su propio criterio, cuál podría ser la relación ideal para los tres protagonistas de la tríada en los cuatro centros. Nosotros lo que nos proponemos es, simplemente, acompañarte en las reflexiones que puedas hacer en este campo.

Como en el ejercicio 9 («La pareja alquímica»), la descripción que hagas de la relación ideal deberá ser válida, según tú, para no importa de qué pareja padre-madre se trate ni qué relación madre-hijo/-a o padre-hijo/-a. Esto permitirá que tu concepción de la tríada, una vez realizada, puedas aplicarla a ti mismo, a tus padres o a todo tu árbol genealógico.

Este ejercicio es indispensable porque justo es en *la diferencia* que haya entre el tipo de relación que tú puedes concebir y la relación real que te ha sido impuesta, donde da comienzo la toma de conciencia sobre las carencia del árbol genealógico. Se podría argumentar que solamente nuestra experiencia de la familia auténtica, con todos sus fallos, nos puede servir de base para imaginar una familia ideal. Pero este ejercicio consiste, precisamente, en superar los criterios provenientes de la formación familiar y en reunir toda tu experiencia de adulto, toda la información disponible que puedas imaginar, y hasta modelos míticos, para reinventar la relación más perfecta imaginable para ti. Será en el esfuerzo que hagas, y en los límites que tendrás que afrontar, como descubras esos elementos hasta ahora ciegos en tu formación genealógica.

–Por ejemplo, podrías proponer algo así como lo siguiente: «La relación intelectual ideal entre los padres y su hijo/-a supone que se tomen su tiempo para escucharle, explicar todo cuanto no entienda, hablar de la propia profesión de una forma que pueda interiorizar, apoyar sus estudios en el colegio y hacerle descubrir los temas y las teorías que pudieran interesarle pero siempre respetando, a medida que el niño/-a vaya creciendo, su libertad de opinión. Los padres deberán guiar a su hijo/-a sin hacer que se sienta inferior y deberán celebrar, asimismo, sus cualidades de raciocinio e intuición, aparte de hacer un seguimiento de sus estudios y de permitir que desarrolle plenamente su curiosidad».

–Una vez establecida esta base, podrás continuar preguntándote qué relaciones intelectuales entre padres e hijos/-as han existido en realidad en tu propio árbol genealógico. En adelante, dispon-

drás de un punto de referencia que te servirá para poder considerar si unas relaciones son tóxicas e insuficientes o, por el contrario, son constructivas, incluso en el caso de que algunas de ellas presenten lagunas.

He aquí una lista breve que te permitirá desarrollar todos y cada uno de estos temas:

relación ideal en el plano intelectual...

...entre padre y madre: comunicación en la pareja, armonía ideológica y moral, idiomas hablados en el hogar, nivel de lenguaje, actitudes no violentas, libertad de opinión política y de culto, capacidad para escuchar, cultura, curiosidad de los padres, sentido del humor, etcétera.

...entre madre e hijo/-a y entre padre e hijo/-a: puedes interesarte por saber la forma en que ocurre la adquisición del lenguaje, en cómo los padres responden a las preguntas del niño, cómo le inculcan y explican las normas, qué relación mantienen ambos con su aprendizaje escolar, cómo le valoran intelectualmente, si sostienen con él una relación basada en el sentido del humor, si le hacen partícipe de sus profesiones e intereses, si realmente escuchan lo que él tenga que decirles y tienen en cuenta sus opiniones, etcétera.

relación ideal en el plano emocional...

...entre padre y madre: muestras de afecto, resolución de conflictos, ausencia de chantaje afectivo, ausencia de celos y de críticas, relaciones tiernas, capacidad de perdón, caricias y besos, etcétera.

...entre madre e hijo/-a y entre padre e hijo/-a: ¿Cuál es, según tú, la expresión clara del amor paterno y materno? ¿Cómo se transmite ese amor: con palabras, con gestos, con hechos, con actitudes? ¿Cómo pueden los padres decir «No» con amor y poner al niño límites de seguridad? ¿Cómo se celebran las fiestas, los aniversarios? ¿Qué costumbres afectivas se utilizan en el seno familiar? ¿Cómo ayudan los padres a su hijo a equilibrar emociones negativas, como la tristeza, el miedo, la decepción? ¿Cómo tratan a sus amigos y allegados?, etcétera.

relación ideal en el plano sexual-creativo...

...entre padre y madre: aquí hay que imaginar la relación sexual ideal entre dos personas que educan juntas a sus hijos. ¿Cómo se

expresa la creatividad de cada uno y cuál es la complicidad entre los padres en este terreno?, etcétera.

...entre madre e hijo/-a y entre padre e hijo/-a: ¿Cómo aceptan, padre y madre, la identidad sexual de su hijo/-a? ¿Qué imagen le dan de su sexualidad y qué clase de educación sexual? ¿Dónde están los límites? ¿Dónde está la libertad? ¿De qué forma permiten los padres a su hijo que explore su propia sexualidad? ¿Qué actitud tienen ante la masturbación? ¿Animan al niño en su creatividad, cómo lo hacen? ¿Le dan tiempo para jugar? ¿Tiene protección, a la vez que libertad, para tener experiencias creativas? ¿Qué imagen le dan del arte, de la creatividad en general?, etcétera.

relación ideal en el plano material...

...entre padre y madre: gestión de cuentas, alimentación, forma de repartir el territorio, etc. ¿Cómo deben entenderse los padres en todo cuanto concierne a sus necesidades y a las de su familia? ¿Cómo comparten el dinero disponible? ¿Cuál es la idea común de los padres respecto al confort, el dinero, el cuerpo o la salud? ¿Son personas completamente libres en relación con el consumo de sustancias tóxicas como el tabaco, el alcohol, las drogas o ciertos medicamentos?, etcétera.

...entre madre e hijo/-a y entre padre e hijo/-a: ¿Quién gana el dinero para el hogar familiar? ¿Quién se ocupa de la casa, de la alimentación, de las necesidades del niño? ¿Quién participa en su seguridad y cómo? ¿Qué territorio se le concede? ¿Quién le aporta el sentido del orden, de la propiedad, y de qué forma se hace? ¿Qué imagen se da al niño de su propio cuerpo? ¿Cómo es su relación con el deporte, con las vacaciones, con la actividad física?, etcétera.

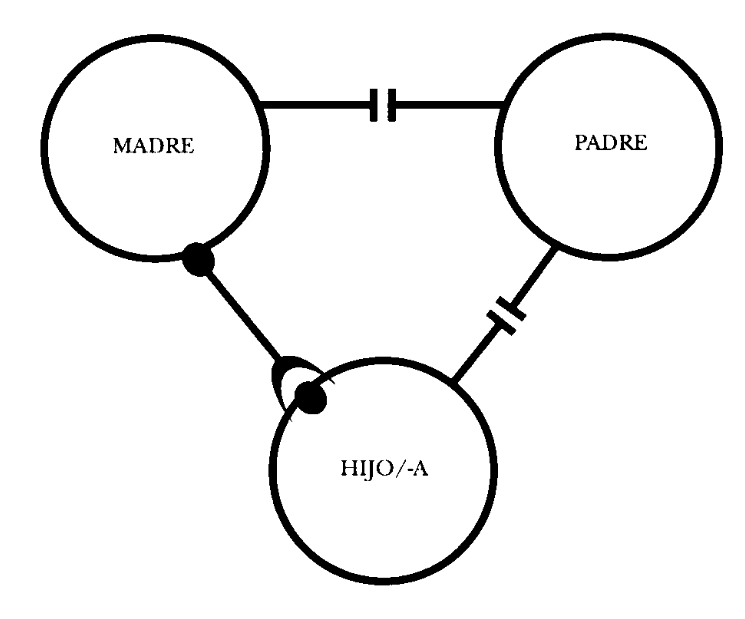
Es sumamente aconsejable haber llevado a cabo este trabajo sobre la tríada de la unión antes de pasar a estudiar las siguientes siete tríadas, donde intentaremos esquematizar las situaciones de ruptura entre uno o varios miembros de la familia. Dichas rupturas pueden ser totales (uno de los dos padres desaparece) o parciales (ausencia de relaciones concretas, silencio afectivo, rechazo de la comunicación o, si la ruptura tiene lugar en el plano sexual-creativo, puede que la madre o el padre rechacen la masculinidad del hijo o nieguen la feminidad de la hija). Igualmente, si nos referimos a la simplificación de las relaciones, tal como vimos en el capí-

tulo 4 sobre las parejas, cabe asegurar que los vínculos y las rupturas pueden adoptar cuatro formas distintas. Son éstas, junto a los símbolos que utilizaremos de ahora en adelante:

la unión: •———•
la separación: ——| |——
el conflicto: ——▸◂——
la dominación o (sobre)protección: •————◐

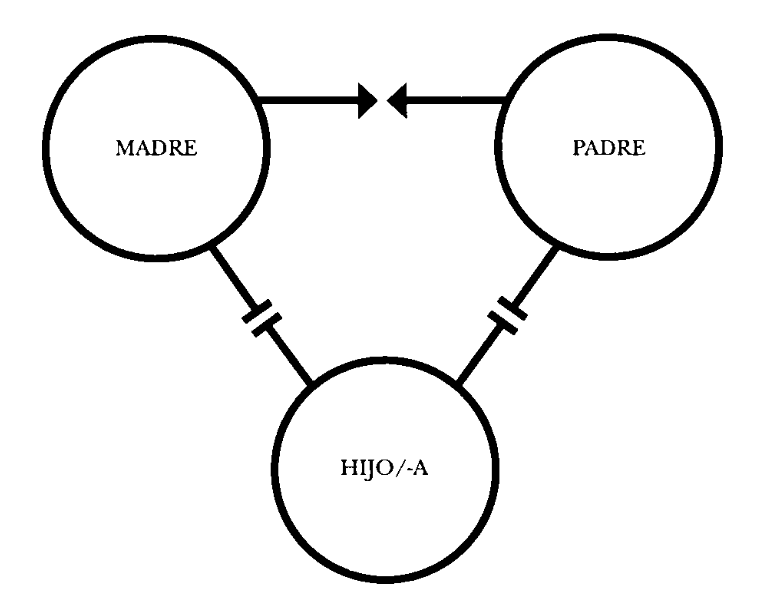
En efecto, todo lo que no sea una relación sana que incite al niño a crecer se corresponde con un vínculo *tóxico.*

Por ejemplo: si el padre desaparece y la madre establece un vínculo exclusivo y de fusión con el hijo/-a; esquemáticamente la tríada se convierte en:



En esta situación, se ha producido una ruptura del hijo y de la madre con el padre, pero también se ha establecido un vínculo entre la madre y el hijo, que es doloroso.

Igualmente, si los padres se ven tan absorbidos por sus conflictos que se olvidan por completo del hijo, el vínculo entre los padres se expresará de una forma conflictiva:



En este caso el niño está abandonado, y además aprenderá a ver la relación de pareja como un espacio sumamente conflictivo.

Las siete tríadas que vienen a continuación describen situaciones más o menos traumáticas y patológicas. En ellas encontraremos suicidios, abandonos, abusos, separaciones, etc. Todas ellas están marcadas por la ausencia de amor y de comunicación. Y también todas impondrán al niño un destino negativo y un doloroso camino para encontrar la paz interior.

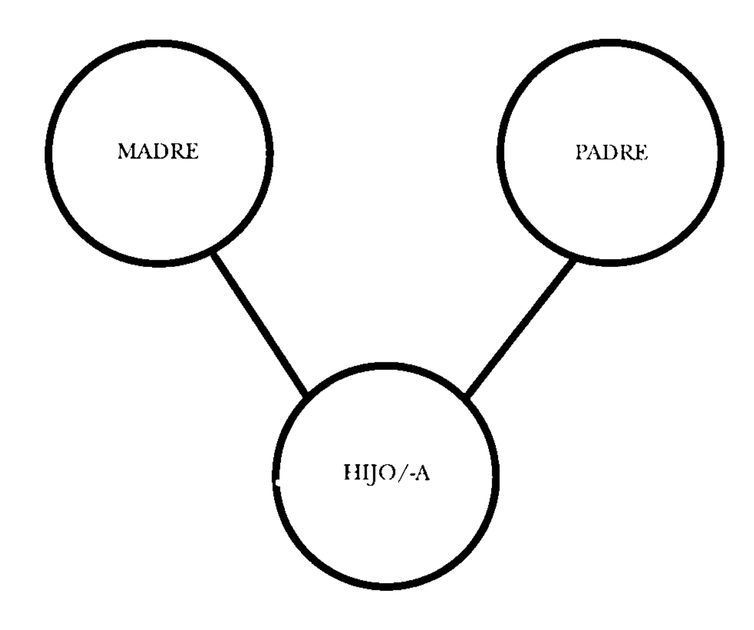
En nuestro inconsciente, esa tríada perfecta, e inaccesible, brilla ante todos nosotros como un objetivo esencial. Pero las siguientes siete tríadas negativas que estudiaremos a partir de este momento serán vividas como una especie de encarcelamiento: vamos a encontrar situaciones que van desde rupturas leves (psíquica, afectiva o de relevo del padre por un sustituto) hasta graves (duelo y negación del padre ausente o desaparecido, abandono, etc.).

En este sentido, es necesario conservar en el espíritu la idea de que no hay nada que pueda compensar la ausencia de un padre o de una madre. Quienes tienen un lugar destacado en nuestras vidas (abuelos/-as, nuestros tíos/-as, nuestros hermanos/-as o padres adoptivos), incluso a pesar de todo el amor del mundo, no podrán

impedir que la herida causada se convierta en un obstáculo para la realización de la persona. El hecho de verse privado del amor de un padre o de una madre crea un sentimiento de insatisfacción y de no estar completos que, ante todo, es necesario reconocer para poderlo colmar.

En las tríadas que vamos a ver no hemos detallado si el vínculo o la ruptura se producen por una separación, un conflicto, una sobreprotección o una dominación, pues habría llevado a tantísimos detalles que este libro no podría contenerlos. Todas representan situaciones tomadas en su sentido más amplio –pero siempre absolutamente claro– en el que los vínculos se rompen, al menos entre dos miembros de la familia. Todos y cada uno de los ejemplos que siguen a continuación están ilustrados con dos o más relatos de casos prácticos, que, si bien no pretenden tratar de manera exhaustiva la situación evocada, proporcionarán pistas para estudiar las tríadas en tu propio árbol genealógico en términos de relación y de ruptura.

Tríada 2. El hijo/-a puente



El padre y la madre están desunidos. Y el hijo/-a sirve de puente entre ellos. Normalmente, el padre y la madre permanecen juntos «por el hijo», por lo cual es a través de él como se comunican, les sirve de puente de unión.

Caso 1. La mujer se queda embarazada debido a un ardid con el fin de poder retener al padre: finge haber olvidado tomar la píldora anticonceptiva. Éste, por su parte, acepta casarse con ella para no estar separado de su hija, pero siente un profundo resentimiento hacia su esposa, a la que, además, engaña muy a menudo. Lo único que les impide separarse es la niña que los une. En una primera época (hasta que su hija cumplió 3 años) todos los esfuerzos que ambos hicieron por entenderse no provocaban otra cosa que rabia e incomprensión en el otro. Los dos se fueron encerrando, poco a poco, en el silencio, unidos por el deber y sin violencia aparente. En los casos de disputa o desacuerdo, cada uno de ellos intentaba atraer a la niña para ponerla de su parte, mientras que ésta se sentía mentalmente dividida y siempre culpable, tanto del amor que ella sentía por su padre como del que profesaba a su madre. Cada vez que se acercaba a su padre, la madre la acusaba de traidora y desleal, y viceversa. Ella echaba a perder la energía de su infancia en intentar ponerlos de acuerdo, en procurar que se comunicaran entre sí, pero todas sus tentativas fracasaban. En el caso de esta niña pequeña, aquella «misión» imposible la llevó, ya en la adolescencia, a un intento de suicidio lanzándose por una ventana. En efecto, su caída le permitiría, simbólicamente, unir el cielo (paterno) y la tierra (materna). Felizmente sobrevivió a aquel intento y enseguida se sometió a un tratamiento de psicoterapia, durante el cual el estudio de su árbol genealógico supuso una toma de conciencia muy importante. Efectivamente, todas las parejas de su árbol genealógico funcionaban, poco más o menos, siguiendo aquel mismo modelo: el de hijo/-a puente.

Caso 2. En esta familia, la desunión entre los padres deriva en un conflicto violento. El consultante afectado así nos lo testimonia: «Yo tenía 5 años cuando mi padre y mi madre un día tuvieron un enfrentamiento más violento de lo habitual. Me acuerdo perfectamente de haber pensado en aquellos momentos: "Mi madre no debería insultar a mi padre: ella ha cometido un error. Pero mi padre no debería golpearla". Yo corrí a interponerme entre ellos y, con los brazos abiertos, exclamé delante de mi padre: "¡No la golpees más!".

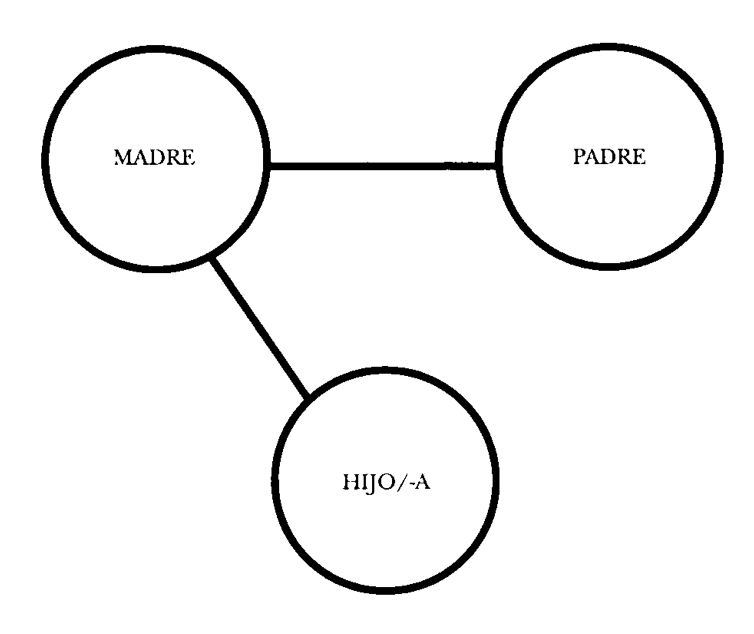
En ese momento, mi madre me cogió en sus brazos triunfante y me enarboló como si fuera un estandarte mientras gritaba: "¡Ya lo estás oyendo, so cabrón, mi hijo me da la razón!". Entonces, mi padre, con una mirada de desprecio, me espetó en plena la cara: "¡Traidor!". Este acontecimiento marcó el inicio de una neurosis que me duró hasta los 40 años».

El padre no puede, en ningún caso, convencer al niño de que su madre es una enemiga. Por su parte, la madre tampoco podrá arrastrarle hasta su propio terreno. Esta clase de tiranteces provocan unas tensiones que pueden durar años. Un hombre educado bajo tales circunstancias tendrá serias dificultades para hallar una mujer que le respete y podrá, además, desarrollar un carácter tiránico y posesivo. Su psique estará siempre dividida entre dos personalidades opuestas y, por consiguiente, sus decisiones carecerán de unidad. Asimismo, se mostrará realmente indeciso, confuso, deseando hacer una cosa y decidiéndose en el último momento por otra. En su fuero interno, una voz le dirá, cuando se trate de actuar, «¡Detente!», y cuando sea el momento de abstenerse le exigirá «¡Actúa!». Al haberle hecho comprender que únicamente permanecen juntos por su causa y que se separarán en cuanto él llegue a una edad adulta, los padres están imponiendo sobre el niño una responsabilidad aberrante. Si los padres llegaran a divorciarse, cada uno de ellos intentará apropiarse del niño por completo, sin miramiento alguno sobre su vida afectiva. Ninguno de los dos soportará no poder apoderarse absolutamente del niño, y le mostrarán con claridad su decepción por no lograrlo. El padre, en su deseo de eliminar a la madre, querrá desempeñar los dos roles: padre y madre. La madre, por su lado, reaccionará de la misma manera que el padre y querrá convertirse en una especie de híbrido entre padre y madre. Y cada uno de ellos podrá ilusionarse con la idea de «Mi hijo no tiene problemas, yo se lo doy todo». Tampoco soportará ninguno de los dos ver que el niño «se parece» al otro, al enemigo. Si es un varón, el niño corre el riesgo de afeminarse y de ser débil cuando sea adulto para poder conservar así el amor de su madre y no parecerse a su padre. Si en cambio se trata de una niña, ésta podría convertirse en una mujer fálica, por similares razones.

En realidad, una pareja no permanece unida por el bien del niño, sino para vengar en él o en ella lo que a ellos les hicieron sufrir sus propios padres. En el fondo, los padres no desean, en absoluto, ver cómo su hijo/-a se construye a sí mismo, sino que lo que

realmente quieren es destruirlo/-a. Este esquema neurótico puede llegar hasta el punto de provocar una enfermedad grave, e incluso la muerte del niño, como sucedía en el caso de la joven del primer ejemplo. Los padres, ante esta misma trampa que ellos han activado, comenzarán a acusarse mutuamente: «¡La culpa es tuya!» «¡No, es tuya!».

Tríada 3. La madre puente



El padre y el hijo/-a están desunidos. La madre sirve de puente.
El padre puede estar ausente física (abandono) o psíquicamente.

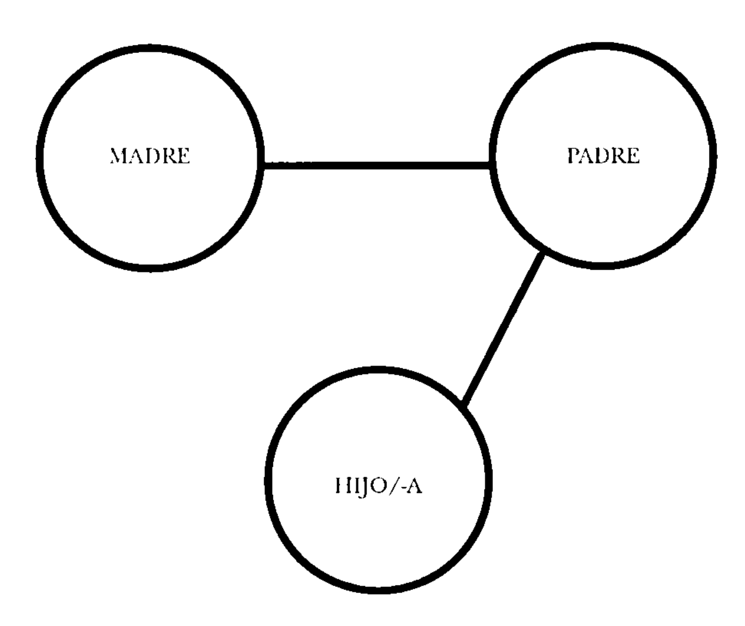
Caso 1. El padre físicamente está presente pero se siente absolutamente detestado por su esposa, ha cortado los lazos con ella después de mucho tiempo y duerme en una habitación aparte. La mujer ha trasladado todo su afecto al hijo, con quien mantiene una relación muy estrecha, casi de fusión, que como efecto ha alejado de ambos al padre mucho más. El hijo crece detestando a ese padre ausente e injusto al que considera un auténtico canalla, algo que asume sin darse cuenta verdaderamente del papel de esposo que está desempeñando con su madre, a la que ha situado por encima

de todas las cosas. Como respuesta a todo ello, el padre, celoso y herido en su dignidad, refuerza su agresividad: se burla de su propio hijo, le critica constantemente, hace todo lo posible por castrarlo y aplastarlo. El hijo se pregunta cómo pudo su madre amar alguna vez a un hombre así y, además, unirse a él. Poco a poco, comienza a fantasear sobre su madre, creyéndola una santa pura que habría soportado pasivamente los asaltos de aquel marido indeseable. Él se ve a sí mismo como si fuese hijo de la Virgen María y fruto de una violación conyugal. La madre, que no ha dejado de quejarse jamás de la ausencia e inutilidad de su marido, exacerba esta actitud ante su hijo y atiza todo cuanto puede el odio del niño hacia su propio padre. La pareja simbólica que ella forma con su hijo le permite sentirse eternamente joven y capaz de dominar a cualquier hombre. Pero nuestro consultante, que acudió a nosotros siendo ya adulto, sufre de impotencia crónica. Su virilidad le resulta insoportable porque rechaza la parte de él que se corresponde con la figura del padre, y ello por temor a perder el amor de su madre. El estudio de su árbol genealógico le permitió poner en su sitio el vínculo exclusivo que le ataba a aquella mujer y percatarse de que ella había sido realmente la responsable de la ruptura con su padre.

Caso 2. Otro consultante, en una situación similar, nos manifiesta lo siguiente: «Hará unos diez años, una mujer me leyó las líneas de la mano y me preguntó si yo era huérfano. Le contesté que no y ella, entonces, me explicó que no tenía en mi mano la línea correspondiente al padre. Me acordé entonces de que, a los 8 años, renegué de él y nunca más había vuelto a dirigirle la palabra». En realidad, era el padre quien había renegado de él. Y si el hijo dejó de hablar con él fue porque el padre no se había vuelto a comunicar con él. Es imposible que un niño rechace a su padre si éste le ama y le trata con ternura.

Caso 3. Los padres de esta mujer están separados desde que ella era muy joven, y su padre abandonó por completo su educación. Entregada a una relación exclusiva con su madre, que nunca se volvió a casar, esta mujer creció aprendiendo a odiar a los hombres en general. La descripción que su madre le había hecho de las relaciones sexuales la desanimaron por completo a experimentarlas por sí misma. Consecuentemente, llegó a creerse frígida y las escasas relaciones que intentó mantener con algunos hombres acabaron, todas ellas, en fracaso sexual: ella había desarrollado vaginismo y la penetración le resultaba dolorosa, incluso imposible. A los 30 años vivía aún con su madre, formando con ella una especie de pareja afectiva. Ella había intentado, asimismo, algunas experiencias homosexuales de las que no se sintió satisfecha –principalmente porque las dos mujeres con las que había intentado relacionarse la habían engañado (como su madre, un día, la había «engañado» con su padre)–. Los hombres también la habían decepcionado: conscientemente o no, el hecho de haberse sentido rechazada por su padre le hizo creer que ella no era digna de ser amada. El trabajo sobre su árbol genealógico le permitió volver a tomar contacto con su padre para, al menos, escuchar su versión sobre aquella historia, expresarle el daño que le había causado tan prolongada separación y conocer bastante mejor la rama paterna del árbol genealógico, que le pertenecía tanto como la materna: la única que ella hasta entonces conocía.

Tríada 4. El padre puente



La madre y el hijo/-a se encuentran en pleno conflicto o están separados el uno del otro, y ya sea psíquica o físicamente. El padre sirve de puente entre los dos y encarna el principio de equilibrio.

Caso 1. La madre tenía 19 años cuando se quedó embarazada «por accidente». Su compañero en aquella época, hijo de una buena familia, le podía ofrecer a la niña un entorno estable, pero los abuelos exigieron que la madre abandonara la custodia de su hija. El padre conservó sus vínculos con la madre, a la que él mantenía financieramente con la condición de que nunca intentara ponerse en contacto con su hija. Y, aprovechando la ocasión, él volvió a convertirse en su amante. En su casa, él dominaba como un patriarca y suscitaba la admiración ingenua de su hija, quien le consideraba como el más maravilloso y el más guapo de todos los hombres. Con el pretexto de protegerla, le impidió comunicarse con su madre, a la que él mostraba como una aprovechada y una inútil. En el fondo, lo que él hacía era apartar a su hija de sí misma: la relación con un progenitor del mismo sexo es uno de los fundamentos de la construcción de la identidad sexual. Durante la adolescencia, la niña buscó la oportunidad de verse con su madre a pesar de todo lo malo que su padre le había contado sobre ella. Cuando la vio, se encontró con una mujer psíquicamente frágil, pero que jamás había dejado de quererla y a la cual se parecía mucho físicamente. Descubrió igualmente, en esta misma ocasión, que su madre no había elegido abandonarla, sino que obedeció a lo que ella creyó que podía ser lo mejor para su hija. A pesar de lo discutible de esta elección, estos reencuentros la aliviaron notablemente y coincidieron con la curación «milagrosa» de un tenaz eczema que venía padeciendo desde la infancia. El padre, sintiéndose traicionado, la culpabilizó y la castigó severamente, incluso retirándole la aportación económica. Para salir del caos afectivo, la joven ha comenzado un estudio de su árbol genealógico para que le permita comprender las motivaciones neuróticas tanto de su padre exclusivo como de su madre dimisionaria.

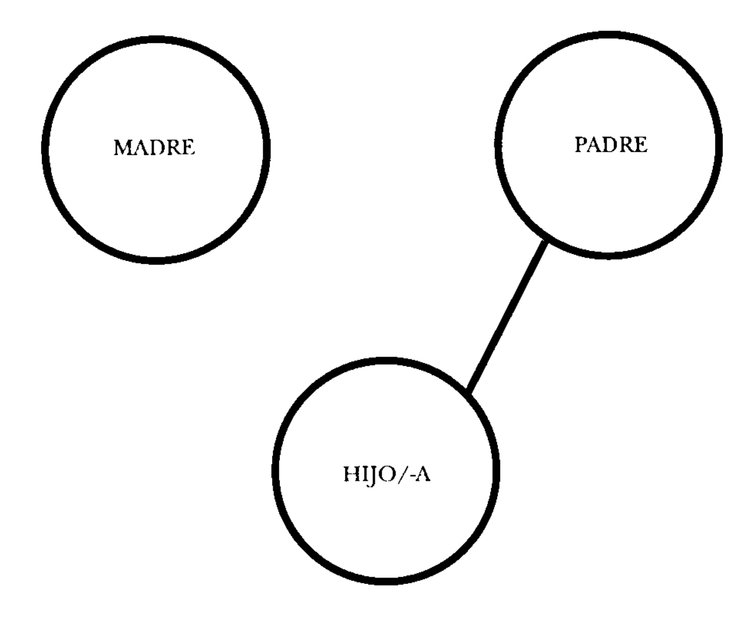
Caso 2. La madre vive con su hijo y su marido, pero es una mujer depresiva y alcohólica, por lo cual el padre ha tomado el control de la familia. Como consecuencia, exalta a su hijo, al que trata como un espejo de sí mismo y hace de él su cómplice, en ocasiones para humillar a su madre. Pero también utilizaba a la madre para rebajar al hijo. Este padre narcisista y, en el fondo, infravalorado, tenía una gran necesidad de sentirse dominante para reinar sobre su mujer y su hijo. Él los separaba para ser el único a quien se le reconociera el valor que tenía, para ser el centro absoluto de la familia. Él sólo se alimentaba de creer que era el gran amor de sus dos subordinados.

Mientras tanto, niño y madre iban alimentando un gran odio hacia el padre. Él es el único en sentirse amado, y además con la condición de que su hijo se le parezca.

Es igualmente posible que el niño/-a no presione para poder comunicarse con su madre porque, el padre, patriarca inmaduro, está celoso de él y se lo impide. Numerosos hombres pasan por esta misma experiencia con ocasión del nacimiento de su primer hijo: siguen siendo los que eran hasta el momento en que «su» mujer se convierte en una madre que concentra todo su afecto en el recién nacido. Muy a menudo, esta clase de hombres no han recibido en su infancia la atención necesaria y, llegados a la edad adulta, compensan tal carencia arrogándose la toma de decisiones importantes y sumiendo a su mujer y a su hijo en una silenciosa obediencia.

Se pueden considerar asimismo como una «desaparición» de la madre los casos en los que el padre abusa sexualmente del hijo o de la hija, ocasiones éstas en las que la madre se convierte en cómplice silenciosa de este abuso, fingiendo no ver nada o saliendo del lugar para permitir que el acto incestuoso pueda consumarse.

Tríada 5. Pareja con el padre



El padre y el hijo/-a están comunicados y la madre está ausente, bien porque ha sido expulsada, porque está gravemente enferma, muerta o, quizá, porque es incapaz de establecer una relación con su hijo/-a.

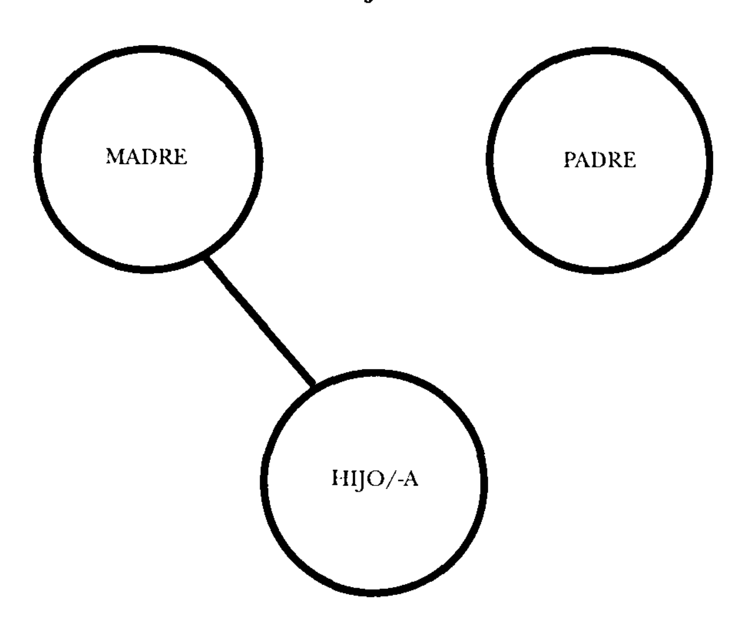
Caso 1. La madre, en este caso, falleció cuando su hijo acaba de cumplir 3 años. El niño se quedó, como era natural, bajo la custodia de su padre. En un primer momento, ambos estuvieron muy unidos debido al luto, pero el padre, una vez pasado el duelo, rehusó volver a formar una nueva pareja, santificando a la desaparecida y estimando que nadie podría estar a su nivel. El hijo creció en un hogar puramente masculino: sometido a su padre y formando pareja con él. La ausencia de toda clase de referente femenino le condujo a ignorar tanto su propia receptividad como su intuición. Según los términos en que él mismo lo expresaba, se convirtió en un «auténtico macho» que, una vez llegado a la edad adulta, coleccionaba conquistas femeninas sin que nadie pudiese satisfacerle emocionalmente. Ante ellas, él se mostraba orgulloso, despectivo e independiente aunque, al mismo tiempo, enfermizamente celoso. Sus únicos afectos profundos eran sus amigos del mismo sexo. Este hijo que había estado separado de su madre llevaba consigo, aun en el caso de que hubiese llegado a desarrollar en él una virilidad convencional, la tristeza y la rabia de no haber recibido la ternura de una madre. Dicha rabia la pone de manifiesto en su desprecio hacia las mujeres, a las que consideraba seres inferiores a las que era preciso someter, prostituir o destruir moralmente. Pero, al mismo tiempo, y bajo una apariencia de superhombre, establecía con ellas una relación de niño pequeño en busca de su madre. El oportuno trabajo sobre su árbol le hizo ser consciente del hecho de que toda su vida había girado en torno a una creencia: «No se puede tener confianza en las mujeres», y acabó por reconocer que siempre, durante toda su vida, había estado buscando el afecto de una madre, pero que dicha búsqueda había estado teñida de una gran vergüenza y de una absoluta y notable incredulidad. Para poder construirse, le faltaba, en aquellos momentos, desprenderse del ejemplo exclusivo de su padre.

Caso 2. La madre había engañado al padre muy poco después del nacimiento de su hija. Éste, al enterarse de la infidelidad, cogió inmediatamente a la niña y se la llevó a vivir con él a un país extranjero. Durante toda su infancia, la niña no oyó otra cosa que insultos

hacia su madre: es despreciada, mancillada y simbólicamente eliminada. Esta concepción tan negativa de la condición femenina la marcó sensiblemente. A medida que iban pasando los años, ella tendía a masculinizarse cada vez más, convirtiéndose en la primera de su clase (el padre sentía un gran respeto por la capacidad intelectual, que él consideraba un atributo masculino, de ahí que se refiriese a la madre como «una persona débil») y, también, manteniendo un aspecto físico andrógino (con cabello muy corto, ropa masculina, etc.). Se comportaba como un chico y ciertos síntomas corporales cristalizaron en diversos conflictos con su femineidad (reglas dolorosas, quistes en pecho y ovarios). Su cuerpo obedecía a una lealtad inconsciente hacia el padre. Y aquella atracción incestuosa por su padre la llevó a formar pareja con un hombre mucho mayor que ella. A partir de entonces, odió el hecho de quedarse embarazada y dio a luz con dificultad. Además, había desarrollado un carácter sumamente competitivo con menosprecio a las mujeres y se había especializado en un campo profesional (la logística) que, generalmente, está reservado a los hombres. Ella vino a consultarnos porque se daba perfecta cuenta de que, bajo su apariencia guerrera, buscaba sin cesar una satisfacción imposible de alcanzar y vivía pensando que ella no tenía cabida en ninguna parte.

Cuando la madre fallece y el padre se vuelve a casar, puede ser muy difícil para un niño/-a aceptar a su madrastra, si ha idealizado a su madre difunta. La considerará como una intrusa que le roba a su padre y sufrirá la «traición» de éste. Un hijo educado en tales condiciones puede desarrollar un serio rechazo a ser padre él mismo, porque asimilará el hecho de convertirse en adulto con una traición.

Tríada 6. Pareja con la madre



Es éste un caso bastante frecuente porque, casi siempre, es la madre quien se ocupa de los hijos, desaparecido el padre. La madre se mantiene unida con el niño/-a mientras el padre está ausente, muerto, enfermo o íntegramente absorto en sí mismo y, por lo tanto, es incapaz de transmitir la mínima instrucción o enseñanza, repartir el mínimo afecto e, incluso, estar presente cotidianamente. Cuando el padre queda eliminado, el hijo o la hija aprenden a mirar el mundo a través de los ojos de su madre, lo que les lleva a reproducir en ellos mismos el fracaso familiar.

Caso 1. La madre se quedó embarazada de un amante circunstancial que, en ningún momento, quiso asumir la paternidad de su hijo. La madre, por su parte, no deseaba mantener ningún vínculo durable con nadie, por lo que el niño creció a solas con ella. Esta mujer, exasperada por la negativa del padre a mantener cualquier clase de relación con su hijo, rechazó en bloque a todos los hombres y concentró todo su afecto en «su pequeño», el cual, llegado a la pubertad, no desarrolló la vellosidad correspondiente y cogió mucho peso, manteniendo hasta los 17 años una apariencia de angelote. La madre, que rechazaba conscientemente a todos los hombres, se negaba a admitir que su hijo se iba convirtiendo en un adulto. Ella, sin embargo, vino a la consulta porque estaba preocupada por los humores depresivos de «su pequeño», quien, por aquellos días, los alternaba con accesos de rabia. La madre acabó por comprender que, si su hijo no encontraba un modelo masculino digno de admiración y de confianza, un guía que llenara aquella vida condicionada por la ausencia del padre, no sería capaz jamás de reunir la fuerza masculina que le faltaba. Finalmente, la madre acabó reconociendo que experimentaba un cierto placer al sentir a su hijo sumiso y dependiente de ella. Pero, motivada por un verdadero amor hacia él, aceptó acometer en ella todos los cambios necesarios para permitir a su hijo crecer y convertirse en un hombre: reanudó el contacto con el padre, que se mostró abierto a los dos; accedió a conocer a otros hombres, aunque al principio fuese sólo para tener una relación de amistad; facilitó las relaciones de su hijo con modelos masculinos estables (entre ellos un profesor de artes marciales); y trasladó su dormitorio, para que su habitación y la de su hijo no estuvieran contiguas sino distanciadas por un salón y un pasillo.

En numerosos casos, un hijo educado por una madre sola, posesiva y decepcionada por los hombres pasará por todas las penalidades del mundo para asumir su virilidad, y tendrá tendencia a seguir siendo un niño en el plano emocional, sexual y/o mental. Esto es algo que le puede conducir a experimentar sensaciones como sentir asco de su propio esperma, tener eyaculación precoz, verse afectado por inexplicables arrebatos de cólera y de angustia o encontrarse con mujeres que lo desprecian o lo dominan por completo. Puede también que se niegue a tener hijos, por miedo a transformarse en un padre ausente, como el suyo. Además, le costará mucho llegar a cortar los vínculos que le unen a su madre, a quien quiere y detesta al mismo tiempo. Ella le parecerá una mujer absorbente y castrante, le tendrá miedo, pero seguirá atado a ella porque, en su memoria infantil, su madre representa la seguridad absoluta.

Caso 2. El divorcio de los padres se produjo cuando la pequeña niña tenía apenas un año. El padre se había mudado muy lejos, había rehecho su vida y había dejado de tener contacto con su ex mujer y su hija. La niña se encontraba en una situación en la que debía formar pareja con su madre, actriz, que no deseaba volver a convivir con un hombre porque, según sus propias palabras, había «tenido

ya una dosis más que suficiente». La hija podría convertirse en su muy viril «novio» (si la madre es inmadura o infantil) o en su muy femenina «novia» (si la madre es fálica). En este caso, la pequeña, que se parecía mucho a su madre, se convertiría en su doble, permaneciendo de forma perenne enclaustrada en una relación simbiótica: la madre trataba a su hija como si fuera una muñeca con la cual jugaba y a la que hacía confidencias pero también a la que exigía, además, que fuera su público, recitando ante ella sus monólogos y pidiéndole su opinión. Durante la adolescencia, la madre se convirtió en su rival, multiplicando sus operaciones de cirugía estética y flirteando abiertamente con los chicos que su hija llevaba a la casa. Aterrorizada por la eclosión de esta joven mujer con quien corría el riesgo de que la destronara, la madre la criticaba e infravaloraba cruelmente, prohibiéndole cualquier manifestación de su propia sexualidad e inculcando en ella un gran temor hacia los hombres. Nuestra consultante sentía constantemente el peso del juicio de su madre sobre sí y se consideraba «una copia exacta de su madre, pero en peor». Se sentía realmente obsesionada por la carne de su madre, hasta el punto de llegar a imaginarse, cada vez que engordaba algún kilo, que era «la grasa de su madre invadiéndola». Llegada a la edad adulta, la joven seguía estando prisionera de la misma simbiosis, en la que ella hacía el papel de dominada: angustiada, tenía la impresión de «no encontrarse» a sí misma, se compadecía de su propia existencia y comenzaba a buscar su verdadera vocación, a preguntarse para qué servía ella, solamente su madre parecía tener derecho a existir... Consumida por una oscura necesidad de contacto con su padre, su propia sexualidad se había visto eclipsada por infecciones genitales y urinarias: micosis, cistitis y flujos malolientes e inexplicables. El estudio de su árbol genealógico, combinado con algunas sesiones de psicoterapia, la ayudó a romper esta simbiosis con su madre.

Una simbiosis con la madre puede llegar a adquirir un carácter sexual demostrado. En los casos en los que un padrastro entra en la vida de una niña que lleva tiempo viviendo simbióticamente con la madre, no es raro que éste no establezca diferencia entre madre e hija y acabe convirtiéndose en amante de la última. O bien la niña puede llegar a casarse con un hombre débil, con poco carácter, y con él tener hijos que ella «ofrecerá», simbólicamente, a su madre; apenas hayan nacido se los confiará para que sea ésta quien se ocupe de ellos y los eduque. Así, inmadura para siempre, vivirá como la

hermana mayor de sus propios hijos, que estarán siendo criados y educados por su madre (la abuela).

Caso 3. Cuando se trata de una familia unida en la que el padre ha muerto, el hijo puede llegar a idealizarlo desmesuradamente. Le será más difícil convertirse en adulto porque sentirá esa falta de un maestro, de un guía más fuerte que él, no encontrará nunca su propio lugar y se sentirá condenado a desaparecer.

Un fotógrafo venezolano, cuyo padre había sido aviador del ejército del aire de su país y que murió al estrellarse el aparato en el que volaba durante un combate contra la guerrilla, adquirió la costumbre de fotografiarse disfrazado de Simón Bolívar, con la cabeza decapitada un metro por encima del cuerpo gracias a un hábil fotomontaje. Cuando él era todavía un niño, su madre idealizó al heroico esposo y colocaba cada día en su retrato una rosa fresca. Este fotógrafo tuvo la necesidad de realizar un autorretrato disfrazado de héroe: estando metafóricamente muerto y decapitado como su padre tras el accidente, era para él la única forma en que podía conseguir el amor de su madre.

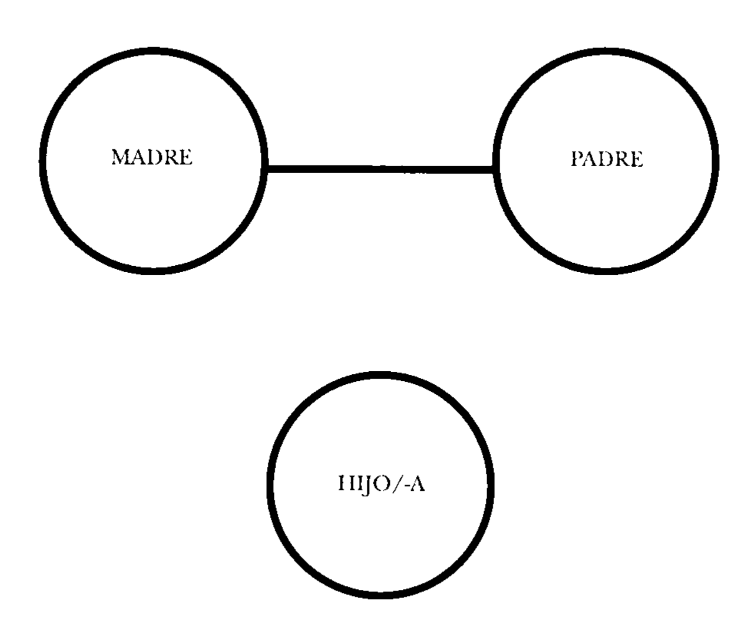
Cuando es una niña quien queda huérfana de padre sufrirá mucho su ausencia, y cuando se convierta en una mujer, no habrá oído nunca esas frases tiernas y cariñosas gracias a las cuales un padre puede estimular a su hija para que construya su femineidad: «Eres muy bella», «Eres graciosa por naturaleza», «Qué voz tan agradable tienes», etc. Pero cuando desaparece el padre, la niña puede mostrar tendencia a inclinarse hacia «la otra vida», es decir, hacia el reino de los muertos, para buscarle allí. Y, en lugar de a su padre, ella amará a un fantasma. Adulta, correrá el riesgo de mantener relaciones con hombres que le harán daño, idealizados, ausentes o enfermizos.

Caso 4. Una mujer que no paraba de tener accidentes que la obligaban a permanecer largas temporadas en el hospital se acordó un día de que, cuando era una niña, su padre alcohólico la sacaba de paseo pero él se iba deteniendo en todos los bares del barrio para tomarse un vino en la barra. Después, borracho y contento, regresaba a casa ayudado por su hija. La pequeña, convertida en su guía, adoraba a su padre y ni siquiera se planteaba hacerle la menor crítica. Pero su padre cayó gravemente enfermo y tuvo que ingresar en un hospital, donde finalmente falleció. Como la entrada en ese

lugar estaba totalmente prohibida a los menores, al no haber podido ver a su padre en ningún momento ella creía que el hospital se lo había robado y que lo tenía prisionero allí. Cuando fue ya adulta, provocaba ella misma los accidentes para poder entrar en el hospital, donde buscaba las huellas de su querido padre.

Caso 5. La madre ha ocultado la verdad a su hija: su padre, educador de profesión, no era su progenitor, pero ella había crecido sin saberlo. Llegada a la edad adulta, su madre le confesó que ese al que creía su padre en realidad no lo era, sino que se trataba de su padrastro. Y entró en una profunda crisis, porque su supuesto padre –sobre el cual ella había proyectado un fuerte deseo incestuoso, aunque reprimido completamente– en ese momento se le reveló como un hombre normal más y con quien, teóricamente, podría concebir un hijo. Excluida la consanguinidad, la prohibición del incesto dejó de estar activa. Las caricias que ella recibía o había recibido de él podrían haber estado destinadas a una amante, y eso la condujo a desconfiar de los hombres, de las mujeres, de ella misma y del mundo entero.

Tríada 7. Pareja exclusivamente parental



El padre y la madre se encierran en una relación de pareja que excluye por completo al hijo/-a. Esta exclusión consiste en no verlo tal cual es sino tal y como ellos desean que sea. Este tipo de padres es incapaz de sentir un amor consciente: Se encierran en su relación egocéntrica, que les resulta suficiente, e ignoran a su hijo/-a. O se unen contra él/ella, haciendo de su hijo un auténtico mártir a base de golpes e insultos. Todo esto genera en el niño/-a una falta de confianza que acabará contaminando todos los demás aspectos de su vida futura. Más aún cuando, esta clase de padres, disimulando los conflictos existentes en su pareja, pueden hacerse pasar por los padres perfectos.

Caso 1. «Mis padres se quieren muchísimo», explicaba el consultante a modo de preámbulo. Los describía como dos personas volcadas exclusivamente la una hacia la otra y aparentemente perfectas: guapas, envidiadas por su entorno y siempre seguros en todas sus opiniones. De niño, estaba convencido de que sus padres eran maravillosos y de que su familia estaba muy unida, porque aquello le procuraba una sensación de seguridad. A fuerza de adorar a aquellos padres suyos tan tóxicos, él se encontraba absolutamente infravalorado. Su infancia fue una auténtica colección de flagrantes injusticias: sus padres le privaban de vacaciones, dejándole al cuidado de una criada mientras ellos viajaban a los más lujosos destinos. Con 5 años el niño dormía solo en la casa durante toda la noche porque los padres tenían que asistir a alguna fiesta en casa de unos amigos, etc. Incluso hoy en día el consultante sigue prisionero de una forma de razonar inmadura que le impulsa a creer que él se merecía aquellos malos tratos por parte de sus padres: «Soy yo el único culpable, mis padres son perfectos; y como no soy un buen hijo es normal que no me quieran». La repetición de este tipo de abusos llevó al niño a adquirir el hábito de «llamar la atención», actitud que salta automáticamente cada vez que se producen circunstancias similares, una falsa personalidad que se ha incrustado en su ser verdadero y que le ha ido arrastrando a vivir de una manera totalmente autodestructiva. En su caso, este consultante nuestro llegó incluso a hacerse cortes con una cuchilla de afeitar, aliviando con este dolor físico, cada vez que lo hacía, el recuerdo de su propia existencia. El estudio de su árbol genealógico le hizo revisar su versión de la historia: él no era aquel pequeño miserable y malvado hijo de una familia perfecta, sino, muy al contrario, la inocente víctima de dos egoístas inmaduros.

El hijo/-a que haya sido invisible en el plano físico y afectivo tendrá siempre tendencia a vivir su edad adulta como un hombre o una mujer invisibles.

Los padres de una tríada semejante por regla general son padres inmaduros que fuerzan a sus hijos a asumir un rol parental, robándoles así su propia infancia. Esta negación del niño puede conducir a abusos de toda clase: violencia verbal, insultos, críticas o burlas, crueldad afectiva y chantajes, abusos sexuales o hábitos perjudiciales con su nutrición, su espacio vital o sus relaciones sociales, etcétera.

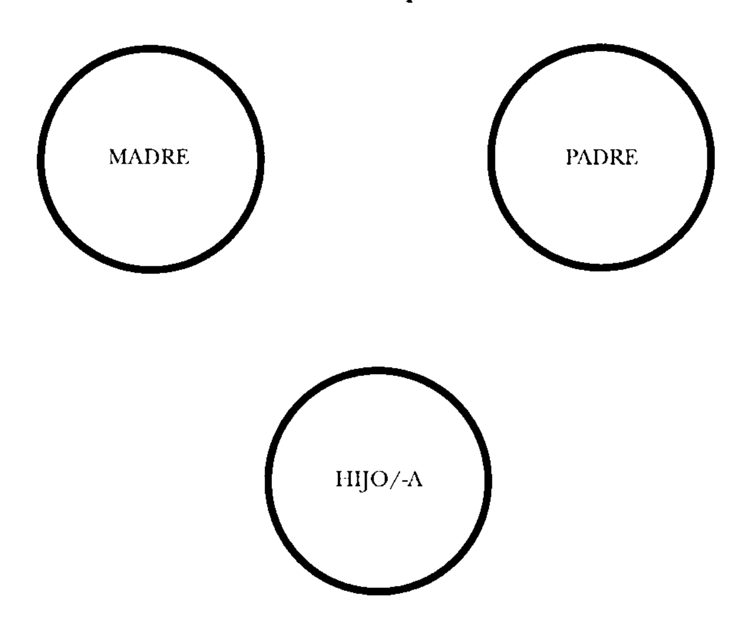
Caso 2. Una pareja acude a un restaurante y deja encerrado en el coche a su hijo de sólo un año. En la calle hace un calor inmenso. Al acabar de comer, una hora más tarde, se encuentran con su hijo inconsciente, deshidratado. Furiosos por aquel incidente, corren al hospital maldiciendo no su propia negligencia, sino al calor.

Padre y madre viven su vida juntos, pero el niño no forma parte de esa unión. Éste, una vez que salga de la infancia, deberá hacer unos esfuerzos colosales para poder aceptar que podrían haberle querido (sin él sentirse permanentemente encolerizado, deprimido o atraído por la muerte). Cuando uno no se siente querido por unos padres que, sin embargo, sí se quieren entre sí (o que sólo quieren a uno de los hermanos/-as), tiende a considerarse a sí mismo como defectuoso o a pensar que no merece la pena vivir, y comienza a odiarse.

También puede tratarse de una pareja de alcohólicos o drogadictos que son objeto de horror y vergüenza para su propio hijo. O personas muy débiles, enfermas o profundamente deprimidas que obligan a su hijo a ocuparse de ellos, incluso a trabajar para ganarse la vida. Y pueden ser unos padres perfeccionistas obsesivos que exijan de su hijo conductas y actitudes de adulto, con absoluto desprecio de su edad. Bajo la máscara de «padre colega», éste puede hacer cómplice a su hijo de sus secretos sexuales, o de cualquier otra naturaleza, reduciendo así la relación padre-hijo a una complicidad angustiosa para éste último.

El destino que genera esta tríada puede llevar a una persona a implicarse en relaciones abusivas, de manera que la intimidad vaya asociada al sufrimiento y al abandono. En consecuencia, la persona en cuestión tendrá dificultades para saber quién es, qué es lo que siente en realidad y qué es lo que realmente desea. Además, teme que la otra persona deje de amarla si él/ella descubre su verdadera personalidad.

Tríada 8. La ruptura total



No existe ninguna comunicación entre el padre, la madre y el hijo. Los tres forman un hogar en el que cada uno vive encerrado en sí mismo, inmersos en la indiferencia o en el odio. Es una familia que no sabe tener relación con el mundo. Éste podría ser también el caso de un huérfano que no haya conocido jamás a sus padres y que desconozca por completo la relación que pudieron tener. Es muy raro que una tríada como ésta exista «en estado puro», porque siempre existe algún tipo de relación, aunque ésta sea mínima, entre alguno de ellos. En el caso de que se hubiera producido un aislamiento completo, esta tríada podría llegar a engendrar destinos realmente trágicos (esquizofrenia, cáncer, enfermedades cardiacas, tuberculosis, suicidios o accidentes mortales).

Caso 1. «Desde que yo recuerdo, nuestra casa era un lugar muy triste. Mis padres apenas se dirigían la palabra, era como si se viesen obligados a vivir juntos por una simple falta de imaginación. Eran dos personas muy pasivas que pensaban que la única cosa que les faltaba por hacer era esperar a la muerte. Más adelante, leyendo el diario íntimo de mi madre, después de su fallecimiento, descubrí que ella había alimentado siempre el sueño de que llegara un galán desconocido para poder salir de aquella situación. Con más de 40

años de edad, mi madre tenía ensoñaciones de niña pequeña. Mis padres me alimentaron y me vistieron, pero prácticamente no teníamos ninguna otra clase de relación. Yo abandoné mi casa muy pronto y emprendí mi propio camino. Aprendí en algunos *ashram* [comunidad espiritual] hippies de la India en qué consistían las relaciones humanas, y aunque no todo fuera maravilloso, sí que pudo decir que fue la propia comunidad humana la que me enseñó a vivir y a emerger de aquella infancia mía tan desoladora.» En este caso concreto, esta niña fue engendrada sin placer, sin amor y sin conciencia. No le dieron más que un techo, alimento y alguna que otra comodidad material. Sin embargo, le cortaron cualquier tipo de relación con los demás, porque la familia era una especie de club privado en el que no se admitían extraños. Así pues, y no habiendo podido adquirir un sentido del amor propio lo suficientemente sólido, creyó carecer por completo de valor y de capacidad alguna, y no ser digna de ser amada. En términos generales, una persona educada así podría verse obligada a refugiarse en la droga, el robo o la prostitución. Pero en este caso concreto, una casualidad milagrosa la puso en contacto con seres conscientes y caritativos que la permitieron abrirse, además de enseñarle a establecer vínculos sanos tanto con el mundo como consigo misma.

Se da también el caso de que el padre o la madre encuentra a la persona soñada y entonces la pareja se separa; si la nueva aventura no da el resultado esperado, volverá a reconstituirse la pareja antigua.

Caso 2. «Mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo era todavía un bebé. Fui acogido por mi tía paterna, que me educó en el culto a su hermano (mi padre), cuyas fotos adornaban toda la casa. Ella en muy pocas ocasiones me habló de mi madre, y jamás lo hizo de la relación entre mis padres. Fue para mí un inmenso alivio, cuando me hice adulto, encontrarme con una amiga de juventud de mi madre que me contó cómo se habían conocido mis padres y el gran amor que les había unido. Al final, tuve la impresión de que yo venía de alguna parte, que no flotaba por encima de mi propia vida.»

Un niño/-a que se queda huérfano de padre y de madre a causa de alguna enfermedad, o de un accidente, tenderá a idealizarlos desmesuradamente y a permanecer inmovilizado en la misma edad en que los perdió. Cuando el fallecimiento tiene lugar durante la adolescencia, puede producirse un bloqueo de la sexualidad por-

que los padres no están ahí para ayudar al niño en el paso de la pubertad hacia el inicio de la edad adulta. Circunstancia ésta que puede dar lugar a una inmadurez persistente que llevará al huérfano en cuestión, ya convertido en adulto, a comportarse de una manera inmadura, indecisa o irresponsable.

Cuando se carece de padres o de un arquetipo parental, se corre el riesgo de quedarse «infantil», porque el papel que cumplen los padres es guiar hasta que se logra ser adulto. La única forma de escapar a los perjuicios que se derivan de esta condición de huérfano, es encontrar unos padres sustitutivos, unos adultos a los que el niño pueda realmente admirar.

Un niño abandonado que ha sido acogido por la beneficencia pública carece de árbol genealógico: a veces encuentra una institución que lo acoge o personas que asumen los papeles de padre y de madre, pero el niño padecerá, durante toda su vida, una importante carencia que siempre oscurecerá su conducta. Es bastante frecuente que un huérfano cree un árbol genealógico imaginario, que convendrá estudiar de la misma manera que el árbol genético y el árbol educador. En ciertas ocasiones, dicho árbol imaginario es desmesuradamente exaltado, con unos sueños de grandeza que contribuyen a infravalorar a la familia adoptiva.

Los niños abandonados luchan siempre por encontrar su lugar en la vida, un territorio personal. Inconscientemente, ellos nunca dejan de buscar a los progenitores que los abandonaron con el inmenso deseo de perdonarlos y creyendo que mediante ese perdón obtendrán, a cambio, el amor que sus padres les deben. Aunque sus padres adoptivos los hayan tratado tan bien como les haya sido posible, ellos pueden llegar a alimentar un rencor inconsciente: el amor y las atenciones que sus padres adoptivos les prodigan iluminan, con toda crueldad, la falta de sus padres biológicos. Para un niño abandonado, siempre es deseable tener el máximo acceso posible a su árbol biológico, así como conocer –en tiempo y forma– la razón por la cual fueron abandonados en su momento. Si no, les será muy difícil aceptar la identidad adquirida en su familia de adopción.

Variaciones en la tríada

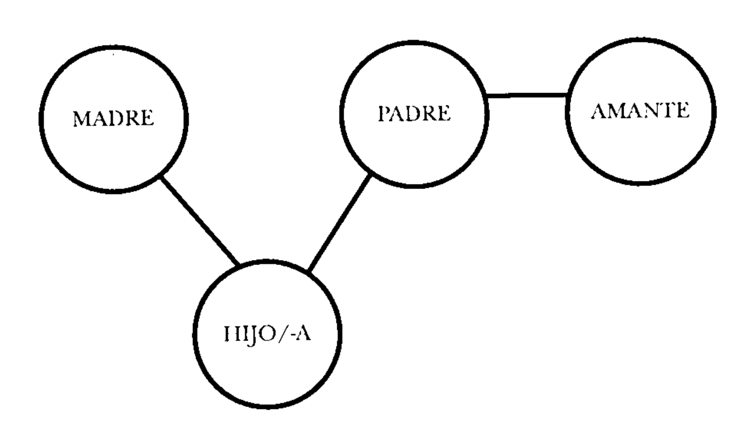
Conviene tener presente que, muy a menudo, el esquema de la tríada se vuelve más complejo en función de las diferentes situaciones que se pueden dar en la vida. A cualquiera que desee aplicar las

diferentes tríadas en su árbol genealógico, le convendría ir aprendiendo, poco a poco, a esquematizar las diversas relaciones de una manera más elaborada.

Para ello, vamos a exponer dos ejemplos de situaciones complejas con su correspondiente esquematización bajo la forma de una tríada:

Caso 1. La tríada se convierte en cuarteto

El padre impone en la casa un/una compañero/-a sexual que convierte la pareja en trío. La madre refuerza los vínculos con su hijo/-a para contrarrestar el desequilibrio y trata de desautorizar al «culpable» –de quien ella, sin embargo, es cómplice.

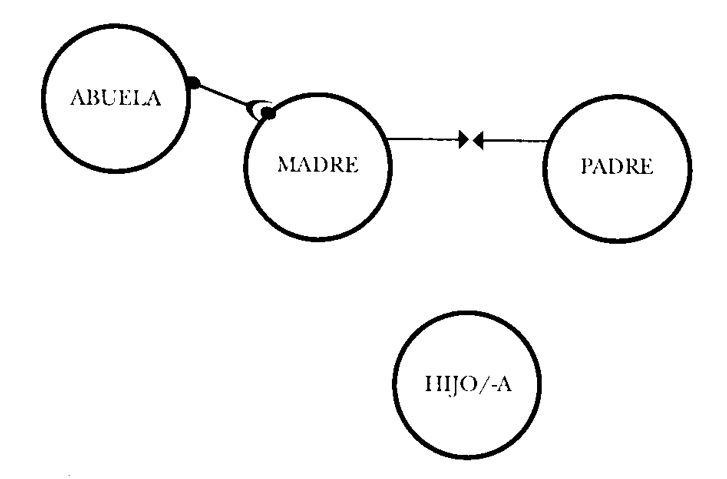


«Mi padre y mi madre, desde el inicio de su relación como pareja, jamás se entendieron. Cuando yo era pequeña, mi padre reconoció su homosexualidad. Llevó un hombre a casa y propuso a mi madre mantener una relación en trío. Yo sufría al ver a mi padre con ese hombre mientras mi madre se hundía en su soledad, y aunque yo tomé partido por mi madre jamás dejé de querer a mi padre. Ella me tomó como confidente de su desamor hacia él, a quien consideraba un degenerado. Como yo la quería profundamente, comencé a ver a mi padre a través de sus ojos. A medida que iba creciendo, ponía cada vez más en duda la virilidad de los hombres. Pero, sin embargo, yo me enamoraba de hombres homosexuales: Eran relaciones que terminaban pronto, porque no acababan satis-

faciéndome. Hoy en día, mi padre está terminal debido al sida y yo me ocupo de cuidarle, lo cual me permite expresarle cuánto amor siento hacia él. Esto me permite, además, mirar a los hombres sin odio.»

Caso 2. Homicidio en la tríada

Es éste un caso muy extremo pero que viene a ilustrar cómo una relación (extremadamente conflictiva) puede llevar a una separación (definitiva, pues se trata de un homicidio): el padre, un hombre muy agresivo, mata a la madre, la cual seguía estando muy unida a su propia madre. En realidad el niño se encuentra, en este asunto, totalmente desligado de sus dos progenitores: de su madre debido al fallecimiento y de su padre por su culpabilidad.



«Amadeo y Josefina, mis padres, se casaron en contra de la voluntad de mi familia materna. Josefa, mi abuela materna, se opuso a la boda porque veía cómo Amadeo, por aquel entonces todavía novio de mi madre, la maltrataba. Esos malos tratos no cesaron jamás, hasta el día en que mi padre mató a mi madre a martillazos... Cuando mi madre se dio cuenta de que estaba embarazada, sintió una enorme pena porque sabía que iba a traer al mundo a un ser destinado a sufrir, y además en el seno de un hogar permanentemente en estado de guerra. No obstante, mi madre se resignó. La primera vez que yo fui consciente del ambiente que reinaba en mi familia tenía sólo 4 años: mi padre, con un cuchillo en la mano, amenazaba de muerte a mi madre. Aquella noche sufrí un grave shock traumá-

tico del que se derivó una epilepsia infantil, que me duró hasta los 12 años. A partir de aquel momento comencé a oponerme a mi padre y a defender a mi madre, hasta que él consiguió matarla... Durante toda mi vida he tenido que defenderme de los hombres, me proyecto automáticamente siempre en una competición con ellos. Sé que todo esto está programado en mi inconsciente y que tengo poca elección, pero ahora que estoy empezando a tomar conciencia de ello, me gustaría cambiar todos los aspectos de mi vida que no me sirven y que no contribuyen en nada a mi alegría natural.»

El árbol genealógico como red de tríadas

Ya hemos visto que la representación esquemática de la tríada puede adoptar formas más elaboradas, adaptándose a la infinita complejidad de relaciones que pueden surgir en el interior del trío madre-hijo/-a-padre.

Sin embargo, lo más práctico es comenzar a esquematizar la tríada de una forma simplificada. El estudio metagenealógico del árbol no es una terapia en el sentido tradicional del término: si en el ámbito del psicoanálisis y la psicoterapia es frecuente evitar simplificar, explicar o esquematizar las relaciones durante el trabajo, aquí ocurre todo lo contrario. Simplificamos hasta el extremo las relaciones de todos cuantos nos han precedido y formado para, de tal manera, poder desacralizarlas mejor. Constatar que «Mi madre nunca tuvo buena relación con su padre» o «Mi padre estuvo marcado por una absoluta simbiosis con su madre», nos va a permitir distanciarnos de dichas relaciones como si estuviéramos asistiendo a un espectáculo que está dando otra familia que no es la nuestra. El poder comprender la «saga» en su totalidad, sus nuevas manifestaciones y sus silencios, es el principio de una toma de conciencia que nos situará en una posición madura frente al árbol genealógico.

También hemos visto antes que el pasado ejerce su influencia repetitiva a tarvés de una serie de elementos más o menos objetivos: nombres propios, iniciales, fechas de nacimiento, edad en la que las personas tienen su primer hijo, fechas de cuándo conocieron a su cónyuge o cuándo fallecieron, cuáles fueron las profesiones, etc., pero también cuáles fueron las ideas recibidas, sus insatisfacciones, sus traumas, sus enfermedades, sus divorcios, sus angustias económicas, sus éxitos, sus fracasos. El hecho de identificar bien estas repeticiones permite liberarse de las trampas que tiende el árbol genealógico, es decir, pensar según sus propias creencias, vivir según su ley y estar atado a él por lealtades más o menos conscientes. De lo contrario, nos podremos considerar simbólicamente poseídos por una serie de actos reflejos falsos, de reacciones e impulsos que no nos pertenecen en sentido estricto, o sea que estaríamos poseídos por un grupo de egos que corresponden a los «espíritus» de determinados

miembros de nuestra familia. Y esta posesión nos impulsará a actuar de cara a ciertos individuos, o ante una circunstancia, movidos por una personalidad alterada y muy diferente de nuestro auténtico ser.

Así pues, el estudio del árbol genealógico es, para nosotros, un trabajo de toma de conciencia que permite adquirir una lucidez tan completa como sea posible frente a nuestra herencia: un poco como si estudiáramos la anatomía de nuestro inconsciente familiar o como si fuéramos un etnólogo extranjero que observara las costumbres de una tribu primitiva. Para llevarlo a cabo, será preciso concentrar primero el árbol genealógico todo cuanto sea posible, precisamente a causa de la enorme influencia que ejerce sobre nosotros.

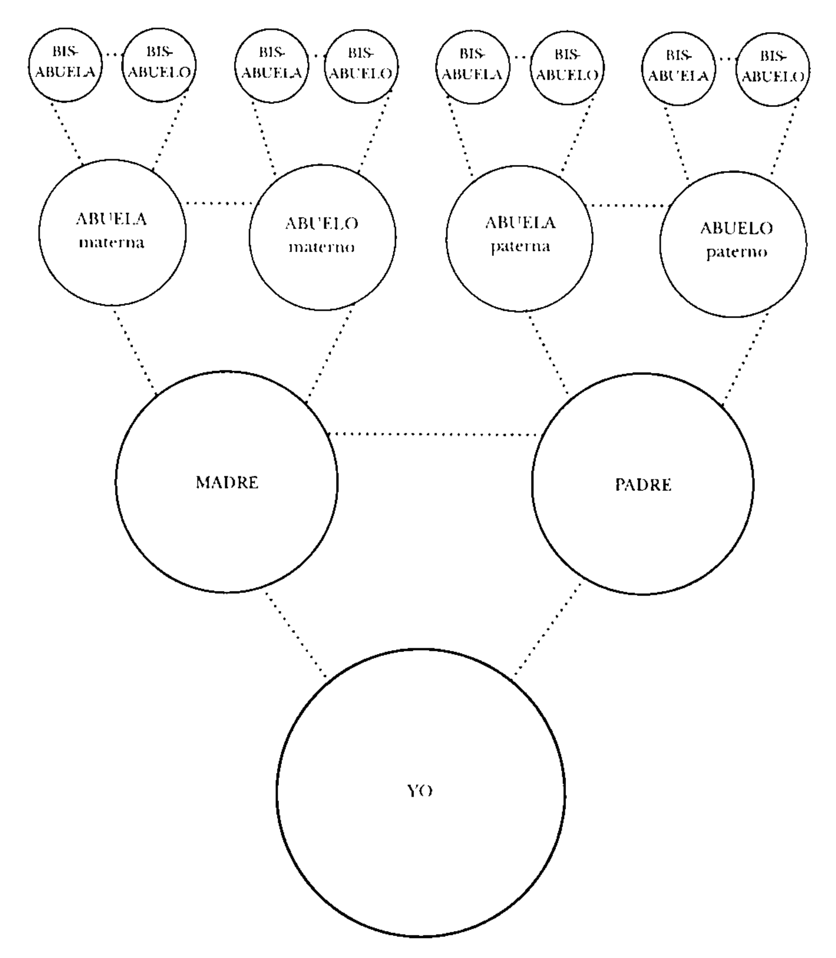
En una segunda etapa, será tenida en cuenta toda la complejidad de nuestra propia persona con el fin de que podamos decidir, ante dicha herencia, cuáles son los elementos que pesan sobre nosotros, cuáles decidimos por el momento conservar o dejar en su sitio y cuáles nos proponemos transformar, utilizando para ello un cierto número de medios creativos, simbólicos y rituales que nos permitan integrar en nosotros una nueva realidad, más de acuerdo con nuestras aspiraciones más profundas, como si estuviésemos valorando los muebles, objetos y otros enseres de una vieja casa familiar y nos planteáramos qué deseamos tirar a la basura y qué conservar o transformar.

Para realizar todo esto, el trabajo sobre nuestra propia tríada va a tener que extenderse a todo el árbol genealógico. En efecto, el destino del niño, forjado e impuesto por los padres, depende del destino que sus padres han heredado de sus propios padres. Y el de los abuelos dependerá, a su vez, de las relaciones que éstos hayan mantenido con los bisabuelos.

El esquema de las relaciones en el árbol genealógico, en su forma simplificada, adquiere el aspecto de una red de siete tríadas (véase el esquema que viene a continuación, donde los diferentes vínculos están representados con líneas de puntos, porque en cada caso convendrá precisar si existe una unión, una separación, un conflicto o una dominación).

Esta primera representación de las relaciones existentes en el árbol genealógico se fundamenta en la transmisión de línea directa, en la que todos y cada uno de los miembros de la familia (mi padre, mi madre, mis abuelos y yo) está contemplado como hijo único de sus padres. Si, por ejemplo, una niña se vio rechazada por su propia madre porque ésta prefería a su hermano, convendrá hacer notar

tal «separación», pero no todavía la preferencia de su madre por el hermano. En una segunda etapa, aprenderemos a esquematizar las relaciones existentes en el árbol genealógico teniendo en cuenta a todos sus miembros, es decir, hermanos y hermanas, tíos y tías, todos los personajes que hayan podido ejercer una influencia decisiva (sacerdotes, amigos, amantes, etc.) sobre ellos. En este sentido, nuestro objetivo será, pues, aprender a observar la forma en que los vínculos, las rupturas, las agresiones y las heridas se encadenan y se repiten en todo el árbol genealógico.



El árbol genealógico como red de tríadas

Ejercicio 13. El árbol de las tríadas

Para cada una de las tríadas del árbol genealógico, es preciso establecer un esquema relacional lo más exacto posible. Cuanto más se remonte en el tiempo, menos elementos contendrá sobre las relaciones de pareja y de los padres con los hijos. La dificultad para establecer la tríada adecuada estará en el exceso de información, pero a partir de los abuelos dispondremos de elementos muy escasos, aunque será posible establecer sus tríadas basándonos en relatos familiares y en la propia intuición.

Para llevar el trabajo a cabo, y según la cantidad de información de la que dispongamos, podremos proceder siguiendo tres etapas. La tríada afecta en general a los primeros siete años de vida, a menos que algún acontecimiento clave se produzca entre los 7 y los 14 años.

El trío no tiene un carácter permanente: los acontecimientos ocurridos por factores externos (como guerras, catástrofes, ruinas, enfermedades graves, hechos extraordinarios, traslados o exilios, divorcios, muerte de uno de los padres, etc.) llegan a cambiar la relación entre los padres y los hijos. A veces, esto supone tal toma de conciencia, para cualquiera de ellos, que descoloca las relaciones de la tríada. Los árboles genealógicos, al igual que los de la naturaleza, cambian de un año para otro: en algunas ocasiones el cambio es lento y en otras, brusco. Pero lo que nos interesa es descubrir qué primera forma tiene la tríada: es ésta la que después marcará nuestro camino por la vida, y que se corresponde con los cinco o siete primeros años del hijo/-a y con la receptividad que tuvieron los padres, junto con los evidentes lazos surgidos durante este crítico periodo. Todo ello creará una tonalidad de base que nos enseñará a reconocernos.

Es también posible que, en un estado de depresión, una persona caiga en un proceso de delirio y pase radicalmente de un aspecto a otro de su tríada remontándose en el tiempo. Puede darse el caso de alguien que, habiendo establecido unas buenas relaciones con sus padres, de adulto tenga un cambio brusco en su comportamiento, como si regresara a una época en la que sus padres fueron tóxicos. Estos saltos de la memoria hacia atrás llevan a la persona a actuar de nuevo como en esos momentos críticos de su infancia. Por eso debemos comprender bien esta tríada inicial: es ella la que marca la personalidad de nuestra infancia.

Para las relaciones que conocemos bien (nuestra propia tríada y quizá la de nuestro padre y/o de nuestra madre)...

...lo primero que habrá que hacer es definir la relación hijo/-a-padre-madre en cada uno de los cuatro centros (el intelectual, el emocional, el sexual-creativo y el material). Para estas doce relaciones resultantes, habrá que determinar si esencialmente se trata de una unión, una separación, un conflicto o una dominación-protección. Se definirá cada tríada en relación con el clima dominante durante la infancia. Por ejemplo, si el niño ha sido querido justo hasta el nacimiento de su hermano pequeño y, a partir de entonces, sintió que su madre se alejaba de él, la tonalidad dominante será la de *separación* de la madre. (Pero cuando uno de los progenitores, muy querido, fallece durante la infancia, es el duelo más que la separación lo que se convierte en la tonalidad dominante.) Si ya en una edad adulta se establece una buena relación con los padres –mejor que la tenida con ellos durante la infancia o la adolescencia–, esta forma de relación habrá sido esencialmente conflictiva y, por consiguiente, la tonalidad dominante será la del *conflicto*.

...una vez que se tenga la tonalidad relacional existente entre los tres protagonistas en los cuatro centros, será necesario compendiar esas cuatro relaciones (intelectual, emocional, sexual-creativa y material) y sintetizarlas en una sola tonalidad dominante. Por ejemplo, si la relación madre-hijo es intelectualmente inexistente, sexualmente dominante, y protectora afectiva y materialmente, la tonalidad dominante será: *dominación-protección*. Si la relación padre-madre se encuentra unida en la ideología común, es conflictiva en la vida material y enteramente desunida sexual y creativamente, la tonalidad dominante será: *desunión*. En el caso de las tríadas sobre las que se conocen menos datos (en general, las de los abuelos), se puede intentar anotar, lo más preciso que resulte posible, cuál era la naturaleza de la relación entre los tres protagonistas. Cada tríada está ya definida por tres relaciones que la resumen.

...simplifíquense aún más dichas relaciones a un solo vínculo (aunque sea bochornoso, tóxico, conflictivo, etc.) o a una carencia de vinculación (separación, ausencia, ignorancia, conflicto intermitente sin continuidad relacional, etc.) y, por último, únanse las tríadas entre sí.

El objetivo de este ejercicio no es representar el árbol genealógi-

co con una exactitud absoluta. Se trata más bien de comenzar a visualizar el árbol como una especie de «red de canalizaciones» por la que el flujo del amor, la atención y la comunicación circula, se atasca o se interrumpe según una lógica que une a las generaciones entre sí: unas veces para lo mejor y otras para lo peor.

La hermandad: entre el conflicto y la colaboración

Si todo niño tiene tendencia a considerarse como hijo único, la familia, en cambio, se sueña a sí misma como un cuarteto. La imagen más extendida de la familia ideal es la compuesta por padre-madre-hijo mayor-hija menor, concepción muy vinculada, como se verá después, con la tradición patriarcal de algunas sociedades de trasmitir al hijo primogénito el patrimonio.

La idea de tener «la parejita» es un deseo casi universal; y si la familia fuese a aumentar después del segundo, inconscientemente los padres desearán de nuevo tener un varón y luego una niña, y así sucesivamente. Aunque es cierto que, en función de la historia familiar, este esquema podría comportar algunas excepciones.

En el inconsciente colectivo, la hermandad es también el lugar por excelencia en el que se produce la rivalidad y, en un último extremo, hasta el fratricidio. Son muy numerosos los mitos que nos presentan la historia trágica de alguna rivalidad entre hermanos que acaba en homicidio. En efecto, Rómulo acabó con la vida de su gemelo Remo, con quien había fundado la ciudad de Roma, porque éste último le desafió al atravesar el foso sagrado de la ciudad palatina que él había trazado. Asimismo, el dios egipcio Osiris muere a manos de su celoso hermano Set, el cual reinaba en las regiones estériles. Además, en la Biblia encontramos a Caín, el primer hijo nacido de Adán y Eva, que mata a su hermano Abel porque las ofrendas que hacía éste eran más apreciadas por Dios que las suyas propias.

Existen otros mitos que corresponden a hermandades mucho más numerosas y en los que se muestra la existencia de facciones disidentes organizadas por una parte de los hermanos y de las hermanas, permaneciendo alguno de entre todos ellos fiel a sus padres. Por ejemplo, en la mitología azteca está Coatlicue, la diosa madre Tierra, que, tras haber engendrado a las estrellas y a los dioses, quedó encinta milagrosamente de un plumón que descendió del cielo mientras oraba en un templo y engendró a su hijo Huitzilopochtli. Su hija Coyolxauhqui, creyendo que su madre se había

deshonrado, incitó a sus cuatrocientos hermanos, los Centzon Huitznáhuac (estrellas del Sur), a matarla. Este acto de barbarie fue impedido por el nacimiento de Huitzilopochtli, dios del sol y de la guerra, que emergió del vientre de su madre armado hasta las dientes con el fin de masacrar a su hermana y al resto de sus traidores hermanos. Como se puede apreciar, en todas las culturas se encuentran mitos que presentan a la familia –más en particular a la hermandad– como un auténtico campo de batalla, de traición y de lealtad a los padres.

La hermandad es, pues, el modelo inicial de toda sociedad. Agitada por las tensiones, que pueden llegar a degenerar en una guerra abierta, en tortura o en muerte, la hermandad es asimismo la colectividad por excelencia, con sus ideales propios sobre el amor, el reparto igualitario y la colaboración fructífera.

El mito de Caín y Abel[10] puede ser interpretado de muy diferentes maneras. Ciertos comentaristas ven en él la huella de una antigua rivalidad entre tribus nómadas (la del pastor Abel) y tribus sedentarias (la de Caín). Pero si interpretamos el texto literalmente, podremos entresacar elementos muy interesantes:

[10] Génesis, 4:1-16 [transcripción de la Biblia de Nácar Colunga, Madrid 1959]: Conoció el hombre a su mujer, que concibió y parió a Caín, diciendo «He alcanzado de Yavé un varón». Volvió a parir, y tuvo a Abel, su hermano. Fue Abel pastor y Caín labrador; y al cabo de tiempo hizo Caín ofrenda a Yavé de los frutos de la tierra, y se la hizo también Abel de los primogénitos de su ganado, de lo mejor de ellos; y agradóse Yavé de Abel y su ofrenda, pero no de Caín y la suya. Se enfureció Caín y andaba cabizbajo; y Yavé le dijo: «¿Por qué estás enfurecido y por qué andas cabizbajo? ¿No es verdad que, si obraras bien, andarías erguido, mientras que, si no obras bien, estará el pecado a la puerta? Cesa, que él siente apego a ti y tú debes dominarle a él». Dijo Caín a Abel, su hermano: «Vamos al campo». Y cuando estuvieron en el campo, se alzó Caín contra Abel, su hermano, y le mató. Preguntó Yavé a Caín: «¿Dónde está Abel, tu hermano?». Contestóle: «No sé. ¿Soy acaso el guarda de mi hermano?». «¿Qué has hecho?», le dijo Él, «la voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito serás de la tierra, que abrió su boca para recibir de mano tuya la sangre de tu hermano. Cuando la labres, te negará sus frutos, y andarás por ella fugitivo y errante». Dijo Caín a Yavé: «Insoportable es mi castigo. Ahora me arrojas de esta tierra; oculto a tu rostro habré de andar fugitivo y errante por la tierra, y cualquiera que me encuentre me matará». Pero Yavé le dijo: «No será así. Si alguien matara a Caín, sería éste siete veces vengado». Puso, pues, Yavé a Caín una señal para que nadie que le encontrase le matara. Caín, alejándose de la presencia del Señor, habitó en Nod, al oriente del Edén.

–Caín nace el primero y se convierte en agricultor. Metafóricamente, lo que hace Caín (una etimología posible de su nombre en hebreo: «he adquirido») es tomar posesión de la tierra, como el primogénito de cualquier familia toma posesión de todo el espacio físico y psíquico disponible. Abel (etimológicamente podría significar: «existencia precaria»), su hermano menor, llega a una tierra ya conquistada, por lo que se tiene que convertir en pastor. Se dedica a cuidar de los rebaños, es decir, se organiza para subsistir con lo único que tiene a su disposición, adaptándose y cuidando de una multitud de seres vivos.

–Caín, el primogénito, es quien toma la iniciativa a la hora de hacer una ofrenda a Dios. Su hermano menor Abel lo imita, pero con una variante: si Caín sacrifica simplemente «los *frutos* de la tierra», él ofrece «los *primogénitos* de su ganado». Todo esto se puede interpretar desde dos puntos de vista: que Abel, al sacrificar los corderos que han nacido en primer lugar, lo que sacrifica metafóricamente es a su hermano –que es quien ha nacido primero y al que considera como quien tiene todo lo mejor–. Esto nos remite a la admiración que sienten los hermanos menores por sus hermanos mayores, unido a un deseo de eliminarlos. Mientras que Abel sacrifica lo mejor de todo cuanto tiene, Caín, primogénito y legítimo propietario del territorio, no está dispuesto a ofrecer un sacrificio auténtico: el hecho de tener que compartir algo ya es mucho para él.

–Dios favorece la ofrenda de Abel, esas vidas de animales cuya sangre ha derramado (prefigurando su propio sacrificio). Esto nos remite al hecho de que el preferido de una familia es siempre paradójicamente sacrificado, porque la preferencia supone una carga que le corta el afecto de sus hermanos y hermanas.

–Cuando Caín, movido por los celos, muestra su rostro abatido, el Eterno lo observa inmediatamente. En esos momentos, Yavé representa al padre absolutamente atento que no ignora ninguno de los sentimientos de su hijo, y da a Caín la oportunidad siguiente: «¿Por qué estás enfurecido y por qué andas cabizbajo? ¿No es verdad que, si obraras bien, andarías erguido, mientras que, si no obras bien, estará el pecado a la puerta? Cesa, que él siente apego a ti y tú debes dominarle a él», (traducciones alternativas: «No será el pecado el que esté a la entrada, sino una bestia que estará escondida a tu puerta porque te codiciará. ¿Podrás dominarla?» o «Al abrirla, la culpa estará agazapada, lanzando sobre ti su pasión. Y tú, habrás de gobernarla»). Esta elección fundamental será la que rija la guerra o la paz. El primer movimiento («el pecado», «la culpa» o «la bestia

agazapada») estriba en los celos de Caín, que finalmente triunfarán y lo arrastrarán al asesinato. Pero la posibilidad de elección existe, y la solicitud que muestra el Eterno al dirigirse a Caín inscribe esta elección como la de toda la humanidad: si Caín accede a sacrificar su ego, su deseo de poseerlo todo, de ser el primero en todo (como ha hecho Abel sacrificando a sus corderos), él también será distinguido y descubrirá –al abandonar la satisfacción personal de la posesión ilimitada– la alegría transpersonal que se deriva del hecho de compartir. Además, una vez cometido el homicidio y habiendo sido ya dictaminado el destierro de Caín, su linaje aprenderá también la lección, porque toda su descendencia se convertirá en una tribu de ganaderos nómadas, como lo era su hermano Abel. Será de Set, tercer hijo de Eva, de quien venga el linaje que conducirá hasta David y posteriormente hasta José, el padre (adoptivo) de Jesús. Una vez acabada la lucha fratricida, será el tercer hermano –aprendida muy bien la lección– quien engendre una humanidad consciente.

Este mito fundador de la cultura judeocristiana nos conduce a la consideración de la hermandad como el lugar por excelencia de la alteridad y la complementariedad, de la rivalidad y el reparto. La concurrencia se da en el corazón mismo de la hermandad, con un reto fundamental: que los niños aprendan a vivir entre sus semejantes, tanto en la intimidad del hogar como en sus primeras experiencias de socialización (guardería, colegio, etc.). La actitud de los educadores adultos –es decir, su formación con hermanos/-as o amigos– será determinante para favorecer la adaptación del niño a la vida en sociedad. El ideal sería que cada uno pudiera vivir a la vez como individuo soberano y como miembro de una comunidad. Es difícil llegar a la edad adulta en un estado de serenidad frente a los demás, lo que equivale a decir ante la propia hermandad.

Los conflictos que se producen entre hermanos/-as derivan después en conflictos en la vida cotidiana. Los problemas de rivalidad entre ellos/-as se deben siempre a una misma exigencia: ser querido por los padres, o sea tener una vida segura. Ahora bien, la necesidad de amor, seguridad y atención que tiene un niño/-a puede verse contrariada por los múltiples desafíos que se les presentan a los padres: obligaciones de la vida diaria, catástrofes, accidentes diversos, dificultades económicas, afectivas o profesionales, enfermedades, movimientos sociales e históricos que puedan afectar a la familia, etcétera.

Cuando los padres están anticuados, o no tienen buenas intenciones, no cumplen debidamente con su misión de educar y concienciar a sus hijos, sino que trasladan a la hermandad su impotencia, su rabia y sus obsoletas soluciones procedentes del pasado. Es así como nacen las jerarquías rígidas (en apariencia, muy útiles para que reine el orden, pero devastadoras para los niños, a quienes sitúa para siempre en una posición dominante o en una subordinada); las comparaciones como modo de chantaje o presión; las preferencias y las exclusiones que marcan para siempre el destino de los futuros adultos, etc. Cada vez que los padres evitan responder adecuadamente a las preguntas del niño (aunque las atiendan o las rehúsen de forma constructiva), éste cristalizará la infracción como un elemento de su futura identidad neurótica.

En la vida adulta, y en virtud de los mecanismos de proyección vistos en este mismo capítulo, las antiguas rivalidades en el ámbito fraterno desembocan luego en conflictos entre semejantes, siempre orientados hacia una autoridad superior que representa a los padres: puede ser un jefe que «no sabe valorar a sus empleados», unos padres y suegros a quienes hacen testigos de sus disputas de pareja (que es lo que de hecho viene a ser un hermano y una hermana). Asimismo, se producen auténticas guerras en nombre de una idea abstracta (Dios, la Justicia, la Paz, etc.), luchas en las que dos facciones rivales creen honestamente estar combatiendo por el bien del ideal de los padres.

En el siguiente apartado vamos a trazar algunas pistas o líneas de trabajo para poder comprender cómo el sufrimiento vivido en el seno de una hermandad recorrerá el árbol genealógico durante varias generaciones.

Educar a una hermandad: los retos de compartir

Ya hemos visto que, en sentido estricto, una hermandad comienza con un cuarteto (idealmente, primero un hijo y después una hija), que amenaza a la tríada y a su vez la realiza. El primer hijo ha hecho padres a la pareja por primera vez. A partir del segundo hijo, la paternidad madura: ya no actúan igual ante cada hijo, ni entre los propios miembros de la casa, donde los hijos cada vez más van reclamando su atención y cuidados. Con cada nuevo hijo que llega, aumenta el tema de compartir y se hace más complejo. Ya vimos que con el primer hijo un reparto equilibrado conduce a una tríada también equilibrada, en la que cada uno de sus integrantes estará en relación con los otros dos en los cuatro planos (el mental, el emocional, el sexual y el material). Sin embargo, en el seno de una familia compartir (el tiempo, el espacio, las diferentes necesidades, los deseos, los sentimientos e incluso las palabras) se hace no sólo entre hermanos y hermanas sino además entre hijos y padres, y a mayor escala, en el propio ámbito de la familia y de la sociedad (si el padre está en la cárcel, o abrumado de trabajo debido a una posición social más baja, la sociedad privará a la familia de su presencia).

Si regresamos a los fundamentos de la sociedad judeocristiana, nos encontraremos con dos ejemplos de compartir que ilustran cuál es el ideal del mismo: no existe la competencia sino una puesta en común dentro de una abundancia ilimitada. Para el pensamiento judío, la filosofía talmúdica expresa en un plano intelectual la idea de compartir: reunidos, los rabinos comentan la Torá y cada uno de ellos aporta su propia opinión sin que nadie se la refute; será el Eterno el que decida, aunque sea de manera incognoscible. En el fondo, quien decidirá será el futuro lector del capítulo del Talmud del que se trate, lo que significa que la responsabilidad ética, intelectual y espiritual de cada individuo es respetada. No existe competencia alguna entre las diversas opiniones (no se trata de encontrar «la interpretación correcta» que hará de tal o cual el hijo preferido) sino una abundancia de pensamiento virtualmente ilimitada, destinada al Espíritu por excelencia y capaz de acoger todos y cada uno de los pensamientos individuales.

De igual forma, en la Santa Cena, Cristo comparte simbólicamente su carne y su sangre con sus doce «hijos», los apóstoles. En el banquete no se produce competencia porque allí reina el amor total, aunque cada apóstol tenga su propio carácter específico a los ojos de Cristo. El ritual de la misa reproduce este ágape (compartir la comida en el amor total): todos y cada uno de los fieles pueden recibir el cuerpo de Cristo de la mano del sacerdote que lo representa, sin que uno sienta que la hostia del vecino le ha privado de la suya.

Estos dos modelos, tan diferentes en apariencia y tan similares en su principio común, resumen muy bien la demanda fundamental de cada niño en el interior de la hermandad: no quieren otra cosa que no sea el amor total, la atención total y el reconocimiento total. Porque compartir, realmente, no consiste en dividir algo limitado en partes todavía más limitadas aunque iguales, sino en la fragmentación del Todo en una infinidad de partes igualmente ilimitadas en las que cada una es la totalidad. Pero no se puede repartir aquello que no tiene límites: compartir es la desmultiplicación del Todo (del amor, de la energía vital, de los sentidos), no su división.

Toda queja o exigencia del niño se convierte en esta misma demanda: por un caramelo de más, por un minuto más de atención, por una prenda de vestir, un juguete, etc. Y cuanto más imperativa sea la solicitud del niño, más significará que ese niño no se siente querido.

De cara a las manifestaciones sin fin de esta demanda fundamental, los padres se ven obligados a actuar, de alguna manera, en nombre de la divinidad; en la terminología que venimos usando, actuar en Conciencia a partir de su ser esencial. Poco a poco se van encontrando con una situación similar a la de un practicante de zen ante un *koan* (esas adivinanzas sin respuesta posible que no se pueden resolver si no es por medio de la liberación mental, o sea de los límites individuales). La tarea no es fácil. Con la mejor intención del mundo numerosos padres, preocupados por hacer las cosas lo mejor posible, adoptan sin querer actitudes que ellos querrían que estuvieran auténticamente liberadas de su propia educación, pero en realidad no son sino una mera reacción contra ella y se revelarán desgraciadamente como tóxicas. La trampa que tiende el árbol no es solamente por reproducción, sino por formas de repetición más solapadas y que son, en particular: la compensación y la oposición.

Así, algunos de estos padres se agotan (y agotan también a su en-

torno) tratando de responder, punto por punto, todas las demandas de su hijo, ansiosos por darle todo cuanto pueda desear. Se llega entonces a la situación del hijo-rey, que ocupa el espacio de los adultos monopolizando la conversación y multiplicando sus caprichos en virtud del hecho de que él se merece toda la atención de su entorno, y los padres viven en función del tiempo del niño sacrificando el suyo propio. Los padres caídos en la trampa de esta situación actúan por *compensación* y *oposición* a su propia educación. Frustrados por las reglas estrictas y rotundas negaciones que padecieron durante su propia infancia, se muestran ahora incapaces de oponerse a los deseos de su hijo, de imponerle restricciones de forma cariñosa o de decirle «No» con todo el amor del mundo. En consecuencia, los niños educados bajo esta situación carecen de referencias y se topan con serias dificultades a la hora de hallar unos límites que los puedan calmar. Y esto se puede traducir en problemas de sueño, que revelan una profunda angustia ligada a la falta de una estructura de referencia.

En virtud de este mismo mecanismo, otros padres, que sufren por la falta de comunicación en el seno de su propia familia, pasan el tiempo dando excesivas explicaciones de todo a sus hijos pequeños y pidiéndoles opinión continuamente. También es posible encontrar a ciertas madres hablando sin parar con su niño de 3 años acerca de algo tan mínimo como saber si prefiere el helado de vainilla o de fresa o bien a preguntar continuamente al niño para saber si se siente cansado o no. En realidad, en esos casos, la falta de decisión por parte de los padres es una fuente de angustia para el propio niño, al que pueden abocar a una crisis de furia que los padres, desamparados, no se llegarán a explicar.

Las situaciones familiares en las que el niño es el preferido (por ejemplo, porque es el heredero primogénito) son igualmente muy nocivas, no sólo para los hermanos/-as que pudieran estar padeciendo tal injusticia sino también para el propio hijo preferido. Por regla general, un niño que no es educado con el sentido de compartir siempre querrá todo para él. Sus hermanos/-as, y después los partícipes de su entorno, sus amigos y sus conciudadanos serán siempre competitivos con él: es decir, vivirá en un mundo de rivalidad y competencia en el que comparará sin cesar lo que él recibe con lo que a los demás se les da. Siempre tendrá necesidad de alguna cosa más para poder sentirse «preferido» o «favorecido», para sentir que existe. El frenesí consumista de nuestra sociedad actual está en gran parte fundamentado por esta falta de conocimiento de compartir y de equidad.

Al igual que la solución a un *koan* zen se debe a una mutación mental, obtenida a través de la meditación y la no-identificación con ideas o pensamientos personales, la solución a la paradoja de compartir (que todo sea para mí y también para los demás) sólo puede proceder de una evolución, de un nuevo nacimiento. Es indispensable emerger del nivel de Conciencia de tu propia familia para educar a los hijos en lo que supone repartir.

En concreto, esto se puede observar en la típica comida familiar en la que, en los postres, la tarta se divide en partes absolutamente iguales entre padres e hijos. En apariencia todo está perfecto, pero de pronto uno de los hijos pide un trozo más de tarta, aunque él ya se ha comido su porción. Atrapados en la contrariedad, por la limitación material y la demanda del hijo, que es ilimitada, se dan numerosas reacciones inapropiadas (a la vez que muy frecuentes).

En el nivel de Conciencia más básico, a los padres, exasperados y rivales de sus hijos, esta demanda les remite a sus propias carencias personales y podrían responder con contestaciones de este tipo: «¿Quién te has creído que eres? No hay ninguna razón para que tú tengas más que los otros», «Sí, pero ya no queda más. Las cosas son así, en la vida no se puede tenerlo todo» o «¡Nunca tienes suficiente! Y además estás demasiado gordo/-a». Todas ellas son reacciones agresivas que el niño acusará desde el punto de vista de su autoestima.

En un segundo nivel, unos padres bienintencionados pero incapaces de resolver el problema se sentirán culpables desde el punto de vista de su propia capacidad para ser «buenos padres» y podrían reaccionar de la manera siguiente: «Lo siento muchísimo, pero no queda tarta... Debería haber hecho una más grande» (una reacción con buena voluntad, pero que tiene el inconveniente de echarse la culpa el propio padre/madre, lo cual resulta angustioso para el hijo), «¡A todos nos ha tocado lo mismo!» (esta respuesta reduce el sentido de compartir a una mera fragmentación material en la que cada uno recibe lo mismo, lo que supone una negación de la identidad individual), «Toma mi trozo, que no tengo hambre» (es evidente que los demás se sentirán celosos por tal favor), «¿Quieres un bombón o una galleta?» (así, lo que se hace es desviar la actuación del niño sin saber qué hay tras ella, y reduce su demanda a una simple petición de algo dulce).

La respuesta de un padre/madre con Conciencia es, en realidad, un proceso de escucha que comienza con la pregunta «¿Tienes hambre todavía?». Entonces, el niño, trasladado a su propia soberanía, y no a una ilusoria omnipotencia, puede expresar qué es lo que

necesita. Si verdaderamente tiene hambre, a continuación se le dirá: «Como ya no queda tarta, ¿qué te apetecería comer ahora?». Una vez bien comido (si es que ha sido necesario), convendrá atender su demanda inicial («un trozo más de tarta»), es decir: cualquier cosa inmaterial que él sepa que es imposible, que en realidad encubre una demanda de más amor. Este trozo extra puede materializarse, simbólicamente, en un vale por un trozo de tarta que el niño podrá cambiar cuando quiera y cuando sienta la necesidad de un trozo de tarta, pero también canjear por un mimo, un juguete, media hora de dibujos animados o cualquier otra actividad de su elección, siempre de acuerdo de sus padres.

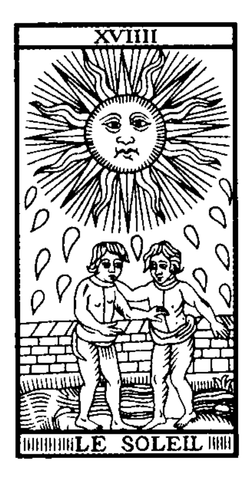
El hecho de que el niño pida un trozo más de tarta no quiere significar otra cosa que la expresión de su propia insatisfacción ante sus padres, que quizá en algún momento se olvidaron de darle algo que le habían prometido. Para el resto de los hijos, este fragmento ilimitado del Todo que él reclama tendrá un sabor peculiar: uno utilizará su «Vale por un trozo de tarta», otro pedirá un rato para conversar y un tercero ofrecerá un dibujo a cambio (que además le encantará ver que es colgado en la pared).

Pero bajo la demanda del niño puede esconderse la exigencia de ser más querido que los demás. Cuando la familia no ha sabido proponer un reparto correcto, todos y cada uno de los niños se ven frustrados, y a fuerza de privaciones de semejante naturaleza llegan a desarrollar una necesidad neurótica de monopolizar la atención de sus padres. Ya no se trata de tener lo que el niño necesita, sino de «tenerlo todo».

Si fuese así, conviene enseñar al niño el sentido de compartir y de colectividad. Retomando la anécdota de la tarta, puede ser ahora muy útil proponer lo siguiente: «Dado que no queda más tarta, te voy a enseñar a hacerla. Así, en el futuro, podrás tener toda la tarta que quieras». Después, habrá que dedicar el tiempo necesario para formarle y enseñarle luego en la cocina, incluso con sus hermanos/-as como testigos si lo desean, a preparar esa tarta que él compartirá orgullosamente después con toda la familia.

También en esto el Tarot nos enseña el camino, puesto que los dos grandes arquetipos cósmicos, La Luna y El Sol (respectivamente, la Madre cósmica y el Padre cósmico), iluminan de manera igualitaria y con una generosidad inagotable a sus «hijos», que reciben todos la misma atención, la misma calidad de escucha. Nadie prima sobre otro.

En El Sol se puede ver a dos hermanos en situación de ayuda mutua.



En La Luna se puede ver una escena en la que tres animales se vuelven hacia ella con una misma demanda, que la Luna responde sin hacer discriminación alguna.



Nuestro objetivo no es dar lecciones de pedagogía, sino hacer comprender cuál sería la situación ideal (esa que no se da habitualmente en ninguna familia) para poder desvelar las heridas y las deformaciones que hubieran podido marcar a las diferentes hermandades del árbol genealógico.

Jerarquías, comparaciones, preferencias y castigos: la hermandad tóxica

Al no poder alcanzar el reparto ideal, los padres, prisioneros en la trampa tendida por el árbol genealógico, actúan frente a la hermandad basándose en cuatro estrategias principales destinadas a contener eso que ellos perciben como un caos de individualidades que no pueden controlar: establecer jerarquías, influir sobre los niños con comparaciones, afirmar sus preferencias y castigar físicamente.

Todas estas estrategias tiene en común el inconveniente de encerrar la individualidad y riqueza personal de cada uno en roles prefijados, como si se tratase de un calabozo de leyenda donde el prisionero no puede descansar sentado ni estirarse: una herramienta de tortura simple pero muy refinada. Estas estrategias pueden llegar a producir lesiones psíquicas que desembocarán, ya en la edad adulta, en comportamientos agresivos o autodestructivos. Las fiestas familiares, año tras año, verán reproducirse estos juegos de roles convertidos en caricaturas cuando los interpretan los adultos. Las personas externas a la familia serán testigos estupefactos de todo este ritual, en el que los roles se distribuyen entre el hijo preferido, el rebelde, el más amable, el más querido/-a, la hija más guapa, el hijo enfermo, el chivo expiatorio, el clon de papá, el clon de mamá, etc. Es normal que sea más fácil identificar la comedia familiar de los otros que la nuestra propia, y esto podría ser un excelente ejercicio de toma de conciencia que poco a poco nos induzca al estudio de nuestro propio árbol genealógico.

Por otro lado, recordemos que todo conflicto entre los padres potencia los problemas que pudieran existir en el ámbito de la hermandad. El niño, espontáneamente leal a sus dos padres (antes de que el deterioro lo obligue a tomar partido), va a vivir la oposición entre ambos como un conflicto interno. Y cuando se trate de una hermandad de dos o más hermanos/-as, dicho conflicto va a repercutir sobre la relación entre ellos: unos estarán a favor de la madre y los otros, del padre.

–La *jerarquización* permite a los padres confinar a cada miembro de la hermandad a un lugar y una función muy precisos, y a delegar parte de su autoridad en los hermanos/-as que tengan mayor «rango». La jerarquización es muy practicada en las familias numerosas, donde los mayores se suman a la hora de hacerse cargo de los pequeños para ayudar a sus padres en las tareas educativas.

El inmenso inconveniente que tiene esta estrategia estriba en la clasificación para toda la vida de las posiciones de hermanos y hermanas: dominantes o dominados, encantadores o molestos, mañosos o intelectuales, serviciales o pachás, todos ellos muy probablemente serán en la sociedad lo que se les ordenó ser en sus propias casas. Esta concepción de la hermandad como un ejército o como un campo de prisioneros puede dar lugar a numerosos abusos sexuales o a torturas físicas y morales sobre las que los padres se abstienen cuidadosamente de estar al corriente. Un niño/-a, incluso el mayor, no está preparado psíquicamente para educar a otro niño: por un lado porque simplemente no tiene aún esa capacidad y, por otro, porque experimentará siempre una ambivalencia ante semejante petición –incluso aunque hacerlo sea para él lograr el amor de sus padres– y muy frecuentemente proyectará toda su crueldad sobre sus hermanos pequeños, sin los límites morales que habrá de adquirir más adelante cuando sea adulto.

–La *uniformización* y la *comparación* van parejas. Estas dos actitudes provienen del hecho de que los padres son incapaces de apreciar a todos y cada uno de sus hijos por lo que realmente son, e intervienen con unos moldes determinados.

La uniformización es un procedimiento bastante común y psicológicamente muy primitivo que consiste en la sobrevaloración de los parecidos, como por ejemplo los rasgos comunes entre padres e hijos, el «aire de familia», la cultura familiar o determinados tics coincidentes, etc. Con frecuencia se ven niños/-a vestidos igual, como si llevasen un uniforme, o intentando aprender a tocar un instrumento que les han regalado para que tenga su hueco en el concierto familiar (si al hijo pequeño no le gusta el clarinete pues peor para él, el piano ya estaba adjudicado...).

Tanto en la uniformización como en la comparación, los padres establecen un canon de perfección que se corresponde con sus propias búsquedas personales, en general insatisfechas. Incapaces de alcanzar sus ideales, los padres pretenden imponérselos a sus hijos, de forma que es habitual ver a la hija de una madre obsesionada

por su peso convertirse en anoréxica para, así, adaptarse a los aberrantes criterios de belleza de su madre.

Al igual que la uniformización (que también consiste en tratar a todos los hijos de la misma manera), la comparación pretende fijar, desde el exterior, una regla inmutable y objetiva. La comparación sirve para convencer al niño de que debería ser una persona diferente de la que él es, proporcionándole a cambio un modelo exterior. Pero esta creación de valores abstractos desarraiga la individualidad. El parecido (al resto de los familiares o a modelos arbitrariamente establecidos) es lo que realmente se valora, no la diferencia.

La comparación es un útil de manipulación muy clásico que permite a los padres no tener que expresar sus propias necesidades, sentimientos, deseos o ideas en primera persona, para así no verse obligados a tenerlas en cuenta en su relación con su hijo y no arriesgarse a ser contradicho o verse enfrentado a sus propias limitaciones.

La frase «Fíjate en tu hermano, él sí que es bueno: ¡ha arreglado su habitación!» impone el deseo de los padres («queremos que ordenes tu cuarto») como una condición para obtener su parte de ese producto limitado que es su aprecio.

Igualmente, en vez de decir «Creo que deberías comer menos» y sostener un intercambio de ideas con el niño/-a respecto a este punto y comprender qué razón hay para que coma tanto (o aceptar que come según el hambre que tenga y de una manera sana para su morfología), se suelen decir cosas como «¡Fíjate en lo delgada que está tu hermana!» (dando a entender que «ella sí representa la norma y tú tendrás que adaptarte»).

El padre delega de esta manera su propia autoridad en un modelo abstracto, exterior, que se convierte en una norma o ideal y que conlleva un chantaje: el que mejor se ajuste al modelo recibirá una gratificación de la que el niño «desviado» se verá privado.

La comparación arrastra a la competencia y será esta última la que mejor se pliegue a los criterios de los padres a la hora de obtener su «trozo de tarta». Los niños educados en la comparación permanente serán más adelante adultos infravalorados, envidiosos y competitivos con grandes dificultades para aceptar su propia individualidad y su propio valor, y continuarán aplicando en ellos mismos y en su entorno las normas reductoras que, a sus ojos, representan el juicio parental.

La comparación nos conduce no a la excelencia sino a la impotencia, porque sería necesario que fuéramos el otro para poder hacer lo que el otro hace, lo cual evidentemente es imposible.

Hay una historia zen en la que se nos muestra a un monje que, preocupado por alcanzar la iluminación, contempla cómo su compañero medita con una serenidad que él no puede llegar a tener. Entonces, el monje decide abrirse a su maestro y le cuenta el problema que tiene. Éste le conduce hasta el huerto del monasterio y le dice: «¿Ves ese manzano? ¿Y ese peral? Cada uno de ellos produce frutos muy buenos, pero no se pueden comparar».

–La *preferencia* es un impulso completamente normal, uno es dueño de las afinidades que pueda sentir hacia tal o cual persona, y los niños no son una excepción. Lo que sí es tóxico, en cambio, es manifestar sin freno las preferencias en el seno de la hermandad, dado que cada niño tiene necesidad de sentirse querido tal como es. Y son muchos los padres que trasladan inconscientemente a sus hijos los sufrimientos y las carencias de su propia infancia, intentando así compensarlos aunque sea en detrimento de una relación más auténtica. Ya hemos comentado antes que el orden de nacimiento es un elemento determinante en la hermandad.

Citemos como ejemplo el de un padre de tres hijos que, siendo el tercero de su hermandad, fue educado por una hermana mayor que él (n.º 1) y maltratado por su hermano mayor (n.º 2). Este padre trasladará exactamente aquel escenario infantil, y los sentimientos que engendró en él, a sus propios hijos: a su hermana mayor la hará madrina de su primer hijo y experimentará una inexplicable hostilidad hacia su segundo hijo, al que considerará un rival. La diferencia en esta ocasión es que su «rival» es más débil y vulnerable que él, mientras que en su infancia su hermano «rival» era más fuerte que él. Esta vulnerabilidad permitirá que vengue en su hijo los malos tratos que sufrió antaño. Y con respecto a su tercer hijo, al que preferirá ostensiblemente, sobre él proyectará todas sus esperanzas y ambiciones irrealizadas.

En el mismo orden de ideas, una madre cuyo deseo era tener un hijo varón (quizá porque sus padres esperaban uno, pero nació ella) podría maltratar a sus tres hijas y en cambio adular a su pequeño hombrecito. Muy a menudo un niño nacido «por accidente» o de una relación sexual forzada (en algunos matrimonios se produce una violación «conyugal») portarán durante toda su vida el peso de una culpa que no es suya en absoluto: «Tú me has privado de mi libertad, porque por tu culpa tuve que casarme», podría pensar el

padre, o la madre argumentar que «Tú has sido el precio de mi sufrimiento y mi humillación y no puedo ni siquiera mirarte a la cara, hijo de una violación». Sin embargo un hermano/-a que haya nacido unos años antes o después podría recibir, con toda probabilidad, un trato mucho más afectuoso.

El niño, al no tener forma de comprender por qué es peor o mejor tratado que los demás, se encuentra inmerso en un estado de gran angustia psíquica y pondrá en juego todo cuanto le sea posible para hacer notar que está siendo injustamente tratado. Si es rechazado, se sentirá totalmente malvado y luchará con intensidad para hacerse merecedor de un cariño que no le llegará jamás. Si es el preferido, perderá toda noción del otro o, por el contrario, podría poner su vida en peligro llevando a cabo actos heroicos para hacerse merecedor de esa preferencia que sienten por él y por la cual se siente culpable.

A veces, la noción de «preferencia» tiene mucho que ver con algún abuso. Por ejemplo, el padre se aproxima sexualmente a la hija mayor, la cual «se sacrifica»; es decir: acepta el abuso para que el padre deje tranquila a su hermana pequeña. Pero la segunda hermana, consciente de la situación, la vivirá también como una gran herida, debido a una pregunta que se hace en secreto: «¿Por qué mi padre no me ha querido a mí?», y a causa de la culpa que siente: «Mi hermana se ha tenido que sacrificar por mí».

–El *castigo físico* no es otra cosa que una confesión de impotencia, más o menos disimulada, que hacen todos esos padres que son incapaces de llegar al espíritu de su hijo, proponerle la solución que ellos saben es la mejor y afirmar su legítima autoridad de una manera aceptable aparte de imponer límites en su estructura. El castigo físico combina dos venenosas estrategias de manipulación: el dolor físico y la humillación psíquica. No se trata de educar al niño, sino de adiestrarlo como se haría con un animal mientras se le obliga a obedecer sin que importe su opinión.

El padre recurre al castigo físico bien por pura y simple repetición, tal como fue educado él, o bien porque es incapaz de convencer a su hijo y, para afirmar su posición de padre –con esa superioridad que le debería dar la experiencia y una estructura psíquica madura–, no tiene otro argumento que el de su fuerza física, que es muy superior a la del niño o la niña. Esto revela que, por parte de los padres, existe una gran confusión entre lo que es el cuerpo y lo que es el espíritu: se golpea el cuerpo pretendiendo enderezar el espíritu, pero en realidad el castigo sólo logra herir el espíritu e imponerle un repliegue o un retorcimiento suplementarios. Y esto es algo que puede abocar a un niño a sentir un rechazo de su propio cuerpo, pues él lo ha vivido como una dificultad, como un enemigo, como un lugar en el que su propia vulnerabilidad se manifestaba de tal manera que sólo servía para rebajarle.

Cuando los padres permiten que uno de sus hijos pegue a otro de forma repetida, ambos son culpables por no atender a una persona en peligro. Incluso en el supuesto de que en la fraternidad los ataques adopten la forma de burlas (críticas corporales humillantes, por ejemplo), lo que no se puede permitir es que un niño sufra regularmente ataques contra su integridad física, corriendo el riesgo de hacer a un adulto extraño en su propio cuerpo. Es preciso mantenerse en continua vigilancia, pues un castigo puede ser ejecutado por error (el padre castiga al hermano mayor, generalmente violento con su hermana pequeña, porque ésta estaba llorando; después se entera de que la niña lloraba porque se había caído).

La violencia física debe distinguirse bien de los momentos de imposición, muchas veces necesarios, en los que el cuerpo físicamente maduro del padre sirve de referencia al niño, a condición de que el gesto del padre (por ejemplo, inmovilizar al niño, meterlo en la cama o llevarlo a la ducha para interrumpir una crisis nerviosa, o castigarlo «de cara a la pared» imponiendo en él unos momentos de quietud y silencio) esté siempre impregnado de un profundo respeto hacia la integridad del niño y orientado hacia el hecho de devolverlo a su relación consigo mismo y su entorno.

Las situaciones en el seno de una hermandad son realmente variadas, pero cuando se convierten en patológicas podrían poner de manifiesto la existencia de una de estas cuatro situaciones que acabamos de ver, incluso las cuatro al mismo tiempo. Se da también el caso terrible en que los padres abandonan por completo a sus hijos, proporcionándoles sólo y a duras penas un hogar y alimento: entonces, las relaciones familiares se organizan entre hermanos y hermanas como si fueran una horda sin un guía adulto, donde el más fuerte impondrá a los demás su voluntad inmadura y el abuso arbitrario, circunstancias nacidas de su propia desesperación; el menor gesto de interés que pudieran mostrar estos padres sería tomado como una preferencia, y en tal situación se podría asegurar que los padres se apoyan también sobre una jerarquía que se basa en la ley del más fuerte.

Algunos tipos de hermandades: las dinámicas familiares

Para cerrar este capítulo, y sin pretender agotar todas las situaciones posibles, vamos a estudiar algunas configuraciones típicas que podrían ayudarte a comprender cómo se comportan las hermandades en sus propios árboles genealógicos. La pauta para ver clara la situación entre nuestros propios hermanos/-as, tíos/-as y también tíos/-as abuelos/-as está en constituir el contexto en que creció dicha hermandad: imposiciones sociales, históricas y culturales pesan, como es lógico, de maneras diversas sobre las dinámicas familiares, pero la calidad y el equilibrio de las relaciones afectivas en el seno de cada hogar tiene siempre un papel mayor.

En todas las épocas han existido hermandades felices en familias pobres, en las que todo el mundo compartía el espacio y la comida que hubiese con auténtica alegría. Y también hijos de matrimonios burgueses a comienzos del siglo XX que, colmados de bienes y atenciones –pero educados por niñeras–, puede que hayan tenido que soportar abusos, sufrido la ausencia de sus padres o visto marcados por alguna vergüenza social (con un escándalo que afectase duramente a la familia, un divorcio, un adulterio, un internamiento psiquiátrico, etc.).

La intención de los ejemplos que vamos a presentar ahora es permitir a cada uno que se imagine a sus padres y abuelos, al igual que a sí mismo, en esa edad en que la convivencia con los hermanos/-as determina, en gran medida, la personalidad futura. Esto permitirá comprender mejor los encadenamientos transgeneracionales y la forma en que un niño/-a de una generación determinada paga los sufrimientos padecidos por sus propios padres en la generación precedente.

El caso del hijo único

A priori, podría parecer que el hijo/-a único se encuentra en la situación ideal porque dispone de unos padres exclusivamente para

él/ella. Sin embargo, es necesario saber por qué razón los padres no han tenido nada más que un hijo...

El hijo único con frecuencia es fruto de una situación en la que ambos padres son narcisistas y en la que los niños son considerados como intrusos en el seno de la pareja, y no son muy deseados: en ocasiones, el niño/-a ha sido concebido para responder a una necesidad de transmisión (del negocio o del patrimonio familiar, por ejemplo). Otra situación muy corriente es esa en la que los padres no se entienden y pronto cada uno de ellos hace vida en habitaciones aparte: el niño ha sido educado por una pareja que no tenía en común nada más que un contrato económico o material. Y están los casos de padres que no deseaban tener hijos y el niño llega muy tarde a sus vidas, o el niño ha sido engendrado en un descuido.

El hijo único se encuentra, en términos generales, en alguna de estas cuatro situaciones:

–es un niño-adulto que tiene que educar a sus propios padres, muy inmaduros, y que multiplica sus esfuerzos permanentemente para poder hacerse perdonar su existencia.

–es hijo de una pareja desunida y va a formar una unión exclusiva con uno de sus padres en detrimento del otro, padeciendo las consecuencias de ser el/la rival de su padre o de su madre.

–el hijo se ve encerrado en una intimidad que en realidad es una gran soledad a tres bandas, en compañía de unos padres egocéntricos o depresivos.

–es un niño a quien se ha cargado con la responsabilidad de realizar todas las aspiraciones de unos padres que le han concebido para que sea el Hijo por excelencia, condenado de por vida a la perfección y, por consiguiente, paralizado por el perfeccionismo.

A menudo, tendrá la sensación de estar incompleto y se preguntará cómo habría sido él si hubiera tenido un hermano o una hermana, porque como ya hemos dicho, la familia ideal en el inconsciente colectivo está compuesta por cuatro personas: padre, madre, hijo e hija.

Los padres conscientes educarán a su hijo único tratando de socializarlo al máximo para hacerle tomar conciencia del hecho de que no está solo ni en el mundo ni en su generación. Primos y amigos de su misma edad pueden convertirse en puntos de referencia muy importantes para él/ella.

Dos hijos

La expresión «el rey de la casa» la emplean familias en las que nace en primer lugar un varón y, después, una niña. Esta tendencia a favorecer al hijo primogénito es común a todas las culturas patriarcales, aunque de una manera más o menos acusada según las distintas sociedades y épocas. En realidad, esta inclinación proviene de una necesidad de organización económica que en Europa se remonta hasta la Edad Media, cuando la transmisión del patrimonio familiar al primer heredero varón se impuso como el mejor modelo de estabilización económica y social. Así pues, todo padre debía tener un hijo varón legítimo a quien transmitir sus propiedades. A tales efectos, la única manera de asegurarse de ello era dejar embarazada a una mujer virgen la primera vez y que ésta pariera un varón, porque todo embarazo posterior podía, teóricamente, ser fruto de algún adulterio (esta incertidumbre, por lo que respecta a la identidad del padre biológico, explica muy bien por qué la transmisión de la línea judía la hace la madre).

Las consecuencias a largo plazo de lo que, en un principio, fue un sistema de organización económica, cultural y social son verdaderamente inconmensurables, pero también el origen de muchas injusticias, frustraciones y sufrimientos.

Las situaciones en las que una pareja tiene dos hijos serán el modelo base tanto en la familia numerosa como en la relación entre primogénito y hermano pequeño (incluso cuando sean hermanos mellizos o gemelos, pues uno siempre nace después del otro).

El primer asunto a estudiar, en toda hermandad, es la *diferencia de edad,* que nos viene a señalar los años que tenía el primogénito (por tanto su nivel de madurez psíquica) cuando el hermano pequeño vino al mundo. Pero sería demasiado simplista pensar que tan sólo dos niños cercanos en edad pueden sentir rivalidad. Los celos no tienen edad, y si el mayor se ha visto desatendido por los padres, podría volverse ferozmente celoso de su hermano pequeño incluso aunque los separen veinte años. Estos celos se expresarán directamente (a veces nos encontramos a niños de corta edad intentando, cándidamente, matar al recién nacido) o indirectamente (como el caso de un niño de sólo 7 años que regresaba a casa sistemáticamente herido o lesionado por los paseos que daba con su hermano de 19 años: el primogénito, incluso sin darse cuenta, impulsaba al pequeño a tener todo tipo de experiencias peligrosas,

que éste cumplía con el deseo de ser querido y admirado por su hermano mayor. En realidad, «el mayor» estuvo viviendo en casa de sus abuelos durante toda su infancia y ahora no soportaba ver a sus padres, ya maduros, cuidar a su hermano pequeño de la forma en que le habría gustado que lo cuidaran a él).

Es ésta una evidencia que se olvida muy a menudo: el primogénito es, ante todo, un «hijo único» que debe asumir la llegada de su hermano menor, mientras que para éste el primogénito forma parte de la familia desde el principio. Este desequilibrio deberá ser debidamente compensado por la inteligencia de los padres: en el caso ideal, el niño que llegue después debería ser considerado y presentado como una aportación, como un auténtico tesoro cuya presencia no engendra ni competencia ni repetición alguna, sino que contribuye a desplegar y a mostrar la identidad de cada uno en todo su esplendor. Entonces, el primogénito puede convertirse, en cierta medida, en el guía de su hermano pequeño, reemplazando a sus padres. Así pues, podrá conservar su identidad y su mundo, dándose perfecta cuenta de que nada que sea esencial para él le va a ser quitado.

El segundo aspecto fundamental a la hora de estudiar las hermandades con dos integrantes es saber si cada uno de los hijos ha tenido su lugar propio o si, por el contrario, los padres los han considerado las dos caras de una misma identidad. Esto ocurre así cuando, por ejemplo, coinciden en el nombre propio (Juan y Juana, Laura y Lorenzo, Juan José y José Luis, Myriam y María) o en nombres de pila con las mismas letras (Alberto y Berta, Carlos y Carlota, Dorotea y Teodoro). Es muy frecuente en estas hermandades compuestas por dos hermanos que no haya más que un lugar para los dos. Así, los dos hijos deberán compartir su existencia –algo muy frecuente cuando ambos son del mismo sexo–, pero también tendrán que hacerlo cuando sean de sexos distinto –son las dos caras diferentemente sexuadas de un mismo ser–. Todo lo que uno sea o posea, el otro no podrá serlo o tenerlo. Si el uno se convierte en un gran comerciante como su padre, el otro tendrá que ser un artista pobre. Esta misma situación se produce también entre gemelos, los cuales, cuando no se dedican al juego de imitarse, se ven a menudo encerrados en esa distribución ilusoria de roles.

Caso 1. Un mismo lugar para dos hermanas

Estas dos hermanas nacieron con un año de diferencia. A la mayor, rubia, le pusieron el nombre de Simone. A la menor, morena, Monique. Aunque compartían la misma habitación, no coincidían en nada más: Simone era la guapa, Monique la inteligente. Simone era rellenita y Monique muy delgada. A una le gustaba la música clásica, mientras que la otra prefería la música tradicional. Cuando Monique vino a consulta ya había sobrepasado la cuarentena, y se quejaba de «no haber vivido nada más que la mitad». Seguía estando soltera y no tenía hijos. En el momento en que su hermana se casó y poco tiempo después tuvo su primer hijo, Monique intentó suicidarse dos veces, más tarde comprendió que «había sido por dejar el lugar a su hermana». Por su parte, Simone se quejaba sin cesar de no haber sido querida por sus padres, afirmando además que Monique era la preferida porque era una niña modélica.

El caso de estas dos hermanas sirve para ilustrar muy bien el absurdo de una situación como la suya, en la que no hay nada más que un lugar para dos (y un «mon» común en sus nombres). Cada una de las hermanas estaba convencida de que no podría obtener jamás lo que «pertenecía» a la otra, y ya adultas ambas continuaron viviendo conforme a aquella creencia que sus padres les habían inculcado, según la cual era necesario que compartiesen todo lo real como se reparte una tarta. El primer paso para curar esta ilusión negativa estriba en recuperar la parte de territorio que uno cree que pertenece al otro (podría hacerse con un acto simbólico, como por ejemplo usar el poder metafórico de la orina para marcar un territorio que simbólicamente pertenece al otro o, simplemente, autorizarse uno mismo a practicar una actividad que hasta entonces le estaba prohibida). Sin embargo, todo ello supone abandonar aquella ilusión infantil según la cual las cualidades y los espacios entregados por los padres (en el caso de Monique, el ser «inteligente» y «prudente») son valores de refugio.

Cuando los roles se reparten jerárquicamente entre el mayor y el pequeño, se asiste generalmente a una lucha de poder entre dominante y dominado poniendo en práctica cada uno de ellos sus propias estrategias, con la única finalidad de obtener la victoria; es decir, una vez más, el amor de sus padres. Estas situaciones pueden llegar a emponzoñarse por la actitud de los padres, quienes desvían sus propios impulsos conflictivos hacia los hijos, como si fuesen espectadores en una pelea de gallos. Y con frecuencia se reparten los hijos como si cada uno apostara por un equipo diferente.

Caso 2. Hermana mayor y hermano pequeño

Los padres esperaban un hijo. A su primera hija la llamaron Alberta, el pequeño Giovanni nació cuatro años después. Alberta comenzó tratando de ahogarlo en su cuna, algo que escandalizó a sus padres, que eran personas muy católicas: castigaron severamente a la niña y comenzaron a sobreproteger al niño. Alberta comprendió que la violencia no la llevaría a ninguna parte y se inclinó por dominar a su hermano a toda costa. Rápidamente la familia se dividió en dos bandos: por un lado Alberta y su padre, quienes absortos en sus conversaciones filosóficas no dan lugar a que ni la madre ni Giovanni puedan hablar en la mesa, y por otro la madre y su hijo, el cual se tomaba la revancha en lo material: la madre le daba siempre lo mejor de todo, las sábanas y las toallas más suaves, etc., y nunca le llamaba de otra forma que no fuera «este pobrecito mío», proyectando sobre él sus propias insatisfacciones. Cuando llegó a la edad adulta, Alberta vino a la consulta por sus relaciones conflictivas con todos los hombres que entraban en su vida. Con los que ella se entendía bien eran intelectuales a los que no deseaba y con los que acababa siendo sólo amiga. Cuando entablaba una relación pasional con un hombre, acababa siempre en conflicto. Poco a poco, Alberta descubrió el afecto reprimido que sentía por su hermano y que los conflictos familiares habían mantenido férreamente oculto, por lo que ella no había podido manifestárselo jamás.

Como hemos visto, es a los padres, única y exclusivamente, a quienes incumbe gestionar las inevitables tensiones que se producirán en la familia cada vez que se produzca un cambio en el seno de la hermandad. Cuando la familia no está en paz y llega un nuevo hijo, el deseo del primogénito de asesinar a su hermano pequeño puede transformarse en un desencadenamiento de violencia, llegando al extremo de pasar a la acción (una tentativa de homicidio). Si los padres no consiguen restablecer, en todos y cada uno de sus hijos, una clara conciencia de seguridad y legitimidad, la rivalidad no hará más que agravarse: primogénito y hermano pequeño utilizarán todos los medios a su alcance para destruirse mutuamente. El hijo mayor podría, por ejemplo, intentar anular psíquicamente a los hermanos/-as más pequeños que él, infravalorándolos, rompiendo sus juguetes, seduciendo a sus amigos para su causa, etc. Ya

en edad adulta, estos enfrentamientos ocasionan entre los mayores con mucha frecuencia complejos de culpabilidad, mientras que los hermanos pequeños pueden verse sumidos en el rencor, la rabia, la confusión o cualquier otro bloqueo psicofísico.

Las estrategias de dominación clásicas que emplean los primogénitos con sus hermanos pequeños son las siguientes:

–Asumir el papel de padre o de madre y, frecuentemente con la complicidad de ambos, transformarse en el mejor de los casos en un «pequeño papá» o «pequeña mamá», y en el peor de ellos, en un torturador.

–Hacer dependiente de él a su hermano pequeño (hablar por boca de él, ampararlo, etc.).

–Hacerse el servicial y mediar entre el hermano menor y los padres, hasta el punto de intentar apartar al pequeño (es decir, ocupar su lugar).

–Acomplejarlo psicológica o físicamente, apoyándose en la edad que le saca, para imponer ante él una reputación de inteligencia, destreza o fuerza física superior a la suya.

–Tratar al hermano pequeño haciéndole el vacío, negar su existencia, desinteresarse de él.

–Usando la agresión física, pues el primogénito lo aventaja en edad y durante los primeros años gana sistemáticamente todas las peleas, hasta que el menor aprenda a defenderse.

–Si «el pequeño» acaba destacando y el primogénito no ve otra solución para seguir existiendo, éste podría dedicarse a ir a la contra tratando de desbaratarlo todo, o bien enfermar.

–El abuso sexual puede formar parte de los medios utilizados por el primogénito, imponiéndole la emergencia de su sexualidad madura o seduciéndolo (a veces apegándolo a él durante mucho tiempo).

Sin embargo, los «pequeños» tienen por rebeldía sus propias estrategias, que apelan directamente al poder de sus padres:

–El chantaje afectivo con sus padres, que consiste en buscar la compasión de los padres, a veces por nada, debido a los supuestos malos tratos que les causa el primogénito.

–El angelismo, a veces cierto y otras no, al convertirse en «niño modélico» en contra de su verdadera personalidad.

–Ponerse enfermo (psicosis, enfermedades orgánicas, epilepsia...) con la única finalidad de llamar la atención.

–La rebelión, la huida, la fuga.

–Volverse coléricos y monopolizar la atención.

Dos hermanos, sobre todo si casi son de la misma edad, tendrán con mucha frecuencia una relación física violenta. Las peleas duran generalmente hasta que el hermano pequeño vence con regularidad al primogénito, que pierde entonces las prerrogativas de las que gozaba y se desinteresa de la agresión física, pues ya no le sirve para lograr sus fines.

Cuando llega un segundo hermano, los padres deberían abstenerse de proyectar sobre el primogénito «el placer» o «el disgusto» que supone la llegada de un nuevo hermano/-a sea del mismo sexo o no. Es la disponibilidad de los padres para acoger a un hijo, cualquiera que sea su sexo, lo que va a determinar la disponibilidad del primogénito para querer a su hermano/-a pequeño sin reserva alguna. Desgraciadamente asistimos muy pronto a una sexualización de la relación, una vez más en virtud de un mecanismo de proyección: no se hacen las mismas caricias a un niño que a una niña, y esto debido una imposición social, cultural y familiar.

Cuando los dos hijos son de diferente sexo, no es raro que los padres proyecten sobre ellos su visión de la pareja. Como consecuencia, el hermano y la hermana reproducirán la misma atmósfera que existe entre los padres y se pelearán exactamente como lo hacen ellos, o bien, y por el contrario, se animarán a formar una especie de pequeña pareja que puede llegar incluso a convertirse en una relación incestuosa. Este esperpento, bastante extendido, según el cual el hermano y la hermana «conforman una pareja semejante a la de sus padres», es realmente una monstruosidad. En ningún caso hermano y hermana pueden ser pareja: de lo que se trata es de acoger en la familia a estas dos personalidades que coexisten en su seno como si se tratara de dos especies diferentes de árboles o de dos planetas del sistema solar.

Si la relación entre los padres se rompe, o resulta muy conflictiva, la relación hermano-hermana se convertirá en patológica y podrá inclinarse bien a la rivalidad (cada uno escogerá su bando, asociándose con el progenitor del sexo contrario, por ejemplo) o bien hermano y hermana optan por formar una pareja incestuosa, porque los padres están absolutamente ausentes y su afecto mutuo les hace volcarse el uno en el otro.

Caso 3. Hermano mayor y hermana pequeña

Una hija menor viene a la consulta: en apariencia, procede de una familia perfecta, unida y armoniosa; sin embargo, ella misma no puede explicarse su mala calidad de vida. Habla muy a menudo de su hermano, dos años mayor que ella, y cuya perfección parece aplastante: guapo, alto, generoso, con un brillante currículo en sus estudios. Ella lo presenta como un auténtico modelo: se llama como el abuelo paterno (asimismo su padre era el primogénito) y se dispone a tomar a su cargo la empresa familiar. Ella se queja de tener muy poco contacto con él y dice que le echa mucho de menos. Un examen más minucioso de la realidad nos permitió saber que aquel hermano tan valioso y educado como un príncipe parecía haber desarrollado una actitud muy hostil hacia el mundo en general y perdido la capacidad de relacionarse con los demás. A los 30 años aún no había tenido, prácticamente, ninguna vida sentimental y carecía por completo de amigos. Nuestra consultante, que había pasado toda su infancia al servicio de aquel hermano idealizado, va dejando poco a poco de considerarlo un héroe, al mismo tiempo que va percatándose de los daños que su hermano padeció, igual que ella, como consecuencia del reparto jerarquizado de roles que hubo en su día en el seno de la familia. La consultante pudo darse cuenta de que, de alguna manera, ambos habían estado destinados a formar pareja. A medida que ella se fue liberando de ello, y tras encontrar un hombre que la convenía, también su hermano fue saliendo de esa armadura tras la cual se había ocultado y fue humanizándose poco a poco, teniendo lugar, tiempo después, un encuentro entre ambos muy significativo.

El caso anterior es muy típico: en virtud de esa dominación masculina que todavía permanece en la sociedad, el hermano era reputado como una persona más inteligente y con una mayor legitimidad que su hermana. En este caso, el reparto de roles socialmente aceptados fue netamente exagerado, porque la hija acumulaba en sí dos factores de sumisión: su género femenino y su posición de hermana pequeña. La situación, aparentemente idílica, causó verdaderos estragos tanto sobre uno como sobre el otro, de manera que ambos se vieron aislados del resto del mundo sin lograr acercase el uno al otro verdaderamente.

Tres hijos

En términos generales, en las hermandades integradas por tres hermanos uno de ellos es, siempre, el sacrificado: es aquel que pertenece al mismo sexo que el primogénito/-a y que intenta imitarlo/-a. Puede serlo el hermano mediano, que ni tiene las prerrogativas del mayor ni las del benjamín. Dicho esto, cabe destacar que todas las configuraciones son posibles en el triángulo que forman los tres hijos, aunque es necesario igualmente tener en consideración el impacto del sexo de los hermanos sobre el lugar que cada uno de ellos ocupa en el seno de la familia. Si el hijo se encuentra en medio de dos hermanas, por su calidad de varón atraerá la atención y la lucha por la existencia se planteará únicamente entre «la mayor» y «la pequeña».

Caso 1. La hermana pequeña como satélite de la hermana mayor

En este caso, la hermandad está compuesta por un hermano primogénito y dos hermanas menores. La tercera, Irene, es el clon de su hermana mayor Beatriz. Durante toda su infancia, Irene ha tenido que vestirse con la ropa usada de su hermana, mientras que a ésta y al hermano mayor se les compraba ropa nueva sistemáticamente. Cuando llega el momento de contraer matrimonio, Irene escoge con toda naturalidad como marido a un hermano pequeño del marido de Beatriz, con el cual forma una pareja inmadura durante diez años, antes de que ambos evolucionen de común acuerdo. Un trabajo terapéutico adecuado, unido al estudio de sus árboles genealógicos, les permitió salir de sus respectivas posiciones de tímidas sombras (ella de su hermana y él de su hermano) y revelar la auténtica personalidad de ambos.

Cuando llega al mundo ese «benjamín» tan esperado, el acontecimiento puede llegar a redoblar la cólera de las hermanas mayores, que sin duda se aliarán contra él, como atestigua el consultante español del siguiente caso.

Caso 2. Dos hermanas mayores y un hermano pequeño

«Cuando tenía 4 o 5 años ya me enamoraba de las chicas, de cualquier edad. No sé si esto es normal, pero supongo que sí. Sin embargo, si lo pongo en duda es por lo que a continuación describo: una de mis dos hermanas, nueve años mayor que yo, me miraba con burla, tratando de convencerme de que yo era "pequeño", "ridícu-

lo", "poca cosa". Me trataba con desprecio siempre que yo expresaba lo que sentía por las chicas o lo que pensaba hacer cuando las viera, por ejemplo "declararles mi amor". Me decía que estaba loco, que quién se iba a fijar en mí, que mejor me callase, que yo era un mocoso de mierda y que me mirara en un espejo y viese mi pelo negro, grueso y feo, mientras que el de nuestro primo era rubio y bonito. No me acuerdo de todos sus comentarios, éstos son sólo unos cuantos. Perdí toda la seguridad en mí desde entonces. Cada vez que me enfrentaba a alguna chica, sentía que no era lo suficiente "bueno". Ésa era justo la palabra clave que mi hermana usaba: siempre cuestionaba mi cualidad de ser "bueno" para que alguien me quisiera. Ahora tengo más de 30 años y todavía no he podido recuperar mi autoestima. No me siento "bueno" para nadie...

He pasado por mil peligros, durante cuatro años fui adicto a la prostitución y corrí el riesgo de contraer sida, también de ir a la cárcel o ser agredido. He superado, creo, esta adicción, pero continúo con inseguridad en mí mismo para encontrar una pareja. Cero amor propio.

Mis padres en esa época estaban completamente ausentes. Ninguno de los dos tenía tiempo ni ganas de involucrarse en mi vida, a pesar de que era tan pequeño; sólo se preocupaban de atender la casa, la comida y la educación, dejándome al cuidado de mis hermanas mayores, para quienes yo no era más que "un problema". Las quería mucho y no entendía por qué me decían cosas tan feas. Me quedaba en silencio cuando me hablaban así, y a veces lloraba. Ellas se burlaban y ridiculizaban mi llanto. Me es imposible vivir una vida sana, feliz y con amor cuando por dentro siento todas estas cosas todavía.»

Es igualmente posible que uno de los tres hijos se encuentre completamente aislado, bien sea por razón de su edad o bien porque los demás hayan formado una coalición en la cual no tenga cabida y, en consecuencia, le den de lado.

En el caso de que los tres hijos sean del mismo sexo, pueden tener lugar diversas estrategias de unión, pero también podríamos asistir –como en las hermandades de dos miembros– a una situación donde el espacio disponible se divida en tres territorios limitados, ocupados cada uno de ellos por uno de los hermanos o de las hermanas.

Cuatro hijos o más

A partir de cuatro hijos, las configuraciones son numerosas. La primera cuestión es saber si la familia numerosa era más un deseo o una elección libre de los padres y si éstos tuvieron éxito a la hora de otorgar un lugar propio a cada hijo, o si por el contrario los hijos forman una especie de «masa» o «bulto» en el que todos se ven privados de lo más esencial porque se sienten demasiado numerosos, algo en lo que coinciden sus propios padres... Esta situación puede llegar a crear innumerables problemas entre quienes conforman la hermandad y generar en ellos la impresión de no tener un lugar propio, aparte de una agresividad constante para defender cada uno su territorio. Las relaciones se organizan generalmente en bloques: «los mayores» y «los pequeños», «las chicas» y «los chicos», etcétera.

Es necesario, igualmente, tener en cuenta la diferencia de edad entre los hermanos y hermanas. A veces, las relaciones de preferencia o las uniones se hacen de forma cruzada (1.º y 3.º; 2.º y 4.º; primogénito y benjamín; o los dos del medio juntos). Esta disposición cambia cuando los tres primeros hijos son del mismo sexo y el cuarto no (precisamente por esta razón suele ser un hijo/-a muy deseado); o cuando el/la primogénito/-a es de sexo diferente al de sus tres hermanos menores.

En el inconsciente, los puestos impares (1, 3, 5...) corresponden a los hijos varones, y los pares (2, 4, 6...), a las hijas.

Una familia con cinco hijos puede estar compuesta fácilmente por un primer trío (tres hijos nacidos con escasa diferencia de tiempo), venir cuatro años después otro hijo, y finalmente un último, el pequeño, que prácticamente es como un hijo único, que con frecuencia se acaba convirtiendo en la oveja negra de la familia o en el chivo expiatorio de la misma.

En hermandades numerosas, o sea a partir de cinco hijos, los roles se dividen con bastante frecuencia en tramos, de manera que los llegados más recientemente a la hermandad repiten a sus hermanos mayores, como en el caso de que los tres primeros hijos se repitan en los tres siguientes.

No es extraño que los últimos hermanos de una hermandad integrada por ocho miembros sientan que en la práctica son inexistentes, porque tanto la madre como el padre y los hermanos mayores se ven desbordados por la inmensidad de la familia, provocando que nadie se ocupe debidamente de ellos y crezcan sintiéndose como prescindibles.

Frecuentemente se da el caso de que el primer hijo está considerado como el heredero del árbol genealógico paterno (por el parecido físico con el abuelo y los tíos paternos, por las responsabilidades, preferencias o conflictos que se hayan podido producir en el árbol, etc.), mientras que el segundo hijo se ve relegado a ser el heredero masculino del árbol genealógico materno.

El niño muerto, abandonado o desaparecido en el seno de la hermandad

Cuando se recopila la información necesaria para realizar un árbol genealógico, los hijos fallecidos, los que nacieron muertos o, incluso, los que no llegaron a nacer (abortos y embarazos frustrados) se deben considerar también como miembros de la hermandad. Incluso aunque la hermandad sea muy a menudo el campo de batalla de las luchas más encarnizadas, también es una «cofradía» –dicho esto en el sentido más sagrado del término– en la que sus miembros están unidos por vínculos que sobrepasan ampliamente la comprensión humana. En este sentido, no existen verdaderamente los «medio hermanos/-as», aunque sólo sea porque los niños que comparten a unos mismos padres están relacionados entre sí por el tabú del incesto, incluso en el caso de que ellos en realidad no se conozcan. Por consiguiente, un niño desaparecido estará siempre presente, de una manera u otra, en la psique de sus hermanos y hermanas. Lo ideal sería poder evocar al desaparecido/-a de una forma totalmente abierta, sin atribuirle un papel excesivo pero también sin eliminarlo/-a por completo. En muchas ocasiones esto resulta muy difícil de llevar a cabo, porque la muerte, el abandono o la desaparición de un niño es un acontecimiento sumamente dramático para la familia en general, y para los padres en particular.

Cuando una hermandad cuenta con un número importante de niños fallecidos, se hace necesario buscar la razón de tal circunstancia. ¿Se trata de una razón externa a la familia (guerras, miseria, etc.) o es fruto de la extenuación de una madre que no aguanta los embarazos múltiples y que vive en una sociedad en la que resulta impensable el control de la natalidad? Pero acordémonos de que la manera en que una calamidad social es vivida por una familia tiene unas bases psicológicas: se viven ciertas desgracias como la miseria, la guerra o la hambruna según la herencia familiar recibida, en términos de su concepción del dinero, nivel de Conciencia, vicios adquiridos, recursos creativos, etcétera.

Por regla general, la muerte precoz de un miembro del árbol genealógico (durante la infancia, adolescencia o juventud) causa un fuerte trauma en el seno de la familia. Después de ello, el inconsciente familiar tratará de buscar al culpable o al responsable de dicha muerte. En este sentido, se dan cuatro tipos de responsables:

Ajeno a la familia e impersonal (una epidemia, una hambruna, la guerra, la pobreza). Bajo estas circunstancias, habrá que preguntarse en qué clase de sociedad está enraizada la familia, cuáles son sus relaciones con ella y qué capacidad de resistencia tiene la familia en cuestión para enfrentarse a unos acontecimientos que la sobrepasan claramente. Por ejemplo, con respecto a una familia en la que sean numerosos los hombres muertos en la guerra, se podría preguntar qué concepto conserva dicha familia sobre el Estado. En Francia, durante la I Guerra Mundial, los habitantes de ciertas regiones como Córcega o la Bretaña fueron masiva y literalmente enviados «al matadero» debido al régimen de desigualdades existentes en el estado francés durante aquella época, lo que podría explicar en gran medida que tres generaciones después se hayan producido acciones independentistas violentas en contra del estado francés justo en esta dos regiones.

Ajeno a la familia e individual (el responsable de un accidente, un médico que ha cometido un grave error, un juez que condena a muerte). Este responsable individual representa muy a menudo, de manera simbólica, una figura parental (generalmente, la autoridad paterna), por lo que será muy útil relacionar el trauma por esta muerte precoz con la relación que mantienen las personas en duelo con la autoridad en cuestión: por ejemplo, un niño *aplastado* por un tren lo ha sido en realidad por el maquinista que lo conducía, y no sería extraño que uno de sus abuelos, o los dos, hubieran sido figuras paternas *aplastantes*, por lo que el responsable de este drama estaría repitiendo metafóricamente la devastadora influencia de aquéllos.

Inherente a la familia e impersonal (una enfermedad genética, un accidente que misteriosamente se repite). Es en este caso donde más directamente hay que buscar los sistemas de transmisión trans-

generacional. Por ejemplo, ¿se había puesto al niño fallecido el mismo nombre que a una persona desaparecida antes que él?

Inherente a la familia y personal (un gesto desafortunado, una falta de atención de una persona del entorno). También es necesario estudiar esta culpabilidad a veces imaginaria. Como ejemplo, sirva el de un niño de 6 años al que se le pide cuidar de su hermana menor de sólo 2 años, que, en un descuido, se ahoga en un cubo de agua que sus propios padres habían dejado en la habitación. En este supuesto, el niño no es otra cosa que el chivo expiatorio de las culpas de sus padres. Lo mismo ocurre a la inversa, cuando por ejemplo una abuela paterna mata a su nieto «por una negligencia» conviene preguntarse qué deseo asesino, consciente o inconsciente, se hace realidad con este gesto: ¿se trata de la repetición de una muerte ya existente?, ¿de la realización de un deseo de cometer un asesinato contra un hermano o uno de sus propios hijos?, ¿de eliminar la descendencia de su propio hijo/-a? o ¿de un odio persistente contra su yerno o su nuera?, etcétera.

El lugar que ocupaba el niño desaparecido en su hermandad puede tener una gran preponderancia. Pero por el contrario un niño muerto que no haya conseguido que se guarde luto por él, prefiriendo la familia anular su memoria, puede permanecer presente entre ellos como si fuera una especie de sombra y pesar como una losa sobre el resto de miembros vivos de la familia. En este sentido, es preciso distinguir entre varias situaciones diferentes:

El niño oculto. Se trata de un niño que ha fallecido y del que no se habla nunca y cuyos padres (la madre, más concretamente) no mencionan jamás su existencia. Este niño puede haber sido un hijo nacido muerto, fruto de un embarazo malogrado, un aborto o un niño ilegítimo del que se ha perdido la pista y que para el resto de la familia está «muerto». La causa de este silencio puede radicar en un luto que fue imposible observar o bien en la vergüenza (por haber perdido al bebé, haber abortado, haber dado a luz un ser deforme). Ahora bien, sabemos que el inconsciente personal y el inconsciente familiar están estrechamente unidos. Por su parte, los demás miembros de la hermandad tendrían conocimiento, muy confusamente, de la existencia de dicho niño/-a y lo evocarán en algunas ocasiones bajo una forma simbólica, como si se tratara de una enfermedad, de un amigo imaginario, etc. Por ejemplo, la hija de una mujer que abortó, o que

haya tenido un embarazo malogrado o bien haya dado a luz un niño muerto, podría vivir ella misma también determinados accidentes relacionados con la concepción (abortos, espontáneos o no; embarazos extrauterinos; etc.) a la misma edad que su madre cuando padeció aquellos hechos.

Caso práctico. Una pareja muy rica estadounidense concibió su primer hijo tras tomar todas las precauciones posibles. Sin embargo, el día del alumbramiento anunciaron a aquella mujer que había dado a luz un hijo trisómico (síndrome de Down), problema que la prueba de la amniocentesis no había podido detectar. Incapaz de asumir a ese niño como propio porque se enfrentaba radicalmente a su estatus social, la madre lo abandonó, confiándoselo a una familia de acogida tras decidir que no querían oír hablar nunca más de él. Su hermano menor, nacido dos años después que él, desarrolló muy tempranamente una relación privilegiada con una suerte de «amigo imaginario» al que, ante la estupefacción de los padres, puso el mismo nombre que tenía el bebé abandonado. Esta relación adquirió un nivel que los psicólogos del colegio consideraron alarmante y la pareja acabó por comprender que el secreto que pesaba sobre el nacimiento y el posterior abandono de su primogénito trisómico era de una naturaleza tan desequilibrante para el niño menor «normal» que, al final de un trabajo sembrado de numerosas resistencias, se tomó la decisión de poner en contacto al hijo menor con su hermano primogénito, cuya familia de acogida dio muestras, en tal ocasión, de una inteligencia y tolerancia excepcionales, permitiendo que la familia biológica restableciera el contacto regular con el niño postergado.

El niño idealizado. Es un niño desaparecido que acapara todo el espacio. Fallecido durante su más tierna infancia, o en su primera juventud, se convertirá en el héroe de la familia, en el niño ideal que su madre pone por encima de todos los demás y será en él en quien ella deposite todas sus insatisfacciones. Como consecuencia, el resto de los hijos recibirá el mensaje siguiente: «Mamá (y/o papá) quieren más a un muerto que a un vivo. Creo que a mí me querrían también más si estuviera muerto/-a».

En este caso, conviene ir a las razones que impulsan a la madre (y/o al padre) a maltratarse con un duelo semejante y a hacer de él el punto de partida de una interminable depresión, además del inicio de una ruptura con el resto de sus hijos. En ocasiones, para una

madre que no tiene ninguna gana de ser madre, el fallecimiento del niño viene a convertirse en un pretexto para dimitir de su rol maternal y negar a los vivos el amor que ella presume de tener o haber tenido al muerto.

Caso práctico. Un consultante analiza, después de haber estudiado su árbol genealógico, las razones que condujeron a su propia madre a seguir siendo siempre una niña pequeña, temerosa y dependiente, que fue incapaz de ejercer con él su papel de madre, salvo de una manera muy mediocre. «Mi abuela materna había perdido un hijo por culpa de la tos ferina, o de una enfermedad pulmonar, cuando mi madre tenía 3 años. Desde aquel día, nunca dejó de ponerse ropa de riguroso luto. Todos los domingos se llevaba a sus otros cinco hijos, vestidos de punta en blanco, a rezar y a llorar sobre la tumba de su pequeñín desaparecido. Aquella fue la única excursión en familia que mi madre conoció durante toda su infancia. Por las noches, antes de dormirse, mi madre se imaginaba que ella también se moría y que todo el pueblo, con su propia madre a la cabeza, seguían en fila y con los ojos llenos de lágrimas su blanco ataúd totalmente cubierto de flores. Esta idea la reconfortaba. Su madre no le dirigía la palabra nada más que para corregirla o pedirle que hiciera tal o cual cosa en la casa. Había retratos del difunto por todas partes, y siempre que se refería a él lo llamaba "mi ángel". Cuando mi madre conoció a mi padre, ella quería desesperadamente tener un hijo. Por suerte, mi padre se opuso a que se me pusiera, también a mí, el nombre de su hermano difunto, negándose además a que me pusieran "Gabriel", sin saber muy bien por qué. Hoy día, me doy cuenta de que mi madre había proyectado sobre mí ese "ángel" que de manera tan profunda había absorbido toda la atención de su propia madre.»

El niño idealizado constituye para los demás hermanos/-as un modelo imposible de alcanzar, una suerte de divinidad con la que no podrán volver a reunirse hasta después de su propia muerte. En realidad, ésta es una forma de agresión pasiva de los padres, los cuales reprochan inconscientemente a los hijos vivos que les recuerden que el difunto ya no se encuentra entre ellos.

El hijo reemplazado. Es éste el caso, bastante frecuente, de un niño nacido después de un hermano difunto y en el cual se encarna todo o parte de la personalidad de éste último. Muy a menudo se le pone, también, el nombre del hijo difunto (masculinizado o feminizado en el caso de que fueran de sexos diferentes). El niño de reemplazo podría llamarse René, si es francés, o Renato (Nacido de nuevo), Silvia (Si vive) o Pascal (El Cristo resucitado durante la Pascua), etc. Ya hemos evocado antes que el tener que adoptar la misma identidad de un difunto es una tarea sumamente dura y destructiva, porque la identidad real del hijo vivo es sacrificada en beneficio de la reviviscencia del fallecido. Y esto puede producir suicidios, comportamientos autodestructivos, enfermedades autoinmunes o hacer creer a la persona afectada que está poseída, viéndose permanentemente expulsada de sí misma por unas aspiraciones que no le corresponden. En los siguientes capítulos veremos que los actos de psicomagia pueden permitir la materialización del muerto que nos ha dado esta carga así como la definitiva separación de él.

Para concluir este capítulo sobre la hermandad en el árbol genealógico, te proponemos dos ejercicios.

Ejercicio 14. Incluir a hermanos y hermanas en las tríadas del árbol genealógico

Ahora puedes comenzar a variar en la hoja el tamaño de los círculos, con el fin de señalar la importancia relativa de los protagonistas.

Ejercicio 15. Ponerse en el lugar del otro

(Se puede hacer el ejercicio en una hoja aparte.)

¿Puedes componer la tríada de cada uno de tus hermanos/-as con tus padres? O si eres hijo único, ¿las tríadas de tus tíos/-as con tus abuelos e, incluso, las tríadas de tus tíos/-as abuelos/-as con tus bisabuelos?

Una vez más, no se trata aquí de lograr la mayor de las exactitudes, sino más bien de hacer el esfuerzo de representarnos las relaciones familiares desde ángulos diferentes. Incluso si detestas a un hermano/-a o a un tío/-a, ¿serías capaz de contemplar su situación sin llegar a criticarlo/-la? Y procura también hacer lo más evidente que puedas las diversas repeticiones. Es muy probable que visualizando bien las tríadas, y de una manera que no sea en absoluto egocéntrica, logres descubrir los mecanismos relacionales que iluminan y aclaran el árbol genealógico.

Recordemos que cada miembro del árbol se siente hijo-a único y centro de la tríada. Incluso si tiene un hermano/-a preferido, en el

fondo de su alma cada uno es el héroe o el antihéroe de su propia vida.

Así pues, cada niño va a crear en su inconsciente un árbol genealógico distinto, su propia leyenda personal y su visión de los padres. En una hermandad de siete miembros podemos estudiar siete árboles diferentes. El árbol es siempre un punto de vista que depende de la manera en que hayan sido vividos los acontecimientos de la infancia. Los seres humanos no nacen «iguales», incluso aunque puedan aspirar a serlo: son diferentes, más o menos fuertes, más o menos vulnerables, más o menos sensibles, con más o menos capacidad intelectual, etc. Es probable que estas diferencias dependan parcialmente de la gestación, de la forma en que los padres trataron a unos o a otros, pero también de equilibrios fraguados por la naturaleza. La ciencia se encuentra todavía perpleja sobre este punto: ahora sabemos, por ejemplo, que algunos elementos del ADN permanecen inactivos en ciertos individuos en función de si han sido o no descodificados por el organismo.

Estas diferencias psicológicas y existenciales entre hermanos y hermanas implican que los acontecimientos de la infancia (logros y carencias, alegrías y tristezas) serán interpretados de forma distinta y producirán efectos también diferentes en cada uno. Por otro lado, también el comportamiento de los padres dependerá, a largo plazo, del carácter de los hijos/-as y serán más indulgentes o más generosos con unos que con otros. De estas variaciones en la actitud y en la recepción sensible nacen árboles diferentes los unos de los otros.

7
Del vínculo al nudo: una «anatomía funcional» de las relaciones. La psicomagia en ayuda del núcleo

El nudo gordiano

En 1937, Tocopilla era un puerto en decadencia. El gran auge del «oro blanco», salitre venerado como una espada de dos filos –polvo de vida, polvo de muerte; por un lado, excelente abono para plantas y por otro, torvo ingrediente para fabricar explosivos–, había pasado. Debido a la invención del salitre sintético por los alemanes, el norte de Chile dejó de enriquecerse. Frente al muelle de Tocopilla ya no anclaron enjambres de barcos de carga. La calle Freire, plagada de bares donde anidaban exuberantes prostitutas, expertas en esquilmar a marineros ebrios, se convirtió en una culebra anémica. Ellas, pintarrajeadas y esqueléticas, se lanzaban en grupos ávidos hacia cualquier lobo de mar que desembarcara en el puerto por quién sabe qué milagro. Combates donde no acontecían sólo desmelenes sino que también brillaban cuchillos. El Lucho fue uno de esos marinos desbrujulados. Entró en el Loro Mudo, un tugurio con paredes, sillas, mesas y botellas uniformemente verdes, habitado por anémicas putas vestidas del mismo color, tristes y mudas como el pajarraco de yeso que en la entrada estiraba una pata llamando a imposibles sátiros, y ahí se incrustó en calidad de protegido de Doña Ganga, la vieja dueña. El Lucho se despertaba tarde, le servían el desayuno en la cama, con un guante de aseo lo enjabonaban y enjuagaban, lo embutían en su traje de marinero y lo empujaban hacia el bar para que sirviera de carnada en caso de que un grupo de míticos navegantes desembarcados después de meses de abstinencia, recorrieran la calle en busca de alivio. Por supuesto que los tan esperados no venían: los escasos clientes no eran sino viejos avaros o mineros mutilados.

El Lucho, muerto de tedio, con dos trozos de cuerda, se pasaba

el día y la noche haciendo nudos. Los había aprendido en los interminables viajes a través de los océanos. Con rapidez vertiginosa entremezclaba las dos cuerdas uniéndolas con complejos nudos, que nadie podía deshacer. Luego, con la misma rapidez, las separaba. A veces, para tomar un poco de sol, se sentaba una hora en un banco de la plaza pública. Tan mudo como el loro del bar donde había varado, hacia desfilar uno tras otro más de quinientos nudos, todos complicados, todos diferentes. Los tocopillanos, mirándolo de soslayo, se tocaban la sien con un índice. Yo, con la curiosidad de un niño solitario, adoraba sentarme junto al Lucho con la esperanza de aprender a hacer y deshacer esas hermosas uniones. Él, viendo mi interés, algunas veces me pasaba las dos cuerdas, invitándome a emularlo. Cada vez las até con gran fuerza, de dos hice una, pero de esa unidad nunca pude volver a hacer dos. Sus nudos eran construcciones sabias. Sabía tanto hacerlas como deshacerlas. En cambio yo, sólo lograba nudos ciegos, que pedían un trabajo angustioso para dejar de ser.

Esta experiencia infantil me ayudó más tarde a comprender la diferencia entre una relación neurótica y una sana. En la primera, sufrimos una situación que hemos construido y de la que no podemos zafarnos, sintiéndonos poseídos. En la segunda, sin temor nos unimos con los otros, porque sabemos que tenemos el valor de dejar la relación, conservando la libertad. El lazo neurótico se mantiene por obligación e impotencia. El lazo sano se mantiene por voluntad y amor.

Estos enlaces me parecieron semejantes a los nudos marinos, producto colectivo de un gremio. Deben ser sólidos, pero deben permitir deshacerlos con rapidez en caso de que el navío sea atacado por una tempestad. El nudo psicológico es también producto de una colectividad. La meta de disolverlo es la de integrarse en la sociedad, ser aceptado por ella tal como una congregación acepta a un iniciado. Cuando no deshacemos el nudo, nos encontramos separados de la colectividad. Todos, para subsistir, necesitamos unirnos a otros. El nudo sano realiza este intento y merece ser conservado el tiempo que sea útil. El nudo ciego que nos mantiene encerrados en nuestros traumas necesita ser desatado para que podamos pasar a una relación más conveniente. Es decir, encontrar la paz del corazón y, por lo tanto, la alegría de vivir.

Un nudo psicológico, oculto en los oscuros repliegues del inconsciente y aunque quien lo padece no lo puede identificar, se hace sentir de forma permanente impidiéndole gozar del milagro de la existencia. Es comparable a un clavo en el zapato: disimulado en la sombra, arruina la totalidad de la marcha.

Una de mis consultantes que logró hacerse consciente de sus nudos psicológicos fue Rafaela, una joven mexicana que había intentado suicidarse ingiriendo una caja entera de pastillas contra el dolor de cabeza. Al sentirse mal, llamó por teléfono a su madre rogándole que la llevara al hospital. Después de que allí le lavaran el estómago, cayó en una profunda depresión. Dejó sus actividades artísticas y se encerró en la casa de su progenitora, viuda desde hacía once años y sin amante. No pudiendo soportar más la tristeza profunda que le impedía casi respirar, decidió consultarme. Le pregunté si recordaba cuándo había comenzado esa tristeza. Me contó que unos meses atrás regresó a la ciudad de Estados Unidos donde había vivido con sus padres. Esa visita le provocó el deseo de suicidarse.

–¿Por qué?

–Recordé que yo había matado a mi padre.

–¿Cómo?

–Sucedió cuando cumplí 13 años.

–Edad en la que tuviste tu primera menstruación, supongo.

–Así es. Eso me hizo sentir que por fin ya era una mujer. Una semana después sucedió la desgracia: estaba en la planta baja de la casa tocando el piano cuando bajó mi padre, presa de esos ataques de furia que le daban al beber, pues era alcohólico. Me insultó. Le grité: «Eres un monstruo, te odio. Quiero que te mueras...». Ofendido, se fue de la casa. Conduciendo su automóvil tuvo un infarto y se estrelló contra un árbol, muriendo en el instante.

–¿A qué edad?

–Tenía 52 años. Nunca había padecido del corazón. Al regresar a mi ciudad natal, me di cuenta de que desde los 13 años había vivido con un atroz sentimiento de culpa. Sentimiento que aún me sigue torturando.

–¿Solía tu padre insultarte siempre en esa forma?

–No, aunque ebrio, se comportaba muy cariñoso conmigo. Yo lo quería entrañablemente. El día fatal fue la primera vez que me agredió.

–¿Cómo se comportaba con tu madre?

–De manera atroz: no cesaba de insultarla amenazando con pegarle o matarla...

–Rafaela, la culpa que experimentas es por un crimen imaginario. Ninguna niña tiene el poder de matar a una persona mediante palabras. La que sufre hoy no eres tú, una mujer adulta, sino tu niña interior. Trata de matar a un perro o a un gato, diciéndole «Ordeno que te mueras». Te darás cuenta de que no tienes ese poder... Quiero que ahora, con tu mente de 24 años, recuerdes cómo te sentías a los 13, cuando ese «día fatal», como lo llamas, tocabas el piano.

–Me sentía mal porque mi madre estaba junto a mí. Ella siempre había querido ser pianista, cantar. Pero a causa de mi nacimiento tuvo que renunciar al arte para dedicarse a cuidarme. Cada vez que yo tocaba el piano, ella se entristecía, haciéndome sentir culpable.

–Entonces no estabas sola. ¿Qué hizo que tu padre bajara, así de pronto?

–Mi madre, al escuchar lo que yo tocaba, se puso a llorar y luego exclamó: «¡Tu padre me arruinó la vida. Es un monstruo, lo odio. Quiero que se muera!». Entonces bajó él, creyendo que era yo quien había pronunciado tales palabras. Levantó la mano en actitud de abofetearme, gritando «¿Cómo tú, mi hija, puedes proferir esas estupideces? ¡Nunca me has querido! ¡Eres una mujer mala!». Fue entonces cuando le dije lo que le dije.

–Es decir, repetiste exactamente las palabras de tu madre.

–Es cierto.

–¿Trató de sacar a tu padre del error? ¿Le dijo que era ella y no tú la que sentía de ese modo?

–No. Se quedó callada.

–En cierta forma tu madre te poseyó, creando una simbiosis contigo.

–Cierto: desde muy pequeña me habló atrocidades de mi padre, creando conmigo una unión contra él.

–Según lo que yo he visto, en gran cantidad de casos, las personas que tienen problemas cardiacos no fueron amadas cuando eran niños por sus padres. También he visto que la mayoría de los alcohólicos bebe para sustituir el deseo de ser alimentados por una madre que no les dio el cariño necesario. ¿Qué relación tuvo tu padre con sus propios padres?

–Su madre nunca lo amó, maltratándolo con crueldad. Su padre abandonó muy rápido el hogar.

–¿Por qué se casó tu madre con un hombre al que odiaba?

–Quizá porque su madre se divorció enseñándole el odio al padre. Mi abuelo materno era también alcohólico.

Vimos con Rafaela la evidente repetición genealógica: su padre (que nunca fue amado cuando niño) se casa con una mujer (hija de alcohólico) que, por simbiosis con su madre, odia al hombre y por lo tanto no puede amarlo. Él, por su nudo incestuoso, se procura el goce de la insatisfacción haciéndose odiar, lo que le asegura que el nudo masoquista que tiene con su madre continúa vigente. Si ese nudo se desanudara, perdería a lo único que tiene: su madre cruel.

Lo mismo sucede con la madre de Rafaela: habituada desde niña a ver el mundo por los ojos de su madre, cree odiar a su padre alcohólico cuando en el fondo lo que tiene con él es un nudo incestuoso. Para no deshacer este nudo, se casa con un hombre que emocionalmente es similar a su padre. Su pareja va a reproducir la situación de todas las parejas de ese árbol: padres ausentes, no amados. Madres posesivas, invasoras, formando pareja con sus hijas, unidas a ellas por un nudo lésbico. Rafaela, al repetir los insultos

de su madre, se identifica con ella, expresando así el nudo incestuoso con su padre: ya tiene reglas, es mujer, puede tomar el sitio de su progenitora.

Le pregunto dónde está enterrado su padre. Rafaela me dice que lo incineraron. Le pregunto dónde dispersaron las cenizas. Me responde que no fueron esparcidas. Ella guarda en el ropero de su cuarto, en la casa de su madre, la urna con las cenizas.

Habiendo comprendido la trama de nudos que actúa en su depresión, convirtiéndola en parricida imaginaria, le propongo una serie de actos psicomágicos para lograr desatarlos y recuperar el gusto por la vida.

Antes que nada debe enfrentarse a su madre, mostrarle cómo ella la usó en beneficio de su neurosis hasta impulsarla a maldecir a su padre, tal como un ventrílocuo habla a través de su muñeco. Le pedirá como reparación un cheque simbólico de mil trillones de dólares, el precio por haberla poseído y dañado de tal forma. Si la madre no reconoce su deuda, debe cortar su relación con ella el tiempo que sea necesario, meses o años. Si reconoce la deuda, debe acompañarla a Teotihuacán, subir con ella hasta la cima de la pirámide del Sol y ser testigo de cómo su hija dispersa cariñosamente las cenizas de su padre. Si ha cortado la relación con su madre, esparcirá las cenizas acompañada de su novio.

Después de realizar esto, comprará el ron preferido de su padre, pegará su retrato en la botella, guardará esta botella en su dormitorio acompañada de una vela, un bastoncillo de incienso y una flor, y cada noche, antes de dormir, con un poco de este alcohol así bendito, se frotará en pecho en la zona del corazón. Al vaciarse la botella, la enterrará en una maceta y plantará sobre ella una planta con flores.

Rafaela, a pesar de haber comprendido las causas de su depresión me dijo:

–Comprendo ahora donde está el tumor. Sé que debo liberarme de él, «deshacer el nudo», como usted dice. Pero no me puedo enfrentar a mi madre. Ella no lo comprendería, diría que estoy loca. Y si

lo comprendiera, eso podría matarla. Tampoco puedo verter las cenizas de mi padre, mi madre espera que yo las conserve toda mi vida.

Rafaela, con uñas y dientes, se estaba defendiendo, decidida a no desatar sus nudos aunque eso le causara un continuo sufrimiento y repetidos fracasos en su carrera artística, al no poder permitirse realizar lo que su madre no pudo. Le respondí:

–Rafaela, después de haber analizado tu árbol genealógico y sus repeticiones, sabes muy bien que tu depresión es el resultado de nudos psicológicos que adulteran tu vida, impidiéndote ser tú misma para en cambio ser lo que tus abuelas y tu madre desean que seas: la ejecutora de sus deseos de asesinar al hombre.

Para darle el valor de deshacer sus nudos ciegos, le narré una anécdota de mi juventud:

> Mi padre, un ferviente comunista admirador de Stalin, creía que su deber era convertir a su hijo en héroe. Diciendo «Un héroe se hace a través de su lucha contra el mundo», con toda consciencia me inscribió en el Liceo de Aplicación, una institución escolar frecuentada por hijos de simpatizantes del nazismo. En esa época yo no sabía que era judío, porque mi padre se hacía pasar por ruso y, ateo como era, no me había educado en ninguna tradición religiosa. Desde el primer día de clase, mis compañeros de curso me aislaron como si fuera un apestado: ninguno quiso sentarse junto a mí en los bancos dobles. Después comenzaron a tratarme de «judío errante, despatriado y buitre», por mi nariz curva. En los recreos se negaron a jugar conmigo, mientras que entre ellos organizaban apasionadas competiciones de una especie de petanca, con tres bolas de acero. Yo me moría de ganas por participar, pero era sistemáticamente rechazado.
>
> Un día, una de las bolas cayó en un sumidero lleno de agua fétida y escupitajos. Por asco, ninguno quiso rescuperarla. Se quedaron paralizados, incapaces de continuar el juego. Entonces me arremangué la camisa hasta el codo y hundí mi brazo en ese magma para sacar la bola, pensando que por aquel acto valeroso iba a ganar la

aceptación de mis compañeros. Sólo logré que me despreciaran aún más que de costumbre: «¡Judío asqueroso, no creas que te vamos a querer porque metiste la mano en la mierda! ¡Lárgate!». Y reanudaron el juego sin volver a mirarme.

Sentí vergüenza de mí mismo, los odié. Lleno de rencor me dije : «Es un error querer hacerse aceptar realizando actos humillantes. Para que me admitan debo dominarlos, obligarlos a que me admiren». Estudiando sin descanso, me convertí en el mejor alumno, fundé una academia artística que fue aplaudida por los profesores y al final llegué a ser elegido jefe de curso. Años más tarde, durante un psicoanálisis con el doctor Eric Fromm, me di cuenta del odio que aún anidaba en mi corazón hacia aquellos estudiantes. Este odio, al ser revisado por mi mente adulta, se convirtió en piedad. Esos niños eran víctimas de una educación que los había transformado en seres limitados, egoístas y agresivos, incapaces de «meter la mano en la mierda» para recuperar la bola de acero, símbolo de la fuerza inalterable del Ser esencial. Hundir el brazo desnudo en el sumidero significaba afrontar conscientemente el sufrimiento, darse el trabajo de encontrarse a sí mismo, sacrificando la identificación con el ego artificial creado por la familia y la sociedad. Las ideas racistas que les habían inculcado y los nudos a los que permanecían atados, eran el magma fétido. Pobres seres, incapaces de liberarse de aquello, entregados a juegos superficiales, condenados a arrastrar toda su vida una infantilidad persistente, incapaces de desarrollar un alma adulta ni cruel, ni racista, ni egoísta. Yo, a pesar de mis tinieblas emocionales, había podido sacrificar mi dignidad, venciendo el asco. Se enfurecieron porque el ser que más despreciaban había hecho por el grupo lo que ellos no eran capaces de hacer.

–Dime, Rafaela, ¿podrás algún día dejar de juzgarte y hundir el brazo desnudo en el sumidero para, deshaciendo los nudos, extraer tu luminoso Ser esencial?

–¿Me ayudarán los actos de psicomagia que me ha aconsejado?

–Ese clavo en el zapato que, disimulado en la sombra, arruina la

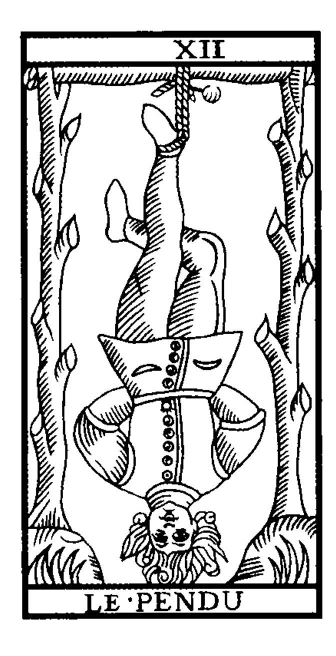
totalidad de la marcha, es muy difícil de extraer. Un nudo psicológico, para quien como tú sufrió abusos en la infancia, se convierte en necesidad porque es el lazo que lo une a la familia. Temes que si lo deshaces ya no serás reconocida y te convertirás en una extraña, en una renegada, en una especie de huérfana que estará siempre sola. Crees que si extraes el clavo, pierdes tu zapato.

Es difícil ser un buen terapeuta, tarea que debe elegirse por vocación altruista sin buscar obtener la aprobación de los otros, ni ubicarse en un plano superior a ellos. Cuando hundí mi mano en el magma, por inexperiencia, no tomé en cuenta la resistencia de los otros. Para sanarse de cualquier enfermedad es necesario antes que nada aceptar el remedio. Los nudos ciegos producen a veces insuperables resistencias psicológicas. Quien los tiene injertados en el alma, se defienden con numerosas tretas para lograr no desatarlos.

Antes de comenzar a leer el Tarot, asistí largo tiempo a cursos de karate-do. En esencia, aparte de conseguir el dominio sobre uno mismo, la finalidad de este arte es aprender a matar al contrincante. Practicando el Tarot comprendí que esas lecturas eran una lucha semejante, pero no para matar al consultante sino, por el contrario, para devolverlo a su vida real. En ambas artes había que aprender a vencer las defensas del oponente con respeto, y no con odio.

En la ciudad de México tuve el honor de contar con la amistad del curandero Carlos Said, quien me permitió muchas veces observar sus curaciones mágicas. Este buen ser, muerto en el año 2009, antes que nada (pienso yo que para vencer a su ego individual) no curaba en su nombre sino que se presentaba como discípulo de doña Paz, una anciana invisible que, al parecer, reinaba en un sillón dorado que reposaba en un altar del templo que él había construido en el salón de su apartamento. Ella le decía: «Esta pequeña caja (el consultante) tiene dentro tal mal (un cáncer, un corazón dañado, etc.), te aconsejo tal remedio». Este dispositivo recuerda a lo que el médico y psicoanalista francés Jacques Lacan decía a sus

alumnos: «Ustedes pueden ser lacanianos, yo sólo puedo ser freudiano». Aprendí con Carlos Said que el terapeuta no puede curar en su propio nombre, o sea exaltar su ego individual tratando de convertirse, por deseos de poder, en un ente superior a su consultante. El curandero siempre trabaja con aliados... Said, antes de iniciar su labor, colocaba en el cuello del paciente un pedazo de cuerda gruesa en forma de nudo corredizo, diciéndole: «Esta enfermedad es tuya, no mía ni de nadie más, sólo tuya. Tú tienes que ser valiente, hacerte amigo de tu mal y apaciguarlo sin odio para que se aleje por su propia voluntad, que es la voluntad de Dios». Esta actitud la pude encontrar en el arcano XII del Tarot, donde un personaje cuelga de un pie, atado entre dos árboles con las ramas cortadas.



En esencia, El Colgado se ha atado a sí mismo, se ha distanciado de sus dos árboles genealógicos (materno y paterno), se ha sumergido en sí mismo y heroicamente está afrontando sus nudos. Comprendí que si nadie puede deshacer el nudo de otro, por lo menos

puede ayudarlo a darse cuenta de su existencia, venciendo sus negaciones.

Said teatralizaba esta lucha dando con un cuchillo de cocina vigorosos cortes, a un centímetro de la piel, por todo el cuerpo del enfermo. Luego lo frotaba con un huevo, símbolo de la fuerza vital, para hacerle sentir la energía constate de su Ser esencial. Para este «brujo» todos estamos sanos. Me decía: «Doña Paz me ha revelado que no hay enfermos, sólo hay invadidos. Yo no curo: expulso el mal, descubriendo quién lo ha enviado».

Enseguida, sentaba al enfermo en una silla, cubierto por una manta. Debajo de la silla, en una caja de metal, ardía abundante copal, el popular incienso mexicano. Esto era una purificación espiritual, quizá una forma de borrar en el paciente sus lazos a la memoria infantil, algo que en la meditación zen y en el psicoanálisis se logra después de años de esfuerzo.

Después de visitar gran cantidad de curanderos en México y machis mapuches en Chile, de meditar cinco años con el maestro zen Ejo Takata y de psicoanalizarme durante un año con el doctor Fromm, me pregunté cómo vencer las defensas más rápido en un trabajo como el del árbol, que es a la vez terapia, arte y meditación, y donde se cuenta con mucho menos tiempo, ya que la trampa del árbol genealógico debe desentrañarse sólo en pocas horas.

Se me hizo necesario descubrir una solución rápida que incitara al consultante a vencer sus resistencias, dándole los medios de ser él el actor de su destino y no su entorno familiar. Esto lo pude lograr gracias a actos de psicomagia, donde el afectado se convierte en su propio curandero. Dándome cuenta de que el Inconsciente aceptaba la metáfora, comencé a proponer a mis consultantes actos donde el nudo se materializaba de forma simbólica. Tomé por ejemplo la leyenda del nudo gordiano de Alejandro Magno. En Gordion (actual Anatolia) los sacerdotes presentaban a los conquistadores unas cuerdas anudadas de modo tan complicado que era imposible desatarlas. Según la tradición, quien consiguiera deshacer ese nudo conquistaría oriente. Alejandro Magno solucionó

el problema cortando el nudo con su espada. «Lo mismo es cortarlo que desatarlo.»

Si a un paciente que no lograba aceptar, por ejemplo, su nudo caníbal le proponía un acto psicomágico (tomarás una bola de petanca, la pintarás de blanco –color de la leche materna– y la cargarás a la espalda dentro de un bolso durante siete días, quitándotelo sólo para dormir o bañarte e irás luego a depositarla en la tumba de tu madre), lograba un alivio que sólo es posible conseguir después de mucho tiempo de psicoanálisis. Era posible cortar, en vez de desatar. Gracias a la psicomagia, la persona, contando con un medio de acción rápida sobre el sufrimiento, podía encontrar el valor de suprimir sus defensas.

Realizados los actos que le recomendé, Rafaela se liberó de su depresión y comenzó a realizarse como artista.

VÍNCULOS Y NUDOS

La familia es una red de vínculos. Unos más concretos, como aquellos que se traman entre las personas que viven bajo un mismo techo, y otros más abstractos, como los que el árbol genealógico trenza entre un miembro de un mismo linaje y otro con dos o tres generaciones de diferencia.

Al estudiar esta red de vínculos establecidos o fallidos, concretos o simbólicos, entramos, en cierta medida, en la anatomía funcional del linaje. Un árbol que «funciona» armoniosamente es un árbol en el que los vínculos entre los diferentes miembros de la familia son sanos y en el que las relaciones se despliegan en función de las necesidades materiales, afectivas o físicas de cada uno de ellos. Por su parte, un árbol «torcido» es aquel en cual los vínculos se han convertido en nudos inextricables, creando situaciones estancas en las que unos y otros pierden su vida, su tiempo y su capacidad creativa permaneciendo encerrados en un sistema de relaciones mortíferas.

Pongamos como ejemplo el caso de un niño al que se le ha puesto el nombre de un tío abuelo suyo, muerto durante la guerra en plena juventud. El niño se va a sentir siempre muy «atraído» por ese tío abuelo, hacia lo que éste representa a los ojos de los diferentes miembros de la familia. Como si se tratara de un cuerpo humano, se produce algo similar a cuando una cadena muscular se contrae, a pesar de su funcionamiento óptimo en la postura adoptada, y quien lo ha padecido queda inmovilizado o se ve obligado a recibir un tratamiento contra el dolor.

Para comprender y deshacer estas contracturas transgeneracionales, debemos profundizar en la forma en que se tejen los vínculos entre los niños/-as y quienes los rodean, y cómo los nudos sin resolver pueden tener, en virtud de los procesos de repetición, repercusiones sobre varias generaciones. Este capítulo se propone estudiar los principales nudos que se encuentran presentes en la mayor parte de los árboles genealógicos, su influencia sobre la vida de los individuos y la manera de liberarse de ellos.

Repeticiones y resistencias

Ya hemos mencionado en el capítulo 3 el hecho de que la repetición del pasado en el árbol genealógico puede adoptar cuatro formas principales:

La simple repetición es un fenómeno de lealtad e identificación con el otro en el que la costumbre se opone a la creatividad y la diferencia es percibida como una amenaza para el orden familiar: los miembros de un linaje reproducen las mismas acciones con la misma edad o en las mismas fechas, se llaman igual, tienen la misma profesión, etc. Es ésta una concepción del vínculo que supone la repetición del mismo: la victoria sin equívoco del pasado sobre el presente y el futuro.

La interpretación es más sutil a la hora de ponerla al descubierto. Es la manera en que una persona, con su sistema de referencias propio, va a traducir los elementos que el árbol genealógico le ha legado y a adaptarlos de una forma aparentemente individualizada y nueva. Como ejemplo, el de una mujer que cuando nació no fue bien acogida por su familia, que no quería una niña y que además llegó en un mal momento y sin un lugar para ella. Decidieron ponerle como nombre el de tres personas ya fallecidas antes de que ella naciera: el de una hermana mayor, el de una tía que murió de tuberculosis a los 20 años y el de su propia abuela, fallecida poco antes de ella nacer. Esta mujer llevaba dentro de sí tres fantasmas, y en consecuencia habría de vivir toda su vida con una fuerte impresión de no existencia, como un personaje de ficción. Cuando se convirtió en madre, dio a luz un hijo al que ella era incapaz de criar por lo desconectada que se hallaba de sus propios sentimientos. Este niño, hijo de una madre totalmente ausente, no conservaría de ella nada más que su calidad de heroína de novela. De nuevo, y en virtud de un proceso de interpretación, él se enamoró de una escritora, que en realidad venía a representar a la madre concreta que jamás había tenido, una mujer de carne y hueso que daba vida en su imaginación a personajes de ficción.

La oposición muy frecuentemente es una estrategia adolescente que persiste hasta la edad adulta. Consiste en adoptar los valores contrarios de los del árbol genealógico, en apariencia para librarse de ellos, pero de hecho no es sino una manera de oposición tan sistemática que el resultado producido viene a ser el mismo. Así, el hijo de unos padres muy religiosos, criado en medio de las restricciones de una moral impuesta por su religión en detrimento de unas relaciones auténticas y libres entre los miembros de la familia, podría por oposición inclinarse por todo lo contrario y convertirse en un pertinaz ateo, involucrado fanáticamente en una lucha política o social que a su vez él impondrá a sus hijos como un modelo absoluto, sin restaurar la comunicación entre ellos (debido a su absoluta inexperiencia en las relaciones fluidas y afectivas entre padres e hijos). Sus hijos, pues, sufrirán su compromiso con «una causa justa» de la misma manera que él sufrió la beatería de sus padres. En ciertos casos, los hijos toman partido por sus abuelos para oponerse así a sus padres, estallando una guerra generacional en la que nadie se libra de nada.

La compensación, por su parte, supone una tentativa de obtener de la generación siguiente lo que no ha dado la precedente. Es decir, la compensación es un proceso por medio del cual los padres, con su mejor intención, hacen que sus hijos carguen con la carencia que ellos tuvieron por culpa de sus propios padres o del grupo. Por ejemplo, una madre o un padre hace que su hijo estudie música porque a ellos se les impidió hacerlo. Evidentemente el niño no ha mostrado jamás ningún interés por tocar el violín, pero los padres, sin ser conscientes de ello, a través del hijo/-a obtienen la satisfacción que tanto tiempo han esperado de poder tocar el violín. Del mismo modo, la sección de «consultas psicológicas» de una popular revista relataba no hace mucho la historia de una mujer que, abandonada por su marido, decidió dormir con su hija de 4 años «para no tener que dormir sola», decía. Con candidez, se sorprendía de que la niña se hiciera pis en la cama. El circunspecto comentario del periodista-psicólogo fue el siguiente: «Ella también está traumatizada por la marcha de su papá, y hay que dejar que pueda dormir en su cama». Perfecto. Pero se debe añadir que «compensando la ausencia del padre por medio de la presencia de su hija, la madre impone a la pequeña un objetivo imposible de cumplir, lo que provoca en ella un conflicto irresoluble: ¿cómo reparar la pena que siente su madre, cómo reemplazar a su padre?». Dicho en otros términos, ¿cómo cumplir con la tarea que le ha sido impuesta y dejar

de ser ella misma? El hecho de orinarse, que le sirve para marcar su territorio como si fuera un animal, es la única respuesta que esta pequeña podía dar a su madre. Lo que en realidad hacía la niña era decirle: «Al obligarme a desempeñar un papel que no me corresponde, tú introduces el caos en mi alma y mi cuerpo no puede hacer otra cosa que responderte así. Yo existo y me encantaría dormir contigo si es porque tú me quieres, pero colocarme a tu lado para compensar la ausencia de mi padre es un auténtico crimen. Así que crece y ocúpate de mí como debes».

Toda la filosofía de los siglos XVIII y XIX nos enseñó que la moral consistía en tratar al otro como un fin y no como un medio. En tal sentido, se puede afirmar que las patologías del árbol genealógico tienen un origen común que reside en el hecho de que los adultos, a título de lo que fuere y de muy diversas maneras, tratan a los niños a su cargo como un medio (una solución, una compensación, una interpretación, una oposición o una repetición) y no como un fin en sí. Para llevarlo a cabo, imponen sobre ellos órdenes de diversa índole (esencialmente, la prohibición de ser quienes son). En este sentido, podemos adherirnos a la opinión de la psicoanalista Alice Miller cuando afirmaba que los niños son siempre las víctimas y sus padres, los verdugos.

Estas repeticiones tóxicas pueden afectar a las cuatro energías del niño con infravaloración o inseguridad intelectual, angustia y bloqueo emocional, perturbación de la creatividad o del deseo, problemas físicos o económicos, trastorno del apetito o del sueño, etc. Cualquiera que sea el padecimiento que pueda derivarse de estas repeticiones, es difícil desprenderse de él porque es la huella del vínculo que hemos mantenido con nuestros padres o nuestros educadores adultos. Por ello, en el capítulo siguiente sobre los abusos estudiaremos, más detalladamente, el mecanismo por medio del cual el sufrimiento, la carencia o el síntoma llegan a convertirse en nuestra «identidad». Pero de momento vamos a estudiar sólo la forma en que los vínculos familiares se convierten en nudos inextricables.

El estudio de estos nudos exige una gran valentía. En efecto, todos sentimos (bajo un talante de indiferencia, rabia o magnanimidad) el deseo y la necesidad de ser amados por lo que realmente somos y de ser tratados como merecemos, fundamentalmente por nuestros padres. Todo cuanto nos haya podido faltar se convierte, en algún rincón de nuestro ser, en origen de una infancia persisten-

te que se oculta bajo una serie de resistencias que los profesionales de las terapias conocen muy bien. La mayoría de los enfoques terapéuticos tiene su propia forma de disolver o de rodear las resistencias de quienes acuden a la consulta no sólo para curarse (es decir, para cambiar radicalmente) sino también para ser tratados (es decir, no tanto para cambiar radicalmente sino para que nos tome a su cargo un sustituto parental). Resistencias de naturaleza muy similar aparecen en el trabajo espiritual, y cada una de las tradiciones tiene su propia manera de responder ante ellas. Las hay también que interfieren en las prácticas creativas, pero en estos casos suele ser el propio artista quien se forja un sistema propio que le permite sobreponerse a ellas. Los grandes pedagogos de la interpretación, la música, las artes plásticas o cualquier otro arte son aquellos que saben aplicar a los demás los métodos estratégicos que ellos mismos han descubierto, no dependiendo así ni de su herencia ni de su formación, o sea de sus propios límites.

También son numerosas las resistencias que se oponen a la observación de las repeticiones existentes en el árbol genealógico: será necesario entonces afrontar el sufrimiento que procura la visión descarnada de estas carencias de las que todos hemos sido víctimas y sobreponerse a una serie de temores. Estos miedos pueden ser de cuatro órdenes diferentes (materiales, sexuales y creativos, emocionales o mentales) y todos ellos con un mismo origen: el terror fundamental de sentirse rechazado por los padres y excluido del clan, algo que en la memoria primaria corresponde a una sentencia de muerte. Este miedo puede engendrar resistencias que representen a la vez una competencia (porque ellas nos protegen) y un obstáculo (porque nos atan al pasado). Desde el punto de vista metagenealógico, podemos afirmar que la resistencia es la peculiar manera en que el pasado se encarna en la persona. El peligro que encierra tomará cuerpo gracias a la propia toma de conciencia o porque otra persona ayudará a esclarecer el árbol (esta persona deberá tener mucha paciencia antes de conseguir que el consultante identifique sus resistencias). Alguien que no se haya enfrentado a su propia resistencia no tiene credibilidad cuando dice a otro: «Me parece que te estás resistiendo, y lo haces de esta o aquella manera». Así, pues, deberíamos proponernos identificar nuestras propias resistencias, no sólo de cara al árbol genealógico, sino también por todas esas situaciones de la vida que reactivan trances dolorosos vividos durante la infancia.

La resistencia puede adoptar cinco formas principales, en correspondencia con el comportamiento animal ante una situación de riesgo o muerte:

–la huida (si el animal se siente más débil que el peligro que lo amenaza).

–el ataque (si se siente más fuerte que el otro o si no tiene posibilidad de huir).

–el repliegue sobre sí mismo (como el animal que se hace una bola para que su duro caparazón o sus púas protejan su anatomía, imitando estar muertos).

–el camuflaje (cambiar para no ser visto).

–en casos extremos, la autodestrucción (como el escorpión, que se clava su propio aguijón para morir).

Estas cinco resistencias pueden aparecer combinadas y manifestarse psicológicamente de la manera siguiente:

huida. Negarse a hablar de un asunto, ofenderse y dar un portazo al salir, cambiar de tema, hacer digresiones, no prestar atención y pensar en otra cosa, dormirse, echarse a llorar o a reír sistemáticamente sin razón alguna para ello...

ataque. Manifestar ira, contradecir todo cuanto se ha propuesto, agredir física o verbalmente a la persona que intenta ayudar...

replegarse sobre uno mismo. Dar vueltas sobre el mismo tema sin comunicar nada verdaderamente, seguir convencido de algo a pesar de las evidencias externas que pudieran matizar la situación, guardar silencio, quedarse paralizado, no sentir nada...

camuflaje. Adoptar una personalidad falsa, sustituir la explicación intelectual por sensaciones emocionales, mentir y engañarse a sí mismo, intentar cautivar al terapeuta, buscar explicaciones teóricas e intentar aplicarlas arbitrariamente sobre una situación concreta, refugiarse tras conductas del tipo «Todo el mundo hace lo mismo»...

autodestrucción. Todas las formas de autoagresión física (cortarse, golpearse, arrancarse el cabello, comerse las uñas), autocompasión, hablar mal de uno mismo, intoxicarse (con drogas, alcohol, tabaco, dependencia del trabajo o de la sexualidad), tendencia a enfermar, intentar el suicidio...

Superar las resistencias: el beneficio de la enfermedad y el papel de la psicomagia

Comprender y deshacernos de nuestras resistencias es el inicio del camino. Así, pues, lo que debemos hacer a continuación es centrarnos en el estudio de los nudos y núcleos, para poder comprender aquello que Sigmund Freud denominaba «el beneficio de la enfermedad». Él sostenía que todos permanecemos ligados a síntomas neuróticos para evitar una ruptura afectiva, para conseguir atención o aprecio, y que esa mutilación de lo que somos es percibida como un mal menor con respecto a un cambio, que nos crearía unas tensiones insoportables. A lo anterior, nosotros añadiremos que esas enfermedades (físicas o psíquicas) sirven para no reconocer las carencias que uno ha padecido. Así, el niño que perdura en nosotros siempre prefiere conservar un síntoma doloroso, incluso mutilante, antes que reconocer que él nunca fue querido. En el inconsciente, el dolor producido por una carencia existe, pero para no tener que hacerle frente se recubre de una esperanza persistente en que el pasado va a cambiar, que uno va a recibir el amor y la atención que en su momento le faltaron, que las cosas se van a arreglar por medio de una intervención milagrosa de un pariente o de alguna persona que lo represente.

En virtud de este proceso, se puede ver a personas maduras e incluso de edad seguir visitando a sus parientes maltratadores siempre ávidas de un reconocimiento que no se producirá jamás. Cuando ese pariente muere, son muy numerosos los adultos que se hunden por completo, confusamente conscientes del hecho de que el amor del que han carecido no les llegará nunca. Algunos llevan tan mal el duelo que incluso llegarán a consultar con espiritistas para poder oír, al fin, esas palabras que durante tanto tiempo han estado esperando: «Hijo mío, yo te quiero y siempre te he querido». También podría darse el caso de que un objeto sustituya al pariente desaparecido: una mujer sexagenaria que, a la muerte de su madre, recupera el sillón que ésta solía utilizar y adquiere la costumbre de sentarse en él durante varias horas al día.

He aquí la razón por la que es tan difícil mirar de cara a los nudos que nos han hecho tal y como somos. Para agradar a un padre que rechaza todo signo exterior de femineidad, una hija joven puede «elegir» inconscientemente rechazar su propio cuerpo y refugiarse en el intelecto, soportar menstruaciones dolorosas, poner en juego su posibilidad de alcanzar el orgasmo o llegar a despreciarse y malograr por sistema todo cuanto emprende, con la finalidad de no romper el único vínculo que ha mantenido con su padre: rechazada y negada en su femineidad, pero identificada y vinculada a él a través de esa relación desvalorizante. Hay que osar y penetrar en las circunvoluciones de tal nudo, desentrañarlo de principio a fin y ser capaces así de deshacerlo. Pero éste es un proceso que puede ser desesperante: ¿cuántos de esos pacientes calificados de «difíciles» por terapeutas de toda índole pasan años transitando por los laberintos de su propio sufrimiento, revisando una a una todas las prescripciones tóxicas que han recibido, pero no encuentran jamás una salida para su situación?

Sin embargo, el enfoque metagenealógico se distingue claramente de las demás terapias clásicas: el estudio de los nudos vamos a acompañarlo con una serie de propuestas que permitan su resolución. «Enfermedad» y «remedio», o bien bloqueo resistente y propuesta creativa, irán aquí de la mano. Ya se ha comentado que hacer frente a los nudos de uno mismo es un proceso doloroso, y podría con razón desanimar a cualquier persona con buena voluntad, salvo si se le propone una solución que resuelva y deshaga dicho nudo. Es aquí donde interviene la psicomagia...

Este arte terapéutico se inspira en la hechicería y en la magia antigua, pero también en el teatro: tres fuentes que utilizan acciones metafóricas. La psicomagia se fundamenta en un principio inverso al del psicoanálisis: en vez de enseñar al inconsciente a hablar en un lenguaje que resulte comprensible para el consciente, la psicomagia emplea el lenguaje del inconsciente (los sueños, los símbolos, las metáforas) para dirigirse conscientemente a aquél de manera deliberada y organizada. Los psicoterapeutas toman en consideración el sueño, pero lo explican, lo interpretan o lo cuestionan conscientemente. Esto es siempre una toma del poder por parte de lo racional sobre lo irracional. Pero, a la inversa, con la psicomagia el espíritu consciente aprende a hablar en el lenguaje de la intuición, o sea renuncia a su estructura lógica en virtud de otros principios más paradójicos, creativos, orgánicos y oníricos, y

se compromete a poner en marcha los medios para actuar como en un sueño.

La magia primitiva comprendió, después de mucho tiempo, el poder que tenía la analogía: cuando por ejemplo se desea que llueva, se realiza una danza que imita el ruido producido por la propia lluvia con un continuo pataleo de los danzantes sobre el suelo; y cuando se quiere matar a alguien, se destruye una estatuilla con su efigie.

Cuando una persona es prisionera de decisiones infantiles, de una manera tal que le resulta imposible ponerse en marcha en su vida adulta, la metáfora se convierte en un útil privilegiado que permite resolver el conflicto entre la imperiosa imposición inconsciente (por ejemplo, «Soy una nulidad y debo morir porque nadie me ama» o «Debo permanecer atado/-a para siempre a mis padres») y la inhibición de la ejecución de dicha imposición por parte de quien es un adulto socializado, responsabilizado y consciente que no desea morir o matar ni tampoco transgredir ningún precepto importante. Cuando la toma de conciencia, el perdón, la sublimación y otras soluciones razonables son ineficaces, entonces la metáfora o el acto teatral se convierten en medios privilegiados para realizar el deseo infantil sin profanar por ello los tabúes de la moralidad: rebasando las prohibiciones fundamentales simbólicamente, no literalmente.

Un acto de psicomagia es, pues, un guión teatral y metafórico muy preciso que el consultante debe poner en marcha por sus propios medios (eligiendo si es necesario un lugar o unos cómplices, y creando o buscando accesorios que se vayan a utilizar) y cuyas metas habrán de ser:

Satisfacer un deseo, una necesidad, una orden o una prohibición anclada en el inconsciente y aparentemente irrealizable. Por ejemplo, tener relaciones sexuales con un miembro de la familia, morir, fracasar, matar a alguien, convertirse en una persona del sexo opuesto, obtener un título o una gratificación irrealizable, apropiarse de un tesoro, etc., para así poder finalmente liberarse y pasar a otra cosa.

Ejemplo: si una persona está luchando contra un deseo de coprofagia, no es necesario que ponga en peligro su salud llevando a cabo literalmente un acto semejante. En su lugar, puede depositar chocolate fundido sobre el ano limpio de su pareja, o en un orinal, para realizar metafóricamente el acto de devorar excrementos.

y/o

Integrar una información concreta cuya carencia nos impide avanzar. Por ejemplo, conocer al fin lo que es el amor paterno o materno, saber que se puede sobrevivir en una situación peligrosa, alcanzar un estado de gracia o un nivel de grandeza del que el árbol nos había privado, conocer el gusto hasta entonces ignorado de la leche materna, guardar duelo por un desaparecido del que no se ha hallado el cuerpo, romper alguna norma aparentemente absoluta, etcétera.

Ejemplo: muchas mujeres no quieren guardar duelo por un aborto o un parto malogrado donde el óvulo o el feto se tuvo que quitar y hacerlo desaparecer en un cubo o en una incineradora. Lo que puede hacer una mujer que se encuentre en esta situación es llevar, sujeto a su cintura con una faja o una venda color carne, un fruto que ella elija y que simbolice al feto; posteriormente escenificará con la ayuda de un/una cómplice disfrazado/-a de médico la extracción de ese feto y aprovechará la ocasión para expresar todo cuanto no pudo formular en el momento de los hechos. Después, en una cajita preparada con todo esmero, irá a enterrar al fruto de sus entrañas y plantará sobre la sepultura una planta: símbolo de la vida que continúa.

y/o

Desactivar una programación negativa, inyectada como metáfora, que el niño/-a ha absorbido como si fuese real. Por ejemplo, crímenes imaginarios (un niño que ha deseado la muerte de un adulto y se siente culpable porque esa persona ha fallecido o una persona que sin quererlo ha sido testigo impotente de un accidente que no ha podido evitar), predicciones negativas («Morirás a tal edad», «Nunca serás madre», etc.), maldiciones, maleficios y otras posesiones imaginarias.

Ejemplo: una psicóloga profesional a quien durante su infancia su padre ha repetido en muchas ocasiones «Si no estudias un carrera de Ciencias, serás siempre una vagabunda: los demás estudios no dan económicamente para vivir», se sentía limitada en su práctica profesional por aquella predicción negativa. Tenía pocos clientes y percibía que tal «maldición» la unía aún con su padre. Su acto de psicomagia consistió en disfrazarse precisamente de vagabunda y recibir así a sus pacientes durante un día entero. Osó incluso pre-

sentarse ante ellos sucia, con la nariz maquillada de color rojo, con una botella de vino barato sobre la mesa y un trozo de queso camembert muy pasado. La realización teatral de la citada predicción la liberó de forma perdurable, y su ejercicio profesional conoció a partir de entonces un nuevo desarrollo, porque había dejado de prohibirse a sí misma el ejercicio de su profesión con el talento y el éxito debidos.

En términos metagenealógicos podemos decir que el estudio del nudo se corresponde con el trabajo sobre el pasado, y la psicomagia con el trabajo sobre el futuro. Estos dos aspectos se combinan entre sí y son indisociables: es necesario hacer comprender a la persona que la manera en que vive hoy no es otra cosa que el resultado de una serie de acontecimientos, traumas y concesiones hechas a una educación patológica, al mismo tiempo que se le debe facilitar una acción de apertura sobre su porvenir por medio de un acto metafórico. El acto psicomágico es como un viaje al futuro que nos permite tener, aquí y ahora, la experiencia inmediata de cómo será nuestra vida cuando podamos realizar, percibir y experimentar todo lo que nuestra formación pasada nos había prohibido. Dicho en otras palabras, la psicomagia nos hace eclosionar, desde el ego artificial forjado por el árbol genealógico, por medio de una serie de acciones poco comunes y siempre marcadas por una dimensión más amplia, al genio, al héroe, al santo o al campeón que nosotros podemos ser. La personalidad adquirida es una colección de hábitos, mientras que el acto psicomágico rompe con todos esos hábitos y propone una experiencia iniciadora que jamás se había disfrutado. Y en la dinámica entre pasado y futuro, la persona dispondrá por fin de los medios precisos para poder elegir libremente su propio camino en la vida.

A lo largo del trabajo sobre los nudos, los abusos y la curación del árbol genealógico citaremos numerosos actos de psicomagia de los que el lector/-ra podrá apropiarse, si así lo desea. Si bien la psicomagia es muy seductora, hay que aclarar que no es un juego ni tampoco un arte fácil de dominar. Un buen acto de psicomagia recordará a una manifestación artística de calidad (un cuadro sublime, un canto puro y sincero, una danza expresiva y etérea): parece fácil, evidente y el espectador lo percibe como algo eminentemente familiar, pero de la misma manera que no todo el mundo puede ser Miguel Ángel, Merce Cunningham, Isadora Duncan o María Callas, será necesario tener una formación muy sólida, un talento enorme

y la debida experiencia para llegar a concebir actos de psicomagia verdaderamente salvadores, bien sea en beneficio de uno mismo o bien en el de los demás.

En las artes no terapéuticas un ego arrollador puede ser una ventaja; el consumo de estupefacientes, aceptado; y la ausencia de talento, castigado por una reacción negativa por parte del público. Por lo que se refiere al arte de la psicomagia, es muy necesario estar atentos al hecho de que la psicomagia se dirige a personas que sufren, y exige por eso un nivel de conciencia transpersonal y de higiene psíquica impecables. Todo desbordamiento del ego del psicomago supondrá una agresión para la psique del consultante: la herida de otra persona no puede ser jamás un lugar de disfrute narcisista para el aprendiz de psicomago; el uso de estupefacientes es inaceptable ante una persona que intenta, con todas sus fuerzas, alcanzar la claridad; y la falta de talento (o de pertinencia) desgraciadamente puede pasar desapercibida por el consultante, que tiene tanta necesidad de encontrar una solución que, ingenuamente, aplicará un acto de psicomagia erróneo y creerá que la solución a su problema ha llegado.

Numerosos actos de psicomagia están relacionados con rituales de entierros. Simbólicamente, eso significa que un pasado mortífero puede reposar en paz o que una persona desaparecida puede hallar su última morada. Pero si, racionalmente, todos aceptamos la muerte como un final, el Inconsciente la considera de forma contraria: como un intervalo dentro de un ciclo llamado a regenerarse sin fin. Ésta es la razón de que, en psicomagia, no se entierre jamás a nadie sin plantar una maceta en el mismo lugar en que está la sepultura: así se podrá clausurar el acto en paz y sin culpabilidad, dado que una nueva vida crece sobre aquel a quien se acaba de enterrar. También en ciertos casos extremos, una persona puede llegar a escenificar su propia muerte, o por ser más precisos: la muerte de una antigua personalidad. A tal efecto, la persona podrá pronunciar su propio panegírico fúnebre ante los reunidos, tumbarse en un agujero cavado en la tierra y ser cubierto con ésta (excepto el rostro) para, con los ojos cerrados, dejar morir todo aquello que realmente no le pertenezca, y después renacer a una vida nueva cambiando su nombre de pila (como se detallará en el capítulo 9). Se trata, pues, de dejar caer una piel ya muerta, como hace una serpiente, y materializar esa muda a través de un acto celebrado con testigos. Pero si un psicomago en ciernes aconsejara adornar el acto proponiendo a la persona interesada esculpir su propia

lápida y dejarla en el lugar del enterramiento en vez de plantar un árbol o una planta, dicho aprendiz de psicomago estará cometiendo un grave error: lo que era un terreno fértil se convertirá en un cementerio y la persona afectada vivirá, a partir de entonces, sintiendo que una parte de ella sigue enterrada en un determinado lugar.

Un acto de psicomagia imperfecto es tan peligroso como una intervención quirúrgica llevada a cabo sin tener en cuenta las reglas de la profilaxis, porque no se puede penetrar impunemente en la estructura psíquica de una persona para depositar allí informaciones negativas, corriendo así el riesgo de provocar en ella después angustia, culpabilidad o pesadumbre. He aquí una razón por la cual no es conveniente aconsejar a otra persona realizar un acto que quizá haya funcionado para uno mismo u otra persona, es preferible abstenerse de ello. A pesar de su imagen tan seductora, la psicomagia es una herramienta muy potente que puede causar graves daños cuando es utilizada mal. La psicomagia, en efecto, puede ser la vía rápida de solución a una fijación o a un trauma, pero nada debe reemplazar jamás a la soberanía individual de una persona a la hora de decidir qué es lo mejor para ella.

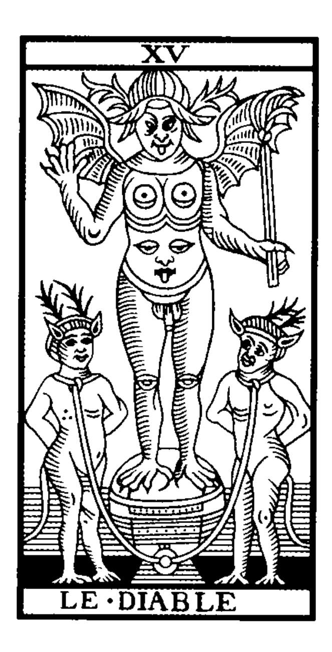
La psicomagia pone en movimiento las cuatro energías del ser humano que pueden acercarlo a los cuatro principios de la magia: *Querer* (el intelecto), *Osar* (el centro emocional), *Poder* (la energía sexual y creativa) y *Callar y obedecer* (vivir el acto sin exhibicionismo ni provecho, aceptando su resultado apaciblemente, sin finalidad alguna).

Los cuatro principios de la magia, igual que los de la psicomagia, consisten en alinear y unir nuestros cuatro lenguajes, que se habían visto disociados por la formación familiar, social y cultural con el fin de obligarnos, en detrimento de nuestro ser verdadero, a mostrarnos conformes con un modelo del pasado que proviene de la tradición, de una identidad ya conocida. Los medios empleados para hacerlo, tanto por parte de la familia como de la sociedad, proceden del terror: el surgimiento de la novedad amenaza el orden establecido y el «disidente» deber ser amenazado a cambio.

Una persona que desee cambiar verdaderamente deberá *querer* liberarse de los prejuicios y de la tiranía de la familia para así poder realizarse por completo, es decir: para realizar todo su potencial y obedecer de esta forma a una Voluntad superior, la de la Conciencia universal. A menudo esto significa elegir entre el intelecto y la

intuición y dar primacía a la intuición, al servicio de la cual el intelecto se comportará como un fiel servidor.

«Osar» significa que la persona se decide a romper los límites impuestos por su vida cotidiana y su formación afectiva para aceptar el cambio y hacer cosas que no ha hecho jamás, superando tanto el temor a perder como a fracasar, y someterse a experiencias para conocerse a sí misma y también aceptar voluntariamente el dolor emocional para cortarlo tajantemente. Esto supone ser capaz de penetrar en las propias emociones negativas con una calidad de atención y de presencia que permita aceptarlas por completo, para poder superarlas a continuación. Como sugiere El Diablo (arcano XV) de la carta del Tarot, con sus numerosos ojos repartidos por todo el cuerpo, explorar las profundidades propias implica perder el miedo a verse a uno mismo. En efecto, en el acto radical de «verse», el yo cotidiano comienza a disolverse de forma inmediata.



Es necesario también demostrarse que «se puede» ser uno mismo –y no lo que los otros quieren– y hacer lo que verdaderamente se desea. Por eso, dar el paso hacia el acto psicomágico representa el *poder*, el triunfo de la intención puesta en marcha contra la imposición, liberándose de la obediencia a las órdenes y prohibiciones del árbol genealógico. En la magia tradicional, el diablo se ve des-

preciado y rechazado porque él es, por excelencia, el que no *puede*, el que fracasa y se ve obligado a recurrir a toda clase de artimañas para encubrir su tremendo descalabro. Ante Dios, él es un perdedor. Psíquicamente, el diablo es una imagen de nosotros mismos en lucha contra nuestra propia realización. El mago/-a *puede*, es perfectamente capaz de vencer y dejar de luchar contra sí mismo. El acto psicomágico, con sus dimensiones ritual y artística, representa un gesto único e inolvidable que sella esa victoria sobre uno mismo, sobre el niño persistente en nosotros, sobre la inercia del pasado.

La última fase es la más difícil y por tanto la más sencilla: el silencio. *Callar y obedecer.* Al comprender que las palabras no son la realidad y que el pensamiento es el enemigo del reencuentro con uno mismo, tomamos la decisión de detenerlo para respetar la vida, para percibir y para agradecer. Callarse es, asimismo, no debatir, dejar de negar y aceptar recibir los frutos del acto. El mago/-a acepta este regalo que todos hemos recibido como herencia: el universo entero, que compartimos con el resto de seres vivientes. Es en esto donde se encuentra el auténtico sentido de «callar»: en pasar del «yo» al «nosotros» y convertirse en el resplandor de la totalidad al que ya hemos denominado como un ser transpersonal. Calmando la angustia individual de un impulso prohibido, escenificando un acto que lo realice, se llega a pasar de ese yo detenido en el tiempo (cuando se formó el nudo en la infancia) a un yo adulto que se integra en el presente, en la colectividad y en la aspiración del Ser esencial al desarrollo futuro. Supone también, en un plano práctico, no ceder a la tentación de ponernos a debatir: si se decide realizar un acto de psicomagia, se realizará tal cual, sin titubear ni discutir interminablemente, pasando a la acción. Cuando haya sido realizado, se podrá narrar retrospectivamente a personas de buena fe a las que esta experiencia pudiera interesar.

La formación de nudos: el niño y sus núcleos

Sin vínculos, no habría familia, sociedad ni tampoco humanidad. Nosotros somos seres racionales, pero tenemos que ser capaces de distinguir el vínculo sano (ese que nos permite evolucionar y crecer) del ciego (el que nos encadena a una situación de estancamiento). El concepto central que debemos estudiar en toda relación es el de libertad, o sea que las relaciones con los demás no pueden consistir en exigir que el otro sea lo que él/ella no son. Los padres en particular deben dar a su hijo/-a la libertad de ser quien es: libertad de pensar, de amar, de crear, de vivir, de moverse y libertad de ser un individuo masculino o femenino.

Es «la prohibición de ser lo que se es» o «la orden de ser lo que no se es» lo que convierte el vínculo en nudo. Órdenes y prohibiciones adquieren, en general, forma de *carencia* o de *exceso* impuestos al niño/-a por parte de quienes lo educan. Para poder comprender la formación de los nudos es necesario precisar antes qué concepto tenemos del desarrollo de un niño. Muy esquemáticamente se puede decir que, en la psicología tradicional, existen dos tendencias que se oponen pero que son complementarias: una consiste en considerar el inconsciente infantil como el receptáculo de un pasado salvaje (luego desarrollaremos la distancia que hay entre nuestra visión y la teoría freudiana del «perverso polimorfo»), mientras que la otra tendencia exalta al niño como si la inocencia infantil fuera el súmmum de las cualidades humanas. En consecuencia se habla de «niño interior», que supuestamente sería una fuente inagotable de creatividad, inocencia y energía sin fin.

En cuanto a nosotros, consideramos que la infancia es –en la experiencia humana– un peldaño para conducirnos a los diversos grados de la madurez y, posteriormente, acabar en el más alto nivel del ser humano: la vejez. Concebir al ser humano como alguien en constante progreso, en transformación y con una finalidad nos permite afirmar que es posible desarrollarse hasta llegar al momento de la muerte, que acontece a la hora exacta –jamás demasiado pronto– y en un luminoso estado de conciencia. Cabe imaginar también

que, en el instante de nuestra desaparición, continuamos con nuestro desarrollo: las personas instaladas en un estado de insatisfacción infantil mueren insatisfechas, sin posibilidad de un desarrollo final. Es imposible «morir en paz» si no hemos llegado a sentir satisfacción: por este motivo la primera curación que se debe desear a un persona gravemente enferma es su curación espiritual. Esto hace necesario el tratar de convertirse verdaderamente en uno mismo mientras quede tiempo, estar siempre alerta (un accidente mortal puede suceder en cualquier momento) e intentar no verse sorprendido por la muerte en un estado de insatisfacción. En el capítulo 9 veremos cómo la conciencia aguda de la muerte y su estudio en el árbol genealógico son elementos esenciales de trabajo.

Se trata de comprender cómo en nuestro árbol genealógico los adultos más o menos evolucionados acompañaron, también, el desarrollo de sus propios hijos.

La teoría psicoanalítica dominante en el siglo XX está basada en la noción del «perverso polimorfo» introducida por Sigmund Freud. Para resumir brevemente la teoría freudiana, recordemos que aquello que Freud denominaba «sexualidad infantil» no es la sexualidad propiamente dicha, sino un compendio de todas las exploraciones llevadas a cabo por el niño en su busca del placer (sensual, erótico o de cualquier otra índole), y cuyas diferentes modalidades repercutirán durante su vida como adulto en su personalidad y en su sexualidad. El concepto «perverso polimorfo», que tanto chocó a los contemporáneos de Freud, significa que el niño explora lo que los psicoanalistas llaman «pulsiones parciales», o sea los elementos funcionales disociados del cuerpo (succión, control de esfínter anal, etc.), que se unifican en la adolescencia para conformar la sexualidad adulta. El término «perverso» lo utiliza Freud, en función de la moral de su época, para señalar que esta actividad autoerótica el niño la ejerce sin ninguna sensación de culpa.

Pero el presupuesto de esta teoría equivale a definir el Inconsciente (y en particular el «Ello» –conceptualizado por Georg Groddeck y adoptado por Freud, quien distinguía el circuito pulsional de la psique humana, indiferente a todas las normas, a toda realidad y regido por el único principio de la satisfacción inmediata[11]– como el

[11] Sigmund Freud, *Introducción al psicoanálisis*: «Damos a la más antigua de estas estructuras o instancias psíquicas el nombre de "Ello"; su contenido comprende todo aquello que el ser aporta naciendo, todo lo que ha sido constitucionalmente determinado y, por tanto, antes de todas las pulsiones emanadas de la organización

receptáculo de un pasado salvaje de la humanidad. Según el psicoanálisis, el «Ello» sería la instancia dominante entre los recién nacidos. Freud hizo del término «pulsión» (en alemán *Trieb*, que significa también «instinto, impulso») el concepto de base de su sistema de pensamiento: el psicoanálisis lo define como «un impulso, un movimiento interno o externo que aspira a la satisfacción».

Lo que los herederos de Freud jamás imaginaron, pensaron o conceptualizaron fue que el futuro pudiera ser activo en el ser humano. De igual forma, los científicos argumentan que el humano apareció en la tierra por casualidad, sin imaginar ni siquiera por un instante que pudiese tener una intención de futuro, la necesidad del universo de crear la Conciencia. Si aceptamos la hipótesis de que el universo tiene un plan muy preciso con un objetivo final, cualquiera que éste sea, y que ese objetivo se refleja en algo que nosotros hemos denominado Supraconsciente (que forma parte del Inconsciente tal como nosotros lo concebimos: unión del pasado y del futuro), ya no podremos considerar al niño como un «perverso polimorfo» sino como un ser movido por una finalidad muy precisa: la de participar –a su irreemplazable manera– en la formación de la humanidad y en su evolución hacia una conciencia total.

De cara a esta finalidad, el ser humano no está terminado, sino que se encuentra en pleno desarrollo. Todos los accidentes planetarios (catástrofes ecológicas, guerras, crisis económicas, etc.) podrían considerarse emanados de una falta de consciencia de la humanidad pasada, representando además los obstáculos necesarios para que la humanidad futura pueda llegar a su plena realización. Porque sin obstáculos no hay crecimiento.

En el mundo interior, análogo al mundo exterior, el obstáculo mayor es el ego: esa individualidad que es producto de una repetición del pasado y que ha sido formado por la familia, la sociedad y la cultura. Este ego es tan necesario como lo es un huevo para la eclosión de un polluelo. El ego no es otra cosa que un fragmento del ser; y las pulsiones infantiles, lejos de ser una repetición de crueldades pasadas, son por el contrario la matriz de las cualidades esenciales futuras: cuando por ejemplo un niño/-a se masturba, está creando las condiciones de una sexualidad madura completamente desarrollada, que podrá desplegarse hasta llegar a la sexuali-

somática, que encuentran en el "Ello" bajo formas que nos siguen siendo desconocidas, un primer modo de expresión psíquica».

dad sagrada, es decir: la unión del orgasmo y el éxtasis. Pero frente a esta práctica, la sociedad enferma del siglo XIX cauterizaba el clítoris de las niñas pequeñas causándoles heridas físicas y psíquicas duraderas o hacía recaer sobre los niños la amenaza de castigos infernales o disfunciones como la ceguera o la sordera: en una sociedad éstos son típicos ejemplos de abuso colectivo por una falta de Conciencia generalizada.

Si empleáramos una imagen poética, sería que, al igual que la vida y la conciencia están en potencia en la explosión de una galaxia, el ser humano consciente está también en el niño. Sus «pulsiones» (por retomar este término del psicoanálisis) deberían ser respetadas y acompañadas como germen que son de una cualidad futura del ser humano realizado. Pero todo niño que nace es acogido en medio de una ganga mineral de ideas, sentimientos, deseos y necesidades adquiridos en el pasado (por el árbol genealógico). Si los padres acompañan el desarrollo del niño hasta que alcance su máximo nivel de Conciencia, le podrán ayudar a superar y a transformar –a su manera y con su genio propio– esa formación transgeneracional. En cambio, cuando este proceso –que debería ser realizado en un ambiente feliz y equilibrado– por una serie de intereses, prejuicios, repeticiones y abusos es frenado resultando entonces impedido, el niño permanecerá prisionero de todo o de parte de esa ganga del árbol y desarrollará diversas neurosis.

El término «pulsión», que ya vimos que designa la relación del niño con la satisfacción de sus necesidades y placeres corporales, queremos sustituirlo ahora por el de «núcleo» para designar con él «una potencialidad todavía indiferenciada que se expresa de una manera a la vez cándida e irreprimible», o sea sin ninguna clase de autocensura y con una fuerza imperiosa.

El estudio de centenares de árboles genealógicos nos ha permitido aislar seis nudos principales, todos ellos procedentes del núcleo que les corresponde. Estos seis núcleos contienen en parte las pulsiones descritas por Freud, pero sobrepasan los dominios de las necesidades materiales y los deseos eróticos y atañen a la totalidad de ese ser humano en potencia que es el niño/-a: su relación con los sentidos, la moral y el lenguaje (el intelecto), su relación afectiva con su entorno (las emociones), la relación de su libido con los objetos que lo rodean (sexualidad y creatividad en formación), sus necesidades, su cuerpo y su espacio (vida material), también las etapas de su desarrollo espiritual (su Conciencia) y, por el núcleo social, la forma en que su familia se articula con la sociedad en la que él se va a proyectar muy pronto, en cuanto haga su entrada en la guardería o en el colegio.

Un nudo se forma cuando los padres u otros miembros de la familia son incapaces de acompañar el crecimiento del niño/-a de una manera equilibrada. La formación de nudos obedece a dos mecanismos principales: la carencia y el exceso.

Cuando el niño es víctima de una carencia (escasez, ausencia, abandono, rechazo, privación, etc.), una parte de él tenderá a permanecer atada a la edad en la que tuvo lugar la carencia, esperando indefinidamente hasta que se le dé lo que nunca ha recibido. El nudo se crea, entonces, *por defecto* del progenitor.

Cuando por el contrario es víctima de un exceso (invasión, relación de fusión, toma de poder, exigencias excesivas de alguno de sus progenitores, transición brusca a la sexualidad, sobrealimentación, etc.), se originará en él un trauma, que igualmente se fijará a la edad en la que el hecho tuvo lugar. El niño, incapaz de regular ese exceso impuesto por el adulto, permanecerá atado al núcleo en vez de evolucionar más allá de éste.

Estas carencias y excesos pueden estar provocados por circunstancias independientes de su voluntad (enfermedad, muerte, exilio, etc.), pero por regla general obedecen muy frecuentemente a procesos de *compensación* y de *proyección*, de los que ya hemos hablado. El niño representa para sus padres otro personaje más del árbol (padre, madre, hermano/-a, tío/-a, abuelos, etc.) en quien un nudo anterior ha quedado sin resolver. El adulto decide, inconscientemente, que lo que haya vivido con un persona determinada, o el trauma que ésta le infligió, lo compensará en su relación con el niño, que se encontrará entonces privado del vínculo al cual podría legítimamente aspirar, o bien podría verse estorbado por una relación que nada tiene que ver con él.

Por ejemplo, es muy frecuente ver a una madre que, por no haber tenido una relación satisfactoria con su propio padre, traslada sobre su propio hijo toda la demanda afectiva y esperanzas frustradas de la relación que mantuvo con su padre. El niño crece entonces en un clima relacional impuesto que literalmente lo «esculpe», mientras que su abuelo paterno se convierte, conscientemente o no, en una suerte de modelo ideal o de contraste con el que se ve permanentemente comparado.

Igualmente, un padre que hubiera sido el segundo de los herma-

nos y que hubiera tenido que sufrir los violentos incordios del mayor, puede trasladar sobre su primer hijo toda la rabia que le hubiera podido quedar de aquella relación humillante, favoreciendo de manera excesiva a su segundo hijo, con el cual se identifica.

La mayoría de estas desviaciones relacionales se lleva a cabo de forma completamente inconsciente y a pesar de las mejores intenciones de los adultos. Conciernen a todas las generaciones y es necesario comenzar a descubrirlas en la tríada madre-hijo/-a-padre, antes de remontarnos una o dos generaciones más atrás.

Un error (o una resistencia) frecuente consiste en buscar a cuatro o cinco generaciones de distancia la raíz de un nudo o una herida y relacionar, por ejemplo, el sentimiento de abandono permanente de un consultante con una tatarabuela huérfana de sus dos padres, y ello en vez de clarificar los nudos relacionales en las cuatro generaciones más próximas y analizar sus respetivos encadenamientos, lo que permite ver que las conductas de abandono están ahí mismo, entre los padres y los abuelos y bajo el manto de una educación «normal».

Nudos y núcleos: manifestación, casos prácticos y resolución

Hemos visto ya que, en el niño/-a, los núcleos son potencialidades ricas en energía vital, energía de la libido y energías afectiva e intelectual, pero también son tan frágiles como lo puedan ser los brotes tempranos de una planta. En este ser humano que todavía se encuentra en fase de desarrollo, todos ellos tienen una función determinada y responden a una necesidad real. Pero si en vez de acompañar el desarrollo de ese núcleo (y, en consecuencia, su estallido) los adultos lo paralizan estableciendo nudos relacionales, el núcleo persistirá hasta más allá de la infancia, convirtiéndose entonces en una restricción para las cuatro energías, en una vitalidad estancada o calcificada que impedirá a la persona vivir plenamente su destino como adulto. La mayor parte de estos núcleos persistentes proceden directamente de un nudo formado por un miembro de su familia más cercana, aquejado él mismo a su vez por otro núcleo persistente e irresoluto.

Los seis principales núcleos infantiles son:

núcleo incestuoso. Recubre la necesidad del niño/-a de formarse en los cuatro centros a través de un primer vínculo exclusivo con los miembros de su familia. La familia es su primer referente mental, emocional, sexual-creativo y material. Como núcleo persistente, lo denominaremos nudo incestuoso.

núcleo bisexual. Designa nuestra naturaleza bisexual inicial, que conduce al niño/-a a explorar, con una gran libertad y a un mismo tiempo, sus respectivas relaciones con el sexo opuesto y con su mismo sexo, con el fin de construir su propia identidad sexual en el futuro. Como núcleo persistente, lo denominaremos nudo homosexual.

núcleo sadomasoquista. Designa la exploración necesaria que hace todo niño/-a –en el transcurso de su crecimiento– del dolor como elemento fundamental de la vida. Se trata a la vez del dolor padecido y del dolor causado. Ambos son fuente de una intensidad que el niño va a aprender a integrar sanamente en su existencia.

núcleo narcisista. Recubre todas esas etapas del desarrollo en las que el niño/-a se convierte en su propio y privilegiado referente, construyendo así su capacidad para diferenciarse de los demás (en un primer periodo de la madre o persona que cuide de él) y de reconocerse a sí mismo.

núcleo caníbal. Este núcleo representa a todas las etapas del desarrollo en las que el otro (en general, un progenitor) es la fuente de la que el niño/-a se nutre materialmente o bien en el plano sexual, creativo, afectivo y mental. Se trata de una apropiación legítima por parte del niño de la energía física o psíquica del otro.

núcleo social. Designa el proceso de asimilación del niño en el grupo, de inicio en el seno de su familia propiamente dicha, y luego a través de la propia familia durante todas las etapas de su necesaria socialización. Como núcleo persistente, lo denominaremos nudo de neurosis social.

Todos estos núcleos están idealmente llamados a desaparecer para dejar su lugar a un adulto liberado de sus ataduras incestuosas y plenamente activo en el mundo, placenteramente instalado en su identidad sexual y en sus preferencias eróticas, capaz de soportar el dolor sin que éste se convierta en sufrimiento, narcisistamente estable pero consciente de la existencia del otro, capaz de hallar sus propias fuentes de energía y de nutrición sin transformarse en predador, de comunicarse con su prójimo desde el auténtico intercambio y por último completamente socializado aunque sin perder el contacto con su identidad esencial.

La acción limitadora del árbol genealógico está en general ligada a la persistencia de uno o varios nudos –ya en edad adulta– en uno o varios de los cuatro centros. Se podría decir que los nudos adultos son los representantes de la acción directa del árbol genealógico en el interior de la psique. En general, estos nudos están incrustados de tal manera en la formación más profunda de la identidad de la persona que los sufre que, sin poder detectarlos, declara cosas como: «Es que mi carácter es éste», «Yo soy así», «Así es la vida», «Así va el mundo...», «Yo hago lo mismo que los demás», «Es que eso es algo muy normal», etcétera.

El trabajo sobre los nudos y los núcleos concierne a las cuatro generaciones del árbol genealógico. Es evidente que los nudos se transforman y lo hacen de una generación a otra.

Por ejemplo: una hermana y un hermano dentro de una hermandad numerosa están unidos por un fuerte vínculo incestuoso. Siempre cuentan el uno con el otro más que con el resto de la familia. Con el tiempo, cada uno de ellos contrae matrimonio por su lado pero, posteriormente, sus hijos (el hijo de él y la hija de ella) formarán pareja. En la segunda generación, la pareja formada por los dos primos carnales expresa, de una manera socialmente aceptada, aquel deseo incestuoso del hermano y la hermana que no pudo materializarse.

Para poder clarificar los nudos del árbol, lo más adecuado es comenzar por su propia génesis e ir remontándonos gradualmente con la finalidad de...

...comprender cómo se ha llegado a formar un nudo, con qué miembros de la familia y por qué razones.

...reconocer el núcleo persistente: si es el de un progenitor o el de algún abuelo, será necesario ponerse en el lugar de esa persona. El cara a cara con un núcleo persistente resulta, con frecuencia, bastante doloroso porque éste remite a una carencia o a un exceso padecido muy temprano en la vida. Para aceptarlo se puede utilizar la siguiente fórmula: «Yo estoy hecho/-a así. No tengo la culpa, pero aquello me ha influido de manera decisiva durante toda mi vida».

...aprender a conocer mejor el núcleo persistente, a hacerle frente. Cualquiera que sea su naturaleza, es algo presente en toda la humanidad. Existe, ciertamente, una abundante documentación sobre este tema –obras de arte o testimonios– así como prácticas relacionadas con él. El hecho de conocer mejor el nudo permite desatarlo, por lo que conocer mejor el núcleo permite devolverle toda su vitalidad y situarlo de nuevo en una dinámica de crecimiento, y por lo tanto poder abrirlo. Esta etapa es esencial porque el núcleo persistente en la edad adulta nos produce siempre una sensación de aislamiento, de impotencia y/o de vergüenza.

...rodear el núcleo (como veremos más adelante, con un acto de psicomagia) y adquirir la información que nos falta: ¿Qué es lo que no se vivió durante la infancia? ¿Qué libertad o qué realización es posible más allá del núcleo persistente?

Por supuesto, de lo que se trata es de evolucionar, no de cambiar de arriba abajo. La huella del núcleo permanecerá presente como rastro de una personalidad más o menos afirmada y se podrá exaltar el antiguo nudo, dándole una utilidad y haciendo de él una fuer-

za al asumirlo enteramente –en lugar de que siga siendo una debilidad o un bloqueo.

Sin una ligera persistencia del núcleo *sadomasoquista*, es impensable ser un buen cirujano, un buen carnicero o un buen practicante de meditación vipásana. El núcleo *narcisista* es siempre muy ventajoso para las artes escénicas y, en general, para todas las profesiones en las que hay que mostrarse ante los demás. En cambio, el comercio de antigüedades, la salvaguardia del patrimonio y todas las actividades enfocadas hacia la exaltación de cualidades del pasado revelan la existencia de un núcleo *incestuoso*. Por su parte, todas las organizaciones que separan a los seres humanos según su sexo (ejército, marina, fútbol, conventos, colegios) derivan todas del núcleo *homosexual*. Finalmente, la pasión por la actividad política, a nivel local o nacional, puede ser una realización positiva de una *neurosis social* superada.

A partir de aquí vamos a estudiar mucho más detalladamente los seis núcleos infantiles, qué determina su persistencia hasta la edad adulta y algunas de las principales soluciones psicomágicas para cada tipo de núcleo persistente.

Veremos asimismo, y para cada uno de los núcleos, a qué necesidades psíquicas del niño/-a responden, cómo el núcleo se va transformado en un nudo a causa de una carencia o de un exceso impuestos por el entorno familiar y educativo y cuáles son las consecuencias de la persistencia de un núcleo hasta la edad adulta.

Es imposible agotar, por medio de una serie de ejemplos, las infinitas formas que pueden adoptar tanto los nudos como los núcleos en el árbol genealógico. Pero la serie de relatos que vamos a presentar pueden ayudar a visualizar mejor la acción de los nudos y los núcleos y la manera de disolverlos. En ciertos casos irán acompañados de un acto de psicomagia que ha sido creado específicamente para esa persona, mientras que en otros casos la mera toma de conciencia resultará suficiente para desatar el nudo y superar el núcleo.

Núcleo y nudo incestuosos

El núcleo infantil y su destinación

Un niño/-a está formado para pensar, amar, desear y vivir en la inmediata proximidad de su familia (padres, hermanos/-as, y a veces tíos/-as o abuelos/-as). Su primer movimiento en las cuatro energías es unirse a los miembros de su familia: hablando una lengua materna, amando en primer lugar a quienes cuidan de él, aprendiendo a desear y a conocer sus primeras satisfacciones sensuales en el marco familiar. Y así crece, come, duerme y vive entre los suyos.

Si este núcleo es acompañado por unos padres maduros, el niño/-a podrá algún día emerger de la familia y asumir su lugar en el mundo. Como habla en su lengua materna, será capaz también de aprender otras lenguas extranjeras. Como ha vivido una relación de amor compartido con sus padres, será igualmente capaz de amar a una persona externa al clan. Como le han provisto de unas sólidas raíces, de un territorio de base, podrá explorar la totalidad del mundo. Como ya habrá formado su deseo erótico y creativo en el seno de la célula familiar, podrá desear a una persona ajena, crear obras, objetos y estructuras independientes al clan.

La destinación del crecimiento del núcleo incestuoso es descubrir el mundo, unirse con él: los vínculos establecidos con el entorno familiar le permitirán por último abandonar la familia.

El nudo o el núcleo incestuoso adulto

Éste es un nudo muy frecuente porque la relación con los padres es la más importante, y muy a menudo se ve perturbada en el árbol genealógico. El incesto es, al mismo tiempo, uno de los mayores tabúes de la humanidad y un impulso universal. Ahora bien, y como ya hemos visto en el capítulo que trata sobre las tríadas, el niño/-a es absolutamente dependiente de la relación que sus padres le propongan. Si éstos son padres ausentes, han fallecido o tienen dificultad para asumir su papel parental, se creará un nudo incestuoso de la misma categoría que si uno de los progenitores –o los dos a la

vez– impusieran al niño una relación excesivamente opresora o demasiado exclusiva, dominante y fusional. Ese mismo niño, cuando sea adulto, conservará una fijación parcial o total con uno o varios miembros de la familia.

El proceso de realización emocional podría resumirse esquemáticamente de la siguiente manera: en un principio, el bebé vive en simbiosis con la madre; después se descubre e identifica como un ser distinto; más adelante, descubre la existencia del Otro; y por último del Nosotros, es decir, de la identidad transpersonal. Los nudos incestuosos del árbol genealógico obstaculizan este proceso (o cualquiera que se haya visto privado del mismo no puede tener acceso a su Ser esencial y vive en un estado permanente de rabia). En la fijación incestuosa con la apariencia de un amor desmesurado por la familia lo que hay, en realidad, es un odio subyacente. La base del incesto reside en el dolor rencoroso de no poder ser Uno mismo.

Todo nudo incestuoso produce un aislamiento. Si la destinación del núcleo incestuoso infantil es la apertura al mundo, el efecto del núcleo incestuoso adulto es el aislamiento en el seno de la familia, la incapacidad para protegerse a sí mismo en el mundo.

Los escasos testimonios que existen de parejas incestuosas que hayan logrado superar –de común acuerdo y en total libertad– el tabú del incesto nos enseñan que la realización del incesto produce un sentimiento de gran superioridad sobre el resto de la humanidad paradójicamente unido al de la vergüenza social, que va a separar a la pareja en cuestión del resto de la sociedad.

En cuanto a los casos extremos de actos incestuosos violentos y abusivos que con frecuencia aparecen en los titulares, éstos casi siempre terminan juzgándose, siendo el responsable condenado a la cárcel[12].

El nudo incestuoso puede provenir de una carencia: Cuando uno de los progenitores fallece prematuramente, es corriente que se convierta en un modelo insuperable e ideal sobre el que el niño proyectará todas las cualidades posibles e inimaginables. Toda carencia relacional prolongada genera un nudo incestuoso nacido de la propia carencia. Por ejemplo, un niño/-a que no ha tenido con su padre una relación intelectual, u otro tipo de comunicación, puede convertirse de adulto en un fanático defensor de las ideas paternas y no vivir más que según las creencias y la moral de su padre, con la esperanza inconsciente de atraer su atención (incluso aunque haya muerto). Igualmente una persona que no ha sido querida por sus padres puede compensar tal carencia afectiva –tras el fallecimiento de ambos– apegándose en exceso a la casa familiar, que se convertirá en el centro de su mundo. El nudo afectivo («Yo nunca he sido querido») se convierte así en un núcleo incestuoso material («La casa de mis padres viene a reemplazar ese amor que nunca me dieron, y si fuera necesario me arruinaría por salvarla»).

[12] Por ejemplo, en abril de 2008 Josef Fritzl, un electricista austríaco de 73 años, fue detenido por haber secuestrado a su hija Elizabeth cuando tenía 18 años y haberla mantenido encerrada en un zulo sin ventanas debajo de su propia casa durante veinticuatro años. Fritzl tuvo con ella siete hijos: uno de ellos gemelo murió a los tres días de nacer, dos permanecían secuestrados con ella y el resto eran educados por Fritzl y su esposa sin ocultación (lo hacían después de que su hija «desaparecida» Elizabeth se los «enviara» en adopción).

El nudo puede ser la consecuencia de un exceso, de una relación impuesta: Tomemos como ejemplo la frecuente situación en la que un progenitor «forma pareja» con el hijo/-a. Una mujer decepcionada de su marido vuelca todo su afecto sobre su hijo, que crece con el peso de una relación que no corresponde ni a su edad ni a su estatus y lo hace prisionero de un nudo («No puedo abandonar a mi mamá, se moriría»). Sería el mismo proceso en el tránsito al acto sexual: le crea también un nudo incestuoso. Cuando los padres hacen dormir a varios hijos en una misma *cama*, podríamos decir que lo que hacen es estimular el desarrollo de una sexualidad incestuosa, en la cual ellos participan simbólicamente al crear las condiciones propicias.

El núcleo incestuoso adulto en los cuatro centros

Para reconocer la existencia de un núcleo incestuoso en el árbol genealógico, he aquí cuatro ejemplos que pueden ponernos tras su pista:

Núcleo incestuoso intelectual: se piensa como el padre o la madre, se defienden sus ideas. No se habla más que su lengua y no consigue desprenderse de su acento de origen al aprender una lengua extranjera. Cursa determinados estudios para ser reconocido por ellos, o bien fracasa para atraer su atención. Adopta de sus padres su sistema de valores y vota lo mismo que ellos. Sistemáticamente les pide consejo antes de hacer cualquier cosa y se deja influenciar por sus opiniones o por las de un hermano/-a, y discute siempre

con sus padres para poder reencontrarse con la relación conflictiva infantil, la única que conoce.

Núcleo incestuoso afectivo: el objeto principal del amor es el padre o la madre o un hermano/-a: una hermana se casa con el mejor amigo del hermano (incesto por poderes); un hombre permite que su madre le separe de todas sus novias; una hija se casa con un hombre que se llama igual que su padre, que un empleado de su padre o que un amigo de su padre; no se enamora más que de personas que ya tienen pareja (reproduciendo entonces el triángulo edípico, en el que el padre o la madre son el rival). La «pena de amor» por no haber sido querido/-a por el padre o la madre impulsa a la persona a permanecer soltero/-a durante toda su vida o a proyectar sus relaciones afectivas idealizadas sobre personas inaccesibles (delirio erotomaníaco).

Núcleo incestuoso sexual-creativo: una relación incestuosa en el pasado deja un elemento de fijación (un secreto, una vergüenza, un fantasma, un bloqueo o incluso un hijo/-a nacido de un incesto familiar). El hijo permanece virgen o se vuelve impotente para no «traicionar» a su madre. La hija se convierte en ninfómana y/o frígida después de haber sido seducida sexualmente por su padre, quien le ha hecho experimentar los únicos orgasmos de su vida. En el plano creativo, el hijo/-a repite y prolonga la obra artística del padre o la madre copiando su estilo, chupando de su universo y uniéndose al progenitor incestuosamente a través de esa creación.

Núcleo incestuoso material: un «niño/-a» llega a adulto y vive del dinero de sus padres, duerme en la cama de ellos, se pone la ropa de otros miembros de su familia, no come nada que no sea platos preparados por su madre o su padre u otro familiar, trabaja en el negocio de la familia en un puesto en que no le permite desarrollarse, etcétera.

Algunos aspectos culturales y religiosos del núcleo incestuoso

Muchos mitos fundadores de culturas diferentes se basan en uno o varios incestos. Este tabú fundamental no era aplicable a los dioses, por lo que es lógico pensar que, en el Antiguo Egipto, esta misma circunstancia pudiera haber sido una prerrogativa real, como prueba de la naturaleza divina de los faraones.

En occidente, el mito cristiano (entendemos por «mito» el relato sobre el que se funda una creencia religiosa) nos presenta un incesto de carácter fundador, vivido en un mundo simbólico: una

joven virgen, María, queda encinta por obra del Señor (el Padre Supremo). Dios Padre eligió a esta mujer pura que jamás se había acostado con nadie, entró en ella y se transformó inmediatamente en su hijo (José, esposo de María, no será más que el padre putativo de ese niño). Se puede afirmar que si María era virgen, tal como defiende la religión católica, fue su hijo quien la desfloró al nacer, como habría hecho un amante. Una vez nacido, María lo acompañará fielmente, se podría decir que como una auténtica esposa, hasta su crucifixión, tal como testimonian las piedades y los *Stabat Mater* del arte occidental. Según las variantes católica y ortodoxa del cristianismo, ella se unió directamente con su hijo en el Paraíso inmediatamente después de su muerte («Asunción o tránsito de María»).

Traducido al lenguaje del árbol genealógico, este relato fundador produce en las mujeres del ámbito cultural cristiano la misión de engendrar un hijo perfecto a través del cual ellas se podrán realizar, y cuyo padre simbólicamente deberá ser el propio Dios (es decir, para la psique de la niña pequeña, su propio padre). Si, en un árbol genealógico, los nombres de María y José se repiten durante varias generaciones, es probable que ese árbol esté marcado por esta influencia cultural. El hijo perfecto no se llamará necesariamente «Jesús» (este nombre es exclusivo de la cultura hispánica) sino Manuel o Emmanuel, Pascual o Pascal, Cristóbal o Christophe, Noel, Christian, Domingo o Dominique, Salvador o Salvatore, etcétera. El padre de este niño puede ser un padre ausente, desconocido, muerto o desaparecido. Cuando una mujer dice haber quedado encinta de un «desconocido» –y no hay rastro de él en ninguna fotografía de familia–, o que fue abandonada durante la gestación o que el hombre la decepcionó tanto que lo ha borrado de su vida, significará que inconsciente su deseo era engendrar ese hijo con su propio padre, llevando a cabo, de tal manera, la unión incestuosa con la que ella soñaba desde su infancia. Si el hijo que ella ha traído al mundo lleva su propio apellido de soltera (o sea el patronímico de su padre), ese sueño incestuoso se realiza incluso en el registro civil: simbólicamente, el retoño prolonga el linaje del abuelo materno. Y pasar de los 33 años será crucial para un hombre que nacido bajo tales auspicios...

En una situación así, el nudo incestuoso es doble: entre madre-abuelo materno y entre madre-hijo, que «encarna» al abuelo de la misma manera que Jesús encarnó a Dios Padre.

Psicomagia y resolución de un núcleo incestuoso

El núcleo incestuoso es uno de los más habituales. Su manifestación, bajo diversas formas, se orienta hacia el deseo de tener una relación íntima con el padre o la madre y a veces con el hermano o la hermana. Esta intención infantil perdura como si fuera una obstinada energía que se ha marcado un objetivo. Como señaló Oscar Wilde, «La mejor manera de vencer una tentación es caer en ella».

Cuando unos hijos (generalmente del sexo opuesto) han crecido sin conocer a sus padres, en el momento de reunirse con ellos –si el hijo o la hija son ya adultos– el deseo incestuoso surge con una gran intensidad. Muchas hijas que no habían conocido a su padre quedan decepcionadas cuando en el encuentro lo ven ebrio, confundido o reacio a esa reunión, pero estas resistencias lo que encubren es el pánico que sienten ante ese deseo incestuoso y su prohibición radical, que es uno de los ejes fundadores de la humanidad.

El acto de psicomagia central para este núcleo consiste en llevar a cabo, metafóricamente, una relación íntima (sexual) con un miembro de la familia, algo que deberá realizarse sin autocrítica alguna, dado que jamás se es responsable de los nudos cuyo rastro alguien lleva sobre sí: la persistencia del núcleo fue creada por los propios padres. Si mi padre o mi madre han hecho de mí su pareja afectiva o sexual, si me han hecho dormir con mis hermanas y hermanos en la misma cama y si yo no he sentido jamás la mínima muestra de afecto por parte de mis padres, es absolutamente legítimo que yo tenga un núcleo incestuoso, y resultará liberador que lo acepte haciéndolo frente metafóricamente.

Acto psicomágico:

Se debe vestir con la ropa sustraída en secreto del padre/madre a una persona que nos dé su consentimiento. Si el «préstamo» resultara imposible, puede imprimirse en una camiseta la foto del progenitor/-ra, o bien escribir el nombre de dicho progenitor en la frente de nuestro colaborador/-ra. Una vez que el «padre» o la «madre» metafóricos se hayan vestido con esa ropa, deberá pronunciarse este diálogo introductorio:

–¿Aceptas ser, en este acto de psicomagia, mi padre/madre *(añadir el nombre de pila del progenitor)*?

–En este acto de psicomagia, acepto ser *(nombre del progenitor)*.

Inmediatamente, el hijo/-a deberá proponer al progenitor/-ra

el acto sensual, afectivo, y si fuese conveniente también sexual. En todo momento, el *hijo* podrá modificar o interrumpir el curso de la relación íntima. Si el núcleo tiene una dimensión sexual importante (si ha producido una inhibición sexual), lo preferible será mantener una relación sexual completa, incluyendo un orgasmo real (o muy bien simulado) por parte de los dos colaboradores. Cuando el *hijo* considere concluido el acto de psicomagia, desvestirá a su colaborador/-ra y le agradecerá su intervención con esta fórmula ritual: «Gracias por haber representado a mi padre/madre *(decir el nombre)* en este acto de psicomagia».

La elección de colaborador es importante. Ante todo, jamás debe proponerse un acto de esta naturaleza como medio de seducción o de reconquista a un colaborador/-ra con quien mantenemos por otro lado vínculos complejos. Lo ideal es que el colaborador sea alguien sobre cuya vida estemos seguros, que sea una persona de buena voluntad y con la cual la relación afectiva y sexual esté muy clara. Al final, se puede compensar con un regalo por la ayuda prestada (una merienda, una invitación al cine, etc.).

Si el acto de psicomagia se ha llevado a cabo con la pareja que tienes en tu vida real, para cerrar el acto será necesario bañarse juntos, enjabonándose el uno al otro después de que él/ella haya dicho: «Por este acto de psicomagia, yo no encarno ya más a tu padre/madre».

Toda la ropa que se haya utilizado en el acto deberá ser enviada al tinte para que la limpien; después, deberá ser devuelta al progenitor/-ra correspondiente acompañada de un pequeño regalo: un tarro de miel, unos bombones, una botella de vino, etc. Para que el progenitor no quede muy sorprendido por «el regalo», se le puede decir: «Toma, lo tenía en mi casa, pero creo que esto es tuyo». En el caso de que la relación con el progenitor sea muy conflictiva, se le puede devolver la ropa (o la camiseta) en un paquete enviado a su atención además de unas flores blancas, anónimamente. Si hubiera fallecido, la ropa se llevará a su tumba, o donde fue incinerado, junto con un tarro de miel.

Algunos casos que ilustran la variedad de núcleos incestuosos

Caso 1. Nudo incestuoso madre-hijo: tras quedar precozmente viuda y sin hijos de su primer marido (Salvador), fallecido de un infarto, Marta volvió a contraer matrimonio con José, de 33 años de edad y hermano de su desparecido esposo. De su unión nació un niño al que pusieron de nombre «Salvador», como el difunto. Justo des-

pués de este nacimiento, Marta decidió dormir en una habitación aparte. Aquí, el nudo incestuoso era múltiple: entre madre-hijo (que representaba al esposo fallecido) y también entre José (que se sentía rechazado) y su difunto hermano (cuya viuda él había desposado). Es necesario destacar que el padre de Marta se llamaba Álvaro (todas las letras de este nombre se pueden encontrar en: Salvador). El joven Salvador creció en medio de un nudo incestuoso afectivo y material, estrechamente ligado a su madre. Cuando ella murió, Salvador tuvo una fuerte crisis de identidad hasta que encontró a María, la joven con la que se casó. Pero durante la luna de miel él perdió su alianza, y al volver a casa él la reemplazó por la alianza de su tío Salvador (el difunto), que su madre había guardado como un tesoro tras la muerte de su marido. Algunos meses más tarde, sufrió un infarto pero no murió: eso le incitó a comenzar un trabajo sobre su árbol genealógico.

Su primera toma de conciencia respecto a los nudos incestuosos del árbol genealógico le mostró el nudo de identificación con su tío fallecido. Llevó a cabo numerosos actos de psicomagia, incluyendo particularmente el incesto metafórico con su madre, para después ir a enterrar la alianza de su tío Salvador en la tumba de su madre, mientras le decía: «Te devuelvo a tu amado».

Caso 2. Padre incestuoso: la madre de esta niña había muerto cuando ella tenía sólo 11 años. En realidad se había suicidado, pero a la hija se le ocultó la verdad durante mucho tiempo. El padre, médico y hasta el último momento dedicado a una esposa depresiva, sufrió un auténtico impacto emocional en el momento de esta muerte, vivida por él como un fracaso personal, pues su trabajo consistía en salvar vidas. Poco después de los funerales convocó a su hija en su habitación y, con el pretexto de instruirla, le mostró cómo se debía masturbar un sexo masculino, el suyo. Tras este hecho, no hubo ya ninguna otra aproximación incestuosa entre el padre y la hija, aunque ella, de adulta, cargaba un fuerte nudo incestuoso cristalizado por el gesto de su padre. El estudio de su árbol genealógico le permitió comprender que no era sólo debido a aquel abuso sexual y emocional por lo que ella sufría, sino también por la dirección única que su padre había impuesto desde aquel día en la relación: él sólo se había preocupado de su propio órgano sexual y de su propio orgasmo.

El acto de psicomagia, concebido especialmente para esta consultante, consiste en que se masturbe mientras sostiene en una mano

una fotografía pequeña de su padre, que ya ha fallecido. Una vez alcanzado el orgasmo por él negado (y materializando así el intercambio incestuoso que su inconsciente se había fijado como objetivo), pegará esa fotografía con un poco de miel en un globo inflado con helio y lo enviará metafóricamente al cielo, es decir, a una dimensión superior en la que reside la figura benévola del Padre arquetípico, lo cual le permitirá expulsar de su psiquismo la antigua obsesión.

Caso 3. Nudo incestuoso madre-padre-hijo: una niña, hija de un militar y de un ama de casa, llamó una noche a la puerta del dormitorio de sus padres porque le dolía la tripa. Los padres, interrumpidos en su relación sexual, la reprendieron duramente instándola a que no volviera a molestarlos. Cuando se hizo adulta, se convirtió en amante de una pareja, sin poder salir de ese rol que desempeñaba como tercera persona sin importancia.

En el caso de esta mujer, fue la atención amorosa que tanto le faltó de sus padres lo que fijó en ella, como núcleo, el deseo de seducirlos sexualmente. Su acto de psicomagia consiste en encontrar una pareja que acepte volver a interpretar aquella escena y que cuando ella, interpretando su papel de niña, llame a la puerta del dormitorio le ofrezcan la atención y los cuidados necesarios, dándole un masaje en el vientre con un aceite perfumado. En ocasiones, el núcleo incestuoso se desvía hacia una realización sexual, mientras que es la necesidad afectiva la que permanece en realidad insatisfecha.

Caso 4. La pareja hermano-hermana: los dos niños de este caso habían pasado toda su infancia durmiendo en la misma habitación, él era dos años mayor que ella. Nunca se dio el paso al acto sexual, pero ambos crecieron en un clima incestuoso, siempre animados por sus padres, que encontraban a su «parejita» absolutamente encantadora. Él, ya adulto, se casó con una mujer que tenía el mismo nombre que su hermana, a quien posteriormente hizo madrina de su primer hijo. Ella, por su parte, llegó a los 29 años sin haber encontrado «al hombre que necesitaba», puesto que toda la presión del árbol genealógico había tendido a convencerla de que su compañero por excelencia era su propio hermano.

La realización metafórica del incesto, con un colaborador que acepte desempeñar el papel de hermano, permitirá a esta joven mujer liberarse de su núcleo. Ella misma situará debajo de la cama dos pares de prismáticos, que ofrecerá luego a sus padres. Estos prismáti-

cos son la metáfora de un útil que permite ver, ya que los padres con su ceguera crearon la pareja incestuosa hermano-hermana. El par de prismáticos de caza, más «viriles», será para la madre porque ella comprende muy bien cuáles son las verdaderas necesidades de su hijo. El otro par, unos gemelos de teatro, nacarados y más «femeninos», serán ofrecidos en paralelo al padre porque él comprende las necesidades y los deseos de su hija. Ambos juegos de prismáticos deberán ser ofrecidos sin más comentarios ni explicaciones. La camiseta con la imagen del hermano (utilizada para simbolizarle durante el acto sexual) será ofrecida, también sin hacer ningún comentario, aunque previamente lavada y planchada, a la esposa de éste.

Caso 5. La familia incestuosa: los nudos incestuosos son numerosos en el árbol genealógico de este caso: la madre y su hermana viven juntas como pareja con su padre, que a su vez ha sido amante de su cuñada y los abuelos son primos hermanos (la madre había establecido una relación exclusiva con su hijo y el padre, con su hija). En la generación de los abuelos probablemente hubo diferentes aproximaciones al acto incestuoso entre hermanos y hermanas, incluso entre un tío y una sobrina. En la tercera generación de un árbol tan fuertemente marcado por los núcleos incestuosos, la familia formó una auténtica microsociedad en la que todos sus miembros eran interdependientes: trabajaban juntos, se ayudaban entre sí y vivían también juntos en casas muy grandes. Cuando una persona externa (amigo, cónyuge, etc.) entraba en la familia se la declaraba «adoptada». En el seno de ese clan aparentemente feliz, nuestra consultante se ahogaba, no comprendía por qué ella sufría tanto para realizarse y padecía tantas e insoportables angustias desde que había dejado su ciudad natal o cuando viajaba sola. Ella había formado pareja con un hombre que tenía el mismo nombre que un hermano y que trabajaba en la empresa de su padre.

La toma de conciencia de los omnipresentes nudos incestuosos en su árbol genealógico, la ilustró sobre el tema y le permitió comenzar a trazar su propio camino. A esto hubo de añadir un acto de psicomagia: recortar tantas siluetas de tela blanca como número de miembros de la familia (vivos o muertos) con los que ella se había sentido unida a través de vínculos más profundos (recortó catorce). Después, tuvo que pintar, con la mayor exactitud posible, el rostro de cada uno de ellos, con el fin de que las marionetas tuvieran una identidad bien definida. Por la noche, las colgaba todas en su habitación y dormía con ellas. Durante el día, las llevaba con ella por todas partes, enrolladas dentro de un maletín. Poco a poco comenzó a deshacerse de ese entorno, empezando por las personas a las que se sentía ligada menos estrechamente. Cada vez que liberaba una silueta le pintaba siete puntos dorados a la altura de cada chakra[13]. Habiendo bendecido así, simbólicamente, a la persona de la que se liberaba, la enviaba al cielo atada a un globo de helio en un espacio despejado (plaza, playa o campo) desde donde ella pudiera verla volar lejos de sí.

[13] *Chakra* o plexo energético: en la parte superior del cráneo; entre las cejas, conocido como «tercer ojo»; en la base de la garganta; el del corazón, entre ambos pezones; el plexo solar, junto al ombligo; el centro sagrado o *hara*, entre el ombligo y el pubis; y en la base de la columna vertebral, en el perineo.

Núcleo bisexual y núcleo y nudo homosexuales

El núcleo infantil y su destinación

En el fondo todos somos bisexuales, es decir, que nuestra necesidad de intimidad, de amor y de identificación se inclina tanto hacia el padre como hacia la madre. El niño/-a tiene necesidad de confrontarse con las dos polaridades sexuales para ir reconociéndose poco a poco en la personalidad sexual que le corresponda y de la manera que le sea propia. La pulsión incestuosa –complejo de Edipo y de Electra, según el psicoanálisis– es de naturaleza bisexual y base del desarrollo del niño que se ve atraído por sus dos progenitores. Ciertos consultantes conservan un recuerdo muy vivo de su deseo por su padre, que ellos hubieran querido que fuera mujer para poder hacerle hijos. Igualmente, en el caso de una niña, existe el deseo de hacer un hijo a su madre. Es absolutamente sano que, a lo largo de su desarrollo, un niño/-a atraviese una fase en la que huya de sus amistades del sexo opuesto y se concentre en niños y adultos del mismo sexo que él. Esa identificación con un grupo monosexuado refuerza la identidad masculina o femenina. Es, precisamente esa edad en la que los chicos no quieren jugar con las chicas y en la que las chicas adornan sus habitaciones con pósteres de actrices, cantantes, heroínas o famosas que les gustan.

Así, tanto la identidad masculina como la femenina se construyen sobre la base de la personalidad propia y, a la vez, en función de las asignaciones que nos hayan sido dadas. En la edad adulta se vive como «hombre» o como «mujer», pero en realidad cada uno de nosotros, y en los cuatro centros, somos masculinos y femeninos al mismo tiempo y en unas proporciones que varían según los casos. Por otro lado, se puede tener un atractivo que resultará inexistente, moderado, fuerte o muy fuerte para personas de uno u otro sexo. Todos estos factores determinan la identidad tanto sexuada como sexual de cada uno de nosotros en el seno de la sociedad, en la que la reproducción estará asegurada por medio de la unión heterosexual. Pero el Ser esencial se encuentra mucho

más allá del género, se podría decir que es andrógino (en el sentido de que une y supera las dos polaridades sin discriminación alguna).

Si los padres viven serenamente su propia identidad sexual, si son capaces de aceptar los diversos grados de masculinidad y de femineidad presentes en cada uno de ellos, el niño superará su núcleo bisexual y se convertirá en un ser provisto de una identidad orgánica (macho o hembra) que tendrá acceso a su ser esencial andrógino (parte femenina y masculina) cualquiera que sea su orientación sexual: será capaz de actuar desde sus lados femenino o masculino y aceptar las dos polaridades sexuales que hay en cada uno de nosotros, podrá entablar serenamente una relación con cualquier persona –al margen de la identidad y preferencia sexual que ésta tenga– así como hacer frente al carácter mixto del mundo.

Por tanto, la destinación del crecimiento del núcleo bisexual es la aceptación pacífica del propio género, de la sexualidad propia –y de los otros– así como la conciencia vivida de la androginia esencial.

El nudo o el núcleo homosexual adulto

Son varios los factores que pueden dar origen a un nudo homosexual y su causa puede radicar en:

–un problema ligado a la homosexualidad en el árbol genealógico: un abuso homosexual, la prohibición de homosexualidad en sí, una experiencia secreta, un amor que nos ha contrariado, etcétera.

–una fijación monosexual debida a la simple eliminación de una de las dos polaridades en uno de los cuatro centros: la ausencia afectiva total o no de un padre hacia un hijo o de una madre hacia una hija, una infravalorización intelectual exagerada hacia las mujeres, el odio a los hombres, internamiento prolongado del niño/-a en una institución de acogida no mixta, etcétera.

Si la homosexualidad ha estado prohibida o considerada una perversión por las culturas impregnadas de una dominante ideología heterosexual, es paradójicamente cierto también que la prohibición y el temor a la sexualidad entre hombres y mujeres en instituciones estatales o religiosas, donde la mezcla de sexos estaba prohibida, ha servido para propiciar situaciones homosexuales de hecho, a menudo secretas o abusivas: en ejército, conventos, internados, prisiones o en lugares donde la energía sexual, sin embargo, ha acabado expresándose –por propia decisión o a la fuerza– entre

personas del mismo sexo. Nuestro propósito, evidentemente, no es estigmatizar la homosexualidad sino, por el contrario, dilucidar la forma en que en el árbol genealógico muchos de nuestros ascendientes han vivido su identidad sexual y sus preferencias sexuales de manera obligada. La dominación masculina, plenamente en vigor en las culturas llamadas «civilizadas» ha causado, desde este punto de vista, auténticos estragos en el equilibrio masculino-femenino.

Desde el momento en que una generación establece con la siguiente un nudo homosexual (por rechazo, eliminación o infravaloración del impulso homosexual) en uno de los cuatros centros, la persona afectada queda prisionera en un núcleo que, por generalizar, llamaremos «núcleo homosexual»: esto quiere decir que la libertad de ser hombre o mujer, homosexual o heterosexual está comprometida y que el acceso a la androginia esencial está cortado.

Nudo homosexual por carencia, rechazo o secreto:

–por infravaloración sistemática de un género: el niño/-a no ha nacido con el sexo que se deseaba, por tanto se dedicará a imitar el otro sexo para ser aceptado (éste es un nudo muy frecuente en el caso de las niñas en nuestra civilización masculinista); una madre decepcionada por los hombres o un padre despreciado por las mujeres inculca a su prole el odio o el desprecio hacia el sexo opuesto.

–por homosexualidad secreta o reprimida: hace caer todo su peso sobre las relaciones afectivas del árbol.

–por educación monosexual: el padre ha desaparecido y el niño crece en un grupo de mujeres, o a la inversa si es una niña; el niño/-a crece en un internado que no es mixto; o bien circunstancias similares que, en la edad adulta, condicionan negativamente las relaciones con el sexo opuesto.

Nudo homosexual por exceso o abuso:

–por prohibición al niño/-a de vivir su desarrollo sexual de una manera abierta con una serie de medidas abusivas: vigilancia acerca de la masturbación, culpabilización de la sexualidad, prohibición de salir o relacionarse con personas del sexo opuesto.

–por un abuso homosexual cometido en un centro educativo o religioso, en la propia familia.

–por favorecer abiertamente la sociedad o la familia un sexo en relación con el otro: los niños/-as tendrán tendencia a identificarse con el sexo «privilegiado» y a rechazar su propia identidad, que es

sinónimo de «oprimido» (por ejemplo, son muchas las culturas en las que «lo masculino» es señalado como «lo fuerte» y cuenta además con prerrogativas como el dinero, la libertad, el trabajo o la inteligencia, y las madres tristemente podrían entonces masculinizarse y transmitir a sus hijos/-as una visión distorsionada de lo femenino).

El núcleo homosexual adulto en los cuatro centros

Núcleo homosexual intelectual: misoginia, ultrafeminismo, machismo, desprecio hacia el pensamiento masculino o femenino; cualquier teoría o moral que excluya a un género en beneficio del otro; favorecer el pensamiento o la expresión masculina o femenina; la política y la economía vistas como un asunto «de hombres»; infravaloración o sobrevaloración de lo racional o de la intuición (cuando en realidad es la colaboración de ambas lo que hace completo a un espíritu).

Núcleo homosexual afectivo: cualquier sentimiento exclusivo o intensificado por un género en particular activa este nudo –como cuando el padre o la madre prefieren a sus amigos del mismo sexo antes que a sus familiares–, se puede hablar de la existencia de un nudo homosexual; inversamente, el odio hacia el género opuesto es también una manifestación de la existencia de dicho nudo.

Núcleo homosexual sexual-creativo: rechazo del deseo auténtico (heterosexualidad, homosexualidad o bisexualidad reprimidas); sexualidad vergonzante (las violaciones en grupo son una manifestación de nudo homosexual); homosexualidad por poderes (acostarte con el compañeró/-ra de tu mejor amigo/-a o de tu jefe, etc.); creatividad que ignora o rechaza la influencia de una de las dos polaridades o que exalta un sexo en relación con el otro (las películas de vaqueros, donde la amistad entre hombres está por encima de todo y las mujeres no cuentan; las películas bélicas y el heroísmo masculino; o, al revés, series como «Sexo en Nueva York», sobre la amistad femenina).

Núcleo homosexual material: todas las situaciones en las que uno de los dos sexos queda excluido de un territorio dado ponen de manifiesto la existencia de un nudo de esta clase: clubes exclusivos (masculinos o femeninos), equipos deportivos, monasterios, internados de chicos o chicas, cuerpos del ejército que impiden la incorporación de mujeres, etcétera.

Algunos aspectos culturales y religiosos del núcleo homosexual

Como ya hemos dicho, la cultura patriarcal masculinista ha generado sólidos núcleos homosexuales. El aborrecimiento del cuerpo femenino, considerado como «impuro», el horror hacia la menstruación y el imperativo de la virginidad impregnan todo el judeocristianismo. Esta exclusión y este temor hacia lo femenino sirve para justificar el celibato de los sacerdotes y la imposibilidad de que la mujer alcance el estatus de oficiante en las religiones monoteístas. Tanto en las sinagogas como en las mezquitas las mujeres deben rezar en un lugar oculto (más pequeño y menos ornamentado que el reservado a los hombres), para que los hombres no se distraigan de su piedad por culpa de su presencia. Desde hace muchos siglos, todas estas aberraciones espirituales vienen siendo comúnmente aceptadas, ocasionando una separación de sexos que da lugar a numerosas situaciones de homosexualidad (en instituciones religiosas, en monasterios, etc.), o abusos con niños/-as y, en el mejor de los casos, al disfrute de una homosexualidad asumida.

El budismo no está exento de esta exclusión de un género en beneficio del otro. Para el Buda y sus primeros discípulos ninguna mujer podía iluminarse: tenía que volver a encarnarse con una forma masculina.

En el mundo entero, la gestión de la economía sigue aún reservada a los hombres y en la mayoría de los árboles genealógicos el dinero es considerado como un atributo viril. Esto será necesario tener en cuenta cuando analicemos la relación del árbol genealógico con el dinero.

Psicomagia y resolución del núcleo homosexual

Este núcleo será diferente según sea la persona hombre o mujer y heterosexual u homosexual. El nudo se expresa siempre como una dificultad para convivir en un mundo en el que los dos géneros coexisten de una forma abierta. También tiene que ver muy a menudo en el árbol genealógico con un rechazo o una tendencia reprimida de la homosexualidad como expresión del deseo.

El núcleo homosexual femenino

Este núcleo está con frecuencia ligado a una infravaloración de lo femenino, de una u otra forma. Si los padres (el padre en particular) lo que deseaban es tener un varón y la hija se masculiniza para merecer su atención, el primer paso para la consultante consistirá en reconocer su tendencia a vivir su vida como si fuese una «macho-

ta». Y esto es algo que, para una mujer, comporta una profunda falta de confianza en sí misma y que pude adoptar varias formas:

–virilización intelectual y social: «La única parte de mí que puede manifestarse como enteramente masculina es mi inteligencia, mi capacidad de dirigir, de generar dinero, de dominar la realidad, etc.». La contrapartida de todo lo anterior es una gran inseguridad corporal, sexual-creativa y/o afectiva.

–rechazo del cuerpo femenino: como para obedecer a una coacción por parte de los padres, los signos corporales de feminidad disminuyen (caderas estrechas, pecho liso, vaginismo, frigidez, patologías del aparato reproductor, reglas dolorosas, fijación anal en la sexualidad, etc.), la consultante vive sumida en el dolor, como un andrógino mutilado. Toda o parte de su realidad orgánica le está prohibida o la vive como si fuera una carga. Ella puede llegar a percibir que no vive nada más que en su intelecto y que su cuerpo le es extraño. Y este carácter incompleto del sentido de sí misma resulta doloroso y patológico.

–ira y frustración constante ante los hombres o, por el contrario, ante las mujeres: en realidad, las dos actitudes están incluidas en el mismo núcleo, como si uno de los dos géneros fuera esencialmente «perverso» o «culpable».

Se puede considerar que una mujer lesbiana porta un núcleo homosexual de la misma naturaleza que el de una mujer heterosexual si también fuera víctima de alguna de estas manifestaciones.

En todos los casos, el núcleo homosexual ya está presente en generaciones anteriores del árbol genealógico, y es necesario identificarlo. Numerosos padres con un núcleo homosexual frenan la feminidad de sus hijas debido a una actitud misógina, una preferencia afectiva hacia sus hijos varones o sus amigos. Identificar los núcleos en el árbol será, pues, el primer paso.

La psicomagia podrá, entonces, moverse sobre los dos planos: restauración de la identidad sexual femenina (el cuerpo dentro del cual se vive no es «malo») y proceder a la expulsión del falo artificial (es decir, esa proyección impuesta a la niña según la cual debería tener algo que no tiene):

Exaltar la sangre menstrual como un medio creativo:

–Si la mujer está todavía en edad de tener la regla, pintará con sangre menstrual su autorretrato desnuda transmitiendo plenitud para, después, exhibirlo con un marco plateado en una de las habi-

taciones de su casa o en su despacho, sin tener que dar explicaciones por ello. Este acto de psicomagia restaura la feminidad en su capacidad creativa al permitir un acto que sólo es posible gracias a que su útero aún cumple su función. Si ya hubiese llegado la menopausia, la mujer podrá simular sus reglas con sangre falsa durante tres meses para luego, al tercer día del tercer mes, realizar igualmente su autorretrato.

Valorar la vagina como lugar de poder:

–Contrariamente a un extendido mito de la cultura fálica, la mujer no es que esté «privada» de un imaginario falo sino que, muy al contario, está dotada de órganos sexuales internos que tienen potencia y valor propios: «Tener cojones» no es la única manera de reafirmarse en el mundo. Para restaurar el órgano genital femenino como un lugar de poder, se pueden colocar en su interior (envueltas y cosidas en una gasa estéril provista de un fino cordón que permita retirarlas después) tres o más monedas de oro, bien limpias, que se llevarán durante unos minutos, horas o varios días, según la comodidad que se sienta. Este «tesoro» simbólico puede ser un buen apoyo para realizar a continuación una actividad creativa, una entrevista de trabajo, un encuentro intimidatorio, etc. Cuando el «tesoro» haya hecho su efecto y se haya integrado en la personalidad de la mujer, se pueden revender las piezas de oro para hacerse un regalo agradable o bien hacer que nos las engasten para una joya. Donde a continuación se entierre el pequeño envoltorio de gasa se plantará una planta con flores o frutos sobre la propia sepultura.

–Si la infravaloración de lo femenino es de origen religioso o ideológico, se puede, igualmente, copiar un extracto de un texto sagrado sobre un pergamino, enrollarlo dentro de film para la conservación de alimentos y que la mujer lo lleve en el interior de su vagina cuando asista a una ceremonia religiosa.

Deshacerse del falo artificial:

–Si la familia ha proyectado sobre una hija su deseo de que lleve órganos sexuales masculinos que no le corresponden, será necesario materializar dicha proyección para poder deshacerse inmediatamente de ellos. La consultante puede comprar en un sex-shop un falo y hacerlo más pesado rellenándolo con bolitas de plomo (si es hueco) o rodeándolo de anillos de metal (si es macizo). La consultante deberá llevar este apéndice consigo, durante un periodo de entre siete y cuarenta horas (dependiendo de la intensidad del núcleo), en su bolso o bien sobre su pubis. Cuando se produzca un momento de ira o de exasperación, lo sacará y golpeará con él sobre la mesa, el suelo, la pared, etc. Una vez haya pasado dicho periodo de tiempo, la mujer lo enterrará y plantará una planta encima.

Además de estos actos de psicomagia, se recomienda muy especialmente la práctica de cualquier actividad que exalte el cuerpo femenino, como la danza oriental o la danza del vientre.

El núcleo homosexual masculino

Es muy parecido al núcleo femenino, aunque con otros tintes debido al contexto cultural. Muy a menudo es una lealtad hacia la madre que produjo este núcleo: si detestaba a los hombres, se puede apostar a que había proyectado sobre «su hombrecito» el deseo de no que no creciera más y de que nunca fuera como «Todos esos cabrones». Si los hombres exaltados en la familia son curas, célibes y teóricamente «puros», el niño puede crecer culpabilizándose de sus impulsos sexuales y también de sus caracteres sexuales secundarios. Y, casi a la inversa, son muy numerosos los hombres que desarrollan un núcleo homosexual por la falta del padre[14].

Los abusos homosexuales padecidos durante la infancia o la adolescencia pueden crear un núcleo y a la vez una fijación cuya destinación es reproducir esta clase de sexualidad abusiva, y una vergüenza. Frecuentemente el pequeño o el joven adolescente no ha podido confiar a sus allegados el abuso o tocamientos sufridos, y el consiguiente secreto servirá para que el núcleo se sostenga.

En todos los casos, la infravaloración puede ser corporal y sexual (problemas de erección o en la eyaculación; deseo de ser poseído

[14] Es interesante destacar aquí que dos de los más grandes escritores homosexuales del siglo pasado, el francés Henry de Montherlant (1890-1972) y la francesa de origen belga Marguerite Yourcenar (1903-1987), tenían un punto en común: haber destruido (matado, en el caso de Yourcenar) a sus respectivas madres en el momento de nacer. La madre de Montherlant no se repondría jamás de aquella hemorragia uterina que sufrió: es la inseminación del padre, el falo inseminador, el que causa la muerte de la madre; en el caso de Montherlant se puede hablar de núcleo homosexual puesto que ocultó su pederastia durante toda su vida. La ausencia del padre es sin duda un elemento clave de este núcleo homosexual, como testimonia esta cita: «Estas lágrimas vertidas sobre un desconocido, como si fuera mi padre, simplemente porque ese desconocido era mayor. Todo el que es mayor es mi padre, inútilmente».

anal o bucalmente pero con la vergüenza de haber sentido dicho deseo) o psíquica (sentimiento de culpa, asco hacia el esperma propio, sensación de impotencia, de debilidad). Como el dinero es una prerrogativa viril en nuestras sociedades, posiblemente el núcleo también repercuta en la relación con él (ruina, pobreza, dinero sucio, etc.).

Una vez más, el proceso de restauración pasa por la exaltación personal de la identidad viril y por el hecho de enfrentarse directamente con el núcleo:

Restaurar la dignidad del esperma:

–Si en la relación con la madre el esperma se ha visto mancillado o infravalorado, el consultante, cualquiera que sea la orientación religiosa de su familia, deberá ir a buscar una vela votiva a una iglesia –preferentemente una catedral–, sacar la citada bujía de la guarda en la que estuviera colocada y poner el propio semen en la base de la misma antes de alumbrar la imagen de la Virgen con dicho cirio. Una vez así purificado el esperma por una jerarquía superior a la de la madre, el consultante pintará inmediatamente su autorretrato, diluyendo los colores al guache o a la acuarela con su propio semen para, a continuación, exponerlo en un cuadro con un marco dorado. Para una mayor potenciación, el consultante podrá untarse los testículos y la planta de los pies con un tinte (comestible y no tóxico) de color rojo, que simboliza la fuerza de la vida y de la virilidad.

El valor del falo:

–Para desactivar la sensación de impotencia o de castración debida a una relación exclusiva con la madre, a la ausencia del padre o a la humillación sufrida por parte de un padre rival o despectivo, el consultante reunirá una significativa suma de dinero (equivalente a «mucho dinero» en su propio sistema de referencia –el dinero puede ser prestado–). Los billetes serán enrollados en vertical y haremos con ellos un canutillo de buenas dimensiones, como símbolo del falo. Luego, con un trozo de tela o de gamuza, el consultante coserá una funda donde introducirá el falo que ha hecho con el dinero más dos bolas de metal (tipo bolas chinas), que simbolizan la potencia de los testículos. El consultante llevará este objeto de poder dentro de su pantalón durante un periodo de tiempo que oscilará entre tres y siete días, según su necesidad. Una vez completado el acto, el dinero será restituido a quien se lo hubiera prestado y enterrará las bolas y la funda plantando encima un tupido y resistente arbusto.

–En un caso muy extremo, en el que un consultante hubiese sido oprimido por su padre se deshará de las bolas chinas lanzándolas violentamente contra la ventana del despacho de su padre. (Por nuestra parte, no nos aventuraríamos a recomendar una conclusión de tal naturaleza para este acto, pero en el caso del consultante en cuestión de lo que se trata fundamentalmente es de contrarrestar una tendencia suicida, y un gesto de estas características podría resultarle liberador.)

Hacer frente a los núcleos homosexuales del árbol genealógico

El acto será diferente según la persona tenga o no una orientación sexual acorde con sus deseos:

Para una mujer heterosexual:

–Hacer frente al núcleo consiste en tener conocimiento de la homosexualidad femenina, pasando por ejemplo una velada festiva en un lugar con mujeres lesbianas. En el caso de existir un fuerte nudo homosexual con la madre, una hermana o una abuela, se podrá invitar a la «pareja» a compartir dicha velada en directo (acudiendo por ejemplo con la madre a un local para mujeres lesbianas) o en fotografía (llevar la foto de la madre en el bolsillo y acudir a bailar a un local de ambiente y, después, reenviársela con unos bombones y una nota que diga «¡Cuánto nos hemos divertido!»).

Para un hombre heterosexual:

–Según sea el grado real de deseo homosexual del consultante, éste podrá ir a un local o a una sauna gay sabiendo que la elección del lugar determinará una mayor o menor probabilidad de ser sexualmente solicitado. Como mínimo, deberá ir a tomarse una copa a un local gay. Si el consultante es tímido, puede cubrirse la cara con una máscara hecha a partir de una fotografía de Oscar Wilde u otro célebre artista, escritor o filósofo homosexual.

Si los padres quisieron un hijo del otro sexo:

–Con padres vivos: con un par de tijeras en el bolsillo, ir a verlos vestido/-a como el hijo (la consultante) o la hija (el consultante) que quisieron tener y decirles: «Éste/-a es el hijo/-a que vosotros queréis, ¡pero no soy yo!». Después, expresar todo el dolor que se siente despedazando la ropa a tijeretazos para a continuación pre-

sentarse desnudo/-a ante ellos diciéndoles «¡Miradme!». Según sea la reacción de los padres, se puede entonces compartir con ellos (sin vestirnos) una tarta que habremos llevado a su casa o bien, si reaccionan mal, irnos tranquilamente desvestidos a la calle, donde una persona colaboradora estará esperando con una manta para cubrirnos (la tarta, en este caso, la compartiremos con esta persona). La ropa tijereteada quedará como propiedad de los padres y las tijeras deberán ser enterradas, colocando una planta encima.

–Con padres fallecidos: el mismo acto, pero delante de su tumba o en el lugar donde fueron sus cenizas esparcidas (si no hubiera cenizas, delante de una fotografía que posteriormente se enterrará en plena naturaleza). Y se les dejará la tarta y la ropa rota como ofrenda de paz.

Si los padres no aceptan (o sólo parcialmente) la homosexualidad del/la consultante:

–El árbol genealógico siempre evidenciará una homosexualidad latente o declarada de una parte de la familia, a la cual es importante hacer frente. Toda la familia, sin excepción, deberá estar al corriente de la homosexualidad del/la consultante. Para llevar a cabo esta tarea, el/la consultante dirigirá una carta personalizada a cada uno de los miembros de la familia –incluidos niños y fallecidos (la carta se pondrá sobre sus tumbas)– con una foto suya dentro en brazos de la persona amada o de otro/-a amante. «Salir del armario» es un proceso fundamental para la afirmación de uno/-a mismo/-a.

–A menudo una persona homosexual informa a su familia de su sexualidad pero no les presenta a su pareja, con quien vive. En estos casos, lo que conviene es hacerlo aprovechando alguna ocasión especial (unas navidades, una celebración, etc.); y si no se tuviera una pareja estable, se podría pedir a algún amigo/-a que desempeñara este papel. Presentarse ante la familia como una pareja estable supone dar un paso liberador. Si las dos personas son efectivamente pareja, cada una de ellas podría llevar escrito, bajo la ropa, el nombre de la otra en su pecho para reforzar así la afirmación del vínculo.

Algunos casos individuales que ilustran la variedad de los núcleos homosexuales

Caso 1. Doble nudo homosexual-incestuoso: una consultante narra sus desgracias, provocadas por los hombres de su vida. El primero de ellos le engendró un hijo y después desapareció, otro la engañó, un tercero le robó todo el dinero que tenía porque la estafó. Como

consecuencia de tales experiencias acabó odiando a todos los hombres en general. Por otra parte, su padre era alcohólico y había intentado en diversas ocasiones abusar de ella sexualmente. Iba acompañada por un hombre de 40 años, su hijo, que hablaba y se comportaba como un niño. ¿Qué había pasado? Cuando este hombre era todavía un niño deseaba ser querido por su madre, pero ella odiaba a todos los hombres adultos que había conocido. Él, por no perder su afecto, permaneció en su infancia durante toda su vida, como si se hubiera quedado petrificado. La desconfianza y el odio que su madre mostraba hacia los hombres, hacia su violencia, hacia su poligamia, etc., provocaron en el hijo un complejo de «esperma contaminado». Según él, esa contaminación del esperma dejaba a las mujeres embarazadas para inmediatamente ser abandonadas o bien las hacía tener demasiados hijos condenando a la mujer a una vida de madre esclavizada. Las dificultades por las que él había pasado cuando se unió a una mujer estaban directamente relacionadas con el nudo que lo ataba a su madre. Había intentado tener una relación homosexual, pero pronto se dio cuenta de que aquello no se correspondía con sus verdaderos deseos.

En este caso ambos consultantes, madre e hijo, tenían que liberarse de su núcleo homosexual: ella expresando de una vez por todas su ira y recuperando su poder y él desligándose de la visión materna para así convertirse en una persona autónoma y poder vivir su vida. Ambos se muestran de acuerdo en colaborar en una ceremonia psicomágica. En un primer momento, el hijo se traviste de su propio padre –al que conoce por fotografías– y la madre le manifiesta su rabia y desesperación golpeando simbólicamente una almohada. Después, él se despoja de su disfraz diciendo: «Yo no soy él. Límpiame todos sus fallos». Previamente, él había escrito sobre su pecho con un lápiz de *khol* negro el nombre de su padre en varios lugares. La madre lo lavó bien hasta que esas inscripciones desaparecieron; después, le untó miel y lo lamió como las hembras hacen con sus cachorros recién paridos. Ambos salieron de la casa y el hijo condujo a su madre hasta la puerta de un local de lesbianas en el que ella tenía como misión divertirse, y él le dijo: «Deseo que encuentres tu felicidad». Él continuó su camino y acudió a una cita que previamente había concertado con una compañera sexual (puede ser una amiga o una prostituta), que aceptó disfrazarse de hombre completamente. Él llevaba en su bolsillo un medicamento para facilitar la erección en el caso de que la maldición materna lo dejara impotente. Con el semen, recogido en un preservativo y luego mezclado con

guache o acuarela de varios colores, tuvo que pintar inmediatamente su autorretrato para ofrecérselo a su madre.

Caso 2. Influencia del núcleo homosexual de la madre en la hija: la consultante tenía una madre sumamente decepcionada por los hombres y muy agresiva con ellos cuando estaba en su presencia. Además, su padre había abandonado el domicilio conyugal cuando ella tenía 8 años y no se ocupó de ella nunca más. A los 25 años veía el mundo y a los hombres a través de los ojos de su madre y jamás había tenido la ocasión de vivir sus propias experiencias: lo poco que ella se permitía estaba siempre tamizado por ese filtro que le habían impuesto. La madre tenía una sexualidad prolija con amantes temporales y había hecho cómplice a su propia hija de sus experiencias sexuales, contándoselas con todo detalle. Pero en lo afectivo, la madre jamás había contado con nadie más que con su hija, convirtiéndola en la compañera privilegiada de su vida. Ya en la edad adulta, esta joven mujer consideraba que sólo la relación emocional con mujeres estaba exenta de peligros. «¿Cómo puedo liberarme de los puntos de vista de mi madre?», se preguntaba.

Su acto de psicomagia consistirá en fabricarse una máscara ampliando una fotografía del rostro de su madre y haciendo unos agujeros al nivel de los ojos para poder ver a través de ellos. Luego, deberá pasearse por la calle con la máscara puesta, llevando además un espejo de bolsillo. Una vez en la calle, tendrá que mirar a los hombres e, inmediatamente después, a sí misma en el espejo: de esta manera podrá darse cuenta de que cada vez que veía pasar un hombre los sentimientos que la invadían eran los de su madre, enmascarando los suyos propios. Tras esta experiencia, irá por la noche a pegar la máscara en la puerta donde vive su madre. Después, se lavará los ojos tres veces seguidas con una solución de agua de mar de las que se venden en las farmacias. A continuación, se paseará con su rostro desnudo mirando de nuevo a los hombres desde su propio punto de vista, y cada vez mirándose inmediatamente en el espejo. Finalmente enviará el espejo a su madre, sin hacer ningún comentario.

Caso 3. Influencia del núcleo homosexual del padre en la hija: éste es el caso de un padre con núcleo homosexual que se sentía heterosexual porque no sentía deseo por los hombres, pero mental y emocionalmente sí los prefería y sólo se encontraba a gusto en compañía de ellos. Este hombre tiene una hija sobre la cual reconoce con candidez que hubiera preferido que fuera un varón (primero de su hermandad y al que habría llamado Federico). Él la educó inculcándole todo su desprecio por todo lo que tuviera que ver con la feminidad y su total preferencia por los valores tradicionalmente considerados masculinos, como la fuerza física, el valor, ciertos deportes y una actitud intelectual racional. La hija, por complacer a su padre, se masculinizó y eliminó de su cuerpo todas las características consideradas femeninas. Con su pecho aplanado y sus caderas estrechas y poco móviles, podía pasar por un hombre joven. Pero al mismo tiempo se sentía emocionalmente infravalorada, como si fuese una persona imperfecta. Su sexualidad se orientó hacia la penetración anal, no experimentaba sensación alguna en la vagina y vivía como si fuera homosexual. Por otra parte, lo pasaba muy mal a la hora de negociar su salario –en un trabajo intelectual, como el que ejercía, en el que siempre tenía que fijar un precio por sus prestaciones y en el que siempre se sentía estafada.

En este caso, el falo artificial impuesto por el padre deberá, igualmente, ser vivido como una fuente de riqueza. La consultante tendrá que pasar siete días con un falo hecho con billetes de banco (como en el acto de psicomagia reservado generalmente a los hombres) y después lo enlazará con el acto de valorización de los órganos sexuales femeninos (con piezas de oro en la vagina). Ella satisfará así metafóricamente el deseo incestuoso hacia su padre al asumir ese falo, antes de reconquistar la dignidad de su propio sexo.

Caso 4. Influencia del núcleo homosexual del padre en el hijo: un hombre con núcleo homosexual tiene un hijo que fue criado en un ambiente de complicidad misógina que infravaloraba a las mujeres. Dicho joven, instruido en «la buena educación católica», tendía a castigarse cada vez que mantenía una experiencia emocional y sexual con una mujer, puesto que el objeto de sus inclinaciones era siempre menospreciado por su padre. Pasaba de una relación a otra humillando a sus parejas.

El padre en realidad había maldecido todo lo femenino, por lo que el consultante, para poder superar dicha maldición, deberá entrar en contacto con figuras femeninas admirables en todos los ámbitos. Su acto de psicomagia consistirá en encontrar cuatro grandes personalidades femeninas maestras: una en el ámbito intelectual (una filósofa o una científica), otra en el emocional (la santa india Amma, por ejemplo), otra en el sexual (una practicante

de tantra o una sexóloga) o creativo (una artista o una profesora de arte) y la última en el dominio físico (una masajista o una entrenadora deportiva). Una vez que se cumpla esta iniciación, él introducirá en la vagina de una colaboradora que se preste a ello, un pequeño huevo de Pascua para bendecir así el sexo femenino, y después se lo comerá.

Núcleo y nudo sadomasoquistas

El núcleo infantil y su destinación

En el marco de su exploración del mundo y de sí mismo, el niño/-a descubre en un momento dado su capacidad para sufrir y para causar dolor, con todos los procesos corporales y psíquicos que acompañan a ambos hallazgos. El niño aprende a superar las incomodidades y la «pupa» que se ha hecho, pero se tendrá que enfrentar también a su calidad de predador (por ejemplo, comprendiendo que la carne que come procede de un animal que ha sido sacrificado). El dolor físico es fundamental para tener la experiencia de los peligros del mundo y de sus propios límites –como cuando los niños se queman al tocar la lumbre, eso les enseña a evitar siempre el fuego–. A su vez, el aprendizaje de la renuncia y de la injusticia constituye también para ellos un dolor físico: nunca se puede tener todo lo que uno quiere ni todo lo que necesitaría. Estas limitaciones sirven para construir el ser, siempre y cuando sean planteadas en proporciones razonables.

Así pues, el niño aprende poco a poco que el dolor es inevitable. Si los padres acompañan este aprendizaje con madurez, humor y ternura, él aprenderá a gestionar todas las relaciones complejas que engendra su propia crueldad y los límites que se le imponen, y la crueldad del otro y los límites que él mismo se impone. La crueldad infantil espontánea es inocente y es su propio dolor el que enseña al niño que el otro sufre tanto como él. Un ser que no hubiera pasado jamás por la experiencia del dolor sería alguien de una crueldad sin límites.

Este núcleo, bien acompañado por los padres, permite que el dolor (necesario e inevitable) no se transforme en sufrimiento (prolongación inútil del dolor). El adulto maduro descubre así la alegría, o sea la capacidad de enfocarse en la fuerza de la vida a través de los episodios dolorosos.

El nudo o el núcleo sadomasoquista adulto

El medio familiar puede crear nudos sadomasoquistas, habituan-

do al niño/-a a vivir en el sufrimiento. El nudo procede la mayoría de las veces de una educación cargada de crueldad (castigos físicos, privaciones, vejaciones, etc.) o de un clima de violencia cotidiano en la casa (conflictos entre padres o hermanos, violencia psicológica y verbal, etc.). El niño/-a, víctima primera, tenderá a imitar a quien lo ha hecho sufrir y a identificarse con su verdugo.

El dolor es una señal que nos mantiene con vida. Pero cuando se prolonga más de lo necesario se convierte en un modo de vida, e implica una relación de dominante y dominado en la que ambos son cómplices con la misma intensidad. Esta intensidad surge al comienzo de un proceso de protección del cerebro, que produce endorfinas en situaciones de estrés compensando el peligro o el dolor por medio de estas sustancias destinadas a mantenernos activos y con vida. E igual que una persona puede convertirse en drogodependiente, de idéntica manera son muy numerosas las personas que acaban dependiendo de estas endorfinas producidas por la repetición de situaciones penosas.

El sadomasoquismo se organiza en torno a la relación entre dominador y dominado, que puede resultar tranquilizador pues la complejidad de la relación humana se reduce a una jerarquía fija. La víctima de un verdugo jamás está sola, porque el verdugo tiene necesidad de ella. Igualmente, al verdugo tener la posibilidad de someter al otro a su voluntad le produce un sentimiento de omnipotencia, casi de inmortalidad. Estas relaciones son extremadamente duraderas y, en el fondo, simétricas, puesto que cada uno de ellos está al servicio del otro. En el ritual sadomasoquista, el dominador sirve al dominado de la misma manera que el dominado sirve al dominador.

El núcleo sadomasoquista por exceso: El sadomasoquismo se impondrá a través de la violencia física o psíquica, de exigencias desmesuradas (como sacar las mejores notas de la clase, no llorar jamás, etc.) y de jerarquías arbitrarias en las que el niño estará siempre en el escalón más bajo, salvo que encuentre a alguien menor que él y le haga sufrir a su vez. Paradójicamente, un exceso de precauciones (o una carencia de experiencias normalmente dolorosas) puede también crear un núcleo sadomasoquista: el niño/-a, cuando es criado entre algodones, no tiene acceso al dolor como gran maestro y no ve ningún límite que se oponga a su omnipotencia puesto que sus padres lo sobreprotegen, situándose ellos en una posición subalterna. El niño entonces puede desarrollar un núcleo sadomasoquista

que en la realidad se traduce en una persistente carencia de autonomía.

El núcleo sadomasoquista por carencia: El sadomasoquismo puede surgir de falta de informaciones importantes: si el juego, el humor o la ternura no forman parte de la educación, el niño/-a no conoce otras relaciones que no sean las dolorosas. La persona adulta afectada por un núcleo sadomasoquista no vivirá más que unas relaciones que se establecen entre víctima y verdugo, pasando de uno a otro rol sin llegar a comprender jamás por qué la felicidad y la alegría nunca llegan. Se puede descubrir la existencia de un árbol genealógico donde los núcleos sadomasoquistas son muy activos cuando una persona enuncia como objetivo propio «el ser feliz» o «el poder encontrar la alegría»: estas tendencias –que corresponden a la expresión del Ser esencial– permanecen retenidas en el núcleo sadomasoquista.

El núcleo sadomasoquista adulto en los cuatro centros

Núcleo sadomasoquista intelectual: es la crítica continuada, la agresión verbal, los juicios mordaces, las bromas humillantes y las relaciones de dominación intelectual en las que uno repite lo mismo que el otro dice. Una persona educada en la violencia verbal generalmente reproducirá ese mismo modelo en su forma de comunicarse con los otros.

Núcleo sadomasoquista afectivo: es el modelo de pareja donde uno es víctima y el otro verdugo. A veces, por circunstancias de la vida (vejez, enfermedad, discapacidad, etc.), los roles se invierten y quien sufrió hace ahora sufrir al otro todo cuanto le hizo sufrir. Estas parejas duran mucho y son muy prolíficas, y el trabajo sobre el árbol pone en evidencia hechos como: tal abuela, casada con «un monstruo» que le hizo once hijos, permaneció toda su vida al lado de él y le siguió a la tumba pocos meses después de que él falleciera. Es importante plantearse el tema de la complicidad entre verdugo y víctima. Las relaciones de dominio inherentes a este núcleo en el fondo son muy tranquilas, porque los roles se distribuyen de una vez y para siempre, lo cual hace a la familia estable, aunque de una manera perversa.

Núcleo sadomasoquista sexual-creativo: el mundo del BDSM (acrónimo de *bondage, domination* y *sadomasochisme*) [esclavitud, dominación y sadomasoquismo] rebosa de prácticas más o menos dolorosas o sórdidas, a veces presentadas con carácter artístico: prácticas con limitación visual o corporal, esclavitud, flagelación, suspensión, estí-

mulos del dolor hasta el límite, gradaciones en la tortura, etc. El sadomasoquismo sexual es un género muy establecido sobre el que será muy útil documentarse bien, si los núcleos sadomasoquistas son numerosos en el árbol genealógico. En el ámbito de lo artístico, se pueden citar el tatuaje y todas las formas de arte que aspiran a la transformación del cuerpo (el llamado *body art*), así como las prácticas artísticas que exijan sufrimiento y deformaciones corporales (como sucede en la danza clásica). El núcleo sadomasoquista en el arte camina a la par con un perfeccionismo intenso y establece una clara diferencia entre «superior» e «inferior» (una vez más, el dominante y el dominado).

Núcleo sadomasoquista material: el elogio al esfuerzo y a la privación procede de este núcleo y se acompaña de la creencia de que «La vida es dura». Los malos tratos infligidos a niños inculcan en ellos un núcleo sadomasoquista corporal que (como Freud describió ampliamente) puede convertirlos en sexuales. La avaricia, la dureza y las privaciones impuestas son propias del sadomasoquismo material. Ciertos padres dan muestras de una enorme creatividad en el campo de la crueldad. Por otra parte, todas las actividades deportivas que tienen como objetivo la emisión de endorfinas, como el jogging, conciernen al sadomasoquismo corporal. La creencia de que el dinero debe ganarse a precio de intensos sufrimientos tiene también que ver con este núcleo: esta creencia juzga negativamente y culpabiliza los éxitos profesionales que son fruto del talento o la pasión y los estigmatiza de «dinero fácil».

Algunos aspectos culturales del núcleo sadomasoquista

La exaltación del dolor bajo todas sus formas tiene mucho que ver con este núcleo: «Parirás con dolor los hijos y tú te ganarás el pan con el sudor de tu frente» es una afirmación que refuerza el núcleo sadomasoquista.

Las figuras de héroes que son capaces de resistir la tortura, las heridas o las privaciones abundan a lo largo de la Historia (particularmente en el contexto bélico). La fascinación por el horror extremo es un componente característico del núcleo sadomasoquista: todas las diversiones en las que el público se nutre del sufrimiento de los participantes (los juegos en los circos romanos, la Inquisición cristiana, etc.) tienen un fondo sadomasoquista.

De las prácticas espirituales se puede citar todo cuanto tenga que ver con la mortificación del cuerpo: veneración a mártires cristianos y prácticas (autoflagelación, estigmas, etc.) que de ello deriva. Sin

embargo, casi todas las tradiciones espirituales tienen su núcleo sadomasoquista y su parte de automortificación: la meditación extrema de ciertas escuelas zen y en la corriente *vipásana*, los ayunos, ciertos excesos del yoga o el ascetismo avanzado tienen mucho que ver con este núcleo, que afecta a todas las vías en las que la iluminación se alcanza a través de la experiencia y la superación del dolor. Las creencias tipo «Es necesario sufrir para estar bella» remiten también a un sadomasoquismo ordinario propio de las sociedades desarrolladas.

Psicomagia y resolución del núcleo sadomasoquista

Cuando una persona estudia su árbol genealógico y descubre en él un núcleo de esta naturaleza, con frecuencia le resulta de gran alivio comprender que todo lo que ha sufrido, o ha presenciado, no era realmente «la vida» sino un juego de violencia y crueldad que le había sido impuesto con fórmulas falsas del tipo «Es por tu bien» o «Te lo merecías». El núcleo sadomasoquista engendra una enorme rabia, generalmente reprimida durante la infancia porque el/la consultante estaba, de hecho, en una posición de dominado (puesto que era menor, más débil y dependiente). La violencia padecida la vuelve entonces contra sí y la persona puede volverse depresiva, sufrir enfermedades autoinmunes, perder sus dientes, su energía, su alegría de vivir, etc. El sadomasoquismo extremo lleva incluso hasta el suicidio. El primer paso que hay que dar es hacer frente a esa rabia reprimida para recuperar la fuerza vital.

Identificar y expresar la rabia:

–En un primer momento es necesario identificar al agresor (pueden ser los padres, un hermano/-a mayor, una institución).

–Si el agresor es una, dos, tres... personas concretas: adquirir tantas sandías como agresores haya (padre, madre, hermano, hermana) y luego pegar en cada sandía una foto o un retrato de dicha persona. Cubrir el suelo con un plástico amplio y, expresando en voz alta todas las quejas, destruir las sandías con un mazo, un martillo, un bate de béisbol o a patadas. Una vez salida toda la rabia, recuperar la pulpa de las sandías y ponerla a cocer: con ella haremos una mermelada. Los restos serán enterrados junto con las semillas y las fotos, plantando a continuación un arbusto sobre la sepultura en cuestión. La mermelada se la ofreceremos a los padres (o hermanos/-as) o si no es posible se la llevaremos a la tumba.

–Si la rabia concierne a una persona contemporánea que no es-

tuvo presente durante nuestra infancia: pegar su fotografía sobre una pelota de plástico (tipo balón de fútbol) y darle tantas patadas como fueran necesarias hasta alcanzar nuestra satisfacción. Después, arrojar la pelota a un río tras haberle untado miel.

–Si la rabia concierne a una institución, habrá que ir de noche a bombardear su puerta de acceso con una docena de huevos. En el caso de una rabia extrema, depositar los propios excrementos ante la puerta o enviarlos a dicha institución en una caja cerrada (los animales demuestran su ira defecando, es un modo muy primitivo de expresión que habla al inconsciente profundo. En los años 1950, la célebre cantante chilena Violeta Parra, instalada en el Café Do Brasil, entró en rabia contra un periodista que la estaba importunando con preguntas muy agresivas. De un solo golpe se puso de pie, se levantó la falda y le orinó encima antes de marcharse con toda dignidad).

Devolver simbólicamente los golpes:

–La relación sadomasoquista establece, desde un principio, un vínculo de dominante con dominado que el niño no tiene la capacidad de poner en cuestión. Una vez convertido en adulto, sin embargo, podrá devolver los golpes recibidos y liberarse.

–Para la devolución de golpes es necesario adquirir un látigo o un flagelo (símbolos del castigo corporal) o un cinturón.

–Si los padres han fallecido: ir hasta su tumba o al lugar donde sus cenizas fueron esparcidas y azotar la tumba (o una foto del progenitor) manifestando toda la rabia, todo el sufrimiento. Después, quemar el látigo, enterrar las cenizas, defecar encima y plantar un arbusto.

–Si los padres están vivos: ir a verlos (si se tiene miedo de ellos, utilizar personas que los representen) y azotar el suelo expresando todo el resentimiento acumulado; luego, exigirles que entierren ellos el látigo y asistir a dicho entierro, plantando después un arbusto.

–Para simbolizar el vínculo que se quiere deshacer, se puede devolver a los padres (o a su tumba) un par de esposas, una cuerda o una cadena, todo ello con una gran templanza.

–Si los padres hubiesen dado pruebas de violencia verbal: escribir sobre un pergamino todos los insultos o fórmulas despectivas que ellos hubieran empleado y devolvérselas con una tarta o una caja de bombones.

Hacer frente a la violencia propia, aprender a matar para aprender a vivir:

–Los núcleos sadomasoquistas con frecuencia presentan una negativa a su propia capacidad de producir violencia (ahora bien, todo aquel que se abstiene de hacer daño, por impotencia o por rechazo, continuará siendo alguien potencialmente agresivo). Un árbol con núcleos sadomasoquistas nos hace, falsamente, personas «agradables», por lo que para restaurar nuestra auténtica personalidad será necesario comenzar por recuperar la capacidad de matar:

–Asistir a un curso de tiro y después llevar a la propia casa una diana acribillada por las balas y exhibirla enmarcada durante un determinado tiempo.

–Aprender un arte marcial enfocado al combate (frente a un arte marcial interior, como el chi-kung o el tai-chi) y progresar hasta llegar a un nivel en el que uno pueda sentirse seguro de sí mismo.

–Una vez convertido en alguien capaz de agredir a otro uno podrá abstenerse de hacerlo de manera voluntaria y con conciencia.

Aprender a conocer el sadomasoquismo

Para hacer frente a los núcleos sadomasoquistas en el árbol genealógico es indispensable documentarse sobre los ritos, las prácticas y los juegos del sadomasoquismo sexual sin juicios ni prejuicios. Es posible que algunas de estas prácticas puedan tentar al/la consultante o le permitan liberarse de los nudos que le hayan sido impuestos por el árbol genealógico. Numerosos rituales de la práctica del mencionado BDSM proceden del arte escénico y no implican ningún dolor físico. Abrir la propia curiosidad a prácticas nuevas permitirá ir rompiendo con muchos hábitos y deshacer algunos nudos que se creían insolubles.

Algunos casos que ilustran la resolución de un núcleo sadomasoquista

Caso 1. La hija pequeña y el flagelo: penúltima de una hermandad de ocho, esta mujer había sido el chivo expiatorio de una madre sádica que la golpeaba por cualquier motivo con la complicidad pasiva del padre. Llegada a la edad adulta, vivió durante mucho tiempo como un «ratoncito», silenciosa y sumisa. Estudió su árbol genealógico en el marco de un trabajo terapéutico más amplio emprendido a la cincuentena debido a un malestar vital permanente y a una serie de problemas físicos que afectaban particularmente a su dentición.

El trabajo llevado a cabo con esta consultante le permitió relacionar la descarnadura que padecían sus dientes con la agresividad reprimida: siempre víctima de todos los golpes, aquella mujer contenía mucha rabia dentro. La exploración prudente y razonada de los ritos sadomasoquistas (en particular, una sesión en la que se flagelaba a una mujer, que había consentido en ello y que se prestó a desempeñar el papel de la madre) le permitió encontrar su propia relación con aquel núcleo y explorar sus deseos sadomasoquistas personales (escasamente desarrollado en su caso). Su acto de psicomagia consiste en acudir a la tumba de su madre y azotarla mientras expresa toda su ira para, después, depositar sobre la misma un par de esposas (símbolo del vínculo que había decidido deshacer) acompañadas de un tarro de mermelada de rosas (símbolo del amor subyacente en todas las relaciones pervertidas por los núcleos sadomasoquistas del árbol genealógico).

Caso 2. El niño encorsetado: el consultante es un hombre joven, alto y delgado, que ha pasado toda su infancia y adolescencia llevando un corsé ortopédico prescrito por su médico debido a la avanzada escoliosis que padece. Ha sido educado por un padre viudo, que le quitaba el corsé sólo diez minutos al día para poder bañarlo, sin darle un masaje jamás, ni jugar con él, ni proponerle alguna otra actividad que pudiera compensar su molestia corporal. Hoy día, convertido en un experto contable, intenta estudiar teatro y canto (su verdadera vocación), pero padece un problema: cada vez que respira profundamente o expresa alguna emoción, se le provocan auténticas crisis de llanto que le molestan enormemente. Por otro lado, se queja de tener una sexualidad en la que no puede alcanzar el orgasmo, así como de padecer una fuerte angustia permanente y poco clara que le supone un serio problema para muchos de sus planes. Trabajando sobre su árbol genealógico, se pudo dar cuenta de que los nudos sadomasoquistas estaban muy presentes en su árbol: una educación «muy severa», castigos físicos, conflictos con sus parejas y relaciones familiares marcadas por la frialdad y la crueldad. Decía, sin embargo, tener una relación «muy fuerte» con su padre, pero cuando se le preguntaba cómo le trataba éste, se mostraba incapaz de nombrar ni un solo signo de afecto. Su padre le criticaba y le corregía constantemente y la relación entre ambos se sostenía esencialmente en eso.

Su acto de psicomagia consiste en conseguir un corsé ortopédico lo más parecido al que acostumbró llevar puesto y concertar una cita

con su padre. A esta cita debe acudir con una caja de bombones como muestra de su afecto filial, y le pedirá que se los coma mientras él golpea el corsé con un bate de béisbol al mismo tiempo que expresa ante él todos sus sufrimientos. Después, en compañía de su padre, irá a enterrar el corsé, que él previamente habrá pintado de dorado, y luego plantará un arbusto encima de la sepultura.

Caso 3. Núcleo incestuoso sadomasoquista: este consultante se quejaba de haber tenido una madre fría y severa que le había educado sin la menor ternura y que siempre se había negado a defenderle de los castigos físicos que le imponía su padre. Llegado a los 40 años, la ira que sentía contra su madre le impedía mantener unas relaciones normales y gratas con las mujeres y, muy a menudo, todo ello le producía incluso impotencia.

Se le sugirió pedir a una mujer dispuesta a ello que represente a la madre: desnuda y de rodillas, ésta se prestará a una flagelación simbólica donde él golpeará un cojín con su cinturón y, con cada «golpe», ella gemirá como si el cinturón hubiese azotado su espalda. A continuación, el consultante trazará sobre su espalda (con un lápiz de labios rojo) una serie de líneas que simularán las laceraciones causadas sobre la piel. Una vez finalizado el acto, él guardará el cinturón (convertido en el equivalente a un «objeto de poder» chamánico) y enterrará la barra de labios plantando después un arbusto encima de ella. En este caso en particular, el consultante se casó muy poco tiempo después con la joven mujer que se había prestado a este acto de psicomagia.

Núcleo y nudo narcisistas

El núcleo infantil y su destinación

El narcisismo es, ante todo, sentir amor por uno mismo. En este sentido, constituye una etapa fundamental para el niño/-a, que a través de su núcleo narcisista irá convirtiéndose en una persona autónoma respecto a su identificación con los padres, más en particular con su madre. Poco a poco irá reconociéndose en el espejo, afirmando (al principio, basándose en la negación) sus propias ideas y sus propios deseos, identificándose y llevando a cabo una exploración autoerótica de su cuerpo. Esta primera pulsión, consistente en experimentar placer tocándose a sí mismo, le conduce a la masturbación y lo introduce en una dualidad ambigua, porque la mano que toca es a su vez tocada por el cuerpo y el cuerpo tocado toca también la mano. En la autosatisfacción, todo el cuerpo se convierte en el Otro: si mi mano satisface a mi cuerpo, y mi cuerpo me satisface, la mano se convierte en un cuerpo entero que siente placer y el cuerpo que la mano toca se transforma, a su vez, en un cuerpo entero que produce placer. Se divide en dos: precisamente, ésta es la base del narcisismo. De ahí se deriva el placer de reconocerse en el espejo, y después en los otros, con el deseo de que el otro se nos parezca.

Estas etapas son fundamentales para poder acudir después con toda confianza al encuentro de la alteridad esencial del otro, y gozar también de quien no se nos parece pero nos enriquece.

El nudo o el núcleo narcisista adulto

La manera en que los padres hayan vivido su propio narcisismo es determinante para su capacidad de acompañar a su hijo/-a en el amor a sí mismo y en la aceptación del otro. Si se crea un nudo narcisista, el niño ya convertido en adulto seguirá parcialmente prisionero de su núcleo narcisista y será incapaz de entrar en relación con el otro, de compartir y de enriquecerse con esa alteridad.

El nudo narcisista se crea por un exceso de narcisismo o, por el contrario, a causa de una herida narcisista. Es muy frecuente que los hijos de un gran artista –con un narcisismo sumamente desarrollado– sufran por no ser nada más que meras réplicas de su padre o de su madre y padezcan un sentimiento de inexistencia.

La raíz profunda del narcisismo es la siguiente: el niño para vivir necesita ser amado, porque si no languidece, su personalidad estalla y él se destruye. Si no es querido por la madre o el padre –o por ninguno de los dos– se dispersa y se ama a sí mismo, se convierte en una fortaleza psíquica cimentada sobre dos sentimientos clave: el odio de la madre o del padre que no lo ha querido nunca y el dolor de no ser amado. Por culpa de ese odio y por rechazo a ese sufrimiento de no ser querido, él se encierra en el narcisismo. Y para vencer el núcleo narcisista es necesario perder el miedo al sufrimiento, decidirse voluntariamente a hacerle frente y aceptar los sentimientos negativos que fundamentan las bases del narcisismo.

El nudo narcisista por carencia: El nudo narcisista se crea cuando la extrema angustia de no haber sido querido/-a se ve compensada por un exceso de amor a sí mismo, como si la única persona digna de confianza fuera uno mismo. Éste es muy a menudo el caso de las personas que son muy carismáticas, que se han «hecho a sí mismas» pero que llegadas a la edad adulta no reconocen en el mundo nada más que su propio reflejo. El narcisista se ve obligado a enfrentarse constantemente al vacío de su auténtico ser. El Otro no existe, porque toda la energía del deseo, del amor, de la atención, la tiene concentrada en sí mismo. El mundo se convierte en una reserva de materia destinada a «convertirse en mí», a adquirir su carácter extraño y a amalgamarse con la única persona que existe: uno mismo. Un/una narcisista llega a este mundo para llevar a cabo actividades que lo representen –que sean características de él/ella– y con un profundo desprecio hacia la humanidad, porque nadie puede ser superior a él/ella. En el fondo, todo narcisista es un huérfano.

El nudo narcisista por exceso: Cuando dos personas que forman una pareja tienen nombres idénticos o similares (Luis y Luisa, Carla y Carlos, José y Josefina, Juan y Juana, Mario y María), son el anagrama del otro (como ya se vio antes) o ambos nombres tienen casi todas sus letras en común (Dora y Aldo, Simón y Noemí, Rosa y Carlos), es muy probable que esa pareja esté unida por nudos narcisistas y rechace, inconscientemente, cualquier aporte que les resulte externo a su pareja. La pareja narcisista se reúne por medio de un efecto espejo: nombres en consonancia o con significados similares, profesiones idénticas, igual origen geográfico, etcétera.

En los casos en que los nudos narcisistas sean muy poderosos, a los niños/-as les pondrán nombres iguales o muy similares a los de sus padres. Así, Juan y Juana pusieron a sus hijos los nombres de Juan Pablo y Juanita, mientras Carlos y Rosa les pusieron Carlitos y Rosita. Frente a parejas así, los niños no existen, no son otra cosa que una mera reproducción de sus padres. Despreciados como se ven, tampoco pueden crecer porque, si se convierten en adultos –tan importantes como sus padres–, éstos no lo soportarán, lo cual produce en los niños una gran dificultad para convertirse en ellos mismos y emerger del rol del espejo preestablecido (halagador o negativo) por sus padres.

Es decir: el narcisismo supone que no hay ninguna persona mejor que yo y que el narcisista sea siempre un huérfano, porque no ha tenido nunca un modelo parental o debido a que sus padres no le han dejado otra posibilidad que la de ser su reflejo. Cuando un/una narcisista encuentra a una persona que es superior a él/ella (en belleza física, en talento, etc.) tomará ese encuentro como una injusticia y será presa de una envidia insoportable, pudiendo incluso dedicar todas sus fuerzas en destrozar a quien le haya superado. La historia del arte es muy fecunda en estas rivalidades: Salieri contra Mozart, Nicanor Parra contra Pablo Neruda, Dalí contra Picasso, etcétera.

El nudo narcisista adulto en los cuatro centros

Núcleo narcisista intelectual: no escuchar a los demás, rechazo (o destrucción) de las ideas nuevas, incapacidad para el diálogo, incapacidad para cambiar el vocabulario y adaptarse al del otro, complacencia en la queja («No soy nadie», «No sé nada», «Tengo el espíritu poco claro»), ausencia de curiosidad intelectual, incapacidad para abrazar un sistema de pensamiento no habitual. El narcisismo intelectual consiste en monopolizar la conversación sin escuchar a los otros, escucharse sólo a uno mismo. Ciertas actitudes hipercríticas tienen su origen en el narcisismo: hay que demoler la forma de pensar del otro para afirmar la propia superioridad.

Núcleo narcisista afectivo: querer ser amado sin amar (el amor por uno mismo prevalece sobre el amor por el otro), rechazo de sentimientos que no se comprenden, búsqueda desenfrenada del «alma gemela» (la persona que será nuestro espejo amoroso). En el marco de un narcisismo herido, la persona en cuestión puede pasar su tiempo lamentándose, enumerando sus desgracias pasadas, presentes y futuras. El/la narcisista también puede querer absorber afectivamente al otro: puesto que ambos nos amamos, tú te conviertes en mí. Y además practica la caridad de una manera ostentosa con el único fin de ser admirado. El narcisista proyecta una imagen idealizada de sí mismo, aunque a su vez se ausenta de sí mismo en beneficio de la imagen que él ha creado. En sus relaciones emocionales, exige que la otra persona vea su personalidad más favorecedora y no su ser auténtico.

Núcleo narcisista sexual y creativo: estas dos formas de narcisismo se fundamentan en la masturbación como la mayor culminación creativa o sexual, sexualidad masturbatoria (exhibicionismo, utilización del otro para su propia masturbación), arte autorreferencial (autorretrato, autoficción, celebración del ego individual en el arte), utilizar la imagen de otro para luego imponerle los propios sufrimientos y exigencias narcisistas tomando el poder sobre él, es una conducta muy frecuente en el ámbito del narcisismo artístico (fotógrafos de modas, directores de escena). El nudo narcisista es, generalmente, muy evidente entre ciertos artistas, que se convierten en espectadores de sí mismos, llegando hasta el punto de hablar de sí mismo en tercera persona, como si se hubieran convertido en una marca. Igualmente, coleccionan los premios como si fueran pruebas de su esplendor.

Núcleo narcisista material: la persona mantiene una relación obsesiva con su propio cuerpo, que debe ser perfecto y plegarse a exigencias estéticas muy precisas. El culturismo, el modelaje o la mayoría de las artes escénicas (teatro, danza, etc.) sirven para estimular el núcleo narcisista de la misma manera que ocurre en el mundo del deporte, en el que sus divos se convierten en auténticos iconos: en estos casos al espectador no se le ve como un interlocutor, sino como un espejo. Pagar mucho por una escultura o un cuadro con el propio retrato, por un panteón grandioso, por un coche de lujo o por una mansión impresionante son manifestaciones características del narcisismo material, el narcisista también puede llegar a obsesionarse con los mínimos detalles de la decoración de sus propiedades, que él considerará como un espejo de sí mismo. Económicamente, el narcisismo consiste en gastar el dinero para mayor ornamento de sí mismo, de su propio mundo.

Algunos aspectos culturales y religiosos del núcleo narcisista

La sociedad actual –presentida por el escritor y filósofo francés Guy Debord como «la sociedad del espectáculo», y en la que el artista estadounidense Andy Warhol (gran narcisista por excelencia)

profetizó que cada uno querría tener sus quince minutos de gloria– está invadida por núcleos narcisistas mercantiles donde la celebración vacía de la notoriedad reenvía al espectador, a un mismo tiempo, a su propia insignificancia y a su sueño de ser –él también– el centro de todas las miradas. Las revistas *people* y del corazón, los concursos y programas *reality show* y el ideal de perfección –cada vez más inaccesible– de las fotografías retocadas para crear cuerpos imposibles acentúan el núcleo narcisista de la sociedad occidental.

Los *mignons* [hombres «bonitos»] del rey Enrique III de Francia se ataviaban y disfrazaban como su soberano. Estos fenómenos de imitación, aún en vigor en la *jet set* o en el mundo de la moda, están destinados a halagar el narcisismo de las personas poderosas con el fin de obtener sus favores. Todos los fenómenos que crean tendencia están incluidos en este núcleo.

Desde el punto de vista religioso, todas las prácticas basadas en la imitación y en la meditación están incluidas en el núcleo narcisista: la imitación de Cristo; la imitación de la Virgen; las prácticas tántricas, donde quien medita alcanza la divinidad; o el gurú indio Osho, que inventó la práctica de hacer llevar a sus discípulos un medallón ornamentado con su propia fotografía; el fanatismo y adulación a estrellas del cine o de una corriente espiritual provienen también de un núcleo narcisista; la corriente New Age –que puso el Yo en el centro de la búsqueda espiritual– facilitó desviaciones procedentes del nudo narcisista, como cuando un practicante espiritual particularmente inspirado exhibe ante sus compañeros o discípulos un estado de trance o de éxtasis tal que puede llegar a confundirse con un orgasmo en solitario.

Psicomagia y resolución del núcleo narcisista

En este núcleo es necesario distinguir entre dos tendencias. El narcisista que triunfa rara vez desea curarse, porque se encuentra apresado en la trampa de su propia satisfacción. Sin embargo, si su Ser esencial le llama (a través de una revelación o por medio de una prueba como una enfermedad, una mutilación o una humillación), él podría querer salir de su núcleo. El propio narcisista herido siente una auténtica avidez por reparar su propia imagen de sí, pero puede verse atrapado en un trance narcisista negativo («No valgo nada»).

Independizarse del espejo, del yo idealizado:

–Una persona que sea demasiado dependiente de su apariencia

física, deberá cambiar radicalmente su aspecto: rasurarse el cráneo o dejarse crecer una densa barba (en el caso de ser un hombre), cambiar el color del pelo, llevar durante algún tiempo una máscara de persona fea, salir a la calle con aspecto descuidado y hacer frente al yo oculto.

–Una persona excesivamente dependiente de su posición y de sus ventajas, deberá cambiar de estatus: ejercer un oficio humilde durante todo un día, llevar a cabo un peregrinaje de rodillas a un lugar sagrado, atreverse a presentar una creación artística intencionadamente deplorable ante un público condescendiente, llevar a cabo un acto de caridad anónimo (por ejemplo, una donación económica) comprometiéndose a que nadie lo sepa jamás.

Para restaurar un narcisismo herido:

–Si los padres eran muy narcisistas: crear una máscara con una foto del padre o de la madre y hacer dos agujeros a la altura de los ojos para poder ver, colocarse la máscara y vestirse como el progenitor/-ra para pasar todo un día en el pueblo o la ciudad disfrazado/-a de copia del padre o de la madre. Al final del día, hacer un paquete con la máscara y la ropa y devolvérselo al progenitor/-ra (o depositarlo sobre su tumba).

Para poder salir de una imagen de uno mismo infravalorada:

–Hacer el ejercicio del «cuerpo perfecto» (véase el capítulo 5, pág. 277) y a continuación escenificar ese cuerpo perfecto (utilizando un disfraz, maquillaje, pelucas o postizos, zapatos de tacón, etc.) y salir escoltado/-a por un grupo de siete amigos/-as, disfrazados con imitaciones ligeramente imperfectas y físicamente más pequeños/-as, a la calle principal de la ciudad donde se viva para ir a tomar allí una copa o comer algún dulce, como si se fuera un rey o una reina acompañado por su cohorte. Después, se seguirán utilizando cuantos elementos de la vestimenta se deseen seguir llevando puestos, mientras que el resto se guardará en una caja de color rosa (en el caso de una mujer) o de color azul (si se trata de un hombre).

Algunos casos que ilustran la resolución de un núcleo narcisista

Caso 1. Liberarse del espejo: un hombre de 31 años vino a consulta, era plenamente consciente del hecho de que su narcisismo, la obsesión que él sentía por su propia imagen, le impedía progresar. Muy decidido, solicitó un acto radical.

Romper todos los espejos de la casa, conservando solamente uno de diez centímetros de largo y diez de ancho para poder afeitarse.

Agradecimiento del consultante: Confirma que la rotura de los espejos había anulado la obsesión por su propio reflejo. Un día, mientras comía con una famosa y joven actriz, se percató de que ésta buscaba por todos los sitios su propio reflejo, incluso en el cuchillo con el que iba cortar la carne. Dijo que se sentía muy aliviado tras haber podido escapar de aquella trampa.

Caso 2. El actor y su imagen: un joven actor obsesionado por el éxito vino a consulta. Padecía una excesiva necesidad de ser visto, de existir a los ojos de los demás. El estudio de su árbol genealógico evidenció le existencia en él de importantes nudos narcisistas. Los padres mantenían una relación de espejo en la que los hijos no tenían cabida (ambos progenitores tenían el mismo nombre, en sus versiones masculina y femenina, y vivían según sus propias palabras «como dos mitades de una misma naranja»). En consecuencia, nunca habían prestado atención alguna a sus dos hijos, gemelos idénticos a los que, en ocasiones, tenían serias dificultades para distinguir al uno del otro.

En un primer momento, el actor debe marcar su territorio por todas partes donde quiera actuar, ser visto y ser reconocido (en los principales teatros de la ciudad, en los estudios de televisión, en los periódicos más importantes, en los locales más en boga, etc.) depositando en ellos algunas gotas de su orina, que llevará consigo en un frasco con cuentagotas.

En segundo lugar, debe hacerse maquillar por un profesional para parecer un hombre de 80 años e invitar a ciento ocho personas a una ceremonia que imite la ceremonia de entrega de un Oscar por toda su carrera (fabricar la estatuilla del Oscar, alquilar una sala, encontrar el correspondiente público, etc.).

Resultado: Un año más tarde el actor mostraba su agradecimiento en una carta. Después de estos dos actos, su carrera había dado un giro decisivo, convirtiéndose no sólo en un gran actor, sino también en director de escena, lo cual le hacía sentirse mucho más seguro de sí mismo.

Núcleo y nudo caníbales

El núcleo infantil y su destinación

Para el feto, el vientre materno es a la vez un lugar donde vivir y un alimento. Cuando el bebé comienza a respirar entra en el mundo del padre y el aire (simbólicamente paterno) llena sus pulmones. Después, la lactancia lo ligará a la madre, proveedora de amor y alimento. Luego, toda su alimentación (mental, emocional, sexual-creativa y material) le vendrá del entorno familiar. Esta fase de dependencia inicial e indispensable para el humano, que no nace con un sistema nervioso maduro –frente a la mayoría de los mamíferos–, es una etapa previa a su autonomía, o sea al momento en que no tendrá necesidad de una intervención activa del entorno para cargarse de energía vital.

Se podría decir igualmente que todo feto está creado por un alimento: el esperma masculino –alimento de la vagina y después del óvulo que lo absorberá–,que hace que la madre se convierta en madre. En la búsqueda del amor materno, se puede hallar el rastro de este deseo caníbal de devorar.

Bien acompañado por los padres, el núcleo caníbal se destapa y cae sobre la autonomía completa del niño. Si los padres pecan por exceso o por defecto, la persona permanecerá prisionera de su núcleo caníbal y buscará sin cesar a alguien a quien poder devorar, simbólicamente. No conocerá ni la autonomía ni la satisfacción y pasará el tiempo dando tumbos sin encontrar jamás su propio centro, presa de un hambre insaciable. En este sentido, se puede decir que la victoria completa sobre el núcleo caníbal consiste en desligarse de identificaciones familiares, sociales y culturales para poder identificarse con el Ser esencial, el dios interior, o sea la parte de nosotros que –por su perfección– nunca carece de nada.

El nudo o el núcleo caníbal adulto

El nudo caníbal proviene del hecho de que los padres, insaciables ellos mismos, devoran a su hijo/-a. Como la legendaria «cerda que devora a sus crías», ciertos padres tóxicos consideran a su hijo

como una fuente de energía, un manantial del que obtener agua, y devoran en el niño todo aquello que sus propios padres no les dieron.

El nudo caníbal por exceso: El padre o la madre sobrealimenta a su hijo/-a para comprar su cariño, invadir su espacio, robarle sus tiempos, hacer de él su público, su mejor amigo, su confidente, etc. Todas las propuestas relacionales, pues, están encaminadas a complacer al padre y no a satisfacer las necesidades del niño.

El nudo caníbal por carencia: Éste procede, por el contrario, de un rechazo del padre o la madre a dedicarse a su hijo/-a. En casos extremos, es la malnutrición o las privaciones de todo tipo las que engendran un hambre insaciable. Un niño al que nunca se le haya escuchado, puede trabar con sus padres un nudo caníbal que, al llegar a la edad adulta, no dejará de intentar ser tenido en cuenta y se negará a admitir que se le escucha o se le presta atención. Nunca dejará de reclamar más.

Ciertas personas llegan a la edad adulta privadas de toda energía, vacías de ellas mismas, y continúan, sin embargo, permaneciendo al servicio de unos padres que no les dan nada. Personas que han interpretado el nudo a favor de estos últimos y que han aceptado –a falta de otra opción– convertirse en la fuente de energía de sus padres. En ciertos árboles genealógicos se ven niños sacrificados que no llegan jamás a construirse una vida profesional o afectiva porque habían sido destinados desde siempre a ser «el bastón de la vejez» de su padre y de su madre.

Las peleas por las herencias hacen que los núcleos caníbales vuelvan a salir, dado que algunos herederos quieren absolutamente todo para ellos. De otro modo se sienten estafados... A través de las luchas a muerte por una casa, unos muebles o determinadas partes del negocio familiar, se manifiesta el antiguo núcleo caníbal del niño que reclama ser nutrido, saciado, colmado, amado.

El núcleo caníbal adulto en los cuatro centros

Núcleo caníbal intelectual: un intelecto insaciable, conflictivo, fundamentado en una necesidad excesiva de ser escuchado. La persona tiene una gran necesidad de que se le haga justicia y deja por completo de escuchar al otro, pierde toda receptividad. Los núcleos caníbales generan imitadores, ladrones de ideas que se apropian sin vergüenza alguna de las teorías de otros, así como buscadores insaciables, ávidos lectores o personas con ansia de conocimiento. Este núcleo es también el de los depredadores de energía mental, de

personas que hablan de ellas mismas durante horas y se enfadan si se las interrumpe. En el intelecto, el núcleo caníbal es el enemigo del intercambio.

Núcleo caníbal afectivo: la persona es insaciable y exige sin cesar que se le dé afecto, energía, pero nada llega a satisfacerla totalmente. El alcoholismo y la toxicomanía son derivaciones del canibalismo afectivo, porque aunque sus efectos sean físicos, ante todo son relacionales. La persona que depende de sustancias tóxicas devora a su entorno a la vez que se deja devorar por la sustancia que consume y que pretendidamente la alimenta. Los actos de devorar energía están incluidos en el núcleo caníbal: se trata de una persona que pasa su tiempo haciendo que se compadezcan de ella, llamando la atención sobre sí por medio de la pena, la ira, el miedo u otros sentimientos negativos.

Núcleo caníbal sexual-creativo: El canibalismo sexual conduce a devorar al otro directamente o bajo la forma de sus fluidos y excreciones diversas. El hecho de tragarse el esperma durante la felación puede, si es una práctica obsesiva, proceder de un núcleo caníbal. Son numerosos los idiomas que utilizan los verbos «comer», «chupar», «lamer» o «mamar» para hablar de la felación o del cunnilingus, siendo el semen y las secreciones femeninas la metáfora de la leche materna. Tragar el esperma se convierte, asimismo, en devorar niños futuros. Las conductas adictivas proceden de un núcleo caníbal: insaciabilidad, ninfomanía y donjuanismo, adicciones sexuales, etc. En el plano creativo, el caníbal roba su inspiración a otros artistas, se convierte en comentarista o imitador y reemplaza el arte por la cita, el collage y el préstamo. Se puede decir que un buen falsificador es un caníbal artístico. Ciertos artistas de la escena o la televisión, ávidos de ser reconocidos por el público (en realidad, por los padres) pueden llegar a hacer cosas extremas con tal de ser vistos.

Núcleo caníbal material: la bulimia y la anorexia. En el primer caso se trata de devorar al otro; en el segundo, de devorarse a uno mismo. Los coleccionistas insaciables son también caníbales (sobre todo, cuando coleccionan objetos relacionados con una persona en concreto). El sobreendeudamiento enfermizo es también una materialización del canibalismo: se trata de devorar el dinero sin fin, hasta que una estructura superior (el Estado o un organismo de ayuda) termina por pagar, es como volver de nuevo a alimentarse simbólicamente de las energías de los padres. La adicción al juego procede asimismo del canibalismo, sobre todo si la persona

pone en peligro a su familia jugándose todo el dinero. Todos los derivados de la sociedad capitalista ponen de manifiesto la existencia del canibalismo, como ya señaló Emile Zola en su obra *Germinal* cuando habla de la mina «devoradora de hombres». La explotación a ultranza es caníbal, al igual que las estafas, la especulación financiera y toda suerte de acumulación ilimitada. Detrás de la energía representada por el dinero siempre está la vida, el tiempo, la carne de otros que son devorados. La fórmula de referencia podría ser «Comer o ser comido». Piratas, ladrones y estafadores son caníbales: el dinero del que se apropian representa la energía de los demás. Los caníbales del tiempo devoran el tiempo de los demás mientras que los caníbales del espacio jamás tienen sitio suficiente.

Algunos aspectos culturales y religiosos del núcleo caníbal

Veamos un hecho reciente ocurrido en México: un loco mató a su madre y luego la devoró, una vez comido el cadáver murió de hambre tras negarse a ingerir cualquier otra cosa. Devorar a la propia madre equivale a devorar a una divinidad, y se podría aventurar que la eucaristía cristiana, en la que los creyentes comen el cuerpo de Cristo, es un derivado sublime de este tipo de canibalismo.

El mito griego del dios Cronos (el Tiempo), que devoró a sus hijos para evitar ser suplantado por ellos, remite al deseo de vivir eternamente. Uno se come a sus propios hijos para rejuvenecer, no para desaparecer. En la década de los años 1980, la cosmética comenzó a utilizar extractos de placenta en las cremas de belleza para mujeres, a las que se las denominaba cremas «de células vivas», que tuvieron un enorme éxito. Los cuestionamientos éticos más recientes, relativos a si se debe engendrar un feto con fines exclusivamente terapéuticos, demuestran la existencia de una amplia problemática acerca del núcleo caníbal.

En el plano religioso, el modelo de las sectas que devoran a sus adeptos (con la finalidad de apropiarse de sus bienes, con abusos sexuales o afectivos o aplicando el lavado de cerebro) procede de este mismo núcleo, siendo de igual naturaleza y condición que los totalitarismos con sus campos de concentración, donde la vida humana se ve reducida a una simple fuerza de trabajo sujeta a prestaciones de conveniencia (peor aún los excesos caníbales del régimen hitleriano, que les llevó a fabricar jabón y otros productos de consumo con los restos de las personas masacradas en dichos campos).

Psicomagia y resolución del núcleo caníbal

Este núcleo presenta dos aspectos principales: comer y ser comido. El primer aspecto trata de las insatisfacciones más tenaces y su compensación, insatisfacciones que con mucha frecuencia son autodestructivas: conductas toxicómanas, compulsivas y autopunitivas. El segundo aspecto nos remite a la angustia de ser devorado por el árbol genealógico. En realidad, toda la tradición de las películas de terror, con sus zombies, vampiros y predadores sin escrúpulos, nos remiten a la angustia de ser devorados por el clan familiar.

«Comer», deshacerse del propio núcleo caníbal:

Según la importancia de las necesidades que no hayan sido atendidas, la resolución del nudo puede ser objeto de un auténtico trayecto terapéutico. Consecuentemente, sería vano pretender que se pueda curar una bulimia o una anorexia de muchos años por medio de un solo acto de psicomagia. Igualmente, las dependencias de sustancias tóxicas (alcohol, tabaco o drogas) no pueden desaparecer en un día sino que es necesario emprender un verdadero proceso de desintoxicación (destete) para lo cual, generalmente, será indispensable contar con ayuda externa. Sin embargo, un acto de psicomagia siempre podrá concretar esa decisión de liberarse de una adicción, además de permitir hacer frente a la raíz de dicha dependencia. No vamos a dar aquí actos generales porque, en este ámbito, sólo puede tenerse en cuenta el caso particular, pues tanto las razones como las formas de adicción varían según las personas. Los casos particulares que siguen a continuación ilustran, todos ellos, la manera en la que se puede reemplazar una necesidad artificial y tóxica por un símbolo que remita a la Conciencia como alimento universal.

–Toxicomanía: el consultante era heroinómano y acudía en busca de «una buena razón» para iniciar una cura de desintoxicación.

Su acto de psicomagia consistió en que el consultante paseara durante todo un día cargando sobre su espalda un gran reloj de pared, para que ser consciente del tiempo que nos ha sido concedido y del peso de la vida.

–Alcoholismo: esta mujer había comenzado a beber como su madre, fallecida por una cirrosis hepática. Su madre no bebía nada más que whisky. La consultante se veía incapaz de dejar de beber, pero quería disminuir su consumo de alcohol y no volver a caer en los excesos propios de la ebriedad, en los que acababa mutilándose, poniendo en peligro su vida o quedando inconsciente.

Su acto de psicomagia consistió en bendecir una botella de excelente whisky a la curación simbólica, sin beber de ella una sola gota, y después pegar una fotografía de su madre en la botella y utilizar el whisky para darse un masaje todas las noches antes de dormir mientras rezaba, sin necesidad de que todo ello pasara por episodios de embriaguez extrema.

–Tabaquismo: este hombre quería dejar de fumar, era católico y no le interesaban en absoluto las razones psicológicas que le habían empujado hasta el tabaco: él quería simplemente salir de su dependencia.

Su acto de psicomagia consistió en recopilar los palillos que le daban en los restaurantes japoneses y luego recortarlos hasta que tuvieran el tamaño de un cigarrillo. Cada vez que sintiera deseos de fumar, tendría que mojar uno de dichos palillos en agua bendita y, a continuación, introducirlo en la boca. Este ritual sirve para que el fumador se vuelva consciente de su acto, que podrá ser suprimido si la persona, en el momento de fumar, lo hace con una conciencia total, como si fuera una meditación (cómo sale el cigarrillo del paquete, cómo se enciende, el trayecto del humo hasta los pulmones, etc.).

En el caso de esta fumadora compulsiva, que quería dejar de fumar pero que cuando habla de cigarrillos dice con aire glotón «Me gustan, es que me gustan demasiado... ¡Me los podría fumar de dos en dos o de cuatro en cuatro!», el acto será diferente en su forma, pero con el mismo objetivo: ser consciente de su gesto. En esta ocasión, su acto de psicomagia consistió en que, cada vez que le viniera el deseo de fumar, no tendría que encender un cigarrillo sino seis al mismo tiempo.

–Bulimia: se trata siempre de plantearse la cuestión de fondo, ¿qué o a quién me como cuando engordo? Y luego, comérselo metafóricamente. Para una consultante que relacionaba claramente su bulimia a su insatisfacción sexual:

Introducir en la vagina un poco del alimento que se vaya a comer (respetando las reglas de profilaxis elementales, pudiendo hacer uso para ello de un preservativo). Luego, pasados unos instantes sacarlo, comerlo y, si se ha usado un preservativo, enterrarlo y plantar encima una planta florida.

Otra consultante decía estar asqueada por «toda esa mierda» que tragaba, y por otra parte relacionaba su bulimia con los hábitos alimentarios de su familia:

Deshacerse de toda la vajilla heredada de la familia: platos hondos, platos llanos, cubiertos, etc. Después, y durante veintiún días,

comer todo cuanto quiera a condición de que los alimentos se sirvan en un orinal propio.

«Ser comido», escapar del canibalismo del árbol genealógico:

–Haber sido un niño/-a de sustitución: desde que alguien viene al mundo para reemplazar a alguien muerto (ya sea un hermano/-a fallecido antes de su nacimiento, o un miembro del árbol genealógico de quien lleva el nombre y, por consiguiente, comparte el mismo destino), esa persona se puede considerar devorada por el árbol. Esa privación de la identidad individual se corresponde simbólicamente con un sacrificio humano. El niño de sustitución es «devorado» por aquél o aquélla a quien está reemplazando y, al mismo tiempo, por el apetito de los miembros de la familia que tienen «hambre» de su desaparecido y utilizan a un tercero para calmar dicho apetito.

El acto de psicomagia consistirá en comprar una gran cantidad de mazapán (equivalente al peso de un bebé de entre dos y cuatro kilos), que la persona extenderá sobre su cuerpo desde la medianoche hasta las tres de la madrugada. Debe dejar que el mazapán absorba simbólicamente la identidad del difunto por el que uno ha sido colonizado, así como los sufrimientos que esta sustitución le hayan ocasionado. Es posible que esa persona pueda llegar a quedarse dormida, pero el acto no se verá afectado, en absoluto, por tal circunstancia. A continuación, y utilizando ese mismo mazapán, deberá hacer una escultura del bebé o del personaje que llevara en sí y devolvérselo a los padres (o llevarlo a su tumba, si fuera el caso) para que se lo coman. Si se trata de un fallecido que en su momento no tuvo sepultura, enterrarlo y plantar un arbusto.

–Padres invasores: numerosos consultantes sienten que sus invasores padres les impiden vivir, incluso llegados a adultos. Esta invasión puede ser concreta (llamadas de teléfono, presencia física, peticiones incesantes, etc.) o más abstracta (opiniones de los padres, sus actos, su actitud, que puede invadir la vida psicológica del consultante). La solución consiste en reconocer esta invasión sin pretender deshacerse de ella, sino limitándola a un lugar y unas acciones simbólicas con el fin de que no se introduzca en toda la vida de la persona. A ese padre o esa madre que se apodera de «todo el sitio» se le otorgará un espacio real, pero reducido.

Adquirir una jaula para pájaros y colocar dentro de la misma una efigie del padre, de la madre o de ambos (una fotografía o una muñeca adornada con una foto). La jaula se acondicionará confortablemente y los padres tratados como divinidades a las que habrá

que dar de comer a diario en una vajilla de juguete comida cocinada por el/la consultante. Una vela, algunas flores y un bastoncillo de incienso pueden completar este altar, que deberá permanecer cerrado con llave. En el caso de que los padres fueran particularmente invasores se puede reforzar la jaula con rejilla de gallinero. Cuando el consultante tenga que ir de viaje, deberá encontrar a alguien que se encargue de «dar de comer» a los padres encerrados en la jaula, de igual manera que se haría con los animales domésticos o con las plantas de la casa. Este acto durará el tiempo que sea necesario hasta que el consultante se sienta autónomo y liberado de esa invasión. Una vez que haya llegado ese momento, se enterrará la jaula y las efigies de ambos progenitores, la vajilla de juguete y todo cuanto haya sido utilizado en ese acto, plantando después un arbusto encima.

–Canibalismo e infravaloración: una persona que, durante toda su infancia, ha sido devorada por su entorno familiar sin recibir nada a cambio, se encuentra generalmente en un estado de baja autoestima y se siente privada de su fuerza vital. Con bastante frecuencia se pueden encontrar consultantes así, reducidos a un trabajo carente de interés, privados de un círculo de amigos con el que poder contar, viviendo a veces muy cerca de sus padres (incluso en su propia casa) y siempre esperando ser tenidos en cuenta, vistos y reconocidos por ellos. Esto es algo que puede durar hasta la muerte de los padres o incluso continuar después.

Antes de sacrificarse en ese núcleo caníbal, se puede tomar la valerosa decisión de dejar detrás de sí la antigua personalidad, de la misma manera que una lagartija sacrifica su cola frente un predador. Es decir, abandonar una parte que ya resulta inútil para que siga siendo presa del árbol, y así poder revivir bajo otra identidad. Un psicorritual de muerte simbólica y de resurrección es la solución más radical y eficaz, porque por medio del mismo se sacrifica la antigua piel para volver a la vida en tanto que Ser esencial bajo una nueva identidad.

Para este psicorritual es necesario conseguir al menos dos cómplices (un hombre y una mujer) y un máximo de catorce personas, conservando preferentemente la paridad hombre-mujer (que representarían a las siete parejas principales de un árbol genealógico sano). Este acto se llevará a cabo en plena naturaleza, en una época del año lo suficientemente calurosa como para poder cavar la tierra y ponerse dentro de un agujero. El/la consultante llegará hasta el lugar ataviado con ropa vieja (que simbolizará su antigua personalidad, permanentemente devorada por el árbol genealógico) y con la ayuda de sus aliados cavará un agujero en la tierra lo suficientemente grande como para poder yacer en él. A continuación, el/la consultante pronunciará su propia oración fúnebre describiendo en ella todos los sacrificios, fracasos y sufrimientos de esa persona que va a desaparecer. Una vez pronunciada, el/la consultante simulará su propia muerte (como desee) y se enterrará en el agujero con su ropa vieja como mortaja. Los asistentes cubrirán todo el cuerpo con tierra salvo la cara, que quedará libre para poder respirar, y encima de ella se colocará un velo de color negro para que no entre la luz, pero sí el aire. La persona permanecerá echada de esta manera unos veinte minutos, o más si lo desea: el tiempo necesario para dejar morir todo aquello que no se quiere. Los asistentes la velarán sentados alrededor de la tumba y en silencio. Cuando la persona en cuestión sienta que todo lo que debía morir ha sido ya absorbido por la tierra y que ha llegado el momento de vivir, pronunciará su nuevo nombre en voz muy alta. Ésa será la señal de la resurrección. Entonces, los asistentes la ayudarán a emerger de la tierra, donde la persona dejará su ropa vieja y encima de la cual plantará un árbol. Los asistentes lavarán al ser recientemente resucitado con agua bendita (el modo de bendecir el agua dependerá de la religión, creencias o filosofía de la persona). Vestido/-a de pies a cabeza con su nueva vestimenta, con un nombre nuevo, el/la consultante irá enseguida a festejar el acontecimiento junto con los testigos de esta resurrección.

Para que los beneficios de este acto sean perdurables, no hace falta más que no permitir que te llamen por el antiguo nombre (salvo, claro está, por razones administrativas) y, muy particularmente, imponer a la familia el uso del nuevo nombre de pila.

Algunos casos que ilustran la resolución de un núcleo caníbal

Caso 1. El árbol muerto: tras el estudio de su árbol genealógico, este consultante se dio cuenta de que no había nada, en las cuatro generaciones que le habían precedido, que lo alimentara. Todo el árbol estaba «muerto», no había en él ninguna transmisión de vida, de sentido, de amor, tampoco de creatividad. El consultante estaba atrapado en un momento de angustia ante la idea de formar parte de ese conjunto carente de vida alguna.

Para que pudiera hacer frente a su propia vitalidad, y al hecho de que puede «nutrirse» de fuerzas que van mucho más allá de su árbol genealógico, su acto de psicomagia consiste en hallar en la

naturaleza un árbol muerto. Él mismo se procurará los medios precisos para arrancarlo (con la mano si el árbol es fino o mecánicos, si es muy grueso). Una vez sacado el árbol de la tierra, el consultante encenderá una fogata con él e invitará a sus amigos a comer carne u verduras a la parrilla, boniatos con malvaviscos asados en las brasas. Luego, en el lugar donde estaba el árbol muerto, replantar uno vivo al cual las cenizas del banquete servirán de abono.

Caso 2. La madre al teléfono: éste es un caso que en apariencia puede resultar simple y banal. La madre de esta consultante la llamaba varias veces al día para mantener con ella conversaciones interminables. Ella, por su parte, se sentía culpable ante la idea de no responder a las llamadas o de acortar las conversaciones, pero reconocía, también, que esa madre invasora «le comía toda su energía». Hay que añadir que esta consultante era psicóloga y psicoanalista de profesión, y que tenía problemas de peso, lo que mostraba la potencia del nudo caníbal con la madre.

La consultante necesitará un teléfono que permita ver el número de la llamada entrante y una caja en forma de corazón. Cada vez que sea capaz de resistir el impulso de descolgarlo cuando vea que es su madre quien llama, guardará un billete en la caja (por ejemplo, de 10 euros): si lo descuelga pero acorta la conversación, meterá en la caja una moneda cuyo valor sea proporcional a la duración de la conversación. Una vez que la caja esté llena, debe comprarse cualquier cosa que le guste. (La consultante eligió una cena en un restaurante gastronómico, momento que marcó el inicio de un período de sano adelgazamiento.)

Resultado de este acto: la consultante logró reducir el ritmo de llamadas quedando en una a la semana.

Núcleo social y neurosis social

El núcleo infantil y su destinación

Desde su nacimiento, el niño/-a entra en un sistema familiar que es su primera referencia y una de cuyas misiones es formarle para que se convierta en un ser singular y sociable al mismo tiempo. Toda la relación del individuo con la sociedad se produce, en un primer momento, en el seno del clan. La primera necesidad del niño, antes de integrarse y diferenciarse socialmente, es su integración en el seno del clan. Idealmente, los padres deberán ser capaces de permitir al niño que se desenvuelva en cualquier clase de sociedad conservando siempre su soberanía intelectual, afectiva, sexual-creativa y material.

Cuando el entorno familiar manifiesta de algún modo una neurosis social, el niño la absorberá como si formara parte integrante de su formación. Perderá entonces la capacidad de referirse a su propia verdad (sus ideas, sus sentimientos, sus deseos, sus auténticas necesidades) y se verá movido, hasta en su realidad más íntima, por las concepciones o las tensiones sociales heredadas del árbol genealógico, que serán las que sustituyan a su ser auténtico. Por ello el color de piel, el origen social, el apellido o las militancias políticas o partidistas impondrán su huella sobre la soberanía individual. En tales casos habrá que hablar, pues, de un nudo de neurosis social.

El ser esencial es metasocial. La tradición cuenta que, al final de su vida, al sabio chino Lao Tsé (o Laozi) se le ofreció el cargo de primer ministro y que por toda respuesta corrió a lavarse bien las orejas: para él, el poder no podía reemplazar a una postura política.

La neurosis social como nudo

Cuando los padres son socialmente racistas o corporativistas, o sea cuando sienten horror ante la diferencia (la suya o la de un grupo concreto), tiñen la atmósfera familiar con su desprecio, con su sentimiento de superioridad o bien humillándola. Esto puede producir en el niño/-a una identificación con su familia y con un gru-

po en particular –excluyendo cualquier otro al considerarlo enemigo, peligroso o despreciable.

Pero los nudos de neurosis social más poderosos son los que enfrentan a dos partes de la familia de manera implícita o manifiesta: diferencias raciales, sociales, económicas, culturales, religiosas o intelectuales entre el árbol materno y el paterno. Es muy frecuente que la familia política no acepte al yerno («Es un miserable, un aventurero, inferior socialmente, no sirve para nada...») o a la nuera («Es una idiota, una advenediza, poco refinada, está divorciada, no es virgen...»). Cada vez que una familia se niega a aceptar la elección amorosa de uno de sus descendientes, es muy probable que se produzca una neurosis social que llegará a afectar a los hijos de ese matrimonio «mixto».

Por otro lado, un padre o una madre que haya sufrido durante su infancia una fuerte injusticia social, puede transmitir a sus hijos los rastros de ese sufrimiento, bien sea pidiéndoles implícitamente que lo reparen o esperando que ellos vivan la vida con la misma intensidad que él/ella: es el caso de un hombre superviviente de los campos de concentración que logró crear tras la guerra una vida familiar, pero exigía a sus hijos que besaran, todas las noches, el tatuaje del campo que él no había sido capaz de borrar de su brazo.

Este nudo está casi siempre ligado a una exigencia afectiva derivada de una posición social. Una licenciatura, un oficio, un compromiso, un color de piel o un título determinado se convierten en la condición bajo la cual la persona se siente querida, aceptada e investida del derecho a existir: pero he aquí el caso de una mujer –hija de una familia obrera– que consiguió ser veterinaria y que en apariencia había alcanzado un gran éxito en su vida, sin embargo toda su familia, considerando que su evolución social había sido una traición hacia ellos, le reprochaba que se hubiera «pasado al bando de la burguesía»; desesperada por este repudio del clan, la joven mujer decidió abandonar su profesión para trabajar como cajera en un supermercado, y la familia le abrió de nuevo sus puertas.

Este nudo de neurosis encierra al individuo en su definición social, prohibiéndole comportarse como lo que en realidad es: un ser humano.

El núcleo de neurosis social en los cuatro centros

Núcleo de neurosis social intelectual: definirse y definir a los demás por los estudios que tienen o no y por su nivel lingüístico (gramática, vocabulario, ortografía); identificarse con un dialecto o un argot en particular y ser incapaz de hablar la lengua materna en todos sus registros; sufrir durante toda la vida por no haber podido aprobar una oposición u obtenido un diploma; comprar un título nobiliario; sentir orgullo o vergüenza del apellido de familia; todo sentimiento de superioridad o inferioridad vinculado a una creencia religiosa, una raza o una cultura en concreto.

Núcleo de neurosis social afectiva: el odio de clase; el resentimiento histórico hacia uno u otro poder o país; el miedo o el aborrecimiento irresistible hacia una clase social, una raza o un grupo religioso en particular; cualquier sentimiento negativo irracional vinculado a la pertenencia social; inversamente, los sueños románticos ligados a la nobleza, a la *jet set*, a posiciones sociales consideradas como superiores; enamorarse por admiración social; y en su extremo, el carácter mundano compulsivo y la misantropía proceden también de este mismo núcleo, porque la persona en cuestión es incapaz de estar sola (en el primer caso) o acompañada (en el segundo).

Núcleo de neurosis social sexual y creativa: toda excitación o rechazo sexual directamente ligados a la posición social del otro, a su raza, a su pertenencia cultural o religiosa; no poder desear nada más que a un «inferior» o a un «superior»; en el artista existe neurosis social cuando su deseo de éxito lo antepone al amor a la obra.

Núcleo de neurosis social material: ser incapaz de ganarse la vida por lealtad al árbol genealógico (vivir en la pobreza) o sentirse obligado a ganar más dinero por lealtad al clan (trabajando más allá de lo razonable); cualquier tipo de ostentación, como querer llevar ropa y accesorios de marca o sus imitaciones; querer poseer signos externos de riqueza (diferentes según las culturas); el arribismo frenético es también un signo de neurosis social, igualmente marcado este núcleo más o menos según los sacrificios que suponga.

Algunos aspectos culturales y religiosos de la neurosis social

Por regla general, toda sociedad es injusta con una parte de los individuos que la integran. Así pues, toda sociedad provoca sufrimiento además de neurosis social. Como compensación, ella misma destila ideales más o menos realizables que se encarnan siempre en la clase dirigente: la corte de los reyes de Francia; la alta sociedad noble y burguesa tal como Marcel Proust la describió en sus novelas; hoy en día es la *jet set* internacional o el panteón de estrellas hollywoodienses, referencias idealizadas que sirven como puntos de referencia; los cuentos de hadas antiguos o modernos como la lote-

ría pertenecen también a la neurosis social porque nos remiten al sueño imposible de cambiar de estatus por medio de la magia.

Todo ser humano es en realidad planetario, como empezamos ya a darnos cuenta al percibir los peligros de una catástrofe ecológica, que nos concierne a todos. Toda identificación estricta de un individuo con un país en particular procede de una neurosis social: un ser evolucionado no se define por su nacionalidad, incluso aunque reconozca haber crecido en tal entorno, hablar tal lengua materna o tener tal educación.

Los movimientos de inmigración producen neurosis social, pues para ser integrados por la sociedad de acogida los inmigrantes deben aceptar desde un primer momento unas condiciones de vida mucho más duras, desde cualquier punto de vista, que los nativos del país en el que se han instalado.

Finalmente, toda religión o práctica espiritual que haya sufrido una invasión colonialista (recordemos los antiguos lugares de culto del centro y sur de América sobre los cuales los conquistadores cristianos construyeron sus iglesias) puede llegar a resurgir teñida de neurosis social: ciertas ramas del chamanismo de hoy, donde los «iniciados» venden a los occidentales por grandes sumas de dinero los secretos de sus tradiciones, remiten tanto a una revancha social como a un compartir el saber.

Psicomagia y resolución de la neurosis social

Los actos psicomágicos presentados anteriormente son individuales y básicamente su finalidad es servir de inspiración. Como las diferentes caras de la neurosis social varían según las culturas, las sociedades o las épocas, resulta difícil proponer actos que puedan servir a todos puesto que los datos cambian. Pero el espíritu de estos actos de psicomagia es válido para numerosas personas.

Obtener el «indispensable» diploma:

–Cuando una persona sufre más allá de lo razonable por no haber podido obtener, en un momento dado de sus estudios, un diploma determinado u obtenido el resultado que esperaba en una oposición o un concurso de méritos, la psicomagia puede ayudar a resolver esa fijación alcanzando metafóricamente el éxito soñado:

Conseguir que una persona de confianza que posea el diploma o certificado que se desea preste al/la consultante ese trozo de papel. Escanearlo, archivarlo en el ordenador y cambiar el nombre del titular por el nuestro y hacer una copia que duplique el tamaño del

original. Después, exponerla en un lugar destacado de la casa (el salón, por ejemplo) o donde se trabaje.

Este acto tiene como objetivo deshacer la fijación infantil de pretender poseer oficialmente un título que no se tiene.

Miedo a la miseria:

–La miseria es el punto de partida y el punto final de cualquier neurosis social. Una persona en esta situación se encuentra totalmente desclasada y desconectada de la sociedad, de ahí que numerosos nudos de neurosis social se sustenten en la obsesión, el miedo o la amenaza de la miseria. Puede ser necesario el enfrentarse a esta angustia para comprender que se puede existir más allá de las definiciones y dificultades sociales. Vivir una situación de «miseria» voluntaria durante un día puede permitirnos profundizar en las reservas más profundas: las que están en nosotros (el talento, la valentía) y las que la benevolencia del mundo nos puede ofrecer (sincronía, generosidad inesperada de personas desconocidas, organismos de caridad).

El acto consiste en sacar un billete para ir a una ciudad desconocida, viajar hasta allí sin dinero ni otros recursos (tarjeta de crédito o móvil) y vivir en ella durante 24 horas en la misma situación que una persona sin medios ni domicilio fijo. Asimismo, habrá que regresar hasta la propia casa sin que importe el medio utilizado.

No se trata de exponerse al peligro físico, por lo cual es necesario tomar determinadas precauciones de sentido común. El objetivo de este acto es llegar a experimentar una seguridad vital independientemente del dinero y de las normas sociales en vigor.

Lluvia de dinero:

–La neurosis social está frecuentemente vinculada con un concepto limitado del dinero: dinero negro, direro nacido de un esfuerzo doloroso, dinero inaccesible, etc. Para restituirle su dimensión de energía viva y lavarlo metafóricamente para liberarlo de todas las connotaciones negativas que el árbol genealógico haya podido imprimir en él, se puede llevar a cabo el siguiente acto:

Pedir prestada una suma importante de dinero con la que podríamos vivir todo un año sin trabajar. Perfumar uno a uno todos los billetes con una esencia que luego guardaremos e ir a tomar una «ducha». Una vez desnudo/-a y dentro de la bañera, hacer caer los billetes sobre sí para absorber metafóricamente su fuerza a través de la piel. Después, restituir en dinero «enriquecido» por este aroma

tan agradable a su/sus propietario/-os. El perfume en cuestión se transformará en «perfume de poder» como ocurre entre los chamanes caribeños: dado que los mensajes olfativos tienen un impacto muy enérgico sobre el Inconsciente, este perfume recordará siempre a la persona su riqueza posible.

Algunos casos que ilustran la resolución de una neurosis social

Caso 1. Neurosis social y sexualidad: la consultante, afectada por una fuerte neurosis social, sueña con ser aristócrata. Su madre, nacida en un linaje en decadencia (una familia burguesa empobrecida desde dos generaciones atrás), despreciaba a su padre, un obrero enriquecido. Siendo niña, había crecido en medio de este conflicto, absorbiendo los sueños de grandeza de su madre. Hablaba con un acento muy distinguido, propio de la clase social a la que aspiraba pertenecer alguna vez, y sufría frigidez crónica. Sus compañeros sexuales eran siempre hombres delicados y bien educados que no la satisfacían. Al estudiar su árbol genealógico e interrogarla se hizo evidente que lo que ella deseaba profundamente era hacer el amor con un hombre como su padre: procedente de un medio obrero. Finalmente, solicitó un acto de psicomagia. Es preciso resaltar aquí que esta consultante ya estaba familiarizada con las técnicas del autor y que empleó, para este acto, a un buen amigo suyo que conocía también la psicomagia.

Vestida de conserje, limpia los baños de un tercer piso (el número 3 representa el triángulo edípico). Un compañero suyo, masajista de profesión y de 50 años de edad, ha aceptado prestarse al juego. Éste, ataviado con un mono, asume el aspecto de un obrero y se dirige al edificio en cuestión a la hora prevista y entra en los aseos, donde teatralmente imita el gesto de violarla. Ella, que estaba al corriente de cuanto iba a suceder, tenía la posibilidad de rechazarlo o no, según su voluntad.

Resultado del acto: la consultante, tras haber decidido continuar con la práctica sexual hasta el final, experimentó su primer orgasmo compartido a la edad de 40 años gracias a esta puesta en escena.

Caso 2. Reconciliarse con la parte despreciada de un árbol genealógico mestizo: cuando las dos partes del árbol están en una situación de conflicto o mantienen una relación de desigualdad social, el niño/-a va interiorizando este conflicto en su psique. Ese núcleo produce una fuerte infravaloración y hace muy difícil vivir como un todo integrado, porque la persona afectada se siente compuesta por dos

partes en conflicto, la una contra la otra. En el caso de un niño/-a mestizo, la contradicción de las proyecciones físicas puede ser vivida de manera particularmente dolorosa, pues una de las dos partes del árbol no reconocerá al mestizo como «propio».

Una mujer euroasiática (madre francesa y padre vietnamita) nacida en Francia, pero con rasgos orientales fuertemente marcados, se sentía inadaptada y sufría muy especialmente porque no se parecía a su madre, rubia y con ojos azules y a quien ella consideraba una encarnación de la belleza femenina. Rechazaba la cultura del árbol paterno (no le gustaba la comida vietnamita, no hablaba el idioma, ignoraba la historia de Vietnam, etc.) y vivía como una persona inútil y sin valor alguno. El estudio de su árbol genealógico la hizo plenamente consciente de su condición de mestiza en un contexto postcolonial en el que Francia era el referente estable y dominante.

Se le pidió que metiera un hueso de mango en agua hasta que echase raíces. Después, tomar un avión para descubrir el Vietnam que ella no conocía y reencontrarse con su familia paterna. Plantar el hueso del mango en tierra vietnamita para simbolizar así su pertenencia al árbol genealógico paterno.

Realización y resultado del acto: al llegar a la capital, Hanoi, ella se podrá dar cuenta con estupefacción que sus primos vietnamitas, que la reciben con mucho cariño, tienen un vergel donde crecen gran cantidad de mangos. Ella plantará allí el suyo, tendrá una excelente estancia en Vietnam y se dará cuenta de que allí todos han reparado en los rasgos occidentales de su físico. Regresará sintiendo un profundo respeto por aquella cultura que ha descubierto y que le ha hecho a sentir un mayor aprecio hacia ella misma.

Caso 3. Liberarse de los horrores de la Historia: el consultante que solicitó este acto era descendiente de dos familias judías askenazíes, no sefarditas, cuyos miembros salvo los padres habían muerto en campos de concentración nazis. Sus padres huyeron de Europa justo a tiempo de ser salvados, pero perdieron a toda su familia durante la *shoah* (holocausto). Todo el peso de esta tragedia histórica había recaído sobre nuestro consultante, quien disfrutaba de un brillante éxito social en un ámbito donde se aburría y sufría. Trabajaba hasta setenta horas semanales para estar «al abrigo de cualquier necesidad», sin percibir jamás que sus esfuerzos fueran suficientes para liberarlo de la desmesurada tragedia que pesaba sobre él. Vino a ver a Alejandro Jodorowsky y le dijo: «Sus orígenes judíos

me tranquilizan, y a nadie salvo a usted podría contarle mi problema, pues quiero verme liberado de la *shoah*».

En su caso, el acto de psicomagia es tan extremo como extrema era la carga histórica que pesaba sobre este consultante. Debía cargar sobre su espalda, caminando durante cuatro kilómetros, un saco con cuarenta kilos de despojos (huesos, piel, grasa y carne) comprados en una carnicería hasta un claro en el bosque, donde tenía que quemarlos al aire libre. Después, embadurnado con las cenizas de ese holocausto y vestido con un pijama a rayas, tenía que visitar a sus padres y decirles: «Tengo necesidad de utilizar vuestro cuarto de baño». A continuación tomar una ducha y, vestido ahora con ropa suya nueva, pedir a sus padres que lo acompañen a enterrar el pijama a rayas, sobre el cual plantarán un árbol frutal.

Resultado del acto: el consultante, diez años después, ha reorientado su carrera profesional y su vida personal en un sentido que le satisfacen plenamente. Ha iniciado su formación como psicoanalista, y sigue siendo un ferviente partidario de la psicomagia y del trabajo sobre el árbol genealógico.

Caso 4. Asumir el color del mestizaje en un ambiente familiar y social racista: el consultante es hijo de un africano y de una francesa de Normandía. Los padres se amaron durante un tiempo, pero las presiones familiares los separaron antes de que naciera su hijo. Él, preocupado por la causa africana, regresó a su país para dedicarse a la política; y ella, perteneciente a una familia racista, dio a luz en secreto en una ciudad vecina y jamás presentó en familia al hijo que había tenido, hasta el extremo de que sus padres murieron sin saber que tenían un nieto. Cuando alcanzó los 30 años de edad, el consultante vivía su mestizaje como un dolor que le remitía a los conflictos ideológicos y emocionales del árbol, y había vivido toda su infancia padeciendo el racismo en la escuela. De forma muy particular, recordaba una agresión por parte de sus compañeros que le había dejado muy traumatizado porque se dedicaron a pegarle confetis blancos por toda la cara.

Su acto consiste, primero, en encontrar una mujer mestiza que sufra un problema similar y un amigo que les ayude con una furgoneta donde puedan cambiarse de ropa y maquillarse. La pareja tendrá que subir por los Campos Elíseos, desde el Obelisco hasta el Arco del Triunfo, él con la cara y las manos enteramente maquilladas de blanco y vestido a la europea, y ella maquillada como una negra, con rastas y vestida como una africana. Una vez hayan acabado el recorrido, montarán en la furgoneta e invertirán sus roles: él se maquillará como un africano tradicional y ella de europea blanca, bajando por los Campos Elíseos. Una vez llegados a la Plaza de la Concordia, donde está el Obelisco, la furgoneta los estará esperando para que se vistan como realmente son y con la cara lavada, yéndose a continuación a pasear por la ciudad y a tomarse unas copas.

Resultado del acto: el consultante encontró por fin el valor para ir al encuentro de su padre hasta lo desconocido, en plena África. Por su parte, su compañera se dedicó a un proceso de curación emocional que le permitió encontrar un compañero estable con el que tener un niño.

8
Abuso e identidad adquirida: «Yo soy así», o la última trampa del árbol

Los fantasmas del abuso y el cuerpo fantasma

En 1947, en Santiago de Chile, yo tenía 18 años y era relativamente conocido por mis actos poéticos y mi teatro de marionetas. Solía organizar en mi taller de trabajo tertulias donde jóvenes artistas mostraban sus recientes creaciones. Entre ellos, Jorge no destacaba por sus cuentos de un realismo majadero sino por su belleza física. Perteneciente a los «pitucos», como se llamaba a los de la clase alta, se vestía con trajes de corte inglés, camisas de seda y finas corbatas. Con una abundante cabellera negra, muy bien peinada, rasgos faciales finos, nariz perfilada, piel marmórea, cuerpo delgado y movimientos felinos, era sin lugar a dudas el más guapo de nuestra generación. Su resplandeciente belleza le permitía conquistar a numerosas mujeres. Una tarde, con la garganta en ascuas después de haberse bebido un litro de vino, llegó a mi taller pidiendo más alcohol. Le ofrecí una botella de pisco. Después de un largo trago balbuceó: «Hoy cumplí 18 años. Ya soy mayor de edad. Se acabó la infancia. ¡Qué alivio!». La borrachera le hizo hablar: «Te voy a contar algo que nunca he dicho a nadie: a los 7 años mis padres me pusieron a estudiar en un internado católico. El cura jesuita que me daba los cursos de catecismo, turbado por mi belleza, me obligó a lamerle el sexo una vez por semana. Le excitaba eyacularme en la cara. Desde entonces he odiado mis facciones. ¡Anda, dame un puñetazo, rómpeme la nariz!». Como me negué a hacerlo, quiso estrellar su rostro contra la pared, pero pude calmarlo. Lloró un buen rato, no con pena sino con rabia y luego se durmió. Al día siguiente se fue a estudiar a Francia. Lo volví a ver algunos años después. Me costó reconocerlo: alcohólico, vestía con descuido, había engordado unos treinta kilos, perdido el pelo y los dien-

tes, su piel estaba ajada y deformados los rasgos de su cara. Lucía una fealdad agresiva. A pesar de esto parecía mucho más satisfecho de sí mismo que cuando era joven.

Estoy convencido de que la causa por la que destruyó su belleza fue el abuso sexual al que lo sometió el jesuita. Esa cara que excita al pedófilo se le convierte en una enemiga. Al mismo tiempo la violación condiciona su inconsciente y le provoca fantasmas homosexuales que lo incitan a reproducir el abuso. En cierta modo, se queda niño, obligado a ser bello para satisfacer a su abusador. Al ser reconocido por la sociedad como adulto, se siente libre de tal obligación. Pero conservando el temor infantil de ser otra vez violado, hace todo lo posible por afearse. Logrado esto, por fin se estima en seguridad: nadie lo deseará y habrá vencido sus deseos homosexuales.

Yo también, como Jorge, fui sometido a un abuso, aunque no de índole sexual (los abusos pueden ser también intelectuales, emocionales o, como en mi caso, materiales) contra el cual tuve que luchar gran parte de mi vida:

Durante mi infancia, Raquel, mi hermana mayor, fue preferida por mis padres. Se preocuparon de darle una vida lujosa, «digna de una señorita»: un piano de cola blanco, muebles estilo Luis XV, multitud de zapatos, joyas de imitación y montones de vestidos. En cambio a mí, por ser «hombre y no marica», me dieron sólo una chaqueta con dos pantalones, dos camisas, un par de zapatos y una muda de ropa interior, nada más. Muchas veces mis compañeros del colegio se burlaron de las «papas» en mis calcetines (con mis pálidos talones asomando por los agujeros). Cuando me atreví a pedir a mi madre que me los zurciera, lo hizo con hilo color carne, lo que no atajó las burlas de los niños. Hasta los 50 años me causó una angustia profunda entrar en una tienda a comprar ropa. Podía usar el mismo par de zapatos durante muchos años, cambiando religiosamente sus suelas gastadas; nunca tenía más de un par de camisas y dos trajes del mismo color. Solía declarar: «Estoy en contra de los adornos y la seducción, debo ser como mi maestro zen, que sólo posee dos trajes de monje: uno para primavera-verano y el otro

para otoño-invierno». Trampas psicológicas que conservaban intacta mi identidad infantil.

Cuando empecé a analizar árboles genealógicos, vi en ellos abusos que mis consultantes se negaban a enfrentar. Generalmente me pedían que les eliminara el sufrimiento, pero no la causa profunda de su enfermedad. Se aferraban a su mal porque éste les concedía una identidad. Inútilmente les explicaba mis teorías: «Sanar es llegar a ser lo que uno es y no lo que los otros han querido que seamos. Desde nuestra infancia nos dieron órdenes y prohibiciones. Tuvimos que hacer lo que no deseábamos hacer y no hacer lo que deseábamos hacer. Padecimos abusos que se fueron incrustando en nuestro espíritu y conducta hasta envolvernos en un personaje al que tomamos por nuestra "identidad". Adultos, nos hacemos lo que nos hicieron y no nos damos lo que no nos dieron. ¿Y eso por qué? El clan nos acepta si correspondemos a la visión que tiene de nosotros. Aunque nos someta a mutilaciones y represiones dolorosas, las consideramos esenciales: son ellas las que nos atan a la familia. Si cortamos los nudos ciegos, expulsando lo artificial para desarrollar nuestra esencia auténtica, creemos que perderemos la unión patológica que confundimos con el "amor". Y ese "amor" para el niño es el que lo mantiene en vida dándole alimento, hogar, protección. Si cambia, cree, lo expulsarán del clan, lo condenarán a la soledad, sumiéndolo en el peligro. Más aún, teme que su rebeldía pueda causarle a sus familiares un daño irreparable, quizás la muerte». De poco me servía decirles todo esto. La persona que sufre, aquejada de una sordera psicológica, filtra el contenido de las palabras reduciéndolas a sonidos que no registra la memoria. Ningún lenguaje oral puede ayudarla. La única manera posible de sacarla de su pantano emocional es actuar directamente sobre su cuerpo, algo que apliqué en un hombre de 49 años, de buena familia, que me pidió analizar conmigo su árbol genealógico. Apenas comenzamos a trabajar me contó su vida sin ninguna emoción, como si hablara de otro. Profundizando un poco más, evocó los castigos corporales a

los que lo sometía su padre. Los describió con indiferencia, refugiándose en una superficialidad lúdica. «¡Bah, eran las costumbres de la época!». Sin embargo este asesinato metódico de su voluntad por la voluntad más fuerte y aplastante de su padre era exactamente lo que lo mantenía en un constante estado de insatisfacción: autoridad disminuida (se quejaba de no poder hacerse respetar en su trabajo), creatividad limitada (evocaba con nostalgia su antiguo deseo de pintar, que abandonó pretextando «No tengo ningún don para esto»), bloqueo corporal y encerramiento en sí mismo (carecía de sentimientos cariñosos, lo cual lo distanciaba de sus hijos). Se me hizo evidente que estas limitaciones eran la consecuencia de los malos tratos y las humillaciones sufridas numerosas veces en la infancia, de la rabia que aún reprimía, y de la identidad de intelectual distante y desprendido que se había creado tratando de sobrevivir.

¿Qué hacer para curarlo? En un psicoanálisis clásico, esta persona podría liberarse de su identidad artificial y enfrentar sus traumas sólo después de una larga terapia donde el tiempo invertido, las técnicas empleadas, la intensidad de la transferencia y la mayor o menor competencia del terapeuta serían algunas de las variables influyendo en el éxito de una cura basada en las palabras.

No siendo yo psicoanalista, elegí proceder como un actor sagrado, adoptando el rol de padre cruel... Sin que se diera cuenta, embebido como estaba hablando de sí mismo, retrocedí hacia un rincón del cuarto, me quité el cinturón y me puse a azotar violentamente el suelo, vociferando órdenes: «¡Obedece! ¡Ven aquí! ¡De rodillas!». El consultante se puso a temblar y dominado por el terror se desplomó en el sofá. Continué unos momentos más estos azotes feroces y luego me acerqué a él, lo tomé en mis brazos y lo acuné con la mayor delicadeza posible, transmitiéndole la información que le faltaba: el padre como fuente de ternura, de protección y de comprensión. Después de esta «comedia» pudimos continuar el trabajo de una forma mucho más útil que si nos hubiéramos limitado a emplear sólo palabras, economizando así años de terapia.

Me impulsaron a realizar tal tipo de actos las experiencias que yo

había tenido con diversos curanderos, charlatanes y chamanes. En México, acompañé a Pachita durante un gran número de sus «operaciones» mágicas donde, usando un cuchillo de caza sin desinfectar, eliminaba cánceres, vísceras enfermas y toda clase de enfermedades. También me hice masajear por Doña Magdalena, misteriosa santa que transmitía con sus manos estados espirituales sublimes. En Temuco, sur de Chile, con machis mapuches participé en ritos donde sanaban enfermos fortificando su espíritu con la energía solar. Gracias a estas terapias primitivas pude constatar que el cuerpo aceptaba como reales metáforas y símbolos. Las operaciones de Pachita, consideradas milagrosas por muchos, es posible que fueran simulacros: mediante un pellizco creaba la ilusión de dar un corte con su cuchillo, la sangre que escurría no brotaba de la supuesta herida sino de una redoma oculta en su manga. Tumbado en una mesa, alumbrado tenuemente por una vela y al lado de esta imponente mujer vestida con un manto azteca y que hablaba con voz de hombre en un estado de trance, el enfermo padecía tal terror que lo hacía regresar a un nivel infantil, provocando en él la creencia de ser operado realmente. Cuando la machi pedía al paciente que estirara sus manos hacia el sol y recogiera en sus palmas la energía divina que luego frotaría en sus regiones enfermas, usaba sabiamente esa sensación que tiene el cuerpo de que al estirar los brazos hacia algo, establece un nexo real.

Durante la filmación de mi película *El Topo* (1970), conviví ocho semanas con dos actores excepcionales: uno carecía de piernas y el otro, de brazos. Ambos me confesaron que, muchos años después de haber perdido sus extremidades, aún las seguían sintiendo: al cojo no dejaban de dolerle las piernas, al manco le picaban a menudo los brazos. Estas confesiones de los actores me convencieron de que en nuestro cerebro existe un cuerpo entero fantasma, invisible pero real para la sensación.

Más tarde me enteré de que los mutilados pueden sentir orejas, narices, senos, penes fantasmas. El libro *Fantasmas en el cerebro* del neurólogo de origen indio Vilayanur S. Ramachandran, director

del Center for Brain and Cognition de la Universidad de California, terminó de convencerme de que mi teoría era exacta y que el cuerpo fantasma no es solamente el recuerdo de nuestras experiencias orgánicas pasadas. El autor cita el caso de una niña nacida sin antebrazos que tenía manos fantasmas –quince centímetros debajo de sus muñones–, con sus dedos era capaz de calcular y resolver problemas aritméticos. Mi hipótesis sobre el «cuerpo fantasma» es que en realidad es nuestro «doble subjetivo», siendo receptáculo de experiencias vividas y potencial del «cuerpo perfecto» (del que hemos hablado en el capítulo 5): de alguna manera, el cuerpo que le corresponde al Ser esencial.

El cuerpo fantasma acepta símbolos y actos metafóricos, identifica un elemento con otro y le da sus cualidades. Cualquier cambio que se haga en él se reproduce en el organismo real. Esto lo aprovechan los chamanes para lograr sorprendentes curaciones en clientes primitivos y supersticiosos. En el lenguaje mapuche «practicar la medicina» se dice *ampin*. *Pin* significa «ejecutar una curación» y *am* designa el segundo cuerpo, sutil y etéreo, que se concibe como copia exacta del cuerpo físico. Para los mapuches la alteración o desajuste expresados en una dolencia no reside en el órgano enfermo, sino en ese doble anímico responsable de sostener la vida del ser.

Pachita, para hacer creer que extirpaba un tumor con su cuchillo sin filo, mostraba un pedazo de carne de pollo bañado en sangre. La machi extraía del abdomen del paciente su enfermedad materializada bajo la forma de piedras, espinas, pequeños renacuajos o reptiles. Ya conté cómo el curandero Carlos Said daba con un cuchillo enérgicos cortes a medio centímetro de la piel del paciente para cortar lazos invisibles con quien le estaba enviando la enfermedad.

Deseando vencer las resistencias de los consultantes racionales encerrados en sus abusos, me propuse aplicar técnicas semejantes con formas que no resultaran supersticiosas. Descubrí que aunque el intelecto no confíe en estas «ilusiones», el cuerpo, prescindiendo de toda lógica, sí cree. Logré buenos resultados con personas deprimidas pidiéndoles que imaginaran que sus experiencias negativas y

sus sentimientos dolorosos se habían pegado a su cuerpo formando una membrana que les impedía comunicarse con el mundo. Luego, con una lámina de hueso o de plástico, del tamaño de un cuchillo mediano, les iba raspando la piel, centímetro a centímetro. Este raspado del cuerpo entero, hecho con atención e imitando que se trabajaba para desprender una membrana fuertemente adherida, llegaba a durar no menos de tres horas. El paciente, incrédulo o no, sentía una gran liberación. Algunas veces utilicé tatuajes para sanar aspectos emocionales, psicológicos y físicos de una persona. A un consultante con una dolorosa escoliosis le recomendé tatuarse en la espalda un niño feliz. A una mujer que superó un cáncer de mama le pedí que se hiciera tatuar una bella rosa sobre la cicatriz. A un convaleciente asustado porque había sufrido un ataque al corazón le aconsejé tatuarse en esa zona un dragón, fuerte símbolo de poder que lo ayudaría a mantenerse saludable.

Conversando con mis dos actores de *El Topo* mi asombro fue grande cuando supe que Juan continuaba sintiendo en la muñeca su reloj y que Pedro sentía en sus pies las botas que calzaba el día de su accidente. Descubrí entonces que a un objeto que se mantiene cierto tiempo apretado contra el cuerpo, el doble psíquico lo absorbe considerándolo como una parte de él. Apliqué este conocimiento para crear operaciones que llamé psicochamánicas. Habiendo constatado que lo percibido por los ojos puede ser percibido de otra forma por el tacto, eliminé los trucos de prestidigitación que engañan la vista y el oído y me dirigí directamente a las percepciones recibidas a través de la piel. Aunque la paciente viese que lo que yo decía ser un corte era sólo la presión de un cuchillo de madera; lo que yo decía ser sangre era agua tibia; y el tumor que simulaba arrancarle era un trozo de filete que había estrujado contra su pecho durante ocho minutos, ella *sentía que...* dándole un auténtico corte del que surgía auténtica sangre yo hacía desaparecer su auténtico tumor.

A un hombre que en Argelia, después de haber visto asesinar a sus padres, padecía un dolor ocular que ninguna medicina había

podido calmar, le propuse limpiarle los ojos del recuerdo que los infectaba. Para lo ello empapé dos pequeñas esponjas en leche de arroz tibia y pidiéndole que no abriera los ojos hasta que yo se lo ordenara, se las coloqué sobre los párpados presionando durante unos minutos. Enseguida le dije que con un cuchillo le iba a sacar los globos oculares para lavárselos. Aplicando el mango de una cuchara, escarbé bajo las esponjas avanzando milímetro a milímetro hasta que simulé extraérselas con cierto esfuerzo. Junto a una de sus orejas sostuve con una mano un vaso lleno de agua. Con la otra mano introduje las esponjas y, haciendo el mayor ruido posible, las lavé. Enseguida le coloqué las esponjas limpias y más livianas sobre los parpados, hice presión como si se las incrustara en las órbitas y luego las escondí en la palma de mis manos. Le pedí entonces que abriera los ojos, diciéndole que ya estaban lavados de su doloroso recuerdo. El hombre abrió los párpados y constató que su dolor había desaparecido. Estalló en llanto. Cuando se calmó le pedí que fuera a enterrar las dos esponjas y plantara sobre ellas una planta florida.

A otro consultante, introduciendo carne de cerdo en su ano, simulé extirparle unas excrecencias internas que él temía fuesen cancerígenas. Las excrecencias desaparecieron rápidamente.

A estas operaciones ficticias les agregué luego aspectos teatrales que resolvían problemas genealógicos. Por ejemplo, a un hombre que soportaba desde hacía diez años una dolorosa inflamación de la rodilla derecha, al analizar su árbol vi que padecía un conflicto no resuelto con su padre. Le pedí que comprara en una carnicería un hueso con médula, que simbolizaría su rodilla hinchada. Así lo hizo. Lo acosté desnudo y presioné el hueso con médula durante ocho minutos contra su rodilla. Pedí a un ayudante, vestido con una camiseta donde se había impreso el retrato del padre del paciente, que se arrodillara junto a él con la frente tocando el suelo. Mientras yo con un cuchillo dentado simulaba aserrar el hueso, extraerlo y colocar otro en su lugar, el paciente debía darle puñetazos en la espalda (protegida con un cojín) lanzando gritos e insultos. Las imprecaciones se mezclaron con sollozos. Finalizada la operación, el paciente y el ayudante se abrazaron. El dolor que lo torturó durante diez años desapareció para siempre.

Se habla con frecuencia del amor a la madre o al padre, pero se excluye de hablar de otro sentimiento intenso que siempre acompaña al amor, y que es el terror. En la Biblia, Jehová es terrorífico. El pueblo mexicano ha transformado a la amorosa Virgen de Guadalupe en La Santa Muerte, despojándola de su carne para convertirla en un esqueleto pavoroso. Kali –el otro lado de la blanca y suave Parvati– es la Oscura, la Negra, la Suprema Diosa de los hindúes y consorte terrible e inmisericorde de Shiva, al que incita a batallar y destruir. Jesucristo no es sólo un dios pacífico: tiene el poder, con su pensamiento, de secar un árbol; encierra a demonios dentro de puercos y los hace suicidarse; en una sinagoga reprende con gran violencia a un espíritu inmundo que posee a un hombre y lo expulsa de su cuerpo.

Es posible que la creación de dioses –amables y a la vez terroríficos– tenga su raíz en el amor y terror que inspiran los padres, representantes principales del clan. Cuando en Temuco pregunté a una importante machi cuál era el primer paso en sus curaciones, me respondió: «Pregunto antes que nada quién es el dueño del enfermo. El dueño generalmente es su familia, la que debe pagar por la curación. Si no tiene dueño, no puedo hacer nada por él». De esta pertenencia a la familia se libera antes el espíritu, pero el cuerpo permanece ligado al clan a veces durante toda su vida. La machi agregó: « Para sanar, el requisito primero es que el enfermo desee sanar». En el Evangelio de San Juan (5:1-18) Jesús, antes de curar a un paralítico diciéndole «Levántate, toma tu lecho y anda», le pregunta: «¿Quieres sanar?». Cuando el enfermo le responde afirmativamente, el Cristo puede producir el milagro. ¿Cuál es la base esencial de este deseo de no sanar?¿Qué papel juega el terror en nuestra vida?

Al filmar mi película *Tusk* (1980) en India, conviví con un grupo de elefantes domesticados. Los jóvenes paquidermos destinados a la

domesticación viven pegados a sus madres durante al menos cuatro años y éstas no dejan que nadie se les acerque. En el momento de destetarlos, luchan ferozmente para que no los alejen de ellas. Cuando los criadores acaban separando a las crías de elefante de su madre, entristecen y dejan de comer. Al cabo de un tiempo, que pueden ser semanas, escogen entre aceptar la separación o morir. Si se deciden a vivir comienzan a trabajar con el grupo de elefantes adultos.

A nosotros los humanos no sólo nos aterran en la infancia las necesidades materiales y la existencia de extraños, sino también el misterio que representa estar vivo en un mundo infinito donde todo es efímero. A los padres corresponde implantar límites en la mente del niño, cosa que es absolutamente necesaria porque, si no, éste enloquecería al verse sumergido en lo impensable. Cuando yo tenía 5 años fui sometido a este abuso: un cura me regaló una medalla de la virgen María, al mostrársela feliz a mi padre, éste me tomó de una mano, me arrastró hacia la letrina, lanzó la medalla en la taza, tiró de la cadena y me dijo con crudeza: «¡No existe Dios ni existen diosas! ¡Un día morirás y te pudrirás! ¡No hay más!». Con esas palabras me sacó de la infancia y me sumió en la angustia hasta los 40 años.

Si bien es cierto que los límites que recibe el cerebro infantil son necesarios, corresponden al limitado nivel de conciencia del clan: generalmente consisten en un solo idioma, una moral caduca, patriotería, prejuicios racistas y sexuales, fanatismos políticos que clasifican a los seres en buenos y malos, supersticiones religiosas que bajo amenazas de castigos eternos indican lo que se debe y no se debe hacer. Si al convertirnos en adultos conservamos estos límites infantiles, ellos nos llevan a no amarnos, a estar insatisfechos, a vivir sin libertad en espacios limitados, con angustia de envejecer, de caer en la pobreza, compitiendo, tratando de parecer en lugar de ser, consumiendo cosas inútiles, aceptando como necesarias las guerras, el hambre mundial y las diferencias sociales, derrochando la energía común, envenenando el planeta, drogándonos de mil maneras para olvidar que todo es pasajero, que el espacio es infinito y el tiempo eterno, que la muerte es un misterio ineludible.

El adulto infantil, por terror al mundo, se aferra a los principios inculcados por la familia. Aunque el clan lo ha maltratado, sometiéndolo a diferentes abusos, también le ha fabricado una individualidad que lo separa del yo profundo que lo une a todos los otros, aislándolo del incomprensible y amenazante universo. Ese niño persistente, que teme ser lo que es y no lo que sus padres quieren que sea, está habitado por un terror aún mayor: el terror a sí mismo. Reconocerse como adulto significaría desidentificarse del intelecto, dejar de juzgar, cambiar de sistema de creencias, aceptar que nada es personal, que antes que individuo se es humanidad. Este deseo de continuar siendo niño para no asumir la responsabilidad y conciencia cósmica del adulto, provoca en el enfermo la resistencia a sanar. Aceptar el yo profundo, el Ser esencial y transpersonal, sin fanatismos patrióticos ni definiciones sexuales, ni edad, ni nombre, ni etiquetas, desprendiéndose de la sumisión a la familia y alcanzando la libertad, es una perspectiva angustiosa.

El psicochamán (actor sagrado desprovisto de sadismo y de deseo de dominar encarnando al posible Yo superior del consultante como una madre-padre terrible) hace salir de las profundidades del inconsciente el terror infantil escondido. Y junto con este terror surge el dolor reprimido del abuso familiar. La identidad infantil se presenta entonces como lo que es: un conjunto de límites artificiales. Se le concede, mediante el metafórico castigo, la oportunidad de expresar su rabia. Esta toma de conciencia restaura la identidad real. El adulto, infravalorando las represalias de la familia, deja de hacerse daño. Al demoler el caparazón de sus prejuicios, el ego infantil se sumerge en el Ser esencial.

En el arcano XXI del Tarot de Marsella, El Mundo, hay cuatro personajes simbólicos, tres provistos de aureola (un ángel, un águila y un león) y un cuarto sin ella: un animal color carne identificado por la tradición como un toro, un buey o una vaca.



Los personajes con aureolas representan energías espirituales. El rumiante es el animal del sacrificio. Los vacunos eran preferentemente sacrificados en los altares de la Antigüedad. Son el símbolo del ego, cuyo rol consiste en esfumarse poco a poco: lento sacrificio en provecho de la parte Divina, fuente vital de nuestro ser.

Para sanar es preciso liberarse del ego infantil, pero no eliminarlo como recomiendan ciertos terapeutas-gurús. Este ego ofrece límites que defienden la psique de perderse en el inmenso océano mental que encierra multitud de personalidades, abismos colmados de impulsos inconscientes, sueños angélicos y pesadillas, sentimientos sublimes, deseos destructores. Cuando no se concede la felicidad de transformarse, lucha por perdurar creciendo de forma desmesurada. En lugar de dejarse conducir por el Ser esencial, le impone sus límites. Esto produce deseos confusos, insatisfacción constante, egoísmo cínico, sufrimientos, miedos, envidias, iras, enfermedades. El ego infantil es un mistificador, nos mantiene en la superficie de nosotros mismos: no nos observamos, no nos vemos, creemos ser lo que no somos. Bien domado, proporciona finalmente su energía al Yo esencial. Es el instrumento indispensable para que desarrollemos nuestra conciencia divina, cesando de vivirnos como víctimas. Mientras que para el hombre occidental la enfermedad es un acontecimiento corporal, en el chamanismo se la considera «el extravío del alma». El chamán debe encontrar el alma, regresarla al cuerpo y proceder a la expulsión de los demonios: la recuperación de las fuerzas físicas depende estrechamente de la restauración del equilibrio de las fuerzas espirituales. El egoísmo se transforma en generosidad, gratitud hacia el universo entero, compasión por todos los seres vivientes, confianza en uno mismo y en la Humanidad, reconocimiento de la conciencia divina.

DEL ERROR AL ABUSO
Emerger de los condicionamientos del árbol genealógico

Los nudos del árbol genealógico están muy a menudo ligados a abusos. Llamaremos aquí «abuso» a toda falta o exceso en la educación de un niño/-a en la que la violencia o la repetición marquen la personalidad de manera aparentemente insuperable.

La noción de abuso es a la vez dependiente de la apreciación individual (como en la fórmula «Me parece que abusas»), la cultura y la sociedad. Según las épocas, los lugares y las costumbres, lo que aquí es considerado abuso, en otro lugar puede ser visto como una práctica corriente: la unión sexual entre adultos y preadolescentes o adolescentes, el trabajo durante la infancia, los castigos físicos, las medidas de represalia impuestas a prisioneros políticos o civiles, el estado de la mujer social o familiar, la esclavitud o la servidumbre y muchos más ejemplos pueden ser considerados en ciertos lugares como prácticas instituidas y en otros como excesos abusivos penados por la ley.

En este momento en que pretendemos abordar el abuso y sus consecuencias desde la perspectiva metagenealógica, nos resulta absolutamente necesario redefinir debidamente este término.

La etimología latina de la palabra nos remite al verbo *abutor (abuteris, abuti, abusus sum)*, cuyo significado más antiguo es «usar hasta el fin, completamente; agotar, consumir, disipar», además de «servirse plenamente de, usar con entera libertad» y «usar [con un fin distinto del originario]». Cicerón ya empleaba el término para designar el acto de «emplear una palabra con sentido cambiado» y César lo utilizaba en el sentido de «servirse de algo hasta su destrucción»: abusar de la vida de sus soldados, es decir, mandarlos a una masacre.

En el lenguaje corriente, la palabra *abuso* sirve para designar aún hoy un uso indebido, injusto o excesivo de algo, un desorden, una desviación. Así, para la ley francesa, el «abuso de poder» es el acto de un funcionario que se extralimita en su autoridad y el «abuso de confianza», un delito cometido abusando de la confianza de alguien. Pero nos falta considerar, también, el antiguo uso del verbo

«abusar», el de «equivocarse», que todavía sigue vigente en la locución francesa «si je ne m'abuse» [si no me equivoco]. Vemos que, por oposición, el concepto «abuso» remite indirectamente a lo que sea moderado, justo, equilibrado o pertinente, es decir, todo lo que no sea carencia o exceso.

Para determinar los abusos que hayan podido sufrir los miembros de un árbol genealógico, y hasta los abusos que nos hubieran podido marcar personalmente, es necesario establecer la que sería la relación justa y pertinente de los miembros de una familia en los cuatro centros. Y eso es lo que nosotros vamos a hacer aquí, proponiéndonos además redefinir el que podría ser idealmente el vínculo familiar y las condiciones para la educación de un niño en los cuatro centros.

De acuerdo con esta lógica, podemos considerar como abuso todo aquello que se aleja radicalmente de esa relación ideal, ya sea por exceso o por defecto. Dicho en otros términos, nosotros vamos a redefinir el abuso en los cuatro centros como el hecho de «no haber recibido lo que nos correspondía en un momento dado o bien habernos visto enfrentados demasiado pronto, o desmesuradamente, con algo que todavía no estábamos preparados para recibir». En este sentido, el campo es muy amplio, y en virtud de tal definición, cada uno de nosotros ha vivido abusos en un momento dado. Para enmarcar adecuadamente el trabajo sobre el abuso, podemos aplicar varios elementos moderadores:

–*El abuso atañe a cualquier hecho producido a un niño/-a vulnerable y no autónomo por parte de adultos que lo tienen a su cargo:* es decir, si un hermano mayor, de 10 años de edad, golpea de forma repetida a un hermano menor, de 8 años, el abuso es culpa de los padres, que no han sabido gestionar el conflicto entre los dos niños. Si alguien adulto/-a siente que su cónyuge, una persona de su entorno o un terapeuta abusa de él, será muy útil buscar qué abuso anterior reproduce esa situación: siempre es del niño perenne de quien abusa el adulto. A este respecto, la relación establecida con una «persona de poder» (jefe, gurú, terapeuta) se convierte con mucha frecuencia en una oportunidad de revivir y reproducir abusos sufridos durante la infancia y de los que uno no era consciente.

–*La responsabilidad del progenitor o del adulto educador ante el niño/-a viene determinada por su participación en el abuso, al igual que por su conducta indirecta:* toda complicidad silenciosa (una madre o un padre que «cierra los ojos» ante el abuso sexual perpetrado contra los niños/-as por el otro progenitor/-ra o compañero/-a) es, asimismo, abusiva. En este caso se trata de un abuso por defecto, del orden de la negación de asistencia a una persona en peligro. De igual forma, un progenitor que se autodestruye con drogas, alcohol o por otro medio ante su hijo es un padre abusivo, puesto que su función parental no la cumple.

–*El abuso se refiere a un acto traumatizante que haya tenido lugar una o repetidas veces o a un acto «inocente» en apariencia pero cuya repetición y/o el hecho de que se combine con otros actos de la misma naturaleza termina por crear un determinado clima abusivo:* como «la tortura de la gota de agua», pues que caigan unas cuantas gotas es prácticamente imperceptible pero un cuarto de hora cayendo gotas es un chaparrón, y una sola gota golpeando sobre el mismo lugar miles de veces puede acarrear la muerte. Así, las bromas pesadas o agresivas y las humillaciones cotidianas dirigidas siempre contra el mismo niño/-a representan un abuso tan grave como lo pueda ser una herida o una violación.

–*El abuso no tiene por qué ser voluntario o deliberado, un simple error puede tener graves consecuencias y la persistencia en él puede llegar a constituir un abuso:* la noción de abuso no remite directamente a la culpabilidad deliberada de la persona responsable; por ejemplo, un progenitor que «no sabe» ciertas cosas o que aplica sin saberlo reglas de educación caducas y tóxicas, generalmente con la mejor intención del mundo. Pero no por ello el clima educacional del niño resulta menos abusivo.

Desde una perspectiva metagenealógica, se podría decir que todo abuso proviene de una carencia de Conciencia y que toda educación vivida de tal forma comporta la existencia de abusos. En este capítulo, vamos a ver con detalle las formas de reconocer los abusos que nos hayan podido causar, cómo éstos se incrustan en nosotros hasta formar parte de nuestra identidad y cómo aprender a liberarnos de ellos, tanto en el plano psíquico como en el físico: el cuerpo guarda cualquier huella de abuso que no haya podido ser aún resuelto. Para salir del abuso de una manera perdurable, es necesario que la persona encuentre su cuerpo esencial, un cuerpo vivo en el que los recuerdos negativos se vean reemplazados por informaciones pertinentes y que le sirva para anclarse en el presente.

Principios del abuso

En la psicología contemporánea, la noción de abuso remite principalmente al abuso sexual: en general, un acto por el cual un individuo sexualmente maduro seduce u obliga a una persona todavía inmadura a mantener relaciones sexuales con él/ella. Un abuso sexual, paradójicamente, es más fácil de detectar que otras formas de abuso debido a que el desfase de unos órganos sexuales maduros y de un cuerpo sexualmente inmaduro es algo que resulta evidente para todos, mucho más que el que existe entre la psique en formación de un niño/-a y la del progenitor –mucho más estable– que le impone un modo de relación destructivo (ya sea abusando de su autoridad por medio de golpes, de actos humillantes, por la obligación de hacerle trabajar más allá de sus fuerzas, o bien abusando de su dependencia psicológica al imponerle confidencias o conflictos que el niño/-a es incapaz de gestionar de manera autónoma).

Todo abuso crea en el psiquismo del niño/-a que lo ha padecido una especie de posesión, que marca a la víctima y se le transforma en obsesión, fobia o fijación; por este motivo la persona que no es capaz de liberarse del trauma vivido tiende a reproducirlo, bien directamente (sufriendo de forma repetida lo que ya había padecido antes o haciéndoselo padecer a otros) o bien indirectamente (procurando alejarse de ello por todos los medios y, al hacerlo, manteniendo el abuso como centro de todas sus preocupaciones).

Ahora bien, todos nosotros reproducimos permanentemente el ambiente emocional de nuestra infancia, nos tratamos a nosotros mismos de igual manera que en su día fuimos tratados. La mayor parte de los problemas aparentemente insolubles pueden ser interpretados como una repetición de una situación infantil: conflictos sin fin, imposibilidad de ser feliz en pareja, tendencia a vincularse con personas ausentes o incapaces de amar, etc. Los arquetipos familiares de la infancia se proyectan sobre las personas del presente.

En virtud de los procesos de repetición, una persona que fue tratada duramente en su infancia buscará una pareja con la que compartir su vida que la trate con la misma dureza y empleará todas sus fuerzas en convertirla en alguien agradable, pero si por milagro obtuviera los resultados esperados, esa persona perderá toda la gracia ante sus ojos y se abandonará. También podría encapricharse de un hombre o una mujer casado/-a, proyectando en dicha persona al progenitor de sexo opuesto al que está ligado/-a por un nudo incestuoso, pero cuando esa persona se separe de su cónyuge, se perderá todo el interés en ella.

Los sentimientos infantiles, el tratamiento que se nos dé durante la infancia, forman nuestra individualidad. Aunque esas experiencias pudieran haber sido dolorosas, son el vínculo que nos une a la familia. Si los vínculos se rompen, entonces entramos en la angustia del abandono, una angustia primitiva muy relacionada con el pánico a ser expulsado de la tribu y a no poder sobrevivir solo.

Por muy terrible y dramática que sea la vida familiar, siempre nos ofrece el placer y la seguridad de la pertenencia, que son esenciales. Más adelante, cuando la emocionalidad infantil resurge en la vida adulta, la persona –aunque ya se haya convertido en autónoma y madura– sufrirá, pero experimentando un placer paradójico y a menudo inconsciente, en virtud de esa repetición.

Tener un padre insensible, una madre dominante o destructiva, padres tóxicos en general, conlleva también placeres: como el de pertenecer, el de sentir apego, el de estar unido.

Sin embargo, repetir lo que nos hicieron, no darnos a nosotros mismos lo que un día se nos negó, nos conduce a producir en los demás (en particular, a nuestros hijos) el mal que nos hicieron, a no dar jamás a nadie lo que a nosotros nos negaron. A menudo se puede observar cómo los hijos de padres ausentes se convierten, ellos mismos, en padres ausentes también, y de manera similar cómo mujeres que han sufrido a una madre dominante o maltratadora tratan a sus hijos de la misma manera. O cómo los hijos de unos padres avaros se convierten, también ellos, en padres avaros.

Resumiéndolo, podríamos decir que:

Yo me hago lo que me han hecho a mí.
Yo me doy lo que me dieron a mí.

Ejemplos:

Una persona de quien se ha abusado sexualmente, se masturbará compulsivamente con escenas que le recuerdan el abuso sufrido.

Una mujer que haya tenido un padre alcohólico y violento se casará con un hombre alcohólico y violento.

y/o

Yo inflijo a otros lo que otros me han infligido a mí.
Yo soy incapaz de dar a los demás lo que no me dieron a mí.

Ejemplos:

Una persona de quien se ha abusado sexualmente durante la infancia crece subyugada por una pulsión pedófila que trasladará, de hecho, sobre niños/-as de su entorno.

Una mujer de quien ha abusado su padrastro y a la que nadie ayudó o escuchó en aquel momento «no se dará cuenta» de que su propia hija, nacida de un primer matrimonio, revive exactamente la misma historia veinte años más tarde con su segundo marido.

Un hombre que no ha tenido ninguna relación con su propio padre, desaparecido cuando su madre se quedó encinta de él, se convertirá a su vez en un padre ausente.

y/o

Yo me prohíbo para siempre todo aquello que pueda recordarme poco o mucho el abuso padecido.

Yo corto con todo cuanto pueda recordarme poco o mucho el abuso padecido.

Ejemplos:

Una mujer violada a los 12 años durante una reunión por unos adolescentes pasa treinta años bajo terapia sin conseguir encontrar el camino del orgasmo.

Una persona cuyos padres han sido alcohólicos prohíbe a su cónyuge y a sus hijos de forma implacable beber una mínima gota de alcohol.

¿Por qué estas repeticiones? Pues porque, en realidad, el niño/-a del que se ha abusado es un ser ávido de ternura y atenciones, además de estar dominado por la necesidad fundamental de ser tenido

en cuenta. El abuso familiar se convierte en el único vínculo conocido, en la única manera que tiene de mantenerse unido con aquellos de quienes espera amor. El niño piensa que se merece todo cuanto se le inflige e, incluso integra el abuso en su propia identidad, puesto que ésta es la única manera que él conoce de pertenecer a un clan. Si el abuso es la principal relación que ha mantenido con sus padres o con algunos parientes cercanos, el abuso se hará al mismo tiempo insoportable y voluptuoso: insoportable porque la Conciencia se sabrá timada, y voluptuoso porque la repetición del abuso le instaló de forma perdurable los arquetipos parentales, indispensables para el equilibrio psíquico.

Mi «padre» o mi «madre» interiores son esa violencia, ese trastorno, esa rabia, esa insatisfacción, esa prohibición, ese dolor, esa invasión, etc., que yo tiendo a repetir. La repetición es al mismo tiempo dolorosa (porque va acompañada además por un sentimiento de culpa y de vergüenza) y tranquilizadora (nada cambia, el ambiente de los años de infancia no se han deteriorado por ninguna innovación angustiosa). Todos los abusos obedecen más o menos a un mismo mecanismo: todo lo que nos han hecho, nosotros continuaremos haciéndolo; y de todo lo que hemos sido privados, nosotros perpetuaremos la privación. Todo ello no es otra cosa que la trampa del árbol genealógico, sus errores y sus carencias, que se concentra en el proceso del abuso.

Los padres inmaduros: error, falta de Conciencia y abuso

El abuso puede provenir de tres fuentes:

Un error: por falta de Conciencia. Este error tiene lugar en un momento dado (el padre inflige al niño/-a un castigo injusto) y no se repara más en él (el padre olvida lo que ha hecho, mientras que la injusticia permanece en el espíritu del niño/-a).

La perseverancia en el error: repetidamente y creyendo hacer un bien, a menudo se imponen formas de relación, creencias o actos contra los cuales el niño/-a protesta a su manera, pero el padre/madre se niega a percatarse de estas protestas o es incapaz de comprender a qué se refieren exactamente. En realidad, esta perseverancia en el error forma parte de la incapacidad de los padres para cuestionar su propia herencia. Se puede decir que ellos eligen la repetición frente a la novedad, que cortan ese proceso de prueba y error que conduce a la madurez.

El abuso deliberado: el progenitor es en realidad consciente de que está llevando a cabo un acto nocivo para el niño, pero «no puede actuar de otra forma», ya sea porque constate su propia impotencia (en el caso de una adicción, por ejemplo) o porque se apoye en justificaciones basadas en frases hechas («Yo también he sufrido lo mismo y no me he muerto», «A los niños hay que educarlos», «Es culpa suya, porque es un niño/-a insoportable», etc.). Esta clase de abusos provienen siempre de repeticiones o derivaciones de algún abuso padecido por el progenitor durante su propia infancia que nunca se había ocupado de resolver, y entonces el niño se convierte en la solución de un conflicto psíquico imposible de manejar.

Todos estos abusos provienen, en realidad, de una falta de madurez por parte del progenitor, es decir, de su propia incapacidad para convertirse verdaderamente en adulto. La mayoría de los abusos es perpetrada de manera involuntaria o inconsciente. Los padres sádicos, deliberadamente crueles, son relativamente pocos; sin embargo todos hemos padecido abusos de una manera u otra. Conviene hacer una distinción entre abusos «deliberados» (como torturas físicas, niños mártires, encadenamiento de violencias en el árbol genealógico que crean un clima de sadismo material o sexual, etc.) y lo que nosotros denominaremos abusos «comunes asumidos» (perpetrados de forma consciente y con la conciencia bien tranquila por unos padres sometidos a su propia genealogía y a los dictados de la sociedad de su tiempo). Los padres que nunca han cuestionado los abusos que ellos mismos sufrieron en su momento, y que se limitan a pasar el testigo sin reconsiderar lo que están transmitiendo, pueden ser considerados como inmaduros desde el punto de vista de la Conciencia.

Conviene también hacer aquí una clara distinción entre el espíritu propio de la infancia –pleno de inocencia y de creatividad potencial– y el infantilismo. Todas las ideologías artísticas y psicológicas del *niño interior* pueden convertirse en tóxicas si éstas hacen apología de un infantilismo persistente y estancado. Eso que el zen denomina «el niño interior» es una llamada a conservar y desarrollar el impulso primario de la imaginación infantil. La infancia es una etapa, de la misma manera que una semilla o un hueso de fruta están llamados a convertirse en árbol. Y no se puede exaltar esa semilla diciendo, erróneamente, que es superior al árbol.

El permitirse mantener la propia inmadurez siendo padres, es la raíz de múltiples abusos. No hay nada peor para un niño que tener que comportarse como un adulto y nada más neurótico para un progenitor que comportarse como un niño delante de sus propios hijos. En general, cuando un adulto es un individuo infantil y neurótico lo es como consecuencia de un trauma o de un abuso que él mismo ha padecido en su árbol genealógico, pero también cada generación debe asumir el deber de cumplir con su trabajo de Conciencia y de alcanzar la madurez.

Cuando un adulto infantil se convierte en padre tiene la tendencia a descargar sobre su hijo/-a las carencias que él mismo ha sufrido y a obligarle implícitamente a comportarse como si él mismo fuera padre desde su nacimiento y a lo largo de toda su infancia. Pero un niño no está psíquicamente preparado para asumir semejantes responsabilidades, por lo que en todos estos casos lo que siempre se produce es un *robo de la infancia*. En efecto, el niño es arrancado de su actividad principal, el juego –que le resulta fisiológica y psíquicamente indispensable–, para verse proyectado a un mundo demasiado complejo para él, forzado a resolver problemas insolubles o, más concretamente en el caso de los niños obligados a trabajar, a asumir labores demasiado pesadas para sus fuerzas.

Este abuso fundamental tiene como efecto impedir el desarrollo de la imaginación. Posteriormente, y por no haberla desarrollado en su momento, el niño/-a del que se abusó de esa manera se convertirá en un adulto incapaz de utilizar otros recursos mentales que no sean sus capacidades racionales, careciendo de confianza en las fuerzas profundas de su inconsciente. Esta inmadurez parental puede adoptar varias formas:

Padres infantiles e hijos adultos

Se produce en esas situaciones en las que los padres se descargan de sus responsabilidades: los padres pueden ser irresponsables, alcohólicos, drogadictos o personas a la deriva que obligan a sus hijos a asumir todas las tareas necesarias para la supervivencia física y psíquica. Pueden ser asimismo padres obsesionados por la subsistencia que obligan a sus hijos a trabajar desde su más tierna edad, o incluso padres que siguen siendo emocionalmente infantiles y que pretenden ser «el mejor amigo» de su hijo/-a y le imponen mucho antes de tiempo conversaciones o responsabilidades emocionales desproporcionadas para la edad.

Todos los niños que han vivido esta situación padecen de un robo de su infancia. La trampa en esta clase de situaciones es que el niño/-a se siente muy orgulloso de ser «útil» a esos mismos adultos que abusan de él.

Padres infantiles e hijos mártires

La inmadurez de los padres llega hasta la más absoluta irresponsabilidad. Los niños van a sufrir esa dimisión suya, ya sea por defecto (los padres no se ocupan de su educación, los abandonan, los confían a otras personas) o porque el padre o la madre infantiles los agreden con una crueldad más o menos consciente (como sucede en los niños maltratados, torturados, aislados o sistemáticamente castigados por faltas que no han cometido).

Además de los sufrimientos soportados, los niños de los que se ha abusado crecen, por eso mismo, con un sentimiento de inseguridad constante y una ira a menudo contenida, puesto que el padre –irresponsable o desaparecido– elude enfrentarse a sus responsabilidades.

Padres infantiles que juegan a ser «padres perfectos»

Esta clase de padres no forjaron una visión del mundo propia, y se limitan a transmitir unas normas de educación fósiles: tabúes sexuales, recelos ante la creatividad, moral caduca e inaplicable, espíritu de sacrificio o desconfianza excesiva frente a lo desconocido, etc. En definitiva, todas esas normas inútiles y mutiladoras que no pueden, en ningún caso, servir de guía a su progenitura y que tienen como efecto atarlos al hogar familiar hasta una edad avanzada.

En ciertos casos, las citadas normas de educación son muy duras y la separación será bienvenida. En efecto, los niños parten hacia el mundo expulsados del hogar al igual que sus padres lo fueron anteriormente, pero continúan siendo psíquicamente dependientes de la familia (opiniones, moral, religión y creencias los invaden incluso desde la distancia).

En otras ocasiones los padres exigen una lealtad incondicional y sin fallos al clan familiar, y crean vínculos de conveniencia que está prohibido cuestionar (número de llamadas telefónicas o de visitas al día, a la semana, al mes).

Padres infantiles que no permiten crecer a sus hijos

Estos padres crean un hogar de cuento de hadas, como si fuese un capullo: su única manera de convertirse en adultos es jugar a ser

los padres perfectos. Aparentemente idílica, esta estructura familiar no proporciona en realidad ninguna solución para salir de la familia y hacer frente a los desafíos de la vida adulta. Es el síndrome del «hogar feliz» donde la merienda siempre está preparada y al cual llega con alivio el niño tras una jornada escolar que para él ha supuesto una angustia insuperable. Los padres crean en la psique de sus hijos odio o temor a la sociedad y a los adultos, con el objetivo inconsciente de retenerlos cerca de ellos, como si el desarrollo de la conciencia fuera una aberración y el acto más sublime consistiera en seguir siendo siempre un niño. Estos padres olvidan que la infancia no es otra cosa que una etapa en el desarrollo del ser humano. Atados a la célula familiar que ellos mismos han creado, e incapaces de vivir el cambio que supone la marcha de los hijos, pueden llegar a ejercer sobre ellos un chantaje más o menos declarado: si tú me abandonas, me muero. Hacen entonces recaer sobre sus hijos una culpabilidad insalvable, puesto que crecer y abandonar el hogar familiar les está prohibido.

Los abusos institucionales y sus consecuencias sobre el árbol genealógico

Al igual que el individuo repite los abusos del árbol, el árbol repite a su vez los abusos que la sociedad y la cultura le hacen sufrir: las injusticias sociales, la miseria, las morales caducas y los regímenes totalitarios influyen directamente sobre la familia cuando ésta carece de la fuerza suficiente para interrumpir el flujo tóxico de estos abusos. Inversamente, un árbol tóxico, unos padres abusivos causan muchos males no sólo a sus hijos, sino también y a través de ellos a amplios grupos sociales. Se puede considerar que los abusos que Hitler o Stalin padecieron en su infancia fueron posteriormente pagados por millones de seres.

Vemos, pues, que los abusos se encadenan en el árbol genealógico. Cada generación conserva traumas que se repetirán, notablemente empeorados, sobre la generación siguiente. Muchos de los problemas que sufren las personas tienen su origen en la moral, que con varias generaciones de diferencia se traducirá en sufrimientos corporales, sexuales, creativos o emocionales. La moral es producto de la religión, una ley trascendente que se expresa por medio de mandamientos y prohibiciones (los 10 mandamientos para los cristianos o las 613 mitzvot para los judíos les especifican las normas

a seguir; igualmente, las 114 suras del Corán pueden ser interpretadas como mandamientos o prohibiciones).

Lo que suele suceder es que las sociedades que se basan en estas tradiciones se limitan a imponer en el individuo estos mandamientos que sin embargo luego ignoran para la colectividad: por ejemplo, el individuo como tal no tiene el derecho de matar, pero los gobiernos sí se arrogan este derecho (con guerras, pena de muerte, etc.). Se prohíbe al ciudadano robar, pero bancos, grandes empresas y otras instituciones (entre ellas los partidos políticos) no se privan de ello. Se estigmatiza la mentira, pero la publicidad y la comunicación política están fundadas sobre ella, como la habilidad de un abogado o los recursos financieros puestos en marcha por un demandante o un demandado pueden influir sobre la «verdad» que surgirá del proceso judicial.

Un gran abuso de la tradición judía ha sido el autorizar únicamente a los varones a estudiar, mientras que las mujeres debían permanecer incultas, absorbidas por sus tareas domésticas, con el pretexto de que ellas llevan los textos sagrados en su carne. El estudio de la Torá era algo exclusivamente masculino, y de igual manera la cultura católica prohibió a las mujeres oficiar en los ritos religiosos. Y esto ha producido en muchos árboles genealógicos una clase de abuso que nosotros denominaremos «cultural», porque preferentemente se permite a los hijos varones orientarse hacia los estudios para que ejerzan su actividad profesional en el mundo, mientras que a las hijas se les propone como valores importantes la belleza, la docilidad y la intuición, preparándolas especialmente o no para ocuparse de las tareas domésticas.

En el plano sexual, son muy numerosas las tradiciones que demonizan las pulsiones naturales, pero la vida de los poderosos y de las estrellas del espectáculo escapan a esas prohibiciones. Ciertas religiones estipulan que no se debe pronunciar el nombre de Dios en vano, pero lo utilizan para justificar y bendecir el terrorismo.

La moral, con sus raíces religiosas y supersticiosas, se opone a toda curación individual. Convertida en una especie de caparazón hecho de palabras pero vacío de toda implicación personal, la moral puede llegar a defender todo lo contrario de lo que preconiza. A fuerza de simplificar los mandamientos y las prohibiciones, la moral hace imposible tener en cuenta la complejidad individual. Por ejemplo, y como ya hemos visto con ocasión del estudio de los núcleos y de los nudos, no es ningún pecado ni ningún crimen desear sexualmente a un miembro de la familia. Es un hecho que se debe

afrontar, que hay que aceptar como tal para poder resolverlo, y ello sin tener que recurrir directamente al acto. No es ningún delito ni una vergüenza que, después de producirse un abuso sexual, se sienta el deseo compulsivo de repetirlo bajo formas más o menos derivadas. Es una fijación sexual que hay que aceptar y resolver. No es reprensible desear la desaparición o incluso la muerte de un hermano/-a que está acaparando la atención de los padres. Éstos son sentimientos creados por el ambiente venenoso que los padres hacen imperar en el seno de la familia, en el que manifiestan arbitrariamente sus preferencias de una manera flagrante y que, una vez más, conviene reconocerlos para que se puedan resolver.

Cuando los curas, o cualquier otra suerte de oficiantes de una religión determinada, se ven depositarios de estas situaciones complejas, pueden sentirse tentados a intentar aplicar soluciones estándar y elaboradas de antemano (una vez más, la repetición del pasado contra la creatividad salvadora del futuro) a problemas que son estrictamente individuales. Cuando, en un confesionario, un cura bautiza con el nombre de «pecado» un deseo reprimido, no le queda otra solución que pretender borrarlo por medio de la absolución. En realidad, y en la mayoría de los casos, en el espíritu de la persona permanecerá una persistente vergüenza y la incapacidad de aceptar sus propias pulsiones tal y como son.

Es muy frecuente que los depositarios de la moral religiosa sean, ellos mismos, los responsables de los abusos. En este sentido, son muy numerosos los casos registrados en el seno de la Iglesia católica, pero hay muchas razones para creer que otras tradiciones religiosas, en la medida en que imponen una moral sexual ultraestricta, favorecen también los actos de esta misma naturaleza. Pero el abuso puede ser mucho más sutil, indirecto y, aun así, más devastador.

Citemos, a modo de ejemplo, el caso de una mujer afectada por un tic repetitivo y que vino a consulta porque desde su infancia ella sacudía la cabeza permanentemente, como si estuviera diciendo «no». En realidad, aquel tic había comenzado en un confesionario, cuando ella con 10 años de edad se confesaba unos cuantos pecados sin la menor gravedad. El sacerdote, siempre más interesado en eventuales pecados mortales, le recriminaba insistentemente sus «prácticas impuras». En realidad, ella había comenzado a masturbarse hacía algunos meses, pero presintiendo confusamente que no debía hablar de ello con el cura so pena de ver aquella práctica suya culpabilizada, la niña decidió guardar silencio al respecto. Pero

también le habían enseñado que mentir en la confesión era un acto muy grave que la ponía en peligro de ir directamente al infierno. El cura, por su parte, y adivinando que no se lo había contado todo, le insistió: «¡Si mientes, perderás la vida eterna!».

El resultado de este abuso (que se podría calificar de abuso sexual y espiritual al mismo tiempo) fue el tic, un gesto compulsivo de negación, como si durante toda su vida ella tuviera que oponerse a la curiosidad malsana de un cura ávido de confesiones de carácter sexual.

En el caso de esta consultante, tenía el trauma tan profundamente enquistado que la toma de conciencia del origen de aquel tic no fue suficiente para desactivarlo. Por consiguiente, se hizo necesario escenificar un acto psicochamánico en el que, delante de una asamblea de testigos, un hombre investido de autoridad moral (en este caso, Alejandro Jodorowsky) asumió el rol del sacerdote. Entonces, la consultante se decidió a confesar sus masturbaciones y, como consecuencia de ello, recibió una bendición: «Perfecto, yo te bendigo por este acto sano y natural que te permitirá tener numerosos orgasmos». El tic desapareció instantáneamente y para no reaparecer jamás.

La presencia del grupo es crucial en un acto como el anterior, porque una asamblea de personas de buena voluntad, que se comportan como testigos del establecimiento de una nueva moral, es indispensable para contrarrestar la fuerza del grupo social que ejerce su influencia, oculto detrás de toda moral religiosa.

En un caso como éste, se puede decir que el cura era responsable de un abuso (su insistente curiosidad, revestida de toda la autoridad de la Iglesia), aunque los padres eran asimismo culpables de dicho abuso por haber confiado a su hija a una autoridad religiosa, sobre la cual habían descargado su propio papel educador. Se trata, pues, y una vez más, de un acto de inmadurez parental.

Identificar el abuso en sí mismo: la repetición interiorizada

La consecuencia principal del abuso es generar una serie de carencias en la alegría de vivir. Se puede decir que el abuso interrumpe el movimiento espontáneo de la vida y de la Conciencia y nos va recortando, poco o mucho, todo lo que es nuestra verdadera naturaleza; y también que con frecuencia resulta mucho más fácil descu-

brir los abusos en los demás que en nosotros mismos. Ya hemos visto cómo el abuso se presenta como una faceta de nuestra propia identidad que repetimos sin saber, la mayor parte del tiempo, que podríamos haber vivido una situación bien diferente.

En términos generales, el crecimiento psíquico se interrumpe en el momento en que se produce el abuso. Una parte concreta del individuo se bloquea desde el instante en que se produce el trauma. Como consecuencia de ello, se puede tener una edad fisiológica de 40 años pero reaccionar emocionalmente como un niño. Este hecho sirve para identificar también abusos más complejos que de otra forma quizá nunca se habrían localizado.

Para prepararse, se puede iniciar un trabajo de investigación personal que consista en preguntarse uno mismo: «¿Cuál es mi edad en todos y cada uno de mis cuatro centros?».

Todos nosotros tenemos una edad intelectual, una edad emocional, una edad sexual y creativa y una edad física totalmente independientes, las cuatro, de nuestra edad oficial. Por ejemplo, una persona puede desarrollarse físicamente pero conservando características propias de un bebé; y desde el punto de vista intelectual, una persona puede ser mayor o más joven de lo que le correspondería a su edad.

Hay que distinguir también entre la edad con la que se funciona en la vida diaria y la edad que se tiene cuando volvemos a enfrentarnos a un determinado problema o una tensión (por ejemplo: ¿Qué edad tengo cuando estallo en ira? ¿Y cuando me veo bloqueado en una situación de angustia? ¿Y cuando me encuentro compitiendo con los demás?, etc.).

Una vez establecido el perfil, se puede entonces comenzar a preguntar qué abusos se llevan a cabo todavía en cada centro. Pero en el momento de plantearse esta cuestión, toda persona de buena voluntad se tropieza, y más violentamente que nunca, con la ideología oficial del árbol genealógico. En otras palabras, toda la familia, tal como nosotros la habíamos integrado en nuestro interior, se amotina: «¡Pero quién eres tú para llamar *abuso* a lo que te hemos transmitido!».

El niño maltratado restablece el equilibrio imaginándose que él es el culpable de los malos tratos que se le infligen. Pero si nuestros padres abusivos no son capaces de vernos tal como somos, padeceremos todas las penas del mundo en la edad adulta al vernos a nosotros mismos. Si nadie me ha visto, yo seré incapaz de verme. Si nadie me ha querido, yo jamás seré capaz de quererme y de aceptarme a

mí mismo. Aunque, por otra parte, quienes no me han visto ni aceptado son incapaces de ver, de amar y de aceptar lo que yo pueda ser.

En el ámbito del abuso, el árbol genealógico practica la negación y todos y cada uno de nosotros hemos integrado en nuestro interior un cierto número de *negaciones*. A continuación ofrecemos una lista no exhaustiva de esas negaciones y de las respuestas que se les pueden oponer en conciencia:

–«Así es como se hacía o como se vivía en aquella época.»

Pero no en todas las familias. ¿Qué haría yo, dentro de mi alma y conciencia, si tuviese que enfrentarme hoy a la misma situación?

–«Mis padres creían hacer bien.»

¿No protesté nunca? ¿Cómo reaccionaba? ¿Cómo se tomaban ellos mis protestas?

–«No tenían otra opción.»

¿Ni siquiera de cambiar algún detalle, de explicar, de alegar, de comunicar, de presentar sus excusas?

–«No fue su culpa: eran las sustancias que consumían (alcohol, drogas) las que hablaban por ellos; o bien un responsable externo de una situación que ellos sufrían.»

¿Y quién se dedicó a consumir esa sustancia en vez de consagrarse a los suyos? ¿Quién sufrió el yugo de ese dictador, de ese amo, sin encontrar soluciones para aplacarlo?

–«Mis padres no tienen nada que ver con todo esto: ellos no estaban al corriente del abuso perpetrado por una persona ajena.»

Si la responsabilidad de los padres es velar por sus hijos, ¿cómo es posible que no estuvieran al corriente? ¿Qué clase de diálogo existía en la familia? ¿Por qué no se pudo hablar de lo que había sucedido?

–«Yo era un niño/-a difícil.»

Visualiza un niño/-a en la misma situación y con idéntico carácter. En tanto que adulto, ¿cómo le tratarías tú?

–«No me acuerdo de nada.»

Si tuvieras que escribir una historia o una novela sobre esa edad o esa época, ¿que contarías?

–«Me lo tenía bien merecido.»

¿Harías sufrir esos mismos castigos a un niño/-a al que tú quisieras? Imagina las consecuencias que esos castigos tienen sobre la vida de ese niño/-a.

En resumen, todo abuso se manifiesta por medio de un anquilosamiento interior: nudo, temor, angustia, vergüenza, compulsión, todos esos elementos que nos causan la impresión de haber sido talados de nosotros mismos, culpables, mutilados, incapaces. En general, todo desarrollo entorpecido se corresponde con un abuso. Para reencontrar el potencial propio y poder desplegarse en todas direcciones es necesario comprender que los abusos han dejado su huella en nuestros cuatro centros.

El abuso en los cuatro centros

Ya hemos visto que la familia es productora de abusos originales, nacidos de sus conflictos internos, al mismo tiempo que se convierte en el refugio íntimo del abuso institucional. Ahora vamos a detallar lo máximo posible la forma en que esos abusos se presentan en las cuatro energías. Como cualquier otro concepto, el abuso puede ser comprendido mejor si se aplica a las cuatro dimensiones del ser humano. Por supuesto, el abuso sexual es grave y reconocido por todo el mundo, pero ¿qué ocurre con los demás abusos? Vamos a intentar, pues, poner el máximo de ejemplos para ilustrar en cada uno de los cuatro centros...

...cuáles son los derechos y las necesidades de un niño.

...qué actitudes sobrepasan patológicamente esas necesidades y se olvidan de esos derechos.

...y qué consecuencias puede traer todo ello en una persona adulta.

Para estudiar el encadenamiento de los abusos en un árbol genealógico, es necesario tener en cuenta el factor siguiente: ya hemos dicho que la persona que ha padecido algún abuso, cuando es adulta, tiene tendencia a repetir el abuso porque continúa inconscientemente marcada por el deseo del acto o de la escena en cuestión. Pero sucede que un abuso en un determinado centro induce un abuso en otro centro diferente: por ejemplo, una persona que hubiera sido golpeada y humillada físicamente puede inclinarse por la violencia verbal y abusar intelectualmente de los niños. Algunos padres que han abusado sexualmente de sus hijas no habían sufrido jamás abuso sexual alguno, pero sí se habían visto privados de toda forma de ternura o de amor en su infancia y no habían conocido la proximidad afectiva hasta llegar a la edad adulta, en su sexualidad. Ese abuso emocional produce después un abuso sexual, porque ante la ternura de una niña esos hombres marcados por una ignorancia afectiva profunda reaccionan por medio de un deseo sexual irresistible.

El abuso intelectual

Numerosos abusos intelectuales tienen su origen en una aplicación ciega de la moral social y religiosa con la que el clan familiar se encuentra relacionado.

El abuso consiste en introducir en el niño/-a conceptos que fueron útiles en otra época pero que ahora se han convertido en caducos (por ejemplo, morales religiosas antifeministas, racistas o ancladas en prohibiciones pasadas). Las ideas recibidas pueden seguir estando activas durante toda una vida, aunque esos conceptos van a entorpecer el espíritu del niño sin servirle jamás para nada.

Toda idea debe ser atendida según la época y el lugar en que es transmitida y según la persona que la transmite. Por ejemplo, el concepto «libertad» representa dos verdades distintas según sea el punto de vista: el gobernante de un gran país o el de un esclavo. Los conceptos cambian según la clase social, el clima, el género, la orientación sexual, etc., que los formulen. Una verdad formulada en la Edad Media no es igual a la misma verdad emitida en el siglo XX: la monogamia instaurada en la Edad Media afectaba a una población cuya esperanza de vida raramente sobrepasaba la cuarentena. Mantener el dogma moral de la monogamia estricta en una sociedad donde se vive hasta los cien años supone contar con otra organización social, familiar, psíquica, etcétera.

Ciertas creencias de base son presentadas como generalizaciones, pero en realidad a donde remiten es a una ideología derivada de una época dada: el colonialismo y la esclavitud han podido engendrar ideas preconcebidas tipo «Las personas con una piel más oscura son menos inteligentes que yo»; o los empleos de los judíos en la sociedad occidental de los siglos XIX y XX y la idea preconcebida de que «los judíos son avaros». Además de lo anterior, está la falocracia inherente a la organización política, económica y social patriarcal de Occidente, con la idea de que «las mujeres son personas dependientes y deben ocuparse de la casa y de los hijos».

Las Juventudes hitlerianas cometieron un abuso intelectual de enormes dimensiones al inculcar el nazismo a niños de 6 años, el mismo que, aunque sea de buena fe, cometen algunas comunidades denominadas «espirituales» inculcando sus creencias a niños de corta edad. Este tipo de educación es tan frecuente que se puede decir que los abusos intelectuales comienzan desde el mismo nacimiento, en la guardería, o en el colegio, para proseguir a lo largo de toda la escolarización del niño/-a.

El abuso intelectual se puede comparar con una etiqueta que se incrusta en el cerebro y que produce una gran rigidez mental: «Si yo soy un hombre, debo pensar como los hombres, y si soy blanco tengo que pensar como los blancos». La base de este abuso identitario consiste en confundir a una persona con sus actividades, su estatus, incluso con algún error que hubiera podido cometer una vez en su vida: «Ése es médico, ése otro es un imbécil, aquél es un ladrón, etc.».

Por otro lado, existen abusos intelectuales propios de una familia en particular: insultos, críticas, violencias verbales y todos los demás casos en los que la palabra es utilizada como un arma. Si los golpes físicos dejan heridas en el cuerpo, las palabras pueden también herir el espíritu, y de una forma mucho más perdurable todavía.

Inversamente, y con la mejor intención del mundo, los padres que pretenden hacer de su hijo/-a un genio o un superdotado imponiéndole ciertos aprendizajes invasores y muy precozmente, lo que están haciendo en realidad es cometer un abuso. Así, se puede ver a algunos padres blandir delante de sus hijos pequeños álbumes ilustrados con el fin de hacerles aprender vocabulario, cuando los niños apenas si han comenzado a hablar, o imponer a esos mismos pequeños el aprendizaje precoz de una lengua extranjera. Consecuentemente, el niño no dispone de tiempo para jugar, de explorar su propio proceso de prueba y error, y se encuentra literalmente invadido por la formación intelectual de sus padres. Y una situación así puede llegar a provocar dislexias o bien una gran agilidad intelectual, pero aparejada a una angustiosa falta de confianza en sí mismo.

Por otra parte, para que el espíritu de un niño/-a se desarrolle sanamente, es esencial dejar que explaye su curiosidad. Los padres o los hermanos mayores cometen un abuso frecuente cuando rechazan o juzgan las cuestiones que les plantean los más pequeños. Respuestas como «¡Tú no tienes por qué saber eso!» o «¡Déjame en paz y no me hagas tantas preguntas...!» son otras tantas agresiones que enmascaran una absoluta perplejidad, una falta de disponibilidad o la repetición de un esquema de abusos vivido por el propio progenitor.

Igualmente, es conveniente respetar al niño/-a y no menospreciar el nivel de desarrollo intelectual en el que se halle, en vez de tratarle de imbécil o de burlarse porque, por ejemplo, su pronunciación o su sintaxis no son precisas todavía. Cuando los hermanos mayores sien-

ten celos de los menores, en algunas ocasiones intentan aplastarlos intelectualmente, por lo que los padres deberán vigilar atentamente para impedir que esa rivalidad se convierta en un abuso.

Las mentiras y las promesas no cumplidas forman parte, igualmente, de los abusos intelectuales, porque crean una notable falta de confianza en la palabra dada.

El abuso emocional

Los abusos emocionales más graves están vinculados a la falta de cariño de los padres hacia sus hijos. Cuando se proyectan sentimientos negativos (odio, ira, celos) sobre un niño se produce un cortocircuito psíquico. El niño/-a no puede aceptar (ni «metabolizar» psíquicamente) el hecho de que el progenitor al que quiere sin reservas es incapaz de devolverle ese amor, y se construirá un sistema de defensa psicológica fundamentado sobre su propia culpabilidad: no me quiere porque yo soy esencialmente malo. El sufrimiento de saberse «inútil» o defectuoso es mucho menos insoportable que el hecho de no ser querido, porque el niño puede entonces imaginar que, a costa de un esfuerzo o de un cambio radical, él podrá algún día obtener el amor de sus padres.

De igual manera, todo abandono es un abuso. Además del abandono literal, toda situación en la que los padres priven al niño de su tiempo y de su compañía confiándolo a otras personas es, asimismo, abusiva. Incluso cuando esas personas (familiares próximos, abuelos o cuidadoras) se comporten con el niño con una gran ternura, el resultado es patológico porque el niño busca ante todo la proximidad de sus padres.

En este mismo orden de ideas ya vimos en el capítulo sobre el nacimiento que, para un niño/-a, resulta traumático mamar de un biberón o del pecho de otra mujer distinta de su madre. La leche no es la misma, los senos tienen consistencias diferentes. El instinto animal del bebé exige el pecho materno dado con amor.

La mayor parte de los abusos, en las familias aparentemente «normales», proceden de las preferencias de los padres. Desde el momento en que un hijo/-a es ostensiblemente preferido/-a a los demás (por razón de su sexo, por afinidad o parecido con los padres, porque está enfermo, es más débil o más pequeño, etc.) se está corriendo el riesgo de crear un abuso emocional. No se trata, evidentemente, de uniformizar el amor que se profesa a los hijos,

pero en el caso de existir alguna preferencia será urgente detectarla para, conscientemente, equilibrar la forma en que se trata a unos y a otros hijos.

Todo chantaje afectivo es, igualmente, un abuso. El niño/-a tiene necesidad de ser amado por sí mismo y no como recompensa por sus acciones. Todas las actitudes del tipo «Te querré mucho si eres bueno, y no te querré nada si eres desobediente» o «Te quiero mucho porque te portas bien en el colegio» son chantajes que conducen al niño a sentir que debe ganarse o comprar el amor de sus padres.

Otro abuso emocional consiste en no verbalizar los cambios de humor y las causas del estrés y tomar al niño por sorpresa, o bien rechazar comunicarse con él: por ejemplo en el caso de una mudanza o de un duelo, también en el del nacimiento de un hermano pequeño, es esencial comunicarse con el niño, prestar atención a sus sentimientos. Decir a un huérfano/-a «Tu mamá/papá se ha ido de viaje» es un abuso intelectual, porque es una falsedad, pero al mismo tiempo y sobre todo es un abuso emocional, porque se obliga al niño a esperar el imposible regreso del fallecido y a perderse en conjeturas sobre las razones de ese abandono.

En el momento de la adolescencia, las intervenciones de los padres en las relaciones afectivas de los hijos deben ser muy mesuradas. Obligar a un hijo o a una hija a casarse en contra de su voluntad es, evidentemente, un abuso emocional y sexual de la máxima importancia, pero criticar sin matices a los amigos o las amigas de esos hijos es, igualmente, abusivo.

Ocultar a un niño/-a que su padre no es su padre, o que sus padres lo adoptaron, está íntimamente vinculado tanto con el abuso emocional como con el abuso sexual. De hecho, se llega a tocar el tabú del incesto. En el momento en que aquel niño/-a ya adulto descubre la verdad, se da cuenta de que todos los gestos de ternura, todos los impulsos de amor que experimentó hacia aquellas personas con las que se creía vinculado por lazos de sangre iban, en realidad, destinados a un hombre o a una mujer con los cuales la prohibición del incesto no tenía lugar de ser. Y esto puede crear una perdurable confusión entre amor y sexualidad.

Pedir a un niño/-a que asuma los problemas emocionales de sus padres, como si fuera un adulto capaz de dominar su propio desconcierto, su aflicción o su sentimiento de abandono es, igualmente, un abuso grave. En los casos de divorcio, por ejemplo, se produce el abuso cuando los padres trasladan a sus hijos su furia contra el

cónyuge del que se están separando y su necesidad de ser queridos.

En las peleas de pareja, obligar al niño/-a a tomar partido es un abuso emocional grave. Por regla general, lanzar sobre un niño la ira que se siente contra el cónyuge es abusivo: puede ser el caso de los niños nacidos de una «violación conyugal» o simplemente de un matrimonio entre personas que no se aman.

Finalmente, la ausencia de comunicación emocional, motivada por la indiferencia o por un bloqueo no resuelto por parte de los padres, es un abuso mayor, aunque silencioso aparentemente.

Abuso sexual y abuso creativo

El abuso sexual hoy es un tema de estudio en psicología después de haber estado durante muchísimo tiempo silenciado. Se acepta la posibilidad de que en la familia hayan tenido lugar diferentes abusos sexuales, pero sin embargo no se intenta sacar a la luz otra clase de abusos que, muchas veces, son heridas emocionales, intelectuales o creativas que pesan sobre la genealogía.

Se habla muy poco todavía del abuso creativo, es decir, el que consiste en impedir al niño/-a soñar y desarrollar su talento, o también y por el contrario el que implica imponerle una práctica artística rígida y tenerle sometido permanentemente a la crítica. Analizaremos de manera más extensa las formas que pueden impedir el desarrollo artístico y creativo un poco más adelante.

El abuso sexual

Es el acto por el cual un adulto obliga a un niño/-a o adolescente a tener una experiencia de dicha naturaleza antes de tiempo, y/o impedirle tener dicha experiencia en el momento justo. En todos los casos, el abuso lo producen los padres o adultos que ven en el niño/-a o en el/la adolescente un objeto sexual, pasando o no al acto sexual en sí mismo. La definición de abuso sexual abarca un ámbito muy extenso: abuso sexual puede ser todo gesto o comportamiento susceptible de menoscabar el normal desarrollo de la persona.

El abuso sexual puede consistir en una violación o en una seducción, con o sin dolor, con o sin placer. Ocurre, asimismo, por miradas y gestos aparentemente inofensivos (entrar en el cuarto de baño cuando el niño/-a se está lavando, espiarlo, mostrarle fotografías pornográficas) o por las palabras (como imponer al niño confidencias sexuales). Y la prohibición y la culpabilización de la sexualidad son también abusos: los padres que vigilan y castigan la masturbación son padres abusivos. Todo abuso de esta naturaleza revela que los adultos ven al niño como un objeto sexual y no como un sujeto sexuado.

Es preciso resaltar que el abuso sexual en el marco familiar carece, frecuentemente, de rasgos violentos y se puede comparar con una seducción. El niño/-a al que le falta atención y cariño se aferra a ese intercambio porque, muy a menudo, es la única relación estrecha que puede mantener con los adultos de su entorno. Y ello le conducirá a sentirse cómplice y culpable del abuso o del secreto que pese sobre dicho abuso. Por otro lado, todo abuso sexual engendra una insatisfacción duradera: el niño/-a sometido a una relación de este tipo espera siempre un amor que el adulto no le dará. Él o ella se arriesgan a reproducir –en su vida futura– las circunstancias de abusos similares, esperando interminablemente el mismo amor que ellos no tuvieron durante su infancia.

En la relación entre madre e hija, el abuso sexual puede provenir de una ausencia del padre. Y será él precisamente quien deba establecer las diferencias, cortar el vínculo simbiótico entre madre y niña e informar debidamente a su hija: «Tú no eres el espejo de tu madre. Tú eres tú». Cuando ha faltado el padre –por una ausencia, un divorcio o un fallecimiento– es frecuente que los amantes de la madre se vean tentados a convertirse también en amantes de la hija, como si ambas compartieran con él un solo cuerpo, una sola sexualidad. En tal caso, y tal como lo entendemos nosotros, los responsables del abuso son en realidad tres: el amante adulto que seduce a la hija, la madre que descuida su vigilancia y acepta tácitamente la simbiosis y el padre, por su ausencia.

De igual forma, cuando un padre o una madre utiliza a su hijo/-a como confidente de su vida sexual establece con el niño un vínculo incestuoso.

Infravalorar abiertamente todo lo femenino delante de una niña pequeña o lo masculino ante un niño, supone asimismo un abuso sexual, dado que se le impone al menor una visión negativa de su propia identidad sexual, lo que le habrá de llevar a reprimir cualquier expresión de su femineidad o de su masculinidad.

En resumen, al hablar de abuso sexual, conviene determinar...

...qué partes del cuerpo son las afectadas.

...en qué situación o situaciones fue perpetrado el abuso.

...y finalmente por qué medios dominó el responsable a su vícti-

ma: amenazas, subterfugios, fuerza, violencia física o verbal, seducción, «prostitución» (ofreciendo golosinas o diversiones a cambio de la relación).

El abuso creativo

Consiste en impedir a una persona desplegar todas sus capacidades, cualesquiera que éstas sean, e imponerle proyectos o un destino dictados por un limitado nivel de conciencia del árbol genealógico. Los seres humanos tienen talentos muy diversos y, sin embargo, uno de los errores más recurrentes en las familias es pensar que todos deben tener los mismos talentos, de forma que cuando un niño/-a es diferente es habitual que sea tratado como un tarado o un traidor, viéndose excluido del clan.

Pero, a la inversa, imponer a un niño/-a el estudio de un arte o de un instrumento musical en particular, o enfrentarlo a un modelo de competencia normativa sin permitirle desarrollar su propio gusto por la belleza, supone también un serio abuso: se busca extirpar el talento natural del niño para convertirlo en un pequeño genio cuya realización sirva, sobre todo, para satisfacer la sed de llamar la atención de los propios padres. Ningún niño puede comportarse como un artista completo antes de haber alcanzado su madurez psicológica.

La falta de atención, de escuchar debidamente al niño, puede desembocar en un abuso creativo. Cada niño/-a es una criatura aparte que deberá pasar por su propio proceso de prueba y error, de descubrimiento. Forzar el ritmo de un niño, presionarlo o ralentizarlo, constituye siempre una intrusión en la formación de su propio genio.

Es igualmente importante dejar que desarrolle sus propios gustos (por ejemplo, permitiendo que se vista o decore su habitación de la forma que más le plazca) y sin criticarle por ello. La relación con la Belleza es íntima y particular, y es un error que puede llegar a convertirse en abuso imponer al niño/-a los criterios estéticos propios.

El abuso corporal y material

Golpear a un niño/-a e inculcarle el miedo a los golpes, educarlo por medio del terror marcará significativamente la relación del menor con su propio cuerpo. Igualmente, las burlas relacionadas con

su apariencia física, su peso, el color de su piel o sus rasgos supone también un abuso. Querer o detestar a un niño por su parecido con otros miembros de la familia implica negar el carácter único y precioso de su existencia como persona. En apariencia, hechos tan anodinos como cortarle el pelo en contra de su voluntad o imponerle una ropa que le es incómoda, puede representar asimismo un abuso.

Con respecto al plano de su nutrición, el hecho de alimentar insuficientemente o de sobrealimentar a un niño/-a es un comportamiento abusivo, al igual que lo es forzarlo (por medio de amenazas, castigos o golpes) a comer alimentos que él deteste.

Todo niño/-a tiene derecho a tener su espacio y su tiempo para él solo, y no estar en un rincón vigilado: el hecho de que el niño tenga que compartir el espacio con los demás y se sienta permanentemente invadido representa, también, un abuso. Encerrar a un niño, impedirle conocer el mundo, o incluso todo lo contrario –llevarlo de un sitio a otro– son comportamientos abusivos en el sentido de que no respetan la necesidad que tiene toda persona de disponer de un territorio de referencia, a la vez que de mostrarse capaz de abrirse al mundo.

Los padres que adoptan ante sus hijos conductas tóxicas y autodestructivas (como fumar, drogarse, beber en exceso) son, en realidad, padres abusivos.

Cuando el niño/-a está enfermo o tiene necesidad de cuidados, el padre/madre que lo expone excesivamente al dolor o a la angustia es un padre abusivo: el hijo debe sentir que puede recuperar la salud en una atmósfera protegida.

Por regla general, el abuso físico depende también de la forma en que las cosas se comparten en el seno del hogar familiar. El niño/-a no tiene necesidad alguna de ser tratado como un rey o una reina, pero sí de ser tratado de una manera justa en relación con las condiciones de vida de otros miembros de la casa. Si alguien se beneficia de su debilidad para tratarlo ostensiblemente peor que a un hermano mayor o que a un benjamín, cualesquiera que sean las condiciones de vida –incluso en el seno de una familia muy rica–, el niño conservará la impresión de que le han estafado y han abusado de él. Numerosas disputas por herencias en las grandes familias empresarias tienen su origen en aquellas desigualdades infantiles, hasta el punto de que un imperio financiero llegue a derrumbarse a causa de abusos pasados que han marcado a la hermandad.

Salir del abuso: recapitulación y confrontación

Así pues, vemos que el abuso es una especie de tatuaje psíquico, la última trampa del árbol genealógico que nos obliga a comportamientos radicalmente opuestos a la vocación de nuestro ser auténtico.

Frente a la multitud de abusos tanto en nuestra propia historia personal como en la de nuestros antepasados, es necesario adoptar una doble postura: la de defensor de uno mismo y la de testigo de los abusos que descubramos en el árbol genealógico.

A este respecto, es importante entender que desde fuera nos puede ayudar, escuchar y comprender a una persona que haya sido víctima de abusos –no con el fin de convertirnos en improvisados terapeutas, sino para poder lanzar una mirada desprovista de angustia hacia esos abusos sufridos por nuestros padres o nuestros abuelos.

Igual que para practicar meditación resulta muy útil comprender bien el funcionamiento del espíritu humano y disculpar el incesante «diálogo interior» que se advierte desde el mismo instante en que se adopta la postura en calma para meditar, es absolutamente necesario comprender el proceso del abuso –que es universal y que está presente en todos los árboles genealógicos– para así poder desalojarlo y superarlo en nuestra propia historia.

La complicidad de la víctima del abuso en el propio abuso: una clave para la sanación

En muchas ocasiones, resulta difícil escuchar el relato de un abuso (sobre todo cuando se trata de una tortura, de un abuso sexual violento, etc.) porque se suele tender a identificarse, al mismo tiempo, con la víctima y con el abusador: la persona que escucha dicho relato se queda fascinada u horrorizada, avergonzada de su propia curiosidad, y tiende a negar los hechos o bien a solidarizarse sin matices con la víctima. Porque al convertirse uno en testigo de un abuso se tiende a reaccionar a partir de los propios temores y limitaciones. La mayoría de las personas no sabe escuchar ni recibir adecuadamente un relato semejante: ésta es una razón de por qué a una persona que ha padecido un abuso que permanecía oculto le es tan difícil abrirse a sus prójimos:

Lo primero que hay que lograr, tanto para uno mismo como para el otro, es ser capaz de enfrentarse a la escena del abuso y con todos sus detalles. Una escucha llena de compasión (sea al escucharse a uno mismo o a otra persona) permite a quien hubiera sufrido el abuso vencer su vergüenza.

La calidad de esta escucha, que debe estar desprovista de cualquier curiosidad malsana o intento de juicio y a la vez permanecer siempre muy atenta a los detalles de cuanto haya podido suceder, permitirá a la persona afectada plantear todos sus recuerdos y liberarse del secreto vinculado al abuso. Con mucha frecuencia, la persona que ha sido víctima de un abuso tiende a minimizar lo que le ocurrió («Bueno, tampoco es que fuera una cosa muy grave...») o bien a conservarlo bajo una categoría que le permita no recordar detalles («Me violaron»: sí, pero ¿en qué circunstancias?).

Igualmente, el dolor o los sentimientos negativos producidos por aquel abuso deben formar parte del relato. Es decir, que todo lo que la persona víctima del abuso hubiera podido sentir es esencial para el reconocimiento del abuso.

Una vez que los hechos y los sentimientos de la víctima hayan sido claramente tenidos en cuenta, se tendrá finalmente la posibilidad de penetrar en lo más oculto del abuso: la persona afectada podrá reconocer de qué forma aquel abuso le causó placer (o fascinación, orgullo, sentimiento de grandeza, etc.) y por qué y cómo se siente impulsada a repetirlo para experimentar de nuevo esa exaltación. No es raro que la escena del abuso regrese como un fantasma (que acompaña a la masturbación en el caso de un abuso sexual) o una ensoñación.

Para un escritor, o un artista en general, ésta puede ser una fuente de inspiración que se añada a su imaginería personal. Una persona dicharachera –la graciosa del grupo– podría transformar su abuso en una recurrente broma pesada sobre el mismo tema cada vez que una situación similar se lo evoque. O al contrario: una persona muy enojada que, cada vez que se encuentra en situaciones parecidas a su abuso, hace declaraciones cargadas de odio hacia las personas que llevan a cabo actos similares (por ejemplo, una fuerte homofobia cuya raíz es un abuso homosexual).

En el caso del abuso sexual, en particular, es esencial que la per-

sona que vaya a narrar dicho abuso a alguien próximo a él, o a un terapeuta, sea capaz de clarificar las circunstancias exactas del acto o de los actos que padeció en su momento y en qué medida puede tener el sentimiento de haber participado en dicho acto. La sanación –es decir, el hecho de poder dejar atrás el abuso– depende de esta toma de conciencia. Ya hemos visto que todo abuso sexual sufrido produce, con el paso del tiempo, el deseo inconsciente de reproducirlo, de repetirlo: en el caso de un abuso violento, para poder producir en el agresor el mismo daño que nos hizo.

La victimización de las personas que hubieran sufrido un abuso sexual es un arma de doble filo, porque se limitan a mantener una actitud de pura víctima (en general bajo los auspicios de un terapeuta frío y pusilánime que está del lado de la moral y no es capaz de tener en cuenta esa adhesión involuntaria de la víctima con el acto de su agresor) y se arriesgan a no tener jamás acceso a la clave que las libere de una vez por todas del abuso sufrido y les permita interrumpir definitivamente los argumentos de repetición (en sus relaciones con personas que metafóricamente representan al abusador o en la anulación pura y simple de su sexualidad).

Desde este punto de vista, todas las formas de abuso deben ser tratadas a partir del modelo del abuso sexual. Para poder salir de un determinado trauma, la víctima debe reconocer, en primer lugar, el papel que ella desempeñó en el mismo y el placer psíquico, emocional o físico que sintió. Aunque pueda parecer chocante utilizar el término «placer», es necesario entenderlo como: la manifestación de aquello que busca la vida y el sentido en nosotros a cualquier precio. Un eco lejano del Ser esencial, de lo que volverá a ser, una vez lograda la sanación, de la inalterable alegría de vivir. A este respecto, el niño/-a del que abusó el adulto, incapaz de establecer una relación amorosa verdadera, «participa» de la relación que le proponen para encontrar en ella un cierto consuelo, por mínimo que éste sea.

La confrontación en metagenealogía: la herramienta de base para comenzar el trabajo sobre el abuso

Toda una rama de la psicología moderna, fundamentada particularmente sobre los grupos de palabra y de apoyo, se está interesando mucho por la reparación de los abusos. Citaremos aquí la

excelente obra de Susan Forward *Toxic parents* [*Padres que odian. La imposición familiar, un problema con solución*, Grijalbo-Random House Mondadori, Barcelona 1990/2004], con la que esta psicóloga norteamericana ha popularizado el principio de la confrontación, del careo: confrontarse psíquicamente o por escrito con la persona que hubiera cometido el abuso es, en efecto, una etapa indispensable. Por este acto, la víctima de un abuso en su infancia asume su propia defensa en tanto que persona adulta, situándose en una posición de igual a igual con quien, hace mucho tiempo, le era superior en edad, fuerza o influencia.

La confrontación, tal como nosotros la aplicamos en metagenealogía, está siempre y ante todo destinada a los padres. Si cualquier otra persona de nuestro entorno ha abusado de nosotros (tío/-a, hermano/-a, abuelo/-a, personas cercanas a la familia), habrá llegado igualmente el momento de enfrentarse a ella una vez que la responsabilidad inicial –la de los padres– haya sido tenida en cuenta debidamente.

La confrontación cara a cara se debe llevar a cabo en un territorio neutral: ni en la casa de los padres ni en la propia. Además, se realizará en encuentros individuales y a solas, incluso aunque los padres sean inseparables (en tal caso será preciso buscar un ardid que mantenga alejado a uno de los dos mientras convocamos al otro). Si se está demasiado nervioso/-a, se puede tomar algún calmante suave. Asimismo, si se tiene miedo a la persona con la que uno se va a confrontar, se podrá pedir a algunos amigos o personas allegadas que se mantengan cerca del lugar del careo y que estén listas para intervenir en nuestra ayuda.

Si los padres hubieran fallecido, la confrontación puede hacerse delante de su tumba o en el lugar en que hubieran sido dispersadas sus cenizas. E incluso en el caso de que una determinada persona de la familia se hubiera quedado con las cenizas de la persona desparecida, la confrontación se podrá hacer delante de una fotografía del padre o la madre. Las cinco etapas que vamos a detallar un poco más adelante, deberán ser respetadas en todo momento.

Finalmente, y si verdaderamente se tiene demasiado miedo de la confrontación (ya sea porque el padre/madre en cuestión es considerado «terrible», o porque es una persona de edad muy avanzada, está enferma o muy débil, etc.), se puede comenzar a preparar por carta, seguido de la ayuda de un terapeuta que interprete el rol de padre/madre. Sin embargo, y a fin de cuentas, siempre es mucho

más eficaz una confrontación real. Incluso si el progenitor está enfermo o sufre una degeneración de sus facultades cognitivas, esta confrontación puede tener lugar cara a cara, sin violencia, con una calmada firmeza pues estará dirigida al nivel más elevado de Conciencia que esa persona es capaz de alcanzar, no corriendo el riesgo en ningún caso de causarle algún mal físico.

La confrontación se desarrollará en las cinco fases que estudiaremos a continuación, y a la persona en cuestión se la puede prevenir diciéndole: «Voy a hablarte de una manera ordenada, no habitual, pero que es muy importante para mí. Al final tendrás la oportunidad de responder». Las cinco etapas mencionadas son las siguientes:

1. «Esto es lo que tú me hiciste (y esto es lo que dejaste de hacer)».
2. «Esto es lo que yo sentí».
3. «Esto es lo que aquel abuso (o abusos) provocó en mi vida».
4. «Esto es lo que sufro todavía hoy».
5. «Esto es la reparación que tú me debes».

Bajo una apariencia de simplicidad, éste es un proceso que exige claridad, firmeza y Conciencia. Se puede comparar con una especie de proceso penal en el que a la vez se es víctima y abogado, y cuyo último objetivo es que el acusado salga libre y purificado de sus errores después de ser absuelto de una demanda.

Vamos, ahora, a detallar cada una de dichas etapas exponiendo además dos situaciones en las que una persona ya adulta se confronta con su progenitor por un caso de abuso intelectual, creativo y afectivo (en el primero) y por un caso de abuso sexual (en el segundo):

1. «Esto es lo que tú me hiciste (y esto lo que dejaste de hacer)»

Recapitulación de *los hechos*: como si fuera un abogado que asumiese la defensa de aquel niño/-a del pasado, la persona que fue víctima de un abuso hace un inventario exhaustivo de todas las circunstancias que rodearon dicho abuso. Ya sea un único abuso (sexual, emocional o de cualquier otro tipo) o una serie de abusos que hubieran salpicado toda su infancia, se trata de poner a la persona responsable delante de lo que *hizo* y/o *dejó de hacer*.

(abuso intelectual, creativo y afectivo): «Tú siempre me criticaste, mis actos nunca fueron lo suficientemente buenos para ti. No me hablabas ni me escuchabas si no era para corregir mis deberes del colegio, estabas ausente de casa la mayor parte del tiempo y cuando regresa-

bas, no me mostrabas el menor afecto. Yo estudiaba dibujo pero tú jamás te interesaste en mi arte. Nunca escuché de tus labios una alabanza».

(abuso sexual): «Cuando tenía 8 años, tú cerraste los ojos ante el hecho de que el vecino me obligaba a mantener con él relaciones sexuales orales. Yo intenté hablar contigo, pero nunca quisiste escucharme. Aquello duró cuatro años, hasta el momento en que encontré el valor suficiente como para amenazarle con contarlo todo. Él trató de intimidarme diciendo que, si yo hablaba, la vergüenza pesaría sobre mí, pero nunca más se atrevió a obligarme a practicar una felación. Tú jamás quisiste escuchar lo que me había pasado. Y tú eras responsable de mí».

2. «Esto es lo que yo sentí»

La palabra *sentí* es extremadamente importante y requiere un trabajo previo en el que la persona deberá volver a ponerse en contacto con los sentimientos de aquella época y valorar lo que queda de ellos en la actualidad. Todo abuso supone que el abusador niegue –todo o en parte– lo que la víctima siente, sin hacer esto la relación se volvería equitativa y el abuso sería imposible: la víctima se encuentra, entonces, obligada a reprimir todo lo que siente (angustia, dolor, rabia o fascinación, placer, etc.), y esa represión perdurará hasta la edad adulta y la desligará de sí misma. En la confrontación es esencial restaurar la subjetividad de la víctima del abuso y colocar a la persona responsable del abuso frente a ese *sentimiento* que ella jamás quiso tener en cuenta en aquella época.

(abuso intelectual, creativo y afectivo): «Siempre me he sentido una nulidad, tenía una gran angustia cada vez que hablaba contigo. Además, siempre estaba muy triste porque tú no me querías, pero cada vez que me hablabas, aunque sólo fuera para criticarme, yo me sentía vivo, por eso acudía a escuchar tus críticas. Entonces yo tenía, y he tenido siempre, la sensación de ser una persona mala y carente de interés, y que nadie podría quererme nunca. En el fondo de mí, llevo enquistada una gran desesperanza».

(abuso sexual): «Yo tenía miedo. Aquello me repugnaba y a menudo tenía la impresión de asfixiarme. Al principio me enfadaba terriblemente, pero como no me servía de nada, acabé por no sentir nada. A la vez, y en cierta manera, me sentía fascinado por aquel secreto que se me había impuesto. Ante ti y ante el resto de la familia tenía vergüenza, pero sobre todo me sentía apartado de vosotros».

3. «Esto es lo que aquel abuso (o abusos) provocó en mi vida»
Las *consecuencias* de un abuso lo son a largo plazo, durante toda la vida de la persona víctima del abuso. Paradójicamente, esas mismas consecuencias pueden ser nefastas, pero también positivas. Una parte de nosotros siempre se resiste y es posible que, después de un abuso, la víctima se convierta por ejemplo en el primer miembro de la familia en emprender una terapia, en expresar su creatividad o en consagrarse a una actividad caritativa. Sin embargo, esa misma resistencia está siempre acompañada de obstáculos, de sufrimientos o de bloqueos, todos ellos directamente engendrados por el citado abuso. Por ello, de lo que se trata es de situar a la persona responsable del mismo frente a *todo lo que el abuso ha generado* en la vida de su víctima.

(abuso intelectual, creativo y afectivo): «Yo mismo me he convertido en un padre frío y distante, como tú. Me alejé de mi creatividad y aposté por mi profesión y por la excelencia en todo. Un día sentí que acabaría muriendo si seguía negándome a mí mismo de esa forma, por ese motivo me atreví a empezar un trabajo sobre mí. Fue entonces cuando pude descubrir la dimensión de los daños y la falta de confianza en mí que yo mismo me había inculcado».

(abuso sexual): «Durante mucho tiempo he tenido una sexualidad centrada en la masturbación. Caí en la droga y después fui capaz de salir de ella. Cualquier figura representativa de la autoridad me exasperaba, hasta que pude comprender que para mí representaba, a la vez, a aquel vecino más fuerte que yo y del que tú, que eras mi padre, nunca habías sabido protegerme. Logré sacar parcialmente mi rabia y mi dolor convirtiéndome en cinturón negro de karate, pero aún guardo mucha ira dentro».

4. «Esto es lo que sufro todavía hoy»
El *balance*: para el día de la confrontación, la persona que ha sido víctima de un abuso se ha convertido en alguien lo suficientemente segura de sí misma, lo bastante fuerte y madura como para hacer frente al responsable de aquel abuso. Pero la necesidad de la confrontación se debe a que ella aún tiene en su psique un nudo, un obstáculo, un sufrimiento y una obsesión, unas consecuencias de dicho abuso que no podrán ser resueltas si no es por medio de la mencionada confrontación. La persona responsable del abuso deberá hacer frente a *todo lo que su víctima sufre todavía hoy*.

(abuso intelectual, creativo y afectivo): «Quiero cambiar de profesión y ser capaz de querer más y mejor a mis hijos, pero tu ejemplo se interpone como un muro entre mis deseos y yo. Por eso sufro todos los días».

(abuso sexual): «A mis 35 años jamás he conseguido tener una relación de pareja que fuese estable. Siento una gran violencia dentro de mí. Y no es así como yo quiero vivir la vida».

5. «Esto es la reparación que tú me debes»
La *deuda*: no puede haber perdón si el responsable del abuso no es consciente de lo que ha hecho y, por tanto, no reconoce su deuda. Todo perdón unilateral por parte de la víctima no tiene valor alguno desde el punto de vista del Inconsciente: o bien hubo un abuso que se reconoce y se perdona (y que la pertinente reparación permite disiparlo) o bien la persona culpable persevera en dicho abuso negándose a reconocer su responsabilidad (por lo cual el perdón generoso es imposible). En este último caso, será necesario cortar los vínculos con esa persona hasta que el dolor del abuso se haya disipado por completo, es decir, hasta que la persona en cuestión nos resulte absolutamente indiferente.

Pero si el padre/madre involucrado está dotado de una conciencia adulta altruista, una vez llegado al punto de la confrontación no tendrá nada más que un deseo: reparar el abuso para, así, poder transformarlo retrospectivamente en un error que pueda ser superado. La persona víctima del abuso deberá postular que ese nivel de Conciencia existe –real o potencialmente– en su interlocutor, dándole a entender cuál es la reparación que puede saldar la deuda con respecto a su persona. Incluso si el abusador se empeña en rechazar en bloque los hechos y sentimientos expuestos (lo cual es muy probable), el hecho de enunciar el precio de la reparación será beneficioso para la víctima del abuso: para superar el abuso, es absolutamente esencial dar a la reparación un valor concreto, cualquiera que sea la fórmula (dinero, excusas públicas o cualquier otro acto u objeto). Si el padre/madre rehúsa llegar a un acuerdo sobre dicha reparación, la vida se encargará de hacerlo de otra manera, como veremos más adelante.

(abuso intelectual, creativo y afectivo): «Sé que tú no vas a cambiar, pero me debes dos cosas: cómprame, a un precio que yo fijaré, uno de los cuadros que pinté durante mi adolescencia y cuélgalo en tu salón. Acompáñame también a un parque de atracciones, iremos juntos con mis hijos y les haremos pasar un buen día en el que los niños podrán dedicarse a soñar. Yo estaré allí para asegurarme de que te comportas como un buen abuelo/-a».

(abuso sexual): « Me debes excusas por no haber prestado asistencia a una persona que se encontraba en peligro, y un millón de euros como reparación simbólica del mal que me hiciste».

¿Cómo formular la reparación más justa? ¿Es esencial obtenerla?

El trabajo sobre la reparación es, sin duda, el punto más delicado de todo este proceso: reparar una acción pasada *no es* cambiar el pasado. De nada sirve decir a una madre alcohólica o a un padre violento «Esto es lo que espero de ti a partir de hoy». Eso equivaldría a pedir al padre que cambiara, que se convirtiera en el padre del que tanta necesidad tuvimos. ¡Ese milagro no tendrá lugar nunca! El pasado es irreversible y toda relación sana implica que no se puede esperar que la otra persona cambie.

La confrontación nos impulsa a enterrar nuestra demanda infantil de cariño para, así, poder vivir en el amor adulto. Desear que los padres cambien es obstinarse en querer obtener lo que nunca se ha tenido. Ahora bien, si los padres se comportan de tal manera es debido a sus propios nudos, a sus neurosis, a su incapacidad para funcionar en un nivel de Conciencia elevado. Si ellos hubiesen cambiado con el paso de los años, si hubieran trabajado sobre sí mismos, no sería necesario someterlos a un careo porque ya se lo habrían planteado ellos a sí mismos. Espontáneamente convertidos en personas conscientes de sus propios errores, ya habrían hallado su propio medio para pedir perdón.

Procesos de este tipo se dan en las instituciones (pensemos en las excusas públicas de la Iglesia católica por causa de la Inquisición y ciertos episodios de pedofilia). Pero si nos vemos obligados a organizar una confrontación es porque nuestros padres casi no han cambiado y fundamentalmente no cambiarán, por lo tanto no están dispuestos así porque sí a reconocer sus errores. Más allá de proponerles una toma de conciencia acelerada, la única cosa que podemos hacer es exigirles una reparación, no expresada en promesas de buenos sentimientos sino en actos concretos (de la misma manera que la justicia humana condena a un persona a una multa, a servicios para la comunidad o a una pena de cárcel).

La cuestión radica en encontrar *qué acto puede reparar el abuso,* es decir, cuál sería el acto que nos puede dejar con el sentimiento de haber sido debidamente recompensados. Es, además, necesario que

dicho acto sea breve, claro y decisivo, porque contar con el padre o la madre para una reparación a largo plazo, supone exponerse a serios desengaños.

Una consultante cayó en la siguiente trampa al final de la confrontación con su madre, que la había abandonado siendo una niña: la consultante llegó a la conclusión «De ahora en adelante me llamarás todos los domingos para saber de mí». La madre había accedido, prometido y llorado, pero al domingo siguiente por supuesto se le «olvidó» telefonear a su hija. Una petición semejante situó a otro consultante en la actitud infantil de esperar unas muestras de cariño o de atención que no llegaron nunca.

La reparación no consiste en caer en la trampa de semejante manera, sino que debe ser un acto único, simbólico o concreto por el cual la persona responsable acepte cargar el abuso *en su cuenta,* es decir, que reconozca su entera responsabilidad como persona adulta que era en la época en que se produjo el abuso, y libere al niño/-a de la culpabilidad de haber sido cómplice del mismo.

La deuda puede ser evaluada en dinero: si la cifra fuera exageradamente grande (miles de millones de euros o de dólares) el pago será metafórico por medio de un cheque o de una carta-contrato, documentos sin valor legal o bancario pero que vienen a significar un reconocimiento de deuda. El inconsciente acepta la metáfora. Así pues, se puede decir a la persona en cuestión que «Como reparación, me firmarás un cheque de diez millones de euros», y recibir el cheque en ese instante no para ingresarlo en un banco sino para conservarlo como una reparación simbólica (que se puede enmarcar y colgar).

La reparación también puede consistir en un gesto, en un acto determinado o en un regalo. Un consultante que había propuesto a su padre que «Como reparación, debes aceptar que yo te dé una bofetada», se encontró con la sorpresa de oírle contestar «¡Me merezco dos!» y verle poner la otra mejilla. Por su parte, una joven cuya madre había cerrado los ojos ante los repetidos abusos sexuales que su padre la había hecho sufrir, exigió a su madre un coche descapotable, y ésta, pese a su modesto salario, consiguió inmediatamente un crédito para poder satisfacer la petición de su hija.

Una vez acordada la reparación, el padre/madre en cuestión tendrá derecho a seguir siendo tal como era. Nadie está obligado a cambiar por amor a sus prójimos: porque si el padre/madre acepta el principio de la reparación, es la relación la que cambia, ya no se

verá oscurecida por el abuso y se convierte en una relación equilibrada entre dos adultos (progenitor e hijo/-a) donde cada uno es libre de ser quien es.

Sin embargo, cuando el padre no acepta el principio de la reparación, será necesario un alejamiento más o menos prolongado para permitir que cambie la relación. Habiendo acreditado la necesidad de distanciarse de la relación abusiva, y habiendo asimismo justificado la necesidad de la confrontación, la persona víctima del abuso logrará emerger de aquella relación tóxica.

Retomando la metáfora del proceso, si el «acusado» se niega a pagar su «multa», o bien no es solvente, queda la solución de infligirle un «castigo»: el equivalente a una pena de prisión consistiría en cortar toda clase de comunicación con los padres, prohibirles acercarse, telefonear o enviar mensajes durante un tiempo.

Denegación de reparación y «ayuno» de familia: ¿cómo distanciarse de los padres tóxicos?

Los niños que han sido queridos y bien tratados no tienen ninguna dificultad cuando se marchan de la casa de sus padres, mientras que las personas maltratadas durante su infancia pasan por todas las penas del mundo a la hora de cortar con esos vínculos. Esta aparente paradoja nos lleva hasta un hecho que ya hemos puesto de relieve con bastante frecuencia: todos tendemos a esperar que las carencias de la infancia se vean resueltas en la edad adulta y, en consecuencia, a reproducir aquellas situaciones infantiles en un vano intento de hacer cambiar el pasado.

La solución a numerosas neurosis consistiría en romper o cortar la relación con los padres, pero son muy pocas las personas capaces de decidirse a hacerlo. Son personas conscientes del mal que se les hizo en su momento pero que a la vez continúan sufriendo sus influencias y la persecución de una relación basada en el no reconocimiento del abuso, por lo que una parte de ellas continúa estando en la infancia. Esperan, sin reconocérselo a sí mismas, la muerte de sus padres para convertirse en adultos. Les parece impensable cortar los puentes que las unen a ellos.

Esta dificultad tiene raíces históricas, es producto de una mentalidad religiosa –tanto occidental como oriental– cuya moral exige el respeto total y absoluto a los padres y a los ancestros: cualesquiera

que sean los errores que hubieran podido cometer, es obligado perdonárselos porque «ellos nos han dado la vida».

Pero nosotros ya hemos visto que en realidad los padres no dan la vida a sus hijos, sino que se la transmiten. El ser que se encarna no ha sido creado por ellos sino por la necesidad que tiene la humanidad de reproducirse. Nadie crea la vida, todos la recibimos. Los padres no traen a sus hijos al mundo para ellos mismos, sino para el mundo. No engendran niños sino futuros adultos y no se trata de encarcelarlos en el marco del hogar, sino de darles la libertad de crear otros hogares, incluso si han de hacerlo muy lejos de las raíces familiares. Para liberarse de una neurosis o de una fijación infantil y recuperar toda la salud mental, en ocasiones es muy necesario dinamitar la moral tradicional impuesta: cortar las ramas enfermas del árbol genealógico es una solución extrema a veces necesaria.

Si incluso después de una confrontación los padres no aceptan reconocer su error, puede haber llegado el momento de romper con ellos –o al menos de alejarse de ellos durante algún tiempo– para proseguir el propio camino hacia la salud y la realización.

En el momento de llevar a cabo esa ruptura, o ese «ayuno» de familia, se van a movilizar todas nuestras resistencias infantiles. La primera, como ya hemos visto, consistirá en minimizar el abuso que hayamos sufrido y ello en virtud de esa tendencia a pensar que nos merecemos lo que nos han hecho. Por otra parte, la persona que se decide a cortar sus vínculos va a tener que luchar contra otra poderosa resistencia: el deseo persistente que todos tenemos de obtener lo que nuestros padres nos han venido negando desde la infancia.

La confrontación sirve para que nos percatemos de que jamás obtendremos tal «tesoro» –puesto que ya es demasiado tarde para cambiar lo vivido– y de que tampoco deseamos conseguirlo porque el vínculo psíquico está fundamentado en el abuso y en el placer de sufrir. Es decir: nos comportamos como toxicómanos, porque sabiendo que nos estamos destruyendo continuamos procurándonos el mismo estímulo. Por eso, conviene proceder como si fuera una cura de desintoxicación; es decir, proponerse, como en algunos tratamientos del alcoholismo, cortar con los vínculos familiares pero no para siempre, sino durante un tiempo. Habrá que decirse que «Voy a cortar puentes con mi madre, con mi padre o con los dos durante este período de tiempo». En este lapso de abstinencia, las reglas del juego consistirán en no comunicarse con ellos ni por carta, ni por teléfono, ni aceptar el menor regalo. En resumen, rehu-

sar cualquier tentativa de acercamiento hacia nuestros padres. También se puede...

...dejar de frecuentar los lugares a los que ellos suelen ir.

...guardar sus fotografías y otros documentos en cajas envueltas en papel negro.

...escribir cartas de ruptura y enviárselas por correo a una dirección metafórica (el sobre llevará el nombre real de la persona y como dirección «Centro del Universo», «Conciencia de Dios», «Templo del Pasado», etc., por supuesto sin indicar ninguna dirección del remitente).

Este período de alejamiento permitirá vivir, durante el tiempo que fuera necesario, como un ser independiente del grupo familiar y hacer balance de la relación con uno mismo.

Psicomagia del abuso

El abuso violento o traumático imprime en la memoria una escena que se repite fantasmagóricamente, como en una especie de ceremonia interior. Para deshacer esta obsesión, un acto de psicomagia puede ser muy beneficioso para acompañar una confrontación o para volver a poner en escena aquella situación ya conocida, pero dándole una conclusión diferente a la que fue vivida en la realidad.

El objetivo del trabajo sobre el abuso es hacer que cese la repetición: que nunca más vuelva a causar lo que ya se ha sufrido y permitir, al fin, que uno pueda acceder a todo aquello de lo que se le había privado. Pero sobre todo esta curación permite abrirse al mundo y comenzar a entregar aquello que nunca se había recibido.

Parte de los actos de psicomagia que hemos mencionado para la resolución de nudos podrán encontrarse aquí, porque son muy numerosos los nudos que provienen de un abuso. Un abuso que no haya sido resuelto tiende a crear un nudo en la generación siguiente, donde los nudos caníbales en particular están generalmente vinculados a abusos.

Acto 1. Enterrar a los padres del pasado

El inconsciente tiende a no querer apartarse de los padres que fueron muy tóxicos, y no deja sitio a unos padres renovados. Para lograrlo tendremos que «enterrar» antes a esos padres tóxicos.

Elegir una estatuilla que represente a una divinidad masculina y otra que represente a una divinidad femenina, o a un santo y una santa (según la cultura en la cual hayas sido educado). Pintarla de color plateado, escribir sobre la estatuilla femenina la palabra «mamá» y pegar en ella una fotografía de la madre. Con respecto a la estatuilla masculina, pintarla de color dorado, escribir la palabra «papá» y pegar en ella una fotografía del padre. Después, enterrar ambas y plantar un arbusto encima. No son las personas reales (el

padre y la madre, quizá vivos aún) las que aquí se entierran sino el concepto infantil de la «mamá» y el «papá» todopoderosos.

Este acto de psicomagia abre un espacio a la personalidad para poder mutar.

Acto 2.
Liberarse del abuso verbal

Críticas, maldiciones, insultos, sarcasmos y otras violencias verbales repetidas suponen un abuso intelectual y emocional. Las palabras hirientes quedan incrustadas en la memoria y, simbólica o concretamente, en el propio oído. Una persona que haya sido frecuentemente insultada o criticada tiende a filtrar todo lo que le han dicho en un sentido negativo, como si sus oídos no pudieran escuchar nada más que las palabras tóxicas pronunciadas por los miembros de su familia.

El acto de psicomagia consiste en anotar en trozos de papel de diferentes colores todas las frases agresivas, despectivas o insultantes que permanezcan en la memoria y que vuelven a emerger a cada instante. Una vez finalizada esta tarea de recopilación, y no quede ninguna frase en la cabeza sin anotar en un papel, se procederá a mantener una confrontación con el padre o la madre responsable en la que se les restituirá una caja repleta con estos papeles, acompañados por unos dulces, y se les dirá: «Estas palabras te pertenecen. Te las devuelvo».

Más adelante, el consultante pedirá a sus padres (o a dos personas que se hubieran prestado a representarlos metafóricamente) que le laven tiernamente las orejas con un agua espiritualmente purificada. Cualquiera que sea la religión de origen del consultante, el agua podrá ser santificada: agua bendita en el caso de la Iglesia católica, agua de una *puja* india, agua que haya estado expuesta delante de la estampa de un santo o de una divinidad o bien a los rayos del sol o de la luna.

En una tercera etapa, los padres, ya sean reales o metafóricos, deberán untar de miel las orejas del consultante (la madre, la oreja izquierda; el padre, la derecha) musitando en su oído palabras positivas, y si fuera preciso pronunciando un discurso escrito de antemano por el propio consultante.

Acto 3.
Desprenderse del rol que no nos corresponde

Un abuso muy frecuente consiste en no ver al niño/-a tal como es realmente, sino que se proyecta obstinadamente sobre él/ella un personaje o un rol determinado que acaba por pegársele en la piel, impidiéndole, una vez llegado a la edad adulta, vivir su propio destino.

Para realizar este acto, se debe haber identificado previamente el personaje que los padres proyectaron sobre uno: puede tratarse de otro miembro del árbol, o incluso del hijo del sexo opuesto que los padres deseaban tener; y nos habrán considerado un «demonio», un «ángel», un «hijo/-a perfecto» (un Cristo o un santo/-a), etc. El acto consiste en hacer una visita a los padres (o a su tumba) disfrazado/-a de ese personaje que no se es y decirles: «He aquí el niño/-a que habríais querido que yo fuera, he aquí el rol que vosotros habéis proyectado sobre mí». Se puede aprovechar este momento para llevar a cabo una especie de miniconfrontación y al final de ella el/la consultante podrá mostrarse desnudo/-a (si siente pudor, en ropa interior de color carne) y decir a sus padres: «He aquí el auténtico ser que yo soy». Después, el/la consultante deberá vestirse con ropa nueva y favorecedora y, seguidamente, abandonar el lugar del encuentro, dejando a sus padres la ropa correspondiente a su anterior personaje con el encargo de que ellos la entierren y siembren una planta encima.

Un ejemplo extremo es el de Salvador, el niño crístico. A sus 32 años, y a punto de cumplir los 33, este hombre joven se sentía angustiado y deprimido. El estudio de su árbol genealógico confirmó lo que su nombre de pila sugería: que era el primer y único hijo de sus padres. Su madre, María Consuelo, profesaba culto a su propio padre, considerado un súper hombre, mientras que el padre de Salvador (cuyo segundo nombre era José) era un hombre débil y callado que estaba siempre absorbido por su trabajo y que se ausentaba de su hogar con mucha frecuencia. Y la madre acabó por convertirse en una persona invasora. El acto de psicomagia de Salvador consistió, pues, en fabricar un Cristo de yeso del tamaño de un niño de 7 años al que, una vez colocado en un carrito de supermercado, deberá empujar durante doce días. La noche del duodécimo día deberá destrozarlo con rabia contra los muros de una iglesia que esté próxima a la casa de su madre, y después llevar los trozos des-

trozados a su madre acompañados de una caja de bombones con forma de corazón.

Acto 4.
Deshacerse de la identidad del otro: enterrar a los muertos, cazar a los fantasmas y cambiar de nombre

Uno de los abusos más frecuentes, perpetrados con la mayor inocencia por parte de los padres y del resto de la familia, consiste en dar al niño/-a el mismo nombre de pila que un hijo fallecido antes que él, o incluso el nombre de un miembro de la familia muerto prematuramente y en circunstancias trágicas. Esto es un abuso esencial, en el sentido de que priva al niño de su identidad y le reduce a ser una concha vacía donde viene a alojarse el alma de un difunto. Para los padres, el beneficio neurótico del abuso es no tener que guardar duelo y no verse obligados, en medio de su dolor, a tener que acoger a un ser diferente, nuevo, al cual sería necesario hacer el esfuerzo de adaptarse. Reproducir al muerto es más cómodo, para poder negar su ausencia y no cambiar ninguno de los hábitos relacionales ya establecidos. Todo esto se lleva a cabo en detrimento del niño, que verá su energía vital, su creatividad, sus afectos, sus pensamientos y toda su existencia obstruidos por ese cadáver que le han encerrado metafóricamente en su interior. Son muy numerosas las personas que, hallándose en este mismo caso, han pasado años buscando en vano su individualidad, sintiéndose malqueridos, incluso perseguidos por una presencia invisible semejante a un vampiro. Ciertas personas pierden su vida entera intentando consolar a gente inconsolable, cuidando a quienes odian vivir: entre ellas se encuentran muchos cónyuges que son codependientes de un alcohólico o de un drogadicto.

En estos casos, el acto de psicomagia de referencia –evocado anteriormente a propósito del núcleo caníbal– consistirá en identificar a la persona difunta que nos hayan proyectado. Luego, el/la consultante deberá cubrirse con pasta de almendra, acostarse a medianoche en la cama y dormirse dejando simbólicamente a la pasta de almendra el poder de absorber lo que en nosotros subsiste de la identidad del difunto. Una vez despierto, recogerá la pasta de almendra y esculpirá con ella un bebé, un niño o una persona con la efigie de la muerte. Este «muñeco» podrá estar adornado con

chocolate, frutos secos, colorante alimentario, etc., para darle así la apariencia más realista y apetitosa posible. Si los padres están aún vivos, se les ofrecerá este ser al que tanto habían echado de menos, y si hubieran fallecido se depositará sobre su tumba (o donde se hayan esparcido sus cenizas o cualquier otro lugar donde estén presentes metafóricamente). Pero si la historia ligada a ese difunto que se porta es particularmente trágica, o si su muerte fue violenta, puede simbolizársele por medio del cadáver de algún pequeño animal comestible (un conejo, un cabrito) o por un órgano significativo (el corazón de una vaca) que se llevará durante tres días dentro de una mochila y en el interior de una bolsa de plástico precintada sobre la que estará escrito el nombre de aquella persona. A este difunto simbólico se le enterrará inmediatamente después y se sembrará una planta sobre el lugar en que se encuentre la sepultura. A continuación, se confiará la mochila utilizada (que simboliza la parte de nosotros mismos que ha «portado» al otro en su interior durante años) a las aguas de un río, en el sentido de la corriente y vertiendo un bote de miel sobre su estela.

Acto 5:
Robo de infancia

Ya hemos visto cómo los padres infantiles obligan a sus hijos a convertirse en adultos demasiado pronto. Les privan, pues, de su infancia y del tiempo que habrían debido pasar jugando para que su imaginación y su creatividad se desarrollaran.

Si alguien siente que le han robado su infancia y que le ha faltado el placer gratuito del juego, debe comenzar llevando a cabo una confrontación y después reunir una considerable suma de dinero (en la medida de sus posibilidades) y marcharse a un casino, cambiarla por fichas de poco valor y jugar hasta perderlo todo. No se trata de jugar para ganar, sino de hacerlo para perder, por el simple placer de jugar. Se seguirá jugando mientras se gane, y cuando se llegue a acumular una fortuna, se permanecerá en el casino hasta que perder absolutamente todo. De esta manera, se descubrirá el placer de actuar sin un objetivo práctico.

Dos casos individuales: ejemplos de actos de psicomagia tras un abuso sexual

Sería muy delicado citar un acto genérico para curar un abuso sexual, porque las escenas de dicho abuso son innumerables y están enraizados en diversos niveles de la psique. Sin embargo, los dos ejemplos que se dan a continuación sirven para ilustrar un principio general que es: cuando un abuso ha tenido lugar, se puede volver a poner en escena la situación de ese mismo abuso y, luego, hacerlo desviar hacia una resolución positiva (donde la víctima pueda toma el poder sobre la situación y obtenga lo que ella desea: satisfacción, reparación, amor, etc).

Caso 1. En este primer caso, el abuso fue perpetrado por el padre con su hija cuando ésta tenía sólo 4 años de edad.

La víctima eligió un hombre en quien tenía confianza –un terapeuta profesional– y sustrajo unas prendas de vestir de su padre (que aún estaba vivo) para que se vistiera con ellas el mencionado terapeuta, que interpretaría el papel de su padre. Ella se disfrazó de niña pequeña. El terapeuta que hacía el rol del padre repitió la escena del abuso sexual: entró en la habitación de la pequeña y le propuso lo mismo que su padre le impuso en su día (en este caso, una felación). Entonces, la «niña pequeña» comienza a reproducir los gestos de entonces pero, en el momento en que va a descubrir el sexo del hombre, le dice: «Preferiría que me llevaras a dar un paseo por el zoológico, que te ocuparas de mí y que me compraras algodón dulce». El padre metafórico renuncia entonces a su deseo sexual y los dos salen a pasear, llevando a cabo exactamente la situación que la «niña pequeña» había propuesto. Luego, esta joven mujer enterró su ropa de niña y plantó un arbusto encima. A continuación, envió el traje de su padre a la tintorería y se lo devolvió una vez limpio (si hubiera fallecido, podría depositarlo sobre su tumba).

Caso 2. Se trata en esta ocasión de un hombre de quien abusó sexualmente un primo suyo mayor que él, que entonces tenía 7 años, bajo la mirada prácticamente cómplice de su padre. Éste, en efecto, lo obligaba a dormir con su primo cada vez que venía a hacerles una visita.

El consultante compró un salchichón, en el cual practicó un agujero (una especie de canal que corría a todo lo largo del salchichón), así como dos testículos de toro. Pide una cita a su padre para

hacer con él una confrontación, pero en el momento de mencionar la reparación la sustituye por una especie de happening psicomágico: colocó sobre la mesa el salchichón –cuyo interior había rellenado con leche condensada– y los testículos de toro y lo aplastó todo a martillazos. Después, se fue dejando a su padre frente a la innegable presencia del objeto que había colocado ante él: el padre tuvo que tirar o enterrar aquel falo metafórico que quiso ignorar en su momento.

El abuso es el último eslabón de la transmisión y de la repetición en el árbol genealógico. Solamente el ego puede ser víctima de un abuso, porque el Ser esencial es inviolable. En los dos capítulos siguientes, consagrados a la curación del árbol genealógico, veremos cómo la toma de conciencia sobre los abusos puede servir de base para la restauración de la identidad esencial y, con ella, de la alegría de vivir.

9
Cuerpo familiar y cuerpo esencial: el árbol genealógico y la memoria del cuerpo. Las bases de la sanación

Del cuerpo al alma

Desde que nací hasta los 4 años sólo conservaba en mi memoria que yo era un nene con largos bucles dorados, el resto se sumergía en un lago negro. Como primer recuerdo resonaba en mi mente el clic-clic de la máquina del peluquero japonés convirtiendo mi larga melena rubia en un triste cráneo rapado, mientras mi padre exclamaba: «¡Basta de bucles femeninos: no eres ni una mujer ni un marica!». Llegué a casa con Jaime, que desafiante me presentó ante mi madre. Ésta lanzó un grito de desesperación y me borró de sus ilusiones: en su leyenda personal, ella era hija póstuma de un hermoso bailarín ruso, coronado por una larga melena dorada, que en un accidente estúpido murió quemado. Yo, en cierta forma, por el color y ondulación de mis cabellos, era la reencarnación de su padre. Al verme pelado se le desvanecieron esos sueños. Sin ningún disimulo me rechazó, ubicándome en el mundo de los machos vulgares, y cuando vio que me comenzaban a crecer cabellos castaño oscuro, dejó para siempre de acariciarme. Crecí sin conocer ni un abrazo ni un beso maternos. Paternos, mucho menos: «Los hombres no lloran ni se tocan», lema preferido de mi progenitor. Con el transcurso de los años, por falta de esos mimos imprescindibles, mi piel pareció endurecerse. Mis relaciones íntimas con las mujeres –a quienes siempre elegí sin capacidad de amar– se resumieron en atléticas proezas sin sensibilidad alguna: implacables actos de dominación: «¡No me quieres, pero te doblegas!». A pesar de mi satisfacción sexual –sólo localizada en mi miembro–, el resto de mi cuerpo solicitaba con angustia ser acariciado. Para mi padre, ex boxeador y ex trapecista de circo, toda muestra de sensibilidad en un hombre revelaba su naturaleza homosexual. Nada de aceptar ser acariciado,

nada de hablar con delicadeza, nada de comer con buenas maneras. También le parecían maricones los músicos, los bailarines, los pintores, los actores, los poetas. El cuerpo sólo era un instrumento de trabajo, un arma de conquista, un organismo al que había que domar heroicamente acostumbrándolo a soportar el dolor. Para complacerlo, me atrincheré en mi mente, usando a mi cuerpo como una herramienta con piel de rinoceronte. Me encantaba demostrar que resistía los golpes y también las cosquillas. Me sentía culpable de escribir poemas. Y de bailar y de actuar y de cantar y de dibujar, a pesar de estar muy capacitado para ello. Cuando trataba de expresarme con cualquier forma artística, en mi mente aparecía el rostro gigantesco de Jaime gritándome con desprecio «¡Maricón!». Con el deseo impotente de ser yo mismo y no lo que mi padre deseaba que fuera, me sumergí en el mundo «normal» convirtiendo a mi organismo en una marioneta carente de sentimientos.

Mi encuentro en la ciudad de México con la curandera Doña Magdalena, narrado en mi libro *El maestro y las magas* (Siruela, 2005), fue esencial. Gracias a sus masajes descubrí un universo sublime que desde mi infancia me había estado prohibido. Esta sabia mujer, iniciada por los indios mazatecas de Oaxaca, había convertido el masaje en arte. A través de sus manos no sólo proporcionaba bienestar al cuerpo sino que transmitía profundos conocimientos espirituales. Utilizaba una pasta compuesta de vaselina y plantas psicotrópicas molidas hasta reducirlas a polvo. Doña Magdalena me dijo, al comienzo de nuestra relación, que era marihuana. Pero un tiempo después me confesó que empleaba una planta sagrada llamada en mazateco «ska Pastora» (*Salvia divinorum*, en español «hierba María, hojas de la Pastora, etc.»):

–Son difíciles de conseguir: no tienen semillas, crecen sólo en la sierra mazateca. Ahí debo ir para encontrarlas: es una planta divina nacida de la sangre menstrual que las indias vierten en la tierra. Antes de cortarla debo arrodillarme y rezar. Si no lo hago así, las hojas pierden su poder.

Cuando por primera vez me untó todo el cuerpo con esa misteriosa crema y paseó sus manos presionando muy levemente mi piel en un movimiento continuo como si las deslizara por un camino infinito, descubrí la sensibilidad corporal.

Antes de esta experiencia yo no era un cuerpo consciente sino un intelecto que vivía dentro de un organismo enemigo aterrándome con sus amenazas de enfermedad, vejez y muerte.

–Deja venir los recuerdos que te absorben la vida, están agazapados en todos los rincones de tu cuerpo, hijo querido del alma –me susurró Magdalena.

No sé si fue a causa de su continua caricia, o por el timbre aterciopelado de su voz o por los efectos psicotrópicos de la *Salvia divinorum*, el hecho es que empezaron a emerger en mi carne sensaciones venidas de las profundidades del tiempo. En mi boca se formó el pezón de mi madre, largo como un dedo meñique, robusto, generoso, vertiendo una leche espesa, tibia, de un sabor tan delicioso que me hizo temblar de pies a cabeza. En mis brazos apareció el impulso de abrazar el cuerpo materno para nunca más soltarlo. Se rasgó el velo oscuro que mantenía en el olvido a mis primeros cuatro años de vida. Una época feliz, donde obtuve un cariño sin límites, mamando cada día el soma lácteo, siendo bañado, acariciado, perfumado por una mujer amante que besaba mis bucles dorados humedeciéndolos con sus lágrimas. Y de pronto el corte cruel, la expulsión del paraíso: al sentir en mi cuero cabelludo el frío de la máquina metálica rapándome sin piedad, con voz infantil comencé a llorar de rabia e impotencia, una rabia e impotencia que llevaba en la planta de los pies, ahí donde anidaban los fantasmas de mis abuelos, expulsados con salvajismo de su aldea rusa, condenados a marchar hacia un país ignoto, Chile, con las raíces cortadas. Sentí pegado en mi rostro el rostro burlón y rencoroso de Jaime, una máscara cambiando constantemente de muecas que expresaban su odio al mundo. Me pesó en la nuca la humillación de mi madre, huérfana despreciada por sus medio hermanos y también por un marido que tomaba su ignorancia política por tontera. Me empezaron a doler las piernas, era el sufrimiento acumulado de generacio-

nes de emigrantes, expulsados de país en país, sin nunca encontrar un sitio adonde decir: «¡Ésta es la tierra en que deseo ser sepultado!». En mi vientre estalló de golpe el dolor de una bisabuela muerta en un parto. Mi cuerpo entero era el nido donde numerosos antepasados se aferraban a la vida, a mi vida. Adonde quiera que fuera, llevaba incrustado en mi carne un sufriente árbol genealógico.

Doña Magdalena continuó su caricia infinita. Mi cuerpo comenzó a mostrar los sufrimientos que antaño me habían embargado y que yo, por no querer enfrentarlos, sepulté en un denso olvido. En el pene portaba la vergüenza cuando en las duchas del colegio, después del primer curso de gimnasia, los compañeros de mi clase se burlaron de mí por no tener prepucio; en los oídos aún me resonaba el tiro de revólver con el que mi padre delante de mí, un niño de 4 años, voló la cabeza a Pepe, mi querido gato gris, castigándolo por dormir conmigo: «¡Estas sucias bestias producen tuberculosis!». Dentro de mis manos se agitaron unos puños pequeños deseando romper a golpes esos dientes cínicos que se burlaban de mis lágrimas; en el pecho sentí abrirse un pozo oscuro y sin fondo, el mismo que me perforó el corazón cuando sin previo aviso, de un día para otro, me extirparon de Tocopilla para embarcarme rumbo a Santiago haciendo que dejara atrás, para siempre, a mis amigos, mi biblioteca municipal, mi mar, mis cerros, mi mundo mágico.

Doña Magdalena dejó de masajearme y me abrazó con una ternura inmensa, caricia elemental de madre que toda mi vida había, sin confesarlo, ansiado recibir. Me sentí disminuir de tamaño.

–Es el niño insatisfecho, que aún vive en ti. Los que sepultan su dolor en el olvido dejan de crecer, y bajo la alfombra de la amnesia y el dolor acumulan la rabia. Confía en mí, hijo querido del alma, deja salir tus quejas –comencé a temblar, agité brazos y piernas, un río de gritos surgió de mi boca, insulté, deseé destruir las paredes, el mundo, me acometió un terror paralizante, murmuré: «Esto es lo que, como un veneno, he acumulado toda mi vida, pero ¿cómo ser yo mismo si estoy poseído por un clan de fantasmas?».

Y su voz descendió hasta mi corazón como un alud:

–No confundas lo que contienes con lo que eres. Contienes a tu familia pero no eres ella. Piensa en ti como un libro de páginas blancas: muchos han escrito ahí, pero esas letras no son la realidad. La realidad son las páginas blancas. Así es tu cuerpo. No lo vivas como si él fuera los símbolos que lo marcan. Hazte consciente del lenguaje que te cubre impidiendo que seas lo que en verdad eres.

Doña Magdalena me explicó que los acontecimientos relativos a la rama paterna del árbol genealógico podían manifestarse en el lado derecho de mi cuerpo en forma de dolores, enfermedades y también como accidentes. En el lado izquierdo se manifestaban los parientes pertenecientes a la rama materna. La cabeza era símbolo del padre. El vientre, símbolo de la madre. En el costado derecho se ubicaban hermanos y tíos; hermanas y tías, en el costado izquierdo. Las articulaciones podían ser puente entre dos edades: en los pies aparecían los problemas de la infancia (falta de cariño, de lactancia, abusos, pérdidas de territorio, divorcio de los padres, ausencias, muertes, etc.); en los tobillos se ubicaba la angustia del cambio y la negación a madurar. Desde ahí hasta las rodillas, la infancia antes de la pubertad. En las rodillas se manifestaban los problemas inherentes a la aparición de la sexualidad. Desde ahí hasta las ingles, los conflictos de la adolescencia y la entrada en la madurez. En el vientre, aunado a las vértebras lumbares, se acumulaba la rabia contra los otros y contra uno mismo por impotencia de expresarla. En la región del pecho, al mismo tiempo que en las vértebras dorsales (involucrando a los pulmones y al corazón) se manifestaba la carencia de amor y la sensación de no tener derecho a la existencia.

–Las espaldas que no han sido acariciadas por los padres son huesudas, duras, secas. Los hombros que se alzan sin control revelan infravaloración y tendencia al fracaso. La nuca se inclina bajo el peso de culpas y responsabilidades excesivas. Erupciones en la piel denuncian conflictos con personas indeseables. Dificultad para respirar: rechazo a un padre aplastante. Dificultad para tragar: rechazo a una madre invasora. Voz con resonancia nasal: padre ausente. Carraspera crónica: madre ausente. Problemas en el pecho izquierdo:

negación de la maternidad. Tumor en los testículos: castigo por deseos prohibidos. Dolores en los dedos gordos de los pies: querer huir de una relación angustiosa. Dolores en los dedos pulgares: creer que no se merece vivir. Problemas en las rodillas y en los codos: dificultad de integración social. Eczema en las manos: haber elegido mal. Dolores estomacales: conflictos con la vida cotidiana, emociones «no digeridas». Las humillaciones que no podemos integrar nos afectan el hígado. La imposibilidad de desprendernos de situaciones que nos pesan, produce estreñimiento... Pero no hagas un método con lo que te enseño, hijo querido del alma, no fabriques recetas para venderlas al por mayor. Ten cuidado: lo que te digo no se aplica a todas las personas. Somos parecidos, pero nunca iguales a los otros. Las enfermedades y dolores que nos aquejan tienen un sello personal. No existe *la* gripe, sino *mi* gripe, *tu* gripe o *su* gripe, cada una con manifestaciones y consecuencias distintas. Igual sucede con los lenguajes simbólicos. Lo que te he revelado cambia si el que sufre es zurdo, si sus padres tienen una identidad sexual confusa (madre masculina o padre femenino), o si cuando era niño fue criado por abuelos o tutores. De nada te sirve que te diga que un tumor es la concreción de algo no dicho, si no comienzas luego a investigar en la vida de tus padres y familiares, vivos o muertos, cuál es ese secreto que pugna por surgir a la luz. El cuerpo, aparte de sus funciones orgánicas, es una memoria celular: en la carne y en los huesos llevamos la memoria de nuestra tribu. Los recuerdos positivos, por ser venerados en forma de leyenda familiar, te aportan energía vital, pero los recuerdos negativos, que han sido reprimidos durante varias generaciones para no enfrentar el sufrimiento moral y emocional, se manifiestan en forma de males y dolores. Tales molestias, como clavos en el zapato te impiden avanzar con júbilo hacia tu realización, hacen que rechaces continuamente el conocerte –Magdalena, agitando las manos como alas de pájaro y soplando para imitar un fuerte viento, comenzó a «barrerme» la piel–. El viento, que no se sabe de dónde viene ni hacia dónde va, me ayuda a limpiar esta memoria tenaz que se adhiere a ti como un

caparazón. Sé valiente, mi niño, acepta el cambio. ¿Cómo sientes ahora tus pies? Concentra en ellos toda tu atención –sentí que mis talones eran frágiles, incapaces de apoyarse bien en el suelo. El arco de las plantas y el empeine se mezclaban como masa arcaica, clavada en un tiempo que no transcurría. Y mis dedos, tensos, recogidos, como impedidos de avanzar por un muro de acero, los sentí embebidos de miedo al mundo–. No envuelvas el presente con la túnica del pasado, ya no eres un niño, mucho menos un feto. Te he liberado de un terror que llevabas adherido en la carne desde el instante en que tu madre trató de abortarte: tienes derecho a vivir, avanza ya. ¡Tú mismo, tal como en realidad eres, te estarás esperando al final del camino!

Liberado así, de inmediato sentí el poderío de mis talones: dos centros óseos, sagrados, dándome con fuerza un punto de apoyo seguro, para revelarme que yo era dueño de la tierra. Apoyado en el suelo, la curva de mis plantas sintió el calor de lo terrestre, al mismo tiempo que mis empeines me transmitieron la energía del cielo. Mis dedos comenzaron a estirarse, aceptando sin angustia y con deleite que el camino por recorrer era infinito. A cada paso mis pies abrían la ruta hacia la inmortalidad del espíritu. El muro que me separaba del mundo, se disolvió como lo que era: una ilusión añeja. «¡Concéntrate en tus piernas!» Nunca como en ese momento había captado la energía animal de estas extremidades. Comprendí el origen del mito del centauro, símbolo de la doble naturaleza del hombre: una bestial, dominada por los instintos salvajes, y la otra divina, que como un jinete doma esas fuerzas elementales. Mi cabeza, mi cuello, mis brazos y mi tronco, cada uno a su manera, daba órdenes a mis piernas, «Llevadme a donde pueda saciar mi hambre y mi sed, satisfacer mi sexo, respirar aire puro en una temperatura propicia, lejos de cualquier enemigo», al mismo tiempo que mi alma les decía: «Después de todo me lleváis al sitio sagrado, donde os convertiréis en raíces para que yo, habiendo vencido los deseos, encuentre el reposo de la absoluta vacuidad». Mi tronco, respirando, digiriendo, produciendo semen, torrentosas circulaciones sanguíneas, lati-

dos colosales, estímulos nerviosos, aportes glandulares, sostenía el cofre donde sin cesar soñaba mi cerebro.

–Por primera vez te sientes, ¿verdad? He limpiado tu cuerpo de parásitos, has dejado de ser el territorio donde se manifiestan tus parientes. Tu cuerpo ya no expresa a nadie más que a ti mismo. Concentra en él tu atención, encontrarás el milagro de la vida.

¿Cómo describir con palabras lo que sentí? En mis pies vibraba una monumental sed de caminos, la esperanza de avanzar hasta el fin de los tiempos; mis piernas eran dos animales poderosos plenos de fidelidad y obediencia; mi sexo era un cáliz sagrado que transportaba el elixir de la inmortalidad; mis vísceras funcionaban transidas de un amor infinito; mi cerebro como un receptor ávido se entregaba al cosmos; y por los huesos del esqueleto circulaban de manera incesante olas de felicidad... Embargado por estas sublimes sensaciones, abrí los brazos y me estiré lanzado carcajadas, como si me hubiera liberado de una enorme carga. Luego, lloré.

–No estás acostumbrado a la felicidad: ese niño que llora ya no eres tú, déjalo ir.

Los nudos ciegos se habían deshecho, del dolor legado por el árbol no quedaba nada, por fin había dejado morir a mis muertos. ¿Qué me quedaba de ellos? Un agradecimiento sin límites, eso es lo que me quedaba. Me habían dado la vida, ahora por fin podría vivirla.

DEL CUERPO FAMILIAR AL CUERPO ESENCIAL

Masaje iniciático, psicorritual y psicochamanismo

El trabajo sobre y por el cuerpo es un elemento indispensable en la sanación del árbol genealógico. Todo lo que hemos visto en los capítulos precedentes es vivido, en cada uno de nosotros, de un modo concreto y encarnado: historia individual, transmisiones familiares, prohibiciones y fantasmas del linaje se alojan, al fin y al cabo, en nuestra existencia física cotidiana. Nuestro pasado individual y genealógico constituye lo que podríamos denominar «cuerpo familiar»: tensiones musculares, hábitos alimentarios, adicciones, «puntos débiles» orgánicos, predisposición a ciertos males o enfermedades, así como la imagen de uno mismo o la concepción sobre la fuerza física o la propia energía son manifestaciones que proceden del cuerpo familiar, es decir, del modo en que se encarna nuestra personalidad individual, adquirida y limitada.

El cuerpo nos es concedido por el tiempo que dure esta vida, es la parte efímera de nosotros que está llamada a desaparecer pero que, sin embargo, es depositaria de una sabiduría inmemorial –la sabiduría del universo– y encierra misterios que hasta hoy son insondables. La ciencia actual se emplea a fondo en explorar cuestiones irresolubles como por qué envejecemos, por qué morimos o cómo caemos enfermos. Vejez, enfermedad y muerte fueron las tres grandes conmociones a las que el príncipe Siddharta Gautama (Buda) tuvo que enfrentarse tras escapar del jardín en el que su padre lo tenía recluido para evitarle conocer el sufrimiento humano. Él fundó el Budismo para superar estas tres grandes desdichas, pero nosotros debemos pensar que incluso dicha concepción corresponde al conocimiento de su época y que, en un futuro más o menos lejano y gracias a la ciencia, la humanidad quizá sea capaz de vencer el envejecimiento, la enfermedad y la muerte.

El trabajo corporal, desde la perspectiva metagenealógica, tiene como objetivo despertar la sensación de la salud absoluta, de la eterna juventud y de la inmortalidad, que son los atributos del espíritu pero no todavía del cuerpo tal como se vive y se ha vivido en nuestra vida cotidiana y en nuestro pasado familiar y social. En efecto, el

cuerpo puede aprender estas cualidades inherentes al espíritu mientras paralelamente el espíritu aprende a desaparecer (a morir), a reconocer su ego o su individualidad como una enfermedad (formación limitada, neurótica), considerándose en un movimiento en perpetuo cambio en vez de querer permanecer fijo (es decir, un eterno evolucionar).

El trabajo sobre el cuerpo nos conduce hasta un punto en el que la sanación individual y la relación de ayuda se unen: el trabajo individual encuentra siempre en un momento dado un punto ciego, un *impasse* en el que la ayuda del otro se hace necesaria. Y al revés: una persona que ha alcanzado la sanación, que se ha convertido en ella misma, se ve impelida a compartir todo cuanto ha descubierto y a convertirse a su vez en alguien inspirador, en terapeuta, en enseñante, en una persona consagrada a la relación de ayuda.

Idealmente, toda persona que tiene a su cuidado un alma –en calidad de guía, enseñante, progenitor, terapeuta u oficiante espiritual– deberá encontrarse plenamente liberado de los abusos propios padecidos y ser capaz de no cometer ninguno. Si no, cualquier acto de orden intelectual, emocional, sexual-creativo o material podría conducir al abuso porque se tiende a utilizar al otro como un medio, en lugar de vivirse uno mismo como fin en sí.

La dinámica del abuso plantea un problema de fondo: la persona víctima de un abuso, para salir de la trampa, tiene necesidad de la ayuda o intervención de alguien cuyas cualidades transpersonales (capacidad de escucha, atención, amor incondicional) sean suficientemente sólidas como para que la relación terapéutica permita al consultante superar el abuso e integrar las informaciones positivas. Es en este sentido como los grandes terapeutas aseguran que ellos *no curan* a los demás, sino que les *facilitan el curarse*: ellos no son otra cosa que un espejo o un catalizador de las capacidades de autosanación del consultante, porque esta clase de terapeutas lo que hacen es acompañarlos hasta el origen de lo que verdaderamente es el consultante. La mayor parte de las vías terapéuticas y espirituales –cada una con su particular vocabulario y su propia técnica– está fundamentada sobre esa llamada al Sí que es la base de toda realización, de toda sanación. Pero ¿cómo podemos asegurarnos de que el terapeuta, el guía, el acompañante –es decir, la persona a la cual uno se confía en una relación de ayuda– se encuentra plenamente liberado de sus compulsiones abusivas? Cualquier cuestión ética, deontológica o de enfoque se basa en esta pregunta. No

hay nada más fácil para un terapeuta, un enseñante o un guía que reiterar los abusos sufridos, que como ya hemos visto tienden siempre a reproducirse.

Idéntica pregunta se plantea cuando alguien quiere emprender la sanación de su árbol genealógico y convertirse, en cierta medida, en su propio terapeuta: ¿cómo aceptar la sanación y vivir el presente en un cuerpo liberado de los abusos del árbol genealógico?

La primera clave está en una libertad de espíritu radical, en una *amoralidad* que no es inmoral pero que se fundamenta sobre la aceptación, también radical, de lo que realmente se es, sin discriminación alguna. Esta actitud es también muy valiosa en la relación con uno mismo y en la relación con el otro. De lo que se trata es de aceptar los nudos de esa persona (sea yo o mi consultante) tal como son, sin calificarlos de perversiones sino más bien entendiéndolos como desvíos de un impulso natural que ha tenido que adaptarse a un medio (la familia) porque no encontraba otra opción para sobrevivir. Ya hemos visto que cuando un nudo se forma no hay manera de sublimarlo, es necesario comprenderlo de una manera figurada, teatral, como si fuera la escenificación de un sueño en medio de la realidad: el nudo se deshace convirtiéndose en un ritual, en una acción inscrita en un tiempo y un espacio que previamente han sido sacralizados, dotándolos de un valor simbólico que les permite acoger una transformación profunda del ser. Y vimos también que estos rituales adoptan la forma de actos de psicomagia.

Pero, de la misma manera que el resto de nuestra historia, los abusos de los que hayamos podido ser víctimas permanecen inscritos en la memoria del cuerpo y contribuyen a fraguar una concepción limitada de uno mismo. El cuerpo familiar es un cuerpo del pasado sometido a las fuerzas repetitivas del clan y que sólo vive fugitivamente en el presente. El trabajo sobre el cuerpo y, muy en particular, el masaje iniciático que aquí vamos a describir a grandes rasgos, es un medio de liberarse de esos límites y de vivir plenamente su presente encarnación, que se convierte en el vehículo del Ser esencial. La persona que vive en su cuerpo esencial es menos vulnerable a los abusos, así como menos proclive a abusar de otros.

Técnicas como el yoga, las artes marciales de interiorización y diversas disciplinas tántricas se proponen alcanzar un mismo objetivo: liberar al cuerpo de sus limitaciones, de sus herencias neuróticas, y llevar a cabo la unión de éste con el universo. Todas las disci-

plinas mencionadas consideran el cuerpo como un elemento clave en el camino hacia la Conciencia.

Sólo el ego individual puede cometer y sufrir abusos: el ser transpersonal es incapaz de abusar de nadie, sea quien sea, y no puede verse afectado por el abuso. Todo abuso supone una asunción de poder por parte de una persona sobre otra, y se lleva a cabo en la dimensión personal de la relación. Desde el momento en que se llega a la conciencia transpersonal se hace posible frenar toda veleidad abusiva y tanto hacia uno mismo como hacia el otro.

A cada instante, la vida continúa proponiéndonos su dinámica accidental. Es ella la que pone en nuestro camino aliados y factores de enriquecimiento, pero también accidentes, catástrofes y obstáculos. La sociedad, al igual que la familia, crea relaciones abusivas, relaciones que no se materializan de ser a ser, sino que se despliegan como un juego de poder, de chantajes, de opresiones o de violencias diversas. Una vez que el trabajo sobre el árbol se haya completado, el camino continúa: cada uno podrá elegir entre repetir las trampas y las soluciones adulteradas del árbol genealógico o establecer una relación consigo mismo y con los demás que contrapese los abusos y las violencias de las aportaciones esenciales.

Esta relación esclarecida –con uno mismo y con el otro– no podrá ser, por decirlo una vez más, ni teórica ni abstracta. Esta relación deberá pasar por el cuerpo, por tocarlo, por la aceptación concreta de nuestra presencia aquí y ahora. Hemos optado por desarrollar ahora las bases del masaje iniciático, pero no con el propósito de formar –con explicaciones de manual– profesionales de la terapia corporal, sino para proponer a todos un camino concreto que les permita desarrollar relaciones enriquecedoras e intervenir en la vida de los demás no como un accidente violento sino como una aportación positiva, como el viejo sabio o la hechicera buena de los cuentos de hadas: cada uno puede decidir, en cada instante, ser una fuente de Conciencia.

Trabajo individual: identificar el cuerpo familiar y reintegrar el cuerpo esencial

Ya hemos comentado ampliamente la forma en que la sociedad y la cultura crean experiencias corporales negativas (por ejemplo, el parto con una excesiva intervención médica) o enfermedades provocadas por industrias sin conciencia ecológica (las ocasionadas por la polución, las ligadas a duras condiciones de trabajo en las cuencas mineras, etc.). Igualmente, el árbol genealógico nos transmite enfermedades familiares, reales o simbólicas: generaciones sucesivas de fumadores pueden sufrir de insuficiencia respiratoria; ciertos hábitos en la alimentación favorecen la aparición de úlceras, disfunciones hepáticas o del páncreas, incluso se puede «estar de los nervios» como tal o cual abuela o sufrir del corazón, como toda la rama paterna del árbol genealógico. Estas transmisiones son al mismo tiempo abusos sufridos (siendo niño, uno no escoge el aire que respira ni los alimentos que ingiere) y marcas de pertenencia al clan: las enfermedades nos unen a nuestros ancestros, igual que lo hacen la elección de un oficio determinado o el respeto a las tradiciones religiosas.

A ello se le añaden las diversas concepciones sobre el cuerpo que hayamos recibido durante nuestra infancia: bello o feo, fuerte o débil, lento o rápido, gordo o delgado, nuestra identidad física siempre ha sido objeto de comentarios y de críticas que todos nosotros tendemos a absorber como parte integral de nuestra identidad. El cuerpo reacciona en gran medida según la concepción que se tenga de él, hasta el extremo de que se puede sugerir la hipótesis de que los órganos funcionan según la conciencia que se tenga de ellos. Todos los dominios del árbol genealógico y de la sociedad tienen, pues, una influencia decisiva sobre nuestra salud y nuestra forma de estar en el mundo.

Frente a estos feudos, nosotros ya hemos señalado anteriormente diversas técnicas de reajuste, de imaginación y de atención consciente sobre las cuales vamos a volver aquí con una mayor profundidad.

La sensación voluntaria de uno mismo

Para desactivar las ideas recibidas sobre nuestro cuerpo, nuestras capacidades y nuestra apariencia podemos emprender un trabajo de sensación voluntaria. Se trata en realidad de desechar la perspectiva de los otros y de alcanzar una perspectiva personal sobre uno mismo: es decir, poder captar el Inconsciente y el Supraconsciente a través del cuerpo. Esta visión personal no tiene nada que ver con el hecho de contemplarse en un espejo: se trata más de *sentir* cómo quitamos esas inscripciones pasadas, de espiritualizar la materia. Esto permite rectificar, a través de experiencias voluntariamente inducidas, la sensación que tenemos de nuestro propio cuerpo, el sentido del sí, y de descubrir potenciales no sospechados. En efecto, todos tenemos tendencia a juzgarnos a nosotros mismos en función de referencias a cualidades objetivas que sería necesario alcanzar para poder rivalizar con los ideales de la sociedad: pensamos que somos guapos/-as o feos/-as cuando nos comparamos con los modelos creados por el árbol genealógico o por los gustos propios de nuestra época, y nos encontramos viejos/-as a la edad en que nuestra cultura nos designa como tales o cuando decidimos algo tipo «Yo no soy fuerte» porque no somos capaces de levantar 200 kilos. Ahora bien, es posible salir de esta trampa y liberarnos de nuestro *hábito de sentirnos*. Existe todo un universo de sensaciones que la mayoría de la gente no cultiva: en vez de definirnos desde el exterior, podemos sentirnos a discreción fuertes o delicados, jóvenes o viejos, ágiles o torpes, ligeros o pesados, guapos o feos, rápidos o lentos, etcétera.

Por otro lado también tendemos a traducir en sensaciones subjetivas las opiniones que los demás tienen de nosotros –la manera en que nos ven– y asimismo la forma en que nos sienten: integramos como sensación corporal y sentido de nosotros mismos lo que nuestro entorno más próximo ha estado proyectando sobre nosotros desde que éramos niños.

Ejercicio 16. Identificar las sensaciones adquiridas

–Cierra los ojos y decide...: «Yo soy *(tal personaje del árbol genealógico: padre, madre, etc.)*. Yo *te* siento de esta manera». Experimenta cómo el juicio de ese miembro de la familia ha influido en tu sensación corporal.

–A continuación determina de antemano una sensación, que después utilizarás. Con los ojos cerrados di: «Yo soy fuerte. Todo mi cuerpo está impregnado de esa fuerza. Soy capaz de cargar con el peso que sea, de empujar cualquier objeto, de realizar cualquier hazaña...». Concentrándote en esta sensación, deambula por la habitación con los ojos abiertos o semicerrados y experimenta en tu cuerpo lo que habías decidido sentir. Si uno se ve perseguido por una sensación negativa (torpeza, fealdad, debilidad) conviene comenzar a exagerar esa sensación hasta llegar al máximo de esa torpeza, fealdad o debilidad, y a partir de ese instante comenzar a experimentar la cualidad opuesta (ligereza, belleza, fuerza).

La sensación del «cuerpo perfecto»

Tratamos ya este aspecto en el ejercicio 10 del capítulo 5, pero ahora, al concentrarte sobre la sensación del cuerpo perfecto, ¿qué es lo que experimentas, qué es lo que visualizas? ¿Han evolucionado ciertas partes de tu cuerpo? ¿Tienes más facilidad que antes para dejar que llegue hasta ti esa sensación de cuerpo perfecto? ¿Qué límites notas todavía a la hora de aceptarte a ti mismo en tu propia perfección? Este ejercicio está constantemente en un permanente progreso y es muy posible que tu cuerpo perfecto cambie cada vez que vuelvas a concentrarse en esta sensación. El Inconsciente utilizará diferentes imágenes y sentimientos para reactivar en ti la memoria de este potencial. Si estás enfermo imagina, durante el desarrollo del ejercicio del cuerpo perfecto, que el órgano afectado por tu enfermedad funciona de una manera óptima: tu hígado está perfectamente sano, tus pulmones están llenos de energía, tus articulaciones son ligeras y flexibles y con capacidad para bailar, etc. Podemos ahora trabajar más en detalle sobre el cuerpo familiar tal como lo hemos recibido.

Ejercicio 17. ¿Quién habita en mi cuerpo?

–Túmbate. Puedes tener junto a ti, si lo ves necesario, un ejemplar de tu árbol genealógico con todos los nombres y apellidos de tus ascendientes, con el fin de sentirte simbólicamente acompañado por el trabajo hecho hasta este mismo momento.

–Recorre mentalmente las partes de tu cuerpo: los miembros, los músculos, los órganos, los huesos... En cada etapa, tómate un instante para plantearte la siguiente pregunta: «¿Quién habita aún aquí?», y deja que la respuesta te llegue por sí sola. Es posible que varios ancestros o recuerdos fragmentados de tu árbol genealógico

residan en diversas partes de tu cuerpo. Desde el momento en que entres en contacto con un personaje, una frase, una experiencia o un determinado episodio, quédate anclado/-a en la sensación del cuerpo y pregunta: «¿Qué tienes tú que decirme, que mostrarme?». Entonces, es muy probable que esa zona del cuerpo, o el personaje que en ella habite, te ofrezca una imagen, una frase o una palabra. En ese instante, podrás dejar que esa imagen o esa frase flote delante de ti durante unos momentos, que se transforme o se desarrolle para que después acabe diluyéndose. Si sientes que esa particular parte de tu cuerpo te exige una mayor atención y que ese recuerdo no puede desvanecerse por el momento, di lo siguiente: «Muchas gracias por haberte manifestado ante mí. Volveré». Y podrás comenzar de nuevo el ejercicio al día siguiente o una semana después.

El tacto: un tabú de la cultura occidental

El trabajo individual sobre el cuerpo tiene sus límites. En efecto, desde que nacemos aprendemos a sentirnos no por nosotros mismos, sino a través de la manera en que nos tocan, nos acarician o nos castigan. El bebé, que depende de quienes le crían para poder sobrevivir, también se forja en parte su propia sensación corporal por medio del tocamiento hecho o recibido. La primera cosa que el niño toca cuando está siendo amamantado es el pecho materno, o al menos la piel de la persona que se ocupa de él. En este sentido, resulta fácil imaginar que el mayor deseo de todos nosotros sea que el mundo tuviese la misma consistencia de esa piel materna.

La parte del cuerpo que evoca esa interdependencia de los seres humanos es la zona de la espalda situada entre los omóplatos, que no es fácil tocarse uno mismo (salvo que se tenga buena flexibilidad). En la mitología nórdica, es el único punto vulnerable del cuerpo del héroe Sigfrido: éste había matado al dragón Fafnir –cuya sangre tenía el poder de volver a cualquier persona omnisciente e invulnerable– y se bañó en su sangre, pero mientras lo hacía, una hoja de tilo cayó sobre su espalda –entre los omóplatos– dejando en consecuencia una zona frágil. Sigfrido morirá un día tras recibir en ella el impacto de una lanza. La «hoja de Sigfrido» es la región corporal donde la mano de la madre sostiene el cuerpo del bebé desde sus primeros instantes de vida, y para el adulto es un punto ciego: nuestra espalda nos resulta invisible, y son muy pocas las personas que tienen una concepción clara de la suya propia. Además, la región de las vértebras dorsales superiores en la mayoría de la gente es la que tiene menos movilidad, dependiendo de la postura que se adopte. Y es también el lugar «inconsciente» por excelencia, el lugar donde la recepción emocional de un gesto de consuelo nos afecta más directamente.

Toda relación por medio del tacto nos remite a esa intervención exterior, a la parte de nosotros que depende del otro para que la conozcamos. Nos parece indispensable cuidar y refinar nuestra relación con el otro como elemento de sanación del árbol, tanto para

ayudar como para ser ayudado. Aprender a relacionarse con otra persona sin implicar en la relación los residuos y los abusos de nuestra genealogía forma una parte integral de nuestra evolución.

Mejorar la calidad del tacto no es solamente una cuestión de delicadeza o de precisión. Como ya hemos visto, todo abuso procede de una no realización en uno de los cuatros centros, y el cuerpo (la mano y nuestra capacidad de tocar) va a expresar tanto nuestra identidad material (más o menos cálida o fría, pesada o ligera...) como nuestra sexualidad, nuestra creatividad, nuestros sentimientos y nuestras ideas. Cuando se toca, se convoca en ese contacto todo lo que se es, consciente e inconscientemente.

Pero la persona que toca se ve afectada igualmente por apriorismos de naturaleza cultural y social. En Occidente, esa sensación se ha visto demonizada de la misma manera que la sexualidad ha sido globalmente reprimida. Se ha operado una jerarquización de los sentidos: la vista y el oído, considerados indispensables, tienen derecho a ser mencionados; el gusto y el olfato son aceptados con algunas limitaciones; pero el sentido del tacto desencadena serias sospechas de intrusión sexual, de agresión o incluso el temor a ensuciarse o verse contaminado. El contacto corporal tiene a menudo connotaciones sexuales, además de ser considerado como una ingerencia, como una agresión. Los responsables del orden y los bandidos se permiten tocar a los demás sin ninguna clase de cortapisa, de manera utilitaria o dominante (piénsese en la forma de cachear de un policía, un carcelero o un vigilante de seguridad, que verifican la no peligrosidad de un individuo para la sociedad). El contacto táctil tierno y atento existe sobre todo en la relación de pareja, en el círculo íntimo familiar o con amigos. Fuera de esta esfera, la única exploración táctil aceptada es la del médico, quien muchas veces trata el cuerpo como algo sin alma, fría e intelectualmente, limitándose a diagnosticar la enfermedad. Por otro lado, la mayoría de los psicólogos y psicoanalistas evita tocar a sus pacientes, debiendo llevar a cabo la curación exclusivamente por medio de la palabra. En ciertas parcelas particulares se pueden encontrar diferentes categorías de masajes: unas con vocación «médica», otras con carácter «relajante». La persona que palpa muy raramente utiliza el tacto con la ambición de conseguir una transmisión de alma a alma, de espíritu a espíritu. Sin embargo, el nivel de Conciencia de una persona es fácilmente detectable por su manera de palpar los objetos y las personas. Los Evangelios nos presentan la imposición de manos como el método favorito para la transmisión de Espíritu. El hecho

de tocar puede comunicar una verdad que la palabra no es capaz de transmitir, poniendo a la persona tocada directamente en contacto con el nivel de Conciencia de la persona que toca. Más adelante veremos la forma en que, tanto en el chamanismo como en otras transmisiones espirituales, el oficiante (un sacerdote, un chamán en trance, etc.) puede incluso convertirse en el canal por el cual se lleve a cabo el contacto con una divinidad. También, cuando una madre serena y amorosa toca a su hijo, le transmite un amor que a ella la sobrepasa: es el amor maternal bajo su forma universal.

Existe, pues, una inmensa distancia entre esa forma de tocar de la cual estamos todos sedientos y esa otra que practicamos en la vida cotidiana. Por ejemplo, se puede fácilmente abordar a un desconocido para hablar con él, pero es mucho más difícil en nuestra cultura tocar a personas que no conozcamos.

Para que puedas desarrollar tus cualidades esenciales de tacto, te mostramos unos cuantos ejercicios que deberás experimentar con un compañero/-a con quien podrás intercambiar experiencias. Se trata de desarrollar la conciencia en el tacto, en la escucha, en la sutileza y en la capacidad de sentir e inducir matices. El que palpa puede verse asimismo unido a la totalidad de la persona a la que está tocando: con la punta de los dedos, o con el brazo entero, pero desarraigado del resto del cuerpo; o en el caso de un tocamiento más intenso, es el cuerpo entero el que a través de la mano va a ponerse en contacto con la persona tocada.

Ejercicio 18. Tocar a los desconocidos

–Proponte tocar a personas desconocidas o con quienes el contacto es socialmente «inapropiado», por ejemplo, compañeros/-as de trabajo: este contacto no deberá percibirlo la otra persona como una «invasión», un accidente, una agresión, un intento de seducción ni una toma de poder. Tu forma de tocar debe ser tan natural como lo sería una palabra amable.

Ejercicio 19. Escuchar el corazón

–Con una pareja, y las orejas puestas sobre el pecho, haz que escuche tu corazón y escucha tú el suyo: el primer ritmo que se escucha es el del corazón de la madre. Cuando ofrezcas tu corazón a la otra persona: ¿Cómo te toca ella a ti? ¿Cuál es la mejor cualidad del entrelazamiento entre ambos? (ni demasiado cerca ni demasiado lejos, ni muy apretado ni muy suelto, ni excesivamente

pesado ni excesivamente ligero...). Lleva a cabo la experiencia paralela cuando escuches el corazón de la otra persona: ¿Cómo desearías ser sostenido/-a o acompañado/-a?

Ejercicio 20. Practicar «gamas de tocamientos»

–Con una pareja, lleva a cabo toda una «gama de tocamientos»: de piel a piel, de musculatura a musculatura, de esqueleto a esqueleto, incluso de conciencia a conciencia. ¿Dónde tocas y qué tocas de la otra persona? Este ejercicio requiere una comunicación apacible, no violenta, y la capacidad de expresar objetivamente tus eventuales comentarios o sugerencias, con el fin de ayudar al otro a refinar la calidad de su tacto.

Ejercicio 21. Tocar desde cada uno de los cuatro centros

–Con una pareja, y de modo similar, observa cómo son los movimientos que haces y la calidad de tu propia forma de tocar cuando anclas tus manos, sucesivamente, en el intelecto, en el corazón, en el centro sexual, y, después, como si tuvieran sus raíces en los pies, para que el tacto sea producto del cuerpo entero.

El masaje iniciático

Ya hemos mencionado antes el hecho de que la educación familiar y social limita los movimientos corporales de los niños, estableciendo entre otras cosas estereotipos de movimientos considerados como «masculinos» o «femeninos», o incluso imponiendo desde una edad muy temprana la inmovilidad, la postura sedente y otras restricciones corporales características de los sistemas educativos vigentes.

Llegados a la edad adulta, los niños que hayan sido sometidos a semejante «adiestramiento» habrán perdido por completo la capacidad de utilizar su cuerpo en toda su extensión, viviendo encerrados en una especie de corsé somático compuesto por una veintena de movimientos habituales que ellos repiten a lo largo de toda su vida. A esto se le puede añadir una tendencia a imitar los movimientos corporales de ciertos miembros de la familia, movimientos sobre los que no es posible determinar cuál es su parte genética y cuál la mimética, pero que son claramente observables en la mayoría de estos casos.

Algunas experiencias, particularmente durante la juventud, pueden llegar a constituir una reconquista de la libertad de movimientos, pero con frecuencia con un alcance bastante limitado: la danza puede despertar el placer sensual, el deporte está generalmente orientado hacia la competición y la mayor parte de las técnicas corporales proponen ante todo un repertorio normativo de movimientos considerados como «correctos» o «elegantes». En la adolescencia sucede también que un joven o una joven, para poder emerger del cuerpo familiar, se dedican a imitar los movimientos o la forma de hablar de un amigo/-a que tenga una personalidad muy acusada, pero eso no representa nada más que la absorción de otro árbol genealógico diferente del propio. Por consiguiente, es necesario ir más allá en la búsqueda del vínculo existente entre el movimiento y el espíritu para encontrar las disciplinas que aspiran a despertar zonas cognitivas más amplias. Citemos por ejemplo las diferentes escuelas de yoga, las artes marciales interiores como el

chi-kung o el tai-chi, la técnica Alexander, el método Feldenkrais, las danzas creadas por Gurdjieff, los pases mágicos o tensegridad de Carlos Castaneda, los masajes espirituales de Doña Magdalena, los mudras secretos de los taoístas chinos o los gestos rituales de los magos Éliphas Lévi y Aleister Crowley.

El masaje iniciático es una disciplina que se propone, a través del contacto físico, hacer descubrir al consultante aspectos de su espíritu que él no conocía. El tacto consciente del masajista iniciático –cuyos componentes definiremos algo más adelante– permitirá acabar con la tenaz ilusión de que «el mundo es como yo me siento», es decir, que nuestro sentido de nosotros mismos determina nuestra concepción de todo aquello que nos rodea. El contacto con las manos del masajista iniciático está ahí para revelarnos que el otro no percibe nuestro cuerpo como nosotros nos lo imaginamos: dicho en otras palabras, el tacto de una persona consciente permitirá que dejemos de identificarnos con nuestros hábitos de sentir y emerjamos de nuestra personalidad adquirida.

Mientras vivamos en el cuerpo familiar y social, nuestro tacto transmitirá los valores y también las violencias y diversas escorias de nuestro medio de origen. Conscientes o no de ello, seremos el canal de distribución de nuestro árbol genealógico y de nuestra cultura. Al igual que existen niveles de Conciencia, también hay grados de Conciencia en el tacto. Nosotros llamamos «cuerpo esencial realizado» al cuerpo que ha llegado al más alto nivel de Conciencia por medio del tacto.

En efecto, *dos seres que se tocan forman una unidad.* Esto es algo que se puede constatar observando los comportamientos de los animales. Tomemos como ejemplo a una mujer que da de comer a los pájaros en un parque: los gorriones confían en ella y comen en su propia mano, y si esa persona coge de la mano a un niño o a un adulto, los pájaros acudirán a picotear en la palma del recién llegado sin el menor recelo. Pero en el momento en que la mujer suelte la mano del desconocido, los pájaros se alejarán de éste. Igual que cuando entramos en una casa guardada por un perro la reacción de éste cambia completamente si el dueño acoge al invitado tomándolo de la mano.

Aun así, este capítulo no pretende ser ningún manual de masaje: un método corporal sólo se aprende por medio de la práctica. Pero hemos tenido que detallar algunas de las etapas que resultan indispensables para la preparación del tacto consciente, así como los

principales masajes iniciáticos que pueden intervenir como complemento del trabajo sobre el árbol genealógico. Todo ello podrá servir tanto a quien quiera desarrollar sus características como masajista iniciático como a cualquier persona que requiera los servicios de este terapeuta, al que deberá exigir que esté cualificado para practicarlo: tenemos derecho a saber quién nos está tratando y a pedirle un nivel de Conciencia determinado.

La preparación del masajista iniciático

Como para todo tipo de masaje o de intervención física sobre otra persona, el/la masajista debe hacer gala de una escrupulosa limpieza, velando por que ningún olor corporal pueda molestar a su consultante. Asimismo, debe tener un aliento fresco, el cabello correctamente peinado, las uñas bien recortadas y la piel de las manos limpia de toda callosidad y aspereza. Por otra parte, el lugar en el que vaya a tener lugar el masaje debe ser tranquilo, limpio y neutro, además de ofrecer una sensación de seguridad (que nadie pueda entrar en la estancia en la que se esté llevando a cabo, que ningún ruido violento venga a interrumpir la sesión, que la temperatura sea agradable, etc.).

Previamente, el masajista habrá solicitado al/la consultante concentrarse para sentir su cuerpo perfecto como se indica en el capítulo 5. Por otro lado, y para no caer en una ambigüedad sexual –que sería catastrófica a la vista de las prohibiciones culturales ligadas al tacto–, resulta esencial abordar todo contacto de manera andrógina y metasexual, alejado de toda ambición de poder, de todo deseo individual, de toda frustración y sin que se produzca ninguna insinuación, sea de la naturaleza que sea. La función del masajista iniciático es tocar el cuerpo para revelarlo a sí mismo. Por otro lado, el masajista iniciático podrá preparase debidamente gracias a los ejercicios siguientes:

Cómo emplear las manos

Es importante comprender el simbolismo de los dedos de la mano, como en la práctica de los mudras (gestualidad simbólica que acompaña a la meditación). Pero la gran diferencia es que en el mudra se busca el contacto con el Sí esencial y uno se aísla de los demás, mientras que en el masaje esas mismas manos son utilizadas para comunicar un nivel de Conciencia.

Simbología de la mano: la mano izquierda representa lo femenino-receptivo y la mano derecha, lo masculino-activo. El pulgar, opuesto a todos los demás dedos y por tanto capaz de comunicarse con ellos, simboliza la Conciencia. El índice, el dedo que indica, designa y comprende, simboliza el intelecto. El mayor, el central, simboliza el corazón. El anular, donde algunos colocan el anillo de matrimonio, simboliza el centro sexual-creativo. El meñique, el dedo exterior que se une con el borde de la mano, simboliza el cuerpo y toda vida material. La palma de la mano es el lugar donde la quintaesencia y los cuatro elementos se enraízan en un mismo espacio, comunicándose con las vísceras y el interior del cuerpo: es la parte con la que se puede dar y recibir. El masajista iniciático deberá trabajar en la flexibilidad y sensibilidad de la palma, pero asimismo hacer sensible el dorso de la mano, utilizándolo tanto para masajearse a sí mismo como para masajear a la otra persona: el dorso de la mano, que simbólicamente representa la espalda (la columna vertebral, la parte menos consciente en el esquema corporal), es parte integrante de la mano con el mismo fundamento que la palma y debe permanecer unido con la totalidad de la mano. Igual que el esqueleto es a la vez sólido y articulado, y tan móvil en la columna vertebral como una serpiente, el dorso de la mano debe convertirse en un lugar fluido capaz de comunicar.

Según cómo se utilice la mano, se obtendrán efectos muy diversos:

–masajeando con las puntas de los dedos se entra en el cuerpo del otro, se le estimula y se le despierta.

–la mano apoyada plana sobre la otra persona constituye un apoyo, un acompañamiento, un reconocimiento del otro.

–la mano que se desliza sobre el cuerpo del consultante recuerda las caricias iniciales maternas o paternas.

–se puede igualmente masajear con el puño: según la posición del dedo pulgar, ese puño representará un huevo (si el pulgar está metido en el interior, siendo así vulnerable, viviendo dentro del puño como si fuera un germen) o una piedra (si el pulgar cierra el puño al exterior, como en las artes marciales, convirtiéndolo de tal forma en invulnerable).

–un masaje con el puño-huevo puede ser un masaje de purificación, de la misma manera que los chamanes mexicanos utilizan un huevo o un limón para hacer «una limpia», un saneamiento energético o emocional del cuerpo del otro. Igual que el curandero rompe el huevo o lo tira una vez lograda dicha limpieza, será necesario

después sacudir la mano abierta y lavarla para simbolizar que el trabajo del huevo ha finalizado.

–cuando el puño está cerrado y duro como una piedra, ello permite comunicarse con los huesos del consultante, a los que simbólicamente hace referencia: el hueso es la parte sólida del cuerpo, el equivalente al elemento mineral de la naturaleza. El puño cerrado comunica fuerza. Para el inconsciente, el puño cerrado representa un enemigo: masajear de manera suave y amable con el puño ofrece un inmenso alivio, porque el potencial enemigo se convierte en un aliado y ya deja de existir peligro alguno. Esto, además, puede servir para borrar la memoria de golpes recibidos en el pasado.

–las uñas es lo que queda de las garras existentes en la naturaleza salvaje. El masajista no puede tener las uñas largas: deberá haber limado su agresividad, haber sometido a la fiera. Pero podrá excepcionalmente utilizar las uñas en el masaje para reenviar al consultante a su propia naturaleza salvaje, si fuera necesario. La uña, al rascar, puede crear centros de concentración de la atención: donde uno concentra su atención puede aparecer la Conciencia. Con tal fin, los cinco dedos se unirán en punta –como el pico de un ave– y las cinco uñas presionarán a la vez sobre una determinada zona del cuerpo. En este sentido es importante que las uñas estén unidas y no separadas, sin lo cual se tendría, de nuevo, la sensación simbólica de una zarpa que hiere.

Conectar la mano con el cuerpo entero: solo/-a o con algún compañero/-a, alarga uno a uno todos los dedos de tus dos manos hasta hacerlos llegar a tu *hara* o centro de gravedad (entre dos y cuatro centímetros debajo del ombligo). Esta prolongación de los dedos puede hacerse a la vez por medio del tacto (sobre la propia piel) o de la imaginación (el trayecto pasa entonces por el interior del cuerpo y viene a desembocar también en el interior del vientre).

Sentir las manos: para prepararlas antes del masaje, con los ojos abiertos o cerrados, como prefieras. Míralas o siéntelas tal como son. Después imagínalas pequeñas, como las manos de un niño, y siéntelas como tales. Retrocede en el pasado hasta las manos del feto, incluso más atrás: hasta las manos del primate. Observa hasta dónde eres capaz de llegar y sentir tus manos en ese pasado: hasta aquel animal con sus garras, incluso hasta cuando eran dos trozos de piedra de materia mineral. A continuación, ve regresando gradualmente desde la mano fetal a la mano infantil y luego a la adulta, y haz envejecer tus manos hasta que superen la duración de la vida humana y se disuelvan como dos emanaciones de energía be-

nefactora. Todo el universo está unido a esas manos milenarias. Cierra los puños y visualiza todo lo que contienen en su interior. Abre ahora las manos y visualiza todo lo que eres capaz de dar: un universo entero, la alegría de la infancia, sentimientos sublimes, la historia del planeta, la energía cósmica, etcétera.

El masajista y el espacio

Una vez desarrollada la sensibilidad de la mano, conviene trabajar sobre nuestra relación con el espacio. Todo masaje se hace en tres dimensiones, en un entorno concreto y con el movimiento como clave. La persona masajeada no es un ser inerte, sino que es la suma de una serie de acciones en potencia. Igualmente, el masajista no es sólo un cuerpo inerte del que surgen dos brazos, sino que su masaje es una proposición de danza, de unión en movimiento con el consultante.

Juntar las dos manos en el espacio: así comprobaremos si nuestro sentido táctil y visual están debidamente coordinados el uno con el otro. En el masaje se pasa, sin cesar, de informaciones de contacto a informaciones visuales. Una vez que se tengan las dos manos juntas, éstas se masajearán y acariciarán mutuamente, tal como se describía en el capítulo 4: femenino y masculino, recepción y acción se ponen de acuerdo para esta caricia que une al masajista consigo mismo.

Superar el miedo a la oscuridad: en el vientre materno todos tenemos dos pulsiones principales, nacer para ver la luz y respirar. Cuando la gestación y el nacimiento no se producen de una manera óptima, posteriormente se puede conservar un temor residual a la oscuridad, y esto es algo que puede influir sobre la buena marcha de un masaje. Para superar este temor y reconciliarse con el espacio, incluso si éste está oscuro, el aspirante a masajista podrá instalarse voluntariamente en un lugar oscuro y efectuar este automasaje cuyo fin es concebir la oscuridad como un ser benefactor y aliado: el cuerpo desnudo se frota contra la oscuridad, sintiendo cómo ésta le acaricia; como en una danza, los brazos penetran en la oscuridad, el cuerpo entero se ondula dentro de ella. Este «masaje nocturno» permite superar las angustias fetales.

Masajear formas en el aire: el masaje iniciático no consiste sólo en descubrir a través del tocamiento lo que ya existe, sino en proponerse hacer existir una forma. En consecuencia, el masajista debe ejercitarse en crear con sus manos esculturas invisibles que él define mientras masajea el aire. Las tocará siendo consciente de sus formas, solamente sensibles a él, tratándolas con ternura y amor y empleándose en transmitirles la vida. Una vez que la forma haya sido enteramente masajeada la dejará detrás de sí, como una realidad invisible pero con la cual ya se ha creado una unión.

Masajear lugares consagrados: numerosas estatuas, rocas, lugares santos, construcciones, etc., reciben a lo largo del año las quejas, oraciones y peticiones de un público muy amplio. Escoge un objeto o un lugar donde se acumulen este tipo de demandas y decide darle, por medio de tu masaje, consuelo, presencia y conciencia sin pedirle nada a cambio. También puedes masajear un árbol. Este ejercicio tiene como base la idea de que todos nosotros estamos en el mundo para ayudar al universo a engendrar más consciencia y no para consumir sin cesar, como niños insaciables. Después del masaje, tus manos estarán cargadas de toda la energía de ese lugar consagrado al que, sin embargo, no has pedido nada pero al que te sientes unido a un nivel más elevado tras haberle ofrecido tu masaje.

Enriquecer las manos y cargarlas de energía: tus manos están llamadas a convertirse en útiles destinados a despertar la conciencia del otro, siendo asimismo una herramienta para conferirle un poder que no tenías antes. Sin caer en la superstición, podrás conferir a sus manos, por medio de la imaginación, capacidades que te superan a ti mismo.

Cargar positivamente las manos: se puede, a voluntad, tomar objetos preciados, minerales, vegetales u otros objetos de poder y masajearlos imaginando, mientras tanto, que la mano absorbe y acumula su energía. Si no dispusieras de tales objetos, puedes imaginar que les está dando un masaje o bien puedes poner fotografías de ellos en tu mano: para el Inconsciente, la imagen de un objeto es el objeto mismo.

Jugar con las temperaturas: se trata de sentir que de la mano surge una energía térmica que puede ir, a voluntad, desde el frío extremo hasta el calor más intenso. Cada grado de temperatura representa un aspecto del amor: ciertos cuerpos requieren ser calentados y otros ser enfriados. El calor puede generar energía, pero el frío puede refrescar, calmar, etcétera.

Jugar con la sensación del tamaño de las manos: imagínate que tus manos se empequeñecen y, después, que crecen hasta poder tocar objetos muy alejados de ti. Entonces, podrás imaginar que puedes acariciar la luna, las estrellas o poner la mano en el centro del sol. Esto te ayudará más adelante a visualizar y a tocar, «atravesando» la superficie del cuerpo, los órganos que estés masajeando.

Ejercicios de masaje

Este repertorio de ejercicios podrá ser practicado con un compañero/-a de buena voluntad, para afinar la capacidad que tienes para entrar en contacto con el otro. Una vez más, hay que decir que no pretendemos redactar aquí un manual del masaje ni formar terapeutas. Se trata, más bien, de reeducar el tacto en el marco de una relación distendida y de consciencia.

El acompañamiento

Lo primero, poner la mano en el corazón de la persona, sentir sus latidos y acompañarla mentalmente así como por medio del ritmo respiratorio. Después, con las dos manos colocadas totalmente planas sobre un lado y otro del cuerpo del compañero/-a, poco a poco tomar en consideración su cuerpo y reconocerlo como volumen: de derecha a izquierda, de atrás hacia adelante.

En el momento de masajear la cabeza y el tronco, la persona puede permanecer sentada. El/la masajista irá tomando entre sus manos, pausadamente y durante algunos segundos, la frente y la zona occipital de detrás al mismo tiempo, después la oreja derecha y la oreja izquierda, las partes anterior y posterior del pecho, del torso, del vientre, los costados derecho e izquierdo de la caja torácica, etcétera.

Para hacerlo en los brazos, la persona deberá estar tumbada sobre una camilla de masaje descansando ambos simultáneamente sobre ésta. Después hará lo mismo con las piernas derecha e izquierda.

Unir el cuerpo a su entorno, reconciliarse con el exterior

Este masaje consiste en extender el cuerpo sobre el suelo. El/la consultante se echa sobre una superficie blanda (una alfombra gruesa, por ejemplo) y su compañero/-a le masajea todo el cuerpo prolongando sus miembros hacia el exterior, como si los brazos, el cuerpo, las piernas tuvieran prolongación en el propio suelo.

Estirar la piel

La piel está considerada una frontera, el límite más extremo del cuerpo. Con frecuencia, se emplea la expresión «sentirse uno bien o mal dentro de su propia piel». Son muchas las personas que por timidez se encierran, por así decir, en el interior de su piel. Ahora bien, todo organismo aislado de su entorno se marchita, y un aspecto esencial de nuestra vida es nuestra capacidad de unión con el todo.

El masaje de estiramiento de la piel sirve para desplazar metafóricamente el mencionado límite, para reconocer que es flexible y que se pueden superar sus fronteras habituales en un avance hacia el exterior. El objetivo es perder el miedo que se pueda tener a excederse y, posteriormente, traer de nuevo al cuerpo una piel que habrá explorado el mundo.

La práctica: asir delicadamente la piel del compañero/-a con todos los dedos de las dos manos y tirar hacia arriba, permaneciendo siempre atento/-a a la dirección de las fibras de la piel. Este masaje se aplica a todo el cuerpo, con una fuerza de tracción que deberá adaptarse, precisamente, a la sensibilidad de la zona tratada. Resulta muy útil estirar la piel de los lugares donde algunos orificios se cierran: se puede practicar este masaje sobre uno mismo, en zonas particularmente íntimas como por ejemplo los párpados (haciéndolo con gran delicadeza), la piel de los testículos y escroto (de una elasticidad muy notable), los labios del sexo femenino, la boca, detrás de las orejas, etcétera.

Una vez que la persona ha sentido la elasticidad en su piel, se pueden practicar enrollamientos a lo largo del cuerpo: hacer rodar entre los dedos una especie de «michelín» de piel comenzando, por ejemplo, por la nuca para terminar en un pie y después en el otro. Este masaje permite sentir la unidad de la piel como un solo y mismo órgano, además de superar la sensación de parcelación del cuerpo.

Masaje a los músculos

La función de los músculos es mover el cuerpo y, en particular, el esqueleto. En esta clase de masaje vamos a considerar el músculo como el receptáculo de numerosas emociones antiguas que el músculo mantiene retenidas y que expresa por medio de contracciones iguales y repetidas. Para nosotros se trata, pues, de *abrir* los músculos. Este masaje en cinco tiempos atañe tanto a los músculos más compactos y voluminosos (bíceps, cuádriceps, glúteos, cuadrados lumbares, abdominales, etc.) como a zonas más reducidas con pequeños músculos que afectan a la gesticulación facial (frente, contorno de la boca), dedos, palma de las manos, planta de los pies, etcétera.

1. Poniendo los dedos de las dos manos en el centro del músculo, y separando una de la otra –hacia la derecha y hacia la izquierda–, «abrir» simbólicamente las fibras musculares.

2. Con movimientos parecidos, pero con las manos separándose hacia arriba y hacia abajo, procurar un estiramiento de los músculos en dicha dirección.

3. Cubriendo la zona con toda la palma de la mano o con los dedos (según el tamaño de la zona afectada) hacer girar el músculo hacia un lado y hacia otro del hueso al que está insertado.

4. Acabamos el masaje presionando sucesivamente sobre todas las zonas trabajadas, como para concentrar y reforzar la envoltura muscular del cuerpo, y con una presión determinada según sea la zona tratada. Ese momento del masaje sirve para restituir una sensación compacta del cuerpo y unir el músculo (dinámico y emocional) con la materia concreta (esencial) del hueso.

5. El proceso finaliza con un masaje de la piel que concierne a la envoltura cutánea que hay alrededor de los músculos, pero con la particularidad de no detenerse: un deslizamiento de la mano sucede al de la otra –mientras la persona masajeada va rodando desde la espalda a un costado y luego al vientre–, como si se tratara de una misma e interminable caricia. Esta fase del masaje puede durar una media hora.

Masaje a los huesos

Generalmente en los masajes se eluden los huesos, bien porque éstos reflejan una imagen aterradora (la de la muerte) o bien por ser la parte del cuerpo que se considera impersonal. Ahora bien, el esqueleto es algo vivo e individual: la médula ósea es la que produce las células de nuestra sangre. Por otro lado, la sensación del esqueleto es muy importante: por norma, el ego artificial huye de la estructura y prefiere cubrir el cuerpo con un caparazón (muscular, emocional o de indumentaria) porque vive como un molusco sin esqueleto. Volver a entrar en contacto con el esqueleto permite encontrar el camino de lo esencial.

Para masajear el esqueleto es necesario buscarlo con las yemas de los dedos, tocarlo a través de la piel y de la carne y recorrerlo frotándolo como para liberar su energía. Es igualmente recomendable entrar con suma delicadeza en el detalle de las articulaciones y buscar las rotaciones que sean posibles, así como explorar con una tierna atención el detalle mismo de la forma de los huesos (por ejemplo en las órbitas, el hueso púbico, detrás de las orejas, los huesos del cráneo, etc.).

Abrir los siete plexos

Numerosas tradiciones espirituales o médicas hacen una descripción energética del cuerpo que les es característica. Sin entrar en el debate de saber si el cuerpo energético existe realmente, o cuál es su estructura precisa, podemos considerar aquí esas descripciones como otras tantas biologías simbólicas útiles.

Nosotros nos referiremos, a propósito de estos masajes, a los «chakras» (o plexos localizados a la altura de los siete centros nerviosos, o endocrinos), considerándolos como lugares notables del cuerpo donde pueden converger energías fluidas o retenidas. Así pues, podemos basarnos en esta topografía para despertar siete zonas del cuerpo.

El chakra raíz (*Muladhara*). Se localiza en el perineo. La persona estará de pie, con las rodillas ligeramente dobladas. El puño del/la masajista presionará entre su sexo y su ano (el puño en vertical, y el pulgar y nudillo del dedo índice en contacto con el perineo). Esta presión, que es a la vez un sostén y una resistencia, permite a la persona sentir su propia pujanza y concentrarse en este lugar de anclaje donde están los músculos y los órganos de la sexualidad, de la micción y de la defecación.

El chakra sexual o sacro (*Svadhistana*). Se localiza entre el ombligo y los genitales: en el varón por encima de la raíz de su sexo y en el de la mujer, a nivel del útero. La persona debe estar acostada. Las manos del/la masajista presionarán (con la yema de los dedos) sobre el chakra y harán el gesto de abrirlo hacia la derecha y hacia la izquierda siguiendo el ritmo de la respiración. Este gesto tiene como objetivo disolver los prejuicios sexuales del árbol genealógico, la contención del deseo y de la fuerza creativa.

El centro de gravedad (*hara*). Situado entre dos y cuatro centímetros por debajo del ombligo, se corresponde con la sede del *ki* o del *chi* de las artes marciales. Es el centro de todo movimiento corporal armonioso en unión con el planeta. La persona estará acostada sobre la espalda mientras el/la masajista efectúa movimientos en espiral (en sentido horario y antihorario, respectivamente) cuyo centro –el centro de gravedad– es además el punto de partida. Estas espirales se extienden gradualmente a todo el cuerpo para después volver a dirigirse hacia el centro de gravedad. A continuación, se masajea haciendo irradiar ese mismo centro por medio de líneas hacia los miembros, hacia el torso y hacia la cabeza, de ida y de vuelta. Este centro debe ser igualmente masajeado en la espalda,

donde está situado a la altura de la quinta vértebra lumbar, junto al sacro.

***Desde el plexo solar** (Manipura) **hasta el chakra corazón** (Anahata).* Se localiza en el centro del pecho. El masaje se lleva a cabo de pie: el/la masajista se sitúa por detrás de la persona y la enlaza con sus brazos, colocando las manos planas sobre el pecho, entre el diafragma y el corazón. El masaje se efectúa en un sentido de apertura –para deshacer los caparazones emocionales– a una parte y a otra del esternón. Es frecuente que la persona llore o exprese fuertes emociones durante este masaje. Se debe finalizar con una «integración» del corazón: la persona, acompañada por las manos del masajista, sentirá todo su cuerpo como un corazón que palpita.

***El chakra de la garganta** (Vishudda).* Localizado en la base del cuello, es el chakra de la comunicación y de la expresión. Aquí no es preciso ejercer una fuerte presión, porque la garganta es una zona frágil por la que pasan el aire, la bebida y los alimentos. Toda coerción en ella puede producir angustia, una sensación de estrangulamiento. Para abrir este canal de comunicación y purificación entre corazón y espíritu, el masaje se efectuará con una enorme delicadeza, de piel a piel, como si se estuviera creando una joya al masajear –en sentido antihorario– la oquedad situada entre las dos clavículas, y ello con la intención de disipar toda clase de angustia y crear una sensación de bienestar. Posteriormente, este delicado masaje se prolongará, como si fuera un collar, alrededor del cuello hasta llegar a la nuca. A continuación, con las manos invertidas (el pulgar y los demás dedos hacia abajo y con el canto de la mano contra las orejas), el masajista –remontando la energía desde la nuca, pasando por el mentón y las orejas– llegará hasta la parte superior de la cabeza.

***Masaje desde el chakra del tercer ojo** (Ajna) **hasta el chakra de la corona** (Sahasrara).* Localizados por encima del entrecejo y en la parte superior de la cabeza. Este masaje tiene como objetivo abrir una ventana metafórica en el cerebro para permitir la entrada de la luz procedente tanto del cielo como del centro de la tierra. Se puede proponer a la persona que se concentre sobre esa imagen. Una mano, con las puntas de los dedos formando una especie de pico de ave –como antes se describió–, se posa sobre la parte superior del cráneo y la otra en el entrecejo. Se permanece así el tiempo que sea necesario, presionando sobre estos dos puntos para que la persona masajeada pueda concentrar en ellos toda su atención. A continuación, y poco a poco, el/la masajista abrirá los dedos de las dos manos, separándolos muy lentamente, como si fueran los pétalos de

una flor abriéndose. Después, se repetirá el mismo masaje con una mano sobre la parte superior de la cabeza y la otra detrás, en la zona occipital.

Masaje al rostro

El rostro es un lugar clave de la identidad adquirida. Al igual que el apellido, representa una de las señas más fuertes de la individualidad de cada cual. Este masaje tiene como objetivo cambiar la concepción que la persona tiene de su propio rostro. El/la masajista deberá explorar con sus manos todos los detalles de la estructura ósea, músculos y partes blandas con el fin de ofrecer a la persona masajeada una imagen completa de su rostro tal como es. Después, y según los deseos expresados por el/la consultante (que puede describir antes cómo visualiza su «rostro perfecto»), el/la masajista puede dar el masaje con vistas a ese rostro perfecto: por ejemplo, alargar la nariz, agrandar los ojos, fortalecer la mandíbula. Tal como queda topografiado por el masaje, se convierte en la marca del rostro imaginado y percibido por la persona, a quien se le presenta como el rostro que esencialmente le corresponde. La Conciencia realizada no tiene rostro, pero puede revestirse de una máscara sagrada, o sea transpersonal, que no define a una persona individual sino a un arquetipo.

Masaje al sexo

Debe ser llevado a cabo por una persona con la que se tenga una confianza absoluta (no confundir con la complicidad erótica de los amantes: de lo que se trata aquí es de un contacto cuya finalidad es restaurar los órganos sexuales en su dignidad esencial). Nos hemos inclinado por no eludirlo, justamente para no caer en ese tabú de excomulgar a los órganos sexuales de la experiencia corporal. Así pues, he aquí algunas indicaciones relacionadas con el masaje iniciático de los sexos femenino y masculino, respectivamente.

Masaje intravaginal. Los únicos dedos que se deben emplear son el índice y el corazón, que son los dos dedos consagrados a la bendición según la imaginería cristiana. Este masaje en el interior de la vagina no está fundamentado en la penetración, sino por el contrario en el hecho de liberar al sexo femenino de todas sus memorias negativas. Por consiguiente, el acento no se debe poner sobre el impulso hacia el interior, sino al contrario: con la ayuda de un lubricante si fuera necesario, se introducen lo más delicadamente posi-

ble los dos dedos hacia el interior y, después, por medio de movimientos en espiral, se «despegan» metafóricamente hacia fuera los rastros memoriales que habían quedado adheridos a la mucosa. El masaje se continúa por medio de movimientos que vayan directamente desde el interior hacia el exterior, como si se vaciara la vagina de una carga que se hubiera ido acumulando en ella. Si, como suele ser el caso, la mujer tuviese una imaginería de su propio sexo atestada de objetos o recuerdos dolorosos, puede ir visualizando todo cuanto sale de ella a medida que los dedos del/la masajista van despejando la zona afectada: este masaje puede ser muy útil para acabar de «limpiar» sus traumas o culpabilidades.

Masaje al pene. En general, el hombre establece una clara diferenciación entre su cuerpo y su sexo, a menudo considerado como un miembro aparte. Su funcionamiento sexual se limita entonces, y únicamente, a la zona del pene. Este masaje está concebido para enraizar el sexo en el resto del cuerpo: desde el glande, se va descendiendo a lo largo del pene como si se trazara un camino que se sigue sin interrupción hasta un lugar determinado del cuerpo (la palma de la mano, la planta del pie, la nuca, el corazón, la parte superior de la cabeza).

Masajes simbólicos

No tienen que ver directamente con el cuerpo físico, sino más bien con sus prolongaciones visuales o imaginadas.

Peinar el aura. Sirve para crear calma y desenredar las energías enmarañadas. Con los dedos abiertos como si formaran un peine, peinar el aura de la persona como si se estuviera haciendo a una larga cabellera.

Lavar la sombra de una persona. Sirve para reconciliarla con su Inconsciente y sus contenidos «oscuros». La persona permanece de pie, con la espalda dirigida hacia una fuente de luz: así su sombra se proyectará ante ella misma sobre el suelo (escoger un lugar donde sea posible lavar la sombra con un cepillo y un poco de agua con jabón, aceites esenciales u otras sustancias simbólicamente pertinentes). El/la consultante podrá ver al/la masajista cepillar el suelo respetando la forma de su sombra.

Enriquecer a la persona frotándole la piel con elementos simbólicos. Ya hemos mencionado que, para el Inconsciente, la piel absorbe lo que permanece unido a ella durante algún tiempo. La sanadora Pachita frotaba a los enfermos con una imagen de Cristo o de la Virgen María, pero se puede aplicar ese mismo principio masajeando a una persona con una fotografía de sus padres, con dinero o con un lingote de oro si dicha persona se siente pobre, es decir, con cualquier símbolo que ella sienta necesidad de absorber. Igualmente, caminar con unos zapatos cuyas suelas lleven la imagen de los padres o de una pareja de divinidades (el elemento femenino se coloca bajo la planta del pie izquierdo y el elemento el masculino, bajo la derecha) tiene –en la psicomagia– unos efectos a menudo muy sorprendentes sobre dolores que se puedan tener en los miembros inferiores y también sobre el sentimiento de no pertenencia, de abandono, de exilio, etcétera.

El raspado

El objetivo de este masaje iniciático es permitir a una persona deshacerse de todo cuanto tenga *pegado a la piel*: muy particularmente, sus temores. Los antiguos guerreros del Cáucaso se raspaban con el borde no cortante de un cuchillo para vencer todas sus angustias antes de ir al combate. Esencialmente, este masaje iniciático tiene como finalidad eliminar las sensaciones negativas heredadas del pasado y de las que uno no se puede deshacer de ninguna otra manera.

El/la masajista deberá proveerse de un abrecartas de hueso u otro objeto no cortante, preferentemente de un material natural y que imite la forma de un cuchillo. El masaje comienza por la parte superior de la cabeza, que se raspa suavemente, bien en espiral o siguiendo las cuatro direcciones cardinales. No deberá olvidarse ni un solo milímetro de piel, porque todos los recuerdos negativos podrían beneficiarse de ello y realojarse allí de nuevo. El masajista puede decidir el trayecto que desee seguir sobre el cuerpo, a condición de incluir absolutamente todo el cuerpo (incluso párpados, órganos genitales, plantas de los pies, parte posterior de las orejas, etc.). Este masaje dura por lo menos tres horas, y puede llevarse a cabo con una música de fondo discreta.

Hacer salir la rabia

A veces se puede ayudar a una persona a expulsar y a expresar una rabia concentrada y que no llega a «salir» por sí sola. Este masaje exige, evidentemente, haber efectuado uno mismo el correspondiente trabajo sobre sus propias emociones negativas, así como poseer una cierta fuerza física y psíquica para que el/la consultante no tema que, tras desencadenar su propia rabia, pueda dañar al/la masajista.

El masajista presionará con su puño cerrado contra el perineo de la persona –que permanecerá de pie tal y como se describe para el primer chakra– y sostendrá ese puño con la otra mano, procurando que la presión sea extremadamente segura. El consultante, a su vez, deberá presionar fuertemente contra el puño y rugir, emitiendo sonidos articulados o no. La fuerza física del masajista es muy importante, porque la presión debe ser verdaderamente significativa para permitir que la persona pueda expresarse todo cuanto le sea posible. El perineo es la única parte del cuerpo que se puede comprimir (en posición erguida) sin que la persona se sienta molesta, dado que recibe dicha presión como un aporte de energía. Queda excluido presionar sobre cualquier otra parte del cuerpo que no sea ésta, porque el consultante se sentiría agobiado o forzado y no apoyado en su empeño de liberación.

Masaje de reparación a cuatro manos

Este masaje puede formar parte del psicorritual del nacimiento que describiremos justo un poco más adelante. Supone la participación de dos masajistas, un hombre y una mujer, que tendrán como principal tarea representar arquetipos parentales.

Son numerosas las personas que no han conocido jamás qué son unas buenas relaciones con sus padres: a diferentes niveles, la pareja se lleva mal y cada uno de los progenitores mantiene una relación difícil con el hijo/-a. Cuando uno ha sido el campo de batalla de la pareja conyugal, el cuerpo carece de una información esencial: la de sentir lo que significa la unión entre padre y madre.

Los masajistas pueden llevar colgadas del cuello una fotografía de los padres del/la consultante: ella la de la madre y él, la del padre. Antes de tocar al/la consultante, ambos masajistas efectuarán una serie de gestos –haciendo de espejo uno del otro– para ponerse de acuerdo y armonizarse. La mayor dificultad que tiene este masaje es que el consultante se vea enfrentado, una vez más, al conflicto de pareja. Tendrán que resolver todo impulso agresivo o defensivo para comunicarse de forma cariñosa.

Las dos personas practicarán a continuación un masaje equilibrado: el hombre aplicará el masaje en el costado derecho y la mujer, en el costado izquierdo; y cada uno de ellos dirigirá sus manos hacia las zonas a las que su intuición le haga acudir pero siempre prestando una gran atención a hacerlo de acuerdo y de forma conjunta.

El psicorritual de renacimiento

Un psicorritual es una ceremonia compuesta por elementos psicomágicos (un guión muy preciso que permite integrar informaciones de las que no se disponía y realizar metafóricamente los deseos reprimidos) y elementos propios del masaje iniciático, puesto que todo psicorritual se lleva a cabo con la colaboración de personas de buena voluntad que deberán ponerse, sin reservas, al servicio del esfuerzo de sanación del/la consultante, que será a la vez el personaje central del ritual y el maestro de ceremonias. Se podría decir que el psicorritual tiene como finalidad sanar y modificar la personalidad adquirida, pero que se lleva a cabo bajo la autoridad del Ser esencial.

He ahí por qué es necesario planificar bien un psicorritual, asegurarse de que las personas que colaboren en él están debidamente preparadas, y por qué en todo momento el consultante –que también es el director de escena– puede interrumpir el psicorritual para corregir las acciones de sus colaboradores.

Los actos psicomágicos de enterramiento que hemos visto en capítulos precedentes pueden ser considerados como psicorrituales.

A partir de aquí, vamos a detallar el psicorritual del segundo nacimiento, que permite poner en escena y dar al inconsciente corporal las informaciones vitales sobre qué es un nacimiento bien acabado.

El/la consultante (que interpretará el papel de niño/-a) deberá escoger a dos colaboradores (que serán sus padres metafóricos). Estos últimos pueden ser terapeutas, actores o, simplemente, personas de buena voluntad. Sea cual sea su formación, es necesario que sean capaces de:

–Interpretar el guión de una manera convincente y sin tics.

–Comprender de qué trata todo ello y estar muy atentos para no permitir que las neurosis derivadas de su propia historia interfieran en el proceso. En otras palabras, que sean capaces de decidir que, durante tres horas, su prioridad absoluta será la de acompañar al consultante en su sanación.

–Tener buenas nociones sobre masaje, una acusada sensibilidad y una calidad de tacto fina y variada.

–Poder vivir estos momentos de una manera transpersonal, al servicio de la Conciencia universal al margen de sus creencias o su concepción de lo divino.

Por supuesto, en ausencia de toda formación práctica estas recomendaciones se quedan en una abstracción. Pero, en última instancia, el consultante/director de escena es la autoridad activa en esta ceremonia terapéutica: en cualquier momento del psicorritual debe poder expresar sus necesidades y, llegado el caso, convenir con sus padres simbólicos un código que venga a significar algo así como «Suspendamos el psicorritual un momento y escuchad bien lo que yo espero de vosotros».

No se trata de revivir experiencias traumáticas, por mínimas que éstas sean, sino de grabar de todas las formas posibles la memoria alternativa de una experiencia plenamente cumplida.

Los «padres» deberán prepararse debidamente, habiendo llevado a cabo antes el ejercicio del cuerpo perfecto para, así, poder referirse al mismo en todo momento mientras desempeñen su papel de padres-arquetipo y evitar que las trampas que eventualmente les puedan tender sus propios árboles genealógicos vengan a interferir en el psicorritual. Deberán también presentarse de la manera más natural posible: vestidos de blanco, de negro o de color beige, procurar no llevar ninguna clase de adorno o de perfume excesivamente intenso, tener siempre un aliento agradable y hacer gala de gestos mesurados. Todo debe ser hecho para que el consultante pueda proyectar sobre esa pareja a sus padres reales, y después a sus padres ideales. Igualmente, el psicorritual deberá ser realizado en una habitación neutra, agradable y con temperatura suave.

El psicorritual se lleva a cabo en nueve etapas. Se recomienda no omitir nada, aunque puedes añadir los elementos que consideres necesarios en tu caso (pormenores, actos particularmente importantes, reparación de este u otro trauma). Como se ha hecho a lo largo de todo el libro, cuando nos referimos en masculino al «consultante» remitimos también a la consultante, en femenino. A las dos personas que ayudan en el psicorritual las denominamos «los oficiantes».

El/la consultante deberá llegar vestido con ropa vieja –que represente el peso del pasado– pero llevará también en una maleta

ropa de calle, ropa interior y zapatos completamente nuevos, además de un cordón –o una cinta– de unos tres metros que habrá de representar el cordón umbilical. Llevará también algún producto con el que poder ser amamantado (leche condensada en tubo o una bebida de soja, de almendras, de arroz, etc., en *tetra brik* con una pajita). Si fuese necesario, puede aportar un maquillaje corporal dorado (como veremos más adelante esta alternativa se utiliza para compensar una fuerte infravaloración).

Es necesario igualmente tener preparadas fotocopias de fotos del padre y de la madre –que se pueden colgar del cuello de los oficiantes– además de un sobre negro y dos semillas de dos plantas a elegir.

1. Confrontación

El consultante, vestido con su ropa vieja, se sitúa frente a sus dos padres simbólicos, que pueden estar sentados o de pie. La «madre» enfrente de él y a su izquierda y el «padre», a la derecha. El consultante les preguntará entonces:

–Para este ritual de nacimiento, ¿aceptas representar a mi madre *(decir el nombre propio de la madre)*? Y tú, ¿aceptas representar a mi padre *(decir el nombre propio del padre)*?

Los oficiantes responderán:

–Sí, acepto representar a tu padre/madre *(decir los nombres propios de ambos)* para este ritual de nacimiento.

Y el consultante les colocará alrededor del cuello, a ella, la fotografía de su madre y a él, la de su padre. A continuación, expondrá todas sus quejas, su rabia, su pena, su necesidad de ser amado incluso, si es necesario, dando golpes sobre un cojín. Estas quejas jamás habían sido plenamente expresadas, porque el amor filial se mezclaba con un terror primitivo: el niño sabía que sus padres tenían un gran poder sobre él, el de la vida y la muerte.

Esta confrontación es muy similar a la descrita en el capítulo 8 y está compuesta por cinco etapas:

–«Esto es lo que tú me has hecho (y/o esto es lo que tú no has hecho y yo tenía necesidad de ello).»

–«Esto es lo que yo he sentido.»

–«Esto son las consecuencias que ha tenido sobre mi infancia.»

–«Esto es lo que aún yo sufro hoy en día.»

–«Esto es la reparación que tú me debes.»

Los «padres» asienten a todo, pudiendo pronunciar frases reafirmantes como «Sí, te comprendo, yo tuve la culpa».

2. Muerte simbólica y transmutación de los padres

Una vez expresadas todas las quejas, el consultante dirá a sus «padres»:

–Ahora, y para reparar todo ello, vais a morir y a renacer como los padres de los que yo verdaderamente tengo necesidad.

Si la agresividad sufrida por el consultante es muy fuerte, puede proceder incluso a matar metafóricamente a sus padres. Si no es así, las anteriores palabras deberán ser suficientes para que el «padre» y la «madre» se tumben en el suelo con los ojos cerrados imitando su muerte. Si el consultante se viera afectado por alguna emoción, podrá expresarla en ese mismo momento. A continuación, arrancará de los cuellos del «padre» y de la «madre» las respectivas fotografías y las colocará juntas dentro del sobre negro añadiendo las dos semillas, que habrán de germinar más adelante, cuando plante el sobre en la tierra. El consultante pronunciará, entonces, la fórmula del perdón:

–Lo que está hecho, hecho está. Yo os pido perdón por no haber sido el hijo que se correspondía con lo que vosotros esperabais, y os perdono por no haber sido los padres perfectos que yo quería.

Después, el consultante cerrará el sobre. Los aspectos tóxicos de la relación padres-hijo quedarán desactivados desde este preciso instante, por lo que habrá llegado el momento de que emerjan los padres arquetipo.

3. Nacimiento de los padres arquetipo

El consultante se despoja de su ropa vieja, prenda a prenda, pronunciando en voz alta lo que él espera de sus «padres», que en todo momento permanecen acostados sobre el suelo:

–Yo quiero una madre que... *(aquí expresará todas las demandas posibles).* Yo quiero un padre que... *(lo mismo que antes).*

Este momento es muy importante porque se anclan en la realidad los arquetipos parentales positivos. Tú puedes preparar con anterioridad un listado de cualidades y demandas y leerlo en alto. Éstos son los padres perfectos que espera el consultante con el grado

de conciencia en el que actualmente se encuentra. Una vez que los «padres» estén enteramente cargados de su nueva identidad, el acto del nacimiento podrá comenzar.

4. La concepción

Los «padres» se ponen de pie frente al consultante, que ahora deberá estar desnudo o en ropa interior (según la cultura o el pudor personales). Igualmente los terapeutas pueden estar más o menos vestidos, pero es deseable que la piel de la «madre» pueda estar en contacto con la del consultante durante la gestación.

Los oficiantes se sitúan cara a cara y el consultante les dicta la manera en que él desea verlos unidos en los cuatro centros: intelecto, corazón, vida en común y sexualidad. Asimismo escogerá la postura en la que quiere ser engendrado: los oficiantes deberán realizarla de manera delicada y digna, dando la impresión de alcanzar el éxtasis con todo su ser. Una vez más, debe ser el consultante quien decida por anticipado cómo debe ser llevada a buen término esta representación del acto sexual que lo está engendrando: más o menos simbólicamente, con gestos más o menos explícitos, etcétera.

Mientras los oficiantes simulan llegar al clímax de su placer, el consultante se deslizará entre los dos y los «padres», al sentirlo insinuarse entre ambos, manifestarán su alegría y su conciencia ante esta vida que se encarna.

5. Masaje y nidación

El consultante se tumbará y los «padres» masajearán al niño, dándole la sensación de que su cuerpo es una masa amorfa. La «madre» le masajeará el lado izquierdo del cuerpo y el «padre», el derecho: metafóricamente, es el encuentro entre el óvulo y el espermatozoide –representado en este masaje– y la desmultiplicación celular de los primeros días de vida.

Poco a poco, y muy cuidadosamente, los «padres» colocarán al consultante en posición fetal y enrollarán en torno a su cintura el lazo o cordón que simboliza el cordón umbilical. La «madre» se instalará confortablemente sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared. El «padre» le depositará al consultante en su vientre y ella anudará el otro extremo del cordón a su propia cintu-

ra, mientras el «padre» recubre a ambos con un paño (una toalla o cualquier otra tela suave que simbolice las paredes del útero y el nido, en sentido amplio).

6. Gestación

Los dos oficiantes acarician el cuerpo del «bebé» bajo la toalla y viven las etapas de su crecimiento, un mes tras otro. Durante estos nueve meses, la relación entre los dos padres, la relación entre «madre» y «bebé» y entre «padre» y «bebé» se describen en los diálogos que mantienen los dos oficiantes[15] (pueden ser escritos de antemano por el consultante). Deberán hablar lentamente y con una voz suave que arrulle al consultante durante la gestación. Todo esto puede durar, como mínimo, un cuarto de hora.

7. El parto

Lo ideal es que se produzca de una manera no verbal, de común acuerdo entre el niño y la madre. Se trata de un momento importante de este psicorritual, en el que el consultante va a sentir que para él ha llegado el momento de nacer y en el que, asimismo, los dos oficiantes deben estar atentos de todo lo que pase. Para este momento, el consultante podría tener previstos por adelantado algunos detalles sobre el parto en sí. El consultante será placenteramente dado a luz, siendo acogido entre las manos de su «padre», quien lo tomará y pondrá en brazos de su «madre». A continuación, la «madre» corta el cordón umbilical con el asentimiento del «padre», que le habrá entregado unas tijeras.

8. Amamantamiento y cuidados del bebé

La «madre» amamanta al bebé directamente de su pecho, haciendo correr leche condensada (cuya textura permite esa clase de

[15] En el libro de Alejandro Jodorowsky *Manual de Psicomagia* (Siruela, 2009) se pueden encontrar, de una forma más detallada, las declaraciones que pueden realizar los padres en el transcurso de este psicorritual, y en particular durante los nueve meses de gestación.

manipulación) o deslizando a la vez en la boca del consultante su propio seno y una pajita unida a un recipiente que contenga un batido vegetal. No es aconsejable utilizar leche de vaca, por ser ésta la que habitualmente se prescribe en sustitución de la leche materna. Si el consultante así lo deseara, su «padre» le podría dar el biberón. Una vez satisfecho, los «padres» le preguntarán:

–¿Cómo quieres llamarte?

El consultante dispone entonces de la oportunidad de conservar su nombre o de adoptar uno nuevo. Una vez que le hayan puesto el nombre, los oficiantes lavarán al «bebé» en agua tibia, eventualmente perfumada (con azahar, por ejemplo)

Durante esta etapa de tantos cuidados como se le dan al bebé, el consultante puede pedirles todo lo que le ha faltado: pasar tiempo jugando con sus padres, vestirse de tal manera, que le enseñaran a hablar, aprender con felicidad su higiene sin sentirse sucio en ningún momento, etc. Asimismo, es en esta etapa en la que el «bebé» puede ser maquillado –parcial o totalmente– de dorado por sus «padres», que entonces le dirán: «Eres un tesoro» y le mostrarán su esplendor en un espejo. En fin, se trata de vivir todo aquello que no se ha vivido, por lo que no será necesario dudar a la hora de añadir a esta etapa los elementos que se consideren precisos.

9. La autonomía

El consultante se viste completamente con su ropa nueva y ya podrá marcharse. Tendrá en ese momento la opción de partir solo o de ser acompañado un poco más todavía por sus «padres», quienes en tal caso se situarán cada uno a un lado de él, tomándole de la mano. La «madre», de la mano izquierda y el «padre», de la derecha. Pueden ir a comer algo los tres juntos a alguna pastelería, o si el «niño» está aún pintado de color dorado, los oficiantes podrán decir a quienquiera que vean en la calle:

–Es nuestro hijo/-a *(añadiendo además su nombre de pila)*. Es un tesoro.

Cuando el consultante sienta necesidad de hacerlo, pedirá permiso a sus «padres» y se irá sin volver la vista atrás. Pero se llevará consigo el cordón umbilical, que enterrará bajo alguna planta, junto con el sobre negro que contenía las fotografías de sus padres (con los rostros de éstos hacia abajo). Las dos semillas que estaban en ese mismo sobre podrán quizá germinar en la tierra si tal es su

destino, pero el consultante deberá poder apreciar inmediatamente cómo surge una vida por encima de un pasado ya abolido: ésta es la razón por la que es necesario trasplantar una planta ya desarrollada (arbusto, planta con flores o similar).

La ropa vieja será recuperada, si así fuera posible, ocho días más tarde en la casa de los oficiantes. El consultante la enviará a limpiar y después hará con ella una obra de caridad. Si embargo, si dicha ropa estuviera cargada de un exceso de sufrimiento, lo más conveniente será quemarla. Aunque, en general, el hecho de limpiarla y reciclar la ropa ya es suficiente para purificarla.

El éxito de este psicorritual dependerá de la preparación –por parte del consultante– de un guión que resulte de lo más conveniente, así como de la calidad del trabajo de los oficiantes. El objetivo del mismo es escenificar un nacimiento lo más próximo posible al ideal. Se puede hacer más de un psicorritual de renacimiento, sobre todo si alguna cosa ha faltado la primera vez. Sin embargo, los efectos de este acto aparecen en el tiempo a largo plazo, por lo que se considera necesario esperar seis meses antes de decidir si resulta imprescindible volver a escenificar el psicorritual.

Es muy posible que, durante la ceremonia, el intelecto proteste, juzgue, comente y se niegue a creer en lo que está pasando: esta función crítica es, precisamente, el rol del centro intelectual y no interfiere necesariamente en todo lo que el cuerpo está absorbiendo. Dicho en otras palabras, no es necesario creer en ello o compartirlo para que el psicorritual salga bien, aunque en cambio sí se necesita que el guión de la experiencia vivida sea completamente satisfactorio para la sensación corporal, el confort emocional y la tranquilidad satisfecha del centro sexual-creativo.

Puede ocurrir también que unos padres bien intencionados se vean decepcionados por la forma en que ha tenido lugar el nacimiento de su hijo, bien porque la institución médica lo ha violentado (debido a una cesárea abusiva, un parto provocado por comodidad del ginecólogo, etc.) o porque hubiera tenido lugar algún «accidente» (es decir, que la trampa tendida por el árbol genealógico haya sido más fuerte que la buena voluntad de los padres).

En un caso así, es perfectamente posible ofrecer al niño/-a, incluso si es muy pequeño todavía, un psicorritual de renacimiento que se asemeje a la manera en que sus padres habrían deseado traerlo al mundo: bastaría con «repetir» los pasos de gestación y

nacimiento, pero siempre teniendo como objetivo principal la seguridad y el confort del niño; es posible y recomendable hablarle incluso si es muy pequeño, dado que tu intención de comunicarte con él le llega, como también lo hace la mayor parte del sentido de tus palabras. De igual manera, si el niño es ya un poco mayor, desde el momento en que éste se muestre de acuerdo en «jugar a nacer», este psicorritual –que para un niño es, ante todo un juego y un masaje agradables– será extremadamente útil.

El psicochamanismo

Ya hemos visto anteriormente que la psicomagia está dirigida a personas que quieren sanar y que son conscientes de su problema. Pero ciertos consultantes no se encuentran en el estado más apropiado para que se opere en ellos una toma de conciencia sobre su enfermedad: sus defensas son demasiado sólidas y no están en situación de convertirse en sus propios sanadores. Es entonces cuando acuden a solicitar una intervención directa sobre su cuerpo, o más bien una intervención a través de su cuerpo sobre los mecanismos profundos de su inconsciente.

El masaje iniciático y el psicochamanismo están relacionados entre sí, pero con una diferencia fundamental entre ambos: el masajista iniciático trabaja con el cuerpo sin practicar operaciones que tengan como fin modificar el funcionamiento orgánico, mientras que el psicochamanismo –inicialmente derivado de las operaciones de la sanadora mexicana Pachita– se inspira en las «operaciones quirúrgicas» practicadas por los chamanes de diversas culturas.

El lugar donde Pachita tenía su consulta imitaba un quirófano y estaba iluminado por la débil luz de una vela. Los escalpelos habían sido reemplazados por un cuchillo de caza y un par de tijeras de uñas. La sangre que ella utilizaba para hacer «transfusiones» a sus pacientes provenía del aire, es decir, era una sangre invisible. De igual manera, Pachita podía imitar perfectamente el acto de un transplante de corazón injertando en su paciente un corazón invisible. En esencia, y al igual que numerosos colegas suyos, ella utilizaba con fines terapéuticos el terror que nos produce a todos el hecho de poder ser operados de algo y el alivio que se deriva de saberse sano y a salvo de la intervención quirúrgica. Pachita era capaz de amenazar a la persona echada sobre la mesa de operaciones, o incluso dejarla allí durante varios minutos con la sensación de tener el vientre abierto y permitir que se desangrara como si fuera la víctima de un accidente. El paciente, embargado por el terror, sentía cómo se enfriaba su cuerpo entero, y en el momento en que era más intensa la angustia de morir, la sanadora le practicaba una

«transfusión sanguínea»... proveniente de la nada: y aquel cuerpo aterrorizado aceptaba esta suerte de placebo como si estuviera totalmente persuadido de aquella sensación, ficticia, de haber sido destripado. Cuando lo que había que hacer era cambiar un órgano dañado, Pachita posaba sobre el cuerpo de sus pacientes unas vísceras, que según ella procedían de la facultad de medicina, pero que en realidad podían haber sido adquiridas en la carnicería. Incluso si la persona afectada tenía una vaga conciencia de que se estaba presionando con un corazón muerto sobre su pecho, la sustitución simbólica de un órgano enfermo por otro nuevo –santificado por la operación «mágica»– le permitía alcanzar la sanación. Todo esto viene a ilustrar, una vez más, el hecho de que el cuerpo puede aceptar todo objeto que se posa sobre él como si formara parte de él mismo.

Contrariamente al masaje iniciático –que no tiene otra intención que la de revelar al cuerpo ante sí mismo, desembarazándolo de sus límites ilusorios y permitiéndole sentirse a sí mismo en toda su amplitud–, el psicochamanismo imita siempre una intervención quirúrgica o mágica, llevando a cabo una acción directa sobre el cuerpo –aunque sin elementos de prestidigitación (o de magia, según el punto de vista)–, acción a la que proceden los psicochamanes con las manos desnudas. La persona está siempre perfectamente advertida de que se trata de una falsa operación, que la «sangre» es agua (coloreada o no), que el psicochamán fingirá abrirle el cuerpo haciendo deslizar un abrecartas sobre su piel, etc.

En el masaje iniciático, el rol del masajista se limita a la transmisión concreta de una cierta calidad de conciencia: el masajista es simplemente un canal de transmisión, pero continuará siendo él mismo.

Sin embargo, en el psicochamanismo –al igual que en el chamanismo– la persona que opera *no es ella misma,* sino que permite que actúe el poder de uno o varios aliados, los cuales toman posesión de sus gestos y de sus intenciones: he aquí por qué no es el objeto (el corazón muerto posado sobre el corazón vivo) el que posibilita la sanación, sino que es la intención que lo acompaña y el hecho de que esa operación se haya realizado *a través de* un chamán o *por* una entidad situada más allá de la vida y la muerte.

Como ya hemos visto en el caso del masaje iniciático, la consciencia corporal es independiente del intelecto. Durante una operación chamánica, las dudas intelectuales no afectan a la experiencia vivida por el cuerpo: es precisamente a los consultantes cuyo intelecto es

muy fuerte –y que les domina su personalidad e impide ciertas tomas de conciencia y transformaciones– a quienes a veces les resulta más difícil franquear la distancia existente entre el «yo» limitado, prisionero de alguna trampa del árbol genealógico, y el ser transpersonal sanado, libre para ser absolutamente él mismo. El intelecto rechaza obstinadamente creer, es decir, sumarse a la sanación: en un caso así el camino más eficaz consiste, pues, en pasar por el cuerpo, que se convierte en un vector privilegiado del inconsciente. A un nivel preverbal, la persona puede entonces sumarse al acto de sanación.

Evidentemente, el psicochamanismo no tiene como vocación sustituir a la medicina, sino más bien permitir a una persona cuyas resistencias intelectuales sean muy fuertes, adherirse a la posibilidad de su sanación, sea en un caso en el que la medicina se muestra impotente (por ejemplo, con enfermedades crónicas sin tratamiento conocido) o como complemento de una intervención quirúrgica.

Los actos psicochamánicos tienen un carácter dramático muy acusado: se trata de una especie de teatro sagrado cuya finalidad no es demostrar las capacidades y el talento del psicochamán, sino provocar en la persona afectada un sobresalto inconsciente que le permita activar su autosanación. Para poder practicar esta forma de teatro terapéutico es necesario, ante todo, una gran autoridad. La escena arquetípica que representa dicho nivel de autoridad la podemos hallar en los Evangelios, cuando Cristo expulsa profiriendo grandes voces los demonios del cuerpo de un poseído. En el Inconsciente, la persona siente su enfermedad como un ser que, por definición, es más fuerte que ella. Se suele hablar de «mi cáncer» o «mi tuberculosis» de la misma manera que en la Edad Media se hablaba de la imagen del diablo que había poseído el cuerpo de alguien. Un sacerdote exorcista debe tener la suficiente autoridad como para llevar a buen término la expulsión del demonio: actúa a través de su autoridad personal (valor, fuerza, determinación) y de la autoridad de Dios y otras entidades aliadas (Jesús, María, los santos, los ángeles), en nombre de las cuales trabaja.

Se puede plantear la hipótesis de que toda enfermedad nos es causada por la sociedad y por nuestro árbol genealógico a través de las órdenes y prohibiciones que nos son impuestas por nuestros padres. En realidad, la persona enferma está atada a su enfermedad, a la causa profunda y con frecuencia inconsciente de la misma: esa persona desea que le alivien sus síntomas, pero tendrá serias dificultades a la hora de distinguir sus causas, a menudo muy dolorosas.

Dicha persona tiene necesidad del poder de una persona ajena, que trabaje en nombre de entidades suprahumanas, para poder romper esas cadenas que la mantienen amarrada a su mal.

Ya hemos visto que el amor que une al niño con su madre (y después con su padre) se ve acompañado también de algunas sombras: el temor procedente del hecho de que el niño sabe –más o menos– que su vida depende de la buena voluntad de sus padres. Toda persona que, con intención, es capaz de despertar ese mismo temor y orientarlo hacia un alivio adquiere de inmediato en nuestro inconsciente un poder igual al de los padres: al despertar dicho temor, al mismo tiempo se despierta el amor filial. Pachita lo sabía muy bien, por eso llamaba a todos sus pacientes «hijito mío», cualquiera que fuera su edad.

No podemos dar aquí nada más que algunos ejemplos que ilustran el modo en que se desarrolla una operación psicochamánica: evidentemente, no es cuestión de dar consejos para que uno se convierta en psicochamán. Este arte terapéutico es complejo y exige una prolongada formación previa: el psicochamanismo no se improvisa, de la misma forma que no se puede improvisar la cirugía.

La «limpieza» psicochamánica

Se inspira en las «limpias» de los sanadores mexicanos. Tiene por objeto descargar a una persona de sus ataduras tóxicas o dolorosas y, eventualmente, prepararla para un trabajo más profundo. Esta limpieza energetizante se efectúa en cuatro tiempos:

Sacralización del espacio: para cualquier acto de transformación interior, sea el que sea, conviene crear un lugar sagrado intacto en el que no entren las agresiones de la vida exterior. Como el cerebro acepta e incorpora los símbolos, para ello será suficiente con trazar un círculo sobre el suelo con un gesto del dedo índice, repitiendo el trazado cuatro veces (para las cuatro energías) en sentido contrario a las agujas del reloj. Inmediatamente, el consultante visualizará el círculo sobre el suelo. A continuación, se le invitará a entrar en él levantando los pies uno detrás de otro, lo que tiene por efecto concretar el espacio sagrado.

Cortar los lazos: la mano del oficiante está abierta, con los dedos juntos. Él mismo anuncia: «Esta mano va a servir de cuchillo para arrancarte de todo cuanto te aprisiona», y después da una serie de tajos muy decididos, cortando el aire a un centímetro de la piel y acompañando su gesto con un sonido que imite el de un cuchillo al

cortar o el siseo de una serpiente. No es necesario tocar la piel del consultante en ningún momento, porque el gesto de liberación se convertiría entonces en una agresión. No se debe olvidar «cortar» por debajo de la planta de los pies, pidiendo a la persona que levante un pie detrás de otro.

Energetizar: en el círculo sagrado, la persona que haya experimentado esta serie de cortes está ya liberada de sus ataduras exteriores. Entonces, el oficiante utilizará el «puño-huevo» que ya describimos antes (la mano, cerrada en forma de puño con el dedo pulgar colocado dentro, simboliza la fuerza espiritual en su más alto grado de concentración) y procederá a dar un masaje por todo el cuerpo, frotando en él su puño cerrado, para cargarlo de una poderosa energía. Este masaje energetizante se acompañará de un sonido «Om» profundo partiendo del *hara* (entre dos y cuatro centímetros por debajo del ombligo).

Cepillado: finalmente, con la mano muy abierta y relajada como un ventilador que moviera el aire, se «cepilla» todo el cuerpo para airearlo, aligerarlo y volver a poner las energías en movimiento mientras se murmura el sonido «Mmmm». Cuando la mano está muy abierta, con los dedos separados, representa el don máximo, la máxima ligereza, la máxima comunicación.

Operaciones psicochamánicas

Para una persona que tenga, por ejemplo, un tumor en el hígado la intervención quirúrgica practicada en un hospital consistiría en abrirle el abdomen para extirpar el tumor.

Por su parte, un sanador chamánico simularía abrir la zona del hígado dejando fluir un chorro de sangre para después exclamar mientras blande un hígado de pollo: «¡Ya te he extraído el tumor!».

Y el psicochamán mostrará al consultante un trozo de de carne, incluso una pequeña pelota de papel arrugado o una bola de metal, diciéndole: «Esto representa el tumor». Después, le mostrará un vaso de agua diciéndole: «Esta agua simboliza tu sangre». Y luego un cuchillo de plástico: «Esto servirá de bisturí». Después, apoyará el objeto que simbolice el tumor sobre el vientre del consultante y, con el cuchillo de plástico, fingirá una incisión en su carne a nivel del hígado, haciendo que parezca que el acto de abrir es difícil y doloroso. Un ayudante verterá el agua del vaso sobre la zona «operada» y el psicochamán comentará: «La sangre fluye, hay mucha sangre». A continuación, y fingiendo hacer unos esfuerzos desmesurados, retirará el «tumor». En esta circunstancia se puede observar que el consultante grita como si sintiera el dolor (incluso puede sentirlo) que le produce la operación. El psicochamán pasará entonces la mano sobre la zona recién «operada» y dirá: «La herida está cerrada». Una vez que ha sido simbólicamente extirpado el tumor, éste será envuelto por el ayudante en un papel negro y lo hará desaparecer en el inodoro. El paciente sentirá un alivio inmediato. Luego, es posible (aunque no seguro) que el inconsciente corporal –tocado en lo más profundo de sus mecanismos– active uno de autosanación.

Por otro lado, cuando una persona está literalmente poseída por el temor o por la tristeza, o por algo de lo cual no puede desprenderse –es decir, cuando determinados elementos psíquicos o emocionales se trasforman en «tumores»–, a esa persona le puede resultar muy útil recurrir a una operación psicochamánica.

Tomemos como ejemplo el de una persona que dice tener «el corazón cerrado». Metafóricamente se puede tomar al pie de la letra dicha imagen y pensar en la existencia de una suerte de sellado en su corazón. En tal caso, la operación consistiría en «abrir el corazón» colocando para ello varios platillos de porcelana superpuestos sobre la región pectoral e ir rompiéndolos lentamente, uno tras otro, con un martillo: este acto está inspirado en un cuento de los hermanos Grimm, en el que un príncipe lleva tres anillos de hierro sobre el corazón que se van rompiendo en función de las peripecias que van ocurriendo a lo largo del cuento. Al final de la historia, el príncipe logra ser capaz de amar.

De la misma manera, se puede «lavar el corazón» de una persona afligida por una pena de amor a la que no ve ninguna salida. Entonces, se le pregunta solemnemente si está dispuesta a permitir que su corazón se libere de esa vieja atadura, siendo en realidad su consentimiento el aspecto esencial de esta operación. Entonces ya se le puede colocar una manzana o una esponja sobre el pecho, diciendo: «Éste es tu corazón». Luego, se deberá fingir que se le abre el pecho, que se saca su corazón y que se lava. La persona llorará desconsoladamente mientras su antiguo amor se diluye en el agua. Tras haberlo perfumado, real o metafóricamente, se repondrá el «corazón» sobre el pecho de la persona y se imitará el acto de introducirlo en su caja torácica escamoteando la manzana o la esponja sin que se note.

En psicochamanismo, contrariamente a lo que ocurre en la psicomagia, no es el consultante quien va enseguida a tener que gestionar los residuos de la operación. En un acto de psicomagia se

recomendará a la persona en cuestión que entierre, que tire al río o que confíe al cielo dentro de un globo de helio el objeto que le hayan quitado o haya expulsado. Pero en el psicochamanismo el objeto en sí no es otra cosa que el soporte de la intención de sanación. En el acto que acabamos de describir, la manzana iría directamente al cubo de la basura, puesto que el «corazón lavado» que dicha manzana representaba ya estaría metafóricamente instalado en el interior del pecho del consultante. Igualmente, el agua donde se lavó el corazón queda a cargo del psicochamán, quien al igual que un cirujano arrojaría por el desagüe ese elemento convertido ya en algo inútil y sin alma.

Todas estas técnicas corporales tienen como finalidad efectuar una purificación metafórica del cuerpo y permitir, así, que la persona tome conciencia de la existencia de un doble cuerpo –el material y el espiritual–, dos aspectos que son igualmente importantes. El cuerpo tiene un funcionamiento tan misterioso como el del universo: por consiguiente, es necesario tener la disposición de abordarlo por medio de prácticas experimentales destinadas a empujar un poco más los límites de nuestra percepción. Al igual que el Ser esencial busca manifestarse en el ego, el cuerpo espiritual busca manifestarse en nuestra sensación del cuerpo material. Enfermedades y tensiones pueden, en última instancia, ser interpretadas como la lucha del cuerpo habitual contra la llamada del cuerpo sublime.

10
Sanación del árbol: donde el heredero rebelde se convierte en redentor del linaje

Del delirio de filiación a la Conciencia realizada

Después de haber estudiado nuestro árbol genealógico, podemos reaccionar de una de estas dos formas: o nos angustiamos y dejamos de tomar conciencia por haber percibido sus aspectos negativos; o valientemente nos proponemos sanarlo, para lo cual nos obligamos a enfrentar el sufrimiento que tanto hemos querido sepultar en el olvido... El día en que recordé que mi madre, cuando yo tenía sólo 10 años, me dijo después de que mi padre la abofeteara «¡Apenas te parí, me hice ligar las trompas para que nunca más ese monstruo me embarazara! ¡Todo lo de él me da asco!», me puse a llorar como un niño, a pesar de haber cumplido ya 40 años. Me di cuenta de que si bien tenía un intelecto de adulto, emocionalmente continuaba siendo un pequeñuelo, sintiéndose indigno de ser amado porque su existencia asqueaba a su madre. Cuando cesé de verter tan dolorosas lágrimas, me dije: «Ahora que me he dado cuenta de esta aberración, ¿qué puedo hacer para quererme?». Comprendí que en el fondo todo trabajo sobre el árbol genealógico, más que una simple búsqueda sobre la responsabilidad de nuestros familiares es una proposición para cambiar de nivel de Conciencia. Mientras mantuviera anidado en mi corazón un sufrimiento de niño que me encerraba en un ego limitado y egoísta, todos mis actos estarían desviados por la creencia de estar de más en el mundo, de ser indigno del aprecio ajeno. Sentimiento inconsciente que me obligaba a enredarme con mujeres incapaces de amarme y, por la misma causa, hacer todo lo necesario para que se me negaran los aplausos que mis obras teatrales merecían. «Si quiero sanar, debo liberarme de esto que llamo "mi individualidad" y en una ceremonia ritual morir para renacer con una visión de mí mismo adulta, objetiva, cariñosa.»

Acompañado por una pareja caritativa, elegí en el campo un terreno agradable, cavé mi fosa, recité mi discurso fúnebre y me hice enterrar. Ahí, cubierto de tierra, con sólo el rostro al aire, me despedí del niño víctima. Sentí ese momento de agonía simbólica como un despertar. Al recobrar el amor a mí mismo perdido a los 10 años, me hice consciente del sufrimiento que había infligido a las mujeres que compartieron parte de su vida conmigo y de las situaciones tensas que no cesé de crear con todos mis colaboradores. Con una vergüenza y un pesar saludables constaté que, no sólo a mí sino también a la mayoría de los hombres, la búsqueda de sí mismo nos parecía algo confuso, absurdo, peligroso. Ante nuestras enfermedades –tanto físicas como psicológicas– tratábamos de eliminar los síntomas dolorosos pero eludíamos sanar la herida profunda que los provocaba. Vivíamos sumidos en una infancia persistente. En ningún momento nos proponíamos emerger de nuestro nivel de Conciencia limitado y egoísta para acceder a una Conciencia superior, transpersonal, que nos uniera a la grandiosa energía del cosmos, creadora constante de la vida.

El ego infantil, no busca ser sino tener: «Soy lo que poseo, rechazo el vacío, lucho para que no me expulsen, ni me desprecien, ni me eliminen, ni me ignoren». Lucha angustiosa porque el ego individual, ilusión, no pudiendo ser, no puede poseer. Sin llenarse de esta fuerza misteriosa, que se puede sentir pero no definir –y que según los diferentes sistemas de creencia podríamos llamar Absoluto, Dios, Agente Universal o Energía cósmica– naufraga en sus emociones convulsivas, incapaz de construir algo durable. Encontrarse, ser adulto, es descubrir lo divino que hay en nosotros, liberándolo de los estorbos emocionales, mentales y sexuales que constituyen el ego individual. Sin embargo, este ego pequeño puede emboscarse y disfrazarse de Santo Ego. Un amigo mío, al principio portador de una agradable alegría juvenil, por admirar a un maestro espiritual y tratar de imitarlo, rapó su larga melena, ocultó su soltura corporal, adoptó actitudes rígidas y, creyendo ser el Elegido, pensó que había recibido la ansiada «transmisión». Comenzó a reclutar discípulos, que por haber carecido de un padre cariñoso y presente se adherían a él para colmar tal vacío. Convencido de su divinidad, declaraba con tono demasiado humilde:

–Soy un océano de conocimientos ocultos en una gota de rocío.

El día en que su mujer lo abandonó llevándose a sus dos hijos pequeños, el Santo Ego se le partió en mil pedazos. Agobiado de tanto animar las sesiones de meditación, en un ataque de ira, se quitó la máscara de gurú y expulsó a patadas a todos sus seguidores. Me solicitó un acto de psicomagia para recuperar la alegría de vivir. Establecí su árbol genealógico. Lo estudió con saña. Cuando comprendió la trampa en la que había caído, en medio de un ataque de risa, exclamó:

–En realidad yo era una gota de rocío atrapada en un océano de conocimientos, o sea un individuo ansioso acumulando estereotipos.

Pasadas las risas, tristemente me dijo:

–Cristo, en su sermón de la montaña, tuvo razón al decir: «No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego». He visto tales errores, abusos y falta de conciencia en mi árbol que me veo condenado a encarcelarme en una vida inútil, sin sentido. Lo mejor que puedo hacer es suicidarme.

Le contesté:

–Citas a Cristo de manera incompleta. Después de decir eso, agregó: «Así que, por sus frutos los conoceréis», ¿comprendes? No es la belleza o la fealdad de un árbol lo que le define. Por muy esbelto y fuerte que sea, si da frutos amargos y venenosos, es un mal árbol. Por muy torcidas que sean sus ramas y su aspecto endeble, si da frutos dulces y alimenticios es un buen árbol. El fruto define al árbol y no lo contrario. Aunque hayan sido grandes los errores de tu familia, si desarrollas la conciencia y logras que tu ego individual se pliegue ante tu ser transpersonal, todo el árbol genealógico, por muy dañino que fuera, se convierte en un organismo sagrado, digno de respeto. Al cambiar tú, adquiere sentido la vida de tus antepasados, porque habiendo aparentemente caído en la trampa, produjeron un descendiente capaz de buscarse a sí mismo con paciencia y per-

severancia, hasta ascender del «yo» al «nosotros». Todo ser realizado se hace sanador de su entorno social, y por ello, convertido en el buen fruto, llega él mismo a ser el tesoro que tanto ha buscado.

Si nos identificamos con el yo artificial, vivimos en la insatisfacción. Sin cambiar de nivel de conciencia, nada puede saciarnos, ni intelectualmente, ni emocionalmente, ni sexualmente ni materialmente, siempre queremos más. Lo único que en verdad nos puede satisfacer, otorgándonos la paz, es realizar nuestra conciencia divina. Si deseando perdurar tal como creemos ser permanecemos prisioneros en la repetición incesante de nosotros mismos, nos sumergimos en una frenética defensa de nuestras ideas, sentimientos, deseos y necesidades egoístas. Pero la fuerza que surge del Ser esencial a través de la intuición y los sueños nos propone todo el tiempo, de manera subterránea, actuar siendo lo que somos y no lo que los otros quieren que seamos, vivir plenamente, expandir nuestra percepción del mundo. Si permanecemos identificados con nuestro ego inferior sin acatar esa voluntad que nos exige mutar, si disimulamos nuestra angustia, podemos volver desdichados a quienes nos rodean.

El rechazo intenso contra el llamado de la divinidad interior, provoca deseos confusos, rebelión, apetitos primarios, pasiones irresistibles, entusiasmos locos, depresiones suicidas, enfermedades. Algunas veces, ciertas personas que se engañan a sí mismas tomando a su ego limitado por su ser esencial, tratan de escapar de su dolorosa realidad desarrollando un delirio de filiación.

En 1970, tuve la oportunidad en México de ser invitado por el doctor Alfonso Millán a su sanatorio privado en Tlalpan para, gracias a mi conocimiento del arte de la pantomima, ayudarlo a descifrar los gestos de sus pacientes, esquizofrénicos o paranoicos. Nunca olvidaré a don Pedrito, un caballero que conservaba cierta elegancia y conducta aparentemente cuerda capaz de tocar en el piano al mismo tiempo una mazurca de Chopin con la mano derecha y un tango con la mano izquierda. Satisfecho por mis aplausos me abrazó y me reveló que aquellos que se decían sus padres eran

esbirros del partido comunista decididos a mantenerlo encerrado en el sanatorio Floresta por ser hijo del ex emperador de Rusia. La sangre real que corría por sus venas le otorgaba estas dotes musicales, que eran la prueba de que no mentía. Conversando con otros pacientes, pude observar que sus trastornos esenciales se manifestaban también con delirios de filiación. Creyendo tener orígenes ilustres proclamaban sus lazos con los grandes del mundo, insistiendo en su papel determinante en la política, la religión o la ciencia. Se inventaban actos heroicos en el pasado o revelaban las misiones de carácter espectacular que realizarían en el futuro. Se atribuían toda clase de cualidades, de poderes, se jactaban de ser los autores de invenciones revolucionarias, de crear inmortales obras de arte o de haber descubierto remedios que eran panaceas universales. Se atribuían dones de clarividencia y predicción del futuro, como si haber descifrado el secreto de sus orígenes los dotara del conocimiento del destino. Cuando experimentaban la certeza de haber reencontrado su sitio en el árbol genealógico, manifestaban una sorprendente fecundidad psíquica. Estos estados eufóricos se veían ensombrecidos por ideas de persecución: eran víctimas de sórdidos complots porque tenían una gran importancia social o eran el único heredero de fabulosas riquezas familiares.

Al darles cursos de pantomima durante un año, comprendí que los llamados «locos», revelan angustias que padecemos todos los individuos «cuerdos». Atrapados en nuestro yo egoísta, nutriéndonos del pasado, sin trascender lo personal, sin metas de realización cósmica, sin una búsqueda de la unión total, tratamos de parecer lo que los otros parecen creando relaciones familiares que en poco se diferencian del delirio de filiación.

Cuando estos megalómanos, sumidos en depresiones, angustias, confusión, insatisfacción, transformando a sus padres se atribuyen progenitores prestigiosos, expresan en su delirio el deseo de ser descendientes de antepasados que incorporaron a su ser cultural, el Ser esencial; al decir que son hijos de un hombre o una mujer famosos, en realidad están afirmando ser producto de la Conciencia Divi-

na. Cuando creen que fueron raptados de su familia verdadera e incrustados en una familia de sustitución, manifiestan lo que la mayoría de la humanidad siente: «Nacimos en un clan que desarrolló la imitación, ignorando la creatividad. Hemos sido privados de nuestra esencia y sometidos a una tiranía cultural. Si los que educan nos inculcan que su realidad fragmentaria es la verdadera realidad, sentimos que esos profesores no son justos, que se equivocan, que por mentirse nos mienten. Si nuestros padres no nos revelan la manera de llegar al dios interior, no son enteramente nuestros padres».

Cuando los delirantes proclaman sus lazos con los grandes del mundo, insistiendo en su papel determinante en la política, la religión o la ciencia, no hacen otra cosa que desear la unión con el universo entero. Somos creadores de Conciencia, tenemos un papel determinante en la mutación cerebral de la humanidad. Si nuestras mentes se estancan, si nos convertimos en obstáculos en el camino de la evolución, colaboramos en el exterminio de la humanidad. El Mesías tan esperado por los hebreos no es un individuo, es un día: el día en que todos los seres humanos alcancen la Conciencia divina.

Cuando los psicóticos revelan las misiones de carácter espectacular que realizarán en el futuro, intuyen la misión que todos llevamos grabada en el Supraconsciente: engendrar a los niños mutantes que cambiarán la decadente sociedad en que vivimos. Este plan divino de realización de la raza humana es interpretado por el megalómano en forma de tareas que han de salvar a sus semejantes.

Cuando el delirante afirma que la sangre real que corre por sus venas le otorga dones excepcionales, nos está revelando que toda sangre es real. De la misma manera que nuestro planeta es un bien común con el que debemos convivir sin envenenarlo, la sangre humana no es un bien individual sino colectivo. Aquellos que contaminan su sangre con drogas y alimentos nocivos o exceso de alcohol, no sólo se dañan a ellos mismos, sino también a toda la especie. Nuestra civilización, al talar los bosques, al cubrir de cemento las superficies cultivables, ha robado el terreno a las plantas. ¿Y si habiendo perdido la tierra, los vegetales, en su intento de expansión, lo hicieran a través de la sangre humana? Llevamos dentro del cuerpo, como funestos parásitos, el egregor (espíritu colectivo) del tabaco, del café, del té, de la marihuana, de la amapola, de la viña, del lúpulo, del cacao, de la caña de azúcar, de la enredadera con que se fabrica la ayahuasca... Para que el cambio espiritual necesario se produzca, tenemos que limpiar nuestra sangre de estas invasiones.

Si los delirantes se atribuyen toda clase de poderes, se jactan de ser los autores de invenciones revolucionarias, de crear inmortales obras de arte, de haber descubierto remedios universales, no hacen sino intuir lo que una humanidad mutante sería capaz de realizar si utilizara el potencial completo de sus millones de neuronas. Nosotros, individuos «normales», presos en la trampa del ego, vivimos sintiéndonos insatisfechos, nos pesa el anonimato, queremos que después de nuestra muerte los amigos y familiares nos recuerden, para lo cual ansiamos lograr algo importante que nos es imposible definir: en el fondo sabemos que el ser humano carente de Conciencia divina, no logra la inmortalidad. El ocultista Gurdjieff cree que nacemos tan sólo con una semilla de alma, a la que tenemos que hacer crecer o pagar las consecuencias: «Los que viven como puercos, mueren como perros».

Cuando los megalómanos se atribuyen dones de clarividencia, predicción del futuro y conocimiento del destino, sólo transforman en delirio lo que a todos nosotros, los «normales», intenta hacernos oír nuestro Ser esencial: si nos entregamos a la energía divina, que en nuestra recóndita intimidad constituye ese centro luminoso al que hemos llamado «dios interior», podemos desarrollar los potenciales que nos ofrece el cerebro, cumplir la finalidad cósmica, vivir en continua expansión. Si permanecemos en la trampa familiar, repitiendo el pasado, reprimiendo los impulsos auténticos, cargando con sentimientos, deseos, ideas y necesidades que no son nuestros, buscando soluciones fuera de nosotros mismos, nos sentiremos mutilados, tendremos la necesidad de ser otro, desarrollaremos de forma obsesiva el parecer o vegetaremos encerrados en sistemas absurdos, abrigan-

do la sensación de que el mundo en que vivimos no es el verdadero y que lo peor que nos pudo ocurrir es nacer.

Cuando los estados eufóricos de los delirantes son ensombrecidos por ideas de persecución que les hacen sentir que son víctimas de sórdidos complots, muestran de forma exagerada lo que nosotros, sumergidos en la trampa cultural sentimos: en todo momento el dios interior nos persigue mediante pequeños milagros destinados a revelarnos altos niveles de Conciencia, pero los transformamos en «casualidades», «extrañas coincidencias», «accidentes», ubicando en el exterior lo que viene de las profundidades de nuestro espíritu. El Ser esencial nos persigue, pero luchamos contra el milagro con la misma saña con la cual los paranoicos luchan contra complots imaginarios.

En ese año de convivencia con los psicóticos tuve agradables conversaciones –en sus pocos momentos de calma– con don Juan Muñoz, alias San Calixto. La mayor parte del tiempo, sintiendo que estaba poseído por un demonio que colocaba en su lengua palabras malditas, se agitaba exigiendo que le cosieran la boca con hilo bendecido por el Papa. Después de una lección de pantomima donde le enseñé a imitar marchar contra el viento, me dijo:

–Hace algunos años, antes de que mis enemigos, los servidores de Satán, me encerraran en este castillo, recorrí gran parte de México evangelizando a mis hermanos. Como lo hacía a pie, por falta de dinero para comprarme un burro, muchas veces el Maligno me envió vientos huracanados para impedirme avanzar. Quizá porque estaba muy flaco y viajaba llevando por todo equipaje una bolsa conteniendo un pan, pude atravesar con facilidad esos vientos. Una noche me detuve para dormir junto a una pequeña iglesia. A la mañana siguiente continué mi viaje. Al cabo de cuatro horas de marcha, me senté para comer. Cuando abrí el saco me di cuenta de que el pan estaba lleno de hormigas. Pensé: «Estos bichitos ahora están lejos de su hogar. Quizás tienen padres, hijos, amigos. Lo que debo hacer es devolverlos al sitio donde los he tomado». Caminé de regreso otras cuatro horas, llegué a la iglesia, abrí mi saco y deposité

las hormigas en su hormiguero. Entonces descendió del cielo esta aureola invisible que me rodea la cabeza.

Interpreté lo que me dijo Juan de esta manera: «El peregrino simboliza a un hombre con un alto nivel de Conciencia. Al darse cuenta de que vive en la destructiva trampa familiar, es decir, que su pan está invadido por un bullicio ajeno, no ve a las hormigas como enemigos, es decir no desprecia al clan por su egocentrismo, sino que decide devolverlo a su esencia primera, la filiación divina: lleva a las hormigas de regreso al templo. Al reintegrar su árbol genealógico a sus raíces celestes, obtiene el equilibrio y la salud espiritual».

En sus momentos de calma, convertido en San Calixto, Juan se expresaba de manera profética:

–En mi abismal energía el pensamiento pierde límites. Miro a todos los seres y las cosas con amor de padre y es intensa mi ternura por la existencia efímera. Nada comienza nada termina nada nace nada muere. Acepto con amor sacrificar mi figura ilusoria.

A través de las palabras de San Calixto comprendí el profundo significado del arcano sin número del Tarot llamado popularmente El Loco.



En el territorio del Inconsciente, si no nos extraviamos y permanecemos al mismo tiempo en el mundo racional, encontramos no la locura sino ese estado intermedio que llamamos «trance, conexión profunda con el Inconsciente transpersonal», dicho de otra forma: el Supraconsciente. Sumidos en este trance trabajan los grandes artistas, los grandes científicos (quizá Einstein se refería a esto cuando decía: «La imaginación es más importante que el saber») o los grandes curanderos como María Sabina, la chamana de los hongos alucinógenos, que decía visitar al paciente en sus sueños para curarlo. Estos seres talentosos entran en una dimensión del espíritu que está más allá del ego individual. Para una persona que aún no ha alcanzado tal nivel de conciencia es difícil comprender su absoluta libertad. Lo que les diferencia de los seres talentosos es que los delirantes, a pesar de abrir también puertas mentales que los comunican con lo Indefinible, permanecen prisioneros del ego y sus angustias en lugar de unirse a la humanidad.

A un monje zen le preguntan: «Maestro, ¿qué es la iluminación?». Y él responde: «¡Puerta abierta al Norte, puerta abierta al Sur, puerta abierta al Este, puerta abierta al Oeste!». El ser de conciencia ha vencido la identificación con las palabras, y en su mente reina el silencio: sabe ser. En su centro emocional, el juicio objetivo reemplaza a la crítica: sabe amar. En su centro sexual las pasiones son bien canalizadas, la insatisfacción vencida: sabe crear. Controlando sus necesidades inútiles, las reduce a lo esencial, no se autodestruye: sabe vivir. Ha cesado de pensar que actuar es triunfar respecto al otro. Amplía sus límites sin fin, sin descanso. A su racionalidad agrega el trance: no pierde la conciencia de la vigilia pero se deja poseer por su Ser esencial, impersonal para que hable la locura sagrada que habita en su espíritu. Deja de ser su propio testigo, deja de observarse, es un actor en estado puro, una entidad en acción. Su memoria diurna cesa de registrar los hechos, las palabras y los actos realizados. La isla de la razón se ensancha, se une al océano del inconsciente. En su estado supraconsciente no fracasa ni provoca accidentes. No concibe el espacio, deviene el espacio. No siente el paso del

tiempo. En esta lucidez extrema, cada gesto, cada acción son perfectos. No puede equivocarse porque no tiene planes ni intenciones: sólo experimenta la acción pura en un eterno presente. No teme liberar el instinto por primitivo que éste sea. Para él superar lo racional no significa negar la fuerza mental: se mantiene abierto a la poesía de la intuición, a los fulgores de la telepatía, a voces que no le pertenecen, a palabras venidas de otras dimensiones del espíritu. Palabras que se unen a la extensión infinita de sus sentimientos, a la inagotable fuerza creadora que le confiere la energía sexual. Vive su cuerpo ya no como un concepto del pasado, sino como la realidad subjetiva y vibrante del presente, no está dominado por conceptos racionales, se deja mover por fuerzas que pertenecen a niveles sublimes, es decir, por la totalidad de la realidad. Un animal enjaulado tiene movimientos comparables a la percepción racional. El movimiento libre de un animal en el bosque es comparable al trance. El animal enjaulado debe ser alimentado a horas fijas. El racional, para actuar debe recibir palabras. El animal salvaje se alimenta solo y nunca se equivoca de comida. El ser en trance no actúa movido por lo que le han inculcado, sino por lo que es. No busca la verdad sino la autenticidad.

Sanarse y saber conducir al otro hacia su propia curación supone imperativamente familiarizarse con estos estados de trance y entregarse sin miedo, sabiendo que se puede entrar y salir de ellos a voluntad. El trance comienza por una extrema percepción de uno mismo, una exacerbación de la atención interna que conduce a la abolición de la dualidad espectador-actor. La persona en trance cesa de observarse, se disuelve en sí misma. Y al disolverse en sí misma se disuelve también en la realidad exterior. El espacio entero es su cuerpo. No hay posibilidad de error. Los aficionados al toreo captan muy bien el momento en el que el torero «entra en el sitio» formando una unidad con el toro, donde ya no hay dos contrincantes sino dos cuerpos complementarios que danzan uniendo la vida y la muerte: el animal y el hombre, con movimientos que parecen

dictados por el público, habitan en una dimensión distinta a la que es denominada «real» y en la que no hay posibilidad para el error fatal, donde todo es justo, perfecto, hermoso. Así proceden los chamanes y curanderos populares: para ellos la terapia no es una ciencia sino un arte. Se disuelven en el paciente y entran con él *en el sitio.*

Viendo jugar a mis gatos imitando morderse la yugular, he podido observar que saben perfectamente dónde se sitúan los puntos mortales. Igualmente saben con qué hierbas purgarse. De igual manera, nosotros sabemos instintivamente dónde reside la salud y la enfermedad en un espíritu humano. Sólo a través del trance podemos llevar a un consultante o a nuestro árbol genealógico hacia su sanación. Algo que, en un momento de crisis extrema, me vi impulsado a hacer. Me senté frente a la máquina de escribir y comencé a redactar una novela, *Donde mejor canta un pájaro* (Siruela, 2002), con la sensación de que me era dictada: todos los personajes pertenecían a mi árbol genealógico. Eran reales, pero esta realidad, la exalté y la transformé hasta llevarla al mito. Di a cada persona aquello a lo que inconscientemente aspiraba sin haber podido realizarlo. Por ejemplo, a una tía prostituta, la convertí en la amante del presidente de la República. A personas muertas antes de tiempo, les di una continuación de su vida. Realicé artísticamente a mi madre, cosa que nunca pudo hacer en vida. Es más: le hice frecuentar y tener relaciones afectivas con un padre al que nunca conoció. Este trabajo, a pesar de ser una ficción artística, me permitió transformar, a través de la creatividad, mi memoria familiar en leyenda heroica, lo que me hizo comprender que todo aquello que yo le daba a mi árbol genealógico me lo daba a mí mismo. Al terminar la novela, cesó mi crisis existencial y se enriqueció mi vida: fui capaz de amar.

EL ÁRBOL SANADO
El rol de la imaginación creativa

Al principio de este libro, presentábamos la trayectoria de una persona que deseara estudiar su árbol genealógico como un «viaje del héroe». Pero en realidad, si a lo que nos referimos es a la realización última de las cuatro energías del ser humano, se trata a la vez del viaje del Genio, del Santo, del Héroe y del Campeón. Sólo es cuestión de emplear al más alto nivel nuestras capacidades intelectuales, emocionales, creativas y corporales. Este itinerario va, en realidad, de sí mismo a sí mismo: del ser atrapado en la trampa familiar al ser liberado de cualquier trampa. La personalidad individual adquirida no desaparece sino que acepta, por un lado, ver cómo sus límites se amplían y, por otro, ponerse al servicio del ser transpersonal, la parte de nosotros mismos que piensa en el «Nosotros» y no solamente en el «yo». Pero este «Nosotros» no es el credo limitado del clan, la leyenda familiar. El «nosotros» familiar se opone, por esencia, a la unión con el mundo, porque el egoísmo individual o familiar es el que esencialmente nos separa: el «yo» de los otros individuos y el «nosotros» familiar de otros clanes. Cuando se llega al «Nosotros» transpersonal, la identidad se convierte en una afirmación colectiva a la medida de la humanidad entera.

Este itinerario es, asimismo, el paso desde una actitud infantil a una actitud madura. El ser infantil espera confusamente que su familia cambie como por un milagro, para así poder seguir dependiendo de ella y estar confortablemente a cargo de alguien, mientras que el ser maduro acepta el hecho de que los demás pueden no cambiar y se emplea a fondo en modificar su propia realidad interior, lo que tiene un notable impacto sobre todas sus relaciones.

Este viaje desde el ser individual al ser transpersonal supone pasar por numerosas pruebas que ya hemos detallado. En principio, es necesario despegarse de la leyenda familiar para poder clarificar situaciones y relaciones tal como hayan tenido lugar verdaderamente. Después habrá que entrar con una conciencia adulta en las antiguas heridas infantiles para poder hacer frente a las insuficiencias y los abusos de entonces, poder afrontar de nuevo los miedos que

antaño nos dejaron paralizados y osar plantearse, al menos en la imaginación, todas las soluciones que habrían podido colocar al propio árbol genealógico en un nivel de Conciencia más elevado. Y volver a cuestionarnos nuestra concepción, nuestro nacimiento, todos nuestros vínculos y hasta la formación de nuestros propios padres y abuelos: tantos combates contra la rigidez del pasado, que nos lleven al final a un cara a cara. Al término de este viaje, cada uno deberá pasar por la muerte simbólica de su personalidad adquirida, forjada por el pasado, con la cual resulta imposible identificarse estrechamente.

Al final del camino, la recompensa estará al alcance de la mano, algo parecido al Vellocino de Oro de la mitología griega o al tesoro de los cuentos tradicionales. Este elixir de la vida eterna, esta joya de valor incalculable no es otra que la Conciencia, la reunificación del yo con el Todo. Una vez que uno se reconoce como lo que verdaderamente es, comprende que, a través del árbol genealógico, a la Conciencia le ha sido confiado un cuerpo que poco a poco aprende a respetarla. Tal es el sentido del trabajo corporal que hemos presentado en el capítulo anterior. Pero para que el «viaje» sea completo el héroe debe tener como objetivo explicar su precioso botín al mundo del que es originario[16]. En esto consiste la sanación final del árbol genealógico: una vez que el trayecto individual ha finalizado, cada uno de nosotros debe volver a su origen y sanar el árbol genealógico en su interior.

En un momento dado del trabajo sobre uno, es normal y frecuente sentirse fuera del clan: al descubrir nuestra naturaleza verdadera, descubrimos al mismo tiempo hasta qué punto la familia había podido ignorarla y descuidarla. Uno se siente entonces huérfano, y entiende la medida de los abusos sufridos. Pero a fin de cuentas el fruto y el árbol permanecen unidos por vínculos de amor –manifiestos o subyacentes–; incluso, si uno deja tras de sí las definiciones del pasado, las relaciones, figuras y herencias del árbol pueden verse integradas como uno de tantos aportes de energía, una vez transformadas por el trabajo de conciencia que se ha realizado.

Igual que hemos descubierto, en el centro de nuestra persona, el ser impersonal y esencial, así yace éste –latente o manifiesto– en

[16] Esta modelización del «viaje del héroe» fue formulada por primera vez por Joseph Campbell en 1949, en su ensayo *El héroe de las mil caras* (Fondo de Cultura Económica de España, Madrid 2005) y, después, ampliamente retomado por diversos autores, en particular como método de escritura de guiones para el cine.

cada uno de los miembros de nuestra familia. Por tanto es posible establecer una relación –concreta o intencional– de Ser esencial a Ser esencial con cada miembro del árbol genealógico.

De igual manera que las abejas son a la vez individuos y miembros de un ser colectivo (la colmena), nosotros constituimos –junto con todos los personajes de nuestro árbol genealógico– un individuo que tiene su propia unidad. Pero, en lugar de ser tributarios del destino azaroso de dicho individuo colectivo y de su nivel de Conciencia limitada, a nosotros nos corresponde elevarlo y participar activamente en su avance hacia la Conciencia. En tal sentido, se puede afirmar que es el fruto el que define al árbol y no al revés: nuestra realización personal se convierte en la medida de la altura a la que el árbol puede ser sanado.

Al igual que en su camino de retorno el héroe suele toparse con un último adversario al cual deberá vencer para poder cumplir con su destino y salvar el mundo del cual partió en su origen, igualmente una serie de trampas se tienden ante la persona que desea lograr su sanación y la de su árbol genealógico. Una de dichas trampas consiste en pensar que es bueno sacrificarse para «salvar» a sus padres o a otros miembros de su familia. En realidad, la redención del árbol sólo puede pasar por nuestra realización, es decir, por el pleno despliegue de nuestros talentos y capacidades. He aquí por qué comenzaremos este capítulo con un estudio de la neurosis del fracaso y de sus causas principales.

La segunda trampa, más sutil, son los puntos ciegos donde viene a refugiarse nuestra antigua personalidad. Podríamos llamar «la isla mental» a esta parte del ego que rechaza obstinadamente ponerse al servicio de la Conciencia, y cuya eliminación será el objetivo de trabajo de toda una vida. La pregunta sobre cuándo se está ya «sanado» es consustancial a todo enfoque terapéutico. En una práctica artística, se podría decir que la cuestión es saber cuándo estará acabada la obra; y en el camino espiritual, cuándo se va a poder alcanzar la iluminación.

Lo que nosotros nos proponemos, en el enfoque metagenealógico, es definir un estado de «sanación suficiente» que permita consagrarnos a la curación de nuestro árbol para luego pasar a la «sanación permanente». Una vez alcanzado dicho estado, el trabajo sobre los personajes interiores que llevamos dentro –así como sobre tantas formaciones heredadas de nuestra historia personal y familiar–, y después de lograr la transmutación de esos personajes interiores en su expresión sublime, nos permitirá abordar el trabajo sobre los

aliados: cómo utilizar la imaginación creadora para despertar en nosotros energías psíquicas salvadoras. La elaboración del árbol sublime será la gesta artística final que selle el trabajo cumplido. Esta sanación del árbol consistirá en dar a cada uno de los personajes la realización que no logró alcanzar cuando estaba vivo. Una vez elevados hasta su más alto potencial, nuestros ancestros se convierten, todos ellos, en transpersonales y se transforman en una energía que nosotros, de alguna forma, podemos absorber en nuestra propia conciencia. Entonces, el árbol desaparecerá y se fundirá en nosotros y, en cierta medida, nosotros aceptaremos también desaparecer en tanto que seres individuales y reconocernos como pura Conciencia.

Podremos ya actuar no como alguien que «tiene» una familia, sino como alguien que «es» una familia y que puede convertirse en una sociedad sana, incluso en la humanidad entera.

El último obstáculo: vencer la neurosis de fracaso

A fin de cuentas, no es lo que nosotros pensemos o afirmemos lo que determina nuestra realidad, sino lo que somos o no capaces de hacer. Cada vez que, con diversas estrategias, acabamos en un fracaso del proyecto que tanto nos interesa, nos encontramos de cara con la última trampa de la personalidad adquirida: la neurosis de fracaso.

Ésta puede adoptar diversas formas, desde las más flagrantes hasta las más sutiles. En el momento en que intentamos hacer algo, nos encontramos con un obstáculo interior o externo que nos impide tener éxito en la cuestión. Accidente, depresión, impotencia, indecisión, parálisis..., la conclusión es siempre la misma: «No lo logro». La neurosis de fracaso puede manifestarse en un negocio o una empresa cuando una persona se ve impelida de repente a un conflicto cuerpo a cuerpo con otra y como resultado de ese choque se frena o inmoviliza el trabajo en común; o cuando una persona decide apartarse de un trabajo sabiendo perfectamente que ello producirá una crisis que perjudicará la finalización de éste. Otra cara de la neurosis de fracaso es que una vez producida la obra, al volver la vista atrás, la echemos abajo, cayendo en una profunda tristeza; o, incluso, saboteando lo que faltaba por sabotear (la publicidad o la promoción, que sirven para dar a conocer dicha obra en el mundo). La neurosis se manifiesta también como un desasosiego indefinible, un sentimiento de culpa y la impresión de ser desagradable e incompetente a pesar de las pruebas objetivas en sentido contrario. En los casos extremos, la persona se suicida o cae en la locura después de haber alcanzado su objetivo.

En realidad, la neurosis de fracaso se resume en una prohibición fundamental: la de ser y experimentar fuera del árbol genealógico. Al fracaso se llega en razón de seis causas principales, seis creencias incrustadas en el Inconsciente que presentamos a continuación, cada una de ellas acompañada de una sugerencia de visualización positiva para poder superarla.

«Yo soy fundamentalmente malo/-a»

Bajo un pretexto u otro, el árbol genealógico no me ha aceptado por lo que yo era. El clan hubiera querido un niño/-a de otro sexo, con otra apariencia, otras cualidades, más activo, más pausado, más sereno, más enérgico... Este rechazo, tantas veces repetido, me ha afectado profundamente y me ha llevado a intentar, sin éxito, ser lo que el árbol quería que yo fuese. Es evidente que esto me resulta imposible, puesto que plenamente no puedo ser sino yo mismo/-a. En el momento de triunfar, o sea de concederme el derecho a existir tal cual yo soy, me siento tentado/-a de lanzarme al fracaso para dar la razón al clan.

Visualización positiva: Imagina que todo el árbol se parece.

–Soy delicado y espiritual en un árbol viril y materialista: me imagino a todo el clan dotado con mi delicadeza.

–Soy una chica y esperaban un chico: todo el árbol es sensible a las cualidades femeninas, mis padres, mis abuelos, mis tíos..., todos ellos están dotados de una gran feminidad interior.

–¿Qué maravillosa relación habría tenido yo con el clan si las características que me reprochan fuesen comunes a todos?

«Yo he sido siempre una carga, un obstáculo»

El árbol genealógico me hace responsable de sus propias incoherencias y de sus incapacidades. Nací «por accidente» o en una familia con muchos problemas económicos. Mis padres me pusieron en manos de otros educadores, o por el contrario pretenden «sacrificarse» por mí: me acusan, abiertamente o no, de haberles impedido realizarse. Yo me siento incapaz de aportar nada que sea bueno a lo que ahora soy. En el momento de triunfar, y para no traicionar esta creencia, saboteo mi propio éxito, que sería una aportación, una solución, una alegría para el mundo: todo lo contrario a lo que me he identificado hasta ahora.

Visualización positiva: Yo soy un aporte, conmigo llega el milagro.

–En el momento en que yo nací, mis padres recibieron un premio, una ayuda gubernamental, un regalo por mi nacimiento.

–Si mi madre ha abandonado su carrera como cantante debido a mi nacimiento, imagino que la voz de mi madre ha mutado de manera milagrosa durante su embarazo y que ella, gracias a mí, será célebre por su voz de oro, incluso haciendo un dúo conmigo.

«No tengo derecho a traicionar»

El clan aparentemente me ha aceptado bien. Es posible que yo

haya tenido una infancia dichosa, pero mi existencia está absolutamente condicionada por una lealtad plena. Yo debo adoptar las ideas, las conductas sociales, religiosas, ideológicas, estéticas, afectivas, etc., de los míos. En realidad, yo no existo y no soy querido/-a por mi familia nada más que como un elemento indiferenciado de un todo solidario. Si mi madre me ha inculcado el odio a los hombres –para una hija–, o me ha logrado convencer de que ninguna mujer es lo suficientemente buena para mí –para un hijo–, yo debería renunciar a tener relaciones amorosas para no defraudarla. Si mi padre considera que toda actividad que no sean los negocios es inaceptable, yo me apartaré de todo lo que no lo sea, etc. El nacionalismo funciona también según este modelo: en consecuencia, yo me concedo el derecho a existir únicamente como complemento de un clan que, en el fondo, niega absolutamente mi existencia individual.

Visualización positiva: Todo el árbol genealógico adopta mis ideas, mis nuevas iniciativas, mis hallazgos.

–Si cambio de ideas políticas, ellos entran en mi partido y votan por mí.

–Si me enamoro de una persona de otra raza, de otra religión, ellos se apasionan por esa cultura o se convierten a dicha religión.

«No tengo derecho a irme»

También en este caso es posible que el ambiente familiar haya sido aparentemente feliz, pero nos encontramos ante un caso en el que los padres educan a sus hijos, no para conducirlos hasta su independencia personal, sino para conservarlos (real o simbólicamente) cerca de ellos. La insatisfacción profunda de los miembros del clan recayó sobre mí: si yo abandonaba a mis padres, ellos se morirían; o en el caso de unos padres con núcleo sadomasoquista, ambos se matarían entre sí o uno de ellos caería en una fuerte depresión... Yo soy culpable: debo pagar con mi persona por todo lo que he recibido, y cargo con una enorme responsabilidad. Todo éxito es un paso hacia el mundo, y consiste en salir de la familia para entrar en la comunidad humana. Por consiguiente, me prohíbo triunfar.

Visualización positiva: Todos los miembros de la familia se dirigen hacia un lugar ideal del planeta, lejos de las raíces familiares.

–Visualizo a todo mi árbol genealógico poblando el planeta con plena alegría, emigrando hacia aquí o hacia allá con un gran éxito.

«No tengo derecho a superar a mis padres»

Llevo en mí la no realización de mi clan: sea porque está íntegramente compuesto por personas fracasadas, sea porque tiene entre sus ancestros un «gran hombre» o una «mujer de excepción» generalmente muy narcisista y cuyo éxito es considerado como insuperable. En consecuencia, me inculcaron los límites del éxito: no es factible ser rico, feliz en el amor, tener talento, ser aventurero, etc., más allá de ése o este otro límite. Si por ejemplo mi padre y mi abuelo, antes que él, fueron médicos fracasados que acabaron convirtiéndose en enfermeros, dentistas o kinesiterapeutas, yo deberé fallar conscientemente en mis exámenes de la facultad de Medicina para no poder demostrar que sí es posible salir adelante, porque, al superarlos, yo demolería la autoridad de unos padres superiores a mí y cuya superioridad se fundamenta en mi inferioridad voluntaria. Si lo hiciera, yo me encontraría simbólicamente huérfano/-a. El dolor del fracaso me parece menos angustioso que el del abandono.

Visualización positiva: Yo elevo a todos al nivel de mi propia realización.

–Cada uno en su terreno, tiene un éxito igual que el mío y disfruta de su triunfo en una gran fiesta colectiva, aceptando que el éxito y el talento son esencialmente individuales y que nadie puede compararse con nadie.

«El placer es algo peligroso, sucio y prohibido»

Triunfar en lo que es nuestra verdadera vocación, es el mayor placer que pueda haber. Si el árbol genealógico sufre una fuerte represión sexual, todo placer será considerado como sospechoso, incluso como algo diabólico. Generación tras generación, el clan prohíbe a sus descendientes disfrutar de la vida y de sus propias capacidades. En el momento de alcanzar el triunfo, esa prohibición fundamental se abate sobre mí y me impide el acceso a mi realización, como también puede afectar a mi sexualidad, convirtiéndome en una persona frígida, impotente o en un eyaculador precoz.

Visualización positiva: Todos y cada uno de ellos se abandona al placer en un ambiente alegre y caluroso.

–Yo me imagino un gran carnaval en el que participan todos los miembros de mi árbol genealógico, cada uno de ellos con un disfraz y una máscara que les permiten poner en acción una parte de su personalidad que hasta entonces había permanecido oculta.

Estas seis conminaciones impregnan la totalidad de los casos posibles de neurosis de fracaso. Pero cualquiera que sea la configuración de la trampa tendida por el árbol genealógico, podemos resumirla en una sola cosa: me está prohibido entrar en contacto con mi Conciencia, con mi dios interior, con mi alegría de vivir, con mi capacidad creativa. Cualquier cosa me impulsa a definirme, una vez más, como un ser limitado que no existe más que en el estrecho marco del clan familiar.

Cada vez que la neurosis de fracaso se manifiesta, nos hace perder de vista nuestra meta, el sentido específico de nuestra existencia y la misión de vida particular que nosotros somos los únicos en poder realizar. La base de la neurosis de fracaso es una infravaloración del Sí, fundamentada en la adhesión a las órdenes y prohibiciones de la familia que permanece en nosotros. La neurosis consiste en sentirse vacío. La única manera de oponerse radicalmente a esta ilusión nefasta es aceptar ese diamante interior que es nuestro propio valor esencial y regresar a las fuentes de uno mismo, a esa felicidad inalterable que resiste a todos los obstáculos.

Puntualmente, es posible llevar a cabo diversos actos (de psicomagia, entre otros), para vencer la neurosis de fracaso[17]. Por ejemplo, se puede dedicar simbólicamente a un miembro de la familia la obra o el reconocimiento en cuestión, igual que antes se hacía un sacrificio a los despiadados dioses. Pero el verdadero trabajo sobre la neurosis de fracaso consiste en identificarla cada vez que se nos cruce en el camino. Se puede entonces elegir entre conscientemente continuar en dirección al fracaso o bien darnos la vuelta –a costa de un esfuerzo interior colosal– dando la espalda a esa llamada del pasado y proseguir nuestra ruta de conciencia hacia la realización.

Esto supone tener una concepción de Dios, o de una fuerza superior, que sea el alimento de nuestra acción. Porque la falta de fe en sí está ligada a la ausencia de fe en todo: se nos ha exigido ser otra cosa diferente a nosotros mismos y, plegándonos a esa orden, hemos perdido el sentido de lo que somos verdaderamente.

La aceptación de uno mismo es heroica porque significa el derribo de las limitaciones internas creadas por la familia, la sociedad y la cultura. Nuestra identidad adquirida es siempre insuficiente y defectuosa: ella es el continente y no el contenido. Pero la demolición de esa carcasa o el agrietamiento de esa máscara nos causan pavor y

[17] Ver, en particular, el capítulo dedicado a este tema en *Manual de Psicomagia* de Alejandro Jodorowsky, *op. cit.*, págs. 83-90.

tendemos a rechazarlo. Nuestra grandeza, nuestra capacidad de brillar, de amar sin límites, de triunfar nos produce más temor que nuestra pequeñez. El movimiento consiste, pues, en superar ese miedo, lo que supone tener una meta más elevada. Podemos llamarlo amor a Uno mismo, amor a la obra que estamos a punto de finalizar, amor a todos aquellos a quienes esta obra puede resultar beneficiosa. Es entonces cuando entra en juego la gratitud: desde el momento en que aceptamos el desmoronamiento del yo limitado, entramos en contacto con la gratitud y la gracia. Este agradecimiento esencial abre el camino hacia nuestras propias cualidades.

En realidad, nunca es el yo limitado el que triunfa, sino el yo transpersonal. Un artista está inspirado por su Inconsciente, que lo desborda: esa creatividad profunda no procede de él mismo. Triunfar en los negocios supone dar las gracias a toda la clientela que ha hecho posible ese triunfo. Triunfar en una empresa supone, asimismo, agradecer el trabajo de los colaboradores.

La neurosis de fracaso es, en el fondo, sinónimo de «ego familiar», y se manifestará a lo largo de la vida bajo formas cada vez más sutiles. Para solidificar el estado del ser que permite superar sus inevitables asaltos, veremos a continuación algunas propuestas de ejercicios para reforzar la fe en uno mismo, la gratitud y la intencionalidad de cara al futuro.

Ejercicios sobre el futuro

Ya hemos planteado la hipótesis de que nosotros «recibimos el futuro», es decir, que nuestro cerebro es potencialmente ilimitado –como lo es el universo– y mucho más amplio que la parte que usamos de él. Llevamos todo el futuro en nosotros como una inmensa reserva de potencialidades y podemos decir que existe en nosotros un destino energético que nos invita a convertirnos en lo que seremos y que nos guía hacia nuestra realización positiva. Se puede trabajar hacia el futuro de igual manera que se trabaja sobre el pasado. Una persona neurótica e infeliz, encerrada en los límites de su pasado, no puede tener suficientemente abierta su atención hacia sus potencialidades futuras.

Ejercicio 22. Proyectarse hacia un futuro realizado

–Concéntrate en lo que desearías ver cumplido de aquí a un

año: ¿Cuál será tu plan de vida, y tu forma física? ¿Cómo irán sus finanzas? ¿Qué habrás creado, cómo se encontrará tu creatividad y cuáles serán tus deseos? ¿Cuál será tu entorno afectivo y cómo habrán evolucionado tus relaciones afectivas? ¿Cómo pensarás, cómo serán tus ideas? ¿Cuál es la visión más positiva que eres capaz de imaginar, se corresponde con tu ser verdadero, con tus deseos más profundos?

–Ahora, trasládate a dentro de diez años: ¿Qué imaginas que puede ser mejor para ti, para tu entorno y para el mundo en esa época?

–¿Y dentro de veinte años? ¿Y de treinta? Rechaza toda clase de límites hasta que hayas llegado al momento mismo de morir apaciblemente: ¿Cómo desearías que fuera tu muerte? ¿En qué contexto, y qué mundo dejas atrás?

Ejercicio 23. Enriquecer el pasado con aportaciones del futuro

–Retrocede hasta un episodio de tu infancia con la conciencia adulta que tienes hoy día. Haz una visita a aquel niño/-a que eras. Dale las claves para que gestione su situación presente e información sobre todo lo bueno que le espera en el futuro (por ejemplo, «Es maravilloso tener 40 años, convertirse plenamente en uno mismo», «Tendrás hijos/-as, a quienes querrás más de lo que puedes imaginar», etc.).

–Luego, proyéctate unos cuantos años adelante, visualiza lo que sería una vida de felicidad y conviértete en una persona muy sabia, con una enorme experiencia de la vida, para poder así visitar periodos de tu pasado y sembrar en ellos semillas de esperanza, de sabiduría, de tal forma que te permitan realizar ese futuro que tú deseas.

Ejercicios para salir de uno mismo

Uno de los problemas de la neurosis de fracaso es la ausencia de un objetivo sublime. Ya hemos visto que, cuando una persona no sabe cuál es su objetivo en la vida, suele deberse a que su nacimiento no fue el objetivo deseado por sus padres. Así pues, le resultará muy útil llevar a cabo un psicorritual de renacimiento para volverse a encontrar con su capacidad de proyección hacia el futuro. Pero es igual de importante poder constituir una meta u objetivo que supere el marco de nuestro propio destino. La meta de la especie huma-

na podría ser «Vivir tanto tiempo como el propio universo, conocer la totalidad del universo, convertirse en la conciencia del universo». Entre el objetivo individual y el objetivo universal, cabe imaginar el amplio abanico que hay de proposiciones para actuar en favor del bien colectivo.

Ejercicio 24. Resolver un problema mundial

–Elige un problema que te supere (el hambre en el mundo, las guerras religiosas o culturales, la situación de la mujer, la esclavitud infantil, el recalentamiento climático, etc.). Examina primero las circunstancias en que este problema te afecta o no en tu vida cotidiana, y después, en tanto que ser transpersonal: en cierta medida, el problema en cuestión no te concierne directamente, pero en otro plano sí que te afecta. Cada uno de nosotros es capaz de elaborar una solución para un problema mundial, y ese trabajo de elaboración sale de dentro de nosotros mismos. Todas las soluciones tienen valor, aunque sean diferentes: la solución de un varón no es forzosamente igual que la de una mujer, ni la de un homosexual igual que la de un heterosexual, ni la de un artista igual que la de un científico, etc. Pero cada uno de nosotros porta potencialmente soluciones personales para el mundo.

Ejercicio 25. Empujar los límites

–Ahora vamos a desarrollar aquí, hasta sus consecuencias más extremas, el ejercicio 4 propuesto al principio de este libro. Como para todas las visualizaciones que proponemos, puedes leer en voz alta y grabar este texto y luego realizar el ejercicio mientras lo escuchas con los ojos cerrados, o bien pide que alguien te lo lea.

–El cuerpo va a servir de punto de partida para la expansión de otras tres energías: la mental, la emocional y la sexual-creativa:

Siéntate cómodo/-a en una silla, en una posición equilibrada y neutra, con los pies apoyados en el suelo y cierra los ojos. ¿Qué ves? Espera hasta que se haga la oscuridad completa. Esta oscuridad, ¿te parece que tiene una gran extensión o, por el contrario, es como un muro negro delante de ti? Si ves un muro, o límite, imagina que no es ni muro ni un límite, sino el espacio infinito que tienes ante ti y te rodea.

En esa oscuridad, dentro de tu cráneo, visualiza o imagina un punto de luz. Ese punto de luz representa, de manera concentrada, tu energía mental. Comienza a proyectar ese punto de luz hacia

delante. Puedes dejar alguna estela (como un rayo de luz) o simplemente avanzar hacia el horizonte que se halla ante ti. Si tienes dificultades para hacerlo progresar, advierte hasta dónde has llegado y agradece a esa frontera el que te haya permitido topografiar los límites actuales de tu intelecto: a partir de ella podrás avanzar cada vez más lejos.

A continuación, regresa al interior de tu cráneo y proyecta el punto de luz hacia atrás, lo más lejos que te resulte posible. Comprueba si el hecho de elevar las cejas, con los ojos cerrados, te ayuda a proyectarte atravesando la parte posterior de tu cráneo para llegar lo más lejos posible.

Ahora, proyecta al mismo tiempo el punto hacia delante y hacia atrás y hacia la derecha y la izquierda. Llega lo más lejos que puedas. Añade a estas cuatro direcciones la de enviar el punto hacia arriba y, de forma simultánea, hacia abajo, y siempre lo más lejos que puedas.

Una vez que lo hayas irradiado en las seis direcciones, comienza a hacer girar en espiral, en el sentido contrario a las agujas del reloj, esos seis rayos de luz alrededor de ti. A medida que el movimiento de la espiral se vaya amplificando, irás encontrándote poco a poco en medio de una esfera de luz. Entonces emite el sonido «i» dejando que resuene en tu cabeza en una o varias notas y aumentando el volumen con cada respiración, pero sin forzar la voz.

Después, haz volver las seis direcciones de la luz hacia ti, con la resonancia de ese sonido que has estado emitiendo y tómate un tiempo para recoger toda esa energía que tú mismo has puesto en movimiento. Imagina que todo el interior de tu cráneo está iluminado por esa misma luz e instala –en este momento de integración– el propósito de dejar que tu mente disfrute, lo más posible, de este estado de excelencia: el silencio comprensivo.

Ahora pon toda la atención en el centro de tu pecho y visualiza o imagina una fuente que cada vez es más poderosa, capaz de dar lugar al nacimiento de un río. Al principio, ese río fluye hacia delante: es la fuerza sin límites de tu energía emocional. Deja que el río discurra hacia el horizonte hasta que se pierda de vista y después sigue su curso todo lo lejos que puedas. A continuación, añade un segundo río al anterior, surgido de la misma fuente, pero que discurra por detrás de ti. Una vez que estos dos ríos estén fluyendo, añade otros dos ríos más, a la derecha y a la izquierda; y después otros dos, discurriendo uno de ellos hacia arriba y el otro hacia

abajo. Una vez que, desde esa fuente de amor absoluta, fluyan los seis ríos, ponlos en movimiento formando un círculo en sentido contrario a las agujas del reloj. A medida que los ríos vayan girando alrededor de ti, te irás viendo rodeado de una esfera de agua que danza, a la cual podrás dar la temperatura que más te convenga. Entonces, comenzarás a emitir el sonido «e» y después «a» cada vez más fuerte, cada vez de forma más abierta, sin forzar la voz y dejando que resuenen en el interior de tu pecho.

Luego, vuelve a llamar a esos ríos de amor al centro del pecho, permitiendo que resuene, en el silencio, el eco de los sonidos emitidos por ti. A partir de este momento, conservarás el corazón repleto de esa fuente inagotable que da y no pide nada. Ella será la que te permita regresar al estado de excelencia del centro emocional: la compasión sin juicio.

A continuación, concéntrate bajo el ombligo, al nivel de ese punto que las culturas orientales llaman *hara* o *dan tian* y que se corresponde con lo que la física occidental define como nuestro centro de gravedad. Después, imagina o visualiza un tentáculo transparente, capaz de estirarse hasta el infinito, que emerge desde ese centro y que se dirige hacia delante cargado de una energía formidable. Déjelo ir lo más lejos posible, comunicando su energía a todo lo que se cruce en su camino, porque es una fuerza vivificadora. Piensa que este poder que emerge de tu centro sexual-creativo proviene de la energía misma que creó el universo. A continuación, un segundo tentáculo surge desde ese mismo centro y se dirige hacia atrás; y después otros dos tentáculos que van hacia la derecha y hacia la izquierda; por último, dos tentáculos más se dirigen uno hacia arriba y otro hacia abajo. Extiende en esas seis direcciones este pujante y generoso poder de vida y de creación, que ahora se pone a girar hacia ti y empieza a formar a tu alrededor una esfera de energía infinita. Entonces, comienza a salmodiar, con la boca cerrada, el sonido «Mmmm», sintiendo cómo desciende su resonancia hasta tu pelvis. Poco a poco, esa especie de gruñido irá desapareciendo hasta dar paso a un «o» grave que podrás nasalizar: «Ommm». También, podrás sentir cómo resuena tu voz en tu propio esqueleto.

Haz regresar hacia ti estos transparentes tentáculos de energía: su fuerza anidará en el centro de tu pelvis y se extenderá por la totalidad de tu persona un cuerpo energético que contiene todos los astros del universo. Tal excelencia, que será la tuya a partir de en-

tonces, es la del deseo auténtico, capaz de una creatividad continua. Pasa un tiempo en silencio, escuchando resonar el eco de estos sonidos emitidos por ti para disfrutar de esa fuerza que, de ahora en adelante, será la suya.

Cuando abras los ojos, ve incorporándote poco a poco y deambula por la habitación en la que estés, notando cómo tu percepción del entorno y de ti mismo ha cambiado con el ejercicio. Podrás imaginar cargada de luz, amor y energía cualquier cosa que veas.

La «sanación suficiente» y el ego domado

Emprender la sanación de todo el árbol si uno no se ha convertido en sí mismo no tiene más sentido que coser una herida sin haberla desinfectado antes. Es muy difícil juzgar desde fuera si una persona ha alcanzado el nivel mínimo necesario de salud psíquica para poder ayudarse a sí mismo y a los demás, aunque cada uno puede examinar en qué medida su ego ha sido «domado», es decir, es capaz de diferenciar entre lo objetivo y lo subjetivo. Se puede tener una personalidad desdibujada pero completamente egocéntrica, o bien tener una fuerte personalidad que ha alcanzado un nivel de consciencia transpersonal. La cuestión no es eliminar el ego o nuestra historia pasada, sino que se trata de poder aplicar radicalmente en la vida cotidiana la máxima «Nada para mí que no sea también para los demás» y de practicar una aceptación igualmente radical de lo que esto es: aceptar la realidad presente, más allá de juicios mentales y de movimientos invasores del centro emocional.

Ahora bien, la supervivencia de traumas pasados en la memoria es susceptible –no importa en qué momento– de volvernos a lanzar a estados emocionales heredados de la infancia que nos hacen perder de vista el interés común o la situación objetiva, para volvernos a centrar exclusivamente en nosotros mismos. Erradicar nuestra historia no es ni deseable ni posible, pero la cuestión estriba en saber con qué flexibilidad una persona es capaz de «volver a sí misma», es decir, a su edad emocional auténtica y a una interacción madura con la situación.

Citaremos, a modo de ejemplo, un acontecimiento sobrevenido en un grupo de trabajo sobre el árbol genealógico: una participante, a la que le sobrevino súbitamente una especie de crisis nerviosa, se tiró al suelo llorando y gritando. Parecía que no había nada que pudiera hacerla salir de aquella crisis. Estaba enteramente poseída por la niña pequeña que aún había en ella y todos los intentos de llamar su atención no servían para otra cosa que para intensificar su estado. Para que el trabajo colectivo pudiese continuar, la solución consistió en pedir a todos los participantes (una cincuentena de

personas) que se echaran a su alrededor y que imitaran su estado. Al cabo de unos segundos, aquella joven mujer se puso de pie y continuó el trabajo con la mayor calma, porque había comprendido que el mundo se convertía en algo insoportable si todos se comportaban tal como lo hacía ella.

A continuación presentaremos aquí algunos elementos clave en este examen del yo individual: la autonomía, la aceptación de uno mismo en cuanto adulto, la relación con la falsedad exterior e interior y la confrontación cara a cara con la perspectiva de nuestra propia muerte. Esta revisión última del ego no puede, en ningún caso, servir para calibrar el grado de realización de otra persona: se trata de un trabajo íntimo y personal que nos permitirá ver si somos capaces de comenzar por nuestra propia cuenta la sanación del árbol. Si ése no fuera el caso, bastará con avanzar en los ámbitos donde se haya descubierto alguna insuficiencia.

La «sanación suficiente» se reconoce por diversos signos: la persona llegada a la madurez es capaz de ponerse en el lugar de otro; de asumir a voluntad un rol tanto principal como secundario en la escena que esté aconteciendo; se muestra indiferente ante la crítica y ante el elogio, e independiente ante los antiguos juicios que su árbol genealógico le había impuesto en su infancia. Es capaz, también, de expresarse claramente y con autoridad así como de escuchar atentamente y sin criticar. El tono general de su existencia –a pesar de las pruebas y los obstáculos– es de una profunda alegría de vivir, independiente de las circunstancias. Es una persona que conoce bien la gratitud y practica la generosidad, aunque es capaz de defenderse y preservar su dignidad si se ve injustamente atacada. Tiene un gran sentido de sus responsabilidades frente a todo cuanto la rodea, incluso a nivel social o planetario. Además, es capaz de no invadir el espacio de los demás y acepta plegarse ante las circunstancias antes que frente a su propio deseo de poder total. No tiene necesidad de explotar ni de poseer a nadie y no fundamenta su superioridad en el hecho de rebajar a los demás. No se compara con nadie, ha reemplazado la competencia por la emulación y se esfuerza en abarcar una comprensión, lo más amplia que le sea posible, sobre la diversidad de las experiencias humanas.

Aquí, no podemos más que proponer algunas pistas para poder superar nuestros puntos ciegos. No sirve de nada el querer sanar el árbol o ayudar a nuestros semejantes si uno/-a no es él/ella mismo/-a y se encuentra en paz. Sin autonomía no es posible que haya una verdadera unión, es decir, todos los vínculos que pudieran haberse

mantenido vigentes serán vínculos de dependencia, contaminados por las neurosis del árbol genealógico.

La autonomía: prosperidad y salud

Siendo el cuerpo la cimentación sobre la que se edifican nuestras otras tres energías (deseo, emociones e ideas), es esencial clarificar la relación con el mundo material para asegurar su autonomía.

–¿Soy independiente económicamente? ¿Cuál es mi relación con el dinero? ¿Estoy al margen de esa concepción sobre el dinero que prevalece en mi árbol genealógico? ¿Estoy en condiciones de trabajar en una profesión que me agrade? ¿Qué idea tengo sobre la prosperidad?

-¿Cómo me trato corporalmente? ¿Mi alimentación es tan sana como yo desearía? ¿Consumo todavía ciertos productos nocivos a los que me une una adicción? ¿Cuál es mi grado de higiene corporal? ¿Sigo vinculado/-a exclusivamente al sistema de alimentación que había en mi familia?

–¿Me conviene el lugar donde vivo? ¿Cómo está organizado mi espacio? ¿Está en orden o en desorden? ¿Hasta dónde se extiende mi territorio? ¿Me siento cómodo en todas partes?

He aquí algunos actos de psicomagia fundamentales respecto a la relación con el dinero y el territorio:

Pánico a la pobreza:

–Viajar sin dinero con destino desconocido, con un simple billete de tren de ida, y pasar 24 horas sin nada, sin ayuda alguna. Averiguar a continuación cómo regresar a casa.

Reapropiarse el dinero:

En cada árbol genealógico el dinero tiene su propio «color» o «gusto»: dinero negro, dinero fácil, dinero ganado con sufrimiento y esfuerzo, el dinero de los padres, dinero ganado con una profesión digna, dinero heredado, dinero generoso o avaro, dinero conseguido con humillación, dinero robado, dinero perdido por una ruina, dinero ganado o perdido en el juego, etc. Es necesario, por lo tanto, limpiar el dinero de todas estas significaciones y restituirle su cualidad inicial: la materialización de un intercambio de energías.

–Se puede planchar y perfumar los billetes para «limpiarlos» y «bendecirlos» simbólicamente, y después frotarse fuertemente el cuerpo con los billetes así exaltados, o pasearse con un billete pegado en la frente o colgando del cuello como un amuleto.

–Si la noción de dinero sucio o inmerecido es particularmente fuerte, se puede realizar este acto de magia mexicano: tener en un rincón de la casa o bajo la propia cama un orinal en el que, cada vez que se orine, se eche en él una moneda. Dejar que la orina se acumule durante seis días y, al séptimo, vaciar el orinal y lavar cuidadosamente las monedas antes de colocarlas en la boca. Después ir a una pastelería y comprar con ese dinero los dulces que más apetezcan (o cualquier otro alimento apetitoso, si no se pudiera o deseara comer dulce).

–Cuando realmente el problema de la persona es que se siente impotente a la hora de hacer dinero, es necesario que se coloque tres piezas de oro dentro del ano, que las retenga ahí el mayor tiempo posible antes de ir al cuarto baño para excretar dichas monedas de oro junto con los excrementos en un orinal. Después, deberá enterrar tanto los excrementos como las piezas de oro bajo tierra, plantando encima una planta que crecerá con ese abono natural y las monedas de oro que se han sacrificado: es una inversión simbólica en riqueza futura.

Tomar posesión de un territorio:

–Orinar en un frasco con cuentagotas y después ir a depositar una gota de orina en cada rincón del lugar que uno desea apropiarse. Bajo su aparente sencillez, este acto da resultados asombrosos.

Exilio o territorio perdido:

–Hacer que alguien envíe tierra del país que uno se vio obligado a dejar (o del que sus ancestros fueron expulsados) y hundir los pies en esa tierra todos los días durante un cuarto de hora, aproximadamente. Una vez que se haya dejado de sentir la necesidad de unirse a dicha tierra, verterla sobre un río que vaya directamente al mar, para que, de tal manera, la tierra en cuestión regrese hasta su lugar de origen.

Madurez: del bebé al adulto

Emocionalmente, la actitud infantil consiste en hacer a otra persona depositaria de nuestro bienestar afectivo: «Si esa persona cambiara, mi vida sería más agradable», «No puedo vivir sin el amor de tal persona», etc. Ahora bien, desde que uno deposita su yo en otra persona (tal como un bebé se agarra del cuello de su madre) se

queda vacío de sí mismo, mientras que el otro se convierte en un Yo idealizado y de cuyos actos se depende por completo. Entonces –y sin que importe en qué momento– uno se sentirá traicionado, desestabilizado, abandonado, etcétera.

Cuando uno es capaz de entrar en contacto consigo mismo en tanto que adulto, o sea es capaz de asumir la entera responsabilidad de su vida, ya no está en una relación de dependencia afectiva frente a la otra persona y aprenderá a amar incondicionalmente.

–Ante una conmoción afectiva, ¿cuál es mi actitud? ¿Soy capaz de aplicar mi conciencia adulta en el momento en que resurge una herida del pasado? ¿Soy capaz de utilizar ese antiguo trauma como un obstáculo fecundo que me permite conocerme mejor?

–¿Soy capaz de escuchar al otro, de acompañarlo sin juzgarlo? ¿Tengo todavía enemigos? El enemigo no es otro que yo: si no soy enemigo de nadie, no seré tampoco mi propio enemigo.

–«Ama a tu prójimo como a ti mismo»: ¿Soy yo capaz de amarme? ¿Soy capaz de amar al otro sin sentir deseos de posesión?

Ejercicio 26. El niño persistente en los cuatro centros

Vamos a desarrollar aquí la propuesta hecha en el capítulo 8 relativa al abuso y vamos a ir preguntándonos centro por centro para saber qué edad tenemos intelectual, emocional, sexual-creativa y materialmente. En cada una de nuestras cuatro energías quedan necesariamente rastros de una infancia persistente: no es cuestión de avergonzarse de ellos o de reprimirlos sino de aprender a conocerlos mejor.

–Centro por centro, pregúntate qué acontecimiento, durante las últimas tres semanas, ha puesto más de relieve mi inmadurez...

...mental: juicio precipitado, entusiasmo desbordado, confusión, incertidumbre.

...emocional: «crisis del ego» invasora, confusión emocional, rabia, tristeza, miedo, celos.

...sexual-creativa: bloqueos o desbordamientos incontrolados de energía.

...material: descuidos alimentarios, conflictos territoriales.

–¿En qué momento se ha manifestado el niño perenne y en qué centro? ¿Qué edad tengo hoy intelectual y emocionalmente, en mi energía sexual-creativa, en mi cuerpo, en mi territorio, en mi vida cotidiana?

–Visualiza tu «edad ideal» en cada centro: ¿Será una creatividad intelectual milenaria? ¿Sentimientos cargados de muchos siglos de experiencia? ¿Deseos tan antiguos como el mismo Universo? ¿Qué edad física es, según tú, la edad ideal de un cuerpo que no se deteriora con el tiempo?

Ejercicio 27. Despejar «el atasco»

Si eres consciente de que todavía te encuentras bajo el yugo del árbol genealógico en uno u otro centro, puedes elegir deliberadamente un tema y hacer hablar a cada uno de los miembros de tu familia. Esto tendrá la virtud de expresar los contenidos que han permanecido ocultos en ti y devolver a sus verdaderos propietarios sus opiniones, necesidades, afectos o deseos.

Por ejemplo: «Hoy quiero tratar el problema del dinero».

–Hablo en nombre de mi propio abuelo: «El dinero es difícil de ganar, no es necesario ser ambicioso sino trabajar con sencillez y que cada día valga la pena».

Mi abuela, que se había quedado viuda: «Mi marido era un santo, y a su muerte repartió todo lo que tenía. ¡Nos dejó en la miseria! Más adelante, comprendí que ser tan pródigo era realmente muy difícil de conseguir: el mundo está repleto de egoístas y de avaros».

Mi padre: «Ganarse la vida es una lucha. Es necesario pelear duramente para hacer dinero, entrar en la competencia, estafar y aplastar a los demás».

Mi madre: «Es repulsivo. Todos esos billetes mugrientos me ensucian las manos».

Mi hermana: «Yo merezco toda la generosidad del mundo gracias a mi belleza. No tengo necesidad de ganarme la vida: algún hombre me mantendrá, porque yo me lo merezco».

Este mismo ejercicio se puede hacer con cualquier tema. Anótense en una hoja de papel las afirmaciones de cada uno de los miembros de la familia. Después, hay que quemar la hoja y esparcir las cenizas en la base de una planta, para que le sirvan de abono.

Verdad y mentira

G. I. Gurdjieff creó un movimiento llamado Los Buscadores de la Verdad, una empresa ciertamente ambiciosa pero abocada al fracaso, porque la verdad es inaprensible. Uno puede dedicarse a esclarecer su opuesto, la mentira, lo que supone desarrollar la atención. Esa búsqueda tiene lugar en todos los ámbitos, comenzando

por la sociedad en la que vivimos, la educación que hemos recibido, las ideologías políticas o religiosas dominantes, etc. Si fijamos la atención en cualquier tema, siempre será fácil detectar en el mismo elementos falsos. Pero ello supone, por otra parte, vivir con una honradez profunda: no es posible diferenciarse de la masa si no se está sólidamente anclado en las actividades que más nos placen. La adhesión a la uniformidad es un subproducto de la insatisfacción.

La labor más importante, en realidad, es la que concierne a nuestras mentiras interiores, y se podría decir que la mayor mentira es el ego cuando no se pone al servicio del Ser esencial. Todo trabajo terapéutico, espiritual o artístico serio es un camino hacia la autenticidad. Desde la perspectiva metagenealógica, esa autenticidad consiste en acorralar sin descanso a nuestras ideas desequilibradas, a nuestros sentimientos patológicos, a los deseos inculcados y a las necesidades absurdas.

Para ser uno mismo es conveniente cesar en la autocrítica a cambio de acosar a la mentira. Por lo tanto, es deseable desintegrar al juez interior y sustituirlo por un observador objetivo y vigilante al servicio de nuestro crecimiento.

Pero ello supone entrar en una comprensión absoluta y sin mácula de uno mismo, aceptándose tal como se es. Igual que los miembros de Alcohólicos Anónimos para poder curarse comienzan declarando públicamente que son alcohólicos, nosotros podemos también esclarecer verbalmente nuestros defectos: «Sí, soy egoísta, celoso/-a, envidioso/-a, competitivo/-a, etc.», y a continuación será necesario hacer frente a la vergüenza, al aborrecimiento, a la culpabilidad y a tantos otros sentimientos negativos heredados de la infancia. El mayor obstáculo en este camino de clarividencia consiste en defenderse y justificarse sin cesar, lo cual impide verse a uno mismo.

–Sin embargo, ¿cómo puedo diferenciarme de la masa sin verme aprisionado en una actitud de revolucionario? Si soy una persona libre de cualquier ideología, podré encontrar en cada una de ellas algo que me interese.

–¿Soy capaz de pensar objetivamente? ¿Qué parte ocupa la crítica en mis pensamientos cotidianos?

–¿A qué ideas o ideologías permanezco todavía atado/-a? ¿La moral social y religiosa de mi árbol genealógico, ha hecho mella en mí?

Ejercicio 28. La indiferencia

Aprender a sentirse despegado de las cosas es dejarlas libres para que sean ellas mismas. Así, se vive y se actúa grácilmente, sin angustia. Se deja que los seres y los acontecimientos acudan libremente hasta uno.

–En una posición cómoda, con los ojos cerrados, concéntrate en esta afirmación: «No tengo necesidad alguna de esto ni de aquello, ni de ser esto ni lo otro para ser yo mismo/-a. Esta cosa, esta persona o este estado no tienen necesidad de mí para ser ellos mismos». Continúa así hasta llegar a tus últimas resistencias.

Ejercicio 29. Los tres días de la no discriminación

1. «Día en silencio»: es un ayuno de toda distracción, o sea nada de lecturas, televisión, música o de comunicación verbal con el otro. ¿Soy capaz de pasar todo un día en silencio absoluto?

2. «Día de objetividad»: no formular ninguna afirmación o negación que no sea válida para todos. Por ejemplo, se podrá decir «Hoy el termómetro marca 12 °C» pero no se podrá decir «Hace frío». Igualmente, no se podrá decir «Esta persona es guapa», «Este sabor es delicioso», ni tampoco «Tú eres malo» o «Tú me aburres», etc. Idealmente, el día deberá ir pasando sin que se pronuncien las palabras «mi» o «yo». Anota cuántas veces caes en formulaciones subjetivas, si se da el caso.

3. «Día sin crítica»: hay que proponerse pasar un día en el que no se diga ni se piense nada que constituya una crítica, ya sea ésta de carácter estético, afectivo, ideológico, etc. La crítica no debe aparecer ni hacia los demás, ni hacia el mundo, ni incluso hacia uno mismo. El *mantra* de este día es «Sí».

Aprender a morir

La base de todo trabajo es la conciencia del hecho de que somos mortales. El ego debe saber que va a desaparecer, sin ninguna clase de consuelo metafísico como el paraíso, el otro mundo, el más allá, la reencarnación, la resurrección, etc. Todas estas posibilidades son inciertas, por lo que es necesario dejarlas donde están: fuera de nuestro ser en el presente. Si alguien consigue dominar o destruir toda esperanza en el porvenir, si acepta nuestra naturaleza efímera, entonces será verdaderamente él mismo. La única esperanza a la que es útil adherirse es la inmortalidad de la Conciencia, que podría entonces realizar su objetivo supremo: entrar en contacto con su fuente, la energía creadora del universo.

En cambio, proponerse la inmortalidad de la carne como objetivo individual revela un narcisismo egoísta y constituye, en cierta manera, un acto criminal: para postular la inmortalidad propia es necesario aceptar la muerte de todos salvo la de uno mismo, y por consiguiente ver morir a absolutamente todo el mundo. La madurez auténtica descansa sobre la aceptación de la impermanencia, sin aferrarse a la esperanza de un más allá, pero sin negarla. Una vez adquirido el sentimiento profundo de su propia mortalidad y de la del otro, la persona madura vive en la compasión, con plena conciencia de que estar vivo es un privilegio, que el tiempo es precioso, que la crítica gratuita carece de sentido. Nosotros vivimos entre seres que desaparecen, pero en un mundo en el que continuamente surge la vida nueva.

Sin haber podido realizar este trabajo, personas llegadas a una edad avanzada y dotadas de una cierta sabiduría, aparentemente fuertes y maduras, se las puede ver desmoronarse cuando sus padres desaparecen. En realidad, es algo muy natural ver morir a nuestros padres, tal como se muestra en este breve cuento zen:

> El maestro dice al discípulo:
>
> –¡Tu abuelo morirá, tu padre morirá, tú morirás, tu hijo morirá!
>
> –¡Cómo puedes anunciarme una cosa semejante! –protesta el discípulo.
>
> –Fíjate bien en qué orden te lo he dicho.

El verdadero deseo del árbol genealógico es que la muerte llegue a su debido tiempo y siguiendo un orden preciso. Una de las 613 mitzvot (las normas que gobiernan las reglas de la vida) más importantes de la tradición judía consiste en visitar a los enfermos: aceptar la muerte y la enfermedad se convierte en aceptar la eternidad que hay en nosotros. Entonces, queda claro que el infinito y la eternidad forman parte de nosotros. Pero, antes de aceptar la muerte, es necesario pasar por el miedo y el horror que ella nos inspira y comprender que cada uno de nuestros cuatro centros reacciona ante ella de forma diferente:

–El intelecto acepta su propia disolución y es capaz de una aceptación total, porque para él muerte es sinónimo de vida.

–Para el centro emocional, el acto de morir quiere decir amarlo todo, amar sin límites y sumergirse en la totalidad. Es la muerte del otro, o sea su ausencia definitiva en nuestra vida, lo que puede crear dolor.

–Para el centro sexual-creativo, la muerte consiste en dejar de crear, dejar de desear. En este sentido, la vía del budismo propone romper este vínculo y recomienda la abolición del deseo.

–El propio cuerpo manifiesta un rechazo total a la muerte. No quiere morir, ni envejecer y no entiende otra cosa que no sea la rendición.

Ejercicio 30. La muerte enfrente

El proceso de planteárnoslo: ¿Hasta qué edad crees que podrás vivir? Compara esa edad con la de las personas de tu árbol genealógico que murieron más tarde. ¿En qué estado imaginas que pasarás los últimos días de tu vida? Compáralo con el final de la vida de los miembros de tu árbol. Y, ahora, si pudieras ofrecerte a ti la máxima duración de vida y en las mejores condiciones posibles, ¿qué eres capaz de imaginar? ¿Hasta dónde estarías dispuesto/-a a concederte el derecho y la alegría de vivir?

Elogio fúnebre: Escribe tu propio discurso fúnebre imaginándote que mueres a la edad más avanzada posible y describe, con todo detalle, cómo te preparas para morir apaciblemente y cuáles son las cosas que has realizado en esta vida.

Meditación sobre la muerte inminente: Concéntrate, durante quince minutos y totalmente inmóvil, en esta afirmación: «Voy a morir ahora mismo. Todo lo que soy, todo lo que he hecho, todo lo que he dado y recibido, todo lo que he logrado se esfuma, no tiene importancia, no soy más que este cuerpo». Pasados los quince minutos, debes sentir que renaces libre de todo amarre a la memoria, sintiéndote como un ser nuevo.

Ejercicio 31. Reírse de todo

–Antes que nada, es necesario ejercitarse en reír, aunque sea sin motivo alguno. Estudia la risa como una acción puramente física: intensifica los movimientos del diafragma, la respiración, la duración de las carcajadas, el ruido que haces. Continúa riendo, superando la timidez que pueda provocarte el hecho de «fingir».

–Una vez que seas capaz de reír a voluntad, comienza a anteponer a cada carcajada una frase que exprese un problema, una tristeza personal o colectiva. Por ejemplo:

«Soy mortal y me voy a morir. ¡Ja, ja, ja, ja!»

«Siento que no tengo ningún valor. ¡Ja, ja, ja, ja!»

«Ya soy demasiado viejo/-a como para... *(completa esta frase a tu manera)*. ¡Ja, ja, ja, ja!»

«Tengo problemas de dinero. ¡Ja, ja, ja, ja!»
«Me han robado el coche. ¡Ja, ja, ja, ja!»
«Mis padres no me quieren. ¡Ja, ja, ja, ja!»
Gradualmente ve aumentando la gravedad de tus afirmaciones y riéndote cada vez más sonoramente y durante más tiempo:
«El planeta se recalienta, nos vamos a morir todos. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!»
«Esa persona a la que yo quería tanto se ha muerto. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!»
«Esa catástrofe ha matado a un gran número de personas. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!»
«Estoy enfermo. Tengo cáncer. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!»
Llega hasta donde puedas llegar: las afirmaciones más terribles suscitan cada vez una risa más franca, cada vez más sincera e irresistible.

Los personajes que nos integran: obstáculos y aliados interiores

Ya hemos descrito, desde el primer capítulo de este libro, la forma en que cada uno de nuestros centros puede verse «colonizado» por otro centro. Estas desviaciones del ego, si se pasa del plano teórico al plano simbólico, pueden ser asimiladas a personajes interiores que se turnan en el mando de nuestra vida. Mientras una persona no esté debidamente unificada, es decir, en tanto que no actúe en cada instante al servicio de su Ser esencial transpersonal, habrá que asumir que esas fragmentaciones del yo estarán siempre funcionando.

Identificar y sublimar nuestros propios personajes es una etapa necesaria antes de comenzar a trabajar en la exaltación de los miembros de nuestro árbol genealógico. Éste será nuestro primer paso hacia la integración de las fuerzas profundas del subconsciente.

En efecto, nuestro árbol genealógico deposita en nosotros las estructuras jerárquicas y los modelos de los arquetipos futuros, modelando así nuestra concepción de nosotros mismos y del mundo visible o invisible, que después influenciarán todo nuestro imaginario espiritual. Según la manera en que se desarrollen las relaciones entre niños y adultos en el árbol, se formará en nosotros, de forma borrosa, un panteón de arquetipos incompletos, incluso tóxicos: Papá, Mamá y demás partícipes serán la trama sobre la cual nosotros elaboraremos más adelante nuestra concepción de la divinidad, que será una multitud de dioses o bien un Dios único rodeado de ángeles, santos, sabios o profetas.

El trabajo sobre los personajes interiores constituye una primera etapa para la identificación del mencionado panteón. Podríamos decir que nuestros personajes son divinidades menores que nos poseen. De la misma manera que la multitud de dioses en las religiones politeístas conducen a la intuición de una energía divina central, en el monoteísmo todos nosotros tenemos varios yo que debemos identificar y reaglutinar para, así, poder acceder al Yo transpersonal.

Como decía el filósofo esotérico ruso P. D. Ouspensky citando a

Gurdjieff: «El hombre no es jamás *uno*, cambia continuamente y raramente permanece idéntico, aunque sea media hora (...). Ahora es Iván, un minuto más tarde será Pedro. Y más adelante Sergio, Nicolás, Mateo o Simón. Pero todos ustedes piensan que es Iván (...). Sin embargo, ustedes descubrirán que Iván ha mentido y se sorprenderán de que él, Iván, haya podido hacer algo parecido. Es verdad, Iván no puede mentir, es Nicolás el que ha mentido. En cada ocasión que se le presente, Nicolás mentirá de nuevo, porque Nicolás *no puede evitar mentir*. Y ustedes se sorprenderán enormemente cuando se percaten de la multitud de Ivanes y Nicolases que hay en un solo hombre»[18].

Cada uno de nosotros puede hacer la misma constatación en su vida cotidiana. ¿Cuántas veces no habremos escuchado decir a los miembros de una pareja que se está separando: «¡Pero cómo ha podido hacerme esto! ¡Yo, es que ya ni lo/la reconozco!». Pasa lo mismo cuando surge una situación crítica, donde es muy frecuente que se descubra algún aspecto completamente inesperado de una persona que, sin embargo, nos es bien conocida.

Todos portamos en nuestro interior una serie de personajes con un perfil más o menos bien definido y más o menos activo en nuestra vida cotidiana. Al final, es posible absorber todos esots aspectos del yo en una sola persona, que a partir de entonces presentará diferentes caras armoniosamente unificadas. Es muy frecuente que una persona llegada a un alto grado de conciencia sea descrita por observadores externos diferentes como alguien a la vez extraordinariamente presente y dotado de semblantes que se suceden de una manera nada caótica sino más bien armoniosa. Por ejemplo, de entre los discípulos de la santa india Ma Anandamoyi (1896-1982), son muy numerosos los que han descrito la forma en que su *guru* cambiaba constantemente de expresión y de energía, pudiendo pasar en pocos segundos de un candor casi infantil a la sabiduría concentrada de una profesora o al éxtasis místico más profundo. En ese mismo orden de ideas, las caracteriologías como la astrología o el eneagrama describen diferentes «tipos» de carácter, pero una persona realizada se identificará con todo el zodiaco sin excepción, con la totalidad del eneagrama, etcétera.

Los personajes que nos integran son, en principio, unos auténticos obstáculos porque paralizan ciertos aspectos activos de identidad y nos parcelan en varios egos, saltando de uno a otro de una manera caótica, según las circunstancias, adoptando sin orden los elementos de todo un repertorio de antiguas soluciones preestablecidas frente a unas condiciones de la vida que cambian sin cesar. Todo personaje representa una solución pasada que se vuelve a aplicar de una manera más o menos útil. Y mientras seamos el juguete de esa sucesión de caracteres dispersos, nos podremos comparar a un trono vacío ante el cual varios pretendientes se pelean para ocuparlo por turnos.

[18] P. D. Ouspensky, *Fragments d'un enseignement inconnu*, Éditions Stock, París 1949, pág 87 [*En busca de lo Milagroso. Fragmentos de una enseñanza desconocida*, Eneagrama Editorial, 1952/2007].

Pero cada uno de nuestros personajes tiene un gran potencial de regreso a sus fuentes de origen, es decir, cada uno de ellos es una pieza de un rompecabezas que a fin de cuentas formará una imagen completa de nuestra personalidad. Detrás de cada personaje se esconde un arquetipo, un aliado, que puede conducirnos a una unión más estrecha con el Ser esencial. Así pues, necesitaremos sortear este obstáculo, o sea identificar claramente a cada personaje para conducirlo hasta su realización última, para descubrir en cada uno de esos fragmentos de nosotros mismos los recursos interiores que nos conducen a la excelencia.

Por otra parte, cada uno de dichos personajes que nos componen es una supervivencia interior del árbol genealógico. Todos ellos están formados por imitación, compensación, oposición o interpretación de la herencia recibida. El trabajo sobre nuestros personajes permite disolver los últimos elementos de «identidad», que realmente son otros tantos contratos con el pasado.

Por ejemplo, si yo tuve un padre duro y agobiante que me tenía aterrorizado/-a, muchos de mis personajes interiores pueden haberse derivado de mi relación con él. Es posible que yo haya desarrollado un personaje esclavo, servil y lleno de rencor, pero incapaz de rebelarse. Es posible también que lleve en mí un personaje parecido a mi padre, capaz de mostrar una cólera terrorífica, pero incapaz de controlarse. En mis relaciones, uno u otro de estos dos personajes emergerá según la manera en que me traten, pero serán inútiles y neuróticos, por cuanto ambos no pasan de ser una simple imitación de mi padre o una reproducción de mi propia actitud de niño asustado.

El trabajo consiste en identificar al personaje esclavo y al personaje tirano, y después nombrarlos y reconocerlos cada vez que se manifiesten. Para hacerlo, es obligado crear (o consolidar) un per-

sonaje central, guía y moderador de la multitud que habita en nosotros. Dando claramente un nombre al yo esclavo (por ejemplo, Ratón Blando) y otro al yo tirano (por ejemplo, Capitán Cañones) uno comienza a deshacerse de su propia identidad adquirida. Yo no soy sólo Juan López (o cualquiera que sea mi nombre oficial), sino esa multitud de individuos cuyo comportamiento puedo observar con toda tranquilidad. Inesperadamente, los personajes comienzan pronto a revelar su potencial más insospechado. Así, es posible que Ratón Blando, habituado a estar callado, a observar y no a actuar, sea capaz de tener un instante extraordinario y revelar enormes talentos artísticos o un espíritu de matemático superdotado, cualidades de diplomático, etc. Pero dado que no se manifestaba a la hora de reaccionar, y únicamente lo hacía ante situaciones similares a las de la infancia, sólo ahí le era posible desplegar sus talentos. Del mismo modo, el Capitán Cañones no se exponía hasta que estuviera seguro de vencer, pero si intencionadamente yo decidiera recurrir a él cuando tengo enfrente a una persona que me causa pavor, como me ocurría con mi padre, y lo recluto para poder resistir, se convertirá en el mejor aliado de mi autoridad y aprenderá a ganar las batallas en las cuales se comprometa. El Capitán Cañones también podrá mostrarse útil por sus cualidades de valor y de perseverancia en un trabajo interior o en una prueba deportiva, poniendo sus cualidades sanadoras al servicio de mi crecimiento personal.

Todos los nudos y núcleos nos impiden identificar nuestros personajes. Inversamente, la toma de conciencia de los personajes permite hacer frente a los nudos y disolverlos. Es frecuente que nos veamos poseídos por un personaje directamente creado por el árbol genealógico y al cual nos hemos adherido para no ser excluidos. Citaremos como ejemplo el caso de un consultante que a los 40 años aún padecía una falta de autoestima grande: en efecto, en el momento de su nacimiento su madre exclamó «¡Pero si es un demonio!». Ella le puso inmediatamente el nombre de José, como para desactivar su pretendida naturaleza diabólica, pero, en realidad, ese nombre (que hace referencia al esposo pretendidamente asexuado de la Virgen María) corresponde a una negación de la identidad masculina de aquel niño pequeño. El estudio del árbol genealógico de José puso en evidencia que él era el segundo hijo. Al primero le habían puesto Salvador (el nombre del abuelo materno). De todo lo anterior se puede deducir que el primer hijo había sido considerado el hijo crístico y que ese rol ya estaba adjudicado.

Y a José le confiaron el del «demonio», la parte más sombría de lo masculino.

En el árbol genealógico han sido perpetrados numerosos abusos sexuales y se puede anticipar que la madre de José portaba un odio inconsciente hacia todo lo masculino heredado de estos abusos, que ella proyectó sobre su hijito desde su nacimiento. No obstante, el hecho seguía siendo que en la psique de José aquella negación materna había quedado incrustada y que el personaje de «Diablo» lo atormentaba como tal, siempre acompañado por una sensación de fealdad muy intensa.

Su acto de psicomagia consistió en hacer existir en la realidad al personaje del «Diablo», no importaba qué diablo pues tenía que ser el suyo propio, al cual había puesto como nombre «Judas». Vivió en la piel de ese personaje durante una semana, paseándose por las calles de su pueblo con un disfraz rojo, un tridente, cuernos y una cola, haciéndose además fotos a sí mismo en situaciones cotidianas: tomando un café, esperando el autobús, etc. Al finalizar este trabajo, José enterró su disfraz de demonio y ensalzó a aquel personaje infantil hasta una dimensión angélica. Si todo demonio es un ángel caído, es fácil de imaginar que un demonio que se levanta se convierte en un ángel. En el caso de José, esta experiencia le permitió reconocer su vocación de poeta y publicar su primer poemario.

Ejercicio 32. Trabajo sobre los personajes

1. *Identifica en ti tantos personajes como puedas y ponles nombre propio:*

–Es esencial darles nombre, porque si no los personajes siguen siendo fragmentos de mi personalidad adquirida. Si yo soy Alicia, mis personajes no pueden ser «Alicia la tímida», «Alicia la intelectual», «Alicia la viajera». El hecho de aceptar nombrar de manera diferente a estas parcelas del yo permite desmembrar el yo adquirido, hacerle perder todo su poder.

–Los personajes deben tener al menos un nombre y un apellido (o un título y un apellido, un tratamiento y un nombre propio, etc.). No tienen por qué ser todos necesariamente del mismo sexo (un hombre puede tener uno o varios personajes femeninos, y viceversa). Por ejemplo:

Luisa Santanitocada
Doctor Ernesto Grande

Tigre Cazaleón
Perro Celoso, alias Dog Jealous
Doña NinfoMamá
Profesor Selfcooker
Ritita Tipográfica
Princesa Sweetie Garbanzo
Carmela Schifosa
Rosita Tamales.

2. *Define con la mayor precisión posible a cada personaje apoyándote en estas cuestiones*:

–Identificar su lema, su máxima favorita sobre la vida.

–¿En qué circunstancias surge? ¿Cuáles son las situaciones en las que se siente competente? ¿Cuándo desaparece? ¿Qué es lo que le da más miedo?

–¿Cuál es su utilidad (real o imaginaria) en las situaciones en las que él se manifiesta?

–¿Cuáles son sus cualidades y defectos?

–¿A quién se parece físicamente (cómo es su voz, qué come, a qué ritmo se mueve, cómo es su cuerpo, etc.)?

–¿Cuáles son sus opiniones (a quién vota, qué lee, etc.), de dónde proceden?

–¿Cuáles son sus satisfacciones, sus placeres, sus gustos?

–¿De quién es amigo y de quién enemigo? ¿A quién le gustaría unirse? ¿A quién admira? ¿Qué profesión le gusta más? ¿Cuáles son sus destinos de viaje o de vacaciones preferidos? ¿Y su transporte favorito?

–Etcétera.

3. *Hacer vivir artísticamente a los personajes*:

–Se puede elegir entre escribir un relato corto, un monólogo, pintar, dibujar, esculpir, etc., para representar a cada uno de los personajes que hayamos logrado identificar.

–Podemos imaginar también que cada día de la semana un personaje diferente hará la comida en casa, etcétera.

4. *Vivir en consecuencia con los personajes:*

–Una vez que los personajes estén claros para ti, tendrás la posibilidad de observar durante un periodo de tiempo determinado cómo aparecen en tu propia realidad. Cuando ellos se manifiesten, reconoce su existencia y déjales el campo libre para que puedan

actuar (en la medida de lo razonable, claro está: si se presenta un personaje violento no es indispensable ir a destrozar un vehículo o a golpear a una persona...). Después, haz balance de su actuación: si es positivo, vierte esa experiencia a favor del personaje; si es negativo, identifica con qué desviación del ego se corresponde.

5. *Los personajes y el árbol genealógico:*

–¿Puedes identificar a qué edad comenzó a formarse cada personaje? ¿Qué relaciones, y bajo qué circunstancias familiares, te impulsaron a crearlos? ¿Presentan algún parecido con algún miembro del árbol genealógico? ¿Son diametralmente opuestos a alguien en particular?

6. *Convocar a los personajes en una situación difícil*:

–Una vez identificados los personajes, imagina para cada uno de ellos una situación en la que sus competencias puedan ser útiles. Incluso si no te sientes capaz de hacer intervenir a tal personaje en tal situación en la realidad, visualízalo mientras la resuelve. Por ejemplo: da a un personaje grato y diplomático la oportunidad de resolver un conflicto que aparentemente te supera; a un personaje intelectual la posibilidad de comprender un problema en una disciplina que tú ignoras; etcétera.

7. *Exaltar a los personajes:*

Para cada uno de ellos, pregúntate: ¿Cuál es la calidad, la energía que le falta para convertirse verdaderamente en un héroe, en un genio, en un santo o en un campeón? ¿A través de qué experiencia o de qué alianza podría yo conquistar esa cualidad? Incluso un personaje que al principio parezca ridículo o limitado posee un potencial de realización.

Eso que aceptes dar a tus personajes será, en realidad, una aportación a tu yo unificado.

Los Aliados y la imaginación creativa

De la misma manera que podemos mostrar los personajes que nos habitan para hacer de ellos instrumentos al servicio de nuestra realización, también podemos convocar arquetipos, aparentemente externos a nosotros, para que nos insuflen cualidades transpersonales. La práctica de «establecer alianzas» con las fuerzas suprahumanas está en la base misma del chamanismo, aunque también está presente en el imaginario universal a través de los cuentos y las leyendas en los que los héroes reciben la ayuda de aliados sobrenaturales. Una vez reconocida la personalidad adquirida en su multiplicidad caricaturesca, ya se estará preparado para integrar un aliado.

Pero falta aún definir qué es un aliado desde la perspectiva metagenealógica. Nuestro postulado de base es que cada uno de nosotros posee una serie de conocimientos de los que no es consciente: ya se trate de contenidos latentes en el cerebro humano, de «memorias celulares» inscritas en el cuerpo, de un Inconsciente colectivo o de una memoria de la humanidad presente en nosotros en estado larvario. Podemos aseverar que existe, disponible aunque oculta, una inmensa reserva de conocimientos a nuestro alcance. También es evidente que circulan en el universo energías que el intelecto no puede captar por medio de palabras. Dichas energías están presentes en los minerales, en los vegetales y en los animales, y están representadas, con una forma aún más evolucionada, por seres míticos de naturaleza humana o divina, propios de una cultura en particular o de la humanidad entera. Para intentar delimitar estas energías, no es raro que determinadas disciplinas simbólicas asocien entre sí elementos en apariencia distintos (un planeta, un color, una planta, un órgano, un signo zodiacal, un metal...: como por ejemplo Marte, rojo, salvia, cabeza, Aries, hierro...) como si existiera una identidad de ser o de energía entre elementos aparentemente diversos, una identidad que se encuentra inmediatamente resumida en un arquetipo. La magia tradicional es muy dada a crear listas de correspondencias analógicas.

Cuando una tarea determinada sobrepasa nuestras fuerzas conocidas y de lo que se trata es de superarse para alcanzar lo que haya que alcanzar, se hace necesario y posible despertar una energía latente, bajo la forma de una alianza con un elemento concreto que la represente. Ciertas fuerzas que trascienden nuestra identidad individual, no pueden sernos conferidas nada más que a través de una identidad sobrehumana, es decir, una acumulación de energía transpersonal vinculada a una figura real o simbólica. En realidad, «el aliado» es una energía sin contornos delimitados: no se trata de «tal tigre» o «tal objeto de oro» sino de la energía simbolizada por el Tigre o la energía ligada al metal Oro. Así, el chamán se asocia con un águila (y a través de ella con el espíritu grupo o colectivo del Águila) para elevarse por encima de las concepciones cotidianas y desarrollar una visión más amplia: para *volar*.

Un artista, antes de salir a escena, puede invocar a algún santo o a una divinidad para que le dé la fuerza necesaria para realizar una extraordinaria interpretación. De forma similar, cuando el psiquiatra y psicoanalista francés Jacques Lacan decía «Yo soy freudiano, mis alumnos pueden llamarse lacanianos», él expresaba –de un modo occidental y racionalmente aceptable– una verdad que los chamanes conocen bien: uno no puede ser su propio aliado. El arquetipo es el punto de acumulación simbólico de energía que convocamos para actuar.

El psiquismo humano tiene la capacidad de ponerse en el lugar de otro. Cada vez que nos vemos y vivimos como seres limitados y definidos, que nos concebimos como un contenido en esta existencia corporal, estamos poniendo límites –deseables por otra parte en ciertas actividades de la vida cotidiana– a nuestras energías, a nuestro tiempo y a nuestro espacio, a nuestra vida y a nuestras capacidades. Desde que nos situamos en el lugar del otro, comenzamos a comprender y a imaginar actitudes y sentimientos que no son «nuestros» pero que residen «en nosotros»: todas las cosas que tienen la capacidad de enriquecernos. Si un actor o una cantante entra en su personaje, convirtiéndose en Hamlet o en Norma durante dos horas, y vive esa encarnación momentánea a fondo, ello le permite tener acceso a unas conductas, a una conciencia, a unas emociones y a una capacidad de comunicación de las que no se sabían depositarios.

De igual manera, cada uno de nosotros puede ponerse en el lugar de personajes sublimes. El arquetipo más poderoso de todos sería la Conciencia creadora del universo, que el monoteísmo define como el Dios único. Este arquetipo-rey se puede subdividir en una multitud de divinidades secundarias, ángeles, santos, símbolos,

etc., que representan fragmentos de la misma energía cada vez más individualizados.

Ya hemos visto anteriormente que toda enfermedad, todo sufrimiento, es el resultante de una falta de Conciencia (y de sus divinidades secundarias: el amor, la belleza, la creatividad, etc.) Sin embargo se puede sostener que, en nuestro Supraconsciente, estos niveles de conciencia y de energía sumamente elevados y de naturaleza divina existen en estado latente. La cuestión estriba en saber cómo podemos acceder hasta ellos.

La propuesta que nosotros hacemos aquí es: imitarlos (ponernos «en el lugar de») pero también hacerles un lugar en nuestro interior. Todo el trabajo sobre los aliados se hace a partir de un doble movimiento: definir un espacio dentro de uno mismo para que el aliado pueda residir ahí y, a la vez, obtener por medio de la alianza con él permiso para ponernos en su lugar, para hablar en su nombre. El aliado puede ser tanto un maestro que me guíe como un «obrero» que me ayude: no es necesario que se trate de un arquetipo superior según la ideología dominante del mundo en el que yo vivo, basta con que sea útil. Un buey o un asno son aliados tan valiosos como lo puedan ser un ángel o un rey mago. Para llevar a cabo todo esto utilizaremos «la imaginación creativa».

Hasta aquí hemos trabajado con el análisis guiado por el intelecto y con aspectos intuitivos que nos han permitido identificar a nuestros personajes. Pero ahora entra en juego otro aspecto: la imaginación creativa, o sea nuestra capacidad de crear situaciones donde la coherencia y la viveza se graban en nosotros con la misma fuerza que un recuerdo vivido.

El término «imaginación» abarca dos actividades principales del espíritu. Una es errante y funciona según los principios de fabricación a partir de elementos ya existentes. Esta imaginación, con respecto a la cual nosotros somos espectadores, procede por agrandamiento (cosas y seres gigantes), por reducción (personajes enanos) o por injertos (monstruos mitad hombre, mitad bestia). La otra, a la que Henry Corbin denominó *lo imaginal*[19], designa una capacidad imaginativa que consiste en crear situaciones que superen la realidad, que pueden llegar hasta experiencias producidas por las drogas alucinógenas, es decir, una especie de sueño despierto y voluntario en el que las experiencias imaginadas se encarnan en nosotros.

[19] Henry Corbin, *Cuerpo espiritual y Tierra celeste*, Siruela, Madrid 1996.

En lugar de soñar con las aventuras de un héroe ajeno a nosotros, somos nosotros mismo quienes *nos convertimos* en héroes. En lugar de ver una virgen dormida a la que un príncipe despierta tras haberla besado, nosotros *nos convertimos* en esa joven doncella que se despierta al sentir sobre sus labios los ardientes labios de su amante.

Para la psicología (o, mejor, para la psicosofía) islámica, la imaginación creativa constituye la facultad central del alma. Para esta tradición filosófica, la imaginación posee «su función noética o cognitiva propia, es decir, que nos permite acceder a una región y realidad del ser que sin ella queda cerrada y prohibida»[20]. Esta facultad del alma abre al ser y le permite conocer un mundo suprasensible, que no es el mundo conocido a través de los sentidos ni tampoco el conocido por medio del intelecto, sino un tercer espacio, un entremundo que se halla entre lo sensible y lo inteligible. Es lo que ciertos autores han denominado «el mundo del alma».

Para vivir como una experiencia determinante la integración de entidades sublimes en nosotros mismos –y más adelante en la totalidad del árbol genealógico–, ésta es la forma de imaginación que es necesario emplear. Requiere una indiferencia completa a las dudas formuladas por el intelecto, una concentración extrema de la atención, comparable a la que se desarrolla en la meditación, además de un contacto constante con nuestra capacidad de *imaginar sensaciones corporales*, es decir, ver con los ojos cerrados, oler en ausencia de todo aroma, escuchar intencionalmente los sonidos, degustar sabores imaginarios y sentir corporalmente movimientos imaginados.

El trabajo de integración de un aliado es a la vez activo y receptivo. No se trata de dejarse poseer por no importa qué entidad sino más bien de preguntarse: «Si yo pudiera regalarme una energía disponible en el universo, y de la que yo tuviera necesidad en esos momentos, ¿cuál escogería? ¿Y cuál sería el elemento, el vegetal, el animal, el personaje o el arquetipo que, espontáneamente, encarnaría para mí esa energía?». La elección del aliado se hace, pues, de una manera racional y razonada. Debe representar una cualidad que nos falte y tener una fuerza simbólica suficiente para existir en un plano que supere al árbol genealógico, a la sociedad y a la cultura. El espíritu grupo o colectivo de un animal, una planta, un lugar sagrado, una divinidad o, incluso, un personaje histórico memorable son posibles aliados: todos ellos tienen una dimensión universal. Más peligroso es invocar a una estrella de cine, un personaje de di-

[20] Henry Corbin, *op. cit.*, pág. 20.

bujos animados o una persona a la que se conoce, puesto que estas representaciones simbólicas son susceptibles de poder estar contaminadas por restos de núcleos y de abusos presentes en el árbol genealógico o alrededor de él. Como regla general es mejor asegurarse el apoyo de arquetipos fuertes antes que consolidar una alianza con arquetipos secundarios.

En una segunda etapa, podrás darte cuenta de que todos los personajes o las personas que hayan suscitado en ti admiración son, en realidad, el espejo exterior de una serie de cualidades que exigen desarrollarse en ti mismo. Entonces, podrás formar voluntariamente una alianza con esos personajes: un escritor o un artista célebre, un político, un amigo de la familia, una estrella de la televisión, un deportista, un personaje de videojuego, etc. Una fase importante de un duelo puede consistir en integrar como aliado a la persona desaparecida, pero si se trata de una persona que te ha educado a ti (que era adulta cuando tú eras todavía un niño/-a), conviene realizar previamente todo el trabajo sobre el árbol genealógico con el fin de no conservar de esa persona nada más que las energías salvadoras.

Ejercicio 33. Robar la luz

Está permitido «robar la luz» (la Conciencia, la belleza, el carisma), puesto que ese robo no priva a nadie de nada: las cualidades transpersonales son ilimitadas.

–Para este ejercicio, escoge un arquetipo o bien una persona real que tenga algún talento, alguna gracia o cualidad a la que tú seas sensible. Tumbado/-a en el suelo, concéntrate en esa persona. Visualiza sus movimientos, sus actos, entiende sus palabras, siente la calidad de la energía que emana de su persona. Después, comienza a integrar en tus propias sensaciones corporales esos elementos que ya has contemplado anteriormente como externos a ti, aceptando también que no puedes ser sensible nada más que a cualidades que se encuentran en ti en estado latente. Si el personaje de tu elección baila o canta, imagínate a ti mismo bailando o cantando como él. Si es capaz de estar durante horas sumido en una meditación profunda, siente tú ese mismo estado. Si es capaz del acto que sea, imagina que eres tú quien actúa con esa misma maestría. A continuación, visualiza de nuevo tu modelo, inclínate ante él y agradécele que te haya revelado tus propias cualidades.

Deberás concluir este ejercicio con la frase: «La luz que veo es la luz que yo llevo en mí».

Ejercicio 34. Imaginación creativa: transformar las sensaciones del cuerpo para sentir el cuerpo del aliado

Esta meditación permite integrar de manera concreta la energía, solicitar la ayuda de una fuerza metaterrestre que supere a la familia, a la sociedad y a la cultura para servirnos de mediadora con la parte más sublime de nosotros mismos. Los aliados pueden luchar contra las carencias dejadas por el árbol genealógico (por ejemplo, la falta de un padre: entonces se integra un aliado que suponga una fuerte presencia paternal) o despertar esas energías que estaban bloqueadas o durmiendo en nosotros (capacidad de amar, valor, creatividad, autoridad, responsabilidad, clarividencia, fuerza, etc.).

Todo ser viviente tiene de antemano un corazón y una respiración. El aliado que yo haya elegido tiene también un corazón y una respiración. Si es un metal o una planta: esa respiración, ese corazón son colectivos y unidos al planeta entero. La base del corazón es el amor, la base de la respiración es la unión, la interiorización y la participación.

–Tomemos, como ejemplo, tres aliados posibles: un roble, un león y el Cristo.

–Concéntrate en el corazón del aliado al que deseas llamar. En el caso del *roble*, su corazón es la unión de todas las raíces de roble de un bosque: es un ser esencialmente colectivo. El corazón del *león*, fuerte y poderoso, es el que corresponde a las necesidades de un animal carnívoro predador y solitario. El corazón de *Cristo* es mucho más fuerte que el de las fieras, y sus latidos no son los de un depredador, sino que están henchidos de compasión por el mundo e impregnados de la energía del don sobrenatural. Siente latir el corazón del aliado al unísono que el tuyo.

–Ahora, concéntrate en la respiración del aliado. El *roble* respira a través de todas sus hojas; durante el día, gracias a la luz del sol, produce el oxígeno que permite respirar a otros seres, y por la noche, respira como nosotros, absorbiendo el oxígeno y expulsando el dióxido de carbono. El aire inspirado por el *león* lo fortifica y la espiración surge de sus pulmones como un arma: ese aire que espira es el que le permite rugir. La respiración de *Cristo* inspira el aire contaminado, lo purifica en su corazón y lo espira como un don de pureza para el mundo. Une tu respiración a la del aliado que hayas elegido.

Ejercicio 35. Meditación imaginativa de integración de un aliado

–Acuéstate en el suelo. Imagina que tu cuerpo se relaja poco a poco siguiendo los colores del arco iris (utilizar colores permite relajar el espíritu, liberándolo de palabras y dejándolo más disponible para la recepción de imágenes).

–La relajación corporal consiste en permitir al cuerpo vivir su propia vida: o sea apartar a un lado la memoria celular del árbol y la memoria individual de abusos, dolor, privaciones, etc., para dejar lugar a la vida presente y a sus posibilidades.

–Pon color rojo en tus pies para que los vaya relajando poco a poco. El color naranja relaja las piernas, que viven su propia vida. Por su parte, el color amarillo permite relajar toda la zona de las caderas, del pubis y del sexo, además de la parte inferior de la espalda. El verde relaja todo el vientre, el estómago y las vísceras. Los músculos de la espalda también reposan poco a poco sobre el suelo. El color azul claro permite distender los pulmones, el pecho, los hombros, los brazos y las manos. El índigo relaja la garganta y la nuca, además de toda la columna vertebral. Con el color violeta se relajan la cabeza y el rostro, la lengua se suelta y el cerebro, a imagen de cualquier músculo, también se relaja.

–Una vez que esta distensión se haya llevado a cabo, cuenta hacia atrás desde el 9 hasta el 1 para entrar más profundamente en ti, y al llegar al 0 imagina que de tu ombligo surge un eje luminoso que se eleva hasta lo más alto del cielo. A continuación sigue imaginando: ahora, que tu cuerpo ilusorio (tu cuerpo perfecto) se eleva a lo largo de ese eje de luz llegando hasta el cielo (este acto de imaginación no consiste en verte ascender, sino en sentir esa ascensión). El cielo al que llegas es una zona en calma, clara, luminosa y tranquila. Estarás desnudo/-a y liviano/-a, y sentirás que una agradable brisa te lleva hasta tu lugar interior. Ese paisaje puede ser una campiña, un bosque, una gran extensión de agua, una montaña... Serás tú mismo/-a quien lo descubra, ten confianza: en ese espacio no existe peligro alguno. Tú mismo/-a verás surgir del suelo tu lugar personal: un templo, un laboratorio, un palacio, una mansión. Entra en ese lugar como más te plazca, andando, volando. Una vez allí, en el centro de ese lugar privado, invoca a tu aliado y lo verás llegar.

–Entonces, contacta con él. Te entregará un don que tú integrarás en tu cuerpo. Un regalo que puede ser una llave, un objeto, unas líneas que él mismo escriba en un libro que tengas o, simplemente, un estado de ánimo que él te comunica (alegría, amor, etc.).

Pero no olvides jamás que este Aliado forma parte de la dimensión superior de ti mismo/-a, tu Inconsciente, desde donde ha descendido para otorgarte su gracia en ese espacio que tú has preparado para él. Podrás abrazarlo, hacer el amor con él, bailar con él, etc. El encuentro será muy de tu agrado.

–Seguidamente, el aliado entrará en ti y se fundirá ahí. Tú regresarás entonces por el mismo camino. Sal de tu lugar interior, déjate llevar por la brisa, recupera el eje luminoso y desciende hasta tu cuerpo físico, que te recibirá echado sobre el suelo. Después, y empezando por los pies, haciendo ligeros movimientos ve regresando poco a poco en ti. A partir de este momento, ya podrás volver a tu estado de vigilia habitual.

Ejercicio 36. Erigir un altar

Una vez lograda la alianza, puede ser útil consagrar un lugar (que simbolice a tu propia persona y, más allá de ti, al mundo) para recibir en él representaciones de las fuerzas con las que trabajas. Estas estatuillas, fotografías, piedras, objetos diversos, etc., son en realidad un punto de destino y de anclaje de las energías aliadas con las que trabajas; de alguna manera, unos «acumuladores de energía». Poco a poco, irás añadiendo otras representaciones producto del fervor popular: pequeñas esculturas, imágenes, elementos minerales o vegetales, incienso, perfume, velas, etc. Todos esos elementos son realmente una representación metafórica de energías que tú deseas mantener presentes en ti mismo, una especie de recordatorio para ti mismo. Una vez erigido el altar, limpio y debidamente cuidado, podrás ir depositando en él las cuestiones o los problemas que no puedas resolver tú solo/-a: una carta, la foto de una persona querida, etc. El altar «trabajará» para ti si tú te dedicas a mantenerlo adecuadamente. A partir del momento en que se sacraliza un lugar, por pequeño que éste sea (una repisa de la chimenea, un estante), y se consagra a las fuerzas con las cuales has formado una alianza, es posible, a partir de este punto sacralizar poco a poco la totalidad del mundo.

Ejercicio 37. Hacer hablar, actuar y decidir a nuestros aliados

Una vez que la relación con tu aliado esté establecida, podrás consagrar momentos especiales y dejar que hable o actúe a través de ti: primero, por ejemplo, dejando que escriba en tu lugar, que te dirija durante tu meditación o haciéndote bailar al ritmo de una música que has elegido. Más adelante podrás invocarlo en situacio-

nes difíciles (por ejemplo, para consolar a una persona que sufre por una gran pérdida y que a ti te supera dicha situación, podrás invocar a un aliado más sabio, más experimentado que tú, y dejar que a través de ti hable y actúe). Cada uno descubre en su momento los modos y rituales pertinentes para los aliados que tiene integrados: un buen número de estos procesos están descritos en las prácticas religiosas o mágicas del mundo entero.

La sanación del árbol genealógico: el árbol-altar

Para sanar el árbol es necesario comenzar por hacer lo siguiente: ¿Quiénes son los miembros de mi familia a los que deseo incluir en este trabajo? Tendrán que ser, obligatoriamente, al menos catorce: los dos padres, los cuatro abuelos y los ocho bisabuelos. Pero también se podrá añadir hermanos/-as, tíos/-as, padrinos, madrinas u otras personas importantes.

Al igual que todos los personajes que portamos son aspectos heredados del árbol genealógico –con sus neurosis y sus cualidades–, de igual manera todos los aliados que seamos capaces de elegir son un reflejo disfrazado de aspectos sublimes latentes en nuestro árbol.

Es debido a esto por lo que el árbol se convierte en un tesoro y nunca más en una trampa: cuando somos capaces de ver de frente sus insuficiencias e invocar las fuerzas positivas, creativas y sanadoras que pueden suplirlas. Ninguna de estas energías es en realidad ajena al árbol. Como ya hemos dicho antes, los vínculos más profundos que circulan –a pesar de los abandonos, las traiciones, las humillaciones y los abusos– son los vínculos de amor. Pero, con mucha frecuencia, las personas que nos han precedido no vivieron al servicio de su Ser esencial y esas cualidades se quedaron en un estado potencial.

Así pues, la sanación última del árbol consiste –y siempre por medio del trabajo de la imaginación creativa– en desplegar esas cualidades latentes y proporcionar a cada uno de nuestros ancestros la realización total de su destino *tal como podamos imaginárnoslo*. Como ya se vio, el árbol de mi hermano o de mi hermana, incluso si todos los personajes fueran los mismos, no es mi árbol. Igualmente, mi árbol sanado será siempre único, porque yo soy el único/-a que puede descifrar y realizar el destino de mis antepasados confiriéndoles las fuerzas que les faltan. Este trabajo, como más adelante veremos, consistirá en inyectar cualidades y/o aliados en el árbol genealógico e imaginar el destino realizado de cada uno de sus miembros.

Por ejemplo, una bisabuela que fue al mismo tiempo una cantante frustrada, una madre poco cariñosa, una mujer engañada por su marido, confinada en su casa y que fue amargándose a medida que envejecía, podrá ser exaltada de diversas maneras por cualquier biznieto o biznieta según éstos hayan desarrollado en sus vidas cualidades artísticas, afectivas, racionales, etc. Para uno, el aliado que podría sanar a su bisabuela sería María Callas; para otro ella sería un arquetipo de divinidad femenina; y para otro más, sería una gran exploradora; y así sucesivamente. De igual forma que el altar es un lugar limitado a partir del cual es posible sacralizar el mundo entero, el árbol ya sanado es un grupo humano limitado a partir del cual es posible sacralizar la humanidad entera.

Numerosas prácticas chamánicas preconizan la sanación de los ancestros, ya sea por medio de danzas o de cánticos, de actos rituales, incluso de pruebas superadas con éxito por sus descendientes y dedicadas a sus antepasados. A partir del momento en que los ancestros son sanados, o quedan limpios de sus faltas y de sus errores, pueden convertirse en divinidades o en aliados. Los amerindios asimilan elementos naturales a su árbol genealógico: así, el río es un abuelo, la pradera una abuela, etc. Ello significa, a la vez, una reverencia ante la naturaleza que nos engendra y nos alimenta y una sacralización de antepasados reales que, una vez desaparecidos, retornan para mezclarse con los elementos naturales, convirtiéndose así, por su parte, en fuente de vida y energía para aquellos que les sucedieron.

Cuando las fuerzas del pasado están muy activas y nos atraen hacia el origen y hacia los modelos ya conocidos, los ancestros tienen una acción nefasta y pueden ser vistos como demonios. Sin embargo, cuando el árbol genealógico nos impulsa hacia el porvenir, lo nuevo y la Conciencia, entonces los ancestros se convierten en aliados que colaboran en el desarrollo de la conciencia de la humanidad. De igual manera, es lícito pensar que cualquier ser que haya actuado en favor de la conciencia, el progreso, la belleza, el amor, etc., podamos considerarlo, si queremos, como un ancestro. Podemos entonces integrar entonces de manera simbólica a Miguel Ángel o a Buda en nuestro árbol genealógico, si se considera que ellos han contribuido para engendrarnos. Las obras de arte religioso o los libros fundadores de las grandes religiones pueden también convertirse en aliados.

La sanación del árbol consiste en conferir a nuestros propios ancestros, por medio de un trabajo de imaginación creativa, una dimensión semejante a la de esos salvadores de la humanidad. Para hacerlo, será necesario ofrecer a cada uno de los miembros de nuestro árbol genealógico uno o varios arquetipos que lo completen, permitiendo también exaltar su destino.

No hay que confundir este trabajo individual con un caso que hemos evocado brevemente: la presencia de un personaje de excepción en el árbol genealógico. Cuando la historia familiar nos presenta un genio del pasado como la más insuperable realización humana posible, ya no nos queda nada por vivir: mientras tal ancestro sea el más rico, el más sabio, el más guapo, el más creativo, el más fuerte, no será nunca útil a su descendencia sino que, por el contrario, se convertirá en un modelo muy pesado de llevar. Su energía se queda estancada en él y no se transmite a su linaje. Nuestro objetivo es integrar todos los valores del árbol ofreciéndole, por otro lado, un desarrollo futuro. Si un genio, un santo, un campeón o un héroe ha existido en la familia, la trampa sería pensar que su biografía, sus valores, su yo individual (y por consiguiente inimitable, infranqueable) son la riqueza de mi árbol, cuando en realidad es necesario considerar a este antepasado como a todos los demás, como un vector de energía para nuestra realización personal. Cada uno debe realizarse en tanto que él mismo y no comparándose con otro, aunque sea un ancestro de gran prestigio.

Por ejemplo, el nieto de un gran artista puede convertirse en un magnífico financiero que, gestionando la herencia del gran hombre, ejerce su talento personal como hombre de negocios; el hijo de un filósofo puede convertirse en monje; o la hija de una gran terapeuta o de una santa en una gran diseñadora de moda; etcétera.

Por definición, lo que nosotros vamos a dar al árbol genealógico nos lo damos a nosotros mismos. No hay carencias o rivalidades: si «yo ofrezco» un aliado sublime a un ascendiente abusivo o ausente, yo no me privo de él sino que, al contrario: me refuerzo. Porque una vez que cada personaje del árbol esté realizado, el árbol se disuelve en mí y desaparece. Se podría decir que el objetivo de todo este trabajo es el de perdonar a Dios (o a la Naturaleza o al Universo) por matarnos. Nadie acepta fácilmente el hecho de morir. Para nuestro ego individual es una inmensa injusticia. Sin perdón no hay sanación posible del árbol. Aceptar nuestra muerte, mostrar gratitud ante la perspectiva de nuestra desaparición y darnos cuenta de que es un don que permite a la humanidad alcanzar la inmortalidad nos permite «dejar morir» nuestro árbol genealógico, porque

él vive, durante el tiempo de nuestra existencia, a través de nosotros y de nuestra realización.

Ésta es la razón de que sólo se pueda sanar un árbol después de haber integrado para sí todos los aliados de los que se tuviera necesidad.

De igual manera, es imposible vivir con un árbol donde quedan personas que no amamos, que nos crean problemas, que nos causan vergüenza u horror, etc. El árbol genealógico nos ha dado la vida y lo llevamos en nosotros. Toda crítica o todo rechazo residual frente a él corresponde a una no aceptación de nosotros mismos. El trabajo consiste, pues, en no aceptar el árbol tal como es (lo que nos llevaría al más bajo nivel de Conciencia que pueda existir) sino en comprender al árbol (que es el objetivo principal de todo este libro), y después exaltar a cada personaje, sobre todo los que portan la parte más sombría, reinventándolo y dando a su destino y a su energía vital una salida que podamos aceptar.

Para llevar todo lo anterior a cabo, he aquí algunas propuestas que te permitirán reconsiderar y recrear tu linaje:

–Examina tu nivel de Conciencia actual y, después, el de cada uno de los miembros del árbol. Cada persona que haya vivido en un nivel de conciencia inferior al tuyo puede ser simbólicamente elevada añadiendo, simplemente, una anécdota a su vida. Si un miembro del linaje ha llegado a un nivel de Conciencia superior al tuyo, ¿qué esfuerzos puedes hacer para elevarte hasta su altura?

–Una vez que hayas llevado a cabo ese esfuerzo, regresa al trabajo sobre el objetivo: ¿Cuál es según tú el objetivo de realización máxima válido para todo ser humano? No te juzgues y formula honestamente ese objetivo. Por ejemplo, si tu objetivo personal y universal es «hacerte multimillonario», busca para cada personaje del árbol una vía que le permita alcanzar dicho objetivo (descubriendo un yacimiento de petróleo, jugando en Bolsa, creando una empresa). Si tu objetivo supremo es la santidad, la genialidad, incluso la iluminación o la inmortalidad, crea una especie de novela familiar en la que todos alcancen su objetivo a su manera, llegando hasta tus bisabuelos.

–Aplica el ejercicio del cuerpo perfecto a todo el árbol genealógico. Comenzando por tus padres, medita sobre el cuerpo perfecto de cada uno de los miembros de tu familia y observa, concretamente, qué aliados minerales, vegetales, animales o arquetípicos se evocan espontáneamente en ti para cada uno de ellos.

–Ofrece tu propio talento a todos los miembros de tu familia: si eres pintor/-ra, oblígate a pintar a cada uno de los miembros del árbol; si eres deportista, imagina qué nivel de competición podrían alcanzar en este ámbito; si practicas una religión o te dedicas a la meditación, imagínalos alcanzando la unión perfecta con la divinidad o el Sí; si eres actor/actriz, asigna a cada uno de ellos un papel en una obra de teatro, real o imaginaria. Este trabajo ha sido realizado, por ejemplo, con un artista –dibujante de historietas– que se sentía bloqueado en su trabajo y sufría dolores físicos inexplicables. Su árbol genealógico se componía de veinticuatro personas, en consecuencia solicitó a veinticuatro personas que lo masajearan, cada una de ellas en representación de un miembro del árbol. Durante el masaje colectivo, él sintió que su cuerpo era una nave espacial (tal como a él le gustaba dibujarlas) y que cada uno de esos veinticuatro personajes formaba parte de su obra. Este acto le dio la energía de crear y de vivir.

Ejercicio 38. La carrera de los personajes del árbol

–Imagina, cuando estés en plena meditación, una larga avenida en medio del paisaje que prefieras. Sitúa a toda tu familia en la línea de salida e inicia la carrera, corriendo tú también en su compañía. Así, podrás descubrir quién llega a la meta, quién no lo consigue, quién hace trampas, quién se pelea con quién, etc. La primera visión –la del árbol plagado de trampas– será una lucha con lesionados, desencantados y un vencedor.

–A continuación, vuelve a empezar la carrera con una visión nueva: el objetivo es que sólo haya una persona que gane y que todos los participantes consigan llegar a la línea de meta. La familia comenzará entonces a ayudarse unos a otros, y tú podrás imaginar cómo unos y otros consiguen, a través de esa solidaridad familiar, alcanzar la meta.

Ejercicio 39. El baile

–Todos los miembros del árbol paterno y del árbol materno están sentados en un inmenso salón de baile. Hacer bailar, en primer lugar, a una rama y después a la otra, como si hubiera dos bailes a la vez. Poco a poco, los miembros de las dos ramas del árbol se irán mezclando unos con otros y el baile se convertirá en un gran corro, en cuyo centro te encontrarás tú rodeado/-a por toda tu familia.

Ejercicio 40. Realizar un collage del árbol sanado

–Una vez que hayas explorado a todos los personajes de tu árbol genealógico y hallado la forma de exaltarlos, podrás realizar un collage que represente de manera precisa el árbol sanado. El esquema del árbol será el mismo que presentábamos en el capítulo 2, pero al revés.

MI OBJETIVO ESTÁ REALLIZADO:
YA ESTOY... YA SOY... YA HAGO... YA TENGO...

YO + MIS ALIADOS

MADRE + ALIADOS

PADRE + ALIADOS

ABUELOS MATERNOS + ALIADOS

ABUELOS PATERNOS + ALIADOS

BISABUELOS + ALIADOS

LA SOCIEDAD, LA CULTURA Y LA HUMANIDAD REALIZADAS COMO CONSECUENCIA DE MI PROPIA REALIZACIÓN. INMORTALIDAD DE LA HUMANIDAD.

En la parte superior del esquema se encuentra tu nueva personalidad gracias a tu objetivo realizado. Y en la base aparece la consecuencia de la realización de tu objetivo personal: la transformación de la sociedad, la cultura y la humanidad entera.

Ejemplo: «Yo soy feliz y estoy perfectamente realizado/-a en mi vida afectiva. Mi negocio prospera y yo participo en su desarrollo perdurable. Gracias a mi actuación y a la de mis socios, el planeta se convierte en un jardín maravilloso, la economía está saneada, la ciencia ha evolucionado y los seres humanos pueden vivir en la abundancia, la creatividad y la hermandad. Se crea la inmortal conciencia colectiva».

En este nuevo territorio por ti edificado puedes colocar a tus bisabuelos realizados: su pasada existencia, todas las circunstancias históricas, los tabúes sociales, las tradiciones a las que se sentían atados. Así dispuesto, todo ello está en contacto con el mundo tal como tú lo has creado. Tus bisabuelos son ahora, retrospectivamente, libres de realizarse plenamente y de superar los abusos, traumas e injusticias de las que fueron víctimas en su día.

Ejemplo: «Mis bisabuelos han recuperado sus tierras y, en lugar de ser agricultores, ahora las pueden explotar libremente. Tienen capacidad para viajar y descubrir el mundo. Mi bisabuela, aquejada de una enfermedad degenerativa de las articulaciones, se ha curado, tiene casi 100 años y se ha convertido en una célebre pintora, etc.».

Sobre el destino realizado de estos bisabuelos, edifica el destino de tus abuelos, después el de tus padres y, finalmente, el tuyo: todos y cada uno de los personajes del árbol alcanza su realización personal.

Para cada nivel del árbol, escoge una o varias imágenes que simbolicen a los aliados que desees «ofrecer» a cada uno de los miembros del árbol. A continuación, realiza un collage en el que cada uno reciba el lugar que le corresponde.

Este trabajo imaginativo de la sanación del árbol no garantiza que todas las relaciones entre los miembros vivos del clan se conviertan en armoniosas, pero puede contribuir a ello. Cuando la Conciencia individual se despierta en nosotros, nos volvemos capaces de elevar la conciencia del clan. Incluso en el caso de que aparezcan conflictos o subsistan incomprensiones entre los miembros de la familia, el trabajo de sanación del árbol produce una transformación real y prepara el terreno para una mutación progresiva de las relaciones. A continuación, corresponderá a cada uno hacer su

propio camino en la vida. Es evidente que no podemos lograr hoy mismo que se despierte la Conciencia colectiva, pero el objetivo actual de este trabajo es que la verdad y el amor circulen entre los miembros de una misma familia.

Por otra parte, e incluso en el caso de que ello pudiera parecer utópico, este trabajo está destinado también a lograr una transformación positiva de la sociedad. Desde el punto de vista del pasado, toda sociedad es una unión de individuos movidos por una voluntad común acerca de un plan material y cultural (religioso, político, ideológico, etc.). Sin embargo, y al igual que toda persona busca inconscientemente realizar su Ser esencial y vivir de acuerdo con un nivel de Conciencia lo más elevado posible, el deseo profundo (supraconsciente) del clan, y por lo tanto de la sociedad, es alcanzar la Conciencia colectiva, o sea la unión con la totalidad de la humanidad. Pero esto sólo es posible si hay una cantidad suficiente de personas que alcanzan la conciencia transpersonal. Por debajo de ese nivel, el clan y la sociedad no existen salvo en un nivel defensivo: unidos contra un enemigo común.

El lema inscrito en el frontón del templo de Apolo en Delfos es extremadamente célebre: «Conócete a ti mismo». Sin embargo, la sabiduría griega le añadió después un corolario: «Pero completamente no es posible».

El trabajo que nosotros hemos hecho puede resumirse con una doble máxima: en primer lugar, conocerse a uno mismo (en tanto que individuo, con nuestros cuatro centros, y como producto de un árbol genealógico) y, después, eliminar todo lo que sobraba (vencer nuestros hábitos nocivos en todos los centros y luchar por no vivir una vida de repetición). Llega un día en que los padres se convierten en personas que están «de más»: el hijo debe abandonar el hogar familiar. Igual que una teoría espiritual o una religión pueden llegar a estar «de más» en un momento dado del crecimiento de la conciencia. La ostentación social bajo todas sus formas está «de más» a medida que se la va superando.

Después de haberse deshecho de ideas, sentimientos, deseos y necesidades excesivas, se llega ante el gran obstáculo: el «Yo» está de más. Es entonces cuando se despierta la Conciencia transpersonal, hasta entonces recubierta por todo lo que estaba de más. Una vez que se ha logrado descubrir y que se ha vencido todo aquello que era superfluo en uno mismo, se puede comenzar a ayudar a los demás a hacer lo mismo. Y es entonces cuando el «Nosotros» adquiere todo su sentido: unión entre dos seres, unión entre el hombre y lo divino, unión entre dos instancias del sí: la personalidad individual y la Conciencia.

> En verdad, tú y yo somos una sola alma,
> Aparecemos y nos ocultamos, tú en mí, yo en ti.
> El sentido profundo de mi relación contigo es éste:
> Entre tú y yo no existe ni el yo ni el tú,
> Somos el espejo y el rostro a la vez,
> Somos la ebriedad del vino y su copa eterna,
> Somos el bálsamo y la sanación,
> Somos el agua de juventud y quienes la derraman[21].

[21] Mevlânâ Djelâl-Eddin-i-Roûmi, *Roubâ'yât*, trad. del persa al francés de Assaf Hâlet Tchelebi, Éditions Adrien-Maisonneuve, París 1950.

Epílogo
Del alma al mundo

Después de haber sanado su árbol –disuelto los nombres, la apariencia física y las historias personales de cada pariente, hasta convertirlos en energía vital–, con una sana alegría de vivir, libre de lazos que lo ataban al pasado, quien ha realizado esto siente lo sagrado en lo que le rodea: todo está conectado con todo, todo es posible, todo está vivo y puede responder, siempre hay una forma de hacer fluido lo estancado, el mundo ha recuperado su sentido. Abandonando las esperanzas y las metas, deja que el camino lo lleve, porque confía en la vida. Sabe que cada pensamiento atrae su equivalente en el mundo, que la realidad en cierta forma es su espejo, una resultante producida por lo que él es y por lo que él cree que es. Si desea fracasar, el mundo –convertido en enemigo– le ayudará a fracasar; si desea tener éxito, el mundo se convertirá en su aliado. También sabe que en la memoria las experiencias reales y las del sueño se graban de un modo semejante. Trata entonces la realidad como si fuera un sueño lúcido, introduciendo en ella actos que transforman positivamente lo que acontece, con la seguridad de que al eliminar sus límites mentales pacifica sus emociones, purifica sus deseos y se convierte en un individuo útil para los demás.

La abundancia de problemas psicológicos, la insatisfacción emocional y sexual, la esclavitud a necesidades inútiles inculcadas por la publicidad, distraen a los individuos atándolos al pasado y a un futuro irreal, hecho de espejismos infantiles y de terrores. Quien ha llegado a la salud espiritual, después de haber sanado su árbol, sabe que el tiempo en que puede realizar las cosas es hoy, ni ayer ni mañana. En el presente está por entero la totalidad de su pasado y el poderoso germen de lo que será en el futuro. Abandonando toda

distracción, centraliza sus pensamientos, sentimientos, deseos y necesidades en lo que debe conocer o realizar. Donde concentra al máximo su atención, capta el milagro.

No estoy hablando de fenómenos extraordinarios como levitaciones, estatuas que lloran sangre, fragancias de santidad, multiplicación de panes, cambios de agua en vino, marchas sobre la superficie del agua, resucitación de muertos, chorros de ceniza derramados por manos desnudas, etc. Sucesos espectaculares, imposibles de pasar desapercibidos cuando se producen, que cualquier individuo puede ver y, si tiene la fe suficiente, considerarlos como prueba de la existencia de Dios.

Cuando hablo de «milagro» me refiero al universo entero visto desde un nuevo nivel de Conciencia. La persona que ha domado a su yo personal poniéndolo al servicio de su Ser esencial, cesando de vivir en su isla mental capta el mundo exterior y se capta a sí misma como una unidad. No concibe vivir en un espacio reducido, siente en todo momento que habita en un conglomerado de universos infinitos, que el tiempo de los relojes es un ínfimo tictac entre un pasado y un futuro eternos, que su cuerpo es una misteriosa máquina funcionando con una todopoderosa energía a la que llama «vida». Vida que anima desde la más pequeña partícula de la materia hasta los descomunales astros que pueblan y danzan en el cosmos. Cada latido de su corazón, cada respiración, cada célula, cada pensamiento, cada emoción, cada deseo es un milagro. Como es un milagro cada hoja, cada brizna de hierba, cada flor. Ver, oír, tocar, oler, comer, digerir, excretar, nacer, morir son sublimes milagros animados por una impensable fuerza creativa. El ser consciente de la inmensidad y extrañeza del mundo, vive agradeciendo y bendiciendo cada segundo de su existencia en esta maravilla incesante. Si antes vegetaba en una cárcel racional, sintiéndose preso en su cuerpo y separado del exterior, ahora capta el mundo y a sí mismo como una luminosa trama de líneas infinitas, un conjunto donde todas sus partes resuenan como una orquesta. Lo importante no es aplaudir o producir fenómenos extraordinarios, sino aprender a verse y a considerar el mundo como una obra sagrada. Generalmente se ve la vida como un fenómeno natural que se puede usufructuar sin dar nada a cambio. Mas el milagro exige un intercambio: aquello que nos es dado debemos compartirlo con los otros. Si no se está unido no se capta el portento.

La persona con un alto nivel de conciencia, para ayudar a quienes –por no haber alcanzado aún ese nivel– carecen de fe en el ser humano, puede crear «milagros» que desencadenen en ellos una reacción positiva, sin exigir nada a cambio.

A los 23 años, edad en la que había consagrado mi vida entera al arte de la pantomima, un mes antes de tomar el barco que me llevaría a Francia, tuve mi primer encuentro con la generosidad gratuita. Conocí a una mujer extraordinaria que se llamaba Chabela Eastman. Alta, digna, elegante, con una abundante melena blanca rizada, unas hermosas arrugas cruzándole el rostro, era la esposa de un multimillonario, dueño de una cadena de periódicos. Enamorada de la música clásica, había hecho venir a nuestro lejano Chile al famoso director de orquesta rumano Sergiu Celibidache.

En un pequeño teatro, ante a un escaso público, Chabela presenció mi espectáculo de mimo. Vino a verme al camerino, y entusiasmada me invitó a cenar en el jardín de su enorme mansión. La riqueza de la vajilla, el excelente *canard a l'orange* y los sirvientes con guantes y libreas blancas acrecentaron mi timidez. Enmudecí y me puse a temblar. Ella, pensando que era de frío, corrió hacia su mansión y luego regresó trayendo un enorme chaleco de lana negra. Me obligó amistosamente a ponérmelo. Me dijo: «Es de Celibidache, se fue a Italia, dejándolo olvidado en mi casa. Permite que tu cuerpo absorba la energía de esta prenda. Como este gran artista, un día tú también serás conocido en el mundo entero». Luego me llevó a dar un paseo en su poderoso coche deportivo. Condujo con tal velocidad que casi me oriné de miedo. Con la melena azotada por el viento, recitaba a voz en cuello poemas de Rilke. Al ver la intensa palidez de mi rostro, redujo la velocidad y emprendió el regreso,

afirmando alegremente que la poesía recitada a 200 kilómetros por hora llegaba a lo sublime.

No la volví a ver hasta la víspera de mi partida a Europa. Me envió a buscar con un chófer uniformado conduciendo un rolls-royce blanco. Me recibió en un pequeño salón dorado. Me hizo sentar, y sin decir una palabra, me entregó a dos señoritas que pulieron y cubrieron las uñas de mis veinte dedos con un barniz transparente. Cuando aquello fue terminado y las dos muchachas nos dejaron solos, Chabela abrió un cofre y me puso en las manos un gran paquete de dólares.

–Esta cantidad te permitirá vivir un año. No quiero que malgastes tu talento trabajando. Debes dedicarte sólo a tu arte.

Le respondí:

–Señora, nunca podré reembolsarle esta cantidad.

–Te equivocas. Me la reembolsarás inmediatamente.

Me pasó un billete de 10 dólares y una pluma estilográfica. Me dijo:

–Escribe en él una frase poética y fírmalo.

Así lo hice: «Los pájaros vuelan sin temor a estrellarse contra el suelo».

Ella exclamó:

–Voy a enmarcar este billete. En algunos años valdrá mil veces más que el dinero que hoy te doy.

Su actitud estaba por completo desprovista de deseos de seducción. Actuaba movida por una gran bondad y una extraordinaria admiración por el arte. Su generosidad gratuita me cambió la vida. Me dio fe en el ser humano y por aquello, fe en mí mismo y en el mundo.

Algunos años más tarde, apasionado por el estudio del Tarot y la lectura de libros de psicoanálisis, me pareció que esos médicos y terapeutas de la psicología universitaria cometían el error de transformar la sanación espiritual en un negocio. Convertir el psicoanálisis o cualquier otro tipo de terapia en profesión los obligaba a prolongar sus entrevistas terapéuticas el mayor tiempo posible, años si es preciso. Debían tener un número determinado de pacientes, los suficientes como para permitirles mantener una vida holgada. El grupo de consultantes se transformaba en su rebaño. O bien, como vivían de ellos, los «enfermos» pasaban simbólicamente a ser sus padres protectores. Lo que daba como resultado que tratar toda su vida a alguien era un excelente negocio, mientras que sanar a un paciente era una pérdida económica.

Ser sanador requiere una profunda humildad. Un verdadero terapeuta sabe que no puede curar al mundo, sólo puede comenzar a curarlo, paso a paso, de individuo en individuo, haciendo lo que puede para mostrales que la vida es un regalo magnífico y que el universo los ha creado con un amor sin límites. Esto muy bien lo comprendió la Madre Teresa. Una fotografía suya me indicó el camino: se la ve, en medio de una calle llena de basura, acuclillada frente a un niño casi agonizante, la totalidad de su atención concentrada en él, dándole energía con el calor de sus manos. Con toda evidencia no hace de este acto moral un oficio, no pretende ser pagada por el moribundo que recoge, no es un comerciante coleccionando un rebaño para ordeñarlo el mayor tiempo posible. ¿De qué vive? Del trabajo realizado en su comunidad o de donaciones. La única solución posible para que los terapeutas no exploten el sufrimiento de los que acuden pidiendo ayuda sería que fuesen financiados por los gobiernos, lo que es una utopía: esos supremos poderes están al servicio de la gula económica, no de la Conciencia universal.

Gracias al ejemplo de esta santa mujer, me pareció vergonzoso vivir de la tarología, de la psicomagia, del psicochamanismo o de la metagenealogía. El rol de explotador de un rebaño o el de un niño que vive de padres simbólicos, se me hacía inmoral e indigno. Asegurándome otras fuentes de ingresos con el cine, la literatura, el teatro y los cómics, opté por la solución de practicar la terapia como un arte gratuito. (Temporalmente, cuando a los 50 años me quedé en la ruina, sin imponer tarifas acepté que los consultantes me pa-

garan por la consulta lo que ellos podían o querían, cosa que hacen los curanderos y chamanes honestos en todo el mundo.) Decidí que mis lecturas de Tarot y consejos de psicomagia los daría públicamente, una vez a la semana. Me pareció que era importante que las personas sufrientes encontraran, como por milagro, un lugar lo más común posible, un bar-café por ejemplo, donde una persona bienintencionada les diera consejos útiles para mejorar su vida. En nuestra sociedad materialista, si se nos ofrece algo gratis, se hace para promover un negocio o reclutarnos en una secta. Cuando verdaderamente nos dan sin exigir nada a cambio, descubrimos la parte sublime y milagrosa de la relación humana. Esta recuperación de la fe en el otro es el principio obligado de toda curación.

Dando una conferencia en Bolonia, Italia, declaré que el artista metagenealogo debía ser antes que nada una persona independiente, dedicado a guiar al otro no para su beneficio personal sino, en una perspectiva transpersonal, para participar en la evolución de la humanidad. Propuse analizar en público un árbol genealógico. Inmediatamente un hombre de unos cincuenta y tantos años levantó la mano pidiendo ser elegido. Así lo hice. Subió al estrado con una sonrisa condescendiente, incrédula. Era un médico homeópata, muy apreciado, con centenares de pacientes. Cuando le pregunté cuál era su meta en la vida respondió: «Quiero recuperar mi fe en la humanidad y dejar de odiar el dinero». Emprendí la trabajosa tarea de analizar sus relaciones emocionales con la familia. Este consultante, delicado, inteligente, culto, bondadoso, vivía dentro de un búnker afectivo, permaneciendo siempre en un terreno intelectual sin nunca manifestar una emoción. Después de una intensa búsqueda, reveló la naturaleza fría de su padre, quien, aquejado además de una sórdida avaricia, le exigía triunfar en los estudios sin nunca acariciarlo. Le ofrecí una silla, le pedí que se sentara, hundí una mano en mi bolsillo con la intención de extraer, de los billetes que siempre llevo ahí –costumbre psicomágica para absorber la energía de ese dinero–, uno de cincuenta euros, diciendo al consultante que con él lo iba a frotar hasta hacerle borrar ese odio infantil. Cuando

extraje el billete, vi que en lugar de uno de 50 tenía uno de 500 euros. Yo, como sanador, no podía retroceder guardando ese billete para sacar otro de menor cuantía, lo que sería interpretado como una repetición de la avaricia paterna. Haciendo de tripas corazón, le froté con ternura el billete por todo el cuerpo. El hombre, enclaustrado en sus defensas, me dejaba hacer, siempre con su sonrisa incrédula. Cuando terminé –con cierto dolor porque el acto me obligaba a desprenderme de tan valioso papel– le puse el billete entre las manos y le dije: «Esto es un regalo para ti». Abrió desmesuradamente los ojos. No lo podía creer. Con voz temblorosa me dijo: «¿Es cierto? ¿Me lo da?». «Sí, es para ti», respondí. El hombre se puso a llorar convulsivamente. Saqué un pañuelo y le sequé las lágrimas, como a un niño. Me abrazó. Al obtener la generosidad de un arquetipo paterno, se liberó de la avaricia de su padre y cesó de proyectarlo en la humanidad entera. Había salido del búnker emocional. Descendió del escenario y se sumergió entre el público con la fe recuperada.

Dándome cuenta de que el sufrimiento impedía ver la belleza del mundo, decidí inventar el «psicomilagro», un acto sorpresivo, pero esperado toda una vida, pudiendo tener un efecto iluminador. En esencia, esto consiste en ayudar a una persona de forma anónima, sin obtener ningún beneficio. El más simple de ellos fue enviar diez docenas de rosas a una mujer que estaba segura de nunca encontrar un admirador, porque algunos años antes su marido la había abandonado. Al recibir estas flores por mensajero sin que se le indicara un remitente, le hizo creer que había alguien que la amaba sin atreverse a decírselo. Esto le devolvió su autoestima. Al poco tiempo nos presentó a su nuevo compañero.

Esta clase de actos, que muchas veces realicé forzando mis resistencias por haber sido educado en un hogar de comerciantes donde se consideraba la generosidad como una estupidez, me provocaron tan alegre satisfacción que pensé en la posibilidad de fabricar psicomilagros sociales. Habiendo sido recibido por la entonces pre-

sidenta de Chile, Michele Bachelet, le propuse que sin pedirle nada a cambio regalara a Bolivia una salida al mar, dando así el ejemplo histórico de un país que sólo ayuda a otro por amor a la humanidad. Me contestó que Chile no estaba aún preparado para tal cosa, y que eso acarrearía problemas fronterizos con Perú.

Mientras con Marianne Costa estamos escribiendo este libro, he propuesto a la sociedad argentina de madres de desaparecidos –sus hijos fueron ejecutados en secreto por el gobierno militar– que aparte de exigir que se juzgue a los asesinos, pidan al gobierno que les otorgue un terreno en Buenos Aires en el que se pueda construir un cementerio metafórico donde cada una de ellas, ayudada gratuitamente por escultores y arquitectos, pueda construir una tumba donde simbólicamente yacerá el cadáver de su hijo o de su hija. Esto les permitirá tener un sitio para expresar su duelo.

Tanto como el Tarot y la Psicomagia, la Metagenealogía es un arte, no un oficio. Un oficio, con voluntad, trabajo, tiempo y buenos profesores, puede ser obtenido por cualquier individuo. Pero ser artista es un don. Para llegar a ser un terapeuta artista no basta con buenas intenciones que, si no se tiene talento, disimulan el deseo de hacerse admirar y obtener beneficios económicos. El artista, en lugar de imitar a otros, antes que nada trabaja sobre sí mismo, para desarrollar al máximo su Conciencia, sabiendo que nunca podrá llevar a su consultante a más altura que la que él haya podido conquistar.

La «enfermedad», desde un punto de vista médico profesional, es una invasión o mal funcionamiento del cuerpo que convierte al ser en «un enfermo». Esta medicina toma en cuenta el ego del paciente, pero no su Ser esencial. La conciencia iluminada es un estado de salud permanente. En este nivel, el hombre no es un enfermo, es un ser sano que tiene una enfermedad, no es la enfermedad la que lo tiene. Todo mal físico o mental pertenece a un nivel de Conciencia. Cuando se llega a la felicidad suprema, incluso si se tiene un cáncer, ya no se está enfermo. La enfermedad que anida en nosotros se ha convertido en un maestro que nos hace evolucionar. Si vivimos identificados sólo con nuestro ego, el mal nos invade, sumiéndonos en la depresión.

El médico trata de sanar a un enfermo. El terapeuta artista, por muy grave que sea el diagnóstico, trabaja con un ser sano en el que anida una enfermedad. Todo consultante es un ser que ha perdido el contacto con su más alto nivel de Conciencia. Esta dimensión sublime, que yace anquilosada u oculta, debe ser desarrollada o revelada.

Por ingenuidad, narcisismo, codicia, deseo de poder o cualquier otro motivo impuro, una persona sin talento artístico puede autodenominarse terapeuta y comenzar a sanar incautos, causando graves daños. Lo hace así porque, exento de autocrítica, no se ha desprendido de su ego ilusorio para llegar a su identidad auténtica, transpersonal.

El ego opone una constante resistencia, defendiendo las huellas del pasado. Si queremos realizarnos espiritualmente debemos luchar contra él toda la vida, hasta nuestra muerte. Si se hace esto, el ego, al final, se transforma en un aliado sumiso. A medida que llegamos a la maestría invisible que nos une a la totalidad, vemos cada vez con más claridad a ese niño interior que no podemos eliminar pero sí domar.

Los que se sienten satisfechos de su «lograda transpersonalidad» o de su «ego divino» o de su «profunda sabiduría» son presas de una ilusión. No hay una perfecta realización individual, sino una constante lucha contra los límites personales que arrastra tras de sí a toda la comunidad de seres conscientes en permanente transformación.

Un terapeuta artístico, al sanar a los otros, se sana también a sí mismo. Este estado de permanente autocuración, lo convierte en psicotaumaturgo. Aun a sabiendas de que es imposible sanar a la humanidad entera y transformar el mundo, trabaja por este ideal, pero aceptando con honda humildad que sólo podrá comenzar su tarea, pero nunca acabarla. ¿Cómo podría sanarse un individuo si la humanidad no se sana? El poeta japonés Yokomitsu Ruchi escribió: «Una hormiga muere de hambre en el techo de una torre: la luna está tan alta».

Alejandro Jodorowsky

Índice de materias

Introducción 9
Glosario 13

METAGENEALOGÍA

**1. Metagenealogía:
en la confluencia del arte, la psicología y la metafísica**

Del arte a la terapia 21
Para orientarse en este trabajo: fundamentos de la teoría jodorowskyana 37

El presente como una sola realidad y la unidad como verdad última del ser 39

Aportación del Tarot 43
Numerología evolutiva 43
El 1: Potencialidad, fuerza 44
El 2: Gestación, detención 44
El 3: Explosión creativa o destructiva 44
El 4: Estabilidad, equilibrio 44
El 5: Tentación, mirada nueva 44
El 6: Belleza y alegría como principio de la realidad 45
El 7: Acción en el mundo 45
El 8: Perfección 45
El 9: Crisis de transición 45
El 10: Final de un ciclo e inicio del siguiente 45
Ejercicio 1. ¿Dónde estoy? 48
Los cuatro elementos 48
Intelectual (Espadas-Aire) 48
Emocional (Copas-Agua) 48
Sexual-creativa o libidinal (Bastos-Fuego) 48
Material (Oros-Tierra) 48

El centro intelectual es invadido por el centro... 50
El centro emocional es invadido por el centro... 50
El centro sexual-creativo es invadido por el centro... 50
El centro material es invadido por el centro... 50
El centro intelectual puede aceptar como aliado el centro... 51
El centro emocional puede aceptar como aliado el centro... 51
El centro sexual-creativo puede aceptar como aliado el centro... 51
El centro material puede aceptar como aliado el centro... 52
Ejercicio 2. A la caza de ideas locas 52

El papel que desempeñan los obstáculos 53
Ejercicio 3. Los obstáculos y el héroe 58
Ejercicio 4. Llegar a mis propios límites: ejercicio de expansión de la conciencia 59

La lección de las culturas llamadas «primitivas» y de la magia tradicional: árbol genealógico, posesión y deshechizamiento 61

¿Quién soy yo? De lo personal a lo transpersonal, de los cuatro egos al ego esencial 67
El ego corporal... 69
El ego sexual y creativo... 70
El ego emocional... 70
El ego intelectual... 70

2. Hacer el árbol propio: el individuo frente al linaje

La alfombra mágica 75
Clarificar el árbol genealógico: recopilar y organizar la información 87

La recopilación de información 89
Puesta en práctica 92
1. Anotar los nombres y apellidos de todos los que componen el árbol 92
2. Precisar las fechas importantes 93

3. Aclarar las causas o circunstancias de los fallecimientos 94
4. Anotar el número de hijos que haya tenido cada pareja 94
5. Apuntar las profesiones de todos 95
6. Preguntar sobre los acontecimientos más notables de la vida de nuestros ascendientes 95
7. Tener idea de las relaciones entre los diferentes miembros de la familia 96
8. Conocer las circunstancias históricas 96
9. Saber qué personas ajenas a la familia fueron importantes 97

El esquema rectangular: clarificar nuestra visión del árbol 100
1.ª generación (nivel 1) 103
2.ª generación (nivel 2) 105
3.ª generación (nivel 3) 107
4.ª generación (nivel 4) 107
Cuatro árboles a modo de ejemplo 109 (113)
1. Árbol de María Jesús 109 (113)
2. Árbol de Carmen 110 (114)
3. Árbol de Roberto 111 (114)
4. Árbol de Jean-Paul 111
Ejercicio 5. Presentar el árbol a otra persona. La conversación metagenealógica 116
Ejercicio 6. El árbol de mi padre, el árbol de mi madre 116

Métodos intuitivos y creativos 118
Representarnos el árbol bajo una forma intuitiva 118
Visualización básica 118
Representación de base 118
Representaciones pictóricas 119
El camino: la rivalidad en el árbol 119
El baile: vínculos y colaboraciones en el árbol 119
Otras sugerencias artísticas 120
Ejercicios creativos para rellenar huecos 120
La visualización 121
Interrogar al cuerpo 121
La escritura automática 122
El dibujo intuitivo 123

3. El rol del futuro: objetivo personal y proyecto de Conciencia

La llamada del futuro 127

El trabajo en el objetivo: repeticiones, creación y nivel de Conciencia 135

El objetivo: punto de arranque para elaborar el árbol 137

Un sistema de repeticiones 145
Repeticiones corporales y materiales 147
Repeticiones sexuales y creativas 148
Repeticiones afectivas 150
Repeticiones intelectuales e ideológicas 151

Una clave al servicio del proyecto del futuro: los niveles de Conciencia 155

Niveles de Conciencia 160
Animal superviviente 160
Infantil consumidor 161
Adolescente romántico 161
Adulto egoísta 162
Adulto altruista social 163
Adulto planetario 163
Conciencia solar 164
Conciencia cósmica 164
Conciencia divina 165
Ejercicio 7. Mis cinco árboles genealógicos y la tarea del objetivo 168

Nivel de Conciencia y secretos de familia 172

4. La pareja: el origen del linaje

La magia del encuentro 183

La pareja en mi árbol: encuentro y fecundación, conflictos y cooperación 193

El mito de los orígenes: la fecundación 195

Masculino y femenino: ¿dos identidades adquiridas? 200
Lo masculino y lo femenino en mi árbol 200

Complementariedad y conflicto: la pareja sagrada y la unión izquierda-derecha 205

Las parejas de mi árbol genealógico: el encuentro y el después... 209
Los abuelos: origen de nuestra concepción del amor 209
Luna de miel y conflicto en la pareja 210
La lucha por existir 212
La guerra de sexos 213
La satisfacción imposible 213
La lucha por el poder 214
Las parejas de mi árbol: ¿cómo aclarar su dinámica? 216
Ejercicio 8. Las parejas en mi árbol 218
Ejercicio 9. La pareja alquímica 219

5. Nacer: cuando el niño aparece

Dar a la luz 225

Del nacimiento a la natividad: gestación, parto, nacer y renacer 237

Fecundación, gestación y nacimiento: el peso del linaje 239

El rol de los padres: convertirse en padre y madre 251
Nivel 1: la progenitora/el progenitor 253
Nivel 2: la madre clueca/el padre proveedor 255
Nivel 3: la madre biológica/el padre legal 257
Nivel 4: la mamá/el papá 259
Nivel 5: la Madre/el Padre 260

Nacer, renacer: del nacimiento a la natividad 261
La Anunciación 266
Nacimiento extático y parto orgásmico 267
El cuerpo perfecto 270
El nombre 272

Sanar el nacimiento: memoria del cuerpo y preparación para un psicorritual 276
Ejercicio 10. Sentir el cuerpo perfecto 277
Ejercicio 11. Preparar el guión de tu propio psicorritual de nacimiento 278

6. De la tríada a la hermandad: dinámicas familiares

Conflictos entre hermanos 283
Ser único y saber convivir 295

De la pareja a la tríada 297
Caso 1. Ambos progenitores son huérfanos de padre 300
Caso 2. El hijo «accidente» 301

Nombre y apellido: identidad individual e identidad familiar 303

La introyección y la proyección 308

La tríada y el destino 312

Las ocho tríadas: desde la unión perfecta hasta la desunión total 316
Tríada 1. La unión perfecta 319
Ejercicio 12. La tríada de la unión perfecta 320
Tríada 2. El hijo/-a puente 326
Tríada 3. La madre puente 329
Tríada 4. El padre puente 331
Tríada 5. Pareja con el padre 333
Tríada 6. Pareja con la madre 336
Tríada 7. Pareja exclusivamente parental 340
Tríada 8. La ruptura total 343
Variaciones en la tríada 345
Caso 1. La tríada se convierte en cuarteto 346
Caso 2. Homicidio en la tríada 347

El árbol genealógico como red de tríadas 349
Ejercicio 13. El árbol de las tríadas 352

La hermandad: entre el conflicto y la colaboración 355

Educar a una hermandad: los retos de compartir 360

Jerarquías, comparaciones, preferencias y castigos: la hermandad tóxica 366

Algunos tipos de hermandades: las dinámicas familiares 372
El caso del hijo único 372
Dos hijos 374
Caso 1. Un mismo lugar para dos hermanas 376
Caso 2. Hermana mayor y hermano pequeño 377
Caso 3. Hermano mayor y hermana pequeña 380
Tres hijos 381
Caso 1. La hermana pequeña como satélite de la hermana mayor 381
Caso 2. Dos hermanas mayores y un hermano pequeño 381
Cuatro hijos o más 383
El niño muerto, abandonado o desaparecido en el seno de la hermandad 384
Ejercicio 14. Incluir a hermanos y hermanas en las tríadas del árbol genealógico 389
Ejercicio 15. Ponerse en el lugar del otro 389

7. Del vínculo al nudo: una «anatomía funcional» de las relaciones. La psicomagia en ayuda del núcleo

El nudo gordiano 393
Vínculos y nudos 405

Repeticiones y resistencias 407
La simple repetición 407
La interpretación 407
La oposición 408
La compensación 408

Superar las resistencias: el beneficio de la enfermedad y el papel de la psicomagia 412
Satisfacer un deseo, una necesidad, una orden o una prohibición anclada en el inconsciente y aparentemente irrealizable 414

Integrar una información concreta cuya carencia nos impide avanzar 415
Desactivar una programación negativa, inyectada como metáfora, que el niño/-a ha absorbido como si fuese real 415

La formación de nudos: el niño y sus núcleos 421

Nudos y núcleos: manifestación, casos prácticos y resolución 427

Núcleo y nudo incestuosos 431
El núcleo infantil y su destinación 431
El nudo o el núcleo incestuoso adulto 431
El núcleo incestuoso adulto en los cuatro centros 433
Algunos aspectos culturales y religiosos del núcleo incestuoso 434
Psicomagia y resolución de un núcleo incestuoso 436
Algunos casos que ilustran la variedad de núcleos incestuosos 437

Núcleo bisexual y núcleo y nudo homosexuales 442
El núcleo infantil y su destinación 442
El nudo o el núcleo homosexual adulto 443
El núcleo homosexual adulto en los cuatro centros 445
Algunos aspectos culturales y religiosos del núcleo homosexual 446
Psicomagia y resolución del núcleo homosexual 446
El núcleo homosexual femenino 446
El núcleo homosexual masculino 449
Hacer frente a los núcleos homosexuales del árbol genealógico 451
Algunos casos individuales que ilustran la variedad de los núcleos homosexuales 452

Núcleo y nudo sadomasoquistas 457
El núcleo infantil y su destinación 457
El nudo o el núcleo sadomasoquista adulto 457
El núcleo sadomasoquista adulto en los cuatro centros 459
Algunos aspectos culturales del núcleo sadomasoquista 460
Psicomagia y resolución del núcleo sadomasoquista 461
Aprender a conocer el sadomasoquismo 463

Algunos casos que ilustran la resolución de un núcleo sadomasoquista 463

Núcleo y nudo narcisistas 466
El núcleo infantil y su destinación 466
El nudo o el núcleo narcisista adulto 466
El nudo narcisista adulto en los cuatro centros 468
Algunos aspectos culturales y religiosos del núcleo narcisista 469
Psicomagia y resolución del núcleo narcisista 470
Algunos casos que ilustran la resolución de un núcleo narcisista 471

Núcleo y nudo caníbales 473
El núcleo infantil y su destinación 473
El nudo o el núcleo caníbal adulto 473
El núcleo caníbal adulto en los cuatro centros 474
Algunos aspectos culturales y religiosos del núcleo caníbal 476
Psicomagia y resolución del núcleo caníbal 477
Algunos casos que ilustran la resolución de un núcleo caníbal 481

Núcleo social y neurosis social 483
El núcleo infantil y su destinación 483
La neurosis social como nudo 483
El núcleo de neurosis social en los cuatro centros 483
Algunos aspectos culturales y religiosos de la neurosis social 485
Psicomagia y resolución de la neurosis social 486
Algunos casos que ilustran la resolución de una neurosis social 488

8. Abuso e identidad adquirida:
«Yo soy así», o la última trampa del árbol

Los fantasmas del abuso y el cuerpo fantasma 495
Del error al abuso: emerger de los condicionamientos del árbol genealógico 509

Principios del abuso 513
Los padres inmaduros: error, falta de Conciencia y abuso 516
Padres infantiles e hijos adultos 518
Padres infantiles e hijos mártires 519
Padres infantiles que juegan a ser «padres perfectos» 519
Padres infantiles que no permiten crecer a sus hijos 519
Los abusos institucionales y sus consecuencias sobre el árbol genealógico 520
Identificar el abuso en sí mismo: la repetición interiorizada 523

El abuso en los cuatro centros 527
El abuso intelectual 528
El abuso emocional 530
Abuso sexual y abuso creativo 532
El abuso sexual 532
El abuso creativo 534
El abuso corporal y material 534

Salir del abuso: recapitulación y confrontación 536
La complicidad de la víctima del abuso en el propio abuso: una clave para la sanación 536
La confrontación en metagenealogía: la herramienta de base para comenzar el trabajo sobre el abuso 538
1. «Esto es lo que tú me hiciste (y esto lo que dejaste de hacer)» 540
2. «Esto es lo que yo sentí» 541
3. «Esto es lo que aquel abuso (o abusos) provocó en mi vida» 542
4. «Esto es lo que sufro todavía hoy» 542
5. «Esto es la reparación que tú me debes» 543
¿Cómo formular la reparación más justa? ¿Es esencial obtenerla? 544
Denegación de reparación y «ayuno» de familia: ¿cómo distanciarse de los padres tóxicos? 546

Psicomagia del abuso 549
Acto 1. Enterrar a los padres del pasado 549
Acto 2. Liberarse del abuso verbal 550
Acto 3. Desprenderse del rol que no nos corresponde 551
Acto 4. Deshacerse de la identidad del otro: enterrar a los muertos, cazar a los fantasmas y cambiar de nombre 552

Acto 5: Robo de infancia 553
Dos casos individuales: ejemplos de actos de psicomagia tras un abuso sexual 554

9. Cuerpo familiar y cuerpo esencial: el árbol genealógico y la memoria del cuerpo. Las bases de la sanación

Del cuerpo al alma 559
Del cuerpo familiar al cuerpo esencial: masaje iniciático, psicorritual y psicochamanismo 567

Trabajo individual: identificar el cuerpo familiar y reintegrar el cuerpo esencial 571
La sensación voluntaria de uno mismo 572
Ejercicio 16. Identificar las sensaciones adquiridas 572
La sensación del «cuerpo perfecto» 573
Ejercicio 17. ¿Quién habita en mi cuerpo? 573

El tacto: un tabú de la cultura occidental 575
Ejercicio 18. Tocar a los desconocidos 577
Ejercicio 19. Escuchar el corazón 577
Ejercicio 20. Practicar «gamas de tocamientos» 578
Ejercicio 21. Tocar desde cada uno de los cuatro centros 578

El masaje iniciático 579
La preparación del masajista iniciático 581
Cómo emplear las manos 581
El masajista y el espacio 584
Ejercicios de masaje 586
El acompañamiento 586
Unir el cuerpo a su entorno, reconciliarse con el exterior 586
Estirar la piel 586
Masaje a los músculos 587
Masaje a los huesos 588
Abrir los siete plexos 589
Masaje al rostro 591
Masaje al sexo 591
Masajes simbólicos 592
El raspado 593

Hacer salir la rabia 593
Masaje de reparación a cuatro manos 594

El psicorritual de renacimiento 595
1. Confrontación 597
2. Muerte simbólica y transmutación de los padres 598
3. Nacimiento de los padres arquetipo 598
4. La concepción 599
5. Masaje y nidación 599
6. Gestación 600
7. El parto 600
8. Amamantamiento y cuidados del bebé 600
9. La autonomía 601

El psicochamanismo 604
La «limpieza» psicochamánica 607
Operaciones psicochamánicas 608

10. Sanación del árbol: donde el heredero rebelde se convierte en redentor del linaje

Del delirio de filiación a la Conciencia realizada 613
El árbol sanado: el rol de la imaginación creativa 625

El último obstáculo: vencer la neurosis de fracaso 629
«Yo soy fundamentalmente malo/-a» 630
«Yo he sido siempre una carga, un obstáculo» 630
«No tengo derecho a traicionar» 630
«No tengo derecho a irme» 631
«No tengo derecho a superar a mis padres» 632
«El placer es algo peligroso, sucio y prohibido» 632
Ejercicios sobre el futuro 634
Ejercicio 22. Proyectarse hacia un futuro realizado 634
Ejercicio 23. Enriquecer el pasado con aportaciones del futuro 635
Ejercicios para salir de uno mismo 635
Ejercicio 24. Resolver un problema mundial 636
Ejercicio 25. Empujar los límites 636

La «sanación suficiente» y el ego domado 640
La autonomía: prosperidad y salud 642

Madurez: del bebé al adulto 643
Ejercicio 26. El niño persistente en los cuatro centros 644
Ejercicio 27. Despejar «el atasco» 645
Verdad y mentira 645
Ejercicio 28. La indiferencia 647
Ejercicio 29. Los tres días de la no discriminación 647
Aprender a morir 647
Ejercicio 30. La muerte enfrente 649
Ejercicio 31. Reírse de todo 649

Los personajes que nos integran: obstáculos y aliados interiores 651
Ejercicio 32. Trabajo sobre los personajes 655

Los Aliados y la imaginación creativa 658
Ejercicio 33. Robar la luz 662
Ejercicio 34. Imaginación creativa: transformar las sensaciones del cuerpo para sentir el cuerpo del aliado 663
Ejercicio 35. Meditación imaginativa de integración de un aliado 664
Ejercicio 36. Erigir un altar 665
Ejercicio 37. Hacer hablar, actuar y decidir a nuestros aliados 665

La sanación del árbol genealógico: el árbol-altar 667
Ejercicio 38. La carrera de los personajes del árbol 671
Ejercicio 39. El baile 671
Ejercicio 40. Realizar un collage del árbol sanado 672

Epílogo 677

«Todo el mundo debería conocer su árbol genealógico. La familia es nuestro cofre del tesoro o nuestra trampa mortal.»
Alejandro Jodorowsky

La Metagenealogía «no es estrictamente una terapia, sino un trabajo de toma de conciencia» del estado de salud del árbol genealógico en el que se ha nacido. La lectura de este libro y sus ejercicios ayudarán al lector a trabajar en su propio árbol, a tomar conciencia de la tradición familiar que pesa sobre él y a sanarlo desde el presente. Una vez que se comprende la influencia que ha ejercido en nosotros la vida de bisabuelos, abuelos, padres, tíos o hermanos; o los lazos especiales que algunos miembros de nuestro árbol establecieron entre sí; o cómo la imposición de ideas y tabúes familiares han obstaculizado la expansión de nuestro Yo esencial desde niños, seremos capaces de desarrollar un nivel de Conciencia más elevado y podremos al fin entregarnos con espíritu libre y sin miedo a nuestro futuro.